

Ambrosio Alfínger: la expedición del primer conquistador del nororiente colombiano, su itinerario por los actuales territorios santandereanos y el contacto con los pueblos prehispánicos (1531–1533).

Rubén Darío Paredes Gómez

Trabajo de Grado para Optar al Título de Historiador y Archivista

Director

Leonardo Moreno González
Doctor en Arqueología Prehistórica

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Historia

Bucaramanga

2025

Agradecimientos

Expreso mi más sincero agradecimiento a la Universidad Industrial de Santander por tantos años de formación y acompañamiento, por su paciencia administrativa, por facilitar siempre los procesos en vez de poner obstáculos, y por mantener el deseo genuino de que todos tengamos la oportunidad de graduarnos.

A la Escuela de Historia, a sus directores y profesores, gracias por la amabilidad, la comprensión y la constante disposición reflejada en cada oportunidad brindada y en cada enseñanza compartida.

Al profesor Leonardo Moreno, mi gratitud profunda por su amistad, por acompañarme con generosidad y por haber creído siempre que lo lograría.

A los evaluadores, por haberse tomado el tiempo de leer este trabajo a pesar de su extensión.

A todas las personas que, con interés académico y compañerismo, hicieron parte de la investigación: historiadores, arqueólogos y bibliotecarios que siempre estuvieron prestos a resolver una duda o a ofrecer un consejo.

A mis amigos y compañeros, por ver siempre en mí lo mejor, animarme a seguir adelante y comprender el valor de la satisfacción personal.

A mis familiares, por haber esperado tanto tiempo para verme celebrar este triunfo y por sentirlo como propio.

A mi hermano, por su cariño y su soporte, tanto emocional como material, en cada paso de este proceso.

A mis padres, por estar ahí siempre, con amor, paciencia y comprensión, a pesar de todas las dificultades personales.

Y finalmente, a Dios y a María Auxiliadora, por ser el abrazo espiritual que tantas veces me impidió desfallecer.

Tabla de Contenido

Introducción	10
Capítulo 1: Contexto y orígenes de la expedición	26
1.1 Marco geopolítico de Tierra Firme a la llegada de Alfinger como gobernador	26
1.2 Conquista en manos privadas: la capitulación imperial con la Casa Welser	34
1.3 Ambrosio Alfinger en Coro: primer gobernador alemán en Tierra Firme.....	36
1.4 Buscando dos mundos: el paso del Mar del Sur y la promesa del oro.....	49
1.5 Las primeras expediciones al Lago de Maracaibo: una ilusión frustrada y una ciudad fundada.....	56
Capítulo 2: La expedición al “Valle de los Pacabueyes”	61
2.1 La historiografía y las fuentes sobre la expedición.....	64
2.2 Aproximación a la marcha: hombres, medios y método.....	74
2.3 Inicio de la expedición: el cruce del Perijá y el Valle de Upar	81
2.4 Donde brilló el oro: en el corazón del Valle de los Pacabueyes	89
2.5 Los Cindahuas, guardianes dorados del Río Grande	94
2.6 La vuelta a la realidad: la elección forzada del retorno	103
Capítulo 3: En el territorio del actual Santander	110
3.1 Los Xirihuanas: el encuentro con los Yareguíes.....	113
3.2 La Meseta de Lebrija: primeras noticias del mundo guane	121
3.3 En el río del Oro: Bucaramanga y el enigma de Xérira.....	131
3.4 Las sierras altas: abriendo nuevos caminos	141
3.5 El hallazgo de El Mene: redescubriendo un pueblo sin rastro.....	147
3.6 En la cima de la sierra: el maíz como nuevo oro	178

3.7	Los “haruagos” de El Mene: chitareros de la frontera.....	187
3.8	Decapitación y trofeos humanos: violencia ritual y poder simbólico.....	194
3.9	La triple frontera étnica: equilibrio roto y expansión yareguí.....	203
Capítulo 4: En el actual Norte de Santander, muerte de Alfinger y fin de la expedición..		219
4.1	Del cruce del páramo al refugio de Silos: la jornada trágica.....	220
4.2	La resistencia <i>haruaga</i> : el valle de los pueblos quemados.....	228
4.3	Los grandes pueblos chitareros del valle de Iscalá: el encuentro evitado.....	234
4.4	Chinácota: la confianza que llevó a la muerte de Alfinger.....	244
4.5	Hacia el Lago de Maracaibo: la hueste diezmada y el final del viaje.....	265
Capítulo 5: Análisis de las consecuencias y siguientes expediciones de conquista.....		289
5.1	El tiempo que no cuadra: la cronología de Esteban Martín.....	289
5.2	El ‘pacto de silencio’ de Xérira: la conquista pendiente de los hombres de Alfinger.....	299
5.3	De vuelta en Coro: balance amargo de una empresa malograda.....	306
5.4	Nicolás de Federmann: la búsqueda de Xérira y el conflicto por el Nuevo Reino.....	309
5.5	Un reconocimiento para Esteban Martín y un nuevo rostro para Alfinger.....	315
Conclusiones y aportes.....		320
A.	Aportes de orden geográfico y territorial.....	324
B.	Aportes de orden étnico.....	334
C.	Aportes de orden histórico-consecuencial.....	340
Referencias Bibliográficas.....		349

Lista de Figuras

Figura 1. Fragmento y ampliación del mapa de Juan de la Cosa que representa la costa de Tierra Firme. Puerto de Santa María. 1500.	29
Figura 2. Panorama general de las ciudades fundadas hacia 1529	34
Figura 3. "Miniatura que muestra a tres soldados a caballo, con un soldado de infantería y perros siguiéndolos; parte de los preparativos en Sanlúcar de Barrameda, en Andalucía, para una expedición propuesta a Venezuela". Jerome Coeler, Núremberg, 1560–1632.....	43
Figura 4. “Navegación de los Welser hacia Venezuela” Edwin Grazioli, Stuttgart, ca. 1942. ...	45
Figura 5. Mapa étnico de la región Noroccidental de Venezuela. Siglo XVI.	48
Figura 6. Fragmento. Tabula Terre Nove [The Admiral’s Map], Martin Waldseemüller, Estrasburgo, 1513.	54
Figura 7. La expedición desembarca en Venezuela, Jerome Coeler, Núremberg, 1560–1632. ..	55
Figura 8. Primeras entradas de Ambrosio Alfinger en la región del lago de Maracaibo.....	60
Figura 9. Clasificación de las crónicas según su nivel de valor testimonial en relación con la expedición de Ambrosio Alfinger al Valle de Upar.	72
Figura 10. Indios encadenados usados como cargueros durante la expedición.....	77
Figura 11. Gráfico de la ruta propuesta entre Coro y Maracaibo.	81
Figura 12. Primera parte de la ruta y territorios étnicos recorridos	89
Figura 13. Territorios étnicos, poblados y ruta de Ambrosio Alfinger en la zona del valle de los ríos Magdalena y Cesar en 1533.....	102
Figura 14. “Ambrosius Ehinger et la Nouvelle-Grenade”, grabado sobre madera no firmado (ca. 1880).....	109
Figura 15. Segmento del recorrido propuesto desde Ijara hasta el río Lebrija.	113
Figura 16. Segmento de ruta por el río Lebrija hasta el territorio xirihuana.	119
Figura 17. Caracterización del área de contacto con los indígenas xirihuanas.....	121

Figura 18. Segmento del ascenso a la meseta de Lebrija y primer contacto guane.	128
Figura 19. Recorrido hacia el sur a través de la meseta de Lebrija hasta el segundo pueblo guane.	131
Figura 20. Recorrido entre la meseta de Lebrija y la de Bucaramanga, pasando por el valle del río de Oro.....	135
Figura 21. Recorrido hacia la Mesa de Xérira, provincia de Guane.....	140
Figura 22. Vista desde el borde nororiental de la Mesa de Xérira.....	142
Figura 23. Ascenso a los pueblos de la sierra por la vía del sur, ruta Los Curos-El Laguito-Betania.	145
Figura 24. Fragmento del mapa de la Provincia de Soto. Comisión Corográfica, 1851.	146
Figura 25. Ubicación propuesta para el poblado de El Mene, en el valle del Río Umpalá.	152
Figura 26. Posibles rutas de descenso al río Umpalá y puntos de avistamiento de El Mene. ...	153
Figura 27. Ubicación propuesta para los poblados de Mechica, Chingara y Opaga en 1559....	170
Figura 28. Ruta de ascenso desde El Mene hasta el puerto de montaña de El Término.	184
Figura 29. Fenómeno de heladas en inmediaciones del Páramo de Berlín.....	186
Figura 30. Mapa de la “Triple frontera étnica” entre Yareguíes, Guanes y Chitareros.....	213
Figura 31. Recreación visual hacia el oriente desde la cumbre de la sierra de El Mene.	215
Figura 32. Ruta propuesta entre la Loma de San Pedro y el Páramo de Berlín–Santurbán.	217
Figura 33. Ruta de Ambrosio Alfinger en Santander.	218
Figura 34. Segmento propuesto para el cruce del páramo de Berlín, entre Mogorontoque y Silos.	224
Figura 35. Ruta propuesta entre Silos y el río Pamplonita, cerca al antiguo pueblo de Chopo.	234
Figura 36. Rutas propuestas entre el río Pamplonita y el valle de Iscalá.	237
Figura 37. Áreas propuestas para el poblado de doscientos bohíos hallado por Alfinger.	241
Figura 38. Ruta de descenso por el valle de Pantanera, por la izquierda del pueblo grande.	243

Figura 39. Quebrada Iscalá a su paso por el occidente de Chinácota	244
Figura 40. Segmento propuesto entre la vereda Paramito y la meseta de Chinácota.	246
Figura 41. Ubicación propuesta del sitio donde fue emboscado Ambrosio Alfínger (1533). ...	250
Figura 42. Dinámica propuesta de la emboscada contra Ambrosio Alfínger.	252
Figura 43. Sitio propuesto de la muerte de Ambrosio Alfínger.....	255
Figura 44. Trayecto por el valle del río Pamplonita hasta la zona de la actual Cúcuta.	270
Figura 45. Segmento entre Cúcuta y Puerto Santander, territorio de los tryatomos.....	275
Figura 46. Ruta de Ambrosio Alfínger en el actual Norte de Santander	276
Figura 47. Trayecto entre el pueblo tryatomo, los pueblos haraocanas y Maracaibo de los pemones	282
Figura 48. Trayecto entre Maracaibo de los pemones y Mapaure en Xuruara	285
Figura 49. Trayecto final de la expedición, entre Xuruara y la ciudad de Coro.....	288
Figura 50. Mapa de las jurisdicciones de cada gobernación en relación con el Nuevo Reino..	314
Figura 51. Ilustraciones actuales de Ambrosio Alfínger	318
Figura 52. Retrato cortesano de Ambrosio Alfínger.....	319

Lista de Tablas

Tabla 1. Cambio de denominaciones en el área de El Mene durante su colonización	164
Tabla 2. Variantes del etnónimo indígena en las distintas transcripciones del relato de Esteban Martín.....	230
Tabla 3. Pueblos indígenas recorridos entre Maracaibo y Xuruara, año de 1533.....	284
Tabla 4. Cronología de la primera parte de la expedición, entre Coro y el territorio pacabuey.	291
Tabla 5. Cronología de la segunda parte de la expedición, entre el territorio de los pemeos y la Sabana de los Caracoles.....	292
Tabla 6. Cronología propuesta y aproximada de la tercera parte de la expedición, entre Bucaramanga y Chinácota	298
Tabla 7. Cronología de la parte final de la expedición, entre la muerte de Alfinger y el regreso a Coro.....	299
Tabla 8. Número de cristianos (europeos) fallecidos reportados durante la expedición	306

Resumen

Título: Ambrosio Alfínger: la expedición del primer conquistador del nororiente colombiano, su itinerario por los actuales territorios santandereanos y el contacto con los pueblos prehispánicos (1531–1533). *

Autor: Rubén Darío Paredes Gómez **

Palabras Clave: Ambrosio Alfínger, conquista, pueblos indígenas, periodo prehispánico, etnias, geografía histórica, etnohistoria, Santander, siglo XVI.

Descripción:

La presente investigación reconstruyó e interpretó el recorrido de la hueste de Ambrosio Alfínger, primer gobernador de la Provincia de Venezuela, durante la llamada expedición a los Pacabueyes o al Valle de Upar, cuyo regreso lo condujo a través de los territorios que hoy conforman los departamentos de Santander y Norte de Santander. En este trayecto, Alfínger interactuó con diversos pueblos prehispánicos, generando contactos que repercutieron en ambas sociedades. El objetivo inicial fue reconstruir la posible ruta de la hueste para identificar los puntos de cambio de etnia y vincular las descripciones etnográficas de las fuentes con los pueblos reconocidos hoy. Estos encuentros permitieron aproximarse a las mentalidades, intereses y estrategias de los conquistadores y de los nativos, así como a las consecuencias de dicho proceso.

La investigación tomó como fuente principal el testimonio de Esteban Martín, intérprete y maestro de campo de Alfínger, complementado con crónicas coloniales y estudios académicos de los siglos XIX y XX. El análisis se enmarcó en la etnohistoria como confluencia entre la arqueología y la historia, y en la geografía histórica para correlacionar las descripciones de las fuentes con el relieve actual. Asimismo, se apoyó en herramientas como georreferenciación, cartografía digital, imágenes satelitales e inteligencia artificial para caracterizar todo el itinerario, con énfasis en el territorio que hoy conforman los Santanderes.

Como resultado, se ofrece una reconstrucción argumentada de la ruta de Alfínger, identificando caminos, poblados, tiempos de desplazamiento y estrategias frente al relieve. Asimismo, se examinan los grupos étnicos contactados —sus costumbres, territorialidades, organización sociopolítica, entre otros aspectos— y se formulan hipótesis novedosas para la historia regional. La combinación de tecnologías digitales y método histórico permite abordar desde otra perspectiva interrogantes del poblamiento prehispánico y su reacción frente a la conquista, así como abrir nuevas preguntas y bases para futuras investigaciones transdisciplinarias.

* Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Historia. Director Leonardo Moreno González.

Abstract

Title: Ambrosio Alfinger: The Expedition of the First Conqueror of Northeastern Colombia, His Route Through the Modern Santander Region, and His Encounters with Pre-Hispanic Peoples (1531–1533).*

Author: Rubén Darío Paredes Gómez **

Keywords: Ambrosio Alfinger, conquest, Indigenous peoples, pre-Hispanic period, ethnic groups, historical geography, ethnohistory, Santander region, sixteenth century.

Description:

This research reconstructed and interpreted the journey of Ambrosio Alfinger's expeditionary force, the first governor of the Province of Venezuela, during the so-called expedition to the Pacabueyes or the Valley of Upar, whose return led him across the territories that today form the departments of Santander and Norte de Santander. Along this route, Alfinger interacted with various pre-Hispanic peoples, generating encounters that affected both native and European societies. The initial objective was to reconstruct the expedition's possible route in order to identify points of ethnic transition and link the ethnographic descriptions found in the sources with the Indigenous groups recognized today. These interactions made it possible to approach the mentalities, interests, and strategies of both the conquerors and the native populations, as well as the consequences of this process.

The investigation relied primarily on the testimony of Esteban Martín, Alfinger's interpreter and field master, complemented by colonial chronicles and academic studies from the nineteenth and twentieth centuries. The analysis was framed within ethnohistory as a space of convergence between archaeology and history, and within historical geography to correlate the descriptions found in the sources with the present-day landscape. It also drew on tools such as georeferencing, digital cartography, satellite imagery, and artificial intelligence to characterize the entire itinerary, with an emphasis on the territory that today comprises the Santander region.

As a result, this study offers a reasoned reconstruction of Alfinger's route, identifying roads, settlements, travel times, and the strategies employed to face the terrain. It likewise examines the ethnic groups encountered—their customs, territorialities, sociopolitical organization, among other aspects—and proposes new hypotheses for regional history. The combination of digital technologies and historical method allows for a different perspective on questions surrounding pre-Hispanic settlement and its response to conquest, as well as opening new questions and foundations for future transdisciplinary research.

* Bachelor Thesis

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Historia. Director Leonardo Moreno González.

Introducción

La historia regional en Santander, en lo que respecta a su pasado prehispánico, ha entrado en un cierto letargo académico. Pareciera que todas las fuentes disponibles ya han sido abordadas, como si todo estuviera dicho y no quedara nada por investigar. De este modo, la caracterización de las etnias que habitaron el territorio santandereano ha sido relegada casi exclusivamente a la arqueología, bajo la idea de que los cronistas dijeron todo lo necesario y que la documentación del Archivo General de la Nación ha agotado sus posibilidades.

Sin embargo, los cambios de paradigma en la historiografía y el creciente interés por rescatar un pasado distinto del heroico han dirigido la mirada hacia nuestros orígenes ancestrales. Esto incluye necesariamente a los pueblos indígenas que poblaron estos agrestes paisajes antes de la llegada de los conquistadores, de modo que la historia está hoy llamada a revisar lo que sabemos sobre los antiguos habitantes de Santander. Asimismo, la herramienta más importante para hacerlo, junto con la arqueología, es la etnohistoria.

Ambas disciplinas confluyen en un punto común: el tiempo del encuentro entre el mundo indígena americano y la nueva visión europea. Este periodo, antes conocido como *la conquista*, y hoy redefinido por algunos investigadores como *contacto* o *encuentro*,¹ tuvo lugar en el territorio nororiental de la hoy Colombia a comienzos del siglo XVI. En el caso específico de los modernos departamentos de Santander y Norte de Santander, dicho proceso se inició entre 1531 y 1533, con la llegada de la primera hueste conquistadora liderada por el alemán Ambrosio Alfinger.²

¹ Se prefiere la noción de contacto en lugar de conquista, para enfatizar la interacción inicial entre pueblos con visiones del mundo distintas, sin prejuzgar el resultado político posterior

² El término 'hueste' se utiliza aquí en su acepción del siglo XVI, referida al conjunto de hombres, armas y recursos que acompañaban al gobernador o adelantado en una empresa de conquista

Los estudios etnohistóricos sobre este periodo no han sido escasos, especialmente gracias al uso de las crónicas por parte de los primeros académicos, y más tarde mediante la incorporación del trabajo de archivo impulsado por nuevos investigadores, en paralelo con la creación del programa de Historia de la Universidad Industrial de Santander en la década de 1980. No obstante, el periodo de contacto aún requiere nuevas miradas: si bien hoy se conocen muchas de sus generalidades, es necesario buscar fuentes complementarias además de revisar las existentes desde otros enfoques.

El investigador etnohistórico debe perder el temor a proponer nuevas interpretaciones, contribuyendo al estudio del pasado mediante una superposición de conocimientos, donde una propuesta con argumentos pueda ser contradicha, complementada o validada por otra posterior. Si se espera hallar en un documento del siglo XVI la descripción literal de las estrategias de resistencia de una etnia frente a la llegada de los conquistadores, probablemente nunca se encontrará. No debe olvidarse que fueron ellos mismos —los conquistadores— quienes escribieron bajo intereses y dinámicas muy diferentes a los nuestros. Por tanto, la información etnohistórica debe extraerse de cada detalle o palabra disponible, bajo una interpretación argumentada y apoyada en otras disciplinas, como la geografía, que brinden contexto a las hipótesis formuladas.

En ello, la etnohistoria se diferencia de los estudios coloniales o republicanos, donde las hipótesis suelen nutrirse de un mayor volumen de fuentes. En cambio, para intentar comprender a los pueblos prehispánicos y su contacto con los europeos, las respuestas deben buscarse en las pocas referencias escritas disponibles. En este contexto, cobra especial relevancia lo que aquí se denomina una interpretación argumentada, entendida como la lectura crítica que, en lugar de partir de cero, se construye sobre los avances de quienes nos precedieron, contrastando sus hallazgos,

corrigiendo vacíos y proponiendo nuevas hipótesis. Así, el valor de una investigación etnohistórica no radica en repetir las crónicas, sino en volver a interrogarlas desde perspectivas distintas, con herramientas conceptuales y contextuales renovadas.

En este sentido, la presente investigación busca ofrecer nuevas propuestas para comprender el pasado prehispánico regional y los procesos que acompañaron la llegada de la primera hueste conquistadora a los actuales territorios santandereanos: la expedición de Ambrosio Alfinger.

El origen de este proyecto surge de la necesidad de actualizar los estudios sobre las diversas etnias que habitaron la región, más allá del “guanecentrismo” que ha predominado en la narrativa precolombina del departamento. Chitareros, yaregués, laches y muiscas requieren una nueva lectura que resignifique su papel como pueblos originarios y actores fundamentales en la conformación de nuestra sociedad moderna.

En el caso particular de los chitareros, resultaba imprescindible una reevaluación de su territorio étnico.³ Al intentar establecer los límites de dicho territorio, se hizo evidente la existencia de vacíos significativos en torno a su primer encuentro con los europeos, especialmente en lo referente al alcance de su dominio hacia el noroccidente, es decir, hacia la actual Área Metropolitana de Bucaramanga, una zona que la historiografía ha matriculado tradicionalmente dentro de la esfera guane.

Era sabido hasta el momento que la hueste de Ambrosio Alfinger fue la primera en penetrar estos territorios y que tuvo contacto con los indios que posteriormente fueron conocidos como chitareros, pues es de amplio conocimiento historiográfico que fue en las cercanías del actual municipio de Chinácota (Norte de Santander) donde sus flechas causaron la muerte del gobernador

³ Se entiende por territorio étnico el espacio histórico de ocupación y control de una comunidad indígena, tal como se infiere de las fuentes coloniales y de la evidencia arqueológica

alemán. Sin embargo, las crónicas no permiten establecer con precisión en qué punto geográfico se produjo la entrada y la salida de su territorio.

De allí la necesidad de reconstruir toda la expedición. La tradición historiográfica había fijado algunos puntos en común: Alfinger partió de Coro, cruzó la Serranía del Perijá hacia el valle del río Cesar, continuó por el del Magdalena, desde donde penetró la cordillera hasta alcanzar la “sabana de los caracoles” que hoy se relaciona con la meseta de Bucaramanga. Luego atravesó el páramo por algún punto incierto, halló abundante maíz en Silos para finalmente morir en Chinácota.

Pero entre esos hitos persistían amplios vacíos. Era necesario “rellenar los intermedios” para cumplir los objetivos de esta investigación: (1) reconstruir, mediante herramientas de georreferenciación, la posible ruta de la hueste; (2) identificar sobre el terreno actual los puntos donde las fuentes sugieren un cambio de etnia; y (3) vincular las descripciones etnográficas de las fuentes con los pueblos prehispánicos reconocidos hoy, como consecuencia de los dos anteriores. Cabe precisar que los objetivos específicos no se definieron de manera cerrada desde el inicio, sino que fueron surgiendo progresivamente a medida que el análisis de las fuentes revelaba nuevos indicios y posibilidades de interpretación, propias de un proceso de investigación etnohistórico y exploratorio.

Para alcanzar estos objetivos fue necesario iniciar desde el punto de partida —la salida de Coro el 9 de junio de 1531— y avanzar jornada tras jornada siguiendo el itinerario descrito en las fuentes. Con la información de tiempos y distancias, la reconstrucción se fue articulando como una “cremallera” que conectaba el texto con el territorio: a medida que la hueste avanzaba, las leguas relatadas podían traducirse en kilómetros actuales, permitiendo vincular la narrativa escrita con el paisaje real. Esta metodología impedía comenzar el análisis desde el momento en que la

hueste ingresó a Santander, pues solo el seguimiento continuo del recorrido posibilitaba determinar con precisión cuándo y dónde se producía dicho tránsito. Si bien la reconstrucción propuesta no pretende ofrecer un trazado definitivo, sí busca establecer una base verificable para futuras investigaciones locales.

Y una vez cerrada esa cremallera, entonces sí fue posible vincular la información etnográfica contenida en la fuente con los grupos que habitaban el territorio al momento del contacto: los yaregués, los guanes, los chitareros, entre otros. En ello radica la novedad de esta investigación: no se trata solo de reconstruir la ruta seguida por la hueste de Alfinger, sino también de aprovechar la riqueza de las descripciones sobre nuestros pueblos originarios, una información que ha permanecido allí desde hace siglos, pero que hasta ahora no había podido atribuirse con certeza a una etnia específica.

Estas descripciones, particularmente valiosas por su detalle, ofrecen una visión excepcional de los pueblos prehispánicos en su estado más prístino, durante el primer contacto con los europeos entre 1531 y 1533. Las crónicas posteriores —como las de las expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada (1536), Hernán Pérez de Quesada (1539), Martín Galeano (1540) o las de Ortún Velasco y Pedro de Orsúa (1549)— narran ya un territorio y unas comunidades transformadas por las experiencias previas con las huestes anteriores.

De esta forma, la investigación busca responder a dos preguntas fundamentales: ¿cuál fue el recorrido de la hueste de Ambrosio Alfinger en su expedición de 1531–1533, conocida como la del “Valle de los Pacabueyes”, especialmente a su paso por los actuales territorios de Santander y Norte de Santander? y ¿qué características pudieron observar los conquistadores en los pueblos prehispánicos que encontraron a su paso?

La investigación, por tanto, posee dos componentes complementarios: uno geográfico y otro histórico. En el primero, se pretende proponer una ruta aproximada de la hueste a partir de los datos de distancia y tiempo registrados en las fuentes, reconociendo que una mayor precisión en cada tramo corresponderá a futuras investigaciones de carácter local. En el segundo, de carácter histórico, el propósito es identificar lo observado por los europeos en el momento del contacto, sin pretender un estudio exhaustivo de cada etnia, sino una aproximación preliminar que permita abrir nuevas líneas de análisis a partir de los resultados aquí obtenidos.

En cuanto al aspecto metodológico y conceptual, el presente estudio se inscribe dentro de la etnohistoria, entendida como la disciplina que busca reconstruir procesos culturales y sociales del pasado a partir de fuentes coloniales, bajo una lectura crítica de sus sesgos y contextos de producción. Desde este enfoque, las crónicas y documentos tempranos no se asumen como relatos literales, sino como testimonios que, debidamente contrastados, permiten aproximarse a las realidades indígenas del siglo XVI.

A su vez, la investigación adopta como método la geografía histórica, que permite correlacionar las descripciones de las fuentes con el relieve actual para reconstruir itinerarios, paisajes y territorios. En este sentido, el espacio se concibe no como un escenario pasivo, sino como un componente activo de la historia: un territorio vivido, recorrido y transformado por las acciones humanas. La combinación de ambos enfoques —etnohistórico y geográfico-histórico— sustenta la metodología general empleada para analizar la expedición de Alfinger y sus implicaciones culturales.

Ahora bien, este tipo de análisis ha sido posible gracias al surgimiento de nuevas tecnologías, como la georreferenciación, los mapas satelitales, los traductores de alta capacidad y los modelos de inteligencia artificial. Esa constituye la principal diferencia con respecto a los

estudios clásicos, como el de Juan Friede, quien en la década de 1960 interpretó la ruta de Alfinger con los medios de su tiempo. Hoy, herramientas como Google Earth permiten medir distancias y marcar sobre un mapa digital los lugares mencionados en las fuentes, así como observar el modelado del relieve y las curvas de nivel para determinar con mayor precisión los posibles pasos de montaña o las zonas donde pudo existir un poblado indígena. Del mismo modo, las imágenes satelitales facilitan la búsqueda de rastros de caminos olvidados, variaciones en la vegetación o perspectivas del paisaje.

Por su parte, el servicio de traducción de Google resultó indispensable para acceder a documentos y estudios de la historiografía alemana y anglosajona. En cuanto al uso de la inteligencia artificial, se empleó principalmente con dos fines: primero, estimar la velocidad de marcha de la hueste en determinados tramos, de acuerdo con su composición y las características del terreno; y segundo, utilizar esa velocidad como parámetro para calcular la distancia recorrida en un número específico de jornadas, en los casos en que esta era la unidad de medida mencionada en las fuentes.

Por otra parte, en lo referente a las fuentes, es común entre los historiadores encontrar cierto desdén hacia los escritos de los cronistas, argumentando su sesgo o la “visión eurocentrista” con que presentaron la realidad social del momento. Sin duda existe algo de ello, y es una discusión de largo aliento; pero también es cierto que, para la etnohistoria, estas crónicas siguen siendo una fuente de información invaluable, siempre que se aborden con los cuidados necesarios, reconociendo, por ejemplo, los juicios de valor de sus autores. Si se leen como “hechos relatados” y se contrastan con otro tipo de evidencias o con información interdisciplinaria, los datos que aportan pueden considerarse verosímiles en tanto descriptivos.

Por ello, conociendo la predisposición de la historiografía ante las crónicas, esta

investigación realizó un análisis de las fuentes de información utilizadas por los propios cronistas al escribir sobre la expedición de Ambrosio Alfinger, es decir, de los testimonios, documentos y relatos a los que ellos mismos tuvieron acceso. A partir de ello fue posible identificar la fuente primaria más confiable: el informe del maestro de campo del gobernador, Esteban Martín, redactado hacia enero de 1534 como declaración ante la Corona sobre lo acontecido durante la travesía. Dicho escrito fue reproducido, con algunas variaciones, por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien probablemente lo tuvo en sus manos al pasar por Santo Domingo rumbo a Castilla, siendo entonces alcalde de esa ciudad.

A partir de lo anterior, más allá de la versión incluida por Fernández de Oviedo, el documento original transcrito, titulado *Declaración de una lengua*, sirvió como fuente principal para la presente investigación, tanto en la edición del Hermano Nectario María (1959)⁴ como en la publicada por la Academia Nacional de Historia de Venezuela (1962).⁵ El texto presenta un notable nivel de detalle, con descripciones etnográficas y geográficas articuladas mediante estimaciones de distancia, tiempo y fecha, lo que permitió al investigador seguir el recorrido sobre el terreno, como se señaló anteriormente.

Asimismo, algunos pasajes fueron complementados con información de otros cronistas, principalmente del propio Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*,⁶ así como de Juan de Castellanos (*Elegías de varones ilustres de Indias*)⁷ y Fray Pedro de Aguado

⁴ Esteban Martín, *Declaración de una lengua* [ca. 1533–1534], AGI, Audiencia de Santo Domingo, leg. 206, transcripción del Hermano Nectario María, en *Los orígenes de Maracaibo* (Madrid: Universidad Nacional del Zulia, Junta Cultural, 1959), Sección Documental, II, B, 493–512.

⁵ Esteban Martín, “Relación de la expedición de Ambrosio Alfinger (9 de junio de 1531–2 de noviembre de 1533),” en *Descubrimiento y conquista de Venezuela: textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales*, vol. 2: *Cubagua y la empresa de los Belzares* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962).

⁶ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, 4 tomos, ed. José Amador de los Ríos (Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851–1855).

⁷ Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, en *Biblioteca de Autores Españoles*, t. IV (Madrid: Imprenta de La Publicidad, a cargo de M. Rivadeneyra, 1847); y *Elegías de varones ilustres de Indias* (Bogotá: El Libro Total, Prisma), <https://www.llibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3458>.

(*Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada e Historia de Venezuela*),⁸ quienes recogieron el testimonio de soldados que participaron en la expedición y que posteriormente se avecindaron en el Nuevo Reino de Granada.

En menor medida, y con fines más contextuales, se recurrió a los escritos de Fray Pedro Simón (*Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*),⁹ Lucas Fernández de Piedrahíta (*Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*)¹⁰ y José de Oviedo y Baños (*Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*).¹¹ A su vez, se consultaron documentos administrativos y judiciales relativos a las gobernaciones de Venezuela y Santa Marta, empleados únicamente para comprender el marco institucional en que se desarrollaron los hechos.

En consecuencia, la *Declaración* de Esteban Martín constituye el eje documental que permitió ir cerrando la “cremallera” geográfica e histórica de esta investigación, generando nuevas propuestas sobre los pueblos prehispánicos del nororiente colombiano. Por ello, la estructura del estudio es cronológica, siguiendo el texto original y analizando cada segmento para “exprimir” cada detalle de lo escrito, pues en etnohistoria cada palabra —su inclusión o su ausencia— orienta la interpretación en una u otra dirección.

Por otra parte, el uso de fuentes secundarias ha sido amplio, tanto en complemento como en contraste con la fuente principal; sin embargo, vale la pena destacar a aquellos autores que

⁸Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada* (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1916); e *Historia de Venezuela*, tomo I, ed. Jerónimo Bécker (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1918).

⁹Fray Pedro Simón, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, 3 tomos (Bogotá: Casa Editorial de Medardo Rivas, 1882–1892).

¹⁰Lucas Fernández de Piedrahíta, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (Amberes: Enrique y Juan Bautista Verdussen, 1688).

¹¹José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, ed. Tomás Eloy Martínez (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992; reimp. digital, 2023).

centraron su atención en la figura de Alfinger y su expedición por tierras de la actual Colombia. La primera recopilación de lo acontecido corresponde al coronel Joaquín Acosta, quien en su *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto* (París, 1848)¹² dedicó el capítulo VI a esta empresa, basándose principalmente en los cronistas que lo precedieron. Llama la atención su interés por proponer los primeros lugares de paso de la hueste, y aunque afirmó ser “parco en juicios, deducciones y apreciaciones”, su texto inicia con la “entrada y crueldades del alemán Alfinger”, lo que deja ver cierto juicio moral en su narrativa.

A finales del siglo XIX, su hija Soledad Acosta de Samper retomó el tema en sus *Biografías de hombres ilustres o notables* (Bogotá, 1883),¹³ donde dedicó un apartado a “Ambrosio de Alfinger”. En esta obra, más que reconstruir la expedición, buscó trazar un perfil moral del personaje, al que describe desde su introducción como “aquel monstruo que se llamó Alfinger”, heredando así la visión condenatoria de su padre y de buena parte de la historiografía de la época.

Ya en el siglo XX, otros académicos emprendieron nuevas lecturas sobre la expedición, intentando precisar su recorrido e interpretar su contexto. Entre ellos destaca Ernesto Restrepo Tirado, quien publicó en el *Boletín de Historia y Antigüedades* (Bogotá, 1914) el artículo *Algunas observaciones etnográficas sobre el último viaje de Alfinger*.¹⁴ En él analiza la ruta a partir de las crónicas de Fernández de Oviedo y de Castellanos, proponiendo una reconstrucción del itinerario y de los pueblos encontrados, aunque mantiene el prejuicio del “sanguinario conquistador

¹² Joaquín Acosta, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto* (París: Imprenta de Beau, en San Germán en Laye, 1848).

¹³ Soledad Acosta de Samper, *Biografías de hombres ilustres o notables, relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente Estados Unidos de Colombia* (Bogotá: Imprenta de Silvestre & Compañía, 1883).

¹⁴ Ernesto Restrepo Tirado, “Algunas observaciones etnográficas sobre el último viaje de Alfinger,” *Boletín de Historia y Antigüedades* 9, no. 104 (noviembre de 1914).

Alfinger”.

Posteriormente, el escritor santandereano Enrique Otero D’Costa, en su obra *Cronicón solariego* (Manizales, 1922),¹⁵ realizó una investigación detallada sobre la historia temprana de la región, incorporando un estudio sobre la expedición de Alfinger con énfasis en su paso por el actual territorio santandereano. Su aporte fue significativo, pues introdujo una lectura más equilibrada del personaje y de su contexto, al analizar los encuentros con los pueblos prehispánicos, sugerir la posible ubicación de lugares geográficos e incluso revisar el perfil ético y moral del conquistador, en un intento por matizar la visión condenatoria heredada del siglo XIX.

La investigación de Otero D’Costa —prácticamente la única revisión completa de carácter regional durante todo el siglo XX— fue precursora de dos importantes aportes de mediados de siglo. Por una parte, el hermano lasallista francés radicado en Venezuela, Nectario María, en el marco de sus indagaciones sobre la fundación de Maracaibo, llevó a cabo un notable trabajo de transcripción en el Archivo General de Indias, cuyos resultados publicó en *Los orígenes de Maracaibo* (Madrid, 1959).¹⁶ En esta obra incluyó el informe de Esteban Martín —ya mencionado anteriormente— y dedicó amplios apartados al análisis de la llegada de los Welser a Venezuela, el gobierno de Alfinger y sus dos expediciones, la del lago de Maracaibo y la de los “Pacabueyes”. Su estudio se basó principalmente en documentos de archivo inéditos, más allá de las crónicas tradicionales; sin embargo, al no conocer directamente la región, evitó proponer rutas precisas o interpretaciones etnográficas.

Por otra parte, el trabajo de Nectario María y la transcripción de la *Declaración de una lengua* sirvieron como base para el libro *Los Welser en la conquista de Venezuela* (Caracas, 1961),

¹⁵ Enrique Otero D’Costa, *Cronicón solariego* (Manizales: Imprenta Departamental, 1922).

¹⁶ Hermano Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo* (Madrid: Universidad Nacional del Zulia, Junta Cultural, 1959).

del historiador Juan Friede Alter.¹⁷ En esta obra exhaustiva, Friede analiza no solo el gobierno de Alfinger, sino también el de los demás alemanes encargados de la gobernación de Venezuela, incorporando extensos estudios sobre la casa comercial Welser, la Capitulación y las consecuencias administrativas de su dominio. Para el caso específico de Alfinger, intenta reconstruir la ruta de la hueste, proponiendo algunas variaciones respecto de sus predecesores. Sin duda, su libro sigue siendo la obra más completa publicada hasta el momento sobre Alfinger y constituyó la base fundamental para el desarrollo de esta investigación en el ámbito regional.

En las décadas posteriores, la figura de Alfinger reapareció sobre todo en relación con el mito de *El Dorado*, sin que se emprendieran estudios sistemáticos sobre su expedición. Más recientemente, Hermes Tovar Pinzón, en *La estación del miedo o la desolación dispersa* (Bogotá, 2013),¹⁸ ofreció una lectura centrada en la demografía de los valles del Cesar y del Magdalena, retomando también el testimonio de Esteban Martín.

Otro de los aportes significativos de esta investigación, en relación con las fuentes, es la incorporación —posible gracias a la digitalización de bibliotecas europeas— de estudios historiográficos alemanes que, por primera vez, pueden ser consultados y traducidos con facilidad por los investigadores latinoamericanos mediante herramientas digitales. Entre ellos destacan dos obras de Konrad Haebler: *Ambrosio Alfinger, el Capitán General de Venezuela* (Múnich, 1895)¹⁹ y *Las empresas de ultramar de los Welser y sus socios* (Leipzig, 1903).²⁰ Ambas constituyen

¹⁷ Juan Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela* (Caracas - Madrid: Ediciones Edime, 1961).

¹⁸ Hermes Tovar Pinzón, *La estación del miedo o la desolación dispersa: el Caribe colombiano en el siglo XVI*, 2.ª ed. (Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, CEDE, Ediciones Uniandes, 2013).

¹⁹ Konrad Haebler, "Ambrosius Dalfinger, der Generalkapitän von Venezuela" [*Ambrosio Alfinger, el Capitán General de Venezuela*], *Beilage zur Allgemeinen Zeitung*, núm. 60 (1 de marzo de 1895): 5–6 (Múnich: J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger), https://www.digitale-sammlungen.de/view/bsb00085580_00399_u001?page=4%2C5.

²⁰ Konrad Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen der Welser und ihrer Gesellschafter* [*Las empresas de ultramar de los Welser y sus socios*] (Leipzig: C. L. Hirschfeld, 1903).

<https://ia600208.us.archive.org/34/items/dieberseeische00haeb/dieberseeische00haeb.pdf>.

aproximaciones pioneras, elaboradas a partir de documentación de archivo inédita en su tiempo, y representan los primeros intentos por situar las expediciones de los Welser dentro de un marco global de la expansión comercial alemana.

A su vez, resulta fundamental la investigación del entonces embajador alemán en Bogotá, Hermann A. Schumacher, publicada póstumamente bajo el título *Las empresas de los Welser de Augsburgo en Venezuela* (Hamburgo, 1892).²¹ Este autor, con acceso privilegiado a archivos europeos y americanos durante sus misiones diplomáticas, ofreció una descripción detallada de la llegada de los Welser al Nuevo Mundo y una interpretación minuciosa de las actividades de Alfinger, incluyendo la expedición que aquí se estudia.

Finalmente, conviene mencionar los trabajos de Karl H. Panhorst, en particular su libro *Los alemanes en Venezuela durante el siglo XVI: Carlos V y la Casa Welser* (Madrid, 1927),²² y su artículo *El primer colonizador alemán en América* (Leipzig, 1928).²³ Mientras el primero cumple un papel principalmente recopilatorio, el segundo profundiza en la biografía de Alfinger y en los aspectos económicos y políticos de su empresa.

En conjunto, esta investigación representa un nuevo intento por reinterpretar la expedición de Ambrosio Alfinger, más de sesenta años después de la última reconstrucción sistemática emprendida por Juan Friede. A diferencia de aquella lectura pionera, enmarcada en la historiografía de mediados del siglo XX, el presente estudio se apoya en los avances tecnológicos

²¹ Hermann A. Schumacher, *Die Unternehmungen der Augsburger Welser in Venezuela und Juan de Castellanos* [*Las empresas de los Welser de Augsburgo en Venezuela y Juan de Castellanos*], en *Festschrift zur Erinnerung an die Entdeckung Amerikas*, vol. II, hrsg. vom Wissenschaftlichen Comité zur Feier Amerikas (Hamburgo: L. Friederichsen & Co., 1892). <https://www.digitale-sammlungen.de/view/bsb11625942?page=1>.

²² Karl Heinrich Panhorst. *Los alemanes en Venezuela durante el siglo XVI: Carlos V y la Casa Welser*. Madrid: Editorial Voluntad, S.A., 1927.

²³ Karl Heinrich Panhorst, "Der erste deutsche Kolonisator in Amerika" [El primer colonizador alemán en América], *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 20, n.os 3/4 (1928): 408–432, <https://www.jstor.org/stable/20725504>.

y en el conocimiento histórico acumulado en las décadas recientes. La disponibilidad de herramientas digitales, unida al acceso a una bibliografía crítica más amplia y a fuentes revisadas por la investigación moderna, permite ofrecer una lectura renovada del itinerario de Alfinger y de los pueblos prehispánicos que encontró a su paso. Asimismo, el trabajo de campo complementó el estudio documental, al recorrer algunas de las montañas donde las hipótesis sugieren el tránsito de la hueste y recoger testimonios de tradición oral. Estos últimos no se emplearon como fuente primaria, dada la distancia temporal con los hechos, pero sí como un valioso apoyo para identificar antiguos senderos y topónimos locales que pudieran conservar huellas del pasado prehispánico.

Así pues, esta investigación recorrió virtualmente, de la mano de Alfinger y su hueste, alrededor de dos mil kilómetros por los territorios de la actual Venezuela y Colombia, no solo con el propósito de identificar y trazar su ruta, sino también de conocer de primera mano los grupos indígenas que encontraron a su paso, identificarlos y caracterizarlos de acuerdo con la información etnográfica suministrada por el relator. El resultado de este ejercicio se presenta en cinco capítulos organizados de manera cronológica, uno tras otro, desde el descubrimiento de la Tierra Firme americana en el tercer viaje de Colón hasta la expedición de Martín Galeano para conquistar el territorio guane.

El primer capítulo aborda los antecedentes de la expedición, desde los inicios de la conquista del Caribe hasta el momento en que Ambrosio Alfinger parte de Coro para cruzar la Serranía del Perijá e internarse en el valle de Upar. En primer lugar, se sintetiza el proceso de descubrimiento de la costa norte sudamericana y los distintos proyectos de conquista que se desarrollaron tanto en Venezuela como en la Nueva Granada. Luego, con los primeros núcleos poblacionales fundados y en marcha, se analizan las circunstancias en que una casa comercial alemana terminó capitulando con la Corona la gobernación de Venezuela, para centrarse después

en la figura de su primer gobernador: su mentalidad, su origen y la intencionalidad con la que vino a conquistar el Nuevo Mundo. El capítulo concluye con su llegada a Coro y el trasfondo de sus primeras incursiones, antes de emprender la gran expedición protagonista de este estudio.

El segundo capítulo introduce los preparativos para la partida y el desarrollo de la primera etapa de la expedición. Inicia con los motivos que impulsaron a Alfinger a cruzar la cordillera hacia los territorios del interior y continúa con un apartado metodológico que examina las fuentes disponibles, su procedencia y el grado de precisión con que relataron la travesía. Posteriormente, se expone la conformación de la hueste, los recursos con que contaba y las concepciones geográficas vigentes en la época. Una vez iniciada la marcha desde Maracaibo, se narra de manera sintética el trayecto hasta el ingreso a territorio santandereano, con las referencias a los pueblos del valle del río Cesar, los alrededores de la laguna de Zapatosa y el valle del Magdalena, finalizando con las razones que llevaron al gobernador a decidir su retorno por una ruta distinta a la de su entrada.

El tercer capítulo constituye el eje central de la investigación, al examinar el paso de la hueste por el actual territorio de Santander. Allí se analizan los primeros contactos con los yareguíes, las batallas con las vanguardias guanes, el hallazgo del río del Oro y la permanencia de un mes en la meseta de Bucaramanga, donde sobrevivieron alimentándose de caracoles. También se estudian las formas de convivencia y resistencia de los guanes, así como las costumbres bélicas de los habitantes de El Mene y su filiación étnica. El capítulo concluye con una síntesis sobre el estado de los pueblos prehispánicos encontrados y sus relaciones fronterizas al momento del contacto.

En el capítulo cuarto se continúa con la reconstrucción del itinerario de Alfinger a su paso por el actual Norte de Santander, desde las penurias del cruce por el páramo de Berlín hasta los

enfrentamientos con los chitareros y los factores que condujeron a su muerte. Se proponen nuevas hipótesis sobre relatos locales que permiten replantear algunas creencias tradicionales, y se analiza también la fase final de la expedición, ya sin Alfinger, en su retorno por el sur del lago de Maracaibo hasta Coro, después de dos años, cuatro meses y veinticuatro días de marcha. El capítulo culmina con una cronología completa de la expedición, en la que se estiman fechas y trayectos, incluyendo una hipótesis sobre el tiempo de permanencia de la hueste en territorio santandereano.

Finalmente, el capítulo quinto examina las consecuencias de la expedición, principalmente desde la perspectiva de los conquistadores: sus pérdidas, sus experiencias y el estado de la gobernación al momento del retorno. Además, se analiza el conflicto jurisdiccional con Santa Marta y las posteriores incursiones de Federmann y Espira en busca del “dorado” anunciado por Alfinger. El cierre se dedica a la llegada de los venezolanos al Nuevo Reino de Granada como resultado de esas búsquedas, su integración en la sociedad granadina y su participación en nuevas empresas, especialmente la de Martín Galeano hacia un territorio que aún conservaba la memoria de los hombres que habían acompañado a Alfinger.

De esta manera, el estudio que se presenta a continuación no solo busca reconstruir una ruta olvidada, sino también reafirmar que la etnohistoria sigue siendo una herramienta válida y necesaria para comprender nuestro pasado. Al abrir una ventana hacia las complejidades del contacto inicial entre los conquistadores y los pueblos prehispánicos, se procura aportar a la comprensión de una historia que, aunque breve en tiempo, fue profunda en consecuencias. Asimismo, se espera que esta investigación ofrezca nuevos elementos para futuras aproximaciones en el ámbito de la historia regional y local, de modo que, al ser verificada o rebatida, pueda constituir un aporte a la construcción colectiva del conocimiento sobre nuestros antepasados.

Capítulo 1: Contexto y orígenes de la expedición

1.1 Marco geopolítico de Tierra Firme a la llegada de Alfinger como gobernador

Hacia 1529, el norte de Sudamérica presentaba una geografía colonial en construcción, marcada por procesos desiguales de ocupación, intereses comerciales en pugna y territorios apenas conocidos por los castellanos. Mientras en el oriente de la actual Venezuela se consolidaba una economía basada en la explotación de perlas, el occidente seguía siendo un espacio de proyección inestable, donde apenas se iniciaban intentos de asentamiento permanente. En paralelo, la costa norte de la actual Colombia ofrecía una ruta de contacto clave entre el Caribe y el interior del continente, pero también era escenario de conflictos jurisdiccionales y fracasos reiterados de colonización. Fue en este contexto que Ambrosio Alfinger llegó a Santa Ana de Coro como primer gobernador de la Provincia de Venezuela, marcando el inicio de una nueva etapa de exploraciones hacia tierra adentro.

La actual Venezuela había sido explorada por primera vez durante el tercer viaje de Cristóbal Colón en 1498, cuando navegó por el golfo de Paria, avistó la desembocadura del Orinoco y entró en contacto con los pueblos de la costa oriental.²⁴ El hallazgo de perlas en las islas de Cubagua y Margarita atrajo rápidamente el interés de comerciantes,²⁵ dando origen a los llamados *viajes andaluces*, expediciones organizadas desde el sur de Castilla entre 1499 y 1503.²⁶ En ese período se sucedieron los viajes de Alonso de Ojeda, Américo Vesputio, Juan de la Cosa y Pedro Alonso Niño, quienes recorrieron la costa y bautizaron diversos lugares, entre ellos

²⁴ Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 723.

²⁵ Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, 1, primera parte, libro XIX, capítulo I (ed. José Amador de los Ríos; Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851), 589-590.

²⁶ David González Cruz, "Los viajes andaluces (1498-1503) Empresas náuticas en tiempos de exploraciones descubridoras," *Los Viajes Andaluces. Revista Andalucía en la Historia* no. 75 (abril 2022): 6-7. <https://www.centrodeestudiosandaluces.es/publicaciones/los-viajes-andaluces-ah-75>

Venezuela²⁷ y el golfo de Coquivacoa. A partir de entonces, el oriente venezolano fue integrado a las rutas comerciales con Santo Domingo, especialmente por la pesca de perlas.

Desde 1514, Cubagua y sus costas comenzaron a adquirir estabilidad, a pesar de los frecuentes conflictos con las poblaciones indígenas.²⁸ En 1521 se fundó Nueva Toledo,²⁹ y en 1528 se consolidó la ciudad de Nueva Cádiz,³⁰ núcleo urbano que simbolizó la primera colonización exitosa en lo que hoy es Venezuela, sostenida por una economía extractiva dependiente del trabajo forzado indígena.

En contraste, la región occidental permaneció sin presencia castellana efectiva tras el fracaso de la gobernación de Coquibacoa, otorgada a Ojeda en 1501,³¹ y solo entre 1516 y 1527 Juan de Ampíes, funcionario de la Real Hacienda, logró establecer contacto con los indios *caquetíos*, lo que le permitió asentarse en la región hacia 1525 con una pequeña hueste³² y, dos años más tarde, en 1527, conformar el poblado de Santa Ana de Coro³³ en alianza con el cacique *Manauere*. Esta experiencia marcó un modelo distinto de ocupación, más negociado que violento, aunque pronto sería desplazado por la entrada de Ambrosio Alfinger en nombre de los Welser.

²⁷ Con respecto al nombre de Venezuela, Alonso de Ojeda, junto con Américo Vesputio y Juan de la Cosa, recorrieron en 1499 la costa desde el Orinoco hasta el golfo de Venezuela, donde observaron viviendas indígenas palafíticas que evocaron a Venecia, motivo por el cual llamaron al lugar "Venezuela", nombre que más tarde se aplicaría a toda la gobernación. Por otra parte, el historiador Carlos Alarico Gómez ha propuesto recientemente un origen indígena para el topónimo: el vocablo en lengua añú "veneci-uela", que significa agua grande. Ver: Carlos Alarico Gómez, "El nombre de Venezuela tiene nombre indígena," en *Crónicas de Maracaibo* (Academia de Historia del Estado Zulia, 2020), 214. <https://pdfcoffee.com/libro-cronicas-de-maracaibo-3-pdf-free.html>

²⁸ Fidel Rodríguez Velásquez, "Navegantes indígenas, perlas y canoas en el Caribe del siglo XVI: experiencias transculturales conectadas por el mar," *Trabajos y Comunicaciones*, 2.ª época, no. 55 (enero-junio 2022): 10–12, https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13859/pr.13859.pdf.

²⁹ Isaac J. Pardo, *Esta tierra de gracia: imagen de Venezuela en el siglo XVI* (Caracas: Centro Nacional del Libro, 2022), 59, <https://cenal.gob.ve/?p=12568>

³⁰ Enrique Otte, *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua* (Caracas: Fundación John Boulton, 1977), 262.

³¹ Reales cédulas en que se contiene el Asiento hecho con Alonso de Hojeda (...) dándosele entre otras mercedes, el Gobierno de la Isla de Coquibacoa. Granada, 8 de junio de 1501, en *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*, vol. 38 (Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1882), 468, <https://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000242382>.

³² Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte II, introducción (Madrid: Imprenta de La Publicidad, a cargo de M. Rivadeneyra, 1847), 185.

³³ Lucas G. Castillo Lara, "Santa Ana de Coro – Símbolo de fe," *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), año 60, no. 239 (1977): 460.

El arribo de Alfinger a Coro en febrero de 1529 respondió a la concesión que la Corona otorgó el año anterior a la casa alemana de los Welser, mediante la cual se creaba oficialmente la Provincia de Venezuela. Con ello, se iniciaba una nueva etapa en la colonización del occidente de la futura Venezuela, ahora impulsada por intereses financieros ligados al comercio europeo. La llegada de Alfinger significó la interrupción del gobierno de facto de Ampíés, quien había establecido alianzas y acuerdos con los *caquetíos* sin el respaldo de una capitulación oficial sobre Tierra Firme. El mandato de Alfinger se basaba en una lógica distinta: más orientada a la conquista y al aprovechamiento económico intensivo del territorio.

Para entonces, el occidente del territorio que más tarde sería Venezuela seguía siendo un espacio poco explorado. Las islas de Aruba, Bonaire y Curazao habían sido declaradas *islas inútiles* hacia 1513, habilitadas para la captura de indígenas destinados al trabajo forzado. Muchos de sus pobladores habían huido hacia la costa continental, aumentando la presión sobre las tierras del litoral.³⁴ La fundación de Santa Ana de Coro en 1527, aunque precaria, ofrecía una base para proyectar expediciones hacia el interior. De tal forma que Alfinger encontró una región donde la ocupación castellana no estaba consolidada, pero donde ya existían contactos previos, alianzas indígenas y rutas esporádicas de comercio de perlas, sal y guanines.³⁵

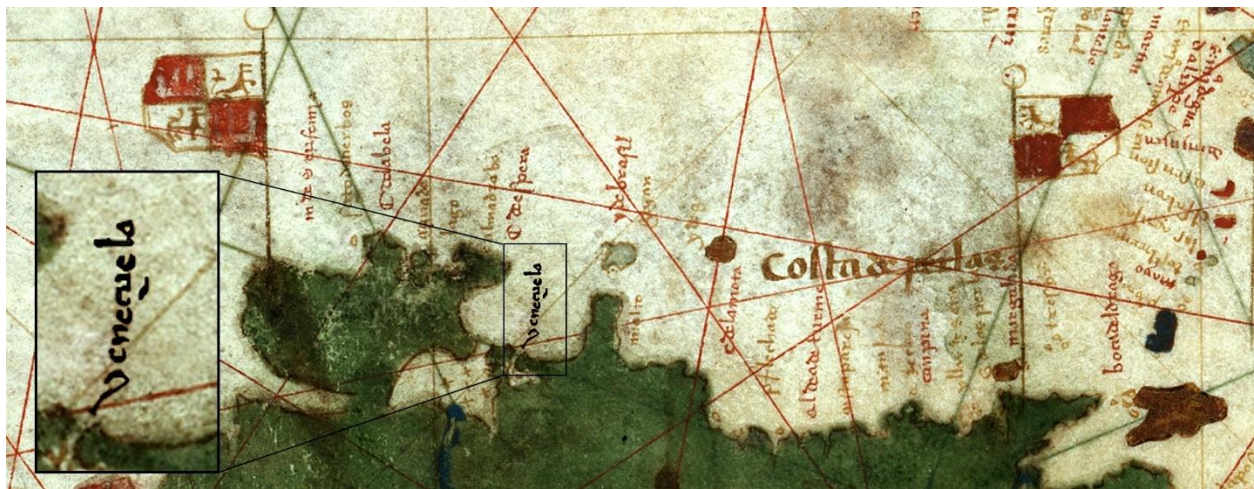
En cambio, el sector oriental del territorio de la futura Venezuela presentaba para ese momento un desarrollo más avanzado. Nueva Cádiz, que funcionaba como centro administrativo de la región insular y oriental, contaba con estructuras de gobierno, redes de intercambio con los pueblos indígenas y control militar sobre puntos estratégicos como Araya y Cumaná. Con todo, su

³⁴ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 171.

³⁵ Los guanines eran piezas de orfebrería indígena elaboradas en aleación de oro, cobre y, en ocasiones, plata. Poseían un alto valor simbólico y se utilizaban como distintivos de rango y como objetos de intercambio entre distintos pueblos del Caribe y el norte de Sudamérica.

modelo de ocupación seguía anclado a una economía periférica en decadencia, cada vez más dependiente de la explotación forzada. En ese marco, el centro de gravedad colonial comenzaba a desplazarse hacia nuevas zonas de expansión, y el occidente del litoral aparecía como una opción para ensayar modelos alternativos de colonización y extracción.

Figura 1. Fragmento y ampliación del mapa de Juan de la Cosa que representa la costa de Tierra Firme. Puerto de Santa María. 1500.



Nota. Es el primer documento cartográfico conocido en el que aparece el nombre de “Venezuela”, ubicado sobre el golfo que hoy lleva ese nombre. El segmento mostrado corresponde al recorrido realizado por el autor junto a Alonso de Ojeda y Américo Vespucio durante su primer viaje en 1499, a lo largo de una costa reclamada para la Corona de Castilla y León, cuyo estandarte se aprecia delimitando las nuevas posesiones. También se distingue el recién bautizado cabo de la Vela y, a la derecha, la llamada Costa de las Perlas. Tomado de: Museo Naval de Madrid. Edición y resaltado propios.

Al otro lado de la península de La Guajira, en territorio de la actual Colombia, el panorama era igualmente complejo. La experiencia fundacional más temprana fue la de Santa María la Antigua del Darién, establecida por Vasco Núñez de Balboa hacia fines de 1510.³⁶ Esta ciudad,

³⁶ Juan Carlos Monterde García, “Santa María de la Antigua del Darién: problemática jurídica sobre su fundación,” en *España, el Atlántico y el Pacífico y otros estudios sobre Extremadura* (Llerena: Sociedad Extremeña de Historia, 2013), 129. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=560517>.

primera fundación estable en Tierra Firme, funcionó como base de operaciones en el istmo hasta 1519, cuando Pedrarias Dávila fundó la ciudad de Panamá y trasladó allí la capital de la gobernación de Castilla del Oro.³⁷ Desde entonces, el Darién fue abandonado y destruido por los indígenas, mientras la expansión castellana se orientaba hacia el litoral caribe.³⁸

Santa Marta constituía la otra gran base castellana en proceso de consolidación al momento de la llegada de Alfinger en 1529. El asentamiento había comenzado a conformarse hacia mediados de 1525 y fue fundado formalmente por Rodrigo de Bastidas el 29 de julio de 1526,³⁹ en una región conocida por los indígenas con el nombre de *Citurma*.⁴⁰ Bastidas, quien ya había explorado la zona desde 1501, recibió una capitulación para fundar un poblado con al menos cincuenta vecinos, comprometiéndose a evitar el uso de la fuerza contra los indígenas. Su fundación representó el primer asentamiento permanente en la costa que corresponde hoy al Caribe colombiano, con una política inicial de moderación que contrastaba con la violencia habitual de otros conquistadores. Sin embargo, sus propios hombres, inconformes por la prohibición de rescatar oro,⁴¹ conspiraron contra él, hiriéndolo gravemente.⁴² Ante esta situación, Bastidas decidió embarcarse hacia Santo

³⁷ Ibid., 135.

³⁸ Alberto Sarcina, "Santa María de la Antigua del Darién, la primera ciudad española en Tierra Firme: una prospección arqueológica sistemática," *Revista Colombiana de Antropología* 53, núm. 1 (enero-junio de 2017): 269–300. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/11>.

³⁹ La fecha exacta de la fundación de Santa Marta ha sido objeto de debate historiográfico. Si bien la tradición señala el 29 de julio de 1525, no existe acta oficial que lo confirme. Según la historiadora Kathleen Romoli, Bastidas habría desembarcado el 23 de junio de 1526 y realizado las ceremonias fundacionales entre ese día y el siguiente, tesis que coincide con la de Juan Viloria de la Hoz, quien en un estudio reciente ubica el acto formal en los meses de junio o julio de 1526. Véanse: Kathleen Romoli, "Informe sobre la fundación de Santa Marta," *Boletín de Historia y Antigüedades* 61, n.º 705 (julio–agosto de 1974): 396; Joaquín Viloria de la Hoz, "El adelantado Rodrigo de Bastidas: relectura de sus oficios como marino, mercader y conquistador," en *Gobernadores coloniales de la provincia de Santa Marta: Once historias sobre sus acciones políticas y militares, 1525–1820*, eds. Joaquín Viloria de la Hoz y Jorge Elías Caro (Santa Marta: Ediciones Unimagdalena, 2023), 28–36.; Álvaro Ospino Valiente, "10 datos históricos de Santa Marta que quizás no sabías," *El Informador* (Santa Marta), 29 de julio de 2018, <https://www.elinformador.com.co/index.php/general/164-informe-especial/181856-10-datos-historicos-de-santa-marta-que-quizas-no-sabias..>

⁴⁰ Fray Pedro de Aguado, *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, primera parte, libro I, cap. II (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1916), 40.

⁴¹ Viloria de la Hoz, "El adelantado Rodrigo de Bastidas," 37–38.

⁴² Una vez cometido el atentado y, al ver que no tenían mayoría, los atacantes huyeron tierra adentro, siendo finalmente capturados los pocos sobrevivientes en La Ramada y enviados a Santo Domingo para ser condenados a la horca. Viloria de la Hoz, "El adelantado Rodrigo de Bastidas," 39–40.

Domingo, pero falleció en Cuba en julio de 1527.⁴³

Tras su muerte, el poder fue asumido de manera provisional por Rodrigo Álvarez Palomino y luego por Pedro de Vadillo, enviado por la Audiencia de Santo Domingo. Ambos emprendieron expediciones cortas hacia el interior, con resultados mixtos. La ruptura de la política pacífica llevó al resurgimiento de hostilidades con los pueblos indígenas, aunque también permitió explorar zonas más allá de la sierra nevada, como el Valle de Upar. Esta región, rica en oro y rodeada de comunidades indígenas densamente pobladas, se convirtió en uno de los principales objetivos de las entradas desde Santa Marta.

El 17 de febrero de 1529, llegó a la ciudad el nuevo gobernador, García de Lerma, nombrado por la Corona tras la muerte de Bastidas.⁴⁴ Lerma asumió el cargo con el objetivo de consolidar la presencia castellana en el territorio, organizar políticamente la provincia y explorar las zonas del interior. Durante sus primeros meses, organizó varias expediciones, entre ellas la de su sobrino Pedro de Lerma, quien partió hacia el Valle de Upar y llegó hasta las riberas del río que posteriormente sería llamado Lebrija por el capitán que intentó cruzarlo.⁴⁵ Según una carta enviada por el propio gobernador en enero de 1530, esta expedición buscaba alcanzar unas tierras rumoradas por su riqueza en oro, pero fue detenida por las crecientes y la maleza al intentar vadear el afluente. A pesar de ello, los soldados regresaron con presentes obtenidos en los pueblos del río Grande, es decir, del Magdalena.⁴⁶

⁴³ Romoli, "Informe sobre la fundación de Santa Marta," 398.

⁴⁴ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 45.

⁴⁵ Anónimo, "Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta," en *Relaciones Históricas de América. Primera mitad del siglo XVI* (Madrid: La Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1916), 88-91.

⁴⁶ García de Lerma, *Carta e relación al Obispo de Santo Domingo sobre las cosas de aquella Tierra*, Santa Marta, 16 de enero de 1530, en *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Colonización de las Posesiones Españolas en América y Oceanía*, tomo XLI, cuaderno I (Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1884), 310. <https://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000242382&page=1>

Estas incursiones muestran que, para 1529, la frontera entre las provincias de Venezuela y Santa Marta no solo era difusa, sino también disputada. Ambas gobernaciones compartían áreas de expansión proyectada, como el valle de Upar y la vertiente oriental del Magdalena, lo cual generaría tensiones crecientes en los años siguientes. Fue precisamente hacia esa región donde más tarde se dirigiría la segunda expedición de Ambrosio Alfinger, lo que inauguró un conflicto territorial entre ambas autoridades y marcaría el desarrollo posterior de la gobernación de Tierra Firme.

En suma, el año 1529 marca un punto de inflexión en la configuración colonial del norte de Sudamérica. Por un lado, en el sector oriental del territorio que más tarde sería Venezuela, la ciudad de Nueva Cádiz se consolidaba como centro administrativo y económico gracias al comercio de perlas, aunque ya mostraba signos de agotamiento. En el occidente, la conformación de Santa Ana de Coro en 1527 y la llegada de Alfinger dos años después abrieron un nuevo capítulo bajo el impulso de capitales alemanes. La costa, aunque conocida desde fines del siglo XV, seguía siendo un espacio apenas controlado, con alianzas indígenas tensas, rutas de comercio inestables y una administración aún en formación.

Mientras tanto, en el litoral que corresponde hoy al Caribe colombiano, la fundación de Santa Marta en 1526 ofrecía una plataforma para extender la presencia castellana hacia el interior. Las entradas de Pedro de Lerma, la designación de García de Lerma como gobernador y la llegada del primer obispo en 1529 revelan el interés de la Corona por consolidar una gobernación estable en la región. Pese a ello, la falta de límites precisos entre Santa Marta y la Provincia de Venezuela, sumada a la simultaneidad de sus proyectos de exploración, generó roces desde el inicio. Ambos territorios proyectaban su expansión hacia regiones similares, especialmente el valle de Upar, el Magdalena medio y los pasos hacia el altiplano.

La situación geopolítica hacia 1529 puede resumirse como la superposición de dos modelos de ocupación: uno de carácter más comercial y concesional, como el de los Welser en la Provincia de Venezuela; y otro de perfil más institucional, como el de Santa Marta, promovido desde la Corona a través de funcionarios castellanos. Ambos compartían una lógica de extracción, pero diferían en sus mecanismos de legitimación y en la manera de relacionarse con los pueblos indígenas. En medio de estos proyectos coexistían redes indígenas complejas, territorios aún poco cartografiados y una geografía física que imponía obstáculos tanto logísticos como militares.

Ese era el escenario que encontró Ambrosio Alfinger al asumir el gobierno de la Provincia de Venezuela. Desde la base costera de Coro debía adentrarse en un territorio desconocido, pero ya codiciado por otras autoridades. Sus decisiones, rutas y conflictos posteriores no pueden entenderse sin considerar este entramado previo de fundaciones, caminos explorados, tensiones jurisdiccionales y rumores persistentes sobre riquezas tierra adentro. A partir de este punto, la historia de la expedición se inscribe en un territorio en disputa, cuya ocupación aún estaba por definirse.

Figura 2. Panorama general de las ciudades fundadas hacia 1529

Nota. Ciudades y asentamientos fundados a la fecha en Tierra Firme. Panamá, capital de Castilla del Oro, Santa María la Antigua, que ya había sido abandonada, Santa Marta, Coro y Nueva Cádiz. Se agregan los asentamientos de Nombre de Dios y Cumaná.

1.2 Conquista en manos privadas: la capitulación imperial con la Casa Welser

La concesión de la gobernación de Venezuela a la casa comercial alemana de los Welser en 1528 marcó el inicio de una etapa inédita en la colonización americana: por primera vez, un amplio territorio de Tierra Firme quedaba en manos privadas extranjeras. Esta decisión, lejos de ser improvisada, se explica por la confluencia de factores políticos y económicos tanto en Europa como en las Indias.

En el contexto europeo, la familia Welser se había convertido en una de las casas comerciales más poderosas del Sacro Imperio Romano Germánico, junto con los Fugger. Su influencia creció gracias a una red de factorías extendida por ciudades clave del comercio europeo y al financiamiento de campañas imperiales. Cuando Carlos I de Castilla se postuló en 1519 para

el trono del Imperio,⁴⁷ los Welser contribuyeron con importantes sumas de dinero para asegurar su elección como Carlos V.⁴⁸ A cambio, obtuvieron concesiones comerciales que incluían el acceso a las Indias, donde ya operaban desde su base en Santo Domingo, involucrados en negocios de minería, perlas, esclavización y moneda.⁴⁹

La oportunidad concreta para acceder a un gobierno territorial surgió en 1527, tras el asesinato de Rodrigo de Bastidas en Santa Marta. Para restablecer el orden, la Corona nombró a García de Lerma como nuevo gobernador, un personaje con vínculos logísticos con los Welser.⁵⁰ Aprovechando esta coyuntura, agentes de la compañía, como Enrique Ehinger y Jerónimo Sailer, propusieron financiar una expedición para apoyar a Lerma y, a cambio, solicitaron la concesión de las tierras vecinas: el Cabo de la Vela, el Golfo de Venezuela y hasta Maracapana.⁵¹

La Corona, enfrentada a crecientes tensiones con los conquistadores y deseosa de limitar sus excesos, vio con buenos ojos delegar el control en una casa comercial bien financiada y obediente. Además, el asesinato de Bastidas evidenció la necesidad de fuerzas organizadas y solventes, lo que reforzó la idea de confiar en una empresa privada.⁵² Así, el 27 de marzo de 1528, se firmó la capitulación que otorgaba a los Welser la gobernación de Venezuela, incluyendo el derecho a poblar, fundar fortalezas, importar ganado y esclavos, y explotar recursos minerales en

⁴⁷ Real Academia de la Historia, "Carlos I de España y V de Alemania," *Diccionario Biográfico Electrónico*, última modificación en 2025, <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/9664-carlos-i-de-espana-y-v-de-alemania>.

⁴⁸ Peter Rauscher, "La casa de Austria y sus banqueros alemanes," en *Carlos V. Europeísmo y universalidad: Los escenarios del Imperio*, vol. III (Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001), 412. <https://homepage.univie.ac.at/peter.rauscher/wp-content/uploads/2024/06/La-casa-de-Austria-y-sus-banqueros-alemanes.pdf>

⁴⁹ Ginés García de Cuevas, "Fuentes documentales del Archivo de la Academia Nacional de la Historia para el estudio de los alemanes en Venezuela. Siglo XVI," *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 79, no. 314 (1996): 90. <https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldeHistoriaCaracas/1996/vol79/no314/10.pdf>.

⁵⁰ Jorge Enrique Elías-Caro, "García de Lerma: segundo gobernador oficial de Santa Marta," en *Gobernadores coloniales de la provincia de Santa Marta: once historias sobre sus acciones políticas y militares, 1525–1820* (Santa Marta–Bogotá: Editorial Unimagdalena; Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2023), 55.

⁵¹ "Capitulación de los Belzares con la Corona de Castilla, Madrid, 27 de marzo de 1528," *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, accedido el 26 de marzo de 2025, https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/capitulacion-de-los-belzares-con-la-corona-de-castilla-madrid-27-de-marzo-de-1528--0/html/ff6bf908-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html.

⁵² Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 151-153.

una franja costera amplia entre el Cabo de la Vela y Maracapana.⁵³

El acuerdo establecía también obligaciones precisas: enviar una expedición de cuatro navíos con al menos doscientos hombres para auxiliar Santa Marta, poblar con cien colonos adicionales, fundar dos pueblos en dos años, introducir cincuenta mineros alemanes y respetar los principios cristianos en el trato con los indígenas. A cambio, los Welser obtenían cargos de gobierno, derechos de propiedad sobre tierras, porcentajes sobre las ganancias y exenciones fiscales estratégicas.

En definitiva, la Capitulación fue el resultado de una negociación geopolítica donde intereses imperiales, financieros y coloniales coincidieron. Para la Corona, era una forma de avanzar en la colonización sin invertir recursos directos; para los Welser, una oportunidad de ampliar su red de poder en América y recuperar las inversiones hechas al emperador.⁵⁴ Así se inauguró un experimento singular: la administración de un territorio americano por una casa comercial extranjera, bajo el amparo legal de la monarquía hispánica.

1.3 Ambrosio Alfinger en Coro: primer gobernador alemán en Tierra Firme

La figura de Ambrosio Alfinger resulta difícil de reconstruir, no solo por la escasez de documentación directa sobre su vida, sino porque la mayor parte de la información disponible procede de menciones dispersas en crónicas o en registros administrativos vinculados a la casa Welser. Por lo general, en el ámbito latinoamericano se le menciona como un funcionario alemán al servicio de dicha casa comercial, vinculado a las fundaciones de Coro y Maracaibo, y muerto en combate contra indígenas en el actual nororiente de Colombia.

⁵³ Un análisis sencillo pero interesante puede verse en: Alejandro E. Cáceres, *La Capitulación de los Welser: Génesis de la historia de la empresa y los negocios en Venezuela* (Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri, 2007).

⁵⁴ Rauscher, "La casa de Austria," 412.

Por otra parte, en Alemania, la figura de Alfinger adquirió desde el siglo XIX un lugar destacado dentro de las narrativas sobre la expansión colonial germana.⁵⁵ Durante el auge imperialista de finales del siglo XIX y comienzos del XX, la experiencia de los Welser en Venezuela fue reinterpretada como antecedente simbólico de una temprana empresa colonial alemana. En ese contexto, Alfinger llegó incluso a presentarse como un personaje digno de exaltación nacional: protagonizó novelas,⁵⁶ poemas⁵⁷ y relatos ilustrados,⁵⁸ y fue objeto de estudios que buscaban inscribir las expediciones de los Welser dentro de una tradición histórica más amplia sobre la presencia alemana en América.

Uno de los aspectos más discutidos es su apellido y el posible parentesco con los hermanos Ehinger. Mientras que Panhorst⁵⁹ y Nectario María⁶⁰ sostienen que Alfinger compartía apellido y vínculo familiar con Enrique y Jorge Ehinger —en parte por referencias documentales donde aparece como “Ambrosio del Ehinger”—, otros autores han advertido que en Alemania existían varias ramas con ese apellido y que ello no basta para deducir un parentesco directo. En esta línea, Müller⁶¹ y Haebler⁶² proponen que su nombre original era Ehinger, pero que habría adoptado las

⁵⁵ Julia Roth, *Sugar and slaves: The Augsburg Welser as conquerors of America and colonial foundational myths*, *Atlantic Studies: Global Currents* 14, no. 4 (2017): 438, <https://doi.org/10.1080/14788810.2017.1365279>.

⁵⁶ “En una ventana de su habitación, (...) estaba Ambrosio Alfinger en una amplia bata de piel, (...) y pensaba justamente en el largo viaje que le esperaba más allá del océano Atlántico. El anciano señor miraba con tristeza a su apacible Elisabeth, su única hija, y el único ser amado que le había quedado”. Fragmento de: Anónimo, *Edelsinn und Vorurtheil. Eine Erzählung aus der ersten Hälfte des 16ten Jahrhunderts* [Nobleza de ánimo y prejuicio. Un relato de la primera mitad del siglo XVI], *Didaskalia oder Blätter für Geist, Gemüth und Publizität*, nro. 1 (Domingo, 1 de enero de 1826). https://www.digitale-sammlungen.de/view/bsb10531029_00011_u001?page=%2C1

⁵⁷ “¿A dónde, vosotros pobres, sobre la cubierta, con vuestro odio levemente oculto, el equipaje descomunal de una profunda tristeza? ¿A dónde? ¡Hacia el país de la libertad, hacia el oeste!”. Fragmento de: Heinrich von Treitschke, “Ambrosius Dalfinger” [“Ambrosio Alfinger”], en *Vaterländische Gedichte* [Poemas patrióticos] (Göttingen: Georg H. Wigand, 1856), 8. <https://mdz-nbn-resolving.de/details:bsb10121621>

⁵⁸ Robert und W. Rohm *Münchgesang, Ambros Dalfinger, der Held von Venezuela. Erzählung aus der Zeit Kaiser Karl V.* (Leipzig: Julius Klinkhardt, 1914), acceso el 29 de marzo de 2025, <https://tinyurl.com/AmbrosDalfingerderHeldvon>.

⁵⁹ Panhorst, “Der erste deutsche Kolonisor in Amerika,” 408–432.

⁶⁰ Nectario María, *Los Orígenes de Maracaibo*, 17.

⁶¹ Johannes Müller, “Der Anteil der Familien Ehinger-Güttingen von Konstanz und der Österreicher Ehinger von Ulm an den überseeischen Unternehmungen der Welser [La participación de las familias Ehinger-Güttingen de Constanza y de los austriacos Ehinger de Ulm en las empresas ultramarinas de los Welser],” *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 22, no. 3/4 (1929): 373–387. <https://www.jstor.org/stable/20725665>.

⁶² Haebler, “Ambrosius Dalfinger,” 5.

variantes Alfinger o Dalfinger en su actividad en el extranjero. Federmann también lo menciona con formas alternativas como Dalfiger o Talfinger, aunque no existe constancia de un linaje con ese nombre.

Juan Friede refutó el supuesto parentesco con los Ehinger señalando que este se originó en una lectura defectuosa de la Capitulación. En una versión impresa se interpretó que Ambrosio y Jorge eran hermanos de Enrique Ehinger, cuando en el manuscrito original solo Jorge aparecía como tal.⁶³ Para reforzar su argumento, Friede aportó tres elementos adicionales: una licencia de 1526 en la que Ambrosio figura como hijo de padres oriundos de Ulm, mientras que Jorge es registrado como natural de Constanza;⁶⁴ la continuidad de Alfinger en el gobierno aun después de la salida de los Ehinger de la empresa en 1530; y su ausencia en el árbol genealógico de los Ehinger de Constanza. En contraste, se le identifica como hijo de Hans Talfinger y de Úrsula, naturales de Ulm, una ciudad de unos cuarenta mil habitantes a comienzos del siglo XVI.⁶⁵ Su familia habría tenido participación en actividades gremiales, aunque algunos autores, como Victor von Hagen y Albrecht Rieber, sostienen que su padre era un sastre y mercader de telas con cierto nivel económico.⁶⁶

Sobre sus primeros años no se sabe mucho, pero ya en 1526 aparece vinculado a la expedición de Sebastián Caboto a las Molucas, posiblemente actuando como agente de los Welser. Ese mismo año, la compañía estableció una factoría en Santo Domingo, y Alfinger fue uno de sus

⁶³ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 167.

⁶⁴ En el listado de pasajeros a Indias, con fecha 15 de junio de 1526, aparecen registrados “Ambrosio de Olfinger” y “Jolge Hinger”, ambos con padres y ciudades de origen distintos, al momento de trasladarse a Santo Domingo como empleados de los Welser. *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, dir. Cristóbal Bermúdez Plata, vol. I (Sevilla: Imprenta Editorial de la Gavidia, 1940), 200.

⁶⁵ Victor Wolfgang von Hagen, *The Gold of El Dorado: The Quest for the Golden Man* (New York: New American Library, 1974), 21. <https://archive.org/details/goldofeldoradoqu0000vonh/page/20/mode/2up>

⁶⁶ von Hagen, *The Gold of El Dorado*, 21; Albrecht Rieber, citado en Enrique Otte, estudio preliminar en *Cedulario de las provincias de Venezuela* (Caracas: Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1982), XLI.

factores junto con Jorge Ehinger. La ciudad, capital de las Indias, se había consolidado como centro político y comercial del Caribe, con calles rectas, casas de piedra, un puerto activo sobre el río Ozama y una población cercana a los diecisiete mil habitantes.⁶⁷ Schumacher describe una urbe con infraestructura en crecimiento: castillo, monasterios, hospital y la catedral en construcción. En este escenario, Alfinger se insertó con éxito, en medio de un proceso de transición institucional tras la destitución de Diego Colón como gobernador.

Durante esos dos años, Alfinger y los agentes alemanes operaron de forma autónoma, siendo los únicos extranjeros con presencia estable tanto en Santo Domingo como en otros puntos del Caribe. En ese entorno, su labor consistió en administrar para los Welser el flujo constante de mercancías que articulaba el comercio atlántico: desde Sevilla llegaban barcos cargados con productos europeos, animales domésticos, colonos, africanos esclavizados y condenados, mientras que en el viaje de regreso se esperaba enviar oro, perlas, esmeraldas, maderas y otros productos de valor.⁶⁸ Esta dinámica, que los factores debían supervisar y registrar, se intensificó en 1528 cuando los Welser obtuvieron licencia para introducir hasta catorce mil esclavos. Así, aunque el envío de indígenas esclavizados había sido abandonado, la expectativa de beneficios comerciales seguía siendo alta, y Alfinger adquirió una experiencia decisiva en el manejo administrativo y económico de estas operaciones.

En este contexto de expansión comercial y control logístico surgió la propuesta que llevaría a los Welser a obtener la gobernación de Venezuela. La muerte de Bastidas en Santa Marta, la llegada de García de Lerma y el vínculo de este con la compañía alemana abrieron una oportunidad para que la casa comercial ampliara su presencia en Tierra Firme. Alfinger regresó a Europa para

⁶⁷ Schumacher, *“Die Unternehmungen der Welser in Venezuela”*, 27.

⁶⁸ *Ibid.*, 31-32.

gestionar la solicitud, respaldado por Enrique Ehinger, y su experiencia como factor en el Caribe resultó un elemento determinante al momento de presentar el proyecto ante la Corona. Esta, necesitada de mecanismos eficaces para pacificar y poblar nuevas regiones sin comprometer sus propios recursos, aprobó con rapidez la propuesta, y en menos de un año se iniciaron los preparativos para una expedición que pondría a prueba por primera vez el modelo de una gobernación privada bajo control extranjero en América.

Según lo estipulado en la Capitulación de 1528, Enrique Ehinger y Jerónimo Sailer, representantes de la Casa Welser, delegaron la gobernación en Ambrosio Alfinger el 29 de abril de ese año. La Corona ratificó la designación mediante Real Cédula del 13 de octubre, ordenando que se le reconociera como gobernador mientras se mantuviese en vigor la representación de los titulares.⁶⁹ Esta decisión no solo respondía a su cercanía con la empresa, sino también a la experiencia adquirida en su desempeño en Santo Domingo, que lo había familiarizado con las dinámicas comerciales, administrativas y logísticas del Caribe.

La llegada de los Welser a Venezuela debe entenderse en relación directa con la gobernación de Santa Marta. Según Nectario María y Juan Friede, el acuerdo entre García de Lerma y la compañía establecía que ambas partes aportarían hombres y recursos, aunque Lerma solo se comprometió a reunir cincuenta portugueses, por lo que el peso logístico de la empresa recayó finalmente en los Welser. La organización se llevó a cabo en Sevilla, desde donde debía zarpar la expedición rumbo a Santo Domingo, con García de Lerma como capitán general y Alfinger ya confirmado como gobernador desde abril de 1528.

⁶⁹ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 166.

Luego, la flota debía dirigirse primero a Santa Marta y, si persistía el desorden, dejar allí doscientos hombres durante un año para asegurar su pacificación. Solo después continuaría hacia Venezuela, reduciendo o ampliando la tropa de acuerdo con las circunstancias. Si al llegar a Santo Domingo se comprobaba que Santa Marta se hallaba en calma, únicamente acompañarían a Lerma cincuenta hombres con los recursos necesarios para asumir el gobierno.⁷⁰

El reclutamiento comenzó pronto entre aventureros de Andalucía, portugueses y alemanes. Según Hermann Schumacher, circulaban historias que prometían riquezas, tierras fértiles y mujeres hermosas, lo que contribuyó a atraer voluntarios en busca de fortuna. El prestigio de la Casa Welser también convocó a hombres capacitados para funciones claves, como Alonso Vásquez de Acuña, nombrado tesorero; Pedro de San Martín, fundidor; Francisco de Salazar, contador; además de un contingente de soldados experimentados. En conjunto, la hueste rondaba los cuatrocientos hombres, organizados en compañías con colores distintivos.

Schumacher ofrece una descripción detallada del equipamiento, que ilustra la magnitud del proyecto. Los caballos de los oficiales se trajeron desde España, mientras que otros se adquirieron localmente, y a las monturas se les colocaron cascabeles y arneses de trineo para producir ruido e intimidar. El jefe de la caballería fue Casimir von Nürnberg. En cuanto al armamento, predominaban las armas pesadas: alabardas, espadas a dos manos, lanzas largas, corazas y armaduras de placas, junto con arcabuces provistos de gancho. Los ballesteros utilizaban ballestas de acero de tensión rápida y los cocineros llevaban cuchillos grandes. La vestimenta era igualmente robusta: *wämser* de cuero,⁷¹ pantalones de lino con refuerzos de algodón y capas de piel de alce; las boinas llevaban plumas, y las lanzas cortas servían tanto para arrojar como para el combate

⁷⁰ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 42–43; Juan Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 153–154.

⁷¹ El *Wämser* era una especie de chaqueta ajustada que se usaba debajo de la armadura o como parte del uniforme diario.

cercano. Las espadas y sables incluían guardas de alambre y, aunque las armas de fuego no eran abundantes, se embarcaron algunas piezas de artillería. El grupo también contaba con músicos — flautas, trompetas y tambores— cuyo propósito era impresionar a los indígenas.

Además de la tropa y de los animales, el convoy incluía perros de caza y un conjunto de artesanos y oficios indispensables: barberos, herreros, zapateros, cerrajeros, sastres, carpinteros y profesores, todos considerados esenciales para la empresa. También viajaban mineros alemanes (*Bergknappen*) y una remesa de esclavos africanos que debía entregarse, lo cual redujo el espacio disponible para los pasajeros.⁷² Antes del embarque, los soldados eran provistos en Triana con vestimenta reglamentaria y, al llegar a la ciudad, debían presentarse con dos testigos que certificaran su honradez y cristianismo. Posteriormente eran inspeccionados y juraban lealtad al gobernador, comprometiéndose a luchar contra los indígenas, evangelizarlos y someterlos al orden imperial.

Finalmente, el 7 de octubre de 1528, la expedición hasta entonces dirigida por García de Lerma zarpó de Sanlúcar de Barrameda “con viento favorable y mar bonancible”.⁷³ Según los registros, la flota estaba compuesta por cuatro embarcaciones: la nao capitana, donde viajaban los jefes;⁷⁴ la nao *Marieta*; la *Latina* y la *Bretona*,⁷⁵ estas dos últimas probablemente carabelas. El desfile de los soldados alemanes por las calles de Sevilla, “a tambor batiente y tocando pífano”,⁷⁶ causó gran impresión, al ser la primera vez que una fuerza armada de esa nacionalidad se embarcaba rumbo al Nuevo Mundo.

⁷² Schumacher, “Die Unternehmungen der Welser in Venezuela”, 41–42.

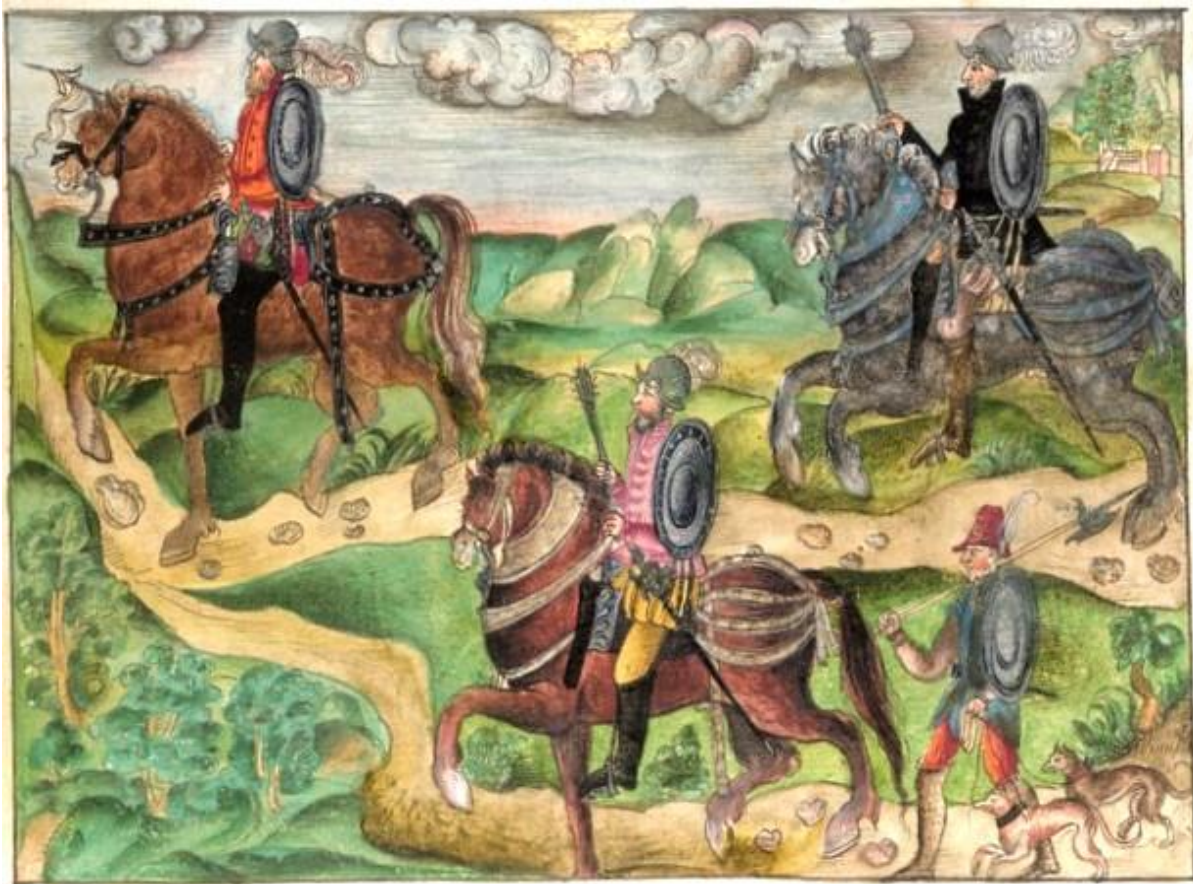
⁷³ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 44.

⁷⁴ Según Nectario María, dicha nao se llamaba *Nombre de Dios* y estaba acompañada por otra denominada *Madre de Dios*, además de una tercera nao y una carabela. Es posible que el autor haya consultado un registro distinto al del *Catálogo*. *Ibid.*

⁷⁵ *Catálogo de pasajeros a Indias*, vol. I, 270.

⁷⁶ El pífano es un instrumento musical de viento, similar a una flauta aguda, muy usado en bandas militares. El sonido del pífano solía acompañar al tambor en formaciones o actos militares.

Figura 3. "Miniatura que muestra a tres soldados a caballo, con un soldado de infantería y perros siguiéndolos; parte de los preparativos en Sanlúcar de Barrameda, en Andalucía, para una expedición propuesta a Venezuela". Jerome Coeler, Núremberg, 1560–1632.



Nota. La escena representa un despliegue similar al realizado para la salida de los Welser. Los tres jinetes visten prendas características de las unidades militares alemanas del siglo XVI, como los *koller* y *wämser*, así como cascos o boinas con plumas ornamentales. Los uniformes eran muy coloridos, a diferencia de los españoles. En sus manos se observan armas de golpe corto con púas, conocidas como *morgenstern* (“estrella de la mañana”). También se distinguen las rodelas —escudos redondos— colgadas en la espalda, junto con las espadas de hoja ancha que llevaban en la cintura o cruzadas a la espalda. A pie, se identifica “un alabardero, con su alabarda y cuerdas resistentes, donde se llevarían perros en esta parte para soltarlos y dejarlos correr, si fuera necesario”. Tomado de: British Library. 77

⁷⁷ British Library, Add. MS 15217, fol. 35, [Memoirs, biographical notes and poems, etc., of the Coeler family] (título archivístico asignado por la British Library), Shelfmark: Add. MS 15217, item c07280–04. <https://imagesonline.bl.uk/asset/5085>

El título de la figura corresponde a la descripción oficial del catálogo, traducida del inglés. El manuscrito fue producido en Núremberg entre 1560 y 1632 por Jerome Coeler. Aunque nunca viajó a América, Coeler narró en primera persona una expedición hacia Venezuela y la acompañó con ilustraciones propias, integrando texto e imagen en una recreación visual de carácter narrativo.

Al llegar a Santo Domingo en noviembre, la expedición fue recibida por Alfinger.⁷⁸ Tras evaluar la situación en Santa Marta, se concluyó que el envío de Pedro de Vadillo por la Real Audiencia, junto con la muerte accidental de Rodrigo Álvarez Palomino y la captura de los responsables del asesinato de Bastidas, habían restablecido el orden. Las relaciones con los indígenas eran pacíficas, por lo que la armada completa ya no era necesaria. En consecuencia, se entregó el mando de la expedición y la flota a Alfinger, mientras Lerma recibió únicamente el navío que había contratado, con la gente originalmente destinada a Santa Marta.⁷⁹

El barco de Lerma partió primero y llegó a su gobernación el 17 de febrero de 1529. Días después, los navíos de Alfinger pasaron por Santa Marta para recoger caballos jóvenes del criadero de Rodrigo de Bastidas en el valle de Coto, como estaba previsto en el acuerdo inicial. Estos animales formaban parte del adelanto recibido por Lerma. Poco después, Alfinger retomó la ruta hacia el este, siguiendo la costa, donde aún podían verse por las noches los fuegos de pesca de los indígenas. El 23 de febrero echó anclas cerca de Santa Ana de Coro, y el 24 se dirigió al asentamiento conformado por Juan de Ampíes, donde se proclamó Gobernador y Capitán General en nombre del emperador.⁸⁰

Las fuentes difieren sobre el número de hombres que desembarcaron con Ambrosio Alfinger en Coro. Fray Pedro Simón fue el primero en mencionar unos cuatrocientos hombres y más de ochenta caballos,⁸¹ cifra retomada por Hermann Schumacher. Nectario María reduce el número a 264, mientras que Friede propone 300, aunque luego ajusta a 260 basándose en una carta de la Real Audiencia. Panhorst, por su parte, no da una cifra exacta, pero señala que partieron de

⁷⁸ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 44.

⁷⁹ *Ibid.*, 45.

⁸⁰ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 44.

⁸¹ Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, tomo I, parte I, noticia II, cap. II (Bogotá: Casa Editorial de Medardo Rivas, 1891), 36.

Sanlúcar 281 emigrantes. Según el *Catálogo de Pasajeros a Indias*, en la flota de 1528 partieron 306 hombres, sumando los destinados a Santa Marta y Venezuela, por lo que la estimación de 260 en Coro resulta la más plausible.

Figura 4. “Navegación de los Welser hacia Venezuela” Edwin Grazioli, Stuttgart, ca. 1942.



Nota. La imagen, un mural conmemorativo de la expedición de Ambrosio Alfinger a Venezuela, representa su llegada a las costas de Coro el 24 de febrero de 1529. Se aprecian dos de los tres barcos de la flota; el del fondo, posiblemente una nao, resalta por su tamaño y el castillo de popa elevado. En primer plano, tres alemanes con trajes landsknecht: uno a la izquierda con un catalejo al cinto (probable piloto), el central —de porte firme y reflexivo— representaría a Alfinger, aunque con rasgos envejecidos que responden a una idealización simbólica. El tercero, con boina sin ala, parece ser el cartógrafo. En la proa aparece un tamborilero, figura común a bordo para marcar el ritmo. A la izquierda, varias balsas se acercan a tierra, una con la bandera del Sacro Imperio Romano Germánico, reforzando el carácter imperial de la empresa. El contraste de vestimenta entre alemanes (vistosos) y españoles (sobrios) subraya diferencias culturales. Tomado de: Museo digital de Baja Sajonia, Alemania.⁸²

⁸² *Schiffahrt der Welser nach Venezuela*, Edwin Grazioli, ca. 1942 (Stuttgart: Der praktische Schulmann, lámina n.º 302). Publicado en museum-digital: niedersachsen. <https://nds.museum-digital.de/object/88561>.

Alfinger desembarcó en Coro y halló un asentamiento precario, levantado poco más de un año antes por Juan de Ampié. Según narra Juan de Castellanos, el lugar consistía en chozas de palma habitadas por cristianos mal vestidos, que calzaban alpargatas y usaban camisas viejas. El cronista retrata con ironía la pobreza del sitio y el contraste con los recién llegados, engalanados y bien pertrechados, quienes esperaban encontrar la riqueza prometida en los reclutamientos, pero se toparon con miseria evidente.⁸³ El entorno tampoco ofrecía alivio. Coro presentaba pocos recursos y conexiones limitadas; al fondo, montañas cubiertas de bosques “caribes”, y en las cercanías, una tierra árida y sin agua dulce. Un testigo alemán, resignado, describió el lugar como cubierto de matorrales y árboles espinosos, pero al menos saludable por la brisa marina.⁸⁴

Pese a la decepción inicial, Alfinger tomó posesión sin demoras. En cuanto a la transición de poder, existe debate historiográfico. Según Nectario María, Ampié le cedió pacíficamente el mando, lo presentó ante los caciques como su “hermano” y pidió al cacique Manaure que lo aceptara como protector. Aunque receloso, Manaure terminó por reconocer su autoridad. Sin embargo, la aparente armonía fue breve. Alfinger acusó a Ampié de incitar a los indígenas en su contra, lo apresó y lo envió a Santo Domingo.⁸⁵ Juan Friede ofrece otra interpretación: duda que Ampié renunciara voluntariamente a su posición y acusa a Alfinger de despojarlo mediante la fuerza, especialmente por intereses como el comercio del palo brasil. La disputa no se resolvió del todo, pero se extinguió con la muerte de Ampié en 1533.⁸⁶

Tras su salida, Alfinger formalizó la fundación de la ciudad: trazó su planta, repartió solares y conformó un cabildo con españoles y alemanes. La fecha exacta de esta segunda fundación no

⁸³ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto I, 186.

⁸⁴ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 44.

⁸⁵ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 82-83.

⁸⁶ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 174-175.

se conoce. Friede la sitúa entre febrero y agosto de 1529,⁸⁷ mientras que Nectario María propone el 28 de febrero, día en que Alfinger tomó posesión de la provincia, como posible fecha fundacional.⁸⁸

Luego, Alfinger organizó el cabildo de Coro, integrando tanto a alemanes como a españoles llegados con Ampíes. Esta decisión respondía a la necesidad de contar con funcionarios competentes, pero también a una estrategia para ganarse a los colonos ya establecidos.⁸⁹ Además, construyó una casa-depósito en tapia para las mercancías principales y levantó una pequeña iglesia dedicada a Santa Ana, consagrada el 26 de julio de 1529.⁹⁰ Pese a estas medidas, el cabildo tuvo escasa influencia real en los primeros años. La autoridad se concentraba en el gobernador, sin consultas ni deliberaciones.⁹¹ Los únicos contrapesos eran los factores de la Casa Welser —con conexión directa a Europa—⁹² y los Oficiales Reales, como Pedro de San Martín, Antonio de Naveros y Alonso Vásquez de Acuña, encargados de vigilar la administración.

Para garantizar la subsistencia, el gobernador estableció un fundo agrícola y pecuario con ganado traído de otras regiones y cultivos de hortalizas. El abastecimiento de agua se logró mediante una acequia construida por indígenas, conectada al río Curiano, pero pronto surgieron quejas de los colonos, que acusaban a los factores de acaparar los recursos del fundo.

En cuanto a los indígenas, predominaban los *caquetíos* en la zona costera del actual Estado Falcón, mientras los *jirajaras* habitaban las montañas del sur. Los primeros eran considerados pacíficos y, tras la mediación de Ampíes, mostraron disposición amistosa también hacia Alfinger.

⁸⁷ Ibid., 181.

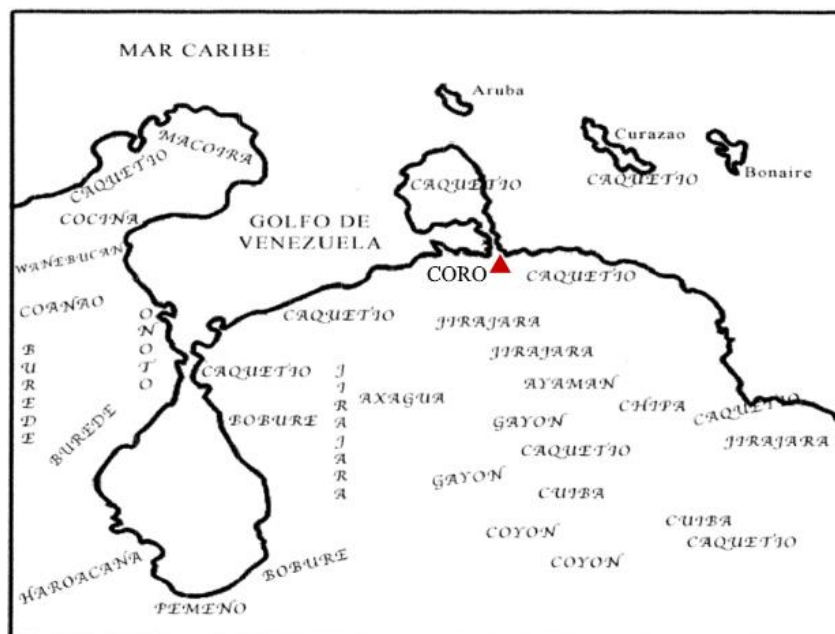
⁸⁸ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 82.

⁸⁹ Ibid., 84.

⁹⁰ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 44.

⁹¹ Pedro Manuel Arcaya, *Historia del Estado Falcón*, tomo primero (Caracas: Tipografía "Cosmos", 1920), 182 y 189.

⁹² Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 163.

Figura 5. Mapa étnico de la región Noroccidental de Venezuela. Siglo XVI.

Nota. Tomado de Rosas González, *La población indígena en la Provincia de Venezuela*, se ha añadido la población de Coro.

Pero su confianza fue traicionada, pues los recién llegados se comportaron como señores absolutos del territorio.⁹³ Uno de los alemanes dejó testimonio sobre los nativos, describiéndolos como “desnudos, bestiales y astutos”, con rasgos oscuros, rostros cuadrados, sin barba y cabello largo. Lamentaban la ausencia de vid y carne vacuna, aunque reconocían la abundancia de ciervos, tigres, aves de corral y el uso del maíz y la yuca para elaborar pan. Observaban que cocinaban al sol, bebían agua mala y usaban lanzas de palma y arcos con flechas de espigas de pez, capaces de perforar cueros gruesos. Admiraban, aunque con tono condescendiente, su habilidad para fabricar objetos con piedra y comerciar con cuentas de concha marina como moneda.⁹⁴

Este testimonio revela una mirada claramente etnocentrista, que oponía la “civilización”

⁹³ Otilia Margarita Rosas González, *La población indígena en la Provincia de Venezuela* (tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Instituto Universitario de Iberoamérica, mayo de 2015), 106.

⁹⁴ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 45.

europea a la supuesta barbarie indígena. De hecho, muchas de las carencias que señalaban —como la falta de vino, pan de trigo o ganado vacuno— pronto serían también las limitaciones que sufrirían los europeos, lo que los impulsaría a buscar zonas más aptas para la colonización.

1.4 Buscando dos mundos: el paso del Mar del Sur y la promesa del oro

Con la fundación de Coro y el control político establecido, Alfinger emprendió su verdadero objetivo: explorar el interior. Si bien la capitulación exigía fundar pueblos y construir fortalezas, su interés principal era doble: comprobar si el lago de Maracaibo conectaba con el Mar del Sur y encontrar fuentes de oro, posiblemente vinculadas a leyendas como la de El Dorado.

Para entender esta prioridad, conviene repasar las ideas geográficas que guiaban a los conquistadores. Desde Colón, las expediciones revelaban fragmentos de costa y alimentaban la esperanza de hallar un paso hacia Asia. Colón mismo, en sus primeros viajes, creyó que navegaba entre islas asiáticas,⁹⁵ y al llegar al Orinoco en 1498 supuso haber alcanzado el “paraíso terrenal”.⁹⁶ La Corona, por su parte, instruía a sus navegantes a explorar solo rutas nuevas, como fue el caso de Bastidas, quien partió desde el cabo de la Vela por prohibición expresa de navegar costas conocidas.⁹⁷ Este impulso incentivó la cartografía, uniendo navegantes y cosmógrafos. Juan de la Cosa fue el primero en mapear lo explorado, mientras que otros, como Waldseemüller y Reinel, construyeron sus cartas a partir de informes parciales. Aunque las costas se trazaban con creciente

⁹⁵ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 1, Primera parte, libro III, cap. IX, 77.

⁹⁶ Cristóbal Colón, *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*, Biblioteca Clásica, Tomo CLXIV (Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y Cía, 1892), 287–294., <https://www.cervantesvirtual.com/obra/relaciones-y-cartas-de-cristobal-colon--0/>

⁹⁷ Pedro Cunill Grau, “El hallazgo de Venezuela y su incorporación al ámbito euroamericano,” en *GeoVenezuela*, 1: La geografía histórica del poblamiento territorial venezolano. La tropicalidad venezolana (Caracas: Fundación Empresas Polar, 2007), 190.

precisión, el interior del continente seguía siendo una *Terra Incógnita*.⁹⁸

En ese contexto, dos regiones parecían ofrecer paso al Mar del Sur: el lago de Maracaibo y el golfo de Urabá.⁹⁹ El primero, avistado por Ojeda en 1499 y parcialmente explorado en 1502, tenía una entrada dificultosa por una barra arenosa. El segundo despertó el interés de Ojeda cuando, desde el cabo de la Vela, creyó ver en el giro de la costa hacia el suroeste una señal del final del continente, pero Bastidas y sus sucesores comprobaron que en el fondo del golfo solo desembocaba un río, descartando esa vía.

A partir de 1513, con el descubrimiento del Mar del Sur, el paso de Magallanes en 1520 y las noticias sobre los imperios indígenas de México y Perú, el mapa mental de los conquistadores empezó a cambiar. Aun cuando algunos aún creían en el modelo de archipiélago asiático,¹⁰⁰ el lago de Maracaibo quedó como última esperanza de un paso interior. La atención se desplazó entonces hacia determinar la anchura real de Tierra Firme, es decir, cuán lejos se hallaba el Pacífico desde el litoral norte. Así se inició la etapa de las expediciones tierra adentro, motivadas tanto por la geografía como por la promesa de oro.

Un ejemplo de estas conjeturas fue el caso del río Magdalena. Con los rumores sobre el oro del Perú —confirmados en 1533 con el paso de Hernando Pizarro y Cristóbal de Mena por Santa Marta—, muchos colonos intentaron marcharse al sur.¹⁰¹ García de Lerma los retuvo con la promesa de expediciones río arriba, asegurando que tras ciento cincuenta leguas se alcanzaba el

⁹⁸ Martin Waldseemüller, *Tabula Terre Nove* [The Admiral's Map], mapa impreso a color, 15 × 18 pulgadas, publicado en *Geographia* de Ptolomeo (Estrasburgo: Johann Schott, 1513), Ruderman Family Collection, Stanford Libraries. <https://exhibits.stanford.edu/ruderman/catalog/xs013vp4386>.

⁹⁹ Cunill Grau, *El hallazgo de Venezuela*, 192 y 196.

¹⁰⁰ Juan Friede, "Geographical Ideas and the Conquest of Venezuela," *The Americas* 16, no. 2 (October 1959): 146.

¹⁰¹ García de Lerma, carta al rey, en Serrano y Sanz, introducción a *Relaciones Históricas*, LXVI.

mismo paraje del Perú.¹⁰² La afirmación, completamente errónea, refleja la enorme confusión sobre la geografía continental.

Volviendo al lago de Maracaibo, desde los informes de Ojeda, Vesputio y Juan de la Cosa, este sistema lacustre fue considerado una vía potencial hacia el Pacífico. Su exploración estuvo en los planes de Ojeda en 1502, y el asentamiento de Santa Cruz, junto a su barra, habría respondido a ese objetivo. Con todo, el proyecto fracasó y el “secreto de Maracaibo” quedó postergado.¹⁰³ Durante las décadas siguientes, las búsquedas de un paso se trasladaron a otras regiones. El estrecho hallado por Magallanes era demasiado austral y caía en zona portuguesa, según el Tratado de Tordesillas, por lo que perdió atractivo.¹⁰⁴ La esperanza volvió al lago de Maracaibo. Carlos V manifestó su interés en encontrar allí una ruta hacia el Mar del Sur, útil para el comercio con Asia. En esa línea, en 1525 se otorgó a Diego Caballero una capitulación para poblar el golfo de Venezuela, exigiéndole “saber los secretos de aquella tierra”.¹⁰⁵

La capitulación de 1528 a favor de los Welser conservó ese anhelo. Como observa Cáceres, se establecieron límites “de la una mar a la otra”, lo que aludiría a una comunicación entre el Caribe y un mar meridional aún incierto.¹⁰⁶ Tal era el desconocimiento, que años después Federmann creyó haber llegado al Pacífico al encontrar unas ciénagas en los llanos. Así, uno de los compromisos centrales de la empresa Welser fue explorar a fondo el territorio, con la posibilidad de hallar ese paso anhelado. Para ellos, el lago de Maracaibo podía ser la puerta hacia

¹⁰² Ibid., LXII. Actualmente, 150 leguas, río arriba desde Bocas de Ceniza, equivaldrían aproximadamente a la población de Honda o Ambalema, en el Tolima.

¹⁰³ Demetrio Ramos, “Alonso de Ojeda en el gran proyecto de 1501 y en el tránsito del sistema de descubrimiento y rescate al de poblamiento,” *Boletín Americanista*, núm. 7 (1961): 66–67, 77.

¹⁰⁴ Manuel Alberto Donís Ríos, “La formación territorial del occidente venezolano. Discurso de incorporación como individuo de número a la Academia Nacional de la Historia”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 376, t. XCIV (Caracas: Gráficas Franco C.A., octubre–diciembre de 2011), 40. <https://www.anhvenezuela.org.ve/wp-content/uploads/2020/04/BANH-376.pdf>.

¹⁰⁵ Capitulación a Diego Caballero, 1525, cit. en Donís Ríos, *La formación territorial*, 172.

¹⁰⁶ Cáceres, *La Capitulación de los Welser*, 4.

las especias y el comercio oriental.¹⁰⁷ Por tanto, Alfinger no perdió tiempo en iniciar su exploración.

Como segunda idea preconcebida que traían los europeos al Nuevo Mundo, debe mencionarse la creencia en la existencia de minas de oro tierra adentro. Si bien el mito de El Dorado ha sido ampliamente estudiado, en el caso alemán fue particularmente influyente: para comerciantes como los Welser, hallar fuentes directas de metales preciosos era prioridad. Tras los primeros viajes colombinos, circularon en Europa relatos de tierras donde el oro se recogía con redes o yacía a flor de suelo,¹⁰⁸ reforzados por la facilidad con que los indígenas entregaban objetos valiosos.

Inicialmente, muchas comunidades no atribuían al oro un valor excepcional, usándolo con fines rituales u ornamentales. Como explica Langebaek, en varias culturas el cobre era más apreciado que el oro, y las aleaciones de ambos —llamadas guanines por los españoles— eran comunes en las piezas rescatadas.¹⁰⁹ Pese a ello, tras notar el afán de los conquistadores, los pueblos indígenas comenzaron a desviar su atención hacia otras regiones, en parte para protegerse. De las Casas relató cómo en el Darién los indígenas aprendieron a señalar tierras lejanas como fuente de riquezas para apartar a los españoles.¹¹⁰

En este contexto, descubrimientos como los del Perú y México, y la existencia de pueblos orfebres como los *zenúes* y los *muiscas*, avivaron las expectativas de encontrar nuevas regiones

¹⁰⁷ Blanca de Lima Urdaneta, “Alemanes en la Provincia de Venezuela durante el siglo XVI,” ponencia presentada en el 53 Congreso Internacional de Americanistas, julio de 2009, *Clio Blanca* (blog), 4. <http://clio-blanca.blogspot.com/2009/09/alemanes-en-la-provincia-de-venezuela.html>.

¹⁰⁸ Christian Kupchik, *La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América* (Madrid: Ediciones Nowtilus, 2008), 107-113.

¹⁰⁹ Carl Henrik Langebaek, “Águilas y caricuríes: Venezuela y su coparticipación en el área orfebre de Colombia y el Istmo en el siglo XVI,” *Revista Colombiana de Antropología* 27 (1989–1990): 206, 208, <https://doi.org/10.22380/2539472X.1663>.

¹¹⁰ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, vol. 4 (Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1876), cap. XLV, 130-131. <https://archive.org/details/las-casas-bartolome-de.-historia-de-las-indias-vol.-4-de-5-1876>

ricas en metales. En realidad, la costa venezolana no había generado un flujo importante de oro durante las primeras décadas. Según Langebaek, no existieron minas activas en ese territorio; el oro circulante provenía de intercambios entre pueblos venezolanos y comunidades orfebres del norte de Colombia, como los *taironas* y *muiscas*. Para los españoles, este oro —frecuentemente en forma de guanines— era visto como señal de yacimientos cercanos, a pesar de que en realidad reflejaba complejas redes comerciales prehispánicas.¹¹¹

A pesar de ello, Ojeda había reportado en 1499 la presencia de esmeraldas y objetos de oro en Coquibacoa, lo que reavivó el interés por la zona. Ramos y Moreno coinciden en que ese oro provenía de intercambios con los *taironas* o los *muiscas*, no de producción local.¹¹² Para los Welser, sin embargo, no bastaba con el metal trabajado: su interés radicaba en ubicar minas activas. Como señaló uno de sus cronistas, “lo esencial no era el oro acumulado, sino descubrir pronto los yacimientos”.¹¹³ De allí que las primeras salidas desde Coro se centraran en esta búsqueda, aunque sin éxito: no hallaron vetas ni en el suelo ni en las corrientes de agua. En suma, la obsesión por encontrar el paso al Mar del Sur y las fuentes de oro guiaría las dos grandes expediciones de Ambrosio Alfinger.

¹¹¹ Langebaek, *Águilas y caricuríes*, 208.

¹¹² Ramos, “Alonso de Ojeda en el proyecto de 1501,” 43-44; Josefina Moreno, citada en Langebaek, *Águilas y caricuríes*, 206.

¹¹³ Schumacher, “Die Unternehmungen der Welser in Venezuela”, 33.

Figura 7. La expedición desembarca en Venezuela, Jerome Coeler, Núremberg, 1560–1632.



Nota. Miniatura que representa el desembarco de una expedición europea en tierras venezolanas. En el extremo izquierdo, varias naves arriban desde una ciudad portuaria, mientras botes menores acercan tropas a la costa. En tierra se recrea una escena de intercambio o “rescate” entre conquistadores alemanes y pueblos indígenas. En la parte inferior, los alemanes, vestidos con trajes coloridos de estilo *landsknecht*, contrastan con los indígenas —en la parte superior— desnudos y armados con arcos, flechas y macanas. En el camino central se disponen objetos europeos —jarras, espejos, campanas, collares— ofrecidos como trueque por el oro y las perlas, representadas por conchas en el suelo. Es de notar cómo el oro indígena aparece figurado en forma de jarrones y ánforas europeas, lo que evidencia la imaginación y el desconocimiento del autor. Los textos del marco son los originales del manuscrito, aún sin traducción. Por otra parte, se aprecia el nombre *Vinicöler* o derivado, refiriéndose a Venezuela. Tomado de: British Library.¹¹⁵

¹¹⁵ British Library, Add. MS 15217, fol. 39v, [Memoirs, biographical notes and poems, etc., of the Coeler family] (título archivístico asignado por la British Library), Shelfmark: Add. MS 15217, item 060726. <https://imagesonline.bl.uk/asset/12433>.

El título de la figura corresponde a la descripción oficial del catálogo, traducida del inglés.

1.5 Las primeras expediciones al Lago de Maracaibo: una ilusión frustrada y una ciudad fundada

Desde el inicio, el lago de Maracaibo fue el centro de interés para los Welser. Alfinger lo recorrió por mar antes de llegar a Coro y, en agosto de 1529, emprendió una expedición terrestre para explorarlo. Existen dos versiones sobre este episodio: una, sostenida por Haebler y Schumacher, distingue dos expediciones —una corta y otra larga—; la otra, de Friede y Nectario María, habla de una única expedición dividida en etapas. Aquí se sigue la primera, que resulta más coherente con los espacios indígenas visitados.

Una de las confusiones al respecto es que, en el informe que dio Alfinger a su regreso a Coro en junio de 1530, no menciona ni la fundación de la villa ni el paso por la culata de la laguna. Nectario María llama la atención sobre este hecho y lo califica de “extraño”.¹¹⁶ Esto podría explicarse si —como aquí se propone— dicho asentamiento se hubiese realizado en una expedición anterior, y no en la que Alfinger describe en su memorial. En ese mismo memorial, Alfinger afirmaba haber recibido “verdadera certidumbre” de que la laguna se conectaba con otra aún mayor, posiblemente vinculada con el Mar del Sur. Friede sugiere que esta descripción correspondería al estuario del río Catatumbo.¹¹⁷

Según Haebler, la primera expedición partió de Coro hacia la boca del lago, cruzando territorios de los caquetíos, quienes apoyaron a los recién llegados.¹¹⁸ Al llegar a la orilla el 8 de septiembre —día de la Natividad de la Virgen—, Alfinger bautizó el lago como de Nuestra Señora.¹¹⁹ En la margen occidental, entre los onotos, se hallaban los célebres palafitos. Allí, sobre

¹¹⁶ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 134.

¹¹⁷ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 182.

¹¹⁸ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 165.

¹¹⁹ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 132.

un poblado indígena, fundó el asentamiento de Maracaibo, en honor al cacique local.¹²⁰

Este poblado fue concebido más como base de exploración que como fundación formal. Prueba de ello es que Alfinger llegó a planear una nueva ciudad cercana llamada Ulma, en memoria de su lugar natal. Si bien este proyecto no se concretó, Maracaibo tuvo una importancia simbólica y estratégica. Allí residieron por un tiempo Enrique y Uldarico Sailer, hermanos del gobernador titular de la Capitulación. El asentamiento alcanzó tal reconocimiento que el nombre “Venezuela”, antes restringido al golfo, se extendió a toda la provincia. En una Real Cédula de diciembre de 1529, Alfinger ya aparecía como “Gobernador de la Provincia de Venezuela y Cabo de la Vela”.¹²¹

Una vez fundado el nuevo poblado, Alfinger dejó a Hernando de Beteta encargado de explorar la orilla oriental del lago, mientras él regresaba a Coro por refuerzos. Así concluyó lo que Haebler considera la primera expedición: un breve recorrido para revisar la boca del lago y establecer una base. En Coro, Alfinger difundió noticias alentadoras sobre Maracaibo, lo que motivó a varios a unirse a una nueva expedición. Tras dejar a Luis Sarmiento al mando, partió nuevamente, esta vez hacia el suroeste, bordeando la orilla oriental del lago y penetrando en su interior. Según la secuencia de los pueblos encontrados, atravesó primero tierras *jirajaras* —al sur de Coro— y luego los *pemenos*, en zonas bajas e insalubres de la costa oriental, hasta llegar a la región de *Xuruara*, identificada por Schumacher como el estuario del río Motatán.¹²²

Varios testimonios, recogidos por Nectario María, indican que en Xuruara se abastecían los vecinos de Maracaibo y que Alfinger permaneció allí tanto tiempo que en dicho pueblo lo creyeron muerto,¹²³ prueba de que la villa ya existía en ese momento. Esto refuerza la hipótesis de

¹²⁰ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 166.

¹²¹ "Ambrosio Alfinguer. Gobernación," en *Cedulario de las provincias de Venezuela* (Caracas: Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1982), 41.

¹²² Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 51.

¹²³ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 135-136.

dos expediciones distintas.

Xuruara, habitada por los indios *bobures*,¹²⁴ fue la principal fuente de alimentos para Maracaibo. Beteta, mientras tanto, exploraba la región, cruzando incluso a la orilla opuesta, donde estableció sembrados de maíz y yuca. Las condiciones favorables del lugar llevaron a considerarlo como el único sitio verdaderamente apto para poblamiento español.¹²⁵

Los *bobures* no eran del todo hostiles, lo cual bastó para que Alfinger decidiera seguir explorando. Tenía dos metas: hallar el paso al Mar del Sur y verificar si en Coquibacoa existía el oro mencionado por los primeros exploradores. Como esta última zona quedaba en la orilla opuesta, decidió dividir la tropa, enviando a Luis González de Leiva y Pedro de Limpias con 30 hombres rumbo al cabo de la Vela.¹²⁶ Al llegar, constataron que el terreno era estéril, y aun cuando se hallaron restos de naufragios, armaduras en manos indígenas y rastros europeos, no encontraron oro ni señales de minas. Volvieron a Maracaibo con cien indígenas capturados y, al no tener noticias de Alfinger, marcharon a Coro, donde llegaron el 14 de enero de 1530.¹²⁷

Mientras tanto, Alfinger exploraba sin éxito las selvas de *Xuruara*. Esteban Martín obtuvo noticias de indígenas vestidos llamados *curumuxes*, habitantes de las sierras de *Harahara*, que poseían animales similares a ovejas, como en el Mar del Sur.¹²⁸ Alfinger se dirigió entonces a las montañas, posiblemente la Sierra de Mérida, donde el terreno dificultó el paso de los caballos y fueron atacados con piedras por estos *curumuxes* o *coromochos*.¹²⁹ Según Nectario María, el

¹²⁴ Luis Alberto Ramírez Méndez, *La tierra prometida del sur del lago de Maracaibo: de su misma sangre. La frontera indígena (siglos XVI–XIX), tomo III* (Cabimas: Fondo Editorial UNERMB, 2015), 52, <https://biblioteca.clacso.edu.ar/Venezuela/ceshc-unermb/20160829065640/LTPSLM.pdf>.

¹²⁵ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 184.

¹²⁶ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 52.

¹²⁷ *Ibid.*, 52 y 54.

¹²⁸ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 182.

¹²⁹ Schumacher los escribe como Coro-Muchoers. Sobre los coromochos: “Vecinos de los bobures en la Provincia de Xudehara se hallaban grupos denominados coromochos, los cuales habitaban las serranías que bordean las tierras bajas del lago por su lado

gobernador admitió haber llegado al pie de las sierras, sin poder ascenderlas por la aspereza del terreno. Alcanzaron un valle caluroso, rodeado de montañas peladas y con pocos indígenas, donde, ante la fatiga y la falta de oro, decidieron regresar. Lo bautizaron Valle de San Ambrosio, en honor al jefe y al retorno.¹³⁰

Tras decidir el regreso, la hueste volvió a la costa de Xuruara. Pese a que no se conoce la ruta exacta, es probable que cruzaran el lago hacia Maracaibo, donde, según Haebler, debían reunirse con Leiva y Limpias.¹³¹ Además, Alfinger mencionó que su viaje duró diez meses entre travesías por tierra y por barco, lo que sugiere que el retorno incluyó el cruce lacustre. En su informe, afirmó haber dejado entre 50 y 60 hombres en Maracaibo antes de regresar a Coro,¹³² adonde llegó el 3 de mayo de 1530.

Así concluyeron las primeras expediciones al lago de Maracaibo, con resultados poco alentadores. El supuesto paso al Mar del Sur no apareció: la laguna terminaba en selvas cerradas y múltiples ríos como el Catatumbo. Aun cuando Alfinger conservó la esperanza de una conexión más al sur, no encontró pruebas firmes. Tampoco se hallaron yacimientos de oro. El metal recolectado fue principalmente de rescate, en piezas que los indígenas traían de otros territorios. Aun así, Alfinger declaró siete mil pesos de oro de chafalonía,¹³³ aunque se sospecha que ocultó parte para enviarla a Santo Domingo. La otra esperanza, los pueblos auríferos de Coquibacoa referidos por Ojeda, también quedó descartada tras la misión de Leiva y Limpias. Solo el

sur. Eran semejantes extremadamente a los bobures, particularmente en el vestir, pero tenían un temperamento más belicoso". Reina Consuelo Rosales, "La alfarería en los indígenas de la cuenca del Lago de Maracaibo: vínculo entre pasado y presente," *Revista de Artes y Humanidades UNICA* 6, no. 13 (mayo-agosto de 2005): 140.

¹³⁰ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 53.

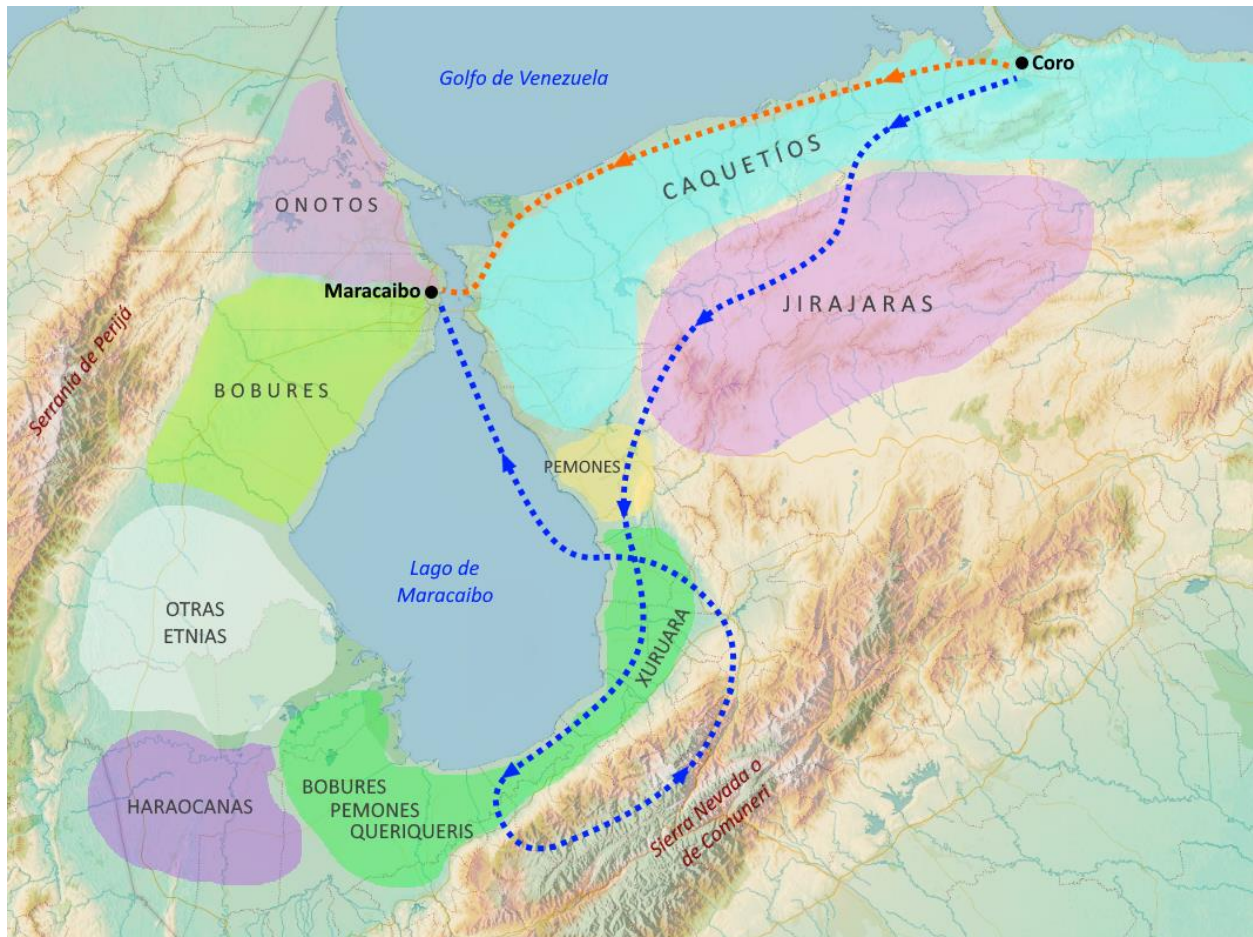
¹³¹ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 169.

¹³² Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 138.

¹³³ El oro de chafalonía era una aleación de oro y cobre que los españoles consideraban de baja calidad. Es similar al guanín, metal altamente valorado por los pueblos indígenas por su brillo y significado ritual.

reconocimiento del lago y la fundación de Maracaibo sobresalen como logros tangibles.

Figura 8. *Primeras entradas de Ambrosio Alfinger en la región del lago de Maracaibo.*



Nota. El gráfico muestra las dos rutas iniciales emprendidas por Alfinger hacia la cuenca del lago. La línea naranja representa la primera incursión, durante la cual se realizó la fundación de Maracaibo. La línea azul indica la segunda entrada hacia la zona de *Xuruara*, incluyendo la exploración de la serranía y su posterior retorno en barco hasta Maracaibo. Se han delineado también las áreas aproximadas de las principales etnias indígenas que habitaban la región.

Capítulo 2: La expedición al “Valle de los Pacabueyes”

El retorno de Alfinger a Coro, tras su travesía por el lago de Maracaibo, cerró una primera etapa de exploración marcada por expectativas incumplidas: no se halló el paso al Pacífico, ni minas de oro, y las riquezas indígenas eran escasas. Lejos de suponer un repliegue, este revés abrió una nueva fase. Aun cuando Alfinger regresó enfermo y convaleciente,¹³⁴ la situación en Coro le obligó a actuar con prontitud. Su ausencia había generado rumores sobre su muerte, al punto que en Sevilla los Welser enviaron una nueva flota con 123 soldados y 24 mineros alemanes, bajo el mando de Nicolás de Federmann. Ante la incertidumbre, también se embarcó Jorge Ehinger, hermano de Enrique, nombrado en la capitulación como gobernador.

Ehinger llegó a Coro el 14 de enero de 1530, pero el cabildo se negó a reconocerlo por no portar documentación real, obligándolo a regresar.¹³⁵ Poco después, el 8 de marzo, Federmann arribó con ganado desde Puerto Rico. El 18 de abril llegó otra armada comandada por Hans Seissenhofer (Juan Alemán), quien sí fue aceptado como gobernador interino y designó a Federmann como su teniente.

A pesar de ello, el 3 de mayo retornó Alfinger a Coro, recuperando el cargo sin conflictos. Disconforme con la actitud de sus superiores y de algunos en Coro, decidió viajar a Santo Domingo con tres propósitos: atender su salud, responder a las acusaciones enviadas por los Oficiales Reales y esclarecer la situación con los Welser. Antes de partir, encargó a Luis González de Leiva la gobernación de Maracaibo con sesenta hombres, debido a una sublevación indígena, y dejó a Federmann como teniente de gobernador en Coro, con la restricción de no alejarse más de treinta

¹³⁴ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 137.

¹³⁵ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 187.

leguas.¹³⁶

Así pues, Alfinger partió de Coro el 1 de agosto de 1530 rumbo a Santo Domingo,¹³⁷ acompañado de Bartolomé de Santillana, en quien confiaba. Durante los cinco meses que permaneció allí, según Schumacher y Haebler, se definieron los nuevos objetivos de su empresa. Tras la separación entre los Ehinger y los Welser, estos últimos asumieron plenamente la gobernación, por lo que Alfinger tuvo que firmar un nuevo contrato y defenderse ante las acusaciones de priorizar intereses personales. Fue ratificado como gobernador el 17 de febrero de 1531, con el compromiso de consultar más a los Oficiales Reales y designar como sucesor a Casimiro de Nuremberg.

Gracias a Sebastián Rentz, factor de los Welser, Alfinger se enteró de la expedición de Pedro de Lerma al Valle de Upar, iniciada en 1529, donde se reportaron pueblos con oro y posibles minas. Este dato, conocido por el proceso abierto contra Lerma por mal gobierno,¹³⁸ le hizo pensar que al oeste de su jurisdicción podría encontrarse un territorio rico. A ello se sumaba la idea, ya presente en Coro, de que el oro encontrado en Maracaibo venía de la serranía del Perijá,¹³⁹ lo que reforzaba la percepción de que las fuentes auríferas estaban en esa dirección. Estas noticias sobre el valle vecino llegaron en un momento clave, ya que las exploraciones anteriores habían dejado claro que la Provincia de Venezuela no ofrecía grandes riquezas: ni en Coro, ni en Maracaibo, ni en Coquivacoa se hallaron yacimientos auríferos. Apenas algunas perlas en la costa de Paraguaná.¹⁴⁰ Además, Alfinger acababa de renovar su contrato con los Welser,

¹³⁶ Friede menciona que no se ha encontrado documentada esa orden expresa (Los Welser en la conquista de Venezuela, 191). Haebler, en cambio, afirma que la orden era “no emprender ninguna innovación, y en particular ninguna expedición al interior hasta su regreso” (Die überseeischen Unternehmungen, 185). Nectario María tampoco la menciona, aunque sí indica que Federmann se “extralimitó” en sus poderes (Los orígenes de Maracaibo, 155).

¹³⁷ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 191.

¹³⁸ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 56-57.

¹³⁹ Juan Pérez de Tolosa, citado en Carl Henrik Langebaek, “Águilas y caricurries...,” 206.

¹⁴⁰ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 56

comprometiéndose a priorizar los intereses de la compañía y rendir cuentas. En tales circunstancias, descubrir un valle rico en oro sería la mejor manera de demostrar su valor como gobernador.

A ello se sumaban las noticias sobre el avance de Francisco Pizarro en el Perú, que comenzaban a circular con fuerza en Santo Domingo. Como apunta Schumacher, se seguía de cerca el progreso de aquellas empresas, y Alfinger, consciente de ese panorama, vio en el valle de Upar una oportunidad para alinear su gobernación con esa nueva corriente de expectativas. El interior del continente, más que la costa, se convirtió en su nuevo horizonte.

A comienzos de 1531, repuesto de sus dolencias, Alfinger regresó a Coro tras enterarse en Santo Domingo de que Federmann había organizado una expedición en su ausencia.¹⁴¹ Llegó el 27 de enero y comprobó que su teniente había partido en septiembre de 1530 con más de 100 hombres, 16 caballos y varios colaboradores clave, incluidos Esteban Martín, Pedro de Limpias y Antonio de Naveros. Mientras esperaba su retorno, Alfinger realizó una breve expedición a la península de Coquivacoa. Según Schumacher, obedecía a una orden de la Corona, que, por sugerencia de Fuenleal, había dispuesto construir una fortaleza en el cabo de la Vela. Pese a que ya se sabía que el lugar era inhóspito y sin recursos, Alfinger recorrió la franja entre dicho cabo y el río de la Hacha. Los resultados sobre asentamientos y oro fueron negativos, pero descubrió una región fértil tierra adentro, hacia el sur, lo que probablemente era el verdadero propósito del viaje: encontrar un acceso al valle de Upar.

¹⁴¹ Schumacher, basándose en sus fuentes, señala que Alfinger no estaba molesto con Federmann; por el contrario, la noticia sobre las llanuras de Barquisimeto, llevada a Santo Domingo por un grupo que transportaba el oro recolectado, le causó una grata impresión. Según el autor: "Los planes de Alfinger para el futuro se despertaron vívidamente con esta noticia, especialmente a causa de esa hermosa llanura, que, si no era demasiado húmeda, ciertamente podría convertirse en un punto de partida para futuras aventuras o un lugar para asentarse. Así que salió de Santo Domingo lleno de esperanza." Es posible que estuviese satisfecho, pero la desobediencia de Federmann podía socavar su autoridad como gobernador, por lo que se vio obligado a actuar. Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 57 y 59.

Los tiempos parecen confirmar que Alfinger ya estaba en Coro antes del 15 de marzo de 1531, fecha en que recibió noticias del regreso de Federmann. Este arribó dos días después. No se sabe con certeza qué se dijeron, pero Federmann alegó haber salido de Coro por haber demasiada gente, y haber avanzado hacia el sur, donde divisó lo que creyó un gran lago o incluso el Mar del Sur, cubierto por niebla. Tal declaración no logró convencer a Alfinger, quien lo encarceló y delegó su juicio a Bartolomé de Santillana, concluyendo con el destierro de Federmann por cuatro años.¹⁴²

A pesar de haber traído una noticia que antes habría sido celebrada, Alfinger ya no se interesaba por el paso al Pacífico. La presión de los Welser exigía beneficios concretos, sobre todo en oro, y su prioridad estaba ahora en organizar una nueva expedición hacia el valle de Upar. Aunque Friede sugiere que aún se buscaba el paso oceánico, citando una carta de 1533, es probable que esa motivación se invocara solo formalmente, pues el verdadero propósito era económico, y admitirlo habría resultado inconveniente frente a Santa Marta.

2.1 La historiografía y las fuentes sobre la expedición

Tras examinar los procesos de descubrimiento y ocupación de Tierra Firme, y las primeras campañas de Alfinger, se abordará ahora la llamada “segunda expedición”, que lo condujo al actual territorio colombiano, convirtiéndose en el primer europeo en adentrarse con su hueste en lo que hoy es el Departamento de Santander.¹⁴³

Historiográficamente, esta empresa ha sido conocida como “expedición al Valle de los

¹⁴² Nectario María menciona documentación que probaría la realización de un juicio contra Federmann en Coro, a cargo de Bartolomé de Santillana, y que habría derivado en su salida de la provincia. (*Los orígenes de Maracaibo*, 160-161.) No obstante, Schumacher ofrece una versión distinta, según la cual Alfinger simplemente informó a la Casa Welser y esperó sus instrucciones, mientras Federmann permanecía en Coro recuperándose de fiebres. (*Die überseeischen Unternehmungen*, 67.) Esta versión parece basarse en el propio relato de Federmann, quien en su *Historia Indiana* no menciona prisión ni juicio alguno.

¹⁴³ La expedición de Pedro de Lerma y Antonio de Lebrija desde Santa Marta, en octubre de 1529, podría considerarse la primera en llegar a Santander, en su cuerno norte, ya que alcanzaron el área de la desembocadura del Río Lebrija.

Pacabueyes”, o simplemente “a los Pacabueyes”, debido a que los hechos centrales tuvieron lugar en las inmediaciones de la actual laguna de Zapatosa, territorio asociado a este grupo prehispánico. Incluso los documentos redactados inmediatamente después de la expedición ya la mencionaban como “entrada a los Pacabueyes”,¹⁴⁴ lo que muestra que esa denominación se utilizó en su propio tiempo y que, con el paso de los años, fue incorporada y mantenida por la tradición historiográfica venezolana.

Por su parte, en la historiografía colombiana también se ha empleado la expresión “valle de Upar”, asociada a los pueblos prehispánicos asentados en el área del actual río Cesar y conquistados desde Santa Marta, como lo evidencia la *Relación Anónima* que narra las tres primeras incursiones realizadas desde dicha ciudad. La primera correspondió a la huida de Pedro de Villafuerte en 1527, tras el asesinato de Rodrigo de Bastidas; la segunda fue la visita de Pedro de Vadillo en 1528, quien llegó al valle de “Hupari”; y la tercera alude a la expedición de Pedro de Lerma en 1529, que avanzó hasta las proximidades del actual río Lebrija.¹⁴⁵ Desde entonces, el topónimo Upar quedó registrado como un referente territorial para esa zona.

Antes de analizar la expedición resulta necesario revisar cómo fue relatada por los cronistas, pues la campaña de Alfinger al valle de los Pacabueyes constituye una de las más documentadas en los primeros años del nororiente neogranadino y de la actual Venezuela. En efecto, casi todas las crónicas mencionan su tránsito por el valle de Upar, el cruce del Magdalena y su trágico final, y durante siglos estos relatos fueron la única base disponible, repitiéndose una y otra vez sin modificaciones sustanciales, lo que generó la impresión de que el tema estaba plenamente agotado. Sin embargo, lejos de tratarse de un asunto cerrado, la posibilidad de una

¹⁴⁴ “Cargos”, en *Juicio de residencia seguido por el doctor Antonio Navarro a los Welser (1538)*, en *Juicios de residencia en la Provincia de Venezuela. I: Los Welser* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1977), 145.

¹⁴⁵ “Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta,” 79-91.

lectura renovada depende de volver a la fuente primaria más cercana a los hechos, interpretarla de manera crítica y contextualizarla mediante herramientas contemporáneas como la geografía histórica y los sistemas digitales de análisis territorial. En esa dirección, se propone aquí un examen comparado de los principales cronistas que narraron la campaña, articulado con los estudios recientes sobre la crónica como fuente histórica y orientado a comprender, con mayor precisión, cómo se construyó la memoria escrita de esta expedición.

Gonzalo Fernández de Oviedo fue el primer cronista que abordó de forma sistemática los hechos del Nuevo Mundo. Su *Historia General y Natural de las Indias*, iniciada en 1535, incluye los capítulos sobre la expedición de Alfinger —escritos hacia 1542— que permanecieron inéditos hasta su publicación entre 1852 y 1855, gracias a José Amador de los Ríos.¹⁴⁶ El relato se basó en noticias y documentos recogidos durante su estancia en Santo Domingo (1533–1557), donde fue cronista oficial y alcalde de la fortaleza.

A pesar de que no presenció directamente la expedición de Alfinger, es probable que ambos se conocieran entre septiembre y octubre de 1530, cuando coincidieron brevemente en Santo Domingo. De allí podría derivarse su descripción favorable del alemán como “gentil hombre (...) bien hablado y buena persona”, pero como la expedición al valle de Upar aún no había ocurrido, Oviedo recurrió a otras fuentes para reconstruirla.

Su principal fuente fue la *Declaración de una lengua*, redactada por Esteban Martín, maestro de campo de Alfinger. Este documento, enviado desde Coro, sirvió de base para los capítulos I al VIII del libro VI de la segunda parte de la *Historia general*, que reproducen fielmente

¹⁴⁶ Real Academia de la Historia, “Advertencia,” en *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, ed. José Amador de los Ríos, Primera parte (Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851), V–VIII.

el relato original, con solo leves añadidos de carácter geográfico o antropológico.

El capítulo VI, sobre la expedición de Íñigo de Vascuña —en la que Esteban Martín no participó— se basó en el testimonio de Francisco Martín, recogido por el escribano Juan de Villegas y también remitido a España.¹⁴⁷ Cuando Esteban Martín fue enviado a Coro a pedir refuerzos y dejó de ser testigo directo, Oviedo continuó la narración incluyendo episodios no presentes en la *Declaración*, probablemente a partir del testimonio de otro miembro de la hueste a quien no se ha podido identificar.

La *Declaración de una lengua* fue redactada por Esteban Martín, maestre de campo de la expedición de Alfinger, tras su regreso a Coro el 2 de noviembre de 1533. En medio de la crisis que vivía la ciudad, el cabildo acordó enviar a la Corte a Luis González de Leyva y Alonso de la Llana como procuradores,¹⁴⁸ quienes partieron el 18 de enero de 1534, llevando consigo el testimonio de Esteban Martín y el de Francisco Martín. El propósito era informar al Consejo de Indias sobre los hechos recientes y respaldar los reclamos de la provincia. En su declaración, Esteban afirmó hablar como testigo directo, dispuesto incluso a ser castigado si faltaba a la verdad.¹⁴⁹

Redactado entre noviembre de 1533 y enero de 1534, el texto destaca por su inmediatez, nivel de detalle y valor documental: nombres, fechas, distancias, topónimos, enfrentamientos, decisiones, flora y fauna. No se sabe si fue iniciativa de Martín o mandato del cabildo, pero su

¹⁴⁷ Francisco Martín, testimonio ante el escribano Juan de Carvajal, 28 de julio de 1533, AGI, Justicia, leg. 1003, transcrito por Juan Friede, en Ce Gómez & Gómez, *Francisco Martín: el canibal castellano en la conquista de Guata*, 1ª ed. (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021), anexo, 473. <https://monteavilaeditores.com/libros/francisco-martin-el-canibal-castellano-en-la-conquista-de-guata/>

¹⁴⁸ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 212-213.

¹⁴⁹ Esteban Martín, *Declaración de una lengua* [ca. 1533–1534], AGI, Audiencia de Santo Domingo, leg. 206, transcrito por Hermano Nectario María, en *Los orígenes de Maracaibo* (Madrid: Universidad Nacional del Zulia, Junta Cultural, 1959), Sección Documental, II, B, 512.

valor es indiscutible como fuente primaria de la expedición.

Como los barcos hacían escala en Santo Domingo, Oviedo recibió el manuscrito hacia fines de enero de 1534. Posteriormente, fue presentado por Alonso de la Llana ante el Consejo de Indias el 18 de agosto de 1534, en Dueñas. Allí quedó archivado durante siglos, hasta que fue redescubierto en los años cincuenta del siglo XX por el Hermano Nectario María, quien lo publicó en *Los orígenes de Maracaibo* (1959),¹⁵⁰ conservando su ortografía original. Más tarde, la Academia Nacional de la Historia de Venezuela editó una versión modernizada (1962), titulada *Relación de la Expedición de Ambrosio Alfínger*.¹⁵¹ Esta investigación toma dicho texto como fuente principal, en diálogo con el mismo Oviedo, Castellanos y Aguado.

Por otra parte, el cronista Juan de Castellanos llegó a América hacia 1540, recorriendo zonas del oriente venezolano antes de establecerse en Tunja, donde fue párroco hasta su muerte en 1607.¹⁵² Si bien algunos autores han cuestionado su presencia en Venezuela, su obra *Elegías de varones ilustres de Indias* refleja un conocimiento detallado del territorio y sus procesos de conquista. Ya instalado en Tunja, obtuvo la estabilidad necesaria para dedicarse a escribir, probablemente entre 1554 y 1601.

Castellanos recopiló testimonios orales y escritos de soldados y protagonistas de las expediciones, muchos de ellos mencionados por nombre, lo que permite rastrear sus fuentes. Friede afirma que conoció personalmente a varios de estos testigos.¹⁵³ También accedió a obras como la de Fernández de Oviedo, a quien cita expresamente, aunque no pudo conocer la

¹⁵⁰ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 493.

¹⁵¹ Esteban Martín, "Relación de la expedición de Ambrosio Alfínger. 9 de junio de 1531, hasta el 2 de noviembre de 1533. Escrita por Esteban Martín, maestre de campo de Ambrosio Alfínger," en *Descubrimiento y conquista de Venezuela: textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales*, vol. 2: *Cubagua y la empresa de los Belzares* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962), 253-274.

¹⁵² Isaac J. Pardo, *Juan de Castellanos (1522-1607)* (Caracas: Eds. de la Fundación Eugenio Mendoza, 1959), 8-22.

¹⁵³ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 17.

Declaración de una lengua, enviada a España en 1534 y permanecida inédita hasta el siglo XX.

En la Elegía I de la segunda parte, narra la expedición de Alfinger al valle de Upar con variaciones respecto a Oviedo, lo que sugiere el uso de fuentes distintas. Su reconstrucción se basó en testimonios recogidos en Tunja y Santa Fe, destacando, para el caso de la expedición a los *Pacabueyes* a Hernando de Alcocer,¹⁵⁴ quien con solo 18 años participó en la jornada. Luego se unió a Federmann y, ya en el Nuevo Reino, compartió con Castellanos detalles de la expedición. Más tarde, Alcocer participó en la apertura de rutas comerciales por el Magdalena y en la fundación de varias poblaciones.¹⁵⁵

El siguiente cronista que aporta al relato de la expedición de Ambrosio Alfinger por el valle de Upar es fray Pedro de Aguado.¹⁵⁶ Su crónica, iniciada por fray Antonio de Medrano hacia 1550, fue continuada por Aguado tras su llegada al Nuevo Reino en 1561 y completada entre 1575 y 1578 desde España. La obra obtuvo licencia real para su publicación en 1583, aunque no siempre es posible distinguir qué partes pertenecen a Medrano y cuáles a Aguado, quien editó y amplió los textos recibidos.¹⁵⁷

Según Friede, Aguado basó su obra en testimonios directos de testigos y evitó reproducir crónicas anteriores, pero al no haber conocido Venezuela directamente, su relato sobre Alfinger se apoya en versiones mediadas por informantes del Nuevo Reino, lo que explica su carácter fragmentario. A diferencia de Oviedo y Castellanos, Aguado ofrece pocos detalles sobre la ruta o

¹⁵⁴ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto III, 205.

¹⁵⁵ Carlos Delgado, "Camino nacional Honda - Santafé de Bogotá: Transporte, economía y desarrollo," *Apuntes del Cenes* 24, no. 38 (2004): 199–227, <https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cenes/article/view/167>.

¹⁵⁶ Fray Pedro de Aguado, *Historia de Venezuela*, tomo I, ed. Jerónimo Bécker (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1918), libro I, capítulos VI–XII.

¹⁵⁷ María Eugenia Hernández Carvajal, *Ni con pequeño trabajo, ni con pequeño favor de Dios: Fray Pedro Aguado y fray Antonio de Medrano frente a la conquista del Nuevo Reino de Granada* (Colombia: Editorial Universidad de Rosario, 2012), XV, 2.

los paisajes, limitándose a enlazar episodios sueltos.¹⁵⁸

Su editor, Jerónimo Bécker, admite que “el P. Aguado no resulta muy bien enterado” sobre la expedición, razón por la cual incluyó también la relación de Juan Pérez de Tolosa.¹⁵⁹ Es probable que Medrano o Aguado conversaran con veteranos de la campaña, pese a que tras décadas solo conservasen recuerdos parciales. A pesar de ello, su crónica es valiosa por intentar vincular los hechos con referencias geográficas más reconocibles para su época.

El siguiente en escribir sobre Alfinger fue fray Pedro Simón,¹⁶⁰ franciscano que llegó al Nuevo Reino en 1603.¹⁶¹ Su obra, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*, fue redactada entre 1623 y 1626 y publicada parcialmente ese último año en Cuenca, mientras que el resto permaneció inédito hasta 1891, cuando se halló en la Biblioteca Nacional de Colombia. Simón no fue un cronista original, sino un recopilador de fuentes previas como Jiménez de Quesada, Castellanos, Medrano, Aguado y Diego de Aguilar. Aun así, su estilo narrativo captó el interés de académicos colombianos de los siglos XIX y XX, quienes lo consideraron clave en la tradición literaria nacional.

Sobre la expedición de Alfinger al valle de Upar, Simón se basó principalmente en Pedro de Aguado, de quien parafraseó gran parte del contenido. Además, añadió topónimos ya establecidos en su época para facilitar la comprensión geográfica, aun cuando varias de estas referencias fueron inexactas. Esto generó errores que se difundieron en la historiografía colombiana durante siglos y que aún persisten en algunas versiones modernas.

¹⁵⁸ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 17.

¹⁵⁹ Jerónimo Bécker, nota A al capítulo XI, en *Historia de Venezuela*, de Fray Pedro de Aguado, tomo I, ed. Jerónimo Bécker (Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1918), 90.

¹⁶⁰ Simón, *Noticias Historiales*, tomo I, parte I, noticia III, cap. II-IX, 35-48.

¹⁶¹ *Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536–1731)*, ed. Antonio García Ángel (Bogotá: Instituto Distrital de las Artes – Idartes, 2013), 44 [PDF]. <https://colecciondigitales.biblored.gov.co/items/show/157>

Tras Pedro Simón, el relato sobre la expedición de Alfínger se mantuvo prácticamente invariable durante el siglo XVII. También apareció de forma resumida en las *Décadas* de Antonio de Herrera (1601), la *Historia del Nuevo Reino de Granada* de Piedrahita (1676)¹⁶² y la *Historia de la provincia de San Antonio* de Zamora (1696),¹⁶³ todos ellos basados en Oviedo y Simón.

Fue en el siglo XVIII cuando se produjo una nueva versión extensa, con la *Historia de la conquista y población de Venezuela* de José de Oviedo y Baños, escrita entre 1710 y 1722. Apoyado en su biblioteca personal, el autor se basó sobre todo en la crónica de Pedro Simón, a la que parafraseó ampliamente,¹⁶⁴ con un nivel de detalle menor. Su obra sigue siendo fundamental para la historiografía venezolana por su enfoque amplio y su valor narrativo, pero presenta límites para reconstrucciones precisas.

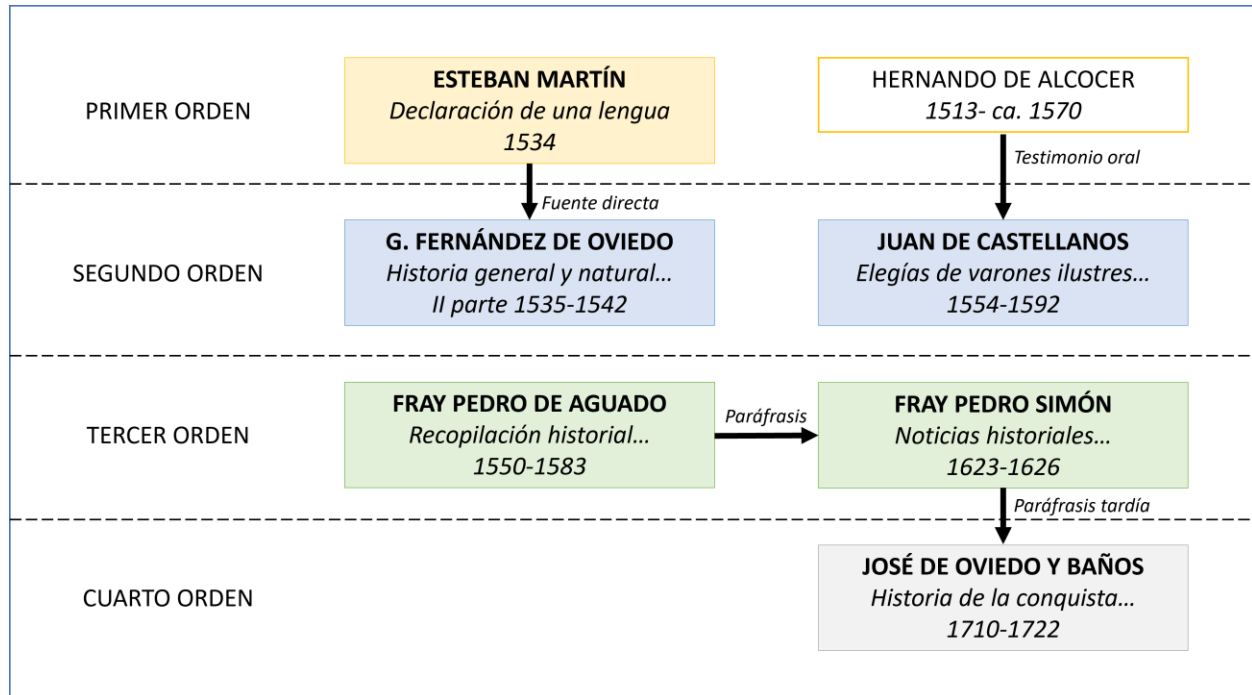
Tras el análisis de las crónicas sobre la campaña de Ambrosio Alfínger en el Valle de Upar, se confirma que, cuanto más alejados en el tiempo están los relatos, menor es su precisión. La fuente más directa es la *Declaración de una lengua* de Esteban Martín, escrita por un testigo presencial. En segundo lugar, se ubican Oviedo y Castellanos, quienes, pese a no haber participado, recogieron testimonios de soldados verificables. En tercer orden están Aguado y Simón: el primero ofrece una versión fragmentaria, y el segundo apenas la reproduce. Por último, José de Oviedo y Baños presenta un resumen general útil solo desde una perspectiva historiográfica. Las menciones de Herrera, Piedrahita y Zamora son marginales y poco informativas.

¹⁶² Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (Amberes: Enrique y Juan Bautista Verdussen, 1688), parte I, libro III, cap. II, 76.

¹⁶³ Fray Alonso de Zamora, *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*, tomo I (Bogotá: Editorial ABC, Ministerio de Educación de Colombia, 1945), libro II, cap. I, 195–196.

¹⁶⁴ Tomás Eloy Martínez y Susana Rotker, "Oviedo y Baños: La fundación literaria de la nacionalidad venezolana," en *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, por José de Oviedo y Baños, ed. Tomás Eloy Martínez (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992; reimp. digital, 2023), XXVII.

Figura 9. Clasificación de las crónicas según su nivel de valor testimonial en relación con la expedición de Ambrosio Alfinger al Valle de Upar.



Nota. El cuadro presenta las obras de los cronistas que relataron la expedición de forma completa. Según su cercanía temporal y las fuentes utilizadas, se clasifican del primer al cuarto orden por su precisión, detalle y valor como fuente histórica. Las flechas indican vínculos de transmisión o dependencia entre autores, ya sea por uso documental, testimonio oral o paráfrasis.

Durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, surgieron obras impulsadas por académicos y miembros de instituciones como la Academia Colombiana de Historia, interesadas en recuperar la narrativa nacional. Aun cuando se enfocaron principalmente en la Independencia, también revivió el interés por la conquista, especialmente con la publicación de crónicas inéditas. En cualquier caso, estos trabajos fueron mayoritariamente recopilatorios, con escasa interpretación y limitado acceso a archivos.

Los relatos sobre la expedición de Alfinger se reproducían con pocas variantes y juicios subjetivos, útiles más para comprender la visión del pasado que para reconstruirlo. Fue en el siglo

XX cuando surgieron estudios más rigurosos, con base documental sólida, lectura crítica y enfoque revisionista.¹⁶⁵ A partir de entonces, las crónicas dejaron de ser fuentes cerradas y pasaron a ser interrogadas desde nuevas perspectivas. Por ello, esta investigación se apoya tanto en las fuentes tempranas como en los estudios del siglo XX en adelante, que han enriquecido la comprensión de la campaña de Alfinger y del proceso de conquista en su conjunto.

En particular, la transcripción de documentos realizada por el Hermano Nectario María en *Los orígenes de Maracaibo (1959)* resultó decisiva, pues recuperó testimonios del Archivo General de Indias —entre ellos la *Declaración de una lengua* de Esteban Martín— que ampliaron el horizonte documental disponible para estudiar la campaña. Sobre esa base, Juan Friede emprendió en *Los Welser en la conquista de Venezuela (1961)* una reconstrucción del itinerario de Alfinger, cuyas propuestas sirven aquí como punto de comparación para la revisión regional que se adelanta. Asimismo, los estudios tempranos de Schumacher (1892) y Haebler (1895) complementan este marco interpretativo al ofrecer observaciones iniciales sobre el gobierno de los Welser y la dinámica territorial de la gobernación.

Con este panorama, se propone una reconstrucción crítica de la expedición al valle de Upar, basada en el testimonio directo de Esteban Martín y contrastada con las crónicas y estudios historiográficos. Antes de abordar el análisis de la ruta, se presentarán tres elementos clave: la composición de la hueste, sus medios logísticos y los criterios metodológicos utilizados para reconstruir su trayecto.

¹⁶⁵ Al respecto véase: Sol Alejandra Calderón Patiño, *El relato de la conquista en la Academia Colombiana de Historia, 1902–1938* (Trabajo de grado de maestría en Historia, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2016).

2.2 Aproximación a la marcha: hombres, medios y método

Comprender la expedición de Ambrosio Alfinger exige algo más que seguir su recorrido. Es clave conocer quiénes integraban su hueste, con qué recursos contaban y bajo qué condiciones se desplazaban. Solo así puede interpretarse críticamente el ritmo y las decisiones del viaje. Este apartado presenta esos elementos logísticos y humanos, junto con los criterios para reconstruir su ruta con la mayor precisión posible.

Alfinger lideraba la expedición con plenos poderes: era Gobernador, Capitán General, Alguacil Mayor y Adelantado, lo que le confería autoridad absoluta sobre el rumbo, la guerra, la justicia y el reparto. No buscaba prestigio personal ni representar al Emperador: su prioridad era rendir cuentas a los Welser y lograr un beneficio económico claro, lo que generó rechazo entre los españoles, quienes lo veían como un extranjero guiado por la codicia. Esa imagen se mantendría siglos después.

Pese a ello, su relación con la hueste fue relativamente estable. El único incidente grave fue una conspiración del capitán Villada en Maracaibo, que fue sofocada con rapidez.¹⁶⁶ No se registran motines ni cuestionamientos directos durante la marcha, lo que indica que su autoridad fue aceptada, ya fuera por respeto o por temor.

Konrad Haebler, basándose en el juicio de residencia posterior, menciona que unos 70 españoles se quejaron de castigos excesivos por infracciones menores, sobre todo por comerciar en secreto con los indígenas. Estas tensiones fueron frecuentes al inicio, cuando Alfinger intentó imponer disciplina a españoles bajo su mando.¹⁶⁷ Para mantener el control, se rodeó de hombres de confianza que le ayudaron a imponer un régimen estricto. Con el tiempo, ganó legitimidad:

¹⁶⁶ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 50.

¹⁶⁷ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 168.

cuando se intentó reunir testigos en su contra, nadie se presentó, y los colonos incluso pidieron anular el proceso. Su liderazgo, pese a su dureza, logró mantener cohesionada a la hueste.

Tras Alfinger, el componente militar principal estaba compuesto por cuarenta jinetes y ciento treinta peones, es decir, 170 hombres. Esta fuerza no correspondía a un ejército regular, sino a una típica hueste indiana, organizada bajo la autoridad de su capitán, sin sueldo fijo y con la promesa de botín y tierras.¹⁶⁸ Tal expectativa explica los futuros conflictos por retrasos en el reparto. El mando operativo se estructuraba en cuatro compañías: Luis de Monserrate, Gómez de Anaya y Francisco de Quindos comandaban la infantería, mientras que Íñigo de Vasuña lideraba la guardia personal de Alfinger, con experiencia previa en Santa Marta. La caballería fue confiada a Casimiro de Nuremberg, quien venía a cargo de los caballos desde España.

Acompañaban también dos oficiales reales: Francisco de Santa Cruz como veedor y Pedro de San Martín como factor. Francisco de Portillo coordinaba la logística del campamento, aunque era poco estimado. El intérprete Esteban Martín fungía como lengua y mediador cultural, mientras que los cargadores indígenas estaban bajo la supervisión de Mateo Sánchez, tristemente recordado por su crueldad.¹⁶⁹

Un segundo grupo era el componente religioso, exigido por la Capitulación, compuesto por dos clérigos encargados de velar por el trato a los indígenas, supervisar la lectura del “requerimiento” y atender las funciones litúrgicas. A pesar de que sus nombres no aparecen en las fuentes principales, Schumacher menciona al agustino fray Vicente de Requejada, mientras que Hernández¹⁷⁰ se refiere a Juan Rodríguez de Robledo como capellán de la expedición. El

¹⁶⁸ Manuel Ballesteros Gaibrois, *La hueste indiana*, Cuadernos Historia 16, n.º 172 (Madrid: Información y Revistas, Grupo 16, 1985), 18. <https://archive.org/details/CuadernosDeHistoria16172LaHuesteIndiana1985/page/n17/mode/2up>

¹⁶⁹ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 68.

¹⁷⁰ Luis Guillermo Hernández, *Breve diccionario biográfico e histórico de la conquista y resistencia indígena del Zulia* (Maracaibo: Sultana del Lago Editores, 2018), 33.

Requerimiento, ordenado por la Corona desde 1529, debía leerse antes de cualquier acción armada. En él se comunicaba, en nombre del rey y la reina Juana, que Dios había delegado su poder en el papa y este en los monarcas españoles, por lo que los indígenas debían aceptar su dominio. Si no lo hacían, se justificaba el uso de la fuerza, incluso la esclavitud y la confiscación de bienes. Esta fórmula legal pretendía legitimar la conquista, atribuyendo la responsabilidad de la violencia a la supuesta negativa indígena.

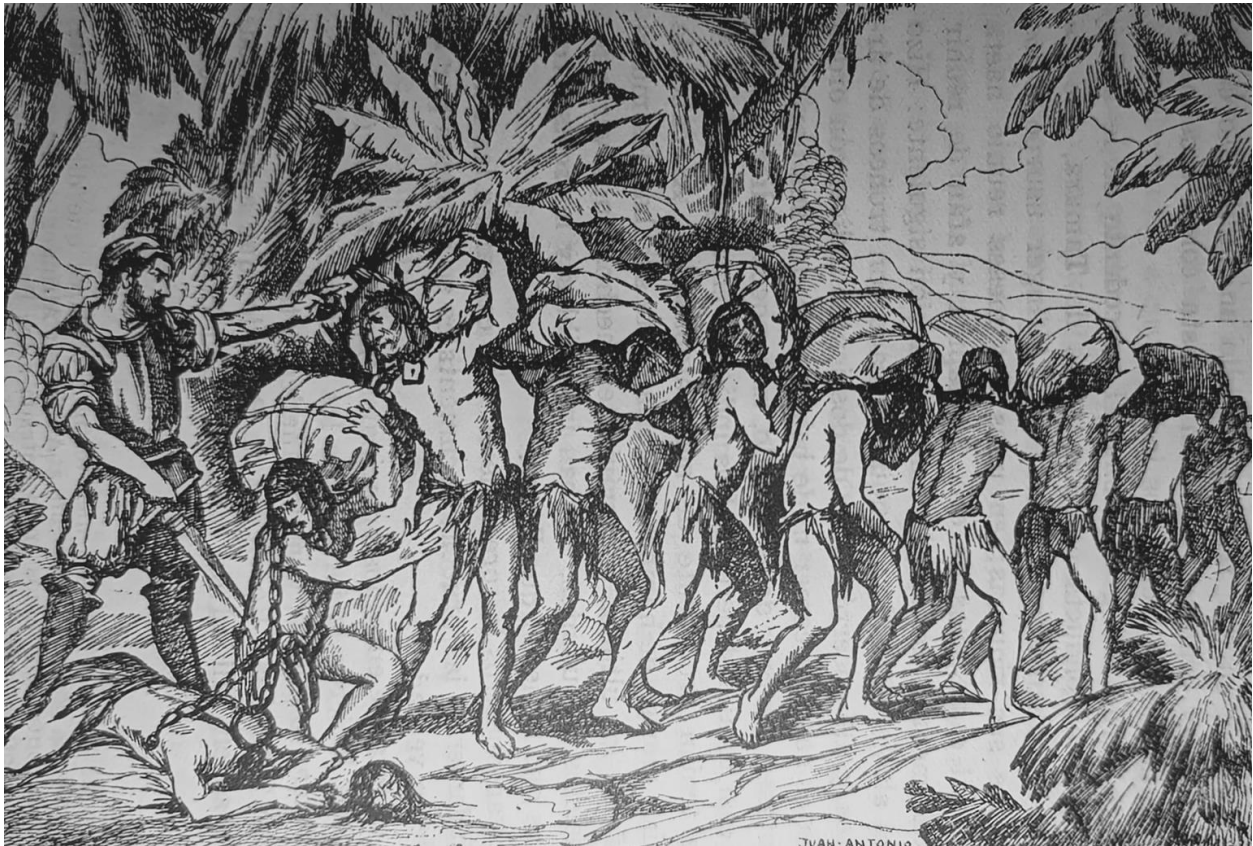
Un tercer grupo clave en la hueste fue el de los indígenas, fundamentales en las etapas iniciales de la conquista. Su aporte principal fue alimentario, ya que tanto en Maracaibo como en la expedición que ahora comenzaba, la subsistencia dependía del maíz y otros cultivos obtenidos en los pueblos del camino.¹⁷¹ La ausencia de sembradíos podía alterar el curso previsto, como ocurrió en *Xuruara*, que se convirtió en la despensa de la expedición.

Además, antes de la llegada de esclavos africanos, los indígenas fueron la principal fuerza laboral disponible.¹⁷² En ausencia de animales de carga, se recurrió a porteadores humanos. A pesar de que la Capitulación autorizaba esclavizar indios rebeldes, Alfinger optó por usar “indios amigos”, especialmente caquetíos. Para formalizar su uso como cargadores, presentó la solicitud a clérigos y Oficiales Reales, quienes, al parecer, la aprobaron. Mateo Sánchez fue puesto al mando de unos cien indígenas reclutados para tal fin.

¹⁷¹ Ricardo Piqueras Céspedes, “Alfínger y Portolá: dos modelos de frontera,” *Boletín Americanista*, núm. 42–43 (1992): 114. <https://revistes.ub.edu/index.php/BoletinAmericanista/article/view/12925>

¹⁷² Ricardo Piqueras Céspedes, “Un indio vale casi como un caballo: utilización indígena en las huestes del XVI,” *Boletín Americanista*, núm. 46 (1996): 276. <https://revistes.ub.edu/index.php/BoletinAmericanista/article/view/12799>

Figura 10. *Indios encadenados usados como cargueros durante la expedición.*



Nota. “Indios amarrados con cadenas llevaban las cargas de Ambrosio Alfinger. Cuando un cargador no podía seguir a los demás, el verdugo le cortaba la cabeza”. Tomado de: Nectario María.¹⁷³

El uso de indígenas como cargueros ha sido objeto de amplio debate. En esta expedición, una de las acusaciones contra Alfinger en su juicio de residencia fue su permisividad frente a los abusos cometidos por Mateo Sánchez, a quien se atribuía el trato cruel hacia los caquetíos: se decía que los llevaba atados por el cuello, y si alguno desfallecía, le cortaban la cabeza para no liberar la cadena.¹⁷⁴ Friede sostiene que esta práctica era común para evitar fugas en la selva, pero lo inhumano fue el modo de tratar a los agotados, considerados apenas como “piezas” de uso, no

¹⁷³ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 183.

¹⁷⁴ “Testimonio de Pedro de San Martín”, *Juicio de residencia de 1538*, 102.

como personas. Los soldados lamentaban más la pérdida de un cargador que la de una vida humana.¹⁷⁵ Además de portar cargas, los indígenas eran forzados a servir como guías, abridores de camino, intérpretes y, en algunos casos, como tropas de choque. Su participación en estas expediciones, por tanto, era una condena a la muerte, pues eran llevados a regiones desconocidas de las que casi nunca volvían.

En cuanto al armamento, se trajo desde Europa equipo pesado como alabardas, espadas largas y arcabuces, pero la experiencia en el lago de Maracaibo demostró su ineficacia en un entorno selvático y montañoso. Por ello, se priorizó la lucha cuerpo a cuerpo, con espadas, ballestas y algunos arcabuces.¹⁷⁶

Entre las armas más temidas estaban los caballos y los perros. Los primeros causaban terror entre los indígenas, que los creían inmortales, y eran efectivos en cargas, sobre todo al inicio de la conquista. Sus petos llevaban cascabeles, lo que aumentaba el pánico. Sin embargo, con el tiempo, los indígenas aprendieron a combatirlos.¹⁷⁷ Los perros, por su parte, fueron muy útiles para detectar emboscadas y perseguir enemigos. Según Ballesteros, un indígena “aperreado” quedaba marcado de por vida.¹⁷⁸ En la expedición de Alfinger se emplearon perros de guerra, y Schumacher indica que algunos esclavos africanos tenían como función principal su cuidado.¹⁷⁹

Una vez entendido el panorama de la hueste, debe abordarse el aspecto metodológico. La reconstrucción de la ruta seguida por Alfinger en su expedición al valle de los Pacabueyes requiere combinar el análisis documental con herramientas geográficas actuales. A partir de la fuente principal —la *Declaración de una lengua* de Esteban Martín— y en diálogo con las crónicas y

¹⁷⁵ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 557-558.

¹⁷⁶ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 68.

¹⁷⁷ Ballesteros, *La hueste indiana*, 26.

¹⁷⁸ *Ibid.*

¹⁷⁹ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 68.

estudios posteriores, se han identificado puntos de paso, pueblos indígenas, límites étnicos, obstáculos y posibles trazados. Para ello se ha utilizado Google Earth Pro, que permite georreferenciar lugares, medir distancias y analizar el relieve. Estas herramientas han sido claves para ajustar las estimaciones documentales al paisaje real, y visualizar rutas plausibles.

Antes de avanzar, conviene definir el valor de la legua empleada. En los estudios sobre itinerarios coloniales persiste el debate sobre su equivalencia. En la Nueva España se distinguían dos: la legua legal (4,19 km), usada en mediciones de tierras;¹⁸⁰ y la legua común, usada para itinerarios, que variaba según condiciones del terreno, carga o medio de desplazamiento, aunque en teoría equivalía a 5,57 km (cuatro millas castellanas). Esta fue luego estandarizada en Colombia como 5 km. De hecho, al entenderse como la distancia recorrida en una hora, la legua era altamente subjetiva y su valor variaba según el terreno.¹⁸¹ En zonas planas, el avance podía ser mayor que en montañas o ciénagas. En ese sentido, el valor de la legua no sería el mismo en regiones llanas que en terrenos quebrados o pantanosos, allí esa medida debe ajustarse a la baja.

Dicho esto, conviene estandarizar, al menos para esta investigación, la legua utilizada por Esteban Martín, a fin de comparar con precisión los datos de su crónica con las mediciones modernas. Para ello se han tomado como referencia sus dos primeros tramos: de Coro a Maracaibo (50 leguas) y de Maracaibo al río Macomiti (10 leguas). Al trazar estos recorridos en Google Earth, se obtiene una distancia de 236 km en el primer caso, y 47 km en el segundo, ambos en terreno predominantemente plano. Esto da un promedio cercano a 4,7 km por legua. Así, se adopta este valor como referente para tramos llanos, como los primeros en el valle de Upar. Sin embargo, en

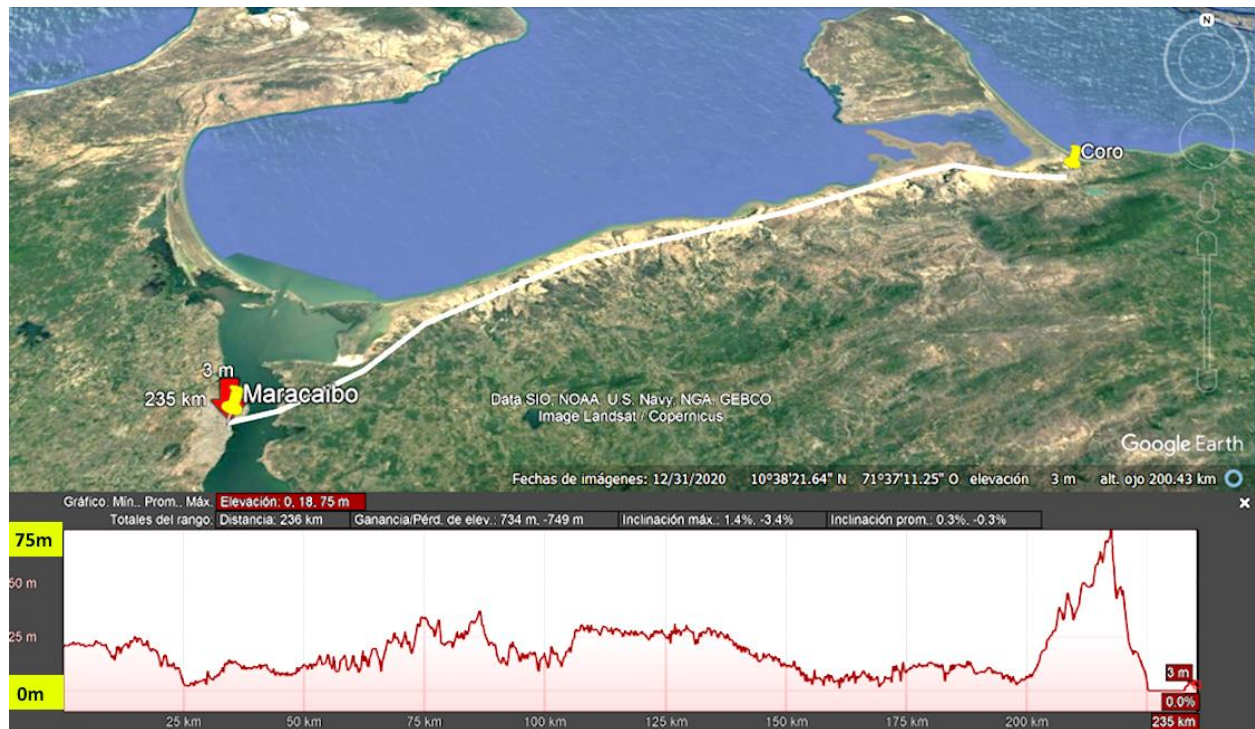
¹⁸⁰ Roland Chardon, "The Elusive Spanish League: A Problem of Measurement in Sixteenth-Century New Spain," *The Hispanic American Historical Review* 60, no. 2 (mayo de 1980): 295. <https://www.jstor.org/stable/2513219>.

¹⁸¹ Armando Anaya Hernández y Claudia Espejel Carbajal, "Legua a legua. Análisis de la visita de Antonio de Caravajal a Michoacán (1523–1524) desde los Sistemas de Información Geográfica," *Americae* 3 (2018): 69, <https://americae.fr/articles/legua-legua-analisis-visita-antonio-caravajal-michoacan/>.

etapas posteriores, marcadas por relieves complejos, ciénagas o disminución de cargadores, es razonable asumir que esa media disminuye, aproximándose a los 4,2 km de la legua legal.

En todo caso, la legua no será considerada como una medida fija, sino como un rango aproximado. La interpretación de cada tramo se basará en un análisis integral que contemple el entorno, los obstáculos, el ritmo de la marcha y los testimonios, más que en una coincidencia exacta de distancias. A lo largo del recorrido, se evaluará la consistencia entre lo narrado y lo estimado, justificando las diferencias con base en el contexto.

Ahora, antes de abordar el recorrido, conviene delimitar el alcance de esta propuesta. Aunque la investigación contempla toda la expedición de Ambrosio Alfinger, el foco principal recae en el cruce de la cordillera Oriental y su tránsito por los actuales departamentos de Santander y Norte de Santander. Este tramo, poco interpretado desde hace más de seis décadas, constituye el eje del análisis, al ofrecer nuevas posibilidades de lectura mediante tecnologías modernas. La etapa inicial —valles de los ríos Cesar y Magdalena— también hace parte de esta investigación, pero por cuestiones de espacio, se tratará de manera sucinta para crear el contexto apenas necesario para introducir el segmento de los Santanderes.

Figura 11. Gráfico de la ruta propuesta entre Coro y Maracaibo.

Nota. Imagen que muestra la distancia recorrida para este segmento, que es de 236 km (50 leguas). Este trayecto puede caracterizarse como terreno llano con ondulaciones suaves, sin obstáculos significativos para el desplazamiento de una hueste.¹⁸²

2.3 Inicio de la expedición: el cruce del Perijá y el Valle de Upar

Para el estudio del tramo inicial, entre Maracaibo y el ingreso a Santander, se citará la *Declaración* de Esteban Martín, seguida de un breve análisis que permita interpretar la ruta y las etnias que recorrieron. Tal como se expresó, el grueso de este trayecto será objeto de otra publicación donde se realizará un análisis más profundo. Para el relato de Martín, se empleará la versión publicada por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, por su claridad y utilidad

¹⁸² Nota: Los perfiles de elevación generados con Google Earth presentan, por defecto, una escala vertical comprimida respecto a la horizontal. Esto puede producir una impresión visual exagerada del relieve, haciendo parecer abruptas variaciones que en realidad son leves. Por ello, es fundamental observar la escala vertical indicada en cada gráfico para interpretar con precisión si el terreno es llano, ondulado o montañoso. En la parte inferior izquierda de cada gráfico se resaltaré la altura mínima y máxima de la escala.

para la lectura continua. Todos los fragmentos citados textualmente en bloque y atribuidos a Esteban Martín provienen de ese documento, por lo que no se incluirán referencias individuales a cada cita.

Declaración de una lengua. En el nombre de Dios y de nuestra Señora.

Partió el gobernador de esta ciudad de Coro a nueve días del mes de junio año de 1531 para ir a esta jornada que hizo a los pacabueyes y fue camino de Maracaibo que está a cincuenta leguas de esta ciudad de Coro. Luego de estar en el pueblo de Maracaibo, entró en un bergantín y otros dos barcos con el y fue a descubrir un río que se dice macomiti y está a diez leguas de dicho pueblo de Maracaibo y era su propósito según supimos de hacer un pueblo cerca de aquel río, pero arriba con los dichos barcos cuatro jornadas; y como vio la mala disposición del río se regresó.

En la boca de este río había tres pueblos de *onotos* los cuales estaban despoblados, que no nos osaron esperar y a la vuelta, nos dieron algunas guazabaras, pero no para hacernos ningún mal. Eran los indios que allí vivían *onotos* y tenían sus pueblos armados sobre agua, todos de madera. Estuvo el Gobernador en esta jornada veinte días; y llegado al pueblo de Maracaibo, hubo de esperar algunos días a un teniente suyo que se llamaba Luis González de Leiva que había ido tierra adentro a buscar bastimento para dicho pueblo; y se vió forzado a enviar alguna gente adelante a que le esperasen donde hubiese bastimento y luego que vino el dicho teniente, tomó la gente que le pareció y se fué de viaje.

El 1° de septiembre del dicho año [1531] partió de dicho pueblo y llegó a donde estaba la otra gente que había enviado delante, y de ahí a dos o tres días, hizo alarde¹⁸³ de la gente que tenía (...) ¹⁸⁴. Donde se hizo este alarde estaba poblado por los indios *bugures*, gente muy doméstica y no guerrera. Cubren sus vergüenzas con unos calabazos los hombres y las mujeres con pampanillas.¹⁸⁵ Hicimos paz con ellos, pero no se fiaban mucho de nosotros; sus pueblos son pequeños, de tres, cuatro bohíos. Caminó el gobernador por esta generación obra de veinte leguas y cuando entró a unas sierras donde nace el río de Macomiti llegó a otra generación¹⁸⁶ de indios...

Saliendo de Coro, la hueste habría seguido la ruta ya conocida hacia Maracaibo, sobre un terreno mayormente llano en un trayecto de unos 12 a 16 días. El río Macomiti parece ser el actual El Limón o Socuy, que nace en la serranía y forma un estuario poco apto para fundaciones, razón

¹⁸³ El término *alarde* se refiere al desfile que hacía un Capitán de hueste, para examinar el buen estado del armamento de su tropa, así como contar al personal.

¹⁸⁴ Ya se mencionó anteriormente la composición y organización de la hueste.

¹⁸⁵ Pampanilla: Taparrabos de tela o de cualquier otra cosa

¹⁸⁶ Cuando Martín habla de "generación" de indios, se refiere a grupo étnico.

por la cual Alfinger descartó ese sitio. Según Martín, la hueste permaneció algo más de dos meses en los alrededores de Maracaibo y el campamento se situó antes de entrar a la sierra, en territorio de los indios *bugures* o *bobures*, seguramente los mismos *bobures* de la región de *Xuruara*, en la orilla suroriental del lago.¹⁸⁷

Entraron enseguida a la sierra, a tierras de otra “generación”. Este paso de la serranía del Perijá se ha ubicado en un punto llamado El Palmar, cercano a la actual represa Los Tres Ríos al noroeste de Villa del Rosario (Zulia), donde existía un antiguo corredor de comunicación para viajar entre el pueblo colombiano de El Molino y la ciudad venezolana de Perijá (La Villa), el cual originalmente seguía los cursos de los ríos Palmar y Tosas (o Lajas).¹⁸⁸ Es posible que dicho corredor fuese también el mismo paso mencionado por Pérez de Tolosa y retomado por Langebaek, por donde circulaba el comercio indígena del oro desde el valle de Upar hacia la cuenca del lago de Maracaibo.¹⁸⁹ En ese sentido, resulta razonable suponer que Alfinger, al seguir las rutas de intercambio preexistentes, eligiese ese camino para atravesar la cordillera.

Una vez identificada la entrada del paso, continúa el relato de Esteban Martín:

Y cuando entró en unas sierras donde nace el río de macomiti, llegó a otra generación de indios, pero de poca diferencia en la lengua, decíanse buredes, que eran coronados como frayles y no cubrían sus vergüenzas los hombres y las mujeres sí, como las otras de atrás; es gente que se trata de la misma manera que la (1^o 1 v.) otra de atrás, viven en sierras altas de cabañas en las cuales, sabanas y sierras, a dicho de todos los que algo se nos entendía, tenemos por muy cierto que habrá oro de minas por la gran disposición de la tierra. Estos indios tratan oro, pero no supimos de donde lo han sacado. Todos daban al Gobernador

¹⁸⁷ Una posible hipótesis, que no se desarrollará aquí, es que la distribución de los grupos indígenas en torno al lago de Maracaibo no respondía a territorios claramente delimitados por etnia. Los relatos etnohistóricos permiten observar la presencia alterna de parcialidades como los pemenos y los bobures en distintas orillas del lago —oriental, meridional y occidental—, lo que sugiere una ocupación dispersa y entrelazada. Tal vez la dificultad historiográfica para unificar los territorios de estas etnias provenga de un intento posterior por clasificar espacios que, en su momento, pudieron haber estado entrelazados o compartidos por grupos de una misma familia cultural.

¹⁸⁸ Theodor de Booy, "An exploration of the Sierra de Perijá, Venezuela," *Geographical Review* 6, n.º 5 (noviembre de 1918): 386-387, <https://www.jstor.org/stable/207698>. De Booy asocia este corredor con la ruta de Alfinger, basándose en su lectura del mapa etnográfico del *Atlas de Venezuela* de Agustín Codazzi (1840) donde se trazan las rutas de los primeros exploradores. Para él, "es razonable suponer que en la época precolombina este paso era de uso común entre los indígenas".

¹⁸⁹ Pérez de Tolosa, citado en Langebaek, *Águilas y caricuríes*, 206; y Langebaek, *ibid.*, 206.

oro, aunque no era mucho en cantidad.

De tal forma, se encontraron con la etnia que habitaba la serranía del Perijá, los *buredes*, quienes se asentaban en la zona donde nace el río Macomiti o El Limón, afluente que en su parte alta recibe el nombre de Guasare.¹⁹⁰ Este fragmento confirma que la ruta seguía el rastro del comercio de oro, aunque pronto se comprendió que este no era de origen local, sino que provenía de algún lugar incierto, y que los *buredes* actuaban como puente comercial entre los dos valles. Al completarse el cruce de la serranía, se sigue con el relato de Esteban Martín:

Yendo por esta generación abajo de las sierras a un valle muy hermoso de muy lindas sabanas y montes claros el cual valle estaba poblado de los dichos buredes y coanabos. Desde allí al cabo de la Vela hallamos que había obra de veinticinco leguas y todo poblado de conucos¹⁹¹ con los cuales hicimos paz, digo con los que vivían allí al pie de esta sierra, que hacia la mar no fuimos a ninguna cosa.

Los coanabos son gente numerosa y animosa, cubren sus vergüenzas y trabajan mucho la tierra adentro, llevando sal a vender a trueque de oro, Traen mantas de algodón cubiertas y bonetes¹⁹² de lo mismo y según vimos y supimos es gente de verdad. Hay desde el pie de esta sierra hasta Maracaibo, treinta leguas; quince por sierras y quince por tierra llana y está todo poblado de indios *bugures* y *buredes* que es casi toda una generación si no fuera por las coronas y por no cubrir sus vergüenzas.

Una vez hecho el descenso por las laderas occidentales de la serranía, donde estaban los *buredes*, se encontraron con la etnia que habitaba dicha sección del valle, los *coanabos*.¹⁹³ Según

¹⁹⁰ Mariana C. Hernández-Montilla y Carlos Portillo-Quintero, "Conversión de los bosques del norte de la Sierra de Perijá, estado Zulia", en *Libro Rojo de los Ecosistemas Terrestres de Venezuela* (Caracas: Provita, Shell Venezuela, Lenovo Venezuela, 2010), 257–262. <https://ecosistemasamenazados.org/casos/c4/>

¹⁹¹ Conuco: parcela de cultivo indígena destinada a la producción de alimentos básicos como yuca, maíz o ají. En este contexto, el término no alude a vivienda.

¹⁹² Bonete: prenda de vestir que cubría la cabeza, similar a una gorra o tocado sencillo. En el ámbito indígena colonial, solía elaborarse en algodón y podía tener usos rituales o distintivos, especialmente en pueblos que tejían sus propias vestimentas.

¹⁹³ Oliver sostiene que los buredes “contaban con canales de riego para la agricultura”, basándose en Juan de Castellanos, Pedro Simón y Reichel-Dolmatoff. No obstante, una revisión detallada de estos autores revela que ni Simón ni Reichel-Dolmatoff mencionan tal infraestructura. La confusión podría derivarse de un pasaje de *Elegías de varones ilustres de Indias*, en el que Castellanos se refiere a las faldas de la serranía de los Coronados —asociada a los buredes— como “las Acequias”. El verso dice: “cuya[s] faldas se dicen las Acequias”, lo cual parece aludir más a una denominación toponímica vinculada a la geografía del lugar, caracterizada por numerosos arroyos que descienden de la montaña, que a una obra hidráulica como tal. Dado el contexto ecológico de la serranía del Perijá, rica en fuentes hídricas y vegetación, no sería necesario —ni verosímil— construir acequias

Schumacher, la entrada al valle de Upar habría comenzado a inicios de diciembre de 1531,¹⁹⁴ tras un recorrido de casi tres meses desde Maracaibo. Este ritmo lento se explica por las difíciles condiciones del terreno y por el tamaño de la hueste, que obligaba a avanzar en fila por senderos¹⁹⁵ estrechos, sumado al tiempo empleado en reconocimientos, rescates y la búsqueda de indicios de oro.

El territorio *coanabo* no se extendía profundamente hacia el norte, sino que su frontera estaría en la zona mencionada por Martín: la “boca y entrada del valle”,¹⁹⁶ en cercanías del actual municipio de Albania y los Montes de Oca. Esta ubicación les otorgaba un papel estratégico como intermediarios en las rutas comerciales, según lo señalado por Kalmanovitz y López. Esta etnia, al parecer, llevaba hacia el interior productos costeros, principalmente sal marina, y a cambio traía los textiles y las esmeraldas propios de los pueblos andinos, en concordancia con los trueques descritos por Martín. En particular, el hecho de intercambiar sal por oro vincularía a los pueblos saliníferos de Maracaibo con los orfebres de Tierra Adentro.¹⁹⁷

Respecto al comercio de textiles, Martín menciona que “traen mantas de algodón cubiertas y bonetes de lo mismo”, lo que Oliver interpreta como parte del atuendo de los coanabos.¹⁹⁸ Sin embargo, el orden del relato sugiere lo contrario: al no describir esas prendas como vestimenta — como sí hace con otros grupos—, es más probable que se tratase de productos traídos desde el

artificiales para riego. José R. Oliver, *The Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia* (PhD diss., University of Illinois at Urbana-Champaign, 1989), 186–187; Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, parte IV, canto XVII, 5739 (El Libro Total. Prisma), <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3458>

¹⁹⁴ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 69.

¹⁹⁵ En las fuentes del siglo XVI el término más frecuente es *camino*, empleado tanto para designar la vía física como el recorrido o trayecto. En este trabajo se utiliza ocasionalmente la palabra *sendero* en sentido contemporáneo, para referirse a los caminos prehispánicos de carácter peatonal y estrecho, equivalentes a los que las crónicas denominaban simplemente *camino*.

¹⁹⁶ Esteban Martín, *Relación de la expedición*, en *Descubrimiento y conquista de Venezuela*, 273.

¹⁹⁷ Langebaek, *Águilas y caricuríes*, 206; Oliver, *Expansion of Arawakan into Venezuela and Colombia*, 202.

¹⁹⁸ Oliver, *Expansion of Arawakan into Venezuela and Colombia*, 215.

interior para el trueque, junto con el oro y las esmeraldas.¹⁹⁹ Este rol como intermediarios habría permitido que Alfinger comenzase a escuchar referencias más claras sobre los pueblos del altiplano —en particular los *muiscas*—, cuya existencia, hasta entonces, solo circulaba como leyenda entre las comunidades costeras.

Una vez analizado el papel comercial del pueblo *coanabo*, se retoma el hilo del relato:

Llegado el Gobernador a este valle siguió adelante por la vía del sur, haciendo toda la paz que podía con los dichos indios y a los lenguas que íbamos con él nos mandaba siempre que requiriésemos con la paz, los amonestásemos que fuesen servidores de Su Majestad y nuestros amigos y para ello nos tomó juramento. Muchos de estos indios nos esperaban y nos daban oro y de lo que tenían y otros no nos querían esperar, más antes dejaban sus casas y huían a los montes y el Gobernador los hacía buscar y prender y después que los tenía presos les preguntábamos por su mandado, que por qué huían y ellos respondían que pensaban que éramos nosotros los cristianos de Santa Marta que los habían robado y matado y llevado a algunos de ellos y algunos soltaba el Gobernador y otros se rescataban y daban por sí algunos cincuenta y otros ochenta y otros cien castellanos y esto hacían porque lo habían usado así con los dichos cristianos de Santa Marta y también supimos de ellos que los rescataban por oro y después que no tenían más los llevaban presos. Anduvimos por este valle obra de veinte y cinco leguas²⁰⁰ por esta dicha generación...

Este pasaje indica que, aunque Esteban Martín afirma que Alfinger exigía cumplir con el Requerimiento, testimonios posteriores como el de Darías de la B Herrera señalan que muchas veces no se leía formalmente, y apenas se exhortaba a los indígenas a someterse, más por táctica que por deber jurídico.²⁰¹ Además, la hostilidad indígena en el valle de Upar se explicaría por expediciones previas desde Santa Marta —como las de Villafuerte, Vadillo y Lerma—, que dejaron violencia y

¹⁹⁹ A pesar de que la Sierra Nevada de Santa Marta también era un centro textil, de igual forma era común traer mantas de otros territorios. Según Langebaek, “los textiles circulaban a lo largo y ancho del territorio, hasta llegar, incluso, a los dominios de otros centros textiles interesados en conseguir tejidos de características en calidad, formas o diseños, diferentes a las que se producían localmente”. Incluso, “a través de las comunidades del flanco occidental de la cordillera, los textiles muisca circulaban hacia el valle del Magdalena”, por lo que también es posible un intercambio de textiles del altiplano con los pueblos costeros. Carl Henrik Langebaek Rueda, *Noticias de caciques muy mayores: origen y desarrollo de sociedades complejas en el Nororiente de Colombia y Norte de Venezuela* (Santa Fe de Bogotá: Uniandes, 1992), 136.

²⁰⁰ Estimación aproximada del trayecto recorrido, más ligada al tiempo y esfuerzo invertidos que a una distancia lineal.

²⁰¹ “Testimonio de Hernán Darías de la B Herrera”, en *Juicio de residencia seguido por Juan de Frías a los Welser (1545)*, en *Juicios de residencia en la Provincia de Venezuela. I: Los Welser* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1977), 299.

saqueos. En ese panorama, Alfinger adoptó la práctica de aceptar rescates en oro por la liberación de indígenas,²⁰² estrategia que se volvió común y marcó el fin de una paz relativa.

Más adelante, entraron en la siguiente generación, que parece mucho más pequeña en relación con los extensos y numerosos *coanabos*:

y al cabo de las veinte y cinco leguas llegamos a otra generación que se dice iriguanas que son de la misma manera de estos otros de atrás de estatura y traje salvo que tienen otras diferencias en el hablar (f^o 2) y píntanse las mujeres los pechos y los brazos de muy lindas pinturas negras y las pinturas son fijas que nunca se quitan. Estos indios yriguanas viven en el dicho valle con sus pueblos de diez e doce e quince bohíos. Estaban amedrentados de la manera de los de atrás y no se fiaban de nosotros y si algunos tomábamos y se los soltábamos para que estuviesen en sus pueblos luego se tornaban a ir a los montes.

En la sierra que está de la banda del este había una generación de unos indios pequeños de cuerpo que se dicen *dubeys* con los cuales no conversamos por vivir en sierras altas y porque no son yndios de ningún provecho y según nos decían comen carne humana, en la otra sierra de la banda de abajo hacia el oeste no llegamos, empero los indios iriguanas nos decían que vivían en ellas unos indios que se llaman *haruacanas* y son ervolarios y comen también carne humana.²⁰³

Los *iriguanas*,²⁰⁴ ubicados al sur del territorio *coanabo*, compartían con estos ciertos rasgos físicos y de vestimenta, aunque Esteban Martín advirtió en ellos una diferencia clara en el habla. Las generaciones vecinas —*dubeys* y *haruacanas*— habitaban las sierras que rodeaban la región. Hacia el oriente, en la serranía del Perijá, se encontraban los *dubeys*, un grupo poco documentado que posiblemente formaba parte de las parcialidades luego conocidas genéricamente como “motilones”. En el flanco occidental, los *haruacanas* ocupaban las faldas de la Sierra Nevada

²⁰² Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, libro XXV, cap. II, 271-272.

²⁰³ La acusación de que comían carne humana responde más a una etiqueta colonial asociada a los “caribes” como sinónimo de pueblos rebeldes y esclavizables, que a una filiación lingüística precisa. Francisco Franco, “El ‘otro’ como caníbal. Un acercamiento a los indios Caribes. Estudio sobre el origen del mito de la antropofagia de Julio César Salas,” *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología* 18, n.º 51 (enero-abril de 2008): 36-59. <https://www.redalyc.org/pdf/705/70517459004.pdf>

²⁰⁴ Algunos autores han vinculado a los *iriguanas* con el actual municipio de Chiriguaná, sin embargo, esta hipótesis no se sostiene a la luz del recorrido seguido por la hueste, pues el sitio de ese municipio habría correspondido a los *pacabueyes*.

de Santa Marta y las llanuras cercanas al complejo de Zapatosa.²⁰⁵

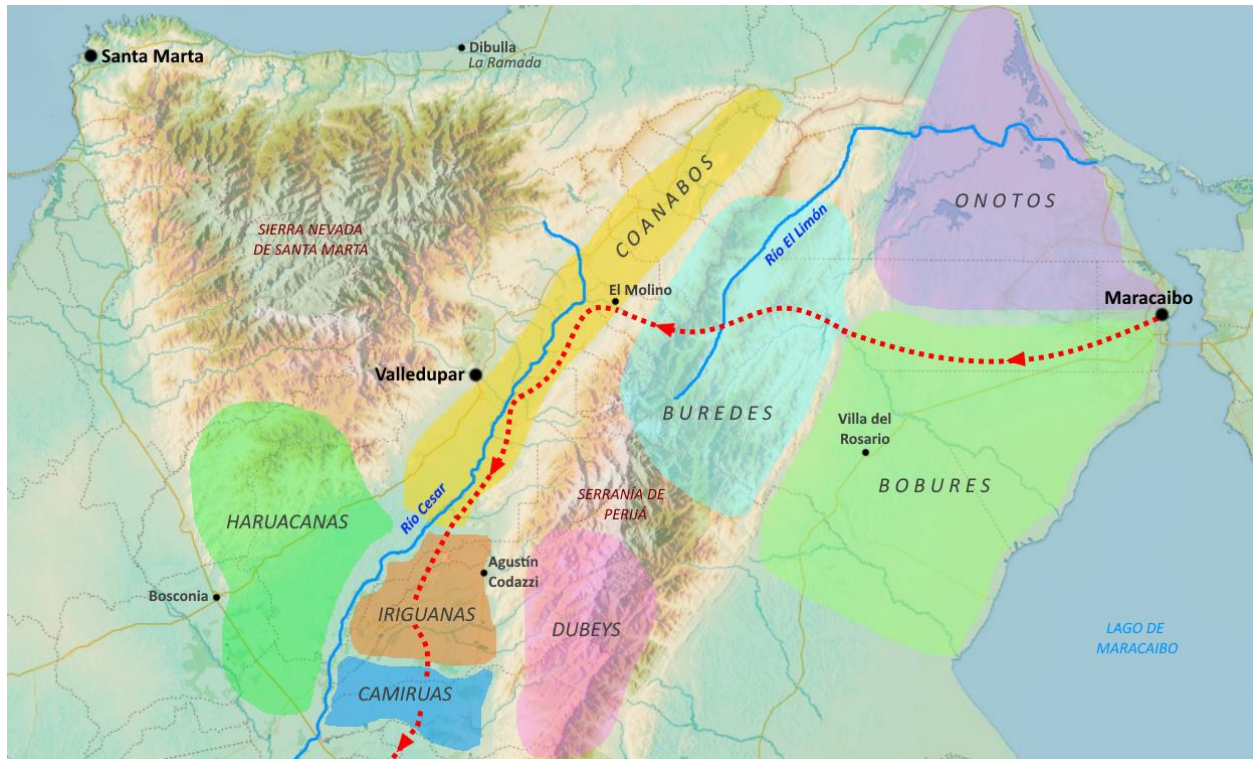
En seguida, se siguió la ruta hacia el sur, un poco al oeste:

Siguiendo al gobernador por este dicho valle adelante la vía del sur llegó a una generación que se dice camiruas, esta generación de camiruas, eran cuatro o cinco pueblos y estaban todos despoblados muchos días había. Y en los pueblos hallamos rastro de los cristianos de Santa Marta donde había alpargate viejos y herraduras xaquimas²⁰⁶ y cabrestos de caballos y luego el gobernador mandó que se fuese a buscar algunos indios paraguana y se tomaron algunas piezas en las cuales se tomó un guía principal que hablaba lengua iriguana y pacabuey y había estado con los otros cristianos con el cual indio hablábamos por tercera persona.

La siguiente generación encontrada fue la de los *camiruas*, de escasa presencia territorial o dispersos a lo ancho del valle. La hueste halló pocos pueblos y varios estaban despoblados, posiblemente por el repliegue hacia núcleos más centrales ante la llegada de los extranjeros. Es probable que fuesen una parcialidad de los *pacabueyes*, y que los rastros encontrados correspondieran a incursiones previas desde Santa Marta. Lo más relevante de este tramo es el cambio de intérprete, que facilitó la comunicación con los *camiruas* y *pacabueyes*. Aunque ya había dificultades desde el territorio *iriguana*, no eran absolutas, y con el nuevo lengua —que había estado en expediciones de Santa Marta—, se logró mayor comprensión. A partir de aquí, Esteban Martín empieza a registrar los nombres propios de los pueblos, lo que indica un contacto más directo y claro.

²⁰⁵ Aunque descritos por los *iriguana*s como salvajes y caníbales, los datos disponibles son escasos. Si, como sugiere José R. Oliver, fueron antecesores de los actuales arhuacos, se trataría de un pueblo chibcha, con una variante diferenciada de la de los grupos muisca de la cordillera Oriental. José R. Oliver, "Reflexiones sobre el posible origen del Wayu (Guajiro)," en *La Guajira: de la memoria al porvenir. Una visión antropológica*, ed. Gerardo J. Ardila (Bogotá: Fondo FEN Colombia, Universidad Nacional de Colombia, 1990), 93.

²⁰⁶ La expresión "herraduras xaquimas" alude a herraduras usadas por caballos que llevaban jáquima, una especie de cabezada o arnés básico que se coloca en la cabeza del animal para guiarlo, sin freno ni bocado, típica de animales de carga o de paso.

Figura 12. Primera parte de la ruta y territorios étnicos recorridos

Nota. El mapa muestra el área mencionada en este apartado, con los correspondientes territorios estimados para cada grupo étnico o “generación”. La línea roja punteada señala la ruta propuesta desde Maracaibo, cruzando el Perijá y tomando hacia el sur por el Valle de Upar. Los puntos negros señalan poblaciones actuales.

2.4 Donde brilló el oro: en el corazón del Valle de los Pacabueyes

Este indio llevó el Gobernador consigo por guía y lengua y nos llevó a un pueblo de *pacabueyes* que se dice macoco que estaba alzado, y luego el gobernador le mandó al dicho indio que hiciese llamar a los indios y los llamó y vinieron luego de paz bien diez o doce pueblos de *pacabueyes*, aunque algunos de ellos primero los fuimos a buscar. Es esta tierra de los *pacabueyes* tierra de sabanas y anégase la mayor parte de ellas en tiempo de lluvias, y por causa de un río grande que pasa por entre los pueblos que se dice iriri.

Estuvo el gobernador en este pueblo de mayo²⁰⁷ en una noche y otro día por la mañana se partió y estuvo dos jornadas en llegar a un pueblo que se dice pavxot en el cual se aposentó con toda su gente que llevaba y allí esperó al capitán Casamires que quedaba atrás con el

²⁰⁷ El término *mayo*, aunque no está claro a qué se refería el relator, no puede aludir al mes del calendario, ya que, según los cálculos, la estadía de Alfinger en Macoco ocurrió alrededor del 19 de diciembre de 1531.

carruaje²⁰⁸ y venido que vino mandó requerir todos los pueblos que por allí alrededor había y húbese en estos *pacabueyes* de presentes y rancheado más de veinte mil castellanos en obra de ocho días (f° 2 v.)

La hueste ingresó al primer pueblo *pacabuey*, llamado *Macoco*, que se encontraba en la parte baja del río Cesar,²⁰⁹ tramo donde su cauce comienza a formar meandros y ciénagas que se expanden con las lluvias de invierno. Los *pacabueyes* se organizaban en torno a la laguna de Zapatosa por donde se movían en canoas entre las aldeas ribereñas y las ciénagas circundantes, aunque debieron existir asentamientos asociados en tierras aledañas. Allí, por fin Alfinger encontró una provincia rica en oro que, según Nectario María, tenía un origen comercial, fruto del intercambio entre los *pacabueyes* y los pueblos andinos.²¹⁰ Sin embargo, tanto los hallazgos hechos por Martín como la historiografía han reconocido que los *pacabueyes* eran orfebres en la técnica del martillado.

Es probable que el territorio *pacabuey* funcionase como centro de comercio, dada su ubicación estratégica entre la costa, la Sierra Nevada, el área *zenú* y el río Magdalena. Aunque las diversas expediciones españolas posteriores permitieron documentar con mayor precisión el flujo de bienes entre esas regiones²¹¹ —incluidos sal, textiles *muisca*²¹² y orfebrería *muisca* y *tairona*²¹³—, en tiempos de Alfinger aún no existía un conocimiento europeo sistemático sobre ese intercambio. Por ello, es posible que Alfinger solo hubiese percibido ciertos objetos ajenos al entorno local cuya procedencia desconocía, lo que en su momento pudo reforzar su impresión de

²⁰⁸ En este contexto, “carruaje” no se refiere a un vehículo de ruedas, sino al conjunto de cargas, provisiones y equipaje pesado que acompañaba a la hueste. Era transportado por cargadores y solía avanzar con mayor lentitud.

²⁰⁹ Este río aparece como Xiriri en Oviedo y Jiriri en Schumacher. Su nombre actual probablemente deriva del topónimo Zazari, usado en Santa Marta para referirse a la provincia y a un importante poblado al norte del valle, conocido como Zazarre. (“Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta,” 85 y 90).

²¹⁰ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 167.

²¹¹ Langebaek, *Noticias de caciques muy mayores*, 151.

²¹² Carl Henrik Langebaek Rueda, *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los Muisca: siglo XVI* (Bogotá: Banco de la República, 1987), 142.

²¹³ Langebaek, *Noticias de caciques muy mayores*, 152.

un origen austral para esos artículos.

Luego Martín presenta el primer encuentro bélico de la expedición:

Estando el gobernador en este pueblo de paxvt supo de los indios que cuatro leguas de allí estaban unos enemigos suyos de generación *haruacanas* y ervolarios y tomó alguna gente de nosotros consigo y determinó de ir y a ver qué gente era y un día en la tarde pasamos el río y fuimos a dormir en el camino.

Y los indios ya sabían de nosotros y pusieronnos en el camino puyas de flechas hincadas enerboladas en las cuales toparon los indios que llevábamos por guías y se hirió uno de ellos, otro día a hora de las diez llegamos a un pueblo que estaba derramado en tres barrios y había en todos tres barrios doce bohíos, tenían un muchacho puesto por centinela encima de un bohío el cual como nos vió comenzó a gritar y los indios se pusieron en armas e hirieron a Esteban Martín, el lengua, y a otro hombre pasaron un brazo el cual murió de ahí a tres días y si el lengua no se supiera arreglar, también muriera. Prendieronse en este pueblo cinco o seis indios y matamos tres o cuatro indios. No se halló entre estos indios ningún oro porque no lo tratan y desde que esto vio el gobernador tuvo allí la siesta y luego dio la vuelta y vino a dormir al camino.

De acuerdo a la investigación, el poblado *pacabuey* de *Pauxoto* se encontraba en los alrededores del actual centro poblado de Potrerillo, mientras que el poblado que se ha denominado como “tres barrios” estaba pasando el río Cesar al occidente, cerca al actual El Paso. Al parecer, en ese momento, los *pacabueyes* se encontraban en conflicto con los *haruacanas*, cuyo territorio se extendía hasta la ribera occidental del río Cesar, por lo que pudo haber una corta alianza con Alfinger de ayuda militar a cambio del oro recogido. Solo así se explicaría por qué Alfinger asumió el riesgo de internarse en territorio hostil, a pesar de saber que los *haruacanas* eran guerreros temidos y que empleaban flechas envenenadas. Una vez de regreso en *Pauxoto*, Alfinger planeó la renombrada expedición de Iñigo de Vasuña:

Otro día por la mañana vinimos a paxvot y allí concertó el gobernador de enviar a un capitán de su guardia para que volviese a Coro y Maracaibo por más gente el cual le dió veinte y cuatro hombres para que volviesen con él y le dió el oro que teníamos ganado y envió con él por recado a un hermano de Pedro de San Martín factor y veedor de Su Majestad para que juntamente con él llevase a cargo el dicho oro.

Se partió el dicho Vascunia el día de los reyes y el gobernador envió con él a Casamiro con seis caballos y le mandó que le acompañase hasta salir de los *pacabueyes* y llegar al pie de la sierra que era a tres jornadas de allí y así le acompañó las dichas tres jornadas y se partió dél y sus compañeros de los cuales nunca más supimos hasta que adelante diremos de un compañero que hallamos entre los indios.

Según Schumacher, el regreso a *Pauxoto* fue en vísperas del Año Nuevo de 1531.²¹⁴ Desde allí, el 6 de enero del año siguiente se envió el grupo de Vasuña y veinticuatro hombres, cargados con 24.000 castellanos de oro.²¹⁵ Si bien este estudio no profundiza en los detalles del viaje, las crónicas²¹⁶ y el testimonio del sobreviviente Francisco Martín²¹⁷ ofrecen una versión clara: al intentar cruzar la serranía del Perijá por un paso desconocido, el grupo se extravió, fue atacado por indígenas, padeció graves penurias y se llegó incluso al canibalismo. Los pocos sobrevivientes enterraron el oro con la intención de volver por él, pero solo uno sobrevivió, y nunca pudo recordar el lugar exacto, por lo que el tesoro se perdió para siempre.

Y así, mientras Vasuña y sus hombres se perdían en el Perijá, Alfinger decidió continuar su exploración hacia la capital de los *pacabueyes*:

Y como Casamiro volvió de acompañar al dicho Vascunia luego el gobernador se partió con todos nosotros y fué a un pueblo que está a ocho leguas del dicho *pavxoto* que se dice tomara también de *pacabueyes* y en el camino pasó por otros cuatro pueblos hablándoles y amonestándoles lo susodicho. Este pueblo de tamara es muy grande, tiene más de mil bohíos, los indios nos esperaron fuera del pueblo y nos venían algunos a hablar, no fiándose mucho de nosotros y por cosas que les dijimos por mandado del gobernador nunca quisieron venir al pueblo hasta que el gobernador mandó que los rancheásemos porque estaban cerca de allí entre unas lagunas y ríos aposentados en muchas partes y dando muchas veces en ellos y prendiéndoles algunos determinaron (f^o 3) de venirse al pueblo y dieron al gobernador algún oro aunque no fué mucho porque todo lo tenían soterrado y escondido sabiendo que nosotros estábamos bien con ello, este pueblo de tamara está junto a un río que arriba dijimos se dice xiriri y luego allí entra en una laguna grande que tiene de ancho cuatro o cinco leguas, la cual laguna falta muy poco que no con el pueblo con el

²¹⁴ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 72.

²¹⁵ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 197. A la fecha, eso representaría alrededor de 110.4 kilos, con un valor de 7.7 millones de dólares actuales..

²¹⁶ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, libro XXV, cap. VI, 287.

²¹⁷ Francisco Martín, testimonio, 28 de julio de 1533, en *Francisco Martín: el caníbal*, 473.

río.

El pueblo es el mejor que hemos visto en toda la tierra y está en alto y muy auroso y alrededor tiene muchas sabanas y muy poco monte, por el pueblo hay unos árboles altos a manera de robles muy hermosos que los crían los indios a mano y hay también muchas naranjas, no son tan perfectas como las de España pero suplen por ellas y tienen muy lindo agro. También hay muchas guayvas y mucho pescado y mucha caza de venados y perdices e yguanás. Los indios de este pueblo de tamara labran todos oro y tienen sus fundiciones y aunque sus martillos y romanas con que pesan el oro, los martillos son de una piedra o metal negro de manera de esmeril y los martillos son como huevos o más pequeños y los ayunques a manera de quesos medianos y las romanas son de un hueso a manera de marfil y de un palo negro y tienen sus muescas como nuestras romanas. Pésanse en ellas de medio castellano hasta cincuenta.

Hay alrededor de este pueblo de tamara otros muchos pueblos a una legua y a dos leguas y tres y a cuatro, pero no son tan grandes como él, estuvo el gobernador en este dicho pueblo de obra de dos meses y medio que nunca un hombre estuvo en él el más antes. Hallamos que era un pueblo muy sano y la señal verdadera de ello era que había muchos muchachos.

De esta forma, la avanzada llegó a uno de los pueblos principales al que Esteban Martín llama *Tamara* y que, de acuerdo a la investigación, fungía como asiento principal del cacique *Tamalameque*, principal de los *pacabueyes*. Este poblado, que algunos identifican con la actual población de Tamalameque, estaba ubicado en el actual corregimiento de Saloa, en la margen oriental de la laguna de Zapatosa, de acuerdo a esta propuesta. Los detalles del análisis hecho para llegar a dicha conclusión se omiten en este trabajo por cuestión de espacio, pero se espera que puedan ser publicados próximamente.²¹⁸

Por lo pronto se puede indicar que *Tamara*, aparte de ser un importante centro político, era un importante centro orfebre y centro de distribución de piezas de oro para los indígenas de la serranía del Perijá y la Guajira, así como probablemente para una buena cantidad de grupos del medio y bajo Magdalena.²¹⁹ Todo esto, a pesar de que no están asociados —según la evidencia

²¹⁸ Entre los argumentos se cuenta la coincidencia de factores geográficos, ecológicos y arqueológicos con los elementos descritos en el relato de Esteban Martín.

²¹⁹ Langebaek, *Noticias de caciques muy mayores*, 152.

disponible— con yacimientos auríferos propios. Es posible que su obtención tenga que ver con la cercanía con el territorio *zenú*, especialmente las cuencas de los ríos Nechí, Cauca y San Jorge, donde existían importantes yacimientos que aún hoy siguen siendo explotados.

En este punto del relato, Esteban Martín omite los acontecimientos ocurridos durante los dos meses y medio en que la hueste permaneció asentada en la región,²²⁰ entre ellos la captura del cacique Tamalameque y la retención de indígenas con el fin de exigir rescates en oro. Por su parte, fray Pedro de Aguado²²¹ y Juan de Castellanos²²² sí narraron estos hechos con mayor detalle, apoyados en otras fuentes, además de los testimonios recogidos en el juicio de residencia contra Alfinger.²²³

2.5 Los Cindahuas, guardianes dorados del Río Grande

Luego de los sucesos en *Tamara*, decidió Alfinger continuar su travesía rumbo al sur, encontrando otra etnia diferente a los *pacabueyes*:

Y fué a dormir a un pueblo que se dice *cinpachay* que es de indios *cindahuas* en el cual no había indio ninguno; este pueblo cinpachay está en la vera de un río muy grande y de la otra banda de él había muchos pueblos y los indios de este dicho pueblo estaban ahí todos recogidos y luego mandó el gobernador a dos indios de tamara que tenía consigo, que entrasen en una canoa pequeña que allí estaba (f° 3 v.) y fuesen hablar a los indios y les dijese que le viniesen a ver y fuesen nuestros amigos, donde no, que él pasaría allá y les daría guerra, pero nuestro paso era excusado de hablar en él, porque el río tiene de ancho un cuarto de legua y corre como un viento que a duras penas una canoa puede pasar con la gran corriente que tienen; los indios fueron de la otra banda del río y otro día por la mañana vinieron cuatro canoas pequeñas y en ellas nueve o diez indios y presentaron al gobernador obra de dos libras de oro y todo lo más fino.

²²⁰ Entre el 12 de enero y el 2 de abril de 1532.

²²¹ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. VI y VII, 59-68.

²²² Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto III, 203-204.

²²³ "Testimonio de Gregorio de Alcocer", en *Juicio de residencia de 1538*, 107-108.

Sin duda alguna se está ante la llegada de la expedición a la orilla del río Magdalena, donde estaba ubicado el pueblo de *Cinpachay*, que de acuerdo a la investigación estaba el asentamiento de la actual ciudad de Tamalameque. Este pueblo, ubicado a orillas del río, pertenecía a otra “generación” indígena que habitaba en ambas riberas del río: la de los *cindahuas*, también mencionados en las fuentes como *condahuas*, *cendahuas* o *cendaguas*. En otros registros, se les conoce también por el apelativo de *alcoholados*,²²⁴ un sobrenombre colonial relacionado con su aparente propensión a la embriaguez.²²⁵

De los *cindahuas*, lo más representativo era su aparente riqueza, ya que trataban oro de “lo más fino”, un aspecto crucial para la expedición. En este caso, esa valoración probablemente tuvo un fundamento técnico, ya que la hueste contaba con mineros alemanes enviados por los Welser. Este oro de alta calidad pudiese tener explicación en la distribución territorial de esta etnia, la cual no solo se hallaba en la ribera oriental del Magdalena, sino también en la occidental, incluso río abajo por ambos brazos del río, tanto por el de Loba como por el de Mompox.²²⁶ Aunque la denominación *cindahua* desapareció tempranamente, esta investigación propone que tras la conquista empezaron a ser llamados como “malibúes del río”, principalmente por los habitantes de Tamalameque y Tenerife.²²⁷ Esta extensión del territorio implica su vecindad y posible acceso

²²⁴ Según Pedro Simón se les decía así “porque traían los ojos teñidos con agua”. Simón, *Noticias Historiales*, tomo I, parte I, noticia II, cap. IV, 40.

²²⁵ Sobre dicha costumbre véase: Antonio Rodríguez de Medina et al., *Relación geográfica de San Miguel de las Palmas de Tamalameque. Gobernación de Santa Marta, Audiencia de Nueva Granada, Virreinato del Perú (hoy República de Colombia)*, 1579, en *Relaciones Geográficas de Indias: La Hispano-América del siglo XVI*, ed. Germán Latorre (Sevilla: Tip. Zarzuela, Álvarez Quintero, 1919), 16.

²²⁶ Orlando Fals Borda, *Resistencia en el San Jorge*, 2ª ed. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; El Áncora Editores, 2002), 38A. <https://sentipensante.red/letras/historia-doble-de-la-costa-tomo-3/>

²²⁷ Esta etnia habría ocupado un sector específico entre La Gloria (Cesar) y la Depresión Momposina, y junto con los *pacabueyes*, los *mocaná* y los *malibúes* propiamente dichos, habría sido posteriormente incorporada dentro del gran grupo generalizado como *malibú* a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Entre los elementos que llevaron a esta hipótesis están el tipo de tatuajes rituales, la vestimenta, las costumbres y las diferencias tanto de lengua como de territorio entre ellos y las otras parcialidades denominadas malibúes. Véase Rodríguez de Medina et al., *Relación geográfica de Tamalameque*, 17-23; Bartolomé Briones de Pedraza, *Relación de Tenerife II* (1580), en *Relaciones geográficas de la Nueva Granada (siglos XVI a XIX)*, ed. Víctor M. Patiño, *Cespedesía*, suplemento no. 4, nos. 45–46 (Cali: Imprenta Departamental, 1983), 167. <https://biblioteca.inciva.gov.co/registros-bibliotecarios/cespedesia-sup--no-4-nos--45-46-ene-jun-1983->

tanto a los antiguos yacimientos del *Zenufana* —cercanos al río Nechí—²²⁸ como a la región minera de la actual serranía de San Lucas.²²⁹

Por otra parte, el hallazgo del río Magdalena representó una decepción para Alfinger. Aunque su prioridad era la búsqueda de oro, mantenía la esperanza de hallar un paso al mar del Sur, expectativa que se desvaneció al comprobar que el gran caudal del río fluía hacia el norte, indicando la presencia de montañas al sur o una distancia demasiado extensa hasta el océano.²³⁰ Así, la única manera de saber qué había hacia el sur era a través de la información proporcionada por los propios *cindahuas*:

El gobernador les mandó hablar por nosotros las lenguas y con un cacique de tamara que llevaba consigo y les preguntamos que pueblos había de allí para adelante la vía del sur y ellos nos dijeron que tres leguas de allí el río abajo²³¹ por unas sabanas adelante estaba un pueblo que se decía camiti y habíamos de pasar para ir a él un estero que nos daría el agua hasta los sobacos, el cual pueblo decían que era mucho mayor que no el de tamara y decían que nos daría en él mucho oro y que de la otra banda del río en par en con este dicho pueblo estaba otro pueblo que se dice coyandín el cual es nombrado en más de cien leguas y que este coyandín era muy grande y tiene tres jornadas de andadura y era de esta manera saliendo de un barrio y entrando en otro todos a vista unos de otros, y más adelante la vía del sur había muy grandes poblaciones todos de condahuas y era tierra de muy grandes sabanas y muchos arroyos de los cuales decían que sacaban el oro.

Esto [el oro] tuvimos por nueva muy cierta y así era público entre todos los indios, pero por causa del río no lo pudimos ver. Decíannos de cayandín que tenían los indios tanto oro, que si allá fuésemos no tendríamos en que traerlo. Estos indios *cindahuas* son muy ricos a lo que vimos y oímos y muchos de grandes pueblos y muy cerca unos de otros, su generación, no nos supieron decir adónde fenece.

Su traje es no cubrir sus vergüenzas los hombres, las mujeres traen unos mandilejos de tela de algodón y el estómago, detrás descubierto y cuando los banbanea el viento, parécenseles todo. Tienen la cara negra. Todas las otras partes de ellos hecho a mano y fijo, que no se quita porque lo pintan sacándole sangre, son algunos de ellos arbolarios y esforzados en el agua y por la tierra a pie son muy cobardes. La tierra de estos conduahas es llana y de muchas sabanas, de verano están enjutas y andanse todas por tierra, y de invierno crece el

²²⁸ Ana María Falchetti, “El ocaso del Gran Zenú,” en *Cartagena de Indias en el siglo XVI*, eds. Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca (Cartagena: Banco de la República, 2020), 83.

²²⁹ Miguel Andrés Figueroa Chillito, *Oro del Sur de Bolívar: Consideraciones metalogenéticas y optimización del beneficio mineral* (tesis de pregrado, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias, Departamento de Geociencias, 2019), 6–13.

²³⁰ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 74.

²³¹ Es posible que hubiese un error de interpretación por parte de los indios o de escritura por parte de Martín al escribir “río abajo”, ya que se asume que, por la pregunta y la dirección de la ruta, se estaba preguntando por el sur, es decir, aguas arriba.

río tanto que derrama por todas las sabanas, de mano que andan los indios en canoas dos o tres leguas por las sabanas adentro pescando y harponando peces, salen de este río muchas lagunas, a dos y a tres leguas la tierra adentro están pobladas por donde hay (f° 4) tierra algo alta y este río grande se llama por nombre yuma, es el más poblado de gente que yo he visto hasta hoy.

Así, lo referido por los locales, a través de un intérprete, parecía ser justo lo que Alfinger esperaba encontrar: grandes riquezas en los pueblos de *Camiti*²³² y *Coyandin*, que no parecían estar muy distantes, pero estaban resguardados por las imponentes ciénagas y el mismo río, lo que hacía necesario el uso de canoas para acceder a ellos.²³³ Sin embargo, tales noticias nunca se verificaron, ya que la expedición no llegó hasta esos lugares y, en los años posteriores, no se volvió a tener noticia alguna sobre ellos, ni siquiera por parte de los múltiples navíos que comenzaron a navegar por el Magdalena. No es posible establecer si aquellos poblados eran reales o si fueron una invención de los *cindahuas*, quizás como estrategia para asegurar la salida de los soldados o para hacer que estos subiesen a las canoas, donde pudiesen convertirse en blanco fácil de los guerreros indígenas.

Toda esta presentación de los indios *cindahuas* tuvo lugar a orillas del río Magdalena, a principios de abril de 1532, según la cronología reconstruida. Para ese momento, ya había comenzado la primera temporada de lluvias del año, lo que provocaba el rebose de las ciénagas y el anegamiento de los caminos. A pesar de que el deseo de los expedicionarios era avanzar hacia los míticos pueblos del sur, la situación climática y logística llevó a Alfinger a tomar una decisión distinta. Contra la voluntad de muchos de sus hombres, resolvió regresar a *Cinpachay*. Así

²³² Fernández de Oviedo lo llama *Cumiti* y quizá por ello algunos autores, como Juan Friede, han propuesto que el pueblo de Camiti correspondería a la actual región de Simití. Sin embargo, esta identificación no parece posible, ya que Simití se encuentra en la banda occidental del río Magdalena y a más de 22 leguas río arriba del punto donde Esteban Martín ubica a Camiti, lo que supera ampliamente la distancia señalada en el relato. Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 203.

²³³ Sus ubicaciones posibles debieron haber sido tres leguas río arriba, actual sitio de Puerto San Bernardino en la banda oriental y el corregimiento San Antonio en la banda occidental.

continúa el relato:

Después que hubimos hablado a estos indios *cindahuas* viendo que no podíamos pasar adelante el gobernador se volvió de este dicho pueblo de conpachay y estuvo dos jornadas hasta un pueblo de *cindahuas* que se dice cincilloa y halló algunos en el pueblo, pero solamente sus personas y no otra cosa ninguna.

Y después que los hablamos presentaron algún oro, durmió el gobernador allí una noche, al otro día por la mañana caminamos y en otras dos jornadas llegamos a un pueblo de pacabueyes que se dice cenmoa hallamos los indios de paz como los habíamos dejado de antes.

Y luego otro día el gobernador pasó adelante a un pueblo que se dice ijara que está a dos leguas de este susodicho, de este pueblo de ijara a paxvot ni dos leguas, este pueblo de paxvoto es donde el gobernador había enviado a Vasconia.

Este fragmento permite entender por qué Alfinger detuvo su avance hacia el sur. El cruce del Magdalena era difícil y las ciénagas, desbordadas por las lluvias, bloqueaban el paso hacia los pueblos prometidos. Además, tras tres meses sin noticias de Íñigo de Vascuña ni de los refuerzos, era necesario averiguar su paradero. Según Esteban Martín, “se volvió”, lo que indica que Alfinger cambió el rumbo hacia el norte, mas no por la misma ruta, sino por una más oriental, posiblemente para seguir explorando y buscar oro en pueblos no contactados.

Por esa ruta llegaron al pueblo de *Cincilloa*, aún perteneciente a los *cindahuas*, lo que indica que esta etnia también estaba asentada en tierra firme hacia el norte, en la periferia del territorio *pacabuey*. Más adelante alcanzaron *Cenmoa*, un pueblo *pacabuey* por donde ya habían pasado en su trayecto hacia el sur y que, según los cálculos de esta investigación, correspondería a la actual ubicación de Chiriguaná. Sobre lo ocurrido allí, se documentaron nuevamente testimonios de maltratos a los indígenas, en particular al cacique local, quien se había mostrado pacífico y hospitalario.²³⁴

²³⁴ “Testimonio de Gregorio de Alcocer”, en Juicio de residencia de 1538, 108; “Testimonio de Salvador Martín”, en Juicio de residencia de 1538, 168.

Finalmente, el 20 de abril, arribaron al pueblo de *Ijara*, vecino de *Pauxoto*, desde donde se había enviado la misión de Íñigo de Vasuña hacia Coro. Alfinger decidió establecerse allí para pasar la temporada invernal. También en este lugar se reportaron posteriormente actos de crueldad contra los nativos, especialmente su retención para exigir rescates en oro, práctica que no siempre resultaba exitosa, y que en algunos casos terminó con la muerte por hambre de los cautivos.²³⁵ Una vez en *Ijara*, nos cuenta Esteban Martín que se tomaron decisiones importantes:

Y como fue llegado a yjara, hizo luego enviar a saber si había nuevas del dicho Vasconia y de los que con el habían ido, pensando que ya sería de vuelta porque él les había dado plazo de tres meses y pasábase ya el tiempo, y estuvimos en este pueblo de ijara obra de dos meses y viendo el gobernador que no venía Vasconia tenía alguna sospecha de su tardanza, acordó de enviar veinte hombres a Coro y a Maracaibo para que supiesen de ellos y envió a Esteban Martín intérprete por capitán de ellos y dióle sus poderes como él los tenía para que pudiese pedir gente en Coro y en Maracaibo y todas las cosas necesarias a la guerra y mandó al dicho Esteban Martín que trajese clavos de todas marcas para hacer algunos barcos y cosas de medicinas para hacer ungüentos para curar los enfermos y le dió una carta para las justicias y regimiento de los dichos pueblos en que mandaba que como sus mandamientos viesen, enviasen toda la gente que Esteban Martín les pidiese a mando, que la gente llevase todas las cosas que habían menester porque había de dexar pueblo hecho en la tierra de los dichos *cindahuas* y *pacabueyes* y mandó que fuesen carpinteros para hacer los dichos barcos.

El fragmento permite destacar que, al llegar a *Ijara*, Alfinger comprendió que la misión de Íñigo de Vasuña no había regresado, por lo que envió a Esteban Martín en su búsqueda. Además, ordenó reunir un nuevo contingente desde Coro y Maracaibo, lo que indica que la hueste ya había sufrido importantes bajas, probablemente por enfermedades derivadas del ambiente hostil del valle. También se dispuso el envío de carpinteros y herramientas para construir embarcaciones, confirmando la intención de continuar hacia *Camiti*, *Coyandin* y los pueblos *cindahuas* situados

²³⁵ "Testimonio de Pedro de San Martín", *Juicio de residencia de 1538*, 102.

al otro lado del río Yuma. Luego, A continuación, Martín relató su partida:

Esteban Martín se partió el día de San Juan del año de mil quinientos treinta y dos años y atravesamos por los pacabueyes y mandó que fuese (sic) y chiriguanas cobuguro por el mismo camino que había ido el gobernador y muy cerca de él; por donde hallábamos indios de paz, decíamosles que el gobernador venía cerca y esto decíamos por asegurar nuestro partido porque no nos acometiesen y por donde era de guerra colábamos de día y de noche lo más presto que podíamos y tardamos hasta el pueblo de Maracaibo treinta y cuatro días sin lesión de ninguno de nosotros.

Esteban Martín partió el 24 de junio de 1532 con veinte hombres, siguiendo el paso prehispánico de El Molino–La Villa, sin abrir nuevas rutas, y llegó a Maracaibo en 34 días. Allí no halló al alcalde Venegas ni noticias de la expedición de Vascaña, por lo que, enfermo, optó por permanecer allí y recobrar fuerzas, y envió una carta a Coro con las instrucciones de Alfinger para reunir refuerzos y pertrechos. Durante su estancia enfrentó una sublevación de los *onotos*, en la que fue herido con cinco flechazos. El 4 de septiembre, aún convaleciente, emprendió el regreso con 82 hombres hacia el campamento del gobernador en *Ijara*, al que arribaron entre el 22 y el 25 del mismo mes, sin novedades sobre el paradero de Íñigo de Vascaña.

Mientras Esteban Martín cumplía su misión, los sucesos en territorio *pacabuey* fueron narrados por Fernández de Oviedo, posiblemente a partir del testimonio de otro miembro de la hueste.²³⁶ Según Haebler, tras la partida de Martín, el ánimo decaía: se daba por perdido a Vascaña y al tesoro reunido, lo que generó críticas a Alfinger. Este, afectado también por la situación, perdió su energía inicial y permaneció inactivo en *Ijara* por las inundaciones hasta que, en septiembre, pudo reanudar la exploración hacia la orilla de la laguna de Zapatosa.²³⁷

Según Fernández de Oviedo, Alfinger partió de *Ijara* el 9 de septiembre de 1532 hacia tres

²³⁶ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. III, 276-278.

²³⁷ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 206-207.

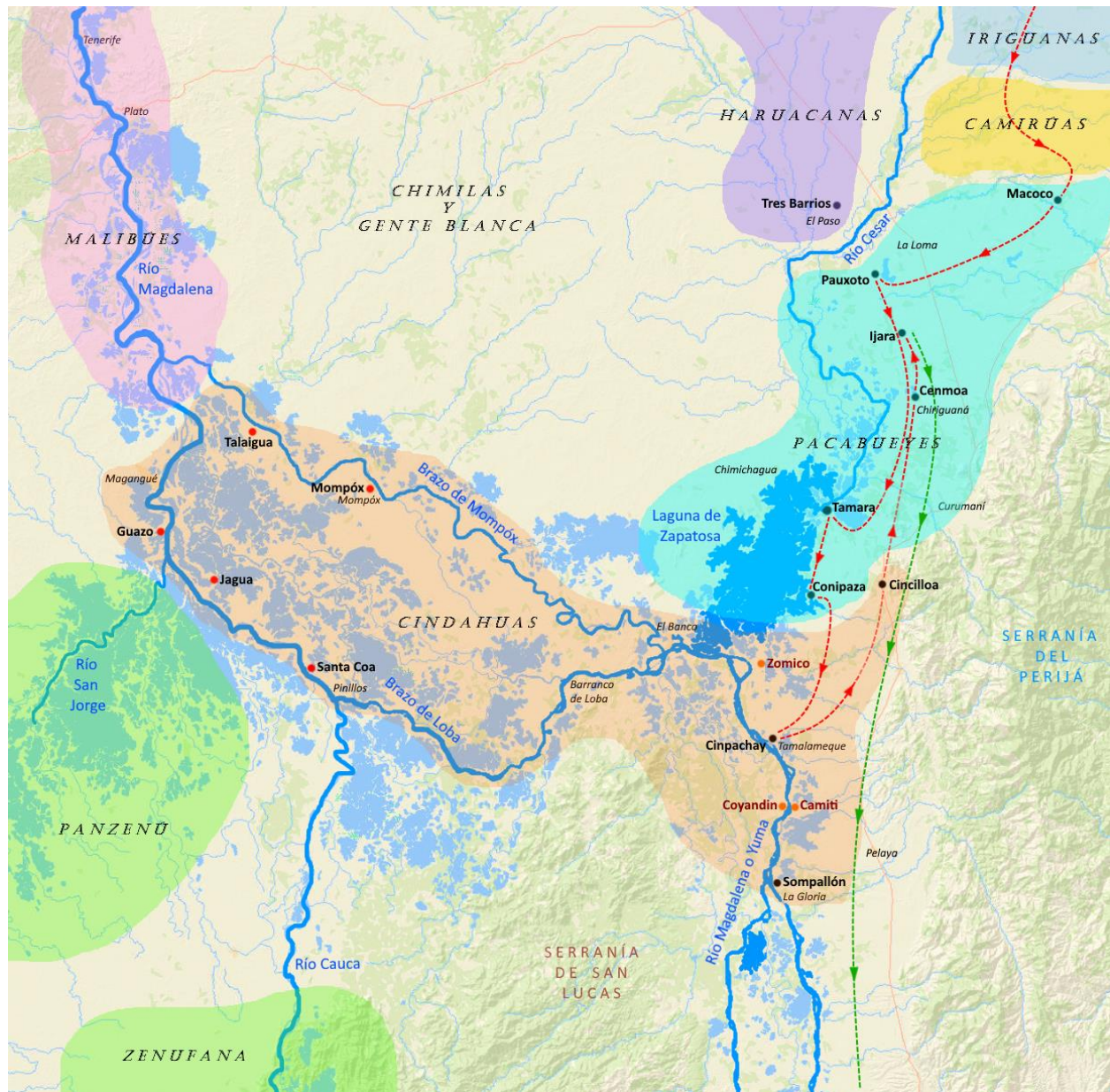
pueblos *cindahuas*, estableciéndose en *Zomico* desde el 17 de septiembre hasta el 5 de octubre. Este pueblo de *Zomico*, junto con *Potome* y *Zilano*, debió encontrarse, según esta investigación, en la zona suroriental de la laguna, en medio de las isletas formadas por la abundancia de ciénagas entre dicho cuerpo de agua y el río Magdalena. Con todo, dado que los terrenos lacustres y cenagosos tienden a modificarse con el tiempo, resulta imposible señalar con exactitud una ubicación.

Allí se halló un centro ceremonial con un féretro rodeado de oro, y los nativos volvieron a mencionar riquezas al otro lado del río Yuma. Este hallazgo, sumado a otros recientes de carácter orfebre y arqueológico plantea un vínculo importante de los *cindahuas* con sus vecinos *zenúes* al otro lado del río.²³⁸ De tal forma que las noticias sobre riquezas y pueblos interminables, escuchadas en las orillas del Magdalena y en *Zomico*, pudieron no haber sido necesariamente un engaño, sino referencias genuinas al territorio *zenú*. Para los *cindahuas*, que dominaban ambas riberas del Magdalena hasta su confluencia, el sur correspondía a zonas ancestrales que posiblemente identificaban como propias. Alfinger, en cambio, interpretó el sur como una dirección lineal aguas arriba, lo que lo llevó a una búsqueda infructuosa. Tras esta aclaración, el relato prosigue en *Zomico*, donde Alfinger esperaba los refuerzos desde Coro, los cuales llegaron a finales de septiembre. Luego de reunirse todo el grupo con los nuevos refuerzos, decidieron intentar nuevamente pasar a *Cumití*, tal como lo indica Martín:

Pudimos [caminar] hasta llegar a donde estaba el gobernador; hallámosle en tierra de los *cindahuas* en un pueblo que se dice *zomizaca*, y luego como fuimos llegados el gobernador quiso acometer y acometió a pasar el río, pero no pudo llegar a *cumiti* que estaba de la misma banda que nosotros por amor de muchas lagunas y esteros que había en el camino.

²³⁸ Esta conexión ha sido estudiada por esta investigación, sin embargo, al no ser el eje central de la presentación, se mencionará con profundidad en una próxima publicación.

Figura 13. Territorios étnicos, poblados y ruta de Ambrosio Alfinger en la zona del valle de los ríos Magdalena y Cesar en 1533.



Nota. Mapa que representa el recorrido principal de la hueste de Ambrosio Alfinger en su expedición al "Valle de los Pacabueyes", así como los territorios propuestos para las etnias encontradas y los pueblos mencionados. La ruta principal es la línea intermitente roja. La ruta de salida hacia el sur desde territorio *pacabuey* es la línea intermitente verde. Los puntos negros marcan las ubicaciones propuestas de los pueblos mencionados y visitados durante la expedición. Los puntos naranjas marcan los pueblos referidos con ubicación aproximada pero incierta. Los puntos rojos comprenden los pueblos mencionados como "sondaguas" por Fals Borda, que extenderían el territorio de la etnia hacia el occidente y los haría limítrofes con el territorio zenú.

2.6 La vuelta a la realidad: la elección forzada del retorno

Para ese momento, el principal objetivo de Alfinger era alcanzar los pueblos de *Camiti* y *Coyandin*, y su interés aumentó tras ver las riquezas de *Zomico* y recibir nuevas noticias sobre pueblos opulentos más al sur, al otro lado del Yuma. Al parecer, intentó construir embarcaciones con las herramientas enviadas desde Coro, aunque no logró siquiera armar una canoa. Es posible que sospechara una emboscada al navegar el río, dada la fama de los indígenas como hábiles remeros. No obstante, Schumacher plantea que la causa del desistimiento era que simplemente no había tiempo.

Martín trajo tres noticias clave: la falta de información sobre Vasuña, lo que confirmaba su probable pérdida; el caos en Maracaibo, con rebeliones, falta de víveres y la ausencia de Vanegas; y, finalmente, la amenaza de García de Lerma, quien ya habría tenido noticia de la expedición y preparaba una hueste para avanzar hacia la provincia de los *pacabueyes*. En efecto, habían transcurrido ya nueve meses desde que Alfinger entró al valle de Upar, una región cercana a los territorios bajo influencia de Santa Marta. No resulta improbable, entonces, que Lerma hubiese tenido noticia de lo que interpretaba como una intrusión en su jurisdicción. Según Schumacher: “Martín había escuchado que la gente de Santa Marta seguía la huella; la gente de Lerma estaba ya en marcha”.²³⁹

Según la *Relación Anónima de Santa Marta*, García de Lerma envió al capitán Villalobos al valle de Upar, donde solo encontró pueblos arrasados e indígenas debilitados. En Tamalameque, algunos nativos mencionaron que los hombres de Alfinger habían dejado oro, pero Villalobos no halló más que rastros recientes de su hueste.²⁴⁰ Así, ambas expediciones estuvieron cerca de

²³⁹ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 77.

²⁴⁰ “Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta,” 102.

cruzarse con apenas un mes de diferencia, lo que Alfínger probablemente quiso evitar, razón por la cual no gastó tiempo en construir embarcaciones ni cruzar el Yuma.

Finalmente, Esteban Martín, antes de salir de la tierra de *pacabueyes* y *cindahuas*, hace un recuento descriptivo sobre las bondades de estas provincias, así como de las oportunidades que se abrían para la Corona:

Hay desde esta tierra de los cindahuas a la ciudad de Coro ciento cuarenta leguas y al cabo de la vela setenta,²⁴¹ y desde el cabo de la vela a los cindahuas se corre norte sur es toda tierra muy llana que lo pueden andar todo carretas y tierra muy abastecida de comida donde es maíz y yuca y batatas y ahuyamas y de mucha caza de venados y aves y mucho pescado, y todos los indios que viven en este valle y cindahuas y río de yuma tratan mucho oro como arriba dije y es tierra y gente que se sacará mucho provecho de ella y es toda la mayoría doméstica y se puede repartir desde hoy en adelante; este río de yuma nace al sur cargándose sobre la banda del suroeste²⁴² y juntamente en la tierra de los (f° 5) cindahuas tres ríos muy grandes, los dos de ellos van poblados de los dichos cindahuas y el otro de otros indios que se llaman pemeos, este río de pemeos viene hacia donde sale el sol del cual río adelante diremos cómo el gobernador vio que no podía pasar con las muchas aguas.

Un aspecto importante de este pasaje es la conciencia espacial que demuestra Esteban Martín respecto al río Magdalena, al señalar que este viene desde el sur con una leve inclinación hacia el “sueste”, algo que se puede observar en los mapas actuales para ese segmento, sobre todo entre Gamarra y Tamalameque. Esta afirmación contrasta con lo expuesto por Juan Friede respecto del imaginario geográfico de la época. Según su postulado, en Venezuela creían que la cordillera hoy conocida como Serranía del Perijá torcía hacia el oriente y que, por tanto, en la hueste de Alfínger también se creía que el río Magdalena hacía ese giro.²⁴³

²⁴¹ Las mediciones de Esteban Martín fueron bastante cercanas a la realidad. Según los cálculos sobre el mapa, la distancia entre Coro y el pueblo cindahua de Cinpachay —siguiendo la ruta propuesta a través de la Sierra de Perijá— es de aproximadamente 132 leguas, lo que concuerda con lo estimado por el relator. En cambio, la estimación hacia el Cabo de la Vela resultó algo corta, pues la distancia real es de 89 leguas.

²⁴² Las transcripciones de Nectario María y de Oviedo dicen “sueste”.

²⁴³ Según Friede, esta misma noción del giro al oriente explicaría la pretensión de Los Welser sobre el Nuevo Reino, posterior a la llegada de Federmann, ya que éste estaría exactamente al sur del lago de Maracaibo. Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 107-110 y Lámina IX.

Su argumento se basa, entre otras fuentes, en un mapa publicado por Fernández de Oviedo junto a su crónica, donde se representa dicha disposición.²⁴⁴ Aún así, a pesar del imaginario colectivo, sobre el terreno es evidente que tanto Esteban Martín como Alfinger tenían una noción más precisa de su ubicación y de la orientación de los ríos. Por ejemplo, respecto del “río de los Pemeos”, Martín afirma que viene desde el oriente, en concordancia con la geografía real. En ese sentido, la afirmación de Friede según la cual Alfinger giró al oriente aun buscando *Camiti* — pensando que así haría un atajo para salir nuevamente al Magdalena— resulta poco verosímil, ya que ignora la correcta noción espacial que el maestro de campo ya había demostrado tener sobre la región.²⁴⁵

Los tres ríos mencionados por Martín son difíciles de identificar, ya que en temporada de lluvias cualquier afluente del Magdalena puede parecer caudaloso. Además, los ríos que bajan de la serranía del Perijá suelen perder velocidad y formar ciénagas al llegar a las planicies. Por ello, el primer gran río en sentido norte-sur es el Lebrija o río de Oro, al que se hará referencia más adelante. Por lo pronto, se puede apreciar en el relato de Martín el punto de toma de decisión de Alfinger respecto a emprender el regreso a Coro:

Acordó dar la vuelta por proveer y remediar los pueblos y cristianos que había dejado en ellos. Yo había dicho la necesidad que tenía de remediarlos, y luego se partió atravesando por los pueblos de los pacabueyes la vía del sudeste, arrimándose hacia el dicho río por probar todavía si hallaría paso porque tenía propósito de volver a la tierra para entrar más la tierra adentro y saber cierto las buenas nuevas que teníamos.

Este tramo ha generado controversias entre los historiadores, ya que su interpretación

²⁴⁴ El mapa de Oviedo y su análisis pueden consultarse en Rudolph Schuller, “The Date of Oviedo’s Map of the Maracaibo Region,” *Geographical Review* 3, núm. 4 (abril de 1917): 294–302. <https://www.jstor.org/stable/207430>. Siguiendo a Schuller, esta investigación considera que el mapa fue trazado con base en descripciones orales poco precisas o en una interpretación errónea de un texto escrito, bajo la idea de que la cordillera giraba hacia el oriente. Esta suposición se refleja, entre otros aspectos, en la inclusión de *Camiti* y *Coyandin* (transcritos como *Cumiti* y *Zuandi*) como puntos reales, a pesar de que nunca fueron descubiertos por la hueste. (Fernández de Oviedo, *Historia general*, 2, libro XXV, cap. VIII, 296).

²⁴⁵ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 205.

afecta la reconstrucción del trayecto posterior. Esteban Martín ubica a la hueste cerca del Magdalena, entre *Zomico* y *Cinpachay*, intentando llegar a *Camiti*, a tres leguas al sur. Sin embargo, el relato indica que partieron “por los pueblos de los pacabueyes la vía del sudeste”, lo que sugiere un punto de partida más al norte, quizá desde *Pauxoto* o *Ijara*. Es posible que, tras la llegada de los refuerzos con Esteban Martín, y al no hallar al gobernador en *Ijara*, parte del grupo se desplazara hacia *Zomico*, y luego, tras fallar en cruzar el río, regresaran todos a *Ijara* para iniciar juntos el retorno hacia el sudeste. En todo caso, lo que resulta indiscutible es que el rumbo fue efectivamente hacia el sur, en busca de un nuevo paso hacia la ribera occidental del Magdalena, de manera que quedara establecido y, más tarde, regresar una vez se hubiese restaurado el orden en Venezuela.

Fue en ese contexto cuando Alfinger decidió dar por terminada la expedición y regresar a su gobernación. Las palabras de Esteban Martín sobre “los pueblos y cristianos que había dejado en ellos” aluden claramente a Maracaibo y Coro, desde donde él mismo había traído malas noticias. No está claro si Alfinger aún pensaba fundar un asentamiento entre los *pacabueyes* y *cindahuas* o si ya consideraba que el conflicto de jurisdicción con Santa Marta no justificaba continuar. Con el valle ya explotado, la atención se desplazó a la ribera occidental del Yuma, donde se esperaban riquezas *cindahuas*, pero las ciénagas, la falta de tiempo y el riesgo de perder el control en Venezuela lo hicieron desistir.

En ese momento, Alfinger debió escoger la ruta de regreso. Es posible que, considerando el fracaso de Vasuña y el sentido de orientación de Esteban Martín, comprendiese que los dos grandes valles —el del lago de Maracaibo al este y el que recorría al oeste— estaban separados por la misma cordillera, y que bastaría con cruzarla al oriente para alcanzar la parte sur del lago.

Esa posibilidad no resultaba descabellada. Conservaba en su memoria lo dicho por los

indios de *Xuruara* sobre otra gran laguna inexplorada al sur de Maracaibo, donde tal vez se hallaría el otro mar. Al dirigirse en dirección sur, Alfinger lograba tres propósitos: evitaba el regreso por el norte y un posible choque con Santa Marta; intentaba hallar un paso al occidente del Yuma; y, si esto último no se lograba, al menos al cruzar la cordillera, llegaría al sur del lago, donde podría verificar si allí se ocultaba el ansiado estrecho. Lo que ignoraba entonces era que la serranía del Perijá se volvía más ancha y agreste hacia el sur. El paso que había cruzado antes, en la sierra de los *Buredes*, medía unos 60 kilómetros de ancho, pero más adelante, hacia el sur, la cordillera se expandía hasta los 120, con páramos, valles y tierras difíciles. Es probable que Alfinger supusiese erróneamente que otro cruce sería igual de accesible al primero.

Surge entonces una pregunta clave: ¿por qué no cruzó a la altura de Tamalameque? Quizá no lo vio viable, ya que Vasuña no lo había logrado. Sin embargo, esta investigación plantea otro motivo: su interés por conocer el origen de las mantas, bonetes de algodón y el oro que llevaban los comerciantes *coanabos* del norte del valle, que presentaban diferencias frente a los objetos trabajados por *pacabueyes* y *cindahuas*. Esteban Martín ya lo había señalado: “según vimos y supimos, es gente de verdad”. Aunque esa expresión no vuelve a aparecer en su testimonio, eso no implica que la hubiese olvidado.

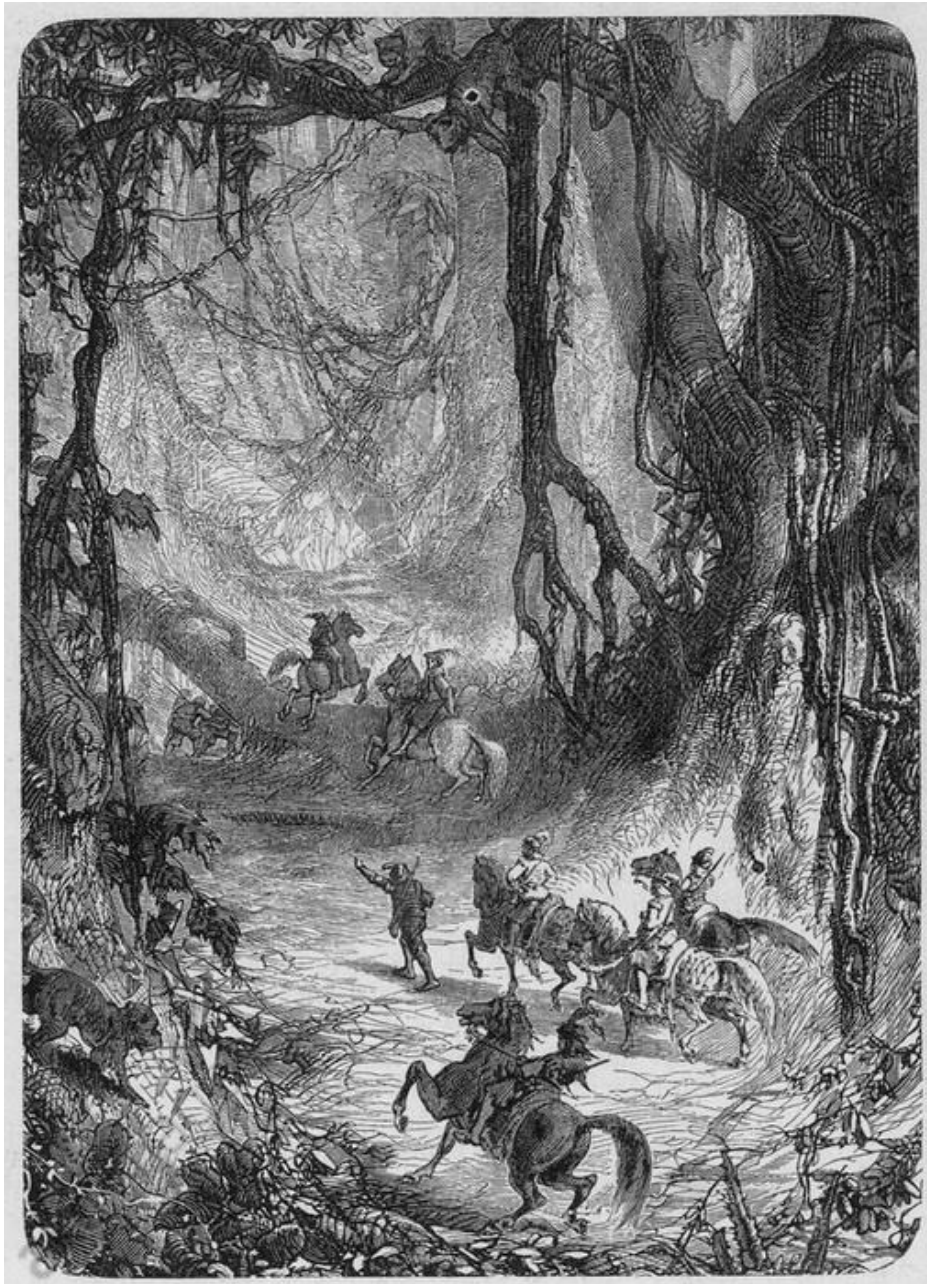
Esa gente representaba, en efecto, el plan B de Alfinger, ante la creciente dificultad de cruzar el Yuma hacia el occidente. Por ello decidió avanzar hacia el sur, posiblemente orientado por los *coanabos*, quienes le habrían brindado información sobre el origen del oro y los textiles. Al oír hablar de la riqueza de la tierra *cindahua*, creyó haber hallado esa civilización, pero la ausencia de esas mantas entre los pueblos ribereños pudo haberlo llevado a pensar que esa otra gente debía hallarse más lejos, “tierra adentro”, como señaló Esteban Martín.

Hechas todas esas consideraciones, a mediados de octubre de 1532, Alfinger partió con su

hueste desde algún punto del territorio *pacabuey*, tomando rumbo sur por el amplio valle que se extiende entre el cauce del Magdalena y la cordillera Central. Tal como lo indica Martín, en su marcha hacia el sudeste, intentaba arrimarse hacia el Magdalena “por probar todavía si hallaría paso”; pese a ello, Alfinger no pudo continuar explorando la ribera oriental de cerca “por amor de muchas lagunas y esteros que había en el camino”. En efecto, las fechas en las que decidió avanzar hacia el sur coinciden con la segunda temporada de lluvias en la región, por lo que eligió el peor momento posible para intentar vadear las ciénagas orientales del río Magdalena.²⁴⁶

²⁴⁶ “Hay en el año dos veranos y dos inviernos. El verano primero es diciembre, enero, febrero y marzo, (...). Abril y mayo sucesivos son de invierno. Llámesele así porque entonces llueve las aguas de estos meses, aunque son muchas no por eso les dejan de llamar invierno pequeño, a causas el siguiente es mayor y de muchas más. Junio y julio y agosto siguientes son verano; septiembre y octubre y noviembre son de invierno”. Rodríguez de Medina et al., *Relación geográfica de Tamalameque*, 17.

Figura 14. “*Ambrosius Ehinger et la Nouvelle-Grenade*”, grabado sobre madera no firmado (ca. 1880)



Nota. Escena idealizada que representa a Alfinger y su hueste adentrándose en la selva tropical, acompañados de caballería e infantería. La composición resalta el contraste entre la densidad del bosque y el avance europeo, con fuerte carga simbólica del dominio sobre la naturaleza. Tomado de: AKG Images.²⁴⁷

²⁴⁷ *Ambrosius Ehinger et la Nouvelle-Grenade*, grabado sobre madera no firmado (ca. 1880), representando a Ambrosio Alfinger en ruta hacia la Nueva Granada (1532), publicado por AKG Images, imagen número AKG2322. Disponible en: <https://tinyurl.com/dvc5fxa8>

Capítulo 3: En el territorio del actual Santander

Durante los meses siguientes continuó al sur, seguramente esperando dar con el paradero del pueblo de las mantas, sin embargo, llegaron hasta un gran río con abundancia de caudal:

Y como fué llegado a la ribera del río de los pemeos anduvo por él hacia arriba muchas jornadas. Estos pemeos tratan muy poco oro y tienen cobre por moneda y es tierra de muchas ciénagas y muy de aprovecharse sino fuera para solamente. Si la tierra de los cindahuas y pacabueyes se poblase, se podían hacer allí muchas labranzas y criarse muchos ganados.

De este modo, probablemente, tras abandonar el territorio *pacabuey*, la hueste de Alfinger emprendió un desplazamiento pausado a lo largo de unos 199 kilómetros en dirección suroccidental bordeando el Magdalena. Aunque el terreno era en su mayor parte plano, las condiciones climáticas propias de la temporada de lluvias —con humedad constante, calor sofocante y varios arroyos crecidos— habrían dificultado el avance, especialmente tratándose de una marcha con carga, compuesta en su mayoría por infantería y acompañada de porteadores, animales y botín. Dado que exploraban posibles rutas hacia la ribera del Magdalena, es posible que el ritmo fuera aún más lento, con jornadas no mayores a diez kilómetros. En ese contexto, el trayecto pudo haber tomado entre veinte y veinticinco días, lo que situaría su llegada al río de los *pemeos* hacia comienzos de noviembre de 1532.

Este río ha sido identificado mayoritariamente por la historiografía como el río Lebrija, también conocido en su curso superior como río de Oro. Su nombre fue puesto en honor al capitán Antonio de Lebrija,²⁴⁸ quien acompañaba a Pedro de Lerma en la expedición enviada desde Santa

²⁴⁸ Sobre la biografía de Antonio de Lebrija, véase Darío Achury Valenzuela, nota 22 al capítulo 6 en Juan Rodríguez Freyle, *El carnero* (Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1979), 69.

Marta en octubre de 1529. Según la carta del gobernador García de Lerma, los indios los guiaron por un valle donde “los xpianos (cristianos) obieron de pasar un rio grande, el qual no pudieron pasar”²⁴⁹ y desde allí quedó nombrado de esa forma, de acuerdo a la *Relación Anónima*²⁵⁰ y diversas crónicas. Tanto en dicho caso como del grupo de Santa Marta como en el de la hueste de Alfinger hubo una situación común: la imposibilidad de cruzarlo. Aun así, cabe preguntarse cómo se llegó a identificar el río de los *pemeos* con el de Lebrija.

El primero en plantear esa posibilidad fue Lucas Fernández de Piedrahita hacia finales del siglo XVII, cuando, al narrar los acontecimientos de la expedición, señaló que Alfinger, “a pesar de riesgos y dificultades que padeció por la costa del río Grande, llegó hasta el de Lebrija, y de allí subiendo a las sierras”.²⁵¹ Como puede apreciarse, ya existía en su relato una asociación explícita, posiblemente transmitida de forma oral entre colonos o deducida por el propio cronista a partir de la geografía conocida. Esta relación se mantuvo como la versión predominante entre la mayoría de los académicos hasta bien entrado el siglo XX, con excepción de Joaquín Acosta, quien propuso que el ascenso se habría producido por “el brazo de Ocaña”.²⁵² Posteriormente, Restrepo Tirado retomó la interpretación de Piedrahita y, al reconstruir la ruta, concluyó: “Si no estamos mal orientados, esta ascensión la principiò cerca de las bocas del Lebrija”.²⁵³

Juan Friede puso en duda esta identificación, señalando que el río Lebrija se encuentra muy al sur y que Alfinger, aún en territorio *pacabuey*, debió haber subido a la sierra en una latitud más alta. No consideró, en cambio, el tramo hacia el sur que menciona Esteban Martín al buscar el paso del Magdalena. En su lugar, propuso que el río de los *pemeos* era el Cáchira del Espíritu Santo,

²⁴⁹ García de Lerma, *Carta e relación al Obispo de Santo Domingo*, en *Colección de Documentos Inéditos*, t. 41, 310.

²⁵⁰ “Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta,” 90-91.

²⁵¹ Piedrahita, *Historia general*, I, lib. III, cap. II, 77.

²⁵² Acosta, *Compendio histórico*, 104.

²⁵³ Restrepo Tirado, “Algunas observaciones etnográficas,” 476.

más al norte.²⁵⁴ Luego, en 1989, el historiador local de Aguachica, Jorge Meléndez Sánchez manifestó:

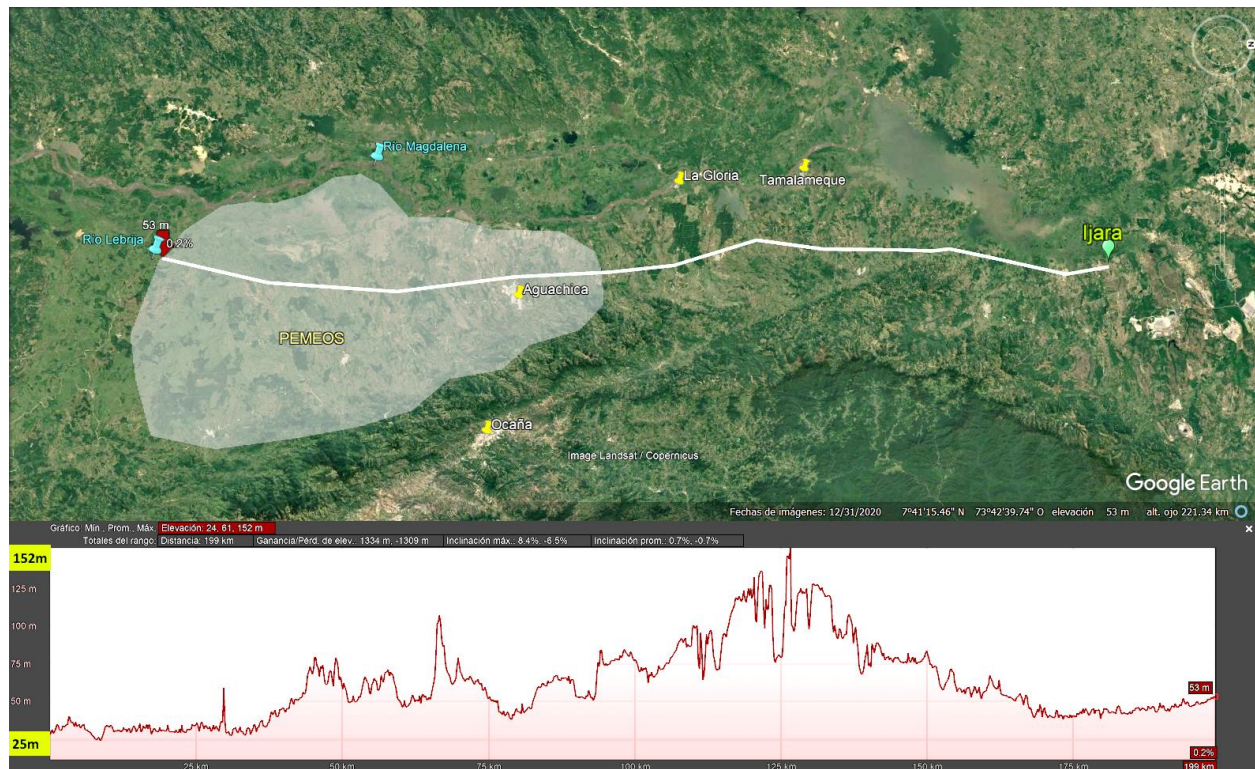
El territorio no tenía grandes comunidades indígenas. Se tienen noticias de algunas comunidades llamadas Pemeos, en la desembocadura del río Lebrija. (...) Esta comunidad era sedentaria y tenía algunas bases importantes de desarrollo. No existen muchos rastros de indígenas en las sabanas de la ribera y pensamos que los contactos iniciales de Ambrosio Alfinger y de los españoles pudieron provocar la dispersión de ellos.²⁵⁵

De tal forma que los testimonios de diversos autores, sumados a la interpretación propia de este estudio, permiten concluir que efectivamente el río de los *pemeos* corresponde al río Lebrija. De igual forma, tal como menciona Meléndez, de esta etnia de los *pemeos* poco se ha logrado averiguar más allá de la referencia que hace Martín sobre su uso cotidiano del cobre. Es posible que, por esa aparente pobreza, no fuese del interés descriptivo del relator, por lo que simplemente los nombró y siguieron su camino.

Para este punto, la expedición ya no parecía tan próspera como antes. Si bien llevaban algo de oro obtenido entre los *cindahuas* y *pacabueyes*, no volvieron a encontrar pueblos ricos ni hallaron el ansiado paso hacia el occidente del Magdalena, y ahora este caudaloso río les bloqueaba el avance hacia el sur, rumbo a la tierra de las mantas y los bonetes. Según relata Esteban Martín, al no poder cruzarlo decidieron seguir aguas arriba durante muchas jornadas, lo que debió implicar un recorrido por la ribera norte del río Lebrija, adentrándose cada vez más en el territorio que hoy corresponde al Departamento de Santander. El inicio de esta marcha río arriba debió haberse dado alrededor del 10 de noviembre de 1532, de acuerdo a las estimaciones de la investigación.

²⁵⁴ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 205.

²⁵⁵ Jorge Meléndez Sánchez, *La tierra de don Antón* (Bogotá: Ediciones Universidad Pedagógica Nacional, ca. 1989), 67.

Figura 15. Segmento del recorrido propuesto desde Ijara hasta el río Lebrija.

Nota. La imagen muestra el trayecto entre *Ijara* y la desembocadura del río Lebrija, de aproximadamente 199 km, con altitudes entre 25 y 152 metros sobre el nivel del mar, lo que sugiere un avance por terreno mayormente plano, aunque con ondulaciones suaves que, junto al clima húmedo y los arroyos crecidos, habrían dificultado la marcha. Se indica también la posible ubicación de los *pemeos*, al sur del territorio *cindahua*, que probablemente se extendía hasta las cercanías de La Gloria (Cesar).

3.1 Los Xirihuanas: el encuentro con los Yaregués

Entonces llegaron a una nueva etnia muy extraña, la cual Martín describe así:

Andando el gobernador como dicho tengo por este río arriba, fue a dar a otra generación de xirihuanas pero no como los otros de atrás porque son guerreros y cuatro o cinco indios osaban esperar a quince o veinte hombres y por mucho que los amonestamos y requerimos por parte de su Majestad, como hacíamos a los otros pasados, nunca quisieron paz con nosotros, más antes nos hirieron en tres o cuatro pueblos, que pasamos cuatro cristianos y un caballo, que no escapó ninguno, no porque tenía hierba, sino porque estaban mortalmente heridos y también por venir de camino y no poderlos curar como era

conveniente. La tierra de estos *xirihuanas* es de muy grandes montañas y anegadiza²⁵⁶ y desde que el gobernador vio la mala disposición de la tierra se arrimó a las sierras hacia la vía de Maracaibo.

Siguiendo el curso ascendente del río identificado como de los *pemeos* —actual río Lebrija—, la hueste de Ambrosio Alfinger llegó a una comunidad que Esteban Martín describe como similar a los *iriguanas* encontrados tiempo atrás en el valle de Upar. Aun así, esa aparente relación debe examinarse con cautela, considerando la distancia geográfica de casi 300 kilómetros que separa a ambos grupos.

Al referirse a ellos como “otra generación de xirihuanas”, Martín sugiere un parentesco parcial: comparte rasgos, pero reconoce una diferencia. Resulta llamativo que los relacione con los *iriguanas*, un grupo que, a diferencia de los *pacabueyes* y *cindahuas*, no tuvo un papel destacado en su relato. Esto podría indicar que Martín identificó algún rasgo distintivo que ambos grupos compartían, ya fuera en su vestimenta, adornos o en aspectos físicos como los dibujos corporales. En cualquier caso, el contraste más evidente fue su disposición al combate: mientras los primeros *iriguanas* fueron pacíficos y esquivos, estos nuevos eran guerreros que enfrentaron a la hueste pese a su inferioridad numérica.

Por otra parte, el relator señala que “por mucho que los amonestamos y requerimos por parte de su Majestad, como hacíamos a los otros pasados, nunca quisieron paz con nosotros”, lo que sugiere que aún existía una forma de comunicación con esta comunidad. Esto implica que los intérpretes indígenas que acompañaban la hueste desde el valle de Upar todavía lograban

²⁵⁶ En la transcripción de Nectario María se lee la expresión “montanes y anegadizos”. Más adelante, el autor aclara que, cuando Esteban Martín emplea el término “montaña”, no se refiere a una elevación del terreno como se entiende en la actualidad, sino a la abundancia de “monte”, es decir, a extensas áreas de selva o vegetación densa, “según uso corriente entre el pueblo de Venezuela desde los comienzos de la conquista”. Para aludir a elevaciones de mayor escala —lo que hoy llamaríamos montañas— Martín utiliza con mayor frecuencia el término “sierra”. Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 502 y 508.

comprender su lengua, lo cual permite vincular a estos *xirihuanas* con alguna de las familias lingüísticas del valle de Upar, posiblemente la *Caribe* o la *Arawak*. Más adelante, Martín indica que fueron “heridos en tres o cuatro pueblos que pasamos”, lo cual revela que no se trataba de grupos dispersos, sino de una comunidad con varios asentamientos nucleados, radicada en ese territorio al momento del contacto con los españoles.

Siguiendo con la narración, Esteban Martín indica que resultaron heridos “cuatro cristianos y un caballo, que no escapó ninguno, no porque tenía hierba, sino porque estaban mortalmente heridos y también por venir de camino y no poderlos curar como era conveniente”. Este pasaje permite inferir que los *xirihuanas* conocían el uso de venenos naturales en sus flechas, aunque en este caso la causa de las muertes no habría sido el veneno, sino la gravedad de las heridas sumada a la imposibilidad de detenerse a atender a los heridos, probablemente debido a la hostilidad constante en la zona.

Posteriormente, el relator describe que “la tierra de estos *xirihuanas* es de muy grandes montañas (selvas) y anegadiza y desde que el gobernador vio la mala disposición de la tierra se arrió a las sierras hacia la vía de Maracaibo”. Esta descripción evidencia el entorno en que habitaban dichos *xirihuanas*, marcado por la presencia de selva densa y planicies inundables, lo que llevó a Alfinger a abandonar definitivamente el curso del valle y dirigirse hacia la sierra en busca del camino de retorno. Este momento marca un giro geográfico en la expedición: tras recorrer durante semanas el gran valle del Magdalena y las llanuras que acompañan al río Lebrija —todas ellas anegadas por las lluvias de la temporada—, la hueste alcanza una zona fangosa al pie de la cordillera y, desde allí, comienza el ascenso que dejará atrás las planicies y los ríos.

Hecha la interpretación del relato, surgen nuevas preguntas: ¿quiénes eran estos segundos *xirihuanas*?, ¿dónde estaban ubicados?, ¿se trataba de una etnia autónoma o formaban parte de un

grupo mayor? A continuación, se propondrá una interpretación general sobre esta comunidad.

Para empezar, solo una de las crónicas —la de Fernández de Oviedo— los menciona directamente; el resto de los relatos salta del valle del Magdalena a las inmediaciones del río del Oro sin detenerse en este grupo. En consecuencia, la mayoría de los estudios académicos, al basarse en estos cronistas, apenas si los registran, con la excepción de Velásquez y Castillo, quienes, al delimitar las fronteras naturales de la etnia *yareguí*, señalan que “en la parte norte, en el valle del río Lebrija, estaban los Xiriguanes y los Chitareros”.²⁵⁷ Si bien los autores no citan la fuente de esta información ni vuelven a mencionarlos en el resto de la obra, su ubicación coincide con el relato de Esteban Martín: el valle del río Lebrija. Ahora bien, ¿en qué tramo del río? El mismo Martín sitúa el encuentro en el punto donde terminan las llanuras y comienza el ascenso hacia la sierra.

Esta zona geográfica, donde el río Lebrija deja atrás la sierra para abrirse paso hacia la llanura, corresponde al punto de confluencia entre los actuales municipios de Lebrija, Rionegro, Sabana de Torres y El Playón. Se trata de un sector caracterizado por la presencia de tres elevaciones o “sierras” separadas por pequeños valles intermedios, a través de los cuales el río atraviesa en su trayecto hacia el Magdalena. Según el relato, la hueste de Alfinger avanzaba río arriba desde el noroccidente, posiblemente por la ribera norte, ya que buscaban cruzar hacia el sur sin poder hacerlo debido al caudal.

Al seguir este recorrido, al llegar a la zona comprendida entre la vereda Puerto Santos (Sabana de Torres) y la vereda Maracaibo (Rionegro), se encuentra una primera elevación al oriente, conocida como la Loma o Filo de Santa Helena, que discurre de norte a sur y alcanza entre

²⁵⁷ Rafael A. Velásquez Rodríguez y Víctor J. Castillo León, *Los Yareguíes: Resistencia y exterminio* (Barrancabermeja: Corporación Memoria & Patrimonio, 2011), 75.

200 y 300 metros sobre el nivel del mar. Esta sierra obliga al río a desviarse hacia el norte para pasar por una brecha entre dicha loma y la de Moradores, ubicada al norte del paso. Superado este punto y siguiendo hacia el oriente, se entra en un pequeño valle de algo más de un kilómetro de ancho, donde el río viene desde el sur y atraviesa el actual sitio de Chuspas, en el límite entre Rionegro y Lebrija.

Al oriente del pequeño valle de Chuspas se eleva una segunda cadena montañosa que corresponde al extremo norte de la Cordillera de La Paz, donde las altitudes oscilan entre los 600 y 800 metros sobre el nivel del mar. Esta sierra se abre en un estrechamiento conocido como Angosturas, por donde el río Lebrija cruza de oriente a occidente entre dos altos: el Filo El Volador, al norte (620 m s. n. m.), y el Alto de Angosturas, al sur (830 m s. n. m.). Superado este paso, hacia el oriente, se encuentra un nuevo valle, más amplio que el anterior, donde se encuentran los sitios de Vanegas, El Conchal (municipio de Lebrija) y El Tambor (Rionegro).

Este valle se caracteriza por la confluencia de tres afluentes del Lebrija: los ríos Cáchira y Salamaga, que descienden desde el nororiente, y la quebrada Cútiga, que llega desde el sur. La presencia de estos cauces, junto con otros menores, convierte esta zona plana en un terreno propenso a los anegamientos, sobre todo durante la temporada de lluvias. El propio río Lebrija, al atravesar el valle, se ramifica en varios brazos que dispersan sus aguas, generando amplias zonas fangosas. De hecho, desde antiguo se conoce en la parte occidental del valle un paraje llamado Barriales, donde las tierras arcillosas y de bajo drenaje dificultan el tránsito. Según el Esquema de Ordenamiento Territorial del municipio de Lebrija, esta zona —en especial el entorno del centro poblado de Vanegas— presenta “amenaza alta por inundación”, mientras que el resto del valle

hacia El Conchal y la quebrada Cútiga figura como área de “amenaza media”.²⁵⁸ Esta clasificación también incluye sectores del valle de Chuspas.

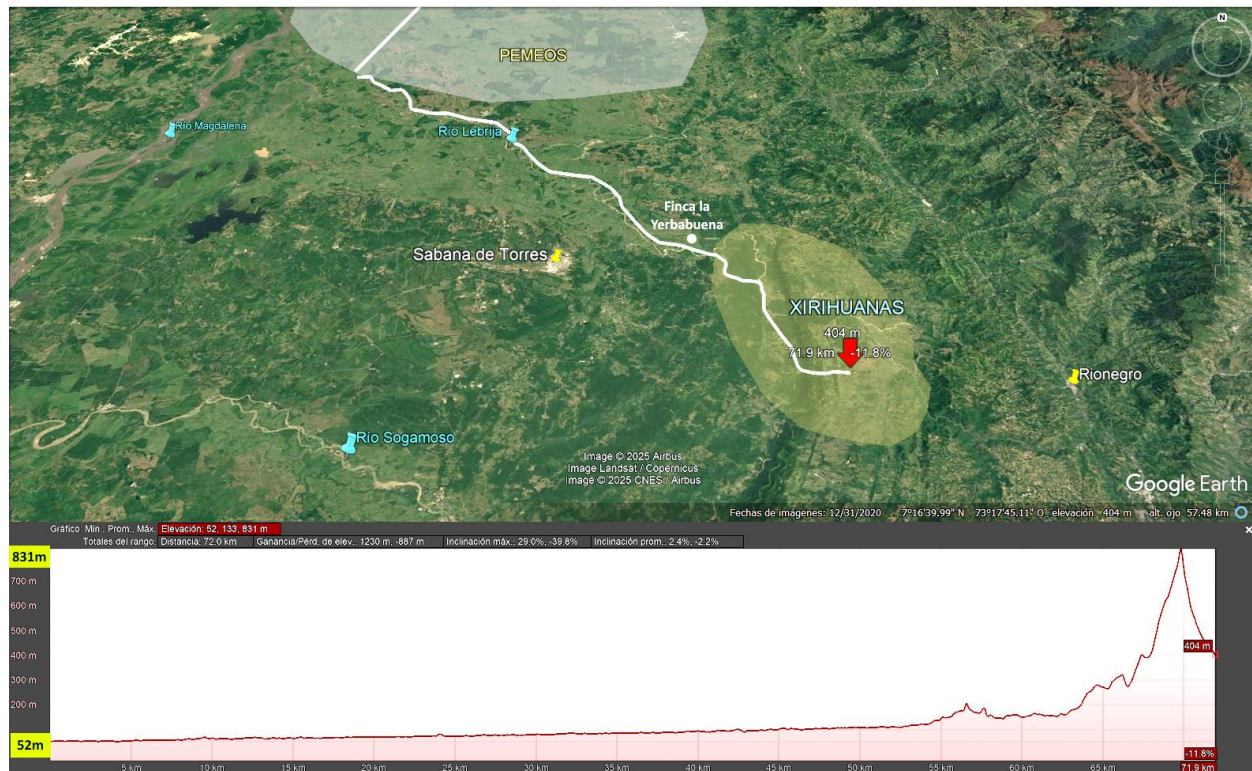
Finalmente, desde este valle, siguiendo río arriba y pasando el actual caserío de El Conchal (Lebrija), el Río Lebrija se encañona hacia el oriente atravesando la sierra principal, que comprende la sección gruesa de la Cordillera Oriental y se da por terminado el gran valle del Río Magdalena. Este cañón del Río Lebrija prosigue hacia el oriente hasta el sitio de “Bocas”, luego toma rumbo sur hasta volver a abrirse ya a la altura del Barrio Café Madrid, en Bucaramanga y formar el valle del Río de Oro. Así pues, hacia el oriente de este valle de El Conchal, la geografía cambia y se encuentran dos grandes mesetas, la de Rionegro al norte del Río Lebrija y la de Lebrija al sur, cuyas altitudes oscilan entre 900 y 1000 m s. n. m.

Con base en el análisis geográfico presentado y considerando que este fue el último encuentro con indígenas antes de internarse en la sierra, resulta altamente probable que la región descrita como “de muy grandes montañas y anegadiza” y de “mala disposición de la tierra” corresponda a los valles conformados por el río Lebrija y la quebrada Cútiga, en las cercanías de los actuales caseríos de Chuspas, Vanegas y El Conchal (Lebrija). Esta zona, delimitada por tres cadenas montañosas —el Filo de Santa Helena al occidente, la Cordillera de La Paz en el centro y la Cordillera Oriental al oriente— habría estado habitada por los *xirihuanas* mencionados por Esteban Martín. Como posible apoyo toponímico a esta hipótesis, cabe señalar la existencia, entre la Cordillera de La Paz y la quebrada Cútiga, de una vereda del municipio de Lebrija llamada Chinigua, cuyo nombre podría derivar de una castellanización del término “Xirihua” o “tierra de

²⁵⁸ Alcaldía Municipal de Lebrija, *Mapa de Clasificación del Suelo Municipal. Revisión excepcional del EOT 2011* (Lebrija: Secretaría de Planeación Municipal y Obras Públicas, 2011). <https://www.lebrija-santander.gov.co/Transparencia/Paginas/Esquema-de-ordenamiento-territorial.aspx>

los *xirihuanas*”.

Figura 16. Segmento de ruta por el río Lebrija hasta el territorio *xirihuana*.



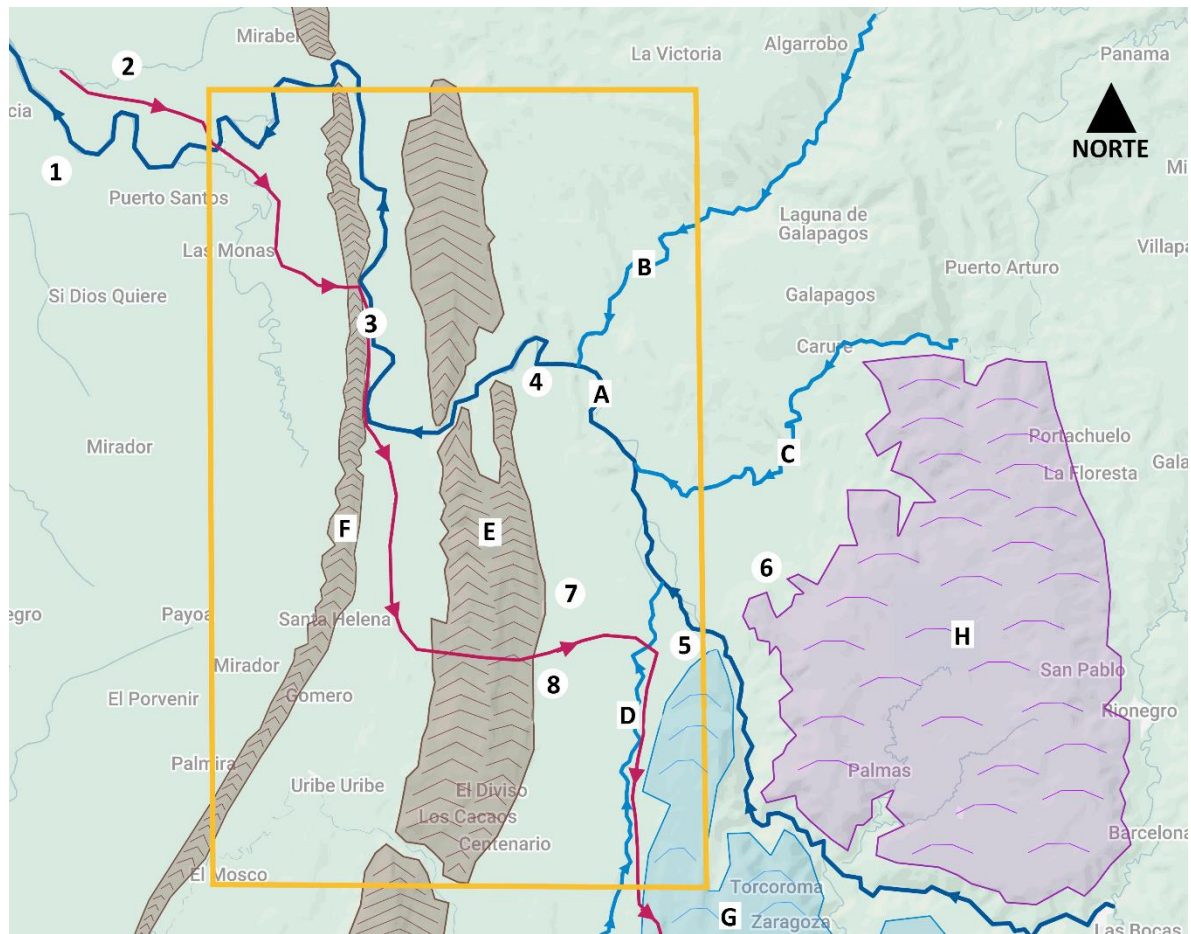
Nota. Propuesta de ruta para el paso del valle del Magdalena a la entrada de la Cordillera Oriental por la ribera del Río Lebrija. El perfil altimétrico muestra un trayecto de predominio llano, con el paso sobre una altura de 831 m s. n. m. a lo largo de 72 km, correspondiente a la cordillera de La Paz. La zona propuesta para los *xirihuanas* coincide con la descripción de Esteban Martín en relación a sus tierras fangosas en medio de densas selvas.

En cuanto a la ruta seguida por la hueste de Alfinger, todo indica que para este punto ya comenzaban a enfrentarse a terrenos más elevados. Como se ha señalado, al menos dos pequeñas serranías se interponían en su camino, siendo la última —la de La Paz— la de mayor altitud. Para interpretar las decisiones tomadas por el grupo, es razonable suponer que, al llegar al sector donde el río cambia nuevamente de dirección hacia el norte, cerca de la actual finca La Yerbabuena, hubiesen encontrado finalmente un playón que les permitió vadear el cauce y cruzar hacia la ribera sur. Desde allí, es probable que buscasen antiguos pasos prehispánicos para atravesar las serranías

restantes y alcanzar la zona de tierras bajas anegadizas, el último tramo plano antes de iniciar el ascenso definitivo hacia la Cordillera Oriental.

El trayecto entre el territorio *pemeo* y la entrada a la sierra, estimado en unos 72 kilómetros, debió tomar entre nueve y doce días, considerando el ritmo lento de una hueste en marcha por zonas anegadizas, con carga, y enfrentando la hostilidad de los *xirihuanas*. A ello debe sumarse la dificultad adicional de vadear el río Lebrija, en un punto donde, según la geografía, el cauce comienza a encajonarse y solo puede cruzarse en determinados playones o brazos dispersos. Este paso, posiblemente realizado cerca de La Yerbabuena, no solo implicó una maniobra delicada bajo presión, sino que pudo haber requerido tiempo adicional para explorar el terreno, organizar el cruce y reagruparse antes de reanudar la marcha hacia el sureste, en dirección a las tierras altas. Por tanto, de acuerdo a la cronología propuesta, arribaron a territorio *xirihuanas* alrededor del 20 de noviembre de 1532.

Ahora bien, considerando su ubicación y la tradición oral de la región, cabe plantearse una pregunta clave: ¿perteneían los indios *xirihuanas* a la etnia *yareguí*? Esta investigación sostiene que los *xirihuanas* descritos por la hueste de Ambrosio Alfinger en 1532 eran efectivamente *yareguíes*, organizados en un cacicazgo o subcacicazgo que actuaba como avanzada de expansión territorial hacia el norte, más allá del límite natural del río Sogamoso, y que para el momento del contacto estaban asentados en los alrededores del valle del río Lebrija. Sin embargo, el alcance de su presencia territorial resulta difícil de establecer, ya que el encuentro se produjo en una pequeña franja del piedemonte y no se dispone de más información que permita definir con precisión los límites de su dominio.

Figura 17. Caracterización del área de contacto con los indígenas *xirihuanas*.

Nota. Mapa que muestra al detalle la zona de contacto propuesta con los indios *xirihuanas*. La línea roja es la ruta propuesta tomada por Alfinger. A) Río Lebrija; B) Río Cáchira; C) Río Salamaga; D) Quebrada Cútiga; E) Cordillera de la Paz; F) Filo de Santa Helena; G) Meseta de Lebrija; H) Meseta de Rionegro. Sitios y poblados: 1. Vereda Puerto Santos; 2. Vereda Maracaibo; 3. Chuspas; 4. Vanegas; 5. El Conchal; 6. El Tambor; 7. Barriales; 8) Vereda Chinigua.

3.2 La Meseta de Lebrija: primeras noticias del mundo guane

De esta forma, una vez en territorio *xirihuana*, la hueste se encuentra de frente con una gran montaña, ante la cual deciden buscar un camino para subir, ya que continuar siguiendo el curso del río resultaba inviable debido al encajonamiento que comenzaba hacia el oriente. Optan entonces por mantener la dirección sureste que traían, con la esperanza, quizá, de que al ascender hacia tierras más frescas pudiesen finalmente encontrar a la etnia que venían buscando:

A la entrada de las sierras me envió el gobernador delante con treinta hombres para que viese si podían pasar los caballos, y tres leguas de donde él quedó, hallamos un pueblo de dos bohíos poblado de unos indios que nunca supimos qué generación era ni lo pudimos entender. Había en el dicho pueblo cosa de treinta gandules y como ellos nos vieron, comenzáronse a reír de nosotros y echaron mano a unas lanzas de palo negro de hasta veinte y cinco palmos, y otros con macanas y arcos y flechas, comenzaron a pelear con nosotros hasta que ya nos hacían volver atrás y peleamos con ellos más de dos horas y antes que les tomásemos el pueblo (f° 5 v.) me hirieron a mí y a otros seis cristianos pero no murió ninguno, a Dios doy muchas gracias, matando cuatro o cinco indios, después que les hubimos ganado el pueblo, envié a decir al gobernador que su merced anduviese adelante y me enviase luego algún socorro de gente temiéndome que no se recreciesen más indios, y luego aquél día nos tornaron a dar otra guazabara, y otro día, a hora de las diez, llegaron cuarenta hombres de socorro y dos horas después de ellos llegados vinieron muchos indios a pelear con nosotros con flechas y piedras con ondas, y si no fuera por las albarradas que ya teníamos hechas, temiéndonos de lo que podía ser, nos viéramos en harto aprieto; tardó el gobernador en venir tres días, y después que vino nos hizo curar a todos y reposó allí un día, éstos indios como dicho tengo nunca supimos qué gente era. Traían mantas de algodón cubiertas así hombres como mujeres. Las mantas eran de muchas pinturas. Hallamos en aquel pueblo muchas cargas de sal que venían de la tierra adentro hacia el sur, pero no supimos si era de mar o de laguna.

Este segmento, rico en descripciones, permite analizar varios elementos e introducir algunas interpretaciones. En primer lugar, destaca la dificultad del terreno durante el ascenso a la sierra, donde al parecer no existía un camino prehispánico adaptado a la marcha de una hueste completa, especialmente con caballos. Si existía alguna vía, esta habría sido concebida para el tránsito a pie, como era habitual en las rutas indígenas, lo que obligó a evaluar previamente si el grupo podía continuar. Conviene recordar que algo similar ocurriría más adelante con la expedición de Jiménez de Quesada al intentar subir por la zona del Carare.²⁵⁹

El primer asentamiento encontrado no estaba muy lejos: apenas a tres leguas de la entrada a la sierra. Llama la atención su pequeño tamaño —solo dos bohíos y una treintena de indígenas— lo que sugiere que no se trataba de un pueblo nucleado. Más allá de la descripción de la batalla, lo

²⁵⁹ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro II, cap. X, 203.

relevante son ciertos rasgos culturales que permiten asociar a este grupo con una etnia específica.

Por un lado, sorprende que no supiesen a qué “generación” pertenecían y que no pudiesen comunicarse con ellos. Esto sugiere no solo un cambio de etnia, sino también un cambio de familia lingüística. Ni Esteban Martín, que dominaba lenguas *caribes* y *arawak*, ni los intérpretes indígenas del valle del Magdalena lograron establecer comunicación, lo que apunta a una lengua distinta, posiblemente de la familia chibcha. Por otro lado, estos indígenas —de quienes “nunca supieron qué gente era”— vestían mantas de algodón ricamente pintadas, tanto hombres como mujeres, lo que coincide con los productos que Alfinger venía buscando desde su contacto con los *coanabos* del valle de Upar. Era la primera vez en toda la expedición que encontraban personas cubiertas con mantas, asociadas a aquella “gente de verdad” de la que tanto se había hablado.

A esto se suma el hallazgo de “muchas cargas de sal” provenientes de tierra adentro hacia el sur, aunque no se supo si eran de mar o de laguna. Esta referencia, semejante a la que haría Quesada cerca de La Tora,²⁶⁰ revela el ingreso a un nuevo circuito comercial. La cantidad encontrada indica que no eran para consumo local, especialmente en un asentamiento tan pequeño, sino que se trataba de un producto destinado al intercambio.

Todos estos elementos —el cambio de lengua, el desconocimiento de su “generación”, las mantas pintadas y las cargas de sal— permiten identificar a este grupo como parte de la etnia *guane*. La imposibilidad de comunicarse apunta claramente a la familia lingüística chibcha, y la vestimenta corresponde a la tradición *guane* recogida por los historiadores. Es posible que el asentamiento no fuese un poblado permanente, sino una estación de intercambio ubicada en una zona fronteriza entre los pueblos andinos y los de las tierras bajas. Esto explicaría la presencia de

²⁶⁰ *Ibid.*, 199.

la sal, que probablemente era transportada desde los mercados *muisca*s de la frontera sur, para ser intercambiada por productos del valle, como pescado u otros bienes.

Este tipo de circuitos comerciales ha sido ampliamente documentado, especialmente por Carl Henrik Langebaek. Según sus estudios, pese a que los *muisca*s no solían salir de su territorio en el altiplano, existían intermediarios que, mediante el uso de rutas específicas, lograban conectar regiones distantes. Un ejemplo claro es el comercio entre *muisca*s y pueblos del valle del Magdalena, articulado a través de caminos estrechos que descendían del altiplano hacia centros de intercambio. En la región del Opón, por ejemplo, se describen “dos o tres bohíos como ventas y aposentos de mercaderes y pasajeros, en que los naturales que por allí contrataban y dormían”.²⁶¹ Aun cuando esta descripción se refiere a una ruta conocida, bien podría aplicarse al asentamiento encontrado por Esteban Martín en la meseta de Lebrija.

Por otra parte, la existencia de mercados como el de Sorocotá —al que asistían diversas etnias de lengua chibcha— facilitaba a los *guanés* el acceso a productos *muisca*s tanto para consumo interno como para el intercambio con otros pueblos.²⁶² Tal parece ser el caso de la sal encontrada por la hueste de Alfinger: un bien de alto valor, no solo por su función alimenticia, sino también por su uso ceremonial. Este producto, como indica Langebaek, podía recorrer grandes distancias para abastecer a comunidades que no tenían acceso a sal marina, o que, incluso teniéndolo, preferían la sal terrestre por sus cualidades específicas.²⁶³

El comercio de la sal, en particular, implicaba extensos recorridos, por lo que los propios productores rara vez participaban en su distribución. En cambio, comunidades cercanas, aunque

²⁶¹ Langebaek, *Mercados, poblamiento e integración*, 139.

²⁶² Simón, citado en Langebaek, *Mercados, poblamiento e integración*, 123.

²⁶³ Langebaek, *Noticias de caciques muy mayores*, 93.

no productoras, solían encargarse de adquirirla para su consumo y, en muchos casos, actuar como intermediarias con regiones más alejadas.²⁶⁴ Este parece haber sido el rol de los *guanés*, actuando como puente geográfico entre el altiplano y el valle del Magdalena.

De acuerdo con Otero D'Costa, los *guanés* tenían también relaciones de intercambio con los mismo *yaregués*, “a los cuales daban sus artefactos y sal que traían del sur, a cambio del oro que éstos lavaban en sus ríos”.²⁶⁵ En tal sentido, y dado que se ha propuesto la etnia *xirihuana* como una parcialidad *yareguí*, cobra más sentido el hallazgo de la sal en los pequeños poblados fronterizos.

En ese marco, puede deducirse la lógica comercial de los asentos *guanés* en la meseta de Lebrija, los cuales, por encontrarse en una zona de frontera, funcionaban posiblemente como espacios neutrales de intercambio.²⁶⁶ Así, y de acuerdo con lo planteado por Langebaek, es factible que las avanzadas *guanés* asistiesen al mercado de Sorocotá —cercano a la frontera sur hacia territorio *muisca*— donde intercambiaban productos como algodón y cerámica por panes de sal, tanto para su consumo como para su redistribución. Posteriormente, transportaban esta sal hacia el norte, hasta puestos intermedios en la meseta de Lebrija, donde se encontraban con comerciantes de las tierras bajas, quienes posiblemente ofrecían a cambio pescado²⁶⁷, caracoles o cuentas,²⁶⁸

²⁶⁴ Langebaek, *Mercados, poblamiento e integración*, 123.

²⁶⁵ Enrique Otero D'Costa, *Cronicón solariego* (Bucaramanga: Editorial Vanguardia, 1972), 343.

²⁶⁶ Langebaek, *Mercados, poblamiento e integración*, 118.

²⁶⁷ Emilio Arenas ha propuesto que los *guanés* eran un pueblo pescador que aprovechaba durante la mayor parte del año los recursos del río Sogamoso y Chicamocha. Sin embargo, es posible que dichas faenas solo se realizasen en épocas de subienda (diciembre-febrero y junio-agosto, según Andrade y García, citados por Estrada), por lo que en los meses restantes no se puede descartar que recurriesen al pescado proveniente del valle del Magdalena. El encuentro de la hueste de Alfinger con los comerciantes *guanés* de la meseta de Lebrija ocurrió alrededor de noviembre, época del año en que es más factible una escasez de pescado antes de la subienda, por lo que es bastante probable que se estuviese dando ese intercambio. Emilio Arenas, *Los Guanes: El Pueblo de la Cingla* (Bucaramanga: Universidad Santo Tomás, 2004), 22; Andrade y García, citados en Zahandra Patricia Estrada Martínez, *Transformación de los medios de vida de los pescadores artesanales...* (Tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana, 2016), 79.

²⁶⁸ Al parecer, las cuentas y los caracoles tenían una connotación simbólica muy importante dentro de los *guanés*. Especialmente se registran intercambios tardíos entre los indios Chocó y pueblos vecinos, recibiendo de ellos “sal, caracoles y cuentas”. Álvaro

provenientes del valle del Magdalena y la costa atlántica.²⁶⁹ En tal sentido, y a pesar de se ha señalado que los *guanés* no salían de su territorio “porque no tenían como oficio ser mercaderes”,²⁷⁰ es factible que los territorios limítrofes —sobre todo aquellos que, por sus características físicas, no resultaban atractivos para un asentamiento permanente— funcionasen como fronteras fluidas para el intercambio comercial, sin que fuese necesario que los *guanés* se desplazasen hasta territorios étnicos vecinos.

A pesar de algunos hallazgos arqueológicos aislados y de ciertas hipótesis formuladas principalmente por cercanía geográfica, no ha podido comprobarse que la meseta de Lebrija haya sido territorio étnico definido de los *yareguíes*, *guanés* o *chitareros*. Sus condiciones topográficas, con suelos complejos y drenaje limitado, dificultan la existencia de grandes asentamientos estables; de hecho, la fundación del pueblo de Lebrija no se daría sino hasta la segunda mitad del siglo XIX.²⁷¹ Es plausible, por tanto, que existiesen varios asientos menores con fines comerciales, utilizados por grupos *guanés* provenientes de la mesa de *Xérira*²⁷² o de la zona de *Chocoa*, que desarrollasen la dinámica comercial mencionada.

Este contexto también ayuda a interpretar el episodio de la batalla relatado por Esteban Martín. A diferencia de las etnias del valle de Upar, que ya habían tenido contacto con soldados de Santa Marta, los *guanés* nunca habían visto extranjeros de esas características. Si bien pudieron haber recibido advertencias de comerciantes o mensajeros, estas no hubiesen llegado con suficiente anticipación como para organizar una defensa estructurada. Lo más probable es que los treinta

Acevedo Tarazona y Juan Sebastián Bonilla Ayala, “Una aproximación al poblamiento de la provincia Guane en las visitas de 1560 y 1572,” *Historia y Espacio* 59 (2022), 253.

https://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/historia_y_espacio/article/view/5854/8270.

²⁶⁹ Langebaek, *Noticias de caciques muy mayores*, 151.

²⁷⁰ Acevedo y Bonilla, “Poblamiento de la provincia Guane,” 253.

²⁷¹ Armando Martínez Garnica y Amado Antonio Guerrero Rincón, *La provincia de Soto, orígenes de sus poblamientos urbanos* (Bucaramanga: UIS, 1995), 153–160.

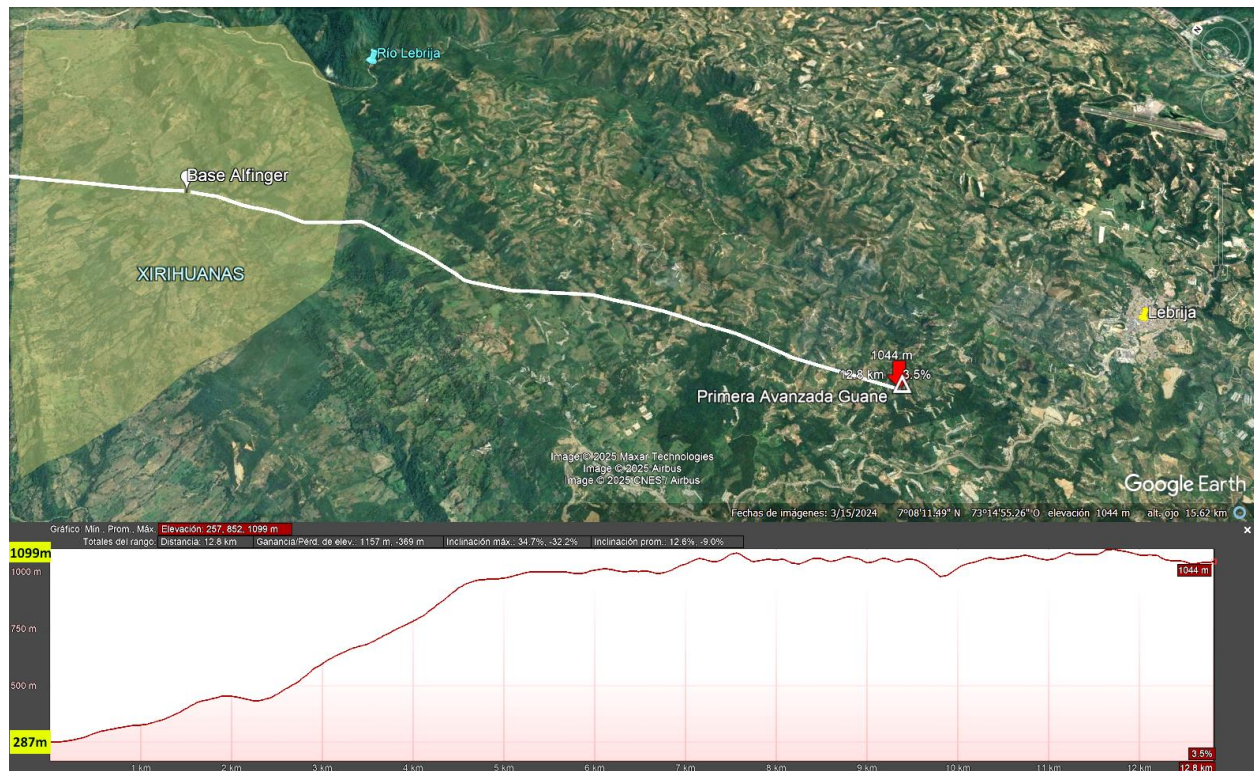
²⁷² La mesa de Xérira era el nombre indígena de la actual Mesa de los Santos.

indígenas presentes en el asentamiento tuviesen que responder al ataque por su cuenta, mientras llegaban refuerzos de otros pueblos cercanos. Esto explicaría la llegada escalonada de grupos hostiles: primero uno reducido y luego uno mayor.

La resistencia de estos nuevos indígenas, sumada a la que ya habían ofrecido los *xirihuanas*, debió sorprender a los soldados de la hueste, acostumbrados a un dominio militar relativamente tranquilo sobre los *pacabueyes* y *cindahuas*. El uso de armas como lanzas, flechas y hondas evidencia una disposición combativa organizada. Si bien este estudio no se detiene en el análisis bélico, sí resulta claro que los *guanés* implementaron, al menos en un principio, una estrategia de resistencia activa ante la irrupción española.

Por otra parte, es posible que Alfinger creyese, al fin, haber encontrado a la “gente de verdad”: los verdaderos dueños de las mantas y del oro que venía rastreando desde su paso por el valle de los *pacabueyes*. Sin embargo, hasta ese momento abundaban las mantas, pero el oro seguía siendo escaso, y esa sería la constante a partir de entonces.

La ubicación exacta de este primer asiento *guane* es incierta. La única referencia es la distancia recorrida desde el pie de la sierra —donde se quedó Alfinger— hasta el punto de contacto: tres leguas. La ruta se propuso por el sector menos abrupto, pero ya en la parte alta el relieve pudo haber obligado a buscar variantes más accesibles. Suponiendo que avanzaron hacia el sur o sureste, se estimó un punto aproximado al cabo de esas tres leguas, ajustadas a 4,2 km cada una por tratarse de terreno quebrado, según lo argumentado en secciones anteriores.

Figura 18. Segmento del ascenso a la meseta de Lebrija y primer contacto guane.

Nota. El tramo entre la zona xirihuana y el primer contacto con indígenas *guanés* abarca aproximadamente 12,8 km en ascenso continuo, desde los 287 hasta los 1.099 m s. n. m. Dado que este recorrido fue realizado inicialmente por una vanguardia reducida, sin el peso de la hueste completa, es probable que el avance haya sido relativamente ágil, aunque aún lento por la necesidad de explorar y evaluar la viabilidad del paso. La travesía pudo tomar entre una y dos jornadas.

Luego de su contacto con la avanzada *guane*, Alfinger y su hueste se enfrentaron a uno de los trayectos más exigentes de toda la expedición: el paso por la meseta de Lebrija, una región dominada por laberintos de colinas abruptas y terreno escarpado que dificultaba el avance. Así lo relata Esteban Martín:

El gobernador se partió de este pueblo caminando por unas sierras pequeñas muy fragosas en las cuales estábamos cuatro jornadas sin hallar poblado, por lo cual pasamos alguna hambre; en estas cuatro jornadas nos quedaron despeñados y desmayados tres caballos y una yegua, lo uno por las muchas caídas que daban del mal camino, lo otro por no haber hierba ninguna para comer. Y también se nos cayó muerto un cristiano, de hambre y cansancio y a cabo de las cuatro jornadas llegamos a un pueblo de cinco bohíos y dimos en

él de guerra porque como no entendíamos nada a los indios, acordábamos de acometer antes que nos acometiesen, tomáronse en este pueblo algunas piezas que teníamos cargadas adelante con el oro y otras cosas porque teníamos mucha necesidad de carruaje. Había en este pueblo muy poca comida y como el gobernador estuviere, mandó que anduviésemos adelante y así nos partimos de él, aunque primero de este dicho pueblo envió el señor gobernador por la carne de los caballos y la trajeron y la comimos hasta los cueros asados y cocidos y el que tenía un pedazo de tripa o de cuero hacía esto que le estaba bien de comer.

Este crudo relato marca el inicio de una nueva etapa en la expedición: la de la sobrevivencia. Si la primera parte —por el valle de Upar y las tierras de *pacabueyes* y *cindahuas*— transcurrió con relativa comodidad, esta segunda, al internarse en la meseta de Lebrija, resultó sumamente dura. La diferencia se explica, en parte, por el territorio. En los tramos anteriores, los poblados eran abundantes y próximos entre sí, a veces separados por una o dos leguas, lo que garantizaba el suministro constante de alimentos. Como ya se ha señalado, la hueste dependía por completo de encontrar poblados con cultivos para mantenerse.

En contraste, este nuevo tramo carecía de presencia estable de una etnia dominante y, por tanto, también de asentamientos permanentes, lo que implicaba la imposibilidad de encontrar cultivos o reservas de comida. La hueste quedó reducida a la caza y la recolección, como en los tiempos más primitivos. A esto se sumaba un terreno especialmente desfavorable. La descripción de Esteban Martín —“sierras pequeñas muy fragosas”— encaja con la geografía de esta zona: una sucesión de colinas y hondonadas que conforman un paisaje laberíntico, donde no hay grandes alturas, pero sí una constante dificultad para el paso, ya sea por la irregularidad del terreno, la vegetación densa o las laderas abruptas. Aún hoy, al recorrer esta región por tierra o visualizarla desde el aire, predomina ese relieve fragmentado y complejo.

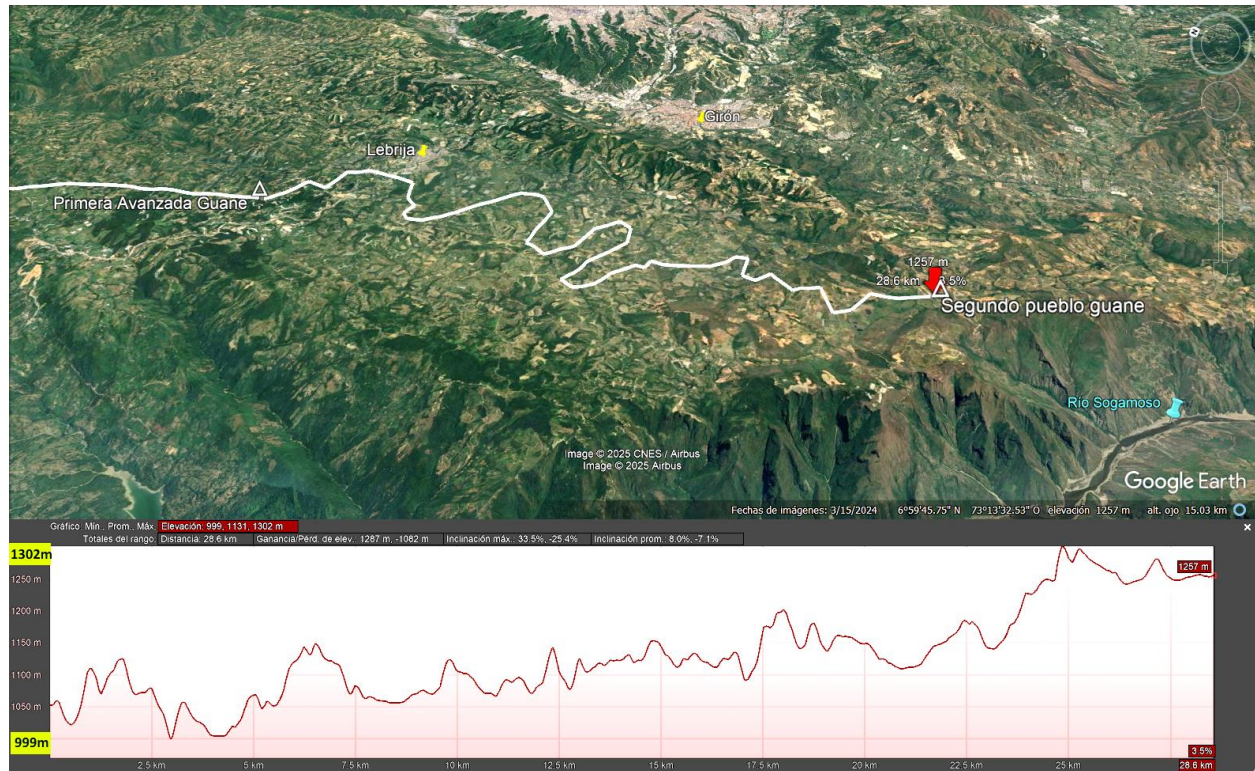
Más adelante, tras varios días en estas condiciones, llegaron a otro pequeño poblado de cinco bohíos, habitado por los mismos indígenas con quienes no lograban comunicarse. Ante la

imposibilidad de diálogo y el temor a ser atacados, decidieron anticiparse y tomaron el lugar por la fuerza. Todo indica que se trataba de otro punto de intercambio comercial *guane*, probablemente una estación intermedia ubicada entre su territorio étnico y la frontera norte. Su carácter de sitio de paso explicaría la ausencia de cultivos: los comerciantes que lo transitaban llevaban sus propias provisiones y no requerían instalaciones permanentes.

Finalmente, las “piezas” que tomaron durante el ataque eran indígenas *guanés* capturados como esclavos, utilizados para transportar oro y carga. Es probable que algunos también fuesen retenidos con la intención de aprender su lengua, y que uno de ellos llegase a desempeñar el papel de intérprete. Frente a la falta de alimentos, la única fuente de sustento fueron los caballos, que morían uno tras otro al no encontrar pastos adecuados. La desesperación era tal que se comían incluso las tripas y los cueros, hasta agotar todo lo posible de cada animal.

Este tramo del recorrido, según relata Esteban Martín, duró cuatro jornadas, pero debido a la evidente dificultad del terreno, la hueste avanzó lentamente por pasos escarpados y sin caminos definidos, enfrentando hambre, fatiga y la pérdida de animales. Bajo esas condiciones, es probable que no hayan recorrido más de 25 a 30 kilómetros en total, lo que confirma la dureza del trayecto y la progresiva descomposición de la expedición. Con base en estos cálculos, puede inferirse que, durante este segmento, la hueste cruzó hacia el sur la porción final de la meseta de Lebrija, no en línea recta, sino mediante un avance zigzagueante, adaptado al relieve irregular del terreno. Así, el segundo poblado encontrado debió situarse en las cercanías de la actual vereda El Pantano, en jurisdicción del municipio de Girón, un punto estratégico que funciona como enlace entre la Mesa de *Xérira*, *Chocoa*²⁷³ y la frontera comercial ubicada al norte de la meseta.

²⁷³ A pesar de que Morales y Cadavid plantearon la posibilidad de que Chocoa —cuyo topónimo aún se conserva— hubiese sido

Figura 19. Recorrido hacia el sur a través de la meseta de Lebrija hasta el segundo pueblo guane.

Nota. Este segmento propuesto, abarcaría una distancia aproximada de 28,6 km por terreno quebrado, ausencia de caminos y avance no lineal determinado por el terreno. Tiene altitudes entre 999 y 1.302 m s. n. m. con variaciones constantes subiendo y bajando laderas. Esto explica la poca distancia cubierta, el ritmo lento y el desgaste descrito en las crónicas.

3.3 En el río del Oro: Bucaramanga y el enigma de Xérira

La hueste había llegado a un punto crucial, no solo por la frustración, el cansancio y el hambre acumulados, sino porque en este tramo del recorrido ocurrieron hechos trascendentales para los expedicionarios, pero confusos para los historiadores. La primera señal de ello es la omisión de una sección importante en el relato de Esteban Martín y, por ende, también en la crónica

un asentamiento yareguí, investigaciones posteriores sobre los procesos de encomienda parecen ubicarlo dentro del ámbito de la etnia guane. De ser así, se trataría del asentamiento más septentrional de su territorio, por lo que probablemente cumplía un papel de enlace con la frontera comercial del norte. Véase: Jorge Morales G. y Gilberto Cadavid, *Investigaciones etnohistóricas y arqueológicas en el área Guane* (Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, 1984), 23; Armando Martínez Garnica, María Consuelo Moreno González, Álvaro Acevedo Tarazona y Gimena Gutiérrez Martínez, *Historia de la provincia de Guane (1540–1939)* (Bucaramanga: Academia de Historia de Santander, 2024), 48.

de Fernández de Oviedo. Esta línea de acontecimientos se habría perdido por completo de no ser porque Castellanos —y en menor medida Aguado— lograron recoger información desde otras fuentes testimoniales. Gracias a ellos, es posible reconstruir lo ocurrido en los alrededores del actual valle del río de Oro, incluyendo la meseta de Bucaramanga y la Mesa de *Xérira*. Pero más allá del relato, también cabe preguntarse por qué Esteban Martín omitió deliberadamente esta parte de la travesía.

En efecto, luego de su paso por el segundo asentamiento *guane*, la marcha hacia el sur se vio interrumpida por el límite de la meseta de Lebrija, donde la hueste se enfrentó a la imponente barrera natural del cañón del río Sogamoso. La única opción viable era descender hacia el oriente, en dirección a un amplio valle que se abría entre el borde occidental de la meseta y una serie de grandes sierras al fondo. El paisaje que se extendía ante ellos era prometedor, especialmente después de haber atravesado el laberinto de colinas bajas y fragmentadas: hacia el oriente se divisaban tres mesetas claramente definidas, de izquierda a derecha las actuales Bucaramanga, Ruitoque y Los Santos. Era un entorno demasiado vasto y complejo como para pensar, como pretendía Martín, que fue atravesado en línea recta y en apenas dos jornadas.

Por ello, a partir de aquí se sigue el relato de Castellanos, apoyado en algunos datos de Aguado. Según el primero, además del hambre y el agotamiento físico, los soldados sufrían un profundo desgaste anímico. El oro recogido en las tierras de los *pacabueyes* y *cindahuas* —y que había sobrevivido a la pérdida de Vascaña— seguía bajo control exclusivo de Alfínger, lo cual generaba tensión entre los hombres, que exigían su reparto tras tantas penurias. Pero el gobernador se negaba a distribuirlo antes de hacer las cuentas de los gastos previos a la expedición. En medio de este ambiente, Castellanos describe la ruta en estos versos:

Por una y otra parte discurriendo, camina sin cesar el marcio coro, Los confines de Guane

descubriendo, Provincia de grandísimo decoro, Por ásperos caminos descendiendo, A lo que llaman hoy río del Oro, Do las lucidas puntas de sus minas, Esceden en quilates las más finas.

Estienden adelante sus carreras, Aquestos valerosos españoles, Atravesando cumbres y laderas, Asperísimos riscos y peñoles, Hasta que ya pusieron sus banderas, En la zavana de los Caracoles, A la cual, por los muchos que hallaron, De semejante nombre la llamaron.

Pues en cierto rincón desta dehesa, Estando ya con falta de alimento, Congregacion de aguas y represa, De caracoles dió gran cumplimiento; Y en veinte días no gozó su mesa De otro más cabal mantenimiento, Hasta tanto que Estéban Martin vino Y trajo nuevas de mejor camino.²⁷⁴

El poema confirma que el encuentro anterior fue efectivamente con los *guanés* en sus “confines”, es decir en su frontera, y que desde allí descendieron por terrenos escarpados hacia un río que Castellanos ya identifica como el río de Oro, probablemente por las noticias posteriores de sus yacimientos auríferos. La expresión “ásperos caminos” concuerda con el abrupto descenso del terreno desde el borde de la meseta de Lebrija —particularmente en el sector de las veredas El Pantano y Cantalta— hasta el valle del río de Oro, en las inmediaciones de Chocoa y Chocoita, atravesando pasos angostos, filos delgados y barrancos escarpados. Es posible que la hueste haya buscado un descenso gradual, utilizando filos y cuchillas descendentes, quizá cercanos a los carreteables y caminos actuales.

Por su parte, Aguado señala que el hambre era tal que los hombres apenas podían caminar. Para colmo, no se divisaban poblaciones indígenas cercanas, lo que implicaba que no tendrían acceso inmediato a alimentos. Por ello, Alfinger decidió detener la marcha, buscar una fuente de provisiones y recomponer el estado general de la hueste, en lugar de continuar y arriesgarse a repetir el destino de Vasuña.²⁷⁵ Fue así como ascendieron nuevamente a una sabana —término

²⁷⁴ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207.

²⁷⁵ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. X, 82.

que en las crónicas se refiere a un llano o meseta— por un camino lleno de “cumbres y laderas y asperísimos riscos y peñoles”, hasta llegar a una laguna o ciénaga pequeña donde abundaban los caracoles.

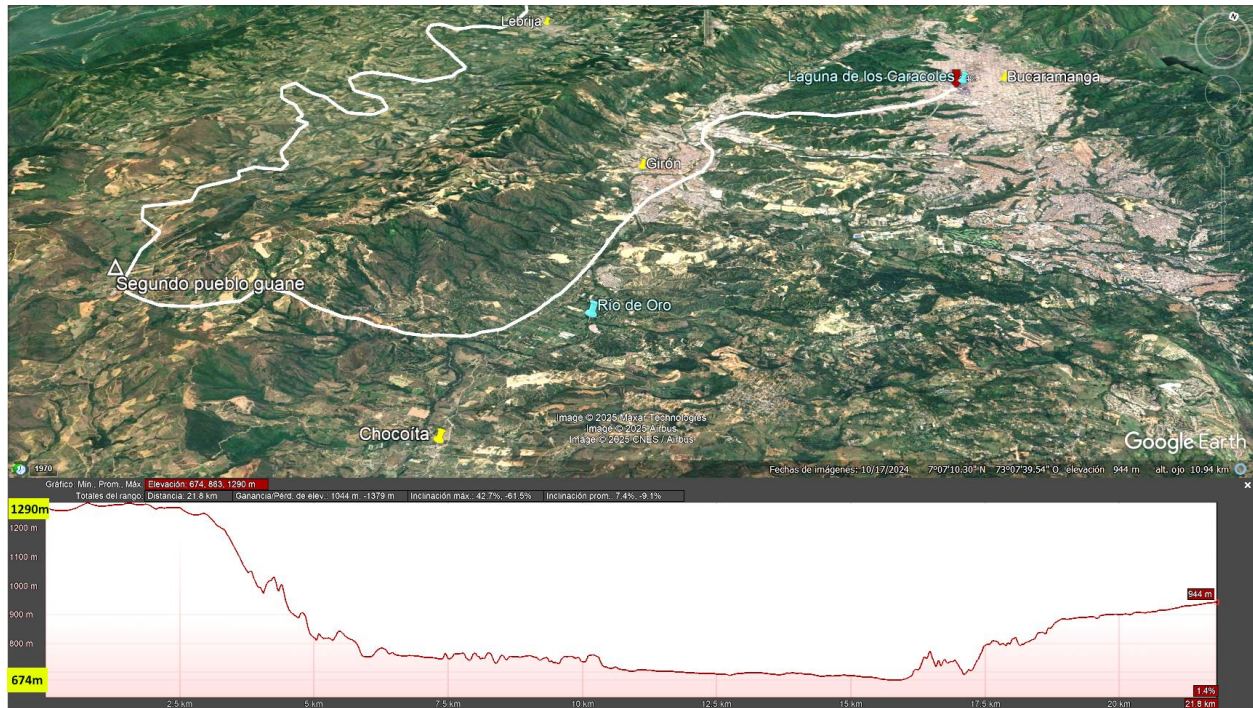
Esta “sabana de los Caracoles” ha sido identificada por la historiografía con la actual meseta de Bucaramanga. En efecto, se dice que antiguamente existía allí una pequeña laguna, más tarde conocida como San Mateo,²⁷⁶ que fue desecada con el crecimiento urbano de la ciudad. Según diversos estudios, esta laguna se ubicaba donde hoy se encuentra la Plaza de Mercado Central. La tradición sostiene que fue esta fuente de agua la que permitió a la hueste sobrevivir durante esos veinte días de escasez, y que, por ello, “Sabana de los Caracoles” se podría considerar como el primer nombre de la meseta. Ahora bien, los “asperísimos riscos y peñoles” que debió atravesar la hueste antes de llegar a la sabana de los Caracoles corresponden, sin duda, a la escarpa occidental de la meseta de Bucaramanga. Esta formación geográfica, marcada por la erosión y por los característicos estoraques, configura casi una muralla natural para quien intenta ascender desde el valle del río de Oro.²⁷⁷

De acuerdo con el recorrido y las condiciones del terreno, la hueste debió emplear entre dos y tres jornadas en alcanzar la sabana, sumando además el tiempo invertido en explorar la zona desde el río de Oro antes de hallar la laguna. La marcha, dificultada por la fatiga, el hambre y la ausencia de caminos, fue necesariamente lenta y fragmentada. Según este cálculo, habrían llegado a la actual Bucaramanga hacia el 9 de diciembre de 1532.

²⁷⁶ Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 11.

²⁷⁷ Otero D’Costa interpretó otra ruta de llegada de Alfinger a la meseta de Bucaramanga. Según su deducción, entró a las sierras no por la meseta de Lebrija sino más al norte por el cerro de Jurisdicciones, para luego girar rumbo sur por el valle de Escatala, pasar por el actual Rionegro y entrar al valle del río de Oro por el norte, por “Bocas”. Desde allí subió a la laguna de los caracoles. Esta misma ruta, quizá siguiendo el derrotero de D’Costa, la escribió el padre Isaías Ardila. Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 395-399; Isaías Ardila Díaz, *El pueblo de los guanés: raíz gloriosa de Santander* (Bogotá: SENA, 1978), 26.

Figura 20. Recorrido entre la meseta de Lebrija y la de Bucaramanga, pasando por el valle del río de Oro.



La ruta reconstruida tiene una longitud aproximada de 21,8 km. El perfil altimétrico evidencia un fuerte descenso desde los 1.290 hasta los 674 m s. n. m., seguido de un ascenso progresivo a la meseta de Bucaramanga, hasta alcanzar los 944 m s. n. m. en el sector de la antigua laguna de los Caracoles.

Estuvo la hueste, pues, alrededor de esta laguna por lo menos veinte días, reponiéndose a punta de caracoles tras la amarga experiencia de haber tenido que alimentarse de caballos. Durante ese tiempo, según relata Aguado, se encontraron algunos rastros y vestigios de indígenas en las inmediaciones, lo que llevó a Alfinger a organizar una avanzada de sesenta hombres al mando de Esteban Martín, con el objetivo de explorar las vecindades en busca de nuevos poblados.

Martín y su escuadra debieron haber incluido en su recorrido las otras dos mesetas que seguramente ya habían divisado desde el alto: la de Ruitoque y la de Los Santos. Fue en esta última

donde se produjo el gran hallazgo: la provincia de *Guane*, abundante en poblados y cultivos.²⁷⁸ Allí, en la llamada *Xérira*, descansaron con sus compañeros, y muy probablemente entraron en contacto directo con los indígenas, ya que, como se indica en la fuente, “la hueste recogió la comida que pudo llevar en las piezas o indios que consigo traía y con otros que en esta provincia de *Guane* había tomado”.²⁷⁹ Esto sugiere que, además de los prisioneros capturados previamente en la meseta de Lebrija, Martín esclavizó a nuevos indígenas *guanés* durante esta exploración.

Luego, bajó de nuevo donde estaba Alfinger, quien se alegró por las buenas noticias que traía su maestro. Al día siguiente, toda la hueste emprendió la marcha hacia *Xérira* por “el camino que el caudillo y gente que había enviado descubrieron”.²⁸⁰ Esto sugiere que entre la meseta de Bucaramanga y la Mesa de *Xérira* existía ya un camino prehispánico, muy probablemente desde Piedecuesta. Es posible que, como en otros casos, este camino indígena haya servido como base para la existencia posterior del camino colonial entre Piedecuesta y Los Santos,²⁸¹ el cual aparece posteriormente registrado en varios mapas del siglo XIX y cuya ruta describió Manuel Ancízar en su *Peregrinación del Alpha*.²⁸²

Una vez allí, permanecieron algunos días descansando y recomponiéndose del mal estado

²⁷⁸ Otero D’Costa no menciona que Esteban Martín hubiese subido a la Mesa de los Santos, por el contrario, asegura que el descubrimiento de la “comarca Guane” fue en las vertientes de los ríos Frio y Hato, donde, hasta el momento no se han reportado hallazgos arqueológicos que correspondan a los grandes pueblos mencionados por la crónica. Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 12.

²⁷⁹ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. X, 83.

²⁸⁰ *Ibid.*, 84.

²⁸¹ Ana María Groot de Machecha, “Sal, caminos y mercaderes: El caso de los muisca en el siglo XVI,” en *Caminos precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros*, ed. Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ministerio de Cultura, 2000), 264.

²⁸² Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 i 51* (Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1853), 382-384. De acuerdo con las investigaciones del arquitecto y caminante Gilberto Camargo, el antiguo camino entre Piedecuesta y Los Santos partía del punto conocido como “El Bwey” o Tres Esquinas, posiblemente llamado así porque era la conjunción de los tres caminos que provenían de Los Santos, Piedecuesta y García Rovira. De allí ascendía hacia el borde de la mesa para salir a la vereda La Navarra, donde existía una antigua hacienda. Luego el camino continuaba hacia el sur, llegando a las dos primeras posadas: la de Guayabal y la de la Cruz. Posteriormente seguía hacia Los Santos por el mismo trazado actual de la carretera, pasando por otras posadas y haciendas como El Granero, La Fuente y El Guamito. *Comunicación personal* de Gilberto Camargo Amorochó. Es posible que la subida del antiguo camino entre Piedecuesta y la Mesa de Los Santos corresponda a uno de los senderos y carretables de las veredas El Volador y El Guamo, con posible salida a la cima, por El Guamo - La Cumbre.

en que venían. Castellanos lo resume así:

Dió noticia de grandes poblaciones, Prolijas sementeras y labranzas, Aparencias y representaciones Del cumplimiento de sus esperanzas: Aliéntanse hambrientos escuadrones, Compónense guerreras ordenanzas, Afilanse las lanzas, las espadas, Y a gran priesa caminan las jornadas.²⁸³

De estos versos se deduce la magnitud de los asentamientos *guanés* en la Mesa de *Xérira*, al punto que Alfinger pudo haber creído que finalmente había encontrado la provincia que venía buscando: aquella habitada por la “gente de verdad” que comerciaba con los *coanabo*. Por otra parte, es necesario precisar con qué se encontraron los expedicionarios de Alfinger al subir a la Mesa, ¿Encontraron poblados nucleados, dispersos, o solo cultivos?

Varias propuestas han formulado los investigadores sobre los patrones de asentamiento de la etnia *guane*. El punto de partida son los cronistas: Pedro Simón señala que la población era numerosa, “pues en la poca tierra que hemos dicho tenían, había más de treinta mil casas y en cada una todo un linaje y parentela, con que hervía toda de gente”.²⁸⁴ No obstante, Otero D’Costa resta crédito a tales afirmaciones, considerando que eran exageraciones tanto de los conquistadores para ensalzar su mérito como de los cronistas para condenarlos por la “destrucción de los indios”.²⁸⁵

Por su parte, Emilio Arenas sugiere que la impresión de muchas viviendas se debía al gran número de rancherías de pesca que la hueste de Martín Galeano encontró al recorrer el territorio. De hecho, afirma que el único asentamiento nucleado de los *guanés* era el poblado de *Macaregua*, al borde del cañón del Chicamocha, cerca del actual municipio de Villanueva.²⁸⁶ Esto coincide con el patrón descrito por el padre Isaías Ardila, quien, al referirse a las dificultades de doctrina, señala

²⁸³ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207.

²⁸⁴ Simón, *Noticias Historiales*, tomo II, parte II, noticia V, cap. V, 348.

²⁸⁵ Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 341.

²⁸⁶ Arenas, *Los Guane*, 62.

que una de ellas era la dispersión de los indios, ya que “aun cuando todos vivían dentro del territorio de su respectiva tribu, sus habitaciones estaban distanciadas unas de otras”.²⁸⁷

Así, la mayoría de los autores concuerdan en que el patrón de asentamiento era principalmente disperso dentro de un territorio común, identificado bajo el nombre del cacique que lo regentaba. En el caso de la mesa de *Xérira*, considerada la “capital” de la provincia prehispánica por ser residencia del señor principal, *Guanentá*, cabría esperar un gran poblado nucleado; sin embargo, los hallazgos arqueológicos no apuntan en esa dirección. En los alrededores de donde se cree que habitó el cacique no se han encontrado rastros de un asentamiento principal que englobara a los demás, sino “pequeños poblados agrícolas dispersos” de entre dos y diez unidades de vivienda, con casas equidistantes hasta un kilómetro entre sí, constituyendo “pequeños núcleos-aldeas con un patrón de vivienda semi-disperso”. Además, en cada casa habitaban unidades familiares pequeñas, junto a sus propios campos de cultivo, lo que sugiere que estos asentamientos estaban “en función de las necesidades objetivas, los paisajes naturales y la disponibilidad de recursos”.²⁸⁸

Este tipo de asentamiento semi-disperso en el área de la mesa de *Xérira* implicaría no solo la presencia de la etnia en la parte occidental de la meseta, alrededor del actual pueblo de Los Santos, sino también la expansión de sus campos de cultivo y pequeñas aldeas hasta los bordes orientales o muy cerca de ellos, según el espacio requerido para el abastecimiento de maíz. Ahora bien, aunque no es posible establecer con certeza qué tan “adentro” de la mesa llegó la vanguardia de Alfinger, es probable que las “prolijas sementeras” y las “grandes poblaciones” (término

²⁸⁷ Ardila Díaz, *El pueblo de los guanes*, 213.

²⁸⁸ Leonardo Moreno González, “Los Teres: un asentamiento ordenador del territorio Preguane-Guane. Una aproximación al tema urbano,” *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 18, núm. 2 (2024): 358–359, Universidad Industrial de Santander, https://scielo.org.co/scielo.php?script=sci_serial&pid=0122-2066.

previamente matizado) hubiesen estado también próximas al borde oriental por lo que no habría necesidad de penetrar en el corazón de *Guanentá*, algo que, como se verá a continuación, se deseaba evitar.

Según Castellanos, en medio de dicha abundancia, no solo comieron y descansaron, sino que también alistaron sus armas. ¿Por qué? Es necesario, en este punto, abordar una hipótesis planteada inicialmente por Juan Friede: Alfínger habría tenido la intención de conquistar la provincia de Guane avanzando hacia el sur, pero el estado de su hueste —agotada, mal equipada y sin suficientes pertrechos—, sumado al número considerable de indígenas *guanés*, lo habrían disuadido de emprender tal empresa en ese momento. Aun así, aquella visión de riqueza sembró en él una idea que, al parecer, fue compartida con sus hombres, y en particular con Esteban Martín, su maestro: guardar el descubrimiento en secreto para, una vez de regreso en Coro, organizar una nueva expedición con el objetivo de volver a *Xérira* y someterla, algo que se retomará en un capítulo posterior.²⁸⁹

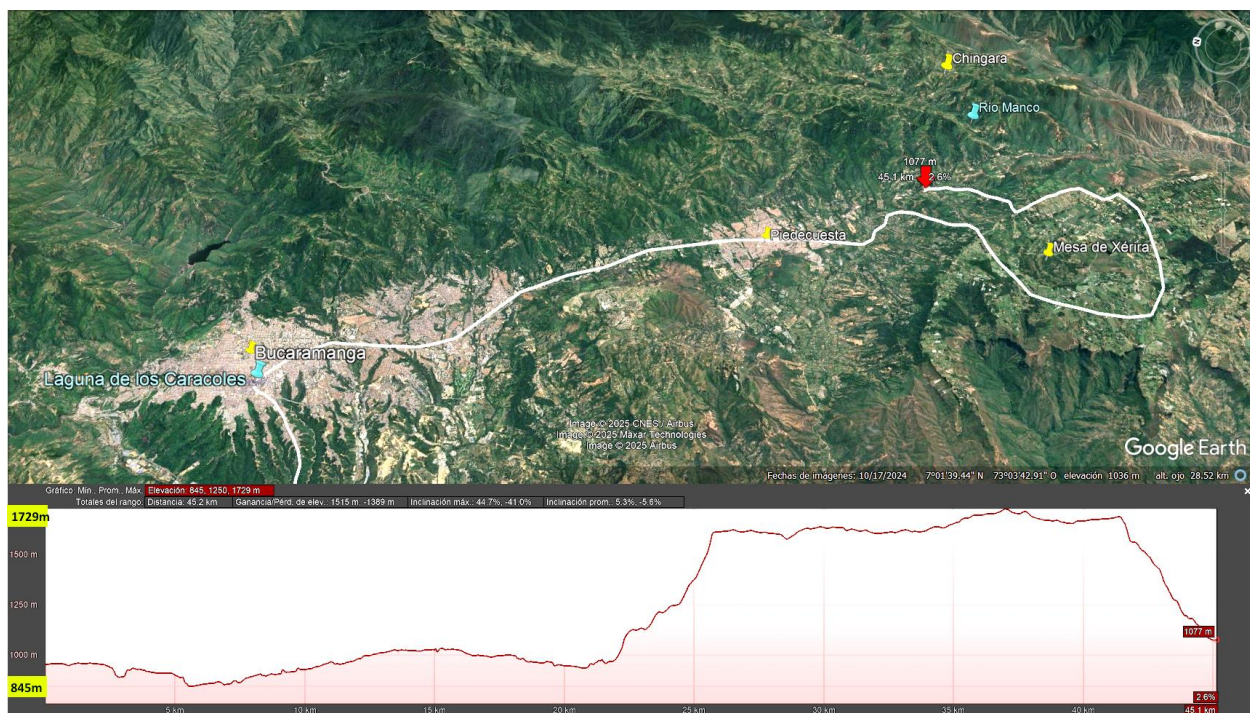
Esa sería la razón por la cual en la *Declaración de una lengua* —documento que se destaca por su nivel de detalle— no se relata nada de lo ocurrido entre la salida de la meseta de Lebrija, la llegada a Bucaramanga y la posterior subida a *Xérira*, sino que el relato pasa directamente al cruce de la sierra oriental, omitiendo por completo esta importante etapa de la expedición. Al tratarse de un documento oficial dirigido a la Corona, convenía excluir esa información para evitar que se filtrase, por ejemplo, en Santo Domingo, como de hecho terminó ocurriendo. Si el hallazgo se divulgaba, la gobernación de Santa Marta podría adelantarse en la conquista de *Xérira*. Así, el descubrimiento de la provincia *guane* quedó deliberadamente fuera del relato de Martín y habría permanecido en el olvido de no ser por las crónicas de Castellanos y Aguado. Sobre este tema se

²⁸⁹ Juan Friede, "Geographical Ideas and the Conquest of Venezuela," *The Americas* 16, no. 2 (octubre de 1959): 151–152.

profundizará más adelante cuando se analice la cronología global de la expedición.

A la hipótesis de Friede debe añadirse el hallazgo de depósitos auríferos en la cuenca del futuro río del Oro, un hecho que sin duda advirtieron los mineros alemanes que acompañaban la hueste de Alfinger. Todo indica que esta información se mantuvo en el ámbito de los propios alemanes y de los altos mandos, aunque es posible que la riqueza del río fuese tal que algún soldado español de la expedición llegase a percatarse de ello, originando así los rumores que circularon en los años posteriores entre los conquistadores. En conjunto, tanto esas evidencias de riqueza como el descubrimiento de la provincia de *Guane* conformaban un hallazgo significativo que bien pudo haber sido parte del secreto guardado, lo que explicaría la desaparición del relato oficial de Martín entre la meseta de Lebrija y las sierras de *El Mene*.

Figura 21. Recorrido hacia la Mesa de Xérira, provincia de Guane.



Nota. Se presenta el trayecto de ascenso a la Mesa de Xérira, descubierta por Esteban Martín. A pesar de que no se conoce con exactitud el trazado del camino prehispánico, la gráfica recrea un recorrido posible entre Bucaramanga y la meseta de Xérira, siguiendo el ascenso que habría hecho la hueste hasta la provincia *guane* antes de descender nuevamente hacia los alrededores de

Piedecuesta. Claramente el perfil altitudinal muestra la meseta donde se encontraba la provincia de *Guane*.

Allí, cuando la hueste estaba a punto de ingresar nuevamente en las sierras orientales, el relato de Esteban Martín vuelve a retomar los hechos. De manera paralela, tanto la crónica de Castellanos como la de Aguado concluyen su narración sobre los sucesos de la mesa de *Xérira* y del río del Oro, y pasan directamente al siguiente episodio.

3.4 Las sierras altas: abriendo nuevos caminos

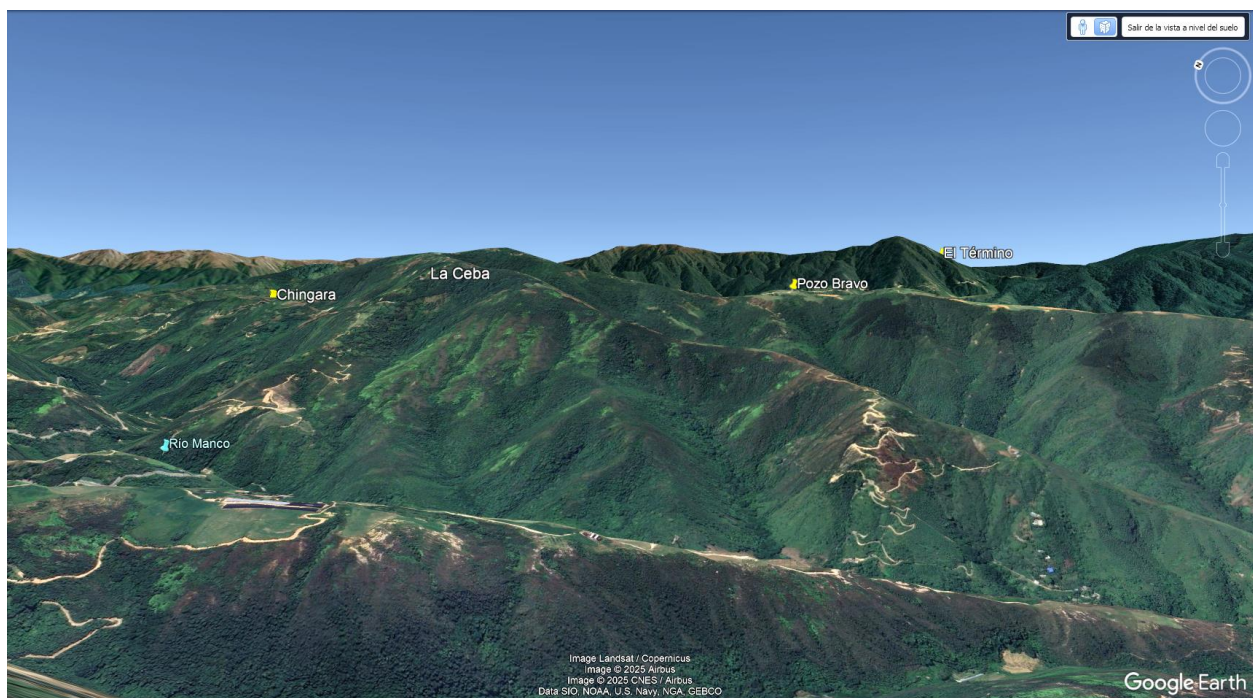
Continuando con el relato de Martín:

Andamos nuestro viaje a cabo de dos jornadas de este dicho pueblo llegamos cerca de una sierra muy alta en la cual parecían algunos humos de pueblos y como vimos la mala disposición de la sierra, acordó el gobernador de enviar (f^o 6) a Francisco de Santa Cruz, su mayordomo y alguacil mayor, con sesenta hombres a ver las dichas sierras y a traerle bastimento, el cual luego se partió con un indio de los que atrás habíamos tomado por guía y según nos contó fue a unos pueblos que estaban en la dicha sierra y los indios se les defendían muy cruelmente, pero todavía tomaron algunos indios y trajeron maíz para comer; tardaron en ir y venir cuatro días.

Según el relato de Esteban Martín, tras dejar el segundo asentamiento *guane* en la meseta de Lebrija, la hueste caminó dos jornadas hasta situarse frente a una sierra muy alta, donde observaron humos que delataban la presencia de pueblos. Ahora bien, por Castellanos y Aguado se conoce que la última posición verificable antes de ese punto fue la mesa de *Xérira*, donde la hueste se había detenido por varios días para recuperarse al amparo de los cultivos *guanés*. Una vez descartado avanzar hacia el sur —tanto por la presencia de poblados *guanés* como por el profundo cañón del Chicamocha— la única alternativa viable fue dirigir la marcha hacia el oriente. Sin embargo, en esa dirección se levanta el sistema de páramos de Berlín-Santurbán, una barrera natural de gran dificultad.

En este contexto, se propone una hipótesis: desde el borde nororiental de la mesa de *Xérira*, Alfinger pudo haber divisado el valle del río Manco y, al fondo, algunos poblados prehispánicos activos, como *Chingara* (o Chingala) —topónimo que se conserva como vereda en el actual municipio de Santa Bárbara—. Desde ese mirador de la Mesa, es posible que también se divisara, en días despejados, el sitio de Pozo Bravo e incluso los contrafuertes del páramo. Así, los "humos de pueblos" referidos por Martín pudiesen haber sido señales visibles desde *Xérira*.

Figura 22. Vista desde el borde nororiental de la Mesa de *Xérira*.



Nota. Imagen que recrea la vista que pudo haber tenido Alfinger hacia el oriente desde el borde de la Mesa, luego de haber descansado en territorio *guane*. Desde este punto es posible divisar el valle del río Manco y veredas actuales como Chingara, La Ceba y Pozo Bravo, lo que podría concordar con la mención de “humos de pueblos” en las sierras del frente.

Aun hoy, las estribaciones occidentales del páramo de Berlín son de difícil acceso, por lo que no sorprende que, al descender hacia los alrededores de la actual Piedecuesta, la hueste viese en las montañas una barrera infranqueable, “de mala disposición”, como señala Esteban Martín.

Desde allí, Alfinger envió a Francisco de Santa Cruz con sesenta hombres y un guía *guane* para buscar un paso hacia el oriente y conseguir alimentos. Tras cuatro días de marcha, la escuadra logró capturar algunos indígenas y traer maíz para la hueste, algo que permitió aliviar momentáneamente la situación.

Con todo, y pese a la muy probable existencia de un camino prehispánico que comunicaba el área guane con los pueblos observados por Alfinger en lo alto, Santa Cruz no halló un sendero lo suficientemente adecuado para el paso de la hueste y de sus caballos. Este problema era frecuente en los primeros años de la conquista, cuando los caminos indígenas, concebidos solo para el tránsito peatonal, resultaban tan estrechos y empinados que “los caballos no podían ni podrán andar por ellos”.²⁹⁰

Continúa el relato:

Y como dijeron la mala disposición de la tierra, el gobernador acordó de echar más a la mano derecha por tierra despoblada y sin camino y a cabo de dos jornadas se aposentó junto al pie de la dicha sierra en un valle porque nos dijeron los indios que allí había algunos pueblos, y el gobernador envió al dicho Santa Cruz para que lo viese, el cual luego que vino me mandó a mí que fuese con setenta hombres a ver las dichas sierras y ver si las podíamos pasar, y luego me partí con los dichos compañeros y aquel día llegué a un pueblo adonde había ido el dicho Santa Cruz y a obra de un cuarto de legua de allí estaba otro pueblo y fuí a amanecer sobre él y tomé algunos indios y algún maíz y enviélo al real que así me lo había mandado el gobernador.

Dado que los caminos descubiertos por Santa Cruz hacia el oriente eran demasiado estrechos —pues estaban dispuestos solo para el paso peatonal y no permitían el de los caballos—, Alfinger no tuvo más opción que abrir su propia ruta. Es posible que, según las observaciones del terreno hechas desde el “mirador” del borde de la Mesa, notara que, hacia el sur, el río Manco salía

²⁹⁰ Pedro Cieza de León, citado en Sofía Botero Páez, “Elementos para leer un palimpsesto: indígenas, caminos, piedras, mulas y caballos en Colombia,” *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 20, núm. 37 (2006): 270.

de su cañón y se abría un valle menos agreste, desde el cual ascendían dos cuchillas o filos que subían de forma gradual hasta unirse más arriba, cerca de donde se veían salir los humos. Actualmente, estos dos filos corresponden a los sitios de Betania y El Fical-Alto de Vacas, que se desprenden desde un punto común que da acceso a las veredas La Ceba y Chingara. Un ascenso por cualquiera de estos dos lomos evita atravesar el profundo cañón del río Manco y lo bordea por su extremo sur.

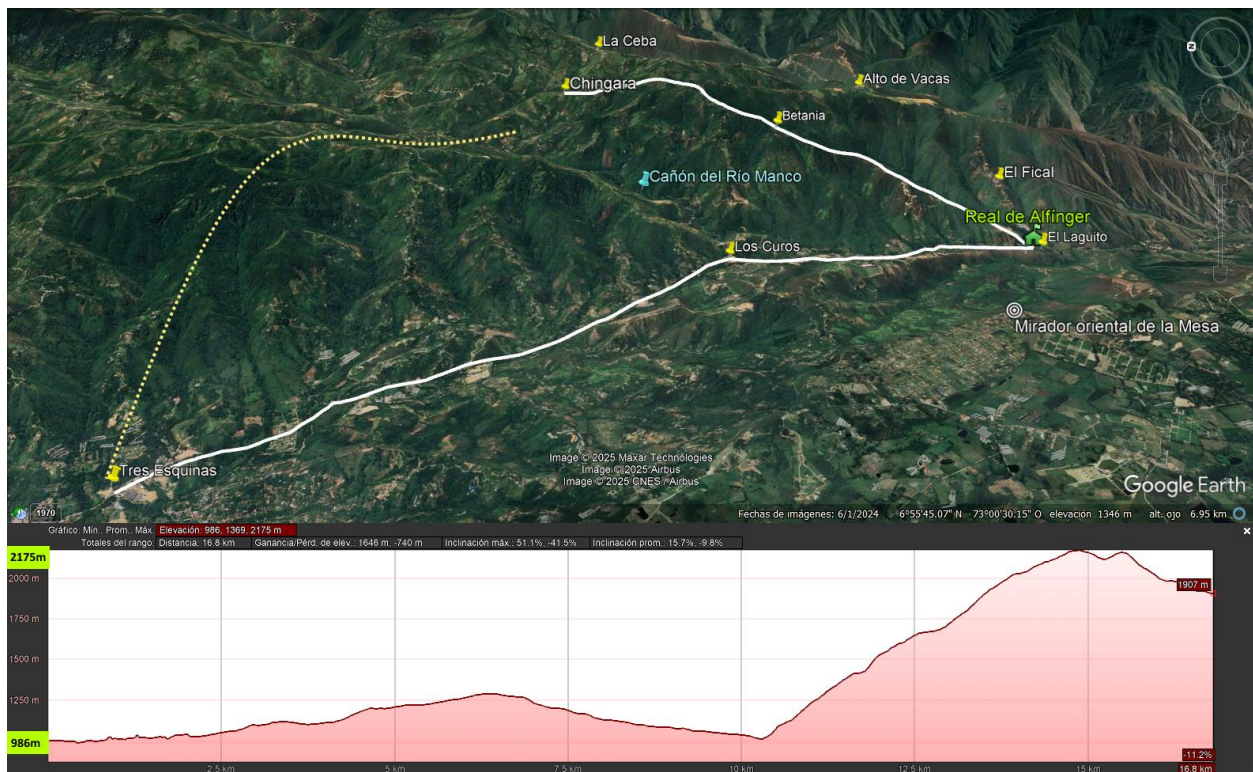
Según Martín, Alfinger decidió entonces flanquear la sierra por la derecha, guiado tanto por la búsqueda de un ascenso menos abrupto como por la indicación de los indios *guanés*, quienes afirmaban que hacia ese costado había más poblados. Esta información parece coincidir con los registros coloniales, que ubican los pocos asentamientos de la región en la parte superior del cañón del río Manco, especialmente alrededor de Chingara, el mismo grupo de pueblos que Alfinger pudo haber divisado desde la mesa de *Xérira*.

Así, la hueste, abriendo nuevo camino, avanzó por el borde de la actual quebrada Grande hasta llegar al punto actual conocido como Los Curos. Desde allí, buscó la forma de descender al valle del río Manco, por donde hoy discurre la carretera hacia Pescadero. La apertura del camino, a manos de los indígenas esclavizados, debió ser una labor ardua, toda vez que, en un tramo de apenas diez kilómetros, se emplearon dos jornadas completas. Una vez en la base de los dos brazos mencionados, cerca de lo que hoy es el antiguo club El Laguito, Alfinger decidió establecer un campamento provisional —también conocido como “real”— mientras la vanguardia, encabezada por Santa Cruz y Martín, se encargaba de subir por las cuchillas, explorar el terreno, asegurar provisiones y buscar un paso viable hacia el oriente.

Al llegar al interior de la montaña, encontraron al menos dos pueblos indígenas cercanos, separados por algo más de un kilómetro, los cuales muy seguramente correspondían a *Chingara* y

Opaga, como se explicará más adelante. Aunque los pueblos ofrecieron resistencia, lograron someterlos, recolectar algo de maíz y esclavizar algunos indios, que enviaron de regreso al campamento de Alfinger, en el pie de la montaña. De acuerdo con la cronología revisada, la toma de *Chingara* y *Opaga* en las sierras debió ocurrir hacia mediados de marzo de 1533.

Figura 23. Ascenso a los pueblos de la sierra por la vía del sur, ruta Los Curos-El Laguito-Betania.



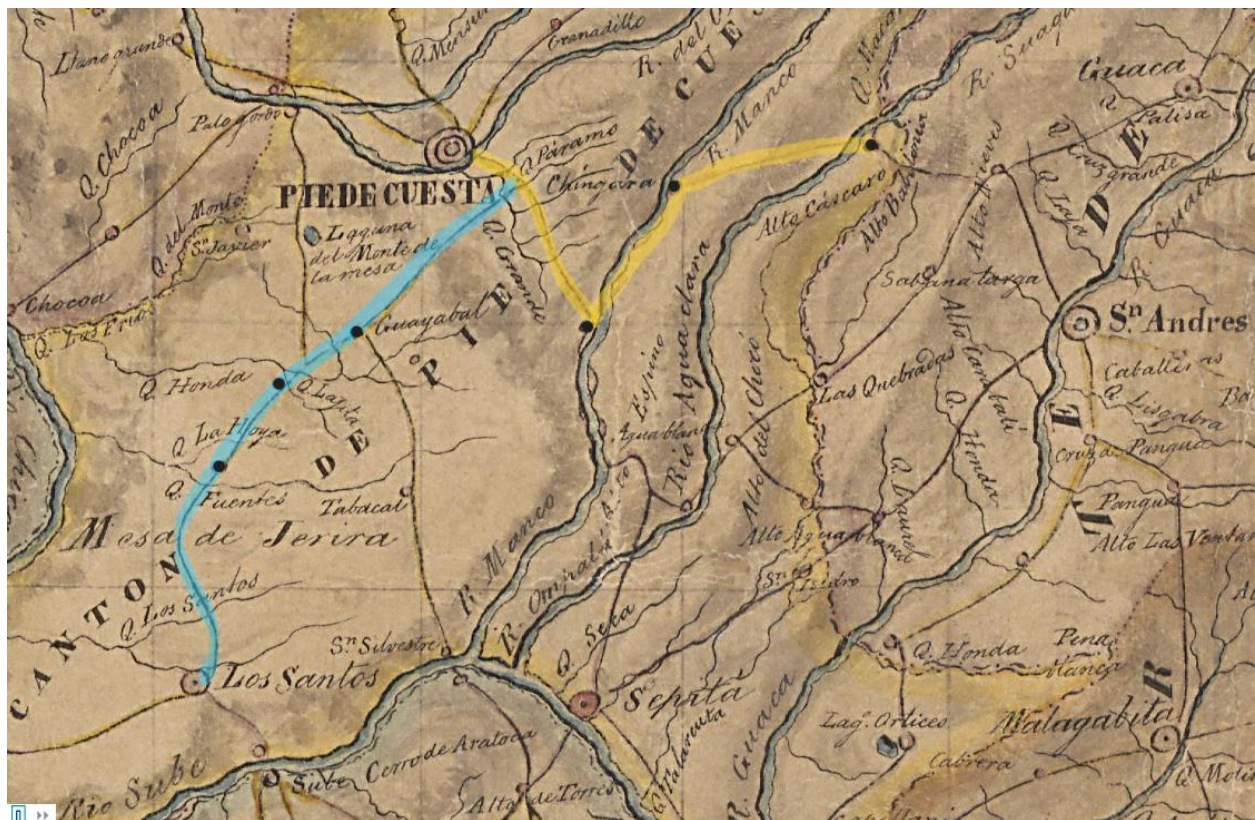
Nota. Luego de bajar de la Mesa de *Xérira* y haber observado el terreno oriental, las montañas del frente eran demasiado empinadas y agrestes, por lo que el gobernador quiso ir más a la derecha (sur) para ascender por una de las crestas que lo llevasen directo a los pueblos sin tener que cruzar el cañón del río Manco. Usando el filo de Betania, el ascenso de alrededor de 1200 metros se hizo más progresivo y por montaña descubierta hasta la zona de actual de Chingara. La línea blanca indica esa ruta. La línea punteada amarilla marca la ruta de exploración de Francisco de Santa Cruz por senderos estrechos. Los pines amarillos indican sitios actuales.

Ambos senderos, el de Betania y el de El Fical–Alto de Vacas, aún permanecen abiertos.

Durante la época colonial, el profundo cañón del río Manco siguió representando un obstáculo

para la conexión con la región que hoy corresponde a García Rovira, por lo que la ruta por el sur debió continuar en uso durante largo tiempo. El análisis cartográfico muestra que este paso se mantuvo activo hasta la apertura de la carretera Curos–Guaca, en la década de 1940, aunque probablemente no por el filo de Betania, sino por una ladera más próxima al cauce del río, hasta llegar al poblado de Chingara, que al parecer se encontraba antiguamente junto al río, como se abordará más adelante.

Figura 24. Fragmento del mapa de la Provincia de Soto. Comisión Corográfica, 1851.



Nota. Se aprecian los dos ríos principales que separan a Piedecuesta de Guaca: el Manco, a la izquierda, y el Aguaclara (o Suaque/Umpalá), a la derecha. El resaltado amarillo indica el antiguo camino colonial hacia García Rovira, que ascendía a Los Curos y cruzaba por el valle del río Manco hacia Chingara antes de dirigirse al oriente para atravesar el río Umpalá. El azul marca el camino a Los Santos, pasando por El Guayabal. El mapa muestra imprecisiones de proporción propias de la época, como la ubicación de Guaca más al norte que Piedecuesta. Tomado de: Biblioteca

Nacional de Colombia.²⁹¹ Resaltado propio.

3.5 El hallazgo de El Mene: redescubriendo un pueblo sin rastro

A continuación, relata Martín cómo llegaron a un pueblo muy importante:

Y fuí adelante por las dichas sierras y asomado que asomamos a un valle vimos a media legua de nosotros un pueblo de cincuenta bohíos que se decía el mene en el cual había muchos indios, y luego que nos vieron se pusieron en armas contra nosotros.

Desde la zona de Chingara, la hueste avanzó —al parecer nuevamente por caminos indígenas— hacia el oriente, hacia el otro valle, es decir, el del río Umpalá, para encontrarse con el poblado llamado *El Mene*. Lo primero que llama la atención es que este nombre es el único que se conserva con forma propia en toda la segunda parte de la expedición, desde *Zomico*, en territorio de los *pacabueyes*, hasta el regreso al lago de Maracaibo. Sin duda, el nombre fue referido por los propios indios, ya fuesen los *guanés* o los capturados en Chingara, lo que sugiere que *El Mene* era un pueblo principal y de renombre, como lo confirman las apreciaciones que se desarrollan en este apartado.

No es posible determinar si “*El Mene*” (en ocasiones escrito como *Elmene*) corresponde a una voz indígena o si se trata de la castellanización de un término no comprendido. De entrada, llama la atención que no se asemeja a los topónimos comunes de los pueblos *chitareros* (como *Pánaga*, *Cácota*, *Chinácota*, *Iscale*, *Rábicha* o *Bábega*), ni a los *guanés* (como *Macaregua*, *Charalá*, *Chanchón*, *Butaregua* o *Tocaregua*). En ese sentido, la hipótesis de que se trate de una

²⁹¹ Giovanni Battista Agostino Codazzi, *Mapa Corográfico de la provincia de Soto levantado por Agustín Codazzi 1851* (Bogotá: Archivo General de la Nación, 1851), Biblioteca Nacional de Colombia, Registro fmapoteca_11_fagn_11, <https://www.bibliotecanacional.gov.co>.

castellanización parece más probable.²⁹²

Cabe entonces preguntarse si pudiese tener relación con la palabra *mene*, utilizada en el área del lago de Maracaibo para referirse al betún natural: “algunos ojos o manantiales de betún, a manera de brea o pez derretida, que los indios llaman mene”.²⁹³ Es posible que algo que viesan en el camino, o que les fue referido, hiciese que pensarán en ese mismo significado.²⁹⁴ Pese a ello, hasta ahora no se conocen afloramientos de este tipo en la zona de la Cordillera Oriental, cerca de estos valles, por lo que dicha relación no parece probable. Por lo tanto, mientras no se cuente con mayor información, el origen del término sigue siendo incierto.

En cualquier caso, este fue el nombre por el que se conoció tanto el pueblo como las sierras circundantes en las primeras épocas de la conquista. Por otra parte, el relato de Esteban Martín otorga especial atención a lo ocurrido en este poblado y a la generación indígena que lo habitaba, lo que convierte al episodio en un punto de notable interés dentro de la expedición. A partir de ello, se propone una hipótesis sobre su ubicación, aspecto que ha sido objeto de amplios debates desde que el itinerario de Alfinger comenzó a ser estudiado por los académicos. Mientras autores como Juan Friede consideran imposible determinar su localización actual,²⁹⁵ otros han planteado diversas teorías. De algún modo, entre quienes han abordado el tema, *El Mene* ha adquirido el

²⁹² Otero D’Costa, al sostener su teoría de que estos indios de El Mene eran los mismos guanes, dice que estos dos vocablos “mene” y “guane” guardan cierta analogía fonética, por lo que, según él, es posible que del primero nació más tarde el segundo por corrupción del nombre indígena. Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 402. Por su parte, el padre Isaías Ardila dá la siguiente hipótesis: “Según el diccionario Chibcha, del cual era filial el dialecto Guane, “e” significaba “ya”; y “mena” equivalía a “mañana”, así como “meca” significaba “tarde”. Es posible suponer que el nombre original de aquella agrupación indígena era “Emena”, adulterado por los expedicionarios, como solían hacerlo con las voces indígenas. Y dado el sentido metafórico del idioma de los naturales, tal nombre pudo indicar que el pueblecillo, estaba en una alta meseta, acariciada por los primeros rayos del sol mañanero. Ardila Díaz, *El pueblo de los guanes*, 27.

²⁹³ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. IX, 301.

²⁹⁴ Schumacher, en su traducción, señala que “mencionaron el lugar vecino, aparentemente bien poblado, llamado ‘Mene’, es decir, ‘Betún de Tierra’”. El término que utiliza en alemán es *Erdpech*, que se traduce como asfalto. Dada la ausencia de ese material en la zona, es probable que la asociación haya sido establecida por el propio Schumacher, vinculando el término con el uso que se le daba en el área de Maracaibo. Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 80.

²⁹⁵ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 206.

carácter de un mito o de un enigma dentro de la historiografía.

El primero en proponer una ubicación para *El Mene* fue Otero D'Costa, quien lo situó en las “estribaciones occidentales del páramo de las Ollas”,²⁹⁶ probablemente en los “valles del riolato [río del Hato] o del Riofrío”. Con todo, su planteamiento no va más allá de una localización general, basada en un documento colonial que asocia *El Mene* con Chingalá [Chingará], actual vereda de Santa Bárbara.²⁹⁷ Posteriormente, Germán Colmenares, en *Encomienda y población en la provincia de Pamplona*, propuso que “junto con Lauraca debía estar situado entre Suratá y Matanza”, ampliando así la discusión hacia un sector más al norte.²⁹⁸

Más adelante, el padre Isaías Ardila recopiló los argumentos de Otero D'Costa y añadió otros elementos para terminar respaldando su ubicación original.²⁹⁹ En la misma línea, Morales y Cadavid coincidieron con D'Costa al ubicar a *El Mene* cerca de Piedecuesta, aunque introdujeron una variación importante: a diferencia de la propuesta montañosa inicial, sugirieron que el poblado se hallaba en un valle, específicamente el del río de Oro, entre la Mesa de Jéridas y el actual Piedecuesta.³⁰⁰ A esta perspectiva se suma Marta Herrera Ángel, quien brindó una ubicación aproximada en la ribera occidental del río Manco, cerca de la actual vereda Planadas de Piedecuesta.³⁰¹ Finalmente, Martínez Garnica et al., retomando aparentemente las propuestas de Otero y de Morales y Cadavid, mencionan que “el circuito del pueblo Elmene” se hallaba en un

²⁹⁶ El páramo de las Ollas es una denominación antigua que recibía el páramo de Berlín en su porción occidental, es decir el borde que conforma todas las faldas que dan hacia Floridablanca y Piedecuesta. Aunque se menciona poco en textos académicos era más usado en textos geográficos como el de Manuel Ancizar y la Comisión Corográfica. Ancizar, *Peregrinación de Alpha*, 382; Comisión Corográfica (Colombia), *Geografía física y política de las provincias de la Nueva Granada* (Bogotá: Imprenta del Estado; Imprenta del Banco de la República, 1858).

²⁹⁷ Otero D'Costa, *Cronicón solariego*, 400-401.

²⁹⁸ Más adelante se intentará explicar el por qué Colmenares concluyó esa ubicación.. Germán Colmenares, *Encomienda y población en la provincia de Pamplona, 1549–1650* (Pamplona: Universidad de Pamplona, 1999), 31.

²⁹⁹ Ardila Díaz, *El pueblo de los guanes*, 27-28.

³⁰⁰ Morales y Cadavid, *Investigaciones etnohistóricas*, 20.

³⁰¹ Marta Herrera Ángel, “El espacio étnico y el espacio provincial,” en *Territorio, población y trabajo indígena: provincia de Pamplona siglo XVI*, por Hermes Tovar Pinzón, Luis Enrique Rodríguez B. y Marta Herrera Ángel (Santafé de Bogotá: Centro de Investigaciones de Historia Colonial, 1998), 35.

“valle entre las vertientes de los ríos Frío y Hato (...) y estribaciones de la Mesa de Jéridas”.³⁰²

De tal forma, en esta investigación se propone una hipótesis sobre la localización del nombrado pueblo de *El Mene*, la cual no correspondería a ninguna de las propuestas de los autores previamente citados. Se parte del reconocimiento de un vínculo entre *El Mene* y el pueblo de *Chingara*, cuyo topónimo aún sobrevive, lo que brinda una primera pista sobre su cercanía a esa área, concordante con las estribaciones occidentales del páramo de las Ollas, tal como propuso D’Costa. Aun así, conforme a la ruta reconstruida, desde el pueblo de *Chingara* hacia el oriente, el único valle inmediato es el del río Umpalá, por lo que la primera parte de la hipótesis es que *El Mene* habría estado ubicado dentro de dicho valle.

Las características orográficas del valle del Umpalá muestran que se trata de una depresión profunda, de laderas abruptas, especialmente en su banda occidental. En tal sentido, desde el punto donde se hallaba la vanguardia expedicionaria —alrededor de la actual vereda La Ceba—, existe hacia el oriente una pequeña hoyada tributaria del Umpalá, cuya quebrada es identificada por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) como “Quebrada la Hoya del Veinte”.³⁰³ Este valle corto pero profundo, está enmarcado entre dos cuchillas o crestas de montaña que descienden hasta un mismo punto del río: una se desprende desde La Ceba y atraviesa los sitios La Mora, La Canoa y El Mesetón antes de llegar a la ribera; la otra desciende más al norte, desde la actual vereda La Rayada, pasando por Chibeche y la loma La Rayada, hasta alcanzar también la ribera, muy cerca

³⁰² Martínez Garnica et al., *Historia de la provincia de Guane*, 46. Los autores sostienen que, según fray Pedro Simón, Esteban Martín, capitán de Alfinger, se habría preguntado por los pobladores visibles desde una montaña en el circuito de El Mene, y que uno de los intérpretes respondió identificándolos como “guanes”. Sin embargo, en el texto original de fray Pedro Simón no se menciona al pueblo de El Mene, ni se relata una pregunta de Esteban Martín a intérpretes, ni una respuesta que identificara a los pobladores como “guanes”. Como se ha dicho, Simón parafrasea a Aguado en lo relativo a Alfinger, y ninguno de los dos menciona que “Elmene” sea guane. El fragmento de Simón que relata dicho tramo es: Simón, *Noticias Historiales*, tomo I, parte I, noticia II, cap. VII, 45.

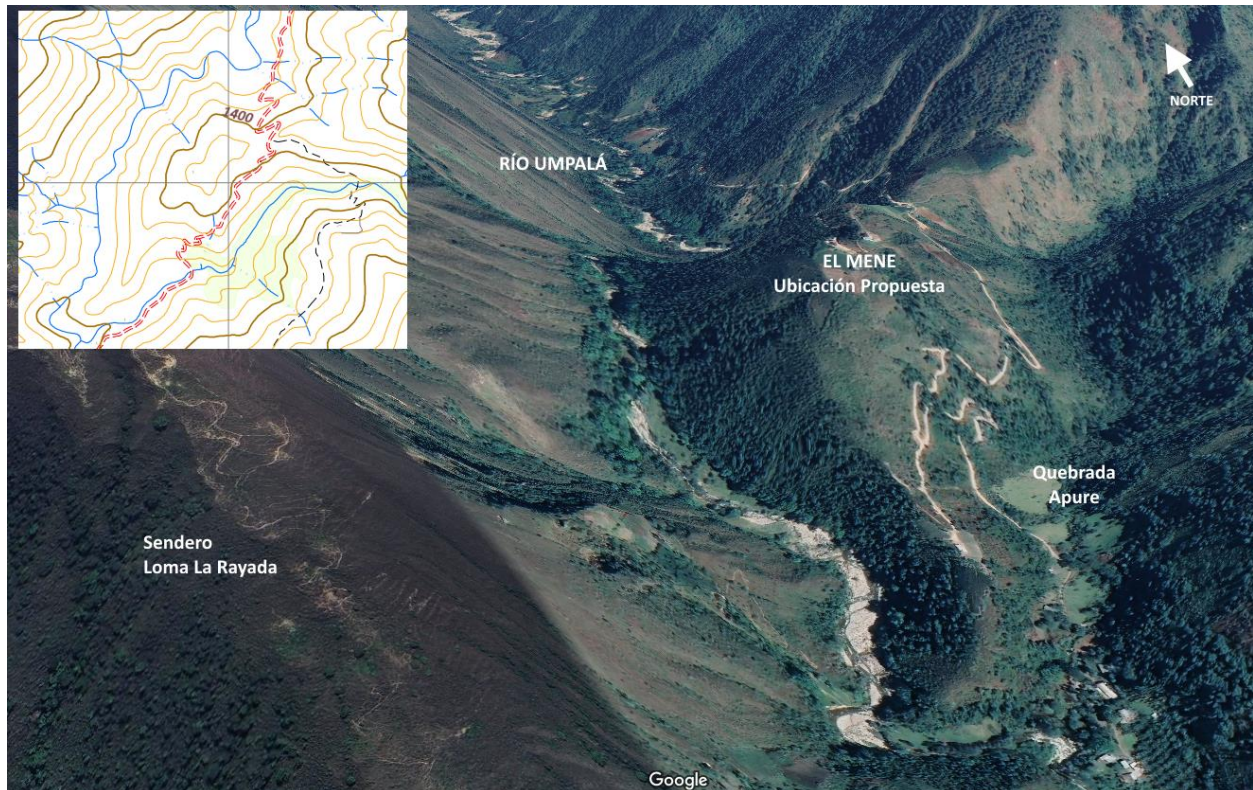
³⁰³ Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca, hoja 121IIIA* (Bogotá: IGAC, 2009), escala 1:25.000, PDF, <https://www.igac.gov.co>.

de la primera.

El relato de Esteban Martín indica únicamente que la hueste asomó a un valle y divisó un pueblo a media legua, es decir, aproximadamente 2,3 kilómetros. Por lo tanto, es necesario identificar un sitio en el valle que cumpla con esta condición y que, además, permita el asentamiento de un poblado numeroso, tal como señala el maestro de campo. En tal sentido, al repasar la configuración del valle del río Umpalá, se observa una pequeña colina de forma ovoide, de aproximadamente 200 metros de ancho por 500 metros de largo, ubicada en la banda oriental del río, entre el curso principal y el valle tributario oriental de la quebrada Apure. A ello se suma que, considerando que las laderas del valle son muy abruptas, esta colina constituye la ubicación más consistente, desde el punto de vista topográfico, para albergar en tiempos prehispánicos al poblado de *El Mene*.

Actualmente, en dicha colina se encuentra una finca particular, perteneciente a la vereda Labradas, en el municipio de Santa Bárbara. Ambas cuchillas propuestas como vía de descenso al valle —la de La Mora y la de La Rayada— desembocan en el río en las inmediaciones de este montículo, y ambas conservan senderos que descienden por su filo, identificables tanto en imágenes satelitales como en la carta general del IGAC. Por ello, es posible que en épocas prehispánicas el punto donde confluían dichos caminos, o al menos uno de ellos, fuese el paso obligado para cruzar el río Umpalá en dirección hacia la orilla oriental y proseguir el rumbo hacia la zona de Guaca. Así, se procedió a comparar ambas opciones con el hecho de que el pueblo debía ser visible solo cuando el grupo expedicionario estuviese ya cerca, a poco más de dos kilómetros.

Figura 25. Ubicación propuesta para el poblado de *El Mene*, en el valle del Río Umpalá.



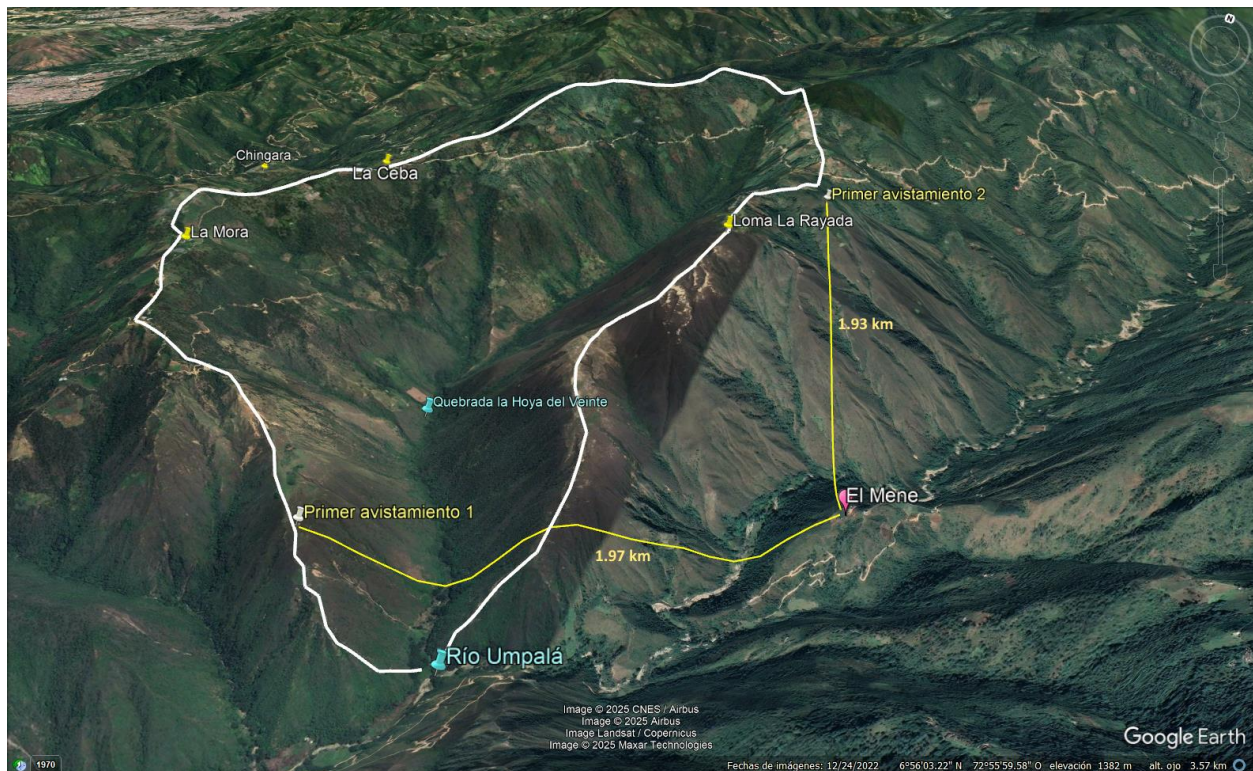
Nota. Vista del valle del río Umpalá, con la ubicación propuesta del poblado indígena de *El Mene*, según la hipótesis desarrollada en esta investigación. A la izquierda se aprecian los trazos del sendero de la Loma La Rayada, que desciende hasta el río, así como la confluencia de la quebrada Apure. El recuadro superior izquierdo muestra el detalle topográfico de la colina donde se plantea dicha ubicación. Tomado de: Google Earth e IGAC.³⁰⁴

En el primer caso, asumiendo que el descenso inició alrededor de La Ceba, la misma Loma de La Rayada se interpondría en la visual entre el grupo expedicionario y *El Mene*, por lo que, a medida que se avanzaba por el filo de la montaña, pasando por el sitio de La Mora, era posible ir viendo mejor el curso del río, hasta llegar al punto en que la colina de *El Mene* resultaba visible. Desde allí, la distancia en línea recta es de aproximadamente 1,97 km, muy cercana a la media legua calculada por Martín.

³⁰⁴ Ubicación aproximada: 6.919034, -72.938512. Ver en mapa: <https://maps.app.goo.gl/KZpV2h37uyRs9d1L6>. IGAC, *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca*, hoja 121111A.

En el segundo caso, se asume que más al norte de La Ceba pudieron existir otros poblados menores, por lo que la hueste se habría dirigido hacia esa zona y habría iniciado su descenso por el filo de La Rayada. Dado que este filo es algo más ancho en su parte superior, inicialmente imposibilitaba la vista hacia la parte baja donde se encuentra la colina de *El Mene*, por lo que solo en un punto más avanzado del descenso, el poblado se hacía visible. Desde allí, la distancia medida en línea recta es de aproximadamente 1,93 km, también muy cercana a la media legua estimada.

Figura 26. Posibles rutas de descenso al río Umpalá y puntos de avistamiento de *El Mene*.



Nota. En la imagen se aprecia la topografía del valle del río Umpalá, así como la hoya de la quebrada La Hoya del Veinte, que separa las dos cuchillas por las cuales era posible descender hasta el río. Se observa que ambos caminos confluyen en un solo punto. También se indican los lugares donde, de acuerdo con la vista a nivel del suelo en Google Earth, pudo haberse producido el primer avistamiento de la colina de *El Mene*, cuya distancia aproximada se señala mediante líneas amarillas. Los pines amarillos indican sitios actuales.

En conclusión, por cualquiera de las dos rutas analizadas se cumple la condición expuesta por Esteban Martín: el pueblo solo era visible cuando la hueste se encontraba “a media legua”. Asimismo, el propio relato es claro al señalar que el asentamiento estaba en un valle y que fue visto al “asomarse”. En apoyo a esta interpretación, Schumacher aporta otro indicio al afirmar que el poblado se hallaba en la ladera opuesta, es decir, al otro lado del río: “La avanzada de la expedición, liderada por Martín, escuchó de algunos guías que habían alcanzado la altura que desde allí realmente se podía ver una región habitada. (...) Martín se dirigió de inmediato con sus hombres hacia la pendiente opuesta de la montaña y hacia el asentamiento”.³⁰⁵ De lo anterior se deduce que efectivamente cruzaron el río, probablemente vadeándolo, ya que cualquier puente de bejucos hubiese sido destruido con anterioridad por los indígenas.

Ahora bien, antes de continuar con el relato del encuentro entre la vanguardia de Esteban Martín y los indios del poblado, es importante hacer algunos análisis que refuerzan y contextualizan, la ubicación de *El Mene* en el valle del río Umpalá.

Un primer aspecto se relaciona con el análisis etnohistórico. En diversos documentos vinculados a las primeras encomiendas de indios, así como en la visita de Cristóbal Bueno a la Provincia de Pamplona en 1559, se encuentran algunas menciones al pueblo de *El Mene*, junto con sus caciques y poblados asociados. Tabulando estas referencias y organizándolas de acuerdo con las fechas, es posible establecer una hipótesis sobre la ubicación del pueblo y su entorno. Lo primero que debe precisarse es que, en la documentación, a veces se hace referencia al pueblo, otras veces al cacique, y en ocasiones a la "provincia" de indios,³⁰⁶ lo cual puede generar confusión

³⁰⁵ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 80.

³⁰⁶ Durante el siglo XVI y aun a comienzos del siglo XVII, los españoles empleaban con frecuencia el término ‘provincia’ para agrupar un área geográfica donde existían poblados con algún tipo de relación. Reichel-Dolmatoff propone su uso “para designar una zona habitada por indígenas y mal delimitada geográficamente”. Sin embargo, Herrera acerca más su uso “para referirse a territorios

en la interpretación.

En segundo lugar, el pueblo de *El Mene*, encontrado por la hueste de Alfinger a principios de 1533, era el principal asentamiento de una zona étnica que incluía los pueblos mencionados por Martín antes del descenso, los cuales se presume estaban ubicados en la parte alta del río Manco, junto al afluente. Sin embargo, es posible que dicha jurisdicción comprendiera también otros pueblos aledaños que no fueron reconocidos ni recorridos en esa ocasión. Esta región del río Manco y Umpalá —al igual que todo el territorio *chitarero*— experimentó profundos cambios tanto por el paso de Alfinger como por los procesos de encomienda que se consolidaron tras la fundación de la ciudad de Pamplona, en noviembre de 1549, dieciséis años después.³⁰⁷

La importancia y el tamaño de esta agrupación de poblados puede apreciarse en las primeras actuaciones de los fundadores de Pamplona, Ortún Velasco y Pedro de Orsúa, quienes conocieron de primera mano la configuración del área. En el caso de Velasco, según la crónica de Aguado, la primera vez que se le menciona en el territorio que más adelante conformaría la provincia de Pamplona es en el pueblo de *Camara*, actual vereda de Guaca.³⁰⁸ Aun así, el cronista no ofrece detalles sobre su ruta de llegada. Es posible que hubiese seguido el mismo trayecto utilizado por Hernán Pérez de Quesada en 1539, es decir, por *Chicamocha* (Capitanejo), *Tequia* y *Camara*.³⁰⁹ Por su parte, Martínez Garnica sostiene que “la hueste de Velasco se movió por la provincia de Guane y el río del Oro”,³¹⁰ lo cual resulta coherente si se consideran los antecedentes

cuya delimitación podía no conocerse con precisión, pero presentaban o se concebían como unidades administrativas”. Gerardo Reichel-Dolmatoff, *Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta*, *Revista Colombiana de Antropología* 1, núm. 1 (Bogotá: Instituto Etnológico Nacional, 1953), 19, <https://doi.org/10.22380/2539472X.1894>; Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 49.

³⁰⁷ Armando Martínez Garnica, “El espacio provincial percibido en el siglo XVI por los colonos hispanos de la ciudad de Pamplona,” en *Poblamiento regional, etnohistoria y etnografía en Pamplona*, comp. María Cristina Mogollón Pérez y Silvano Pabón Villamizar (Pamplona: Alcaldía de Pamplona, Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander, Instituto Departamental de Cultura, 1994), 13.

³⁰⁸ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. I, 586.

³⁰⁹ *Ibid*, libro IV, cap. III, 382-383

³¹⁰ Martínez Garnica, “El espacio provincial percibido,” 12.

de dicha expedición, que se delinean a continuación.

Para 1547, Ortún Velasco ejercía como teniente de gobernador en la ciudad de Tunja,³¹¹ varios años después de que Martín Galeano emprendiera la conquista de los *guanés*, ocurrida en 1540. Para entonces ya circulaban rumores sobre la riqueza del río del Oro, tanto por testimonios de los naturales como por soldados que habían acompañado a Alfinger y que luego llegaron al Nuevo Reino con Nicolás de Federmann. Según Otero D'Costa, el propio Jiménez de Quesada ya conocía estas noticias e intentó una entrada fallida en 1538.³¹² Así que, en 1547, posiblemente al observar que la ciudad de Vélez estaba enredada en el reparto de encomiendas³¹³ y desatendía el aprovechamiento del río, situado al norte de su territorio, Velasco envió a Gregorio Suárez de Deza al mando de una pequeña expedición.³¹⁴ Esta llegó hasta el río, recogió muestras, le puso el nombre “de Oro” y regresó a Tunja con noticias alentadoras.³¹⁵

Este descubrimiento alentó a Velasco a explotar las riquezas de aquel río y, dado que la provincia de las Sierras Nevadas —explorada por Hernán Pérez de Quesada hasta el valle de Chinácota en 1539—³¹⁶ no había sido aún conquistada ni poblada, solicitó para sí esas conquistas, que finalmente le fueron concedidas por Miguel Díaz de Armendáriz, gobernador del Nuevo Reino de Granada.³¹⁷ Con todo, aunque lo animaba un impulso conquistador, buena parte de su propósito

³¹¹ “Nombramiento de Ortún Velasco como teniente y capitán de la ciudad de Tunja” (14 de junio de 1547), en Información de méritos y servicios de Ortún Velasco (1580), Archivo General de Indias, Patronato, Informaciones de méritos y servicios, rollo 2, leg. 152, núm. 3, fols. 241–381, en *Encomienda, identidad y poder*, ed. Jorge Gamboa, 323 (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002).

³¹² Otero D'Costa, *Cronicón solariego*, 16-18.

³¹³ Martínez Garnica et al., *Historia de la provincia de Guane*, 66-68.

³¹⁴ “Testimonio de Pedro Gómez Ruiz” (1564), en Información de méritos y servicios de Ortún Velasco, en *Encomienda, identidad y poder*, 258.

³¹⁵ Otero D'Costa, *Cronicón solariego*, 18-19.

³¹⁶ El año de la expedición de Pérez de Quesada se deduce del hecho de que Aguado menciona que durante su ausencia se fundaron Tunja y Vélez, acontecimientos que ocurrieron el 6 de junio y el 6 de agosto de dicho año. Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro IV, cap. III, 384-385.

³¹⁷ “Nombramiento de Ortún Velasco como teniente de gobernador y capitán para la jornada de las Sierras Nevadas” (1549), en Información de méritos y servicios de Ortún Velasco, en *Encomienda, identidad y poder*, 324–326.

estuvo centrada en explorar y aprovechar la promesa aurífera.

Poco tiempo después, Díaz de Armendáriz revocó la autorización a Velasco y se la otorgó a su sobrino Pedro de Orsúa, quien salió en su búsqueda “por diferente camino”.³¹⁸ Dado que Piedrahita traza su ruta por el paso del *Chicamocha* (Capitanejo),³¹⁹ es decir, la misma que siguiese Pérez de Quesada, ello concuerda con la hipótesis de Martínez sobre la marcha de la hueste de Velasco por *Guane* y el río de Oro. No podía ser de otra forma si la prioridad era explorar las riquezas auríferas del río, antes de pensar en el poblamiento.

Volviendo a lo acontecido en el poblado de *Camara*, es probable que la ruta de Velasco por el territorio *guane* lo llevase a recorrer el mismo trayecto que Alfinger transitó en 1533, es decir, por el área de *El Mene*, donde pudo reconocer los pueblos e indios allí asentados. Esta habría sido la segunda vez que dichos habitantes veían a un extranjero en su territorio; solo que, en esta ocasión, quizás por la traumática experiencia anterior con Alfinger, los recibieron pacíficamente, con ofrendas de comida y bebida.³²⁰ Así, Velasco tuvo oportunidad de reconocer el área de *El Mene* y comprender que, por su cercanía al río del Oro, debían ser estas las primeras encomiendas que pidiese.

Por otro lado, Pedro de Orsúa, quien al parecer no tenía mayor conocimiento sobre la existencia del río del Oro, también llegó a *Camara*, pero lo hizo dos días después del paso de Velasco, quien ya había partido hacia el poblado de *Rasgón*.³²¹ Desde allí, Orsúa le envió un mensaje, y ambos terminaron reuniéndose para fundar la ciudad de Pamplona. Según Aguado,

³¹⁸ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. I, 585.

³¹⁹ Piedrahita, *Historia general*, I, lib. XI, cap. V, 468.

³²⁰ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. I, 587.

³²¹ Marta Herrera vincula el pueblo de *Rasgón* con una reserva forestal actual que lleva ese nombre, ubicada en la cabecera del río del Oro. Esta asociación sería posible, dado el interés de Ortún Velasco por un posible yacimiento en el origen del río; sin embargo, no se han encontrado evidencias de la existencia de un poblado prehispánico en ese sector, que más adelante formó parte del camino entre Piedecuesta y Pamplona. Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 35.

Velasco “recibió a Pedro de Orsúa por su Capitán con mucha alegría y contento, y con toda su gente se metió debajo de su bandera”.³²² Esto permite plantear la hipótesis de un acuerdo entre ambos, en el que Velasco habría cedido la primacía política a Orsúa a cambio de asegurar las encomiendas que deseaba para desarrollar su proyecto en torno al río del Oro, las cuales finalmente le fueron concedidas, incluyendo la de *Guaca*.

Todo esto parece sugerir una importancia inicial de los poblados del área de *El Mene* y de *Guaca* para el futuro desarrollo minero. A ello se suma el hecho de que, en las primeras encomiendas, un “repartimiento de indios” de *El Mene* fuese reservado para la Corona, es decir, no se encomendó a ningún particular, sino que se dejó bajo administración real. Aun cuando se desconocen los motivos de esta decisión, resulta llamativo que se trate del único caso en toda la provincia en que la Corona conservó el dominio directo sobre un grupo indígena.³²³

Una vez vista la importancia de esta área étnica, se procederá a explicar su configuración y ubicaciones propuestas de acuerdo a lo encontrado en la documentación. Lo primero que se hacía al fundar una nueva población era “repartirse el servicio personal de los caciques y sus respectivos indios tributarios”, para lo cual se consignaban en un cuaderno unos *apuntamientos* que los identificaban. Luego se procedía al “repartimiento de la energía laboral aborígen entre los soldados de la hueste dispuestos a avecindarse”. A cambio, recaía sobre los conquistadores y encomenderos el deber de evangelizar, quedando facultados para extraer la renta representada por mano de obra o productos de la tierra, pactados con los caciques.³²⁴ Todo ello debía ser posteriormente

³²² Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. I, 587.

³²³ Testimonio de Juan de Torres, en “Información de los indios que tiene Francisco Hernández y lo demás a ello anexo”, *Visita de Cristóbal Bueno a la provincia de Pamplona (1559)*, en *Relaciones y visitas a los Andes: siglo XVI*, tomo VI, provincia de Pamplona, ed. Hermes Tovar Pinzón (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2018), 151.

³²⁴ Martínez Garnica et al., *Historia de la provincia de Guane*, 65.

confirmado por el rey, a través de su Real Audiencia o Gobernador, para que fuese legítimo.³²⁵

En el caso de Pamplona, correspondió a Pedro de Orsúa realizar los primeros repartimientos entre los vecinos, que al parecer fueron denominados *depósitos*,³²⁶ los cuales “eran una medida que buscaba asegurar la disponibilidad de recursos demográficos y de metales preciosos a los conquistadores”, mientras se pedía el título de encomienda como tal.³²⁷ El primero de ellos fue un depósito que hizo Pedro de Orsúa en 1549 a Pero García Ruiz el cual incluía en *El Mene*, el cacique *Megica*. En este caso ya se menciona el área y su cacique, sin especificar si se refiere a una provincia o a un pueblo, razón por la cual Tovar infiere que es un pueblo y los equipara a ambos escribiendo “Mechica (o El Mene)”.³²⁸

Más adelante, el 25 de febrero de 1550, se realizó otro depósito a Juan Rodríguez Suárez que, entre otros, contenía “en el *Mene* el pueblo de indios llamado *çingala* con el cacique y señor de él llamado *rrona*”.³²⁹ De esto, ya se pueden deducir las tres categorías: un área llamada *El Mene*, dentro de la cual hay un pueblo de indios llamado *Çingala* regido por un cacique llamado *Rrona*. Este pueblo de indios es el mismo *Chingara* del cual se ha dicho que conservó su topónimo hasta la actualidad.

Posteriormente, comenzaron a darse los títulos de encomienda, en este caso el primero a Ortún Velasco, expedido desde Tunja por el gobernador Miguel Díaz de Armendáriz, el 26 de febrero de 1550. En él se incluye: “en el *Mene* el cacique llamado *Megica* con todos sus sujetos y

³²⁵ Sobre las formas y el procedimiento de la encomienda véase: Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro I, cap. VIII, 90-91.

³²⁶ Según Colmenares, Orsúa fue llamado por la Audiencia al poco tiempo de la fundación de Pamplona, por lo que no hubo el tiempo suficiente para reconocer el territorio; de tal forma que “los depósitos fueron de tal vaguedad que la Audiencia ordenó que los títulos que se habían dado por meras noticias no valieran”. Colmenares, *Encomienda y población*, 48.

³²⁷ Hermes Tovar Pinzón, introducción a *Relaciones y visitas a los Andes: siglo XVI*, tomo VI, provincia de Pamplona (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2018), 39.

³²⁸ *Ibid.*

³²⁹ “Títulos de los indios encomendados a Juan Rodríguez Suárez”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 552.

principales (...) según y de la manera que vos los tenéis depositados por el general Pedro de Orsúa".³³⁰ De acuerdo a lo anterior, nuevamente se nombra *El Mene* como un área, mas no como un pueblo, pero tampoco se especifica el poblado, sino el dominio de un cacique, *Megica*, quien parece tener otros principales a cargo.

Para completar este panorama inicial, está el documento mediante el cual Ortún Velasco tomó posesión de dicha encomienda ante el alcalde de Pamplona, el 27 de agosto de 1550, el cual rezaba: "Posesión real y corporal y actual del pueblo de indios llamado *Cacota* y en el pueblo de indios llamado *Mechica* (...) con los capitanes e indios que en ellos estuvieren. (...) por medio de un intérprete preguntó los nombres de los indios: *Ondacargua* cacique del dicho *Cacota* y *Cana* natural del pueblo llamado *Mechica*". En consecuencia, el nombre de *Mechica* ya no se expresaba sólo en relación al cacique sino también al poblado que regenta.

Con base en estos cuatro primeros documentos se puede establecer una primera hipótesis de configuración territorial: Para 1550, el pueblo de *El Mene* como tal parece ya no existir; su área de influencia prehispánica, en cambio, abarcaba varios pueblos, como *Chingara* y *Mechica*, siendo este último el poblado principal, el cual adoptó el nombre del cacique predominante (*Mechica* o *Megica*).

En un segundo momento, el 12 de abril de 1553, el rey le otorga un otro título de encomienda a Ortún Velasco, el cual es muy referido por la historiografía:

"Encomendar (...) los indios principales sucesores de *Guaca* y *Bicha* con todos sus sujetos que son los indios siguientes: los indios de *Lurco* y *Largua* / *Eriticota Babala Quitimacaçi* / *Quibuca* / *Cucubuca* / *Copocota Labaxa* / *Enpala* / *Bobri* / *Yrrury Manoure* / *Çepeta Cuscuta* / *Muncucata Piritasgatoça* / y el señor *Ymagara* con todos sus sujetos con cuatrocientas casas pobladas que en la dicha población se incluyen que son en la provincia de *Mychica*, para que (...) los tengáis y vos sirváis de ellos según e como los tenía y poseía

³³⁰ "Títulos de las encomiendas del capitán Ortún Velasco", en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 243.

Pero García Ruiz, vecino de la dicha ciudad el cual de ellos en nos hizo dejación para que se encomendasen en vos".³³¹

De tal forma que, para 1553, Velasco recibió la encomienda completa de dos grandes grupos étnicos: por un lado, los pueblos sujetos a *Guaca* y *Bicha*, y por otro, los sujetos a *Ymagara*. En primer lugar, es importante destacar que *Guaca* no era el nombre de un pueblo, sino el de un cacique relevante que, para ese momento, ya había fallecido, razón por la cual el título menciona a sus sucesores. Lo mismo ocurre con *Bicha*, cuyo topónimo no se conservó, pero que probablemente también fue un cacique de gran autoridad en la zona, quizá conocido por Velasco y Orsúa a su llegada. Ahora bien, de todos los pueblos o caciques mencionados en el documento, los únicos que pueden identificarse con topónimos actuales son *Enpala* (Umpalá) y *Çepeta* (Cepitá),³³² lo cual indica que estos pertenecían al área de influencia de *Guaca*, y no de *El Mene*.

En cuanto a esta última, ya en 1553 el cacique no era *Mechica*, sino su sucesor, *Ymagara*; y el nombre del cacique anterior había pasado a denominar a la provincia, dentro de la cual, según el documento, se comprendían cuatrocientas casas pobladas y varios capitanes subordinados.³³³ Con este cambio, el nombre de *El Mene* se perdió como referencia territorial para el área de los ríos Manco y Umpalá; pese a lo anterior, no desaparecería aún, gracias a un traslado del cual se

³³¹ Transcripción modernizada, con excepción de los nombres indígenas. Ibid., 246.

³³² De acuerdo con Colmenares, a menudo la designación de los pueblos se hacía a partir del nombre del cacique o de los "principales", y muchas veces no se tenía certeza sobre la localización exacta de los asentamientos. Por ello, es posible que muchos de los caciques mencionados como adscritos a Guaca y Bicha no hubiesen tenido población propia, y que en la mayoría de los casos se tratara simplemente de personas individuales sin un pueblo establecido. Colmenares, *Encomienda y población*, 48.

³³³ Respecto de las cuatrocientas casas, Hermes Tovar realiza el siguiente cálculo poblacional: "En Ymagara (...) se supone que había unos cuatro mil indígenas, si aceptamos que cada casa tenía unos diez habitantes". Sin embargo, Aguado, en su explicación sobre la encomienda dice: "El capitán (...) señala a cada uno tanta cantidad de indios cuanta le parece que bastaran a darle sustento conforme a la calidad de la tierra y aun de la persona, y este señalamiento unas veces es por persona (...) y otras veces por casas y bohíos, señalándole tantas casas pobladas de visitación, que se entiende que han de tener moradores". En esa línea, Colmenares también menciona que era costumbre "otorgar 200 o más casas de visitación contiguas a alguna encomienda ya otorgada pero cuya existencia apenas se suponía". El término "casas pobladas de visitación" se encuentra textualmente en el documento de posesión de la encomienda de Velasco, lo que da a entender que las cuatrocientas casas de Mechica era un límite estimado de los habitantes a los cuales tenía derecho, una especie de "hasta cuatrocientas casas", mas no una verificación in situ de que la provincia tuviese dicha cantidad. Tovar Pinzón, introducción, 40; Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro I, cap. VIII, 90-91; Colmenares, *Encomienda y población*, 48.

tratará más adelante.

Esta nueva configuración se confirma en el documento de posesión de la encomienda anterior, realizado ante el alcalde de Pamplona y fechado el 2 de enero de 1554, donde, al tiempo que el escribano menciona la provincia de *Mechica*, uno de los indios presentes, llamado *Cocucha*, declara ser originario de la población de *Mechica* y señala como su cacique a *Ynpara* (*Ymagara*).

Así pues, para 1553, Ortún Velasco ya controlaba toda la región suroccidental de la provincia de Pamplona, con los dos grandes territorios de *Guaca* y *Mechica* (antiguo *El Mene*), incluyendo algunos pueblos ya mencionados como *Chingara* y otros que en años posteriores empezaron a ser nombrados como *Opaga*.

La visita de Cristóbal Bueno en 1559,³³⁴ que marca una tercera etapa en la configuración territorial del antiguo *El Mene*, permite identificar con claridad los pueblos encomendados a Ortún Velasco y ofrece una descripción detallada de cada uno, lo que contribuye a ajustar la hipótesis sobre su ubicación. Además de los pueblos del *Arcabuzazo* (cerca del valle de Arboledas) y *Cácota* (actual *Cácota de Velasco*),³³⁵ el visitador describió también los poblados de *Guaca*, *Mechica*, *Chingara* y *Opaga*. Estas descripciones se realizaron el 31 de mayo de 1559 en el valle de *Camara* (actual valle del río Guaca), donde comparecieron los cuatro caciques principales del momento: *Ymagara de Mechica*, *Negro de Chingara*, *Machira de Opaga* y don Juan de *Guaca*.³³⁶

Este desplazamiento sugiere de entrada una relación geográfica de cercanía entre el valle de *Camara* y los pueblos de la provincia de *Mechica*, ya que el visitador decidió hacer venir a los

³³⁴ Una visita de la tierra era una inspección oficial realizada por mandato de la Corona para evaluar la situación de los pueblos indígenas en aspectos como la tributación, el trabajo y la doctrina cristiana. El visitador levantaba censos, tomaba testimonios, verificaba la administración de encomiendas y el cumplimiento de la evangelización. Estas visitas también servían para ajustar repartimientos y resolver conflictos territoriales o de jurisdicción.

³³⁵ Armando Martínez Garnica, *El régimen del resguardo en Santander* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Facultad de Ciencias Humanas, 1992), 68 y 114.

³³⁶ "El pueblo llamado Mechica de ques encomendero Ortun Velasco," en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 251.

indios en lugar de trasladarse a sus valles. Inicialmente, debían acudir todos los indígenas, pero los caciques los excusaron debido a “las muchas aguas y peligrosos ríos y no poderse andar al presente”,³³⁷ lo cual seguramente influyó también en la decisión del visitador de no desplazarse hasta *Mechica* en plena temporada de lluvias. En su lugar, los caciques representaron a sus comunidades mediante granos de maíz, con los que se realizó el conteo de su gente y con base en dichas descripciones, sumado a los indicios documentales se puede formular una caracterización definitiva para cada pueblo.

De acuerdo con esta propuesta, el pueblo de *Mechica* estuvo ubicado en el antiguo emplazamiento de *El Mene*, actuando como cabecera de provincia, es decir, en la colina junto al río Umpalá previamente identificada. Esta localización resulta coherente si se considera la importancia geográfica que tenía el sitio como cruce del río y, por añadidura, si se tiene en cuenta que al paso de Alfinger el asentamiento original —cuyo nombre llegó a designar toda la zona— fue destruido, como se verá más adelante. A la luz de ello, sería lógico pensar que el cacique *Mechica* decidiese reorganizar el poblado en el mismo lugar, posiblemente conservando también su antiguo nombre. Así, este segundo asentamiento de *El Mene* habría mantenido dicha denominación hasta el fallecimiento de *Mechica*, ocurrido entre 1550 y 1553, momento en que, bajo el liderazgo de su sucesor *Ymagara*, el pueblo adoptó el nombre del cacique difunto.

³³⁷ Ibid.

Tabla 1. Cambio de denominaciones en el área de El Mene durante su colonización

AÑO	EVENTO	AREA O PROVINCIA	PUEBLO	CACIQUE
1533	Paso de Alfinger	-	El Mene	-
1550	1ª Encomienda a Ortún Velasco	El Mene	Mechica	Mechica
		El Mene	Chingara	Rrona
1553 1554	2ª Encomienda a Ortún Velasco	Mechica	Mechica	Ymagara
1559	Visita de Cristóbal Bueno	-	Mechica	Ymagara*
			Chingara	Negro
			Opaga	Machira
1560	Visita de Tomás López	-	Mechica	Imagara (Ymagara)
			Chingara	Negro
			Opaga	Macheras (Machira)

Nota. *El cacique *Ymagara* y su pueblo tenía preeminencia sobre los demás.

Con respecto a su localización, en la descripción de *Mechica*, se anota: “La tierra dicen que es caliente y que se da algodón y maíz y yuca y miel y cañas de azúcar y fríjoles”.³³⁸ Dos elementos son especialmente útiles para afinar su ubicación. El primero es la categoría de “tierra caliente”. En el contexto general de la provincia de Pamplona, el visitador Cristóbal Bueno clasificó los climas como caliente, templado y frío; solo un pueblo fue considerado de tierra fría (*Chichira*), mientras que apenas el 17,8 % se identificó como caliente, predominando las tierras templadas.³³⁹ Los pueblos calurosos se concentraban en el valle del *Táchira*, el de *Arboledas* y *El Mene*. En ese marco, cabe preguntar si el sitio propuesto para *Mechica* —entre los 1200 y 1400 m s. n. m.— podría considerarse tierra caliente. Aunque su altitud lo ubica en una franja de transición, su

³³⁸ Ibid., 253.

³³⁹ Luis Enrique Rodríguez Baquero, “Capítulo IV: Agricultura, tejidos, cargas y otros servicios personales,” en *Territorio, población y trabajo indígena*, 98.

ubicación en los valles del Umpalá y Manco, cercanos al cañón del Chicamocha, implica condiciones más secas y cálidas que las zonas templadas promedio, lo que podría justificar que sus habitantes lo declararan como tal.³⁴⁰

El segundo elemento es la producción de miel. Si bien Aguado menciona “miel de abejas criada en árboles”³⁴¹ al referirse al territorio *chitarero*; entre los 111 pueblos visitados en 1559, solo *Mechica* declaró la miel como producto propio, al igual que “alguna cera”, presumiblemente de abeja. Esto sugiere una especialización destacada, y permite suponer que la observación de Aguado aludía principalmente a esta zona. En el caso de *Guaca*, de igual modo se menciona “alguna miel y cera”,³⁴² pero solo como tributo, lo que sugiere una producción menor o quizá adquirida a través del trueque con el pueblo vecino.

La especialización melífera de *Mechica* en 1559 permite establecer una clara conexión ecosistémica con la vocación apícola que aún hoy se conserva en diversas veredas del valle del Umpalá y de valles aledaños. Casi cinco siglos después, la zona mantiene esa actividad, hoy organizada en asociaciones agroindustriales que producen miel mediante colmenas distribuidas en el actual municipio de Santa Bárbara.³⁴³ Según la tradición oral recogida en la región, se sabe que antiguamente se recolectaba miel de meliponinas silvestres,³⁴⁴ y que, tras la introducción de la *Apis*

³⁴⁰ El Esquema de Ordenamiento Territorial de Santa Bárbara, caracteriza el sitio como “Orobioma de Bosque Subandino” y menciona particularmente la aparente aridez de la ladera occidental de la ubicación propuesta para El Mene-Mechica, en la confluencia de la “hoya del veinte” con el río Umpalá: “En los sectores secos, como son las vertientes de las quebradas Hoya del Veinte, La Chingara y El Verano, se presenta un déficit de agua a lo largo del ciclo anual, sin coberturas boscosas propiamente dichas”. Alcaldía Municipal de Santa Bárbara, *Esquema de Ordenamiento Territorial Santa Bárbara Santander 2001: Documento técnico – Etapa de diagnóstico, Componente físico-biótico* (Santa Bárbara: Alcaldía Municipal, 2001), 29, <https://repositorio.cidm.esap.edu.co/handle/20.500.14471/10983>.

³⁴¹ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. II, 590.

³⁴² “El pueblo llamado Guaca encomendero Ortun Velasco,” en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 257.

³⁴³ SENA Santander, *Caso exitoso de la Asociación de Apicultores de Santa Bárbara ASOAPISANBA*, Facebook video, 1 de mayo de 2019, <https://www.facebook.com/watch/?v=2292187580993898>.

³⁴⁴ Las abejas meliponinas (tribu Meliponini) son abejas sociales sin aguijón nativas de las regiones tropicales y subtropicales del mundo, especialmente abundantes en América Latina. En Colombia, una de las especies más conocidas es la *Tetragonisca angustula*, comúnmente llamada *angelita*, valorada por su miel medicinal y su docilidad para la cría artesanal. Guiomar Nates Parra, “Las Abejas sin Aguijón (Hymenoptera: Apidae: Meliponini) de Colombia,” *Biota Colombiana* 2, no. 3 (diciembre de 2001): 233–248, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=49120302>.

mellifera en el siglo XVII,³⁴⁵ también se comenzó a aprovechar esta especie para la producción apícola. Tal parece que los bosques subandinos de los valles medios del Manco y Umpalá ofrecen las condiciones propicias de vegetación, humedad y floración para el establecimiento tanto de colmenas silvestres como manejadas.

Esta vocación apícola conduce, finalmente, a una conexión toponímica que dio origen a la investigación puntual sobre el área: la existencia hoy en día de un apiario tradicional denominado *El Mene*, ubicado en el kilómetro 85 + 600 de la vía Curos–Málaga, en la vereda Chácara del municipio de Santa Bárbara. En un primer momento, al revisar la etnohistoria y consultar documentos como la *Declaración de una lengua*, el hallazgo de un nombre tan poco común permitió establecer una conexión con un sitio que aún hoy reconocen los viajeros que transitan hacia la región de García Rovira. A partir de esta coincidencia inicial, y al profundizar en dicha relación, comenzaron a aparecer otros elementos que respaldaron la hipótesis de partida.

El apiario se encuentra sobre la vertiente oriental del valle del río Umpalá, muy cerca del trayecto por donde esta investigación propone que pasaba el camino prehispánico seguido por Alfinger. Si bien es poco probable que el antiguo pueblo indígena estuviese situado exactamente donde hoy se localiza el apiario, fuentes orales recogidas en la zona señalan que el nombre *El Mene* proviene de una antigua hacienda que abarcaba gran parte de la ladera hasta el cauce del río, incluyendo posiblemente la colina donde se habría asentado el poblado original. Con el paso del tiempo y la posterior división de predios, el topónimo habría perdurado únicamente en ese punto específico y en la quebrada que desciende a su lado.³⁴⁶ No obstante, como se ha demostrado anteriormente, *El Mene* prehispánico no solo representaba un asentamiento puntual, sino que

³⁴⁵ José María de Jaime Lorén, "Sobre la primicia hispana en cuanto a los envíos de abejas europeas a América," *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas* 26, no. 56 (2003): 595–612.

³⁴⁶ Alcaldía de Santa Bárbara, *Esquema de Ordenamiento Territorial*, 29.

designaba toda la zona de los valles circundantes, lo que refuerza su importancia como indicador territorial de mayor alcance. Esta permanencia se refleja tanto en la documentación oficial de la alcaldía municipal³⁴⁷ como en la carta general del IGAC,³⁴⁸ donde el uso del nombre *El Mene* se ha mantenido a lo largo de los años.

Cabe destacar que, en todas las estribaciones occidentales del sistema de páramos —desde Cachirí al norte hasta Cepitá al sur— este es el único lugar registrado con ese nombre. Como paso siguiente, sería necesario realizar una investigación más profunda en archivos notariales y catastros históricos que permita consolidar esta hipótesis sobre la persistencia toponímica y su posible origen indígena.

De esta forma, se ha caracterizado la propuesta de ubicación del antiguo poblado indígena y de su área de influencia, dejando claro que *El Mene* posteriormente se convirtió en *Mechica*. Ahora, de manera sucinta, se intentará caracterizar el emplazamiento de los dos poblados anexos identificados en la documentación: *Chingara* y *Opaga*.

El poblado de *Chingara*, que inicialmente fue encomendado a Juan Rodríguez Suárez, pasó posteriormente a manos de Ortún Velasco, dentro del grupo de sujetos subordinados al cacique *Ymagara*.³⁴⁹ En la descripción registrada en la visita de Cristóbal Bueno en 1559, este poblado también es clasificado como de “tierra caliente”. Dado que existe una conexión toponímica directa con la actual vereda Chingara, en la cuenca del río Manco, resulta factible suponer que el

³⁴⁷ Alcaldía de Santa Bárbara, *Apertura Vía sector el Mene - vereda la Characa*, publicado el 7 de noviembre de 2019, <https://www.santabarbara-santander.gov.co/galeria/apertura-de-la-via-sector-el-mene-vereda-la-characa>.

³⁴⁸ IGAC, *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca*, hoja 121111A.

³⁴⁹ En la posterior visita de Tomás López, en 1560, el cacique *Negro* refiere dicho cambio: “los encomenderos que en él ha habido son Juan Rodríguez Suárez primero y después el capitán Ortún Velasco, que lo es ahora”. Llama la atención su queja sobre el primero: “Juan Rodríguez Suárez siendo encomendero del dicho pueblo trataba mal y azotaba a los indios del. Y que el dicho Ortún Velasco ni otra persona fuera del dicho Juan Rodríguez no han hecho ningún mal tratamiento a los indios”. “Visita de las encomiendas de Arcabuzaso, Cácosta, Guaca, Opaga, Mechica y Singara de Ortún Velasco,” en *Visita de Tomás López (1560)*, transcrita por Maribel Poloche, ed. Jorge Augusto Gamboa, en *Encomienda y población en la provincia de Pamplona, 1549–1650*, de Germán Colmenares (Pamplona: Universidad de Pamplona, 1999), 190.

asentamiento prehispánico no se localizaba en la parte alta del territorio que hoy lleva ese nombre, sino más bien a orillas del río, en una zona de transición entre el valle y el cañón, donde la ladera permite el establecimiento de bohíos. Este punto coincide con un área cercana a la desembocadura de la quebrada El Verano sobre la margen oriental del río Manco, donde la carta general del IGAC identifica un sitio de faldas suaves denominada como “Mesetas”.³⁵⁰

Este sitio, aparte de ser apto para el asentamiento, se ubica en la zona de influencia climática del cañón del río Manco como tributario del Chicamocha. Por ello, a pesar de encontrarse a una altitud aproximada de 1600 m s. n. m., sus condiciones son cálidas en comparación con la mayoría de asentamientos prehispánicos de la provincia de Pamplona.³⁵¹

La propuesta de localización se sustenta no solo en criterios toponímicos y climáticos, sino también en una referencia directa de cercanía con el área minera del río del Oro, mencionada por uno de los caciques del poblado.³⁵² Esto sería factible, ya que la parte alta del río se encontraría a tan solo dos leguas de distancia, siguiendo el antiguo camino prehispánico peatonal que comunicaba con la actual área de Piedecuesta. Además, dos referencias históricas refuerzan esta propuesta. La primera proviene del proceso de desagregación de la parroquia de Piedecuesta en 1773, en el cual, al delimitar la nueva jurisdicción, se estableció: “siguiendo dicho río [Chicamocha] al Pescadero, hasta donde se junta el río de Manco, yendo este arriba a dar a Chingasa [Chingara], cogiendo el alto de Suaque al de los Serranos”.³⁵³ Este testimonio indica que Chingara era un sitio ya establecido y reconocido, ubicado a orillas del río Manco. Esta afirmación

³⁵⁰ IGAC, *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca*, hoja 121111A.

³⁵¹ Al igual que la ubicación propuesta para Mechica, el sitio de Mesetas se encuentra dentro de la vertiente de la quebrada El Verano, caracterizada en el Esquema de Ordenamiento Territorial de Santa Bárbara como sector seco donde “se presenta un déficit de agua a lo largo del ciclo anual, sin coberturas boscosas propiamente dichas”. Alcaldía de Santa Bárbara, *Esquema de Ordenamiento Territorial*, 29.

³⁵² “Visita de las encomiendas de Arcabuzaso...” en *Visita de Tomás López (1560)*, 191.

³⁵³ Martínez Garnica y Guerrero, *La provincia de Soto*, 114.

se ve corroborada por un segundo elemento: el mapa de la Provincia de Soto de 1851, donde se identifica explícitamente el punto denominado “Chíngara” en la ribera del río (ver Figura 24).

Con relación a la ubicación del poblado de *Opaga*, es bastante probable que este se encontrase muy cerca de *Chingara*, posiblemente como el segundo pueblo mencionado y visitado por Esteban Martín, ubicado “a un cuarto de legua”,³⁵⁴ es decir, poco más de un kilómetro. Ahora bien, considerando que desde el actual sitio de Mesetas —propuesto como localización probable de *Chingara*— comienza el encajonamiento del río Manco aguas abajo, resulta más factible que *Opaga* se hallase aguas arriba. El sitio más probable, a esa distancia, serían las vegas del río y las faldas bajas en los alrededores de la actual finca La Vega, ubicada a 1,4 km del lugar propuesto para *Chingara*.

Ambos serían pueblos muy similares, que comparten la misma descripción dentro de la visita de Cristóbal Bueno. Al igual que *Chingara*, *Opaga* fue catalogada como “tierra caliente” y, de la misma forma, fue adjudicada primero a Juan Rodríguez Suárez³⁵⁵ y después a Ortún Velasco.³⁵⁶ Su cercanía a las minas de la cabecera del río del Oro también fue reseñada en el interrogatorio de la visita de Tomás López, cuando su cacique *Macheras* declaró: “El dicho Ortún Velasco ha traído a las minas diez indios del dicho pueblo arriba del Río del Oro, que es junto a su tierra de este testigo”.³⁵⁷ Es decir, desde *Opaga* se llevaban indios a la parte alta del río, donde

³⁵⁴ Esteban Martín, *Relación de la expedición*, 264.

³⁵⁵ En este caso, igual que en *Chingara*, llama la atención también la queja sobre malos tratos sobre Juan Rodríguez: “hizo mucho mal a los indios del dicho pueblo, porque dos años después que esta ciudad se pobló (...) echó a los perros dos indios (...) llamados el uno *Meme* y el otro *Caberique*, y los dichos perros comieron a los dichos indios y los mataron. (...) Y a otro indio cortó las narices (...) y cada día azotaba mucho a los indios del dicho pueblo y los trataba muy mal”. “Visita de las encomiendas de Arcabuzaso...”, en *Encomienda y población*, 189.

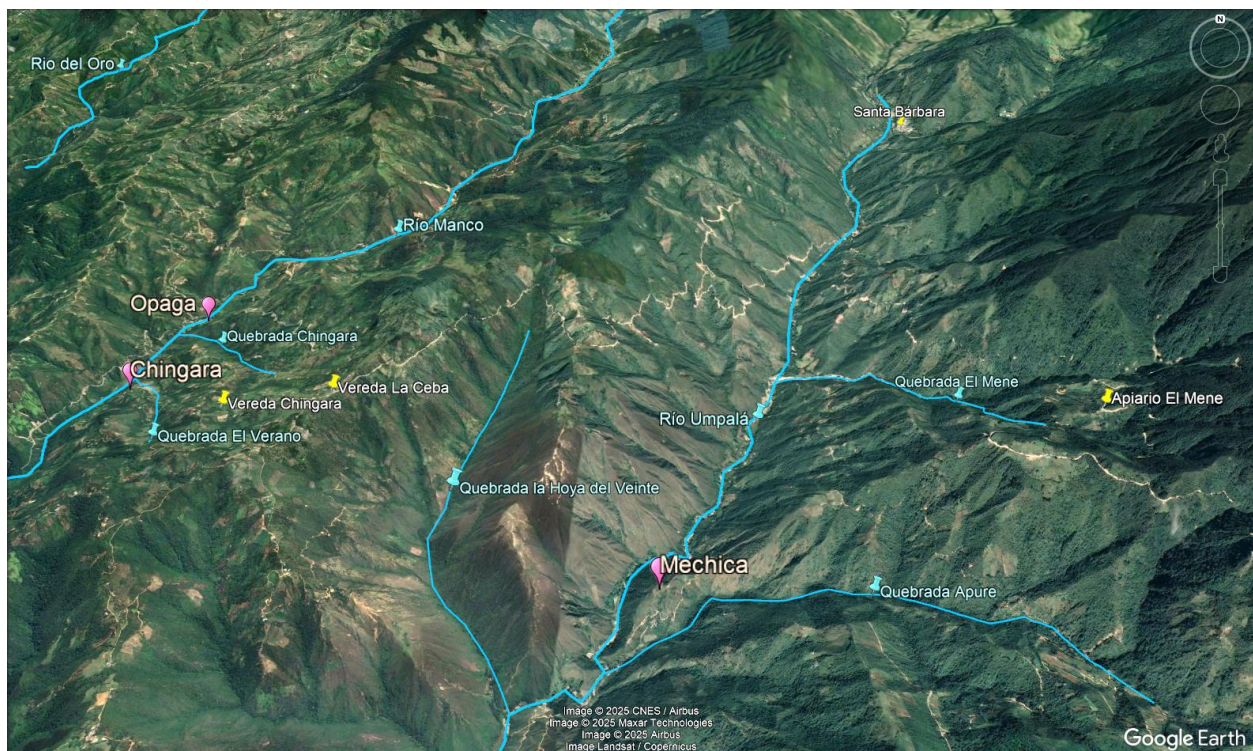
³⁵⁶ Existe un título de encomienda del pueblo de *Opaga* a favor de Juan Martín en el año 1555. Sin embargo, para 1559 el dominio ya recaía en Ortún Velasco y, de acuerdo con el testimonio del cacique *Macheras*, los únicos encomenderos que conoció fueron Ramírez y Velasco. De ello se deduce que debió existir algún conflicto de jurisdicción, el cual finalmente se resolvió a favor de Velasco. “Títulos de Juan Martyn” en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 226.

³⁵⁷ “Visita de las encomiendas de Arcabuzaso...”, en *Encomienda y población*, 191.

Velasco tenía sus “minas”, y entre ambos sitios solo hay poco más de una legua.

El pueblo también es mencionado, si bien de forma inconclusa, en las estancias de ganado adjudicadas por el cabildo de Pamplona a Juan Rodríguez. En dicho documento se solicita un terreno “que cubre mata de arcabuco en lo llano”, contiguo a la estancia que Velasco tenía junto a Bucarica (río del Hato), es decir, posiblemente en el área ubicada entre Piedecuesta y Los Curos, cuyo límite incluía “las faldas de Opaga”.³⁵⁸

Figura 27. Ubicación propuesta para los poblados de Mechica, Chingara y Opaga en 1559.



Nota. La imagen muestra el área de influencia de *El Mene*, con la ubicación propuesta para los tres pueblos identificados en la documentación. La localización de Mechica se propone en el lugar donde habría estado el antiguo asentamiento prehispánico de *El Mene*. Los pinos amarillos indican las denominaciones actuales. También puede observarse la relativa cercanía de estos pueblos a la cuenca del río del Oro.

³⁵⁸ Luis Eduardo Páez Courvel, *Primer libro de actas del cabildo de la ciudad de Pamplona en la Nueva Granada, 1552–1561; con un apéndice sobre la historia primitiva de la provincia* (Bogotá: PAX, 1950), 69.

De esta forma quedan caracterizados y propuestos los tres poblados principales de la provincia de *Mechica* o *El Mene*, cuyas ubicaciones aproximadas deberán ser confirmadas por futuras investigaciones de prospección arqueológica que brinden más elementos para configurar con mayor precisión dicho territorio.

Por otra parte, de forma paralela a todo este proceso, es necesario mencionar lo acontecido con el repartimiento de indios de *El Mene* que, como se expresó anteriormente, estuvo reservado a la Corona y no formó parte de las encomiendas hechas a Juan Rodríguez y Ortún Velasco, por lo que no se incluye en las descripciones ni en las ubicaciones tratadas hasta el momento.

Esta provincia de *Mechica-El Mene*, limítrofe con la zona minera del río del Oro, sin duda cobró gran importancia como fuente de mano de obra y de abastecimiento para los proyectos de Ortún Velasco; sin embargo, da la impresión de que, en relación con la totalidad de la provincia de Pamplona, era considerada más bien como un área periférica y poco conocida por el cabildo central. Esto concordaría con la definición de "provincia" dada por Herrera (ver nota 306). Lo anterior se deduce de la forma en que se llevaron a cabo las visitas y adjudicaciones de la época: la posible estimación de las cuatrocientas casas del señor *Ymagara* (ver nota 333) y la visita de Cristóbal Bueno desde el valle de *Camara*, sin ingresar directamente a la provincia, podrían ser dos indicios de ello. En tal sentido, parece que los únicos que conocían a cabalidad dicho territorio eran Ortún Velasco y, en menor medida, Juan Rodríguez.

Lo anterior permite esbozar la hipótesis de que el hecho de dejar el repartimiento de indios de *El Mene* bajo administración de la Corona pudo responder más a una obligación o a un gesto de respeto por parte de Pedro de Orsúa que a una decisión autónoma de la Real Audiencia, cuyos miembros tenían escasas posibilidades de conocer la existencia y situación específica de dichos indios.

Es sabido que Orsúa permaneció poco tiempo en la provincia después de la fundación, ya que hacia mediados de junio de 1550 debió regresar a Santa Fe.³⁵⁹ Dado que la mayoría de las localizaciones de los pueblos en ese periodo eran enteramente subjetivas —pues dependían de observaciones rápidas realizadas durante las correrías iniciales—,³⁶⁰ es posible que Orsúa hubiese dejado a la Corona, de forma simbólica e indeterminada, este “repartimiento” correspondiente a una provincia que Velasco ya tenía identificada. A diferencia del resto de depósitos y encomiendas, en este caso no se definió un poblado ni un cacique específico, lo cual refuerza la idea de que se trató más de un acto formal que de una asignación concreta.

Posteriormente, a principios de 1553, llegó desde Santa Fe Juan de Pinilla, enviado por la Corona como Capitán y Justicia Mayor de Pamplona, ante lo cual Ortún Velasco —quien hasta entonces había ejercido ese cargo por nombramiento del cabildo— debió renunciar “de su propia voluntad”. Con todo, no parece una coincidencia que, en la misma acta y a renglón seguido, se presente a Juan de Pinilla, descrito como “estante” en la ciudad (es decir, no avecindado), en calidad de nuevo ocupante del cargo, portando una provisión real “por la cual parece” que la Audiencia le otorgaba dicho nombramiento.³⁶¹ Todo indica que los miembros del cabildo no estuvieron del todo conformes con esta imposición, pero terminaron acatándola.³⁶²

Ahora bien, el recién llegado Juan de Pinilla también traía una provisión del 7 de febrero de 1533 que rezaba:

Sépades que el repartimiento de indios llamado *El mene* con sus caciques y principales a

³⁵⁹ La fundación de Pamplona ocurrió el 1 de noviembre de 1549, por lo que Orsúa solo estuvo durante poco más de siete meses. El dato es extraído de: “Información de Alonso Rodríguez de Escobar sobre la conquista y poblamiento de Pamplona, 1551,” AGI, Justicia 561, ff. 174–187, transcrita en Silvano Pabón Villamizar, *Los chitareros: prehispánicos habitantes de la antigua provincia de Pamplona en Sierras Nevadas* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Escuela de Historia, 1992), pág. 55 del PDF.

³⁶⁰ Colmenares, *Encomienda y población*, 48.

³⁶¹ Páez Courvel, *Primer libro de actas del cabildo*, 8–11.

³⁶² Esta indisposición hacia Pinilla también es sugerida por Colmenares, quien menciona que, ante su oposición a nuevas expediciones cercanas durante su ausencia, “los regidores hicieron notar que Pinilla ni siquiera era vecino de Pamplona”. Colmenares, *Encomienda y población*, 48.

el sujetos que son en términos de la dicha provincia [de Pamplona] están puestos e repartidos en nuestra corona real (...) por la cual vos damos poder y facultad para que en nuestro nombre tengáis a cargo e administración del dicho repartimiento llamado *El mene* con los demás repartimientos de indios que en la dicha ciudad y provincia estuvieren puestos en nuestra corona Real con los caciques capitanes e indios a ellos sujetos.³⁶³

De la forma en que se presenta el documento se pueden deducir varios hechos. Primero, que con el envío de Pinilla a Pamplona era necesario asegurarle algún sustento mínimo, en caso de que todos los indios disponibles ya hubiesen sido encomendados, por lo que se recurrió a aquel repartimiento simbólico que había dejado Orsúa. Segundo, que la Real Audiencia no conocía con certeza las características de los indios que estaban bajo la autoridad de la Corona, sino únicamente que estos existían como tales. Tercero, que al parecer se ignoraba si bajo dominio real había otros repartimientos o pueblos de indios, ya que se establecía que Pinilla podía también administrarlos en caso de que los hubiere. Y cuarto que, a diferencia del resto de encomiendas, esta vez solo se otorgó al capitán el derecho a administrar el repartimiento en nombre de la Corona, sin que se le concediera en titularidad.

Así pues, ante la sorpresiva llegada del enviado de la Audiencia, es posible que no solo Velasco se viese obligado a ceder su cargo, sino que el cabildo tuviese que encontrarle los indios de *El Mene* que le habían sido adjudicados por la provisión, ya que al parecer estos no conformaban un poblado definido. Posteriormente, entre 1555 y 1556, le fueron otorgados en encomienda los indios de *Yscala*, algunos de *La Bija* y los de *Lauraca*, por dejación de sus anteriores encomenderos.³⁶⁴

De tal forma que, para 1559, cuando se realizó la visita de Cristóbal Bueno, aparece allí

³⁶³ Texto modernizado. "Títulos de los yndios encomendados a Juan de Penylla" en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 508–509.

³⁶⁴ *Ibid.*, 510-517.

registrado un pueblo de *El Mene* junto al de *Lauraca*, en la zona cercana a las minas del río de Suratá.³⁶⁵ Según la descripción de dichos pueblos, se encontraban en tierra templada, lo suficientemente fría como para sembrarse papas o “turmas”.³⁶⁶ Para *El Mene* se reportaron ochenta y ocho indios en total; pese a esto, Pinilla manifestó que, ante la llegada del visitador, los indios “no le habían querido salir ni salen sino cuando ellos quieren, y a causa del estar mal y por no alterarlos no va, ni envía a apremiarlos”.³⁶⁷

Lo anterior demuestra la inestabilidad de dicho pueblo de *El Mene*, cercano al río de Suratá, que podría explicarse por el traslado de los indios desde su zona original en el valle de Umpalá, de donde fueron extraídos como “repartimiento” para ser dados a Juan de Pinilla y llevados a una región de naturaleza más fría. Según Rodríguez Baquero, era común que los naturales encomendados fuesen conducidos a los reales de minas, y el cabildo expresaba preocupaciones respecto de estos traslados, sobre todo cuando implicaban “sacarlos de su natural”.³⁶⁸ En todo caso, es muy factible que, en una etapa inicial, el repartimiento de *El Mene* otorgado a Pinilla se hubiese mantenido en cercanías del valle original, pero que, al serle otorgada también la encomienda de *Lauraca* —estimada en las cercanías del valle de Tona—, decidiese trasladarlos a todos al área minera, con el fin de aprovechar la mano de obra y facilitar su manejo. Esto iría en línea con lo planteado por Herrera cuando menciona que: “para 1559, las alteraciones territoriales en el área minera de Suratá eran de magnitud, ya que algunos de los asentamientos allí visitados tuvieron su origen en el interés de los conquistadores por los minerales que había en el área y no en la ocupación prehispánica de la misma”.³⁶⁹

³⁶⁵ Ibid., 521.

³⁶⁶ Ibid., 522.

³⁶⁷ Ibid., 521.

³⁶⁸ Luis Enrique Rodríguez Baquero, “Capítulo III: La encomienda y el trabajo indígena”, en *Territorio, población y trabajo indígena*, 81 y 96.

³⁶⁹ Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 42.

Ante este hecho, lo más plausible es que estos indios hubiesen conformado un nuevo asentamiento, al que también se empezó a conocer como *El Mene*, por su provincia de origen.³⁷⁰ Con el tiempo, los pocos sobrevivientes de este pueblo se fueron dispersando en otros asentamientos, como puede observarse en un registro de la visita de 1623 efectuada por Juan de Villabona Zubiaurre a los pueblos de *Cachagua* y *Ucata*, en el valle de Tona. Dicho documento trata sobre un pleito entre Lorenzo Fernández de Rojas y Fernando de la Parra, respectivos encomenderos de los pueblos mencionados, ya que, al parecer, indios de una y otra encomienda se estaban emparentando entre sí y trasladándose, en desmedro de la mano de obra asignada a cada uno.

Este pleito evidenció que los indios “naturales y originarios del pueblo del mene” se habían adscrito, en su mayoría, al pueblo de *Cachagua*, mientras que los originarios del pueblo de *Lauraca* lo habían hecho en el de *Ucata*. De tal forma que, para ese momento, *El Mene* ya había desaparecido como asentamiento propio y solo quedaba un grupo reducido de indios con sus descendientes, conformado por doce hombres, trece mujeres y doce niños(as), a quienes se les ordenó congregarse y vivir todos en el pueblo de *Cachagua*. De acuerdo con la fuente, el antiguo nombre del asentamiento perduró como apellido en el hijo de un cacique: Diego Mene.³⁷¹ En consecuencia, el hecho de que *Cachagua* fuera una de las parcialidades fundadoras del pueblo de indios de Bucaramanga³⁷² indica que al menos una parte de los sobrevivientes de *El Mene* terminó incorporándose a dicha reducción.

³⁷⁰ Es por esta asociación que muy probablemente Colmenares propuso el asiento de *El Mene* (el de Alfinger) entre Suratá y Matanza. Sin embargo, esta correspondería al pueblo establecido posteriormente por traslado. Colmenares, *Encomienda y población*, 31.

³⁷¹ *Ucata: diligencias de visita*, fols. 866r–867r, VISITAS–SANT:SC.62,9,D.5, Archivo General de la Nación de Colombia, Sección Colonia, fondo Visitas: SC.62, subfondo Visitas–Santander: SC.62, legajo “Diligencias de visita a Tesuca, Queneroma, Ucata, otros”, 1623.

³⁷² Martínez Garnica, *El régimen del resguardo*, 86.

Ahora bien, volviendo a los pueblos encomendados a Ortún Velasco en el valle de Umpalá, vale la pena señalar que las descripciones de 1559 incluían el número de habitantes de cada uno, contabilizando hombres y mujeres, tanto casados como solteros. *Mechica* contaba con 257 indios, *Chingara* con 66 y *Opaga* con 211,³⁷³ todos ellos sujetos al cacique principal *Ymagara*. Estas cifras no parecen particularmente altas si se comparan con las del vecino valle de Guaca, donde los dos principales pueblos registraban una población considerablemente mayor: *Guaca* con 573 indios³⁷⁴ y *Camara* con 706.³⁷⁵

Luego, entre 1559 y 1560, sobrevino a la provincia una epidemia de viruela que afectó también otras zonas del país³⁷⁶ y que fue referida no solo por la historiografía, sino también por los propios indios.³⁷⁷ Esta crisis impactó profundamente la estabilidad de los poblados más pequeños, llevando a algunos casi al borde de la desaparición. En el caso de la antigua provincia de *El Mene*, al comparar las visitas de 1559 y 1560 —esta última con registros que solo contabilizaron a los hombres de todas las edades— se observan descensos drásticos: *Mechica* pasó de 164 hombres en 1559 a solo 59 en 1560; *Chingara* de 39 a 20; y *Opaga* de 115 a 58.³⁷⁸

Esto, sumado a la incorporación de varios indios a las cuadrillas de lavadores en el río del Oro, fue sonsacando la población original hasta dispersarla. Cabe recalcar que, desde el inicio mismo de la encomienda, los tres pueblos también enviaban indios a las minas de Velasco como parte de su tributo. Así, en 1559, junto con los treinta indios que aportaba *Guaca*, *Mechica* enviaba

³⁷³ “Títulos de las encomiendas del capitán Ortún Velasco”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 251-255.

³⁷⁴ *Ibid.*, 255-257.

³⁷⁵ “Títulos de los indios encomendados a Diego Paez”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 331-332.

³⁷⁶ Hermes Tovar Pinzón, “Capítulo II: La crisis de la población indígena,” en *Territorio, población y trabajo indígena*, 63-64.

³⁷⁷ En las visitas de Tomás López el cacique *Ymagara* refiere: “No ha habido en el dicho pueblo ningún padre clérigo ni fraile para doctrinas [de] los indios y que cuando [les daba] las viruelas a los indios que se morían, los hacían cristianos un cristiano que estaba con ellos”. “Visita de las encomiendas de Arcabuzaso...” en *Visita de Tomás López (1560)*, 188.

³⁷⁸ “Títulos de las encomiendas del capitán Ortún Velasco”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 251-255; “Visita de las encomiendas de Arcabuzaso...”, en *Encomienda y población*, 187-191.

dieciséis, *Chingara seis* y *Opaga veinte*.³⁷⁹ Por tanto, en los orígenes tanto de Bucarica³⁸⁰ como de Bucaramanga, habría que reconocer también este aporte colectivo de la provincia de *El Mene*, más allá del protagonismo que la historiografía ha atribuido principalmente al pueblo de *Guaca*.³⁸¹

En la visita del licenciado Juan Suárez de Cepeda al río del Oro, realizada entre 1570 y 1572, aún se podían distinguir las parcialidades de *Mechica*, *Chingara* y *Opaga*.³⁸² Con el tiempo, en visitas posteriores ya no fueron reportadas y, al parecer, quedaron incluidas dentro del grupo de *Guaca*, base de la fundación del pueblo de indios de Bucaramanga, en 1622.³⁸³ Los nombres originales sobrevivieron principalmente en algunos apellidos indígenas³⁸⁴ y, en el caso de *Chingara*, el asentamiento conservó su nombre al menos hasta mediados del siglo XIX, cuando pasó a designar toda la vereda del actual municipio de Santa Bárbara.

Finalmente, vale la pena mencionar un hallazgo arqueológico reportado por Morales y Cadavid que, aun cuando no corresponde a ninguno de los tres sitios propuestos para *El Mene*—*Mechica*, *Chingara* u *Opaga*, evidencia la presencia de asentamientos en la zona de los ríos Manco y Umpalá. Puntualmente, en el sitio conocido como “Alto de Vacas” —uno de los dos filos que comunicaban la parte baja del río Manco con el acceso a la parte alta— se identificó una meseta de aproximadamente un kilómetro cuadrado junto a una cuchilla, con tumbas de pozo con cámara lateral. Según los investigadores, “aparentemente se trata de un área de vivienda con su respectivo

³⁷⁹ Ibid.

³⁸⁰ La “estancia de Bucarica” fue establecida alrededor de 1570 como “el hato de vacas del Capitán Ortún Velasco”, sitio al que los indios le pusieron el nombre Bucarica, el cual se mantiene hasta la actualidad. Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 202.

³⁸¹ Germán Colmenares, dentro de sus comparaciones poblacionales, utiliza la agrupación “Bucarica–Mechica” y compara los 257 indios registrados en Mechica en 1559 con los 102 que aparecen en Bucarica en 1602. Esto indicaría que, para el investigador, la población indígena de Bucarica guardaba alguna relación de continuidad con el primer poblado, ya fuese a través de un traslado directo o por el aporte progresivo de sus antiguos habitantes. Colmenares, *Encomienda y población*, 75.

³⁸² *Besca, Chingaras, Guaca, Cáçota, Mechica, Opaga, otros: diligencias de visita (1570–1572)*, VISITAS–SANT:SC.62,8,D.2, Archivo General de la Nación de Colombia, Sección Colonia, fondo Visitas: SC.62, subfondo Visitas–Santander: SC.62.

³⁸³ Martínez Garnica, *El régimen del resguardo*, 75-76.

³⁸⁴ En la “Descripción de los yndios lavadores de Guaca y Bucarica del capitán Juan de Velasco”, hecha en 1622, figuran, por ejemplo, Gonzalo Chingara y Juan Yugara Chingara. Luis Rubén Pérez Pinzón, “Bucaramanga 400 años. Indios pobladores antes (1622) y después (1657) de su ‘fundación’,” *Historia y Sociedad*, no. 43 (2022): 278–297, <https://doi.org/10.15446/hys.n43.102127>.

sitio de enterramiento”,³⁸⁵ ubicada a solo una legua del sitio propuesto para Chingara y a poco menos de dos leguas de *El Mene*, lo que sin duda la situaría dentro de la “provincia” que se asentaba alrededor de ambos valles.

Aunque en este punto aún no se menciona explícitamente la filiación étnica de estos pueblos, el relato proporciona más adelante elementos que permitirán argumentar su vínculo con las parcialidades conocidas como “*chitareras*”.

3.6 En la cima de la sierra: el maíz como nuevo oro

Ahora, retomando la ruta de la expedición, la narración se sitúa nuevamente en el momento en que Esteban Martín, al mando del grupo de vanguardia, había descendido hacia el río Umpalá y se disponía a entrar en el pueblo de *El Mene*, mientras Ambrosio Alfinger permanecía en su real, establecido en la parte media del valle del río Manco (actual carretera a Pescadero). A partir de este punto, el relato no solo describe el enfrentamiento con los habitantes del lugar y la búsqueda de alimentos, sino que también comienza a aportar datos fundamentales sobre los pueblos de estas sierras. Este segmento marca un giro importante en el relato, donde el avance de la hueste se enfrentó a nuevas condiciones geográficas, estratégicas y humanas:

Y nos salieron a recibir al camino con lanzas de veinte y cinco o treinta palmos en un palmo de la punta todas llenas de plumajes, y sus mantas cubiertas y las aldeas³⁸⁶ llenas de piedras, pero no les aprovechó nada, que presto les hicimos dejar el pueblo e irse huyendo a las sierras. Como ellos ya de antes tenían ya la nueva de nosotros, tenían alzada toda su hacienda³⁸⁷ y buscando alrededor del pueblo hallamos maíz escondido y otro enterrado en los mismos bohíos.

³⁸⁵ Morales y Cadavid, *Investigaciones etnohistóricas*, 112.

³⁸⁶ En la transcripción de Nectario María aparece “aldas” que se refiere al regazo o parte delantera de la vestimenta, usada para cargar o sostener objetos. Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 504.

³⁸⁷ En este contexto, “hacienda” se refiere a los bienes y provisiones de los indígenas, especialmente alimentos, utensilios y pertenencias.

De acuerdo a esto, los indios de *El Mene* ya habían tenido noticias de la llegada de los expedicionarios y estaban preparados para ofrecerles resistencia, por lo que la primera batalla debió tener lugar cerca del río Umpalá, antes de llegar al pueblo. En cuanto a la descripción de las armas, además de las “lanzas de veinticinco o treinta palmos”,³⁸⁸ llama la atención la presencia de adornos de plumas; es quizá por esta observación que Oviedo menciona que se trataba de “gente que se precian de las armas”.³⁸⁹ También destaca el uso de piedras, que llevaban dentro de una especie de bolsillos en sus mantas.

En cualquier caso, al parecer la superioridad militar de los hombres de Martín se impuso, y los indios huyeron hacia las sierras o, según Oviedo, “subieron huyéndose a las cumbres de las sierras”,³⁹⁰ expresión que de nuevo sugiere la ubicación del pueblo en la parte baja de un valle. Finalmente, una vez tomado el asentamiento, no encontraron comida a simple vista, ya que los indios la habían escondido o retirado para evitar que fuera saqueada por los intrusos; de todas formas, lograron hallar algo de maíz escondido o enterrado entre los bohíos.

Vale la pena destacar que, en este punto de la expedición, una vez que los expedicionarios comprendieron la ausencia de oro en las comunidades indígenas de esta cordillera,³⁹¹ su principal preocupación pasó a ser la búsqueda de alimento; una especie de carrera contra el hambre que convertía al escaso maíz escondido en un verdadero tesoro.

³⁸⁸ Estas lanzas ya habían sido mencionadas por Esteban Martín durante el encuentro con los guanes en la meseta de Lebrija. Teniendo en cuenta que un palmo castellano equivale aproximadamente a 20 centímetros, las lanzas descritas alcanzarían entre 5 y 6 metros de largo, una medida poco factible por lo ineficiente que resultaría como arma en combate. Es más probable que dichas lanzas fuesen apenas más altas que los propios guerreros, lo cual les otorgaría mayor versatilidad en el uso. En el Museo Casa de Bolívar de Bucaramanga se conserva un ejemplar de lanza de madera atribuida a los *guanes* que mide 2,6 metros, una longitud mucho más razonable. Es posible que Martín exagerara ligeramente en su estimación visual, sin embargo, aún hace falta un estudio más profundo sobre las armas prehispánicas en el territorio del actual departamento de Santander para avanzar en esta discusión.

³⁸⁹ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. IV, 281.

³⁹⁰ *Ibid.*

³⁹¹ Para el caso de los chitareros, Silvano Pabón, en línea con otros académicos, concluye que “ninguno de los pueblos chitareros poseyó oro, y menos que este metal haya sido concebido como abalorio o riqueza; por lo tanto, su explotación es aún menos posible”. Pabón Villamizar, *Los chitareros*, 23 del PDF.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que Martín describió cincuenta bohíos para el pueblo de *El Mene*, y si se toma en cuenta el cálculo propuesto por Hermes Tovar —de aproximadamente diez personas por bohío—,³⁹² se estaría estimando una población de unos quinientos indígenas en el asentamiento, lo cual sugiere un número considerable. Ahora bien, dicha cifra incluiría mujeres, niños y ancianos, por lo que el número de guerreros disponibles no sería equivalente. A pesar de ello, el propio Martín reconoció que la zona estaba bastante poblada:

y como yo viesse la tierra muy poblada no osé enviar socorro de comida al gobernador, porque haciéndonos parte no nos acaeciese algún desastre, más antes acordé de dejar allí cuarenta y cinco hombres y los otros subimos al pueblo que estaba de allí obra de dos leguas y vimos la disposición de la tierra y el paso por donde habíamos de pasar y dormimos aquella noche encima del puerto, debajo de unas peñas adonde pensamos perecer todos de frío.

Este fragmento brinda bastantes detalles que permiten interpretar el camino a seguir. Lo primero que hay que notar es la tierra muy poblada, es decir, aparte de los indios de *El Mene* y de los dos pueblos anteriores (que se consideran como *Chingara* y *Opaga*) es posible que existieran algunos otros bohíos dispersos por los dos valles en núcleos más pequeños, de tal forma que el maestro se sintiese en inferioridad numérica.

En cambio, la decisión de no enviar un pequeño grupo de regreso hacia el occidente para llevar provisiones a Alfinger, pero sí dejar a cuarenta y cinco hombres en *El Mene* mientras avanzaba con un grupo reducido hacia el oriente, sugiere que la ladera oriental no parecía estar habitada. Mientras que, hacia el occidente —la ruta por donde habían llegado— sí se sabía de la presencia de otros pueblos, por lo que dividir la tropa en esa dirección hubiese implicado quedar expuestos a un posible ataque. Esta diferencia en la conducta de Esteban Martín indica que percibía

³⁹² Tovar Pinzón, introducción a *Relaciones y visitas*, 40.

mayor riesgo en el camino de regreso —donde ya habían encontrado resistencia—, y por el contrario consideraba más seguro “subir” hacia el oriente en busca de paso, probablemente porque no se divisaban poblaciones cercanas en esa dirección.

De acuerdo con esta hipótesis, resulta algo confuso que el relato mencione cómo subieron a un “pueblo” y, sin embargo, no se haga referencia al encuentro con sus habitantes ni a alguna forma de resistencia. A ello se suma que, si realmente adelante existiese un pueblo, es poco probable que Martín dividiese su fuerza, dejando a cuarenta y cinco hombres atrás. Es posible que se trate de un error de transcripción, ya que al revisar la edición de Nectario María figura el término “pueblo”;³⁹³ en cambio, Oviedo —quien también tuvo en sus manos el manuscrito original de 1534— lo escribe como “puerto”,³⁹⁴ que parece ser la lectura correcta, no solo por la realidad geográfica, sino también por la distancia expresada y por la segunda parte del fragmento de Martín, en la que narra cómo pasaron la noche “encima del puerto”.

En este sentido, un puerto corresponde geográficamente a un paso natural en la montaña, es decir, una especie de escotadura entre la cuchilla de una sierra que permitía la comunicación entre dos valles o regiones. En este caso particular, se trataría del punto geográfico más adecuado para pasar entre el valle del río Umpalá y el del río Guaca. Por ello, al revisar el terreno, no cabe duda de que el puerto más propicio es el hoy conocido como El Término, el cual sigue siendo utilizado en la actualidad como paso principal, por donde atraviesa la carretera que comunica Los Curos con Málaga.

Teniendo esto presente, es necesario intentar establecer el camino que tomó Esteban Martín y su grupo para ascender desde *El Mene* hasta el paso de El Término. Para realizar este trayecto,

³⁹³ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 504.

³⁹⁴ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. IV, 281.

habrían tenido dos opciones: seguir el curso del valle de la quebrada Apure o avanzar por el lomo de uno de los brazos de la serranía. Esta segunda alternativa resulta más factible. Según la historiografía sobre caminos prehispánicos, se sabe que muchas comunidades indígenas preferían utilizar las cuchillas montañosas como rutas rápidas para conectar distintos puntos,³⁹⁵ por lo que es probable que ya existiese un sendero trazado entre las poblaciones de *El Mene* y *Camara*, cuyo valle albergaba también gran población, tal como se ha señalado en apartados anteriores.

Asimismo, en el contexto de la expedición, no resultaba estratégico avanzar por la parte baja de un valle, ya que ello implicaba convertirse en blanco fácil de posibles emboscadas desde las laderas elevadas. Por el contrario, era más seguro seguir los caminos altos, que no solo ofrecían una mejor posición defensiva, sino que también permitían una observación más amplia del territorio circundante.

De acuerdo con el trabajo de campo realizado en la zona, aunque en la actualidad la principal vía de comunicación es la carretera Curos–Málaga, aún subsisten tramos de sendero que conectan escuelas veredales y viviendas ubicadas en las faldas de la montaña. Según la tradición oral recogida en el sector, el antiguo camino colonial que comunicaba Piedecuesta con Guaca recorría esa misma área y ascendía desde la parte baja del valle, cerca de un punto junto al río Umpalá conocido como La Tahona, un poco más al norte del sitio propuesto para *El Mene*. Desde allí, el camino subía por un filo de la montaña, pasaba por la actual Escuela Rural La Chácara y salía al sector de Pozo Bravo, por donde hoy pasa la carretera. A partir de ese punto, según testimonios locales, el sendero continuaba su ascenso por uno de los lomos de la sierra hasta

³⁹⁵ Marianne Cardale de Schrimppff, “Caminos al paisaje del pasado,” en *Caminos precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros*, eds. Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ministerio de Cultura, 2000), 59; Beatriz N. Ventura, “Espacios de producción, circulación y refugio. Los valles orientales del norte de Salta (Argentina) durante el Tawantinsuyu y la Colonia Temprana,” en *Caminando en los Andes: aportes arqueológicos e históricos desde Sudamérica*, tomo I, Qhapaq Ñan III, Taller Internacional en torno al Sistema Vial Inkaico (Lima: Ministerio de Cultura del Perú, 2023), 56.

alcanzar la cumbre que el IGAC denomina Loma de San Pedro,³⁹⁶ descendía levemente y llegaba a El Término, desde donde cruzaba al valle siguiente para continuar en descenso hasta Guaca.

Es posible que el camino entre La Tahona y El Término haya conectado con Piedecuesta por la cabecera del río Manco y que su trazado corresponda a la época republicana. En cualquier caso, los mapas del siglo XIX no son lo suficientemente precisos en cuanto a proporciones y detalles topográficos, por lo que será necesario un reconocimiento de campo en futuras investigaciones. Además, con la entrada en servicio de la carretera y la construcción de nuevas vías veredales, se perdió gran parte del camino original.

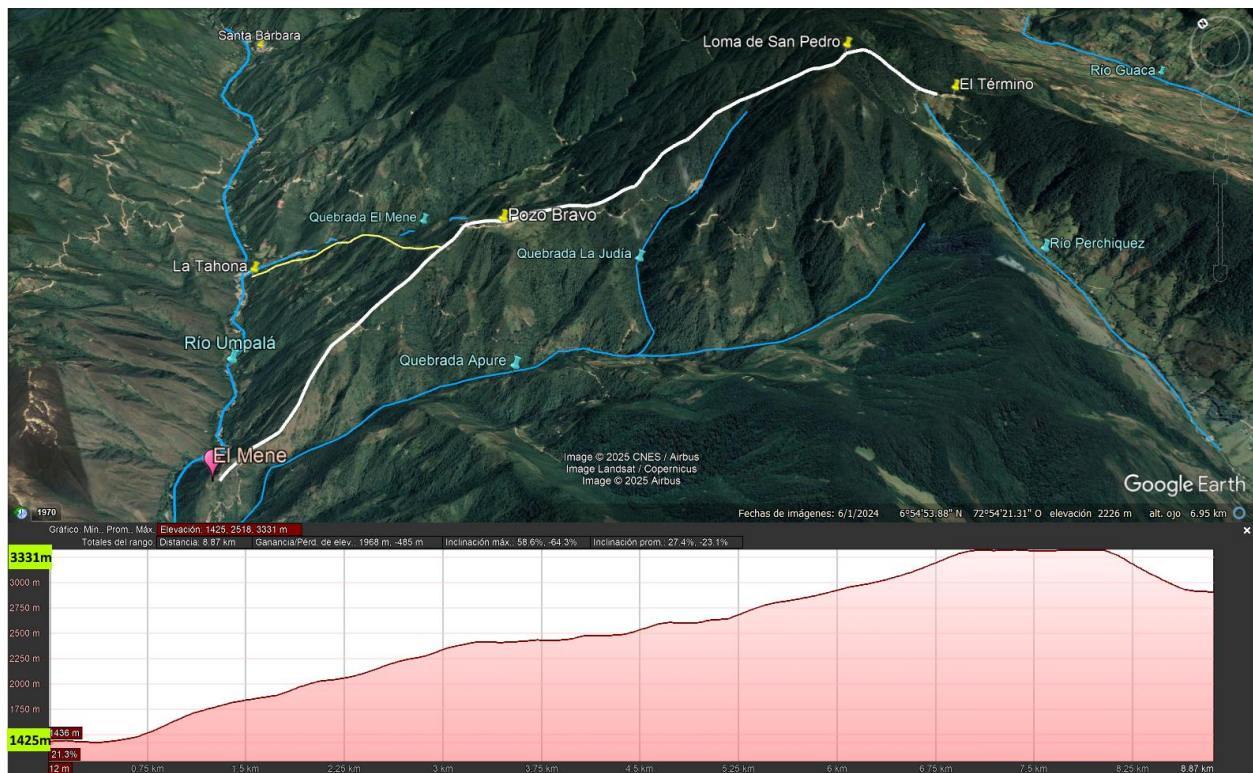
Por lo pronto, se considera probable la existencia de un camino prehispánico que uniese la zona de *El Mene* con el sector de Pozo Bravo a través del filo de la montaña, y que luego continuase por la misma ruta que más tarde tomaría el camino republicano, es decir, atravesando el sector de la Loma de San Pedro hasta llegar a El Término. Para los fines de esta investigación, dicha ruta representa la conexión más directa entre el pueblo en el valle y el puerto en la cumbre, con una distancia estimada de 8,8 km, muy cercana a las dos leguas mencionadas por Martín, considerando leguas de aproximadamente 4,2 km en trayecto montañoso, como ya se explicó anteriormente.

De tal forma que subieron por la montaña hasta la cumbre, desde donde muy seguramente pudieron observar, hacia el oriente, el amplio valle del río Guaca y, más allá, una nueva cadena montañosa con puntos aún más altos que el lugar en que se encontraban: el Páramo de Almorzadero. Incluso, con cielos despejados, es posible que al fondo se alcanzaran a distinguir algunos picos de la Sierra Nevada del Cocuy. Un panorama imponente que, a los ojos actuales,

³⁹⁶ IGAC, *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca*, hoja 121111A.

puede parecer una experiencia admirable, pero que, para una hueste que esperaba ya divisar las grandes llanuras del lago de Maracaibo o incluso alcanzar a ver el mar del Sur, debió de resultar profundamente frustrante.

Figura 28. Ruta de ascenso desde El Mene hasta el puerto de montaña de El Término.



Nota. La línea blanca indica la ruta propuesta de aproximadamente dos leguas que debió haber seguido Esteban Martín con su grupo por los filos de la montaña hasta su cumbre, así como la escotadura en El Término que da paso al valle de Guaca. Este ascenso de casi 2.000 metros en menos de 9 km representa una travesía de alta exigencia física y estratégica. La línea amarilla indica el tramo de camino posterior del siglo XIX entre La Tahona y Pozo Bravo.

Finalmente, vale la pena mencionar el abrupto cambio climático que debieron experimentar en una sola jornada, al pasar del ambiente templado-cálido del valle del Umpalá a las frías y ventosas condiciones del páramo andino, tal como lo señala el propio relator. Es probable que hubiesen pasado la noche en algún punto cubierto de vegetación o protegido por alguna formación natural, entre la cumbre rasa y el paso de El Término, ya que pernoctar en la cima, completamente

expuesta, hubiese sido imposible por el frío y los vientos intensos. A continuación, relata:

Y otro día por la mañana amaneció la mayor parte de la sierra llena de nieve nosotros casi helados y dando tenazadas acordamos de volver a donde habíamos dejado la gente. Y otro día salimos de allí antes que amaneciese cargados todos de (f^o 6 v.) maíz y los indios detrás de nosotros dándonos guasábara y como fuimos encima de una sierra nos salieron al camino indios por muchas partes y nos hirieron un hombre y pensamos que nos hicieran mucho más mal sino que corriendo tras ellos dieron a huir, al cabo de dos jornadas llegamos a donde estaba el gobernador y tardamos en ir y en venir diez días. Cuando llegamos al real había mucha hambre y había hombre que había ya vendido el caballo para comer y habían comido un perro o dos.

Sin duda, el relato refleja las condiciones extremas que enfrentaron. En algunas épocas del año, las zonas aledañas al Páramo de Berlín se caracterizan por esporádicas heladas matutinas que cubren de escarcha la vegetación, congelan las fuentes de agua y dan al paisaje una apariencia de “nieve”.³⁹⁷ Esto resulta aún más notorio en cimas sin cobertura vegetal, donde toda la superficie se torna blanca y resplandeciente. Casi helados, y tras reconocer el terreno, no les quedó otra opción que regresar por el mismo camino hacia las tierras más cálidas de *El Mene*.

Al cabo de unos tres días, durante los cuales recogieron suficiente maíz en los alrededores del pueblo, emprendieron de madrugada el regreso hacia occidente, ascendiendo probablemente por la cuchilla de La Mora, con intención de volver al real donde permanecían Ambrosio Alfinger y el resto de la hueste. Según el relato, los indios ocultos en los montes vecinos no los perdieron de vista durante toda su estancia, de modo que, apenas emprendieron el camino de vuelta, comenzaron a hostigarlos.

³⁹⁷ Oscar David Rivera Ricaurte, *Análisis y caracterización del ambiente atmosférico durante heladas radiativas en Colombia* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas, Medellín, 2023). 1-4.

Figura 29. Fenómeno de heladas en inmediaciones del Páramo de Berlín.



Nota. Fotografías que muestran la formación de escarcha en algunas madrugadas, como la experimentada por Esteban Martín y sus hombres.

Al llegar “encima de una sierra” —posiblemente la cumbre cercana a la vereda La Ceba—, fueron emboscados por gran número de indios. Todo indica que, durante los días en que estuvieron en *El Mene* y sus alrededores, los pueblos del valle del río Manco, *Chingara*, *Opaga* y otras comunidades cercanas organizaron una estrategia militar, sabiendo que los españoles habrían de regresar, ya fuese los que estaban a la vanguardia o los que se hallaban abajo, en el campamento. Aun así, la superioridad militar de los pocos españoles volvió a imponerse, y los indios huyeron.

En todo caso, el grupo de Martín se reunió nuevamente con Alfinger y la hueste en el campamento de “El Laguito”, hacia finales de marzo de 1533, encontrándolos en una situación muy precaria: llevaban más de una semana sin recibir maíz, y la escasez era crítica. Además, la zona donde se hallaban —hoy reconocida como transición hacia la aridez del cañón del Chicamocha— no ofrecía casi nada comestible en los alrededores. Tal era el grado de necesidad, que incluso un par de perros —bien muypreciado para la guerra— fueron asados sobre las brasas.

La expedición, sin duda, estaba llegando a su límite, y urgía regresar cuanto antes a Maracaibo. En ese panorama, las noticias traídas por el maestro sobre sierras interminables hacia el oriente debieron de causar profunda preocupación en Alfinger.

En este punto, las tres secciones que siguen estarán dedicadas a examinar aspectos que resultan esenciales para comprender el territorio por el que avanzó la hueste: en primer lugar, la filiación étnica de *El Mene*; luego, ciertos elementos relacionados con sus prácticas rituales; y, finalmente, la configuración territorial propia de esta zona de frontera.

3.7 Los “haruagos” de El Mene: chitareros de la frontera

A continuación, el relato de Esteban Martín presenta algunas observaciones etnográficas, junto con la primera mención del nombre étnico de los indios hallados en *El Mene*, *Chingara* y *Opaga*, ofreciendo así las pistas iniciales para abordar su filiación:

Esta generación que vivía en estas sierras como arriba dije nunca cosa le entendíamos más de que supimos que eran **araugos** de generación. Tenían grandes pueblos, pero estaban muy derramados por encima de las sierras y los valles todos de muy hermosas labranzas de maíz y caraotas que son como habas y otra hortaliza de manera de zanahorias y mucho apio verdadero tan perfecto como lo de España y otras a manera de turmas de tierra. Los indios e indias cubren sus vergüenzas con mantas de algodón y otras muy pintadas cubiertas; traen los indios un arca llena de flechas pequeñas tan luengas como tres palmos y los arcos muy pequeños y dentro del arca; pelean con lanzas y macanas y hondas y echando piedras a rodar y traen todos sus adargas de cueros de venados o de corteza de árbol.

De entrada, con este fragmento puede analizarse un aspecto muy importante: el cambio de generación étnica y su filiación. Hay que recordar que, al llegar a la meseta de Lebrija y encontrarse con los comerciantes *guanés*, Esteban Martín ofreció una breve descripción —principalmente de su vestimenta—, como solía hacer cada vez que identificaba el tránsito entre generaciones distintas. Sin embargo, como ya se ha señalado, intencionalmente no quiso ahondar en detalles

sobre el pueblo *guane*, por lo que la señal más evidente del cambio es la aparición de una nueva descripción. A ello se suma que, desde que entraron a las sierras, es la primera vez que se menciona a un grupo con un nombre propio, lo que muy posiblemente se deba a la información proporcionada por los prisioneros *guanés* que acompañaban la hueste. Es de suponer que ya le habrían dicho a Martín cómo se autodenominaban ellos también, pero lamentablemente no quedó constancia escrita, lo cual, de haberse conservado, tal vez hubiese alterado la denominación que la historiografía regional usa para referirse a ellos.

En cualquier caso, los *guanés* informaron a Martín que los indios de aquellas sierras se llamaban *araugos*, quienes con toda seguridad formaban parte de los grupos que, con el tiempo, serían englobados por los españoles bajo el nombre general de *chitareros*, vecinos orientales del territorio *guane*. Es importante recordar que dicho etnónimo *chitarero* no era propio de los nativos, sino un nombre impuesto por los conquistadores. Según Aguado, los naturales de esas provincias llevaban “muchas cantidades de calabazos del breuaje o vino que ellos tienen, el qual hazen de mayz e otra rayz que se dize yuca. A estos calabazos llamavan los naturales chitareros, y por salir con tanta cantidad de ellos, los españoles llamaron a los naturales de estas provincias chitareros”.³⁹⁸ Es decir, el nombre se derivó del recipiente para la chicha, no del nombre indígena original.³⁹⁹ Por esta razón, aunque el término *chitarero* no era utilizado por los propios indígenas en tiempos de Alfinger, se empleará en adelante como denominación convencional, útil para identificar a estos grupos en el marco de la presente investigación.

De tal forma que, hasta hoy no se conoce la denominación en lengua chibcha con que los

³⁹⁸ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. I, 587.

³⁹⁹ Martínez Garnica, en una versión alternativa, retoma los estudios de Henry Rochereau para proponer que el término “chitara” designaba un tipo de mochila fabricada en fique, y que de este vocablo derivaría el nombre “chitarero”, posiblemente aplicado a un grupo especializado en el tejido de dicho material. Martínez Garnica, “El espacio provincial percibido,” 8-9.

propios *chitareros* se identificaban, cuestión que esta investigación propone abordar. El primer paso consiste en establecer cuál de las transcripciones disponibles se aproxima más al término original transmitido por el informante *guane* a Esteban Martín. En el texto aquí utilizado, publicado por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela figura como *araugos*;⁴⁰⁰ en la transcripción de Nectario María —basada en el manuscrito del Archivo General de Indias— aparece como *aruagos*;⁴⁰¹ y Fernández de Oviedo, quien consultó el mismo documento en 1534, los nombra *corbagos*.⁴⁰² Lamentablemente, la información disponible proviene de transcripciones realizadas por terceros y aún no ha sido posible acceder directamente al manuscrito original conservado en Sevilla, por lo que, hasta que no se lleve a cabo un estudio paleográfico específico, solo podrá formularse una hipótesis sobre cuál sería el término indígena más verosímil. De momento, en este punto del relato, aún no se dispone de elementos suficientes para proponer como definitiva alguna de estas variantes, por lo que el análisis se retomará más adelante, cuando Esteban Martín ofrezca una segunda mención sobre el nombre de esta etnia.⁴⁰³

Una vez dicho esto, se revisarán algunos hechos que refuerzan la hipótesis propuesta sobre la pertenencia de los indios de *El Mene* a la denominada etnia *chitarera*. Tal vez el argumento más elocuente se encuentre en todo lo relacionado con el proceso de encomienda de los pueblos de *El Mene*, *Mechica*, *Chingara* y *Opaga*, los cuales estuvieron siempre vinculados a la provincia de Pamplona, a los vecinos pueblos de *Guaca* y *Camara*, y en general al grupo étnico identificado como *chitarero*. En ningún momento se ha registrado reclamo alguno por parte de estos pueblos por haber sido integrados con indios de distinta naturaleza, como sí ocurrió más adelante, en las

⁴⁰⁰ Esteban Martín, *Relación de la expedición*, 266.

⁴⁰¹ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 505.

⁴⁰² Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. IV, 281.

⁴⁰³ Más adelante, también se intentará demostrar que este nombre no solo identificaba a los indios de *El Mene* sino a un grupo geográficamente más amplio.

reducciones de 1623 y 1642, cuando se intentó agrupar a los indígenas de *Carcasí* —identificados como *tunebos*— con *chitareros* del pueblo de *Servitá*.⁴⁰⁴ Todo indica que su integración natural, posiblemente basada en lengua, cultura, redes comerciales, vínculos familiares y alianzas, era más fuerte con sus vecinos orientales, como *Guaca*, que con los occidentales, como *Xérira*; lo cual no implica, desde luego, una ausencia de contacto con los pueblos *guanés*, dada su condición de frontera.

Es comprensible que, dada la ausencia de estudios específicos sobre el área limítrofe entre *guanés* y *chitareros*, las zonas de los ríos Umpalá y Manco, así como la parte alta de los ríos del Hato y del Oro, continúen siendo objeto de discusión territorial. Mientras tanto, la historiografía sobre los *guanés* ha establecido, en términos generales, que la Mesa de *Xérira* —con la población bajo el mando de *Guanentá*— marcaba el límite norte de sus asentamientos, sin contar el área de influencia de la meseta de Bucaramanga, que constituye otra discusión aparte; y que el río Chicamocha representaba su frontera natural hacia el oriente.⁴⁰⁵

Tal vez la única excepción sea la propuesta de Otero D'Costa, quien, basado en una “suposición”, ubica *El Mene* en el valle del río del Hato o en el de Río Frío, y además equipara el relato de Oviedo con el de Simón para concluir que los “*corbagos*” o “*elmenes*” eran los mismos *guanés*.⁴⁰⁶ Con todo, ya se ha demostrado que, en lo relativo a los hechos del río del Oro y al contacto con los *guanés*, Oviedo narra una cosa y Simón —quien parafrasea a Aguado— otra, de forma complementaria. De tal manera que la conclusión de Otero D'Costa resultaba equivocada, si bien fue retomada por algunos estudios de historiografía regional, que reprodujeron la idea de

⁴⁰⁴ Martínez Garnica, *El régimen del resguardo*, 125-128.

⁴⁰⁵ Morales y Cadavid, *Investigaciones etnohistóricas*, 20–22; Arenas, *Los Guane*, 29; Acevedo y Bonilla, “Poblamiento de la provincia Guane”, 232; Roger Pita Pico, “Vestigios de la lengua guane: una aproximación al fenómeno del mestizaje idiomático en Santander,” *Lingüística y Literatura*, no. 63 (2013): 296.

⁴⁰⁶ Otero D'Costa, *Cronicón solariego*, 12 y 400-402.

que *El Mene* formaba parte de los cacicazgos *guanés* (ver nota 302).

Por otra parte, en adición a las evidencias etnohistóricas ya presentadas y de lo sostenido por la mayoría de los historiadores sobre los límites del territorio *guané*, otro indicio de que los indios de *El Mene* eran *chitareros* lo aporta el mismo Juan de Castellanos en su verso:

No van por el camino sin encuentro / De grandes escuadrones de flecheros,
Y cuando se metían más adentro / Mas cantidad había de guerreros:
Tuvieron un grandísimo recuento / Con indios que llamamos citareros;
Mas, a pesar de quien más los baldona, / Al páramo llegaron de Pamplona.⁴⁰⁷

Debe recordarse que la fuente del cronista fue Hernando de Alcocer, distinta a las versiones de Oviedo y Aguado. En tal sentido, Castellanos establece cronológicamente que la hueste de Alfinger primero se encontró con los *chitareros* y solo después subió al páramo —al que el cronista denomina de Pamplona—. Dado que entre el hallazgo de las “prolijas sementeras y labranzas” en la Mesa de *Xérira* y la llegada al páramo, el único encuentro descrito con indios fue con los de *El Mene*, se infiere que son ellos los “*citareros*” a los que alude el verso.

Por último, la afirmación de Esteban Martín de que la generación de los *araugos* “tenían grandes pueblos, pero estaban muy derramados por encima de las sierras y los valles”, emplea casi las mismas palabras que, veintiséis años después, utilizaría el visitador Cristóbal Bueno para describir los patrones de asentamiento de casi todos los pueblos *chitareros* de la provincia de Pamplona: “La tierra donde habitan es agra y entre sierras, viven derramados en las faldas de las sierras y en algunos llanos”.⁴⁰⁸ De forma semejante, Aguado refiere que “esta provincia de los *chitareros* es toda de serranía y algunas muy altas. (...) Hay otros valles donde están las

⁴⁰⁷ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207. Baldonar equivale a afrontar, injuriar o tratar con desprecio y deshonra a alguien.

⁴⁰⁸ “Títulos de los indios encomendados a Juan de Cuellar y a Juan de Torres”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 264. En los textos del siglo XVI, *agra* significa tierra áspera, quebrada o difícil de labrar, generalmente montañosa o pedregosa. Se opone a tierra fértil y llana, y suele describir zonas abruptas o de difícil acceso.

poblaciones de los indios, en las riberas de los ríos, por ser más templadas”.⁴⁰⁹ Sin duda, los tres se están refiriendo al mismo tipo de territorio y forma de poblamiento,⁴¹⁰ lo cual refuerza la identificación de los “araugos” de *El Mene* como futuros *chitareros*.

En resumen, se propone que tanto los indios que Esteban Martín denomina *El Mene*, cuyo pueblo se ubicaba en el valle del río Umpalá, como los de los dos pueblos adjuntos —posiblemente *Chingara* y *Opaga*, en el valle del río Manco— pertenecían al grupo étnico posteriormente conocido como *chitarero*. Asimismo, para la zona oriental de la actual Mesa de los Santos, es posible establecer como límite territorial entre *guanés* y *chitareros* el sitio conocido como Los Curos y la continuación del río Manco hacia el sur hasta su confluencia con el río Chicamocha.⁴¹¹

En lo referente a sus cultivos, Martín menciona “valles todos de muy hermosas labranzas de maíz”, alimento que constituía la base principal de la dieta prehispánica.⁴¹² Según la visita de Cristóbal Bueno, todos los pueblos sembraban maíz,⁴¹³ por lo que cualquier asentamiento permanente solía estar rodeado de sementeras, algo que —como se dijo antes—, en este punto de la expedición valía más que el oro. También se refiere a “caraotas que son como habas”, clara

⁴⁰⁹ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. II, 591.

⁴¹⁰ Según Herrera, “el vivir ‘desparramados’ entre sierras de que habla la visita de 1559 no refiere a las pautas de asentamiento prehispánico, sino al profundo y deletéreo impacto de las guerras de conquista” (Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 25). Sin embargo, como se ha expuesto aquí, esta disposición ya había sido observada por Esteban Martín antes del proceso de colonización, lo que sugiere que, en efecto, se trataba de un patrón de asentamiento anterior a la conquista. Ahora bien, al hablar de “derramados”, el término podría aludir tanto a bohíos individuales dispersos como a núcleos de población separados entre sí, siendo esto último lo más probable.

⁴¹¹ En consonancia con lo expresado por Otero D’Costa, esta investigación considera que la etnia *lache* no estuvo presente en la época prehispánica en los alrededores del Área Metropolitana de Bucaramanga, ni sus cercanías. En tal sentido no se entiende la aseveración de Moreno González cuando dice que “al nororiente, los guanés de Xérira eran comarcas de los laches”. Si existió tal frontera debió ser en el área cercana al actual Capitanejo, es decir al suroriente. María Consuelo Moreno González, “Cacicazgo, provincia y región guane, precisiones históricas,” *Estudio: Órgano de la Academia de Historia de Santander*, núm. 351 (diciembre de 2023): 389–390. En cuanto al vínculo étnico de Umpalá y Cepitá, es casi seguro que, al estar sujetos al cacique Guaca —quien, de acuerdo con la documentación, ha sido considerado *chitarero*—, también estos perteneciesen a la misma etnia. Ello refuerza la idea de que el curso del río Chicamocha actuaba como límite natural entre grupos étnicos.

⁴¹² Víctor Manuel Patiño, *Historia de la cultura material en la América Equinoccial: Alimentación y alimentos 1*, 2ª ed. (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2012), 104.

⁴¹³ Los porcentajes de pueblos cultivadores son extraídos de una revisión propia con base en 111 pueblos descritos en la visita de Cristóbal Bueno del libro *Relaciones y visitas a los Andes: siglo XVI, tomo VI, provincia de Pamplona*, ed. Hermes Tovar Pinzón.

alusión a los fríjoles,⁴¹⁴ probablemente similares a los que cultivaban los indígenas de Venezuela. Esta legumbre era sembrada en cerca del veinticuatro por ciento de los pueblos de Pamplona.

Asimismo, menciona “otra hortaliza de manera de zanahorias”, posiblemente la batata, por su forma alargada, sabor dulce, y uso alimenticio similar.⁴¹⁵ Se cultivaba en pocos pueblos de tierra caliente, apenas seis según los registros. En cuanto al “mucho apio verdadero tan perfecto como lo de España”, aunque en la Visita no se menciona, Aguado sí habla de “raíces de apio” entre los alimentos indígenas,⁴¹⁶ y Víctor Manuel Patiño la vincula con la arracacha prehispánica.⁴¹⁷ Finalmente, las “turmas de tierra” corresponden a la papa criolla, aún común en las tierras frías de la región; para 1559, se cultivaba en cerca del sesenta por ciento de los pueblos, lo que concuerda con el predominio de tierras templadas.

En cuanto a la vestimenta descrita por Martín, esta concuerda con la gran cantidad de mantas que producían los indígenas, reflejada tanto en su propia indumentaria como en los tributos que entregaban a sus encomenderos.⁴¹⁸ Por otra parte, al vestirse de forma similar a los *guanés*, y dada la fama y el protagonismo que han tenido los textiles *guanés* en la historiografía regional, es posible que algunos historiadores los hayan confundido. En realidad, por el clima de altura propio del territorio *chitarero* —comparado con el de los alrededores del cañón del Chicamocha— resultaría más lógico pensar que quienes realmente necesitaban buenas mantas para resguardarse del frío eran los primeros, tal como lo describe el relato. Desafortunadamente, no se han hallado hasta ahora textiles *chitareros* significativos que permitan un estudio comparable al de sus vecinos.

⁴¹⁴ Patiño, *Historia de la cultura material*, 105.

⁴¹⁵ Patiño, *Historia de la cultura material*, 89.

⁴¹⁶ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. II, 590.

⁴¹⁷ Víctor Manuel Patiño, *Plantas cultivadas y animales domésticos en América equinoccial II: Plantas alimenticias* (Cali: Imprenta Departamental, 1964), 43.

⁴¹⁸ Según Rodríguez Baquero, en total se tributaban alrededor de mil mantas anuales. Rodríguez Baquero, *Territorio, población y trabajo indígena*, 114.

Finalmente, se describen las armas que complementaban a las ya mencionadas lanzas, entre ellas arco y flechas —al parecer, sin hierba en este caso puntual—, macanas que son como garrotes, y piedras, ya fuese lanzadas con hondas o rodadas como galgas por los numerosos barrancos que conforman las sierras donde habitaban. Esta táctica de hacer rodar piedras también había sido mencionada para los indios *curumuxes* en las sierras de Mérida y se halla registrada en diversas comunidades prehispánicas.⁴¹⁹ De igual forma, portaban elementos defensivos como adargas o escudos elaborados con cuero de venado o corteza de árbol. Esta variedad de elementos bélicos será importante para una hipótesis que será propuesta más adelante.

3.8 Decapitación y trofeos humanos: violencia ritual y poder simbólico

Así pues, una vez establecida la filiación étnica y descritas algunas de las características observadas por Martín, el relato continúa con los acontecimientos que vivió la hueste al reunirse nuevamente:

Como fuimos venidos al real e hicimos al gobernador relación de la sierra y camino, comenzó a caminar por la sierra adelante y estuvo dos jornadas hasta este pueblo del mene y ya que llegábamos muy cerquita del pueblo los indios le pusieron fuego, lo cual nos dió mucha tristeza por la necesidad que teníamos de los bohíos que era tierra muy fría y traíamos muchos dolientes. El gobernador se aposentó en este pueblo quemado y de allí mandó buscar comida, que los indios lo tenían todo alzado.

Una vez recibidas las noticias sobre la magnitud de las sierras que se extendían hacia el oriente y la empinada ladera que debían remontar, Alfinger decidió continuar la marcha, no teniendo otra opción que seguir intentando llegar al lago de Maracaibo. Para este punto, como se ha señalado antes, probablemente consideraba que lo descubierto era suficiente —en especial las perspectivas que ofrecían los territorios de los *cindahuas* y los *guanés*—, por lo que su prioridad

⁴¹⁹ Vincent Chamoussy, "Empleo de las armas arrojadizas del área centro-andina: ¿armas de caza o de guerra?," *Arqueología y Sociedad* 24 (2012): 69.

era llegar pronto a Coro, organizar la gobernación y planear un regreso con una hueste más completa.

No obstante, el camino de vuelta no sería fácil. A la aspereza de la cordillera se sumó la resistencia indígena, tanto activa como pasiva, que comenzó a manifestarse a lo largo de su trayecto. Una clara muestra de ello fue la estrategia de tierra arrasada implementada por los *chitareros* de *El Mene* y luego replicada por la mayoría de pueblos. Es posible que, al advertir los caciques cómo el enfrentamiento directo con los extranjeros no daba resultado —mientras las bajas entre sus propios hombres eran cada vez más numerosas—, optasen por evitar el combate abierto y centrarse en debilitar a la hueste por otros medios. Aprovechando la fragilidad creciente de los invasores, especialmente en lo referente al alimento y al abrigo, lo más lógico era dificultar su avance, incluso a costa de destruir sus propios asentamientos, con el fin de que las condiciones ambientales extremas hicieran mella en ellos y los redujeran a un punto de vulnerabilidad en el que las batallas frontales sí pudiesen resultar efectivas.

De manera que la hueste retomó el camino hacia *El Mene* desde “El Laguito”, ascendiendo por la cuchilla de Betania y descendiendo luego por La Mora. Alrededor del 30 de marzo llegaron al pueblo, situado a orillas del río Umpalá, cuyos cincuenta bohíos ardían ahora en llamas. La escena generó profunda desazón entre los hombres, pues, estando a punto de iniciar el ascenso hacia las frías cumbres, el descanso adecuado y un refugio para los enfermos eran de vital importancia. Aun así, se aposentaron entre las ruinas humeantes y de inmediato salieron a buscar alimentos en los alrededores, en procura de algún aliciente.

En consonancia con la decisión estratégica adoptada por los indios de *El Mene*, en esta ocasión no recurrieron a ataques frontales; pese a ello, todo indica que permanecieron atentos a cada movimiento de los europeos, como lo evidencia el siguiente fragmento:

Y enviolo a buscar por muchas partes, supo que estaba un cierto maizal media legua de allí, envió allá veinte hombres para que lo cogiesen, los cuales fueron y cogieron el maizal y cuando se comenzaban a venir, cargaron los indios sobre ellos con muchas flechas y piedras y mataron tres hombres y cortáronles las cabezas con unas cañas que traían a manera de cuchillo e hirieron a otros tres hombres que fueron tres de los cuales murió después el uno; tienen estos indios por costumbre tener en sus casas por paramentos cabezas de indios y brazos y piernas desollados con sus uñas y dedos y llenos de hierba. Esto no supimos si son indios que comen (f° 7) o si son indios muertos de los propios.

Martín relata cómo fueron emboscados los veinte hombres que salieron del pueblo en busca del maizal, en un movimiento que los indios seguramente habían previsto, observando de antemano la urgencia alimentaria de los invasores. Mientras la hueste de Alfinger contaba con una clara superioridad militar —en armas, caballos, perros y armaduras—, los nativos conservaban una ventaja fundamental: el dominio del territorio. Conocían los caminos ocultos, los atajos, los lugares de observación y los sitios propicios para tender emboscadas. En este sentido, es probable que el ataque no haya sido fortuito, sino cuidadosamente preparado. A partir de entonces, Alfinger y sus hombres debieron extremar precauciones cada vez que se alejaban del real.

Estos tres soldados, al parecer, fueron los primeros españoles que los indígenas de *El Mene* lograron matar desde el inicio de los combates, por lo que es bastante probable que las decapitaciones hayan sido de carácter ritual, como “cabezas trofeo” que representaban una victoria significativa sobre enemigos que hasta entonces siempre los habían vencido. Este simbolismo ha sido reseñado ampliamente en muchas sociedades desde tiempos neolíticos, y en la América precolombina se desarrolló con fuerza la tradición de la decapitación ritual como forma de obtener cabezas trofeo de guerreros. La cabeza y, por extensión, el cráneo, se ha considerado a lo largo de la historia como la “sede bien del alma bien de la fuerza y la inteligencia, y detentan cualidades

preciadas, como la fuerza y el poder del individuo”,⁴²⁰ por lo que, en ciertos contextos bélicos, la decapitación no solo implicaba la derrota del enemigo, sino una especie de traspaso de sus cualidades guerreras al vencedor.⁴²¹

Ahora bien, el hallazgo no solo de cabezas, sino también de brazos y piernas colgados dentro de las casas resulta, por lo menos, significativo. Este tipo de escenas ha sido documentado de forma muy similar en el caso de las etnias del valle del río Cauca, donde se describía para el caso de los *gorrones* que:

Junto a las puertas de sus casas, por grandeza, tienen dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto, y muchas manos; sin lo cual, de las tripas, porque no se les pierde nada, las hinchen de carne o de ceniza,..desto mucha cantidad; (...) Fuera de las casas tienen puestas por orden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad, que no se puede creer.⁴²²

Sobre estos hallazgos, que los cronistas relacionaron con antropofagia, se han hecho sendos estudios y planteado diversas hipótesis al respecto. Sin embargo, la gran mayoría se enmarcan en un contexto de guerra entre las numerosas comunidades que habitaban el valle del Cauca. Simón también menciona, respecto a los indios de *Pozigueica*, cerca de Santa Marta que, dentro de la guerra con los españoles, los indios colgaban sus cabezas y barbas en sus santuarios y otras partes

⁴²⁰ Francisco J. Carod-Artal, “El culto a los cráneos. Cabezas trofeo y tzantzas en la América precolombina,” *Revista de Neurología* 55 (2012): 111–112. Sobre estudios de decapitaciones rituales y cabezas trofeo en Mesoamérica véase: Ximena Chávez Balderas, “Decapitación ritual en el Templo Mayor de Tenochtitlan: Estudio tafonómico,” en *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, ed. Instituto Nacional de Antropología e Historia (Ciudad de México: INAH, 2010); Bernardo Thiel, “La cabeza humana como trofeo de guerra, prestigio y magia. El caso de Costa Rica,” *Memorial de Arqueología* (blog), 12 de mayo de 2018, <https://memorialdearqueologia.blogspot.com/2018/05/la-cabeza-humana-como-trofeo-de-guerra.html>. Sobre los hallazgos en la cultura Nazca en el Perú véase: Christina Conlee y Aldo Noriega, “Cabeza trofeo Nasca y sacrificio humano en La Tiza,” *Arqueología y Sociedad* 27 (2014): 49–58.

⁴²¹ Fray Pedro Simón relata que, en ciertas comunidades prehispánicas ubicadas cerca de El Tocuyo y Acarigua, en la actual Venezuela, existía la costumbre de utilizar el cráneo de sus enemigos como vaso para beber. Aunque el cronista interpreta este acto como una forma de “venganza”, no puede descartarse que tuviese también un contenido ritual asociado al traspaso de saberes o habilidades del enemigo vencido. Simón, *Noticias Historiales*, tomo I, parte I, noticia III, cap. III, 97.

⁴²² Pedro Cieza de León, citado en Luis Gonzalo Jaramillo E., “Guerra y canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la conquista española,” *Revista Colombiana de Antropología* 32 (1995): 65, <https://doi.org/10.22380/2539472X.1392>.

de los cuerpos dentro de los bohíos.⁴²³

Por el contrario, las menciones de este tipo de rituales en el área de los Andes nororientales son escasas. En su *Relación sobre el descubrimiento y conquista del Nuevo Reino*, San Martín y Lebrija relatan que los *muiscas*, en su guerra contra los *panches*, tomaban algunas cabezas de los enemigos para colocarlas en sus oratorios.⁴²⁴ Por su parte, Pedro Simón, al referirse a los indómitos indios *carares* del río Magdalena, señala que en ciertas ocasiones se llevaban las cabezas de las víctimas, ya que hacían “vasos de las calaveras para beber en sus fiestas, si bien nunca han comido carne humana estas fieras naciones, pienso que por tener la abundancia de pescado que cogen en tantos ríos”.⁴²⁵ Sobre la antropofagia de los *carares*, el mismo Simón aclara que no la practicaban, lo cual es significativo considerando su marcada tendencia a señalar actos de canibalismo por doquier. Aun así, pese a la ausencia de pruebas concretas, hasta bien entrado el siglo XX los *carares* conservaron la fama de antropófagos, asociada tanto a su belicosidad como a la resistencia que opusieron a la conquista.⁴²⁶

Conviene recordar que la figura del canibalismo, y el temor que esta evocaba, estuvo siempre presente entre los conquistadores. Por ello, al encontrar partes corporales —especialmente cabezas, brazos o piernas— tanto soldados como cronistas tendían a interpretarlas como evidencia de antropofagia, dejando constancia de estas impresiones en los documentos que hoy sirven de

⁴²³ Simón, *Noticias Historiales*, tomo IV, parte II, noticia V, cap. V, 366. En otro apartado, también menciona una acción similar en contra del capitán Francisco García de Tobar a manos de los paeces, quienes “cortaban las cabezas y dividían en cuartos sus cuerpos, y aún en menores piezas, porque participasen más del despojo de la victoria”, ya que dividían “entre los más valientes la presa de los muertos”. *Noticias Historiales*, tomo IV, parte II, noticia II, cap. IX, 202.

⁴²⁴ Juan de San Martín y Antonio de Lebrija, *Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, años 1536 a 1539*, en *Relaciones Históricas*, 74.

⁴²⁵ Simón, *Noticias Historiales*, tomo III, parte II, noticia VII, cap. L, 321.

⁴²⁶ En 1921, el general Rufino Gutiérrez Isaza, gerente de la Compañía Empresaria del Camino del Carare, para desvirtuar las afirmaciones de algunos académicos, empresarios y colonizadores sobre la persistente y necia insistencia de considerarlos antropófagos, escribía: “Creo firmemente que es una exageración eso de que los indios del Carare son antropófagos, pues a pesar de mis indagaciones, no he encontrado una sola persona que me refiera un hecho antiguo o reciente que autorice aquella versión”. Velásquez y Castillo, *Los Yareguíes*, 241.

fuente. Sobre este fenómeno se pronuncia Chantal Caillavet, al afirmar: “La calidad de la información es, a mi parecer, la que sufre distorsiones que podemos achacar a la particular visión de los testigos españoles y a los sistemas de representaciones del siglo XVI. Una distorsión muy difundida es obviamente la incapacidad por gran parte de los testigos de reconocer la dimensión ritual que acompaña esta práctica”.⁴²⁷

El mismo Esteban Martín parece no haber encontrado una explicación clara sobre la presencia de estos despojos, pues duda si se trataba de restos consumidos por canibalismo o de ancestros propios. De hecho, algo que puede deducirse del relato es que no eran restos recientes, ya que estaban desollados y rellenos de hierba, en lo que podría interpretarse como una especie de taxidermia prehispánica. Esta consistía, al parecer, en retirar los tejidos blandos (y posiblemente los huesos), proceder al secado o ahumado del cuerpo, y luego rellenarlo con algún material que devolviera su forma y, al mismo tiempo, ayudara a preservarlo. Este tipo de hallazgos está bien documentado para el caso de la región de Cali en el valle del Cauca, donde, en lugar de hierba — como en el caso de *El Mene*—, se utilizaba ceniza.⁴²⁸

Estaban puestos por orden muchos cuerpos de hombres muertos de los que habían vencido y preso en las guerras todos abiertos, y abríanlos con cuchillos de pedernal y los desollaban, y después de haber comido la carne, henchían los cueros de ceniza y hacíanles rostros de cera con sus propias cabezas, poníanlos en la tabla de tal manera que parecían hombres vivos.⁴²⁹

Como se puede ver, la decapitación y la toma de partes del cuerpo a modo de trofeos solían ocurrir en contextos bélicos. En realidad, hasta donde se sabe, en el momento de la conquista no

⁴²⁷ Chantal Caillavet, “Antropofagia y frontera: El caso de los Andes septentrionales,” en *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, ed. Chantal Caillavet y Ximena Pachón (Lima: Institut français d'études andines, 1996), núm. 67, <https://doi.org/10.4000/books.ifea.2500>.

⁴²⁸ El uso de ceniza y vegetales secos para rellenar, moldear y preservar momias fue descrito para el caso de las “momias negras” de la cultura Chinchorro, en la costa de Chile y Perú. Véase: Bernardo T. Arriaza y Vivien G. Standen, *Muerte, momias y ritos ancestrales: La cultura Chinchorro* (Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2002), 29.

⁴²⁹ Cieza de León, citado en Caillavet, “Antropofagia y frontera,” núm. 54.

existían guerras interétnicas activas entre los *chitareros*, *guanés* y *yaregués*. No se han hallado evidencias ni etnohistóricas ni arqueológicas que respalden un estado de confrontación entre estos pueblos, más allá de la presión expansionista ejercida por la etnia *yareguí*.⁴³⁰ Así, ante la ausencia de datos que indiquen conflictos armados locales,⁴³¹ el hallazgo de restos humanos en *El Mene* podría interpretarse desde dos posibles explicaciones de carácter ritual:

La primera hipótesis gira en torno a la posibilidad de que se tratara de restos de enemigos provenientes de guerras antiguas, no necesariamente recientes, cuya conservación en el espacio doméstico cumplía una función simbólica de poder. En este sentido, las partes corporales actuarían como “trofeos” que reforzaban la “grandeza” del cacique y evocaban victorias pasadas, ya fueran suyas o de sus predecesores. Esto iría en línea con lo planteado por Jaramillo sobre los hallazgos para el caso del valle del Cauca:

Es necesario considerar que las cabezas trofeos operaban en un contexto simbólico y ritual mediante el cual los caciques y principales reforzaban sus posiciones de prestigio. Como toda la evidencia parece indicar; por lo tanto, es de tener en cuenta que tales cabezas no representan el producto de eventos particulares sino el producto de un proceso acumulativo cuya duración se desconoce. (...) Esta situación deja abierta la posibilidad de que tales símbolos fuesen heredados por el sucesor como parte de la herencia del cacique.⁴³²

Por ello, no resulta casual el acto de decapitar a los tres soldados en el maizal junto a *El Mene*. Esta victoria habría constituido un hito militar para una comunidad poco habituada a la guerra, que encontraba en las gestas de sus antepasados un referente de prestigio. Las cabezas, brazos y piernas colgadas en las casas funcionaban como símbolos visibles de esas antiguas

⁴³⁰ Velásquez y Castillo, *Los Yaregués*, 119.

⁴³¹ Rodríguez Baquero propone que, antes de la llegada de los españoles, existieron algunas “guerras inter-tribales” entre ciertas parcialidades dentro del territorio que más tarde sería denominado chitarero, particularmente en el área del valle de Tequia y San Cristóbal. Sin embargo, estos conflictos no parecen haber tenido un alcance regional, sino más bien un carácter local y limitado. Luis Enrique Rodríguez Baquero, “El mundo prehispánico del Norte de Santander,” en *Norte de Santander: aspectos de su historia colonial*, ed. Aristides Ramos Peñuela, Luis E. Rodríguez Baquero y Guillermo Sosa Abella (Pamplona: Universidad de Pamplona, 1999), 51–53.

⁴³² Jaramillo, “Guerra y canibalismo,” 57.

conquistas, integrándose como parte del “paramento” doméstico. En este sentido, destaca el hecho de que la mayoría de relatos sobre restos humanos exhibidos en bohíos aluden a cuerpos tratados, preservados y momificados, no a víctimas recientes. Así lo señala Cieza de León al describir el hallazgo en territorio de los *gorrones*: “Un negro de un Juan de Céspedes, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió a descolgarlas para comerlas; lo cual hiciera si no estuvieran como estaban, tan secas del humo y del tiempo que había que estaban allí colgadas”.⁴³³

La segunda hipótesis, sugerida incluso por el propio Esteban Martín, plantea que los restos hallados no correspondían a enemigos vencidos, sino a ancestros del propio grupo: antiguos caciques o guerreros que, mediante su presencia física, acompañaban la vida cotidiana o transmitían cualidades vinculadas al poder y la capacidad bélica. Esta posibilidad también ha sido referida por Roberto Pineda para el área del valle del Cauca, donde el cronista Pascual de Andagoya menciona haber encontrado:

En las casas principales del señor de esta provincia de Lili, en el alto como tres o cuatro estados dentro de la casa a la redonda de la sala principal, puestos en cantidad de 400 hombres o lo que cabían en aquella sala, desollados o llenos de ceniza, y sin que les faltase figura ninguna y sentados en una silla juntos unos con otros con las armas con que los prendían puestas en las manos, como si estuviesen vivos; y a estos que ansí prendían y mataban los comían la gente de guerra por victoria.⁴³⁴

Para Pineda, no es claro que se trate necesariamente de enemigos, ya que -para él- la interpretación del cronista estaba seguramente mediada por el prejuicio caníbal, y probablemente se pueda pensar que se trate, en alguna proporción, de antepasados del grupo u otros aliados muertos. En tal sentido, podrían ser sus propios difuntos “a quien se ha armado, con ocasión de la

⁴³³ Pedro Cieza de León, citado en Jaramillo, “Guerra y canibalismo,” 65.

⁴³⁴ Pascual de Andagoya, citado en Roberto Pineda Camacho, *Malocas de terror y jaguares españoles: Aspectos de la resistencia indígena del Cauca ante la invasión española en el siglo XVI* (ponencia presentada en el IV Congreso Nacional de Antropología, Popayán, Cauca, 1987), 100–101.

llegada de los españoles, para que destapen el espíritu de lucha y convoquen a los antiguos guerreros”, una especie de “respaldo de un ‘ejército de muertos’ al poder del cacique.”⁴³⁵

La momificación de caciques, chamanes e indios principales ha sido reseñada con frecuencia para las comunidades prehispánicas de la actual Colombia.⁴³⁶ A este respecto, en el caso de *El Mene*, si esta hipótesis fuese válida, cabría preguntarse por qué no se practicó la momificación completa del cuerpo, sino solo la de algunas partes. Leonardo Moreno, en excavaciones realizadas en territorio *guane*, registró pautas de enterramiento con evidencia de cortes post-mortem, es decir, cuerpos desarticulados intencionalmente tras la muerte. También reportó tumbas saqueadas donde solo se hallaban cabezas, y otras con extremidades largas o cortas, lo que asocia con rituales de conmemoración vinculados al culto a los ancestros, caracterizados por el uso de partes del cadáver en ceremonias realizadas en lugares distintos al sepulcro.⁴³⁷

De acuerdo con lo anterior, la fragmentación de cuerpos de ancestros no parece una idea descabellada para el caso de *El Mene*, dada la cercanía y posible vínculo entre las cosmovisiones *guane* y *chitarera*. Incluso podría pensarse que ambas hipótesis no son excluyentes, y que en los paramentos observados por la hueste de Alfinger coexistían tanto piezas “trofeo” de guerras pasadas como fragmentos de ancestros usados en ritos de culto. En todo caso, ningún español habría podido —ni querido— establecer con certeza su procedencia. Lo más probable es que no provinieran de actos de antropofagia, pese a la duda expresada por Martín, ya que ni en este episodio ni en encuentros posteriores con *chitareros* o *guanés* hay indicios de tales prácticas, más

⁴³⁵ Pineda Camacho, *Malocas de terror*, 101.

⁴³⁶ Véase: Carl Henrik Langebaek Rueda, “Competencia por prestigio político y momificación en el norte de Suramérica y el Itsmo de Panamá,” *Revista Colombiana de Antropología* 29 (1992).

⁴³⁷ Leonardo Moreno Gonzales, “Una aproximación a la sociología religiosa de la cultura prehispánica Guane: muerte y prácticas funerarias,” *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 17, núm. 1 (2012): 20–21, <https://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/2694>.

propias de pueblos asentados hacia la cordillera occidental.⁴³⁸

Por otra parte, la diferencia entre la fragmentación post-mortem practicada por los *guanés* y la observada entre los *chitareros* de *El Mene* estaría en la forma en que los restos son tratados y expuestos, es decir, en el uso simbólico y ritual que se les asigna, ya fueran partes de ancestros, aliados o enemigos de antiguas guerras. Para Pineda, esta exhibición podría tener “un sentido plenamente político de intimidación interior o externa”, es decir, funcionar como una estrategia para amedrentar al invasor mediante “espacios de muerte” que generaran temor en los españoles, aprovechando su predisposición “porque las condiciones de extraños los hacía temer constantemente en revueltas y caníbales al por mayor; y porque creían en el diablo, los salvajes y su poder”.⁴³⁹

Finalmente, al ser esta la primera referencia etnohistórica sobre prácticas de este tipo en el área de Santander, las fuentes no permiten establecer con certeza si se trataba de una costumbre sistemática o de una manifestación excepcional motivada por la guerra. Sin embargo, todo parece indicar que la exposición de restos humanos en *El Mene* respondió a un acto ritual vinculado con el poder y la resistencia, antes que a la antropofagia o al simple terror. La irrupción de las huestes españolas habría reactivado estas formas simbólicas, transformando antiguos referentes de prestigio en expresiones de defensa colectiva frente al invasor.

3.9 La triple frontera étnica: equilibrio roto y expansión yareguí

Todo lo expuesto permite formular una hipótesis sugerente sobre la función del pueblo de *El Mene* y sus poblados adjuntos: se trataba de una comunidad de vocación guerrera cuya finalidad

⁴³⁸ Para el caso de los muisca, se han reportado casos de sacrificios humanos para “aplacar pecados”, según Gonzalo Jiménez de Quesada (citado en Caillavet, “*Antropofagia y frontera*,” núm. 105). Sin embargo, en cuanto a la antropofagia, Tomás López Medel manifestó que “el uso de comer carne humana no le había en el Nuevo Reyno ni por imaginación” (citado en Caillavet, núm. 31).

⁴³⁹ Pineda Camacho, *Malocas de terror*, 105-106.

principal habría sido ejercer un rol estratégico de vigilancia y control sobre el paso fronterizo hacia el oriente, desde el territorio *guane*, y especialmente frente a los posibles procesos de expansión *yareguí* que estarían ocurriendo al momento del contacto con los españoles. En términos funcionales, su papel podría compararse con el de una base militar de frontera. Ya fuese que *El Mene* operara como una parcialidad separada dentro de un sistema de alianzas —como lo sugiere Rodríguez Baquero— o que existiera una conexión étnica más estrecha con los valles que luego integraron el territorio *chitarero*, lo cierto es que este pueblo representó el más fuerte intento de barrera defensiva por parte de los *chitareros*, antes de adoptar una estrategia de tierra arrasada y evasión del contacto.

Muchos autores han intentado caracterizar la zona del actual Área Metropolitana de Bucaramanga para inicios del siglo XVI en relación con su ocupación étnica. La primera referencia conocida es la de José Joaquín García, quien, en su obra *Crónicas de Bucaramanga*, publicada en 1894, menciona que “a juzgar por lo que nos refieren algunas vagas y oscuras tradiciones, parece que el hermoso valle (...) de Bucaramanga era habitado, por un reducido número de indígenas pertenecientes a la tribu de los Laches”.⁴⁴⁰ Esta afirmación, que hoy en día puede parecer desfasada, se mantuvo vigente incluso en publicaciones oficiales hasta la aparición del *Cronicón Solariego* de Otero D’Costa en 1922. Según este último, el origen de la confusión radicó en la etiqueta “Laches” que Joaquín Acosta ubicó en su mapa de 1848, a partir de una interpretación errónea de un pasaje de la crónica de Pedro Simón.⁴⁴¹ En contraste con esa tradición, D’Costa sostiene que “el valle de Bucaramanga y sus aledaños fue en los tiempos de la conquista una zona limítrofe entre yareguíes, chitareros y guanés”, una “tríplice zona”, pero atribuye el dominio

⁴⁴⁰ José Joaquín García, *Crónicas de Bucaramanga* (1894; edición digital, El Libro Total), 40, https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=21_32_38&txt_coord=38,6,0_38,8,1.

⁴⁴¹ Joaquín Acosta, *Mapa del territorio de la Nueva Granada en el siglo XVI* (Bogotá: Litografía de S. A. Velasco, 1848), disponible en Biblioteca Digital del Banco de la República, <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll13/id/243/>.

territorial de Bucaramanga, Floridablanca y Piedecuesta a estos últimos, por lo que “sus aborígenes deben considerarse como guanes”.⁴⁴² En ese mismo sentido, ya había señalado que *El Mene* se ubicaba por la cabecera del río del Oro y que pertenecía también al ámbito *guane*.

El padre Isaías Ardila también respaldó la postura de D’Costa: “contra el parecer de algunos historiadores, la opinión más común y aceptable es que el Reino de los Guanes cobijaba también el asiento de nuestra actual capital de Santander”.⁴⁴³ Más adelante, Morales y Cadavid, quienes también habían ubicado a *El Mene* en el río del Oro, citan un documento de 1561 donde se especifica que “el río del Oro es en tierra de Guane, es toda una de un temple e no lejos de sus casas”, y afirman que su valle estaba dentro de los límites *guanes* hasta la confluencia con el río Suratá, cuyo valle ya pertenecía a los *chitareros*.⁴⁴⁴ Posteriormente, Martínez y Guerrero plantearon que la actual provincia de Soto:

No era el asiento de una diferenciada ‘provincia de indios’. Se trataba más bien de una zona despoblada, fronteriza de los grandes territorios ocupados por las etnias guane y chitarera, así como del desconocido mundo de la etnia yariguí que de vez en cuando asomaba por los ríos Sogamoso y Lebrija. No existían, en resumen, etnias originales de la meseta de Bucaramanga ni de los ríos del Oro y Frio en el momento de la presencia española.⁴⁴⁵

En 2004, Emilio Arenas delimitó un territorio de “lo que propiamente llaman Guane” como un área principal de presencia étnica, que abarcaba amplias porciones de las cuencas de los ríos Chicamocha y Suárez, así como la Mesa de los Santos.⁴⁴⁶ Esta propuesta sirvió de base para que, en 2010, Ardila Luna planteara una zona de influencia ampliada, a la que denominó “territorio itinerante” de los *guanes*, que se extendía hacia el norte hasta incluir la meseta de Bucaramanga e

⁴⁴² Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 4-7.

⁴⁴³ Ardila Díaz, *El pueblo de los guanes*, 26.

⁴⁴⁴ Morales y Cadavid, *Investigaciones etnohistóricas*, 19.

⁴⁴⁵ Martínez Garnica y Guerrero, *La provincia de Soto*, 3.

⁴⁴⁶ Arenas, *Los Guane*, 15.

incluso las zonas de Rionegro y Suratá.⁴⁴⁷ Más recientemente, en 2016, Acevedo y Bonilla cuestionaron la expansión hacia el norte planteada por Morales y Cadavid, al sostener que “la extensión del límite norte de los *guanés* hasta el río del Oro es poco probable, en primer lugar, porque no se han encontrado evidencias arqueológicas que sustenten este límite; en segundo lugar, porque las cuadrillas de población *guane* encontradas como referencia en el río del Oro son de fechas posteriores a la Conquista”.⁴⁴⁸ Sin embargo, esta visión parece contradecirse con la publicación de 2024, en la que Martínez et al., entre quienes se incluye el propio Acevedo, incorporan la Mesa de Ruitoque —al norte del río del Oro— dentro del territorio *guane*.⁴⁴⁹ Finalmente, Moreno González, en 2023 sostiene, por una parte que “los últimos Guane hacia el norte eran los de Xérira”, y al mismo tiempo asegura “que el límite norte de sus territorios iba hasta el actual Barrio Mutis de Bucaramanga” debido a un hallazgo cerámico en contexto funerario hallado en dicho sector.⁴⁵⁰

Visto lo anterior, esta investigación se alinea con las propuestas de Otero D’Costa y de Martínez y Guerrero, quienes sostienen que el actual Área Metropolitana de Bucaramanga constituía un territorio de triple frontera, sin presencia establecida de ninguno de las tres etnias. Tal como se ha mostrado, en el caso *guane*, sus últimos asentamientos al norte estaban situados en la Mesa de Xérira y el área de Chocóa; por su parte, los *chitareros*, mantenían sus poblados fronterizos en *El Mene*, *Chingara* y *Opaga*, ubicados en los valles de los ríos Umpalá y Manco. Hasta ahora no se han hallado indicios de ocupación permanente *chitarera* en las faldas orientales de Bucaramanga, Floridablanca y Piedecuesta, es decir, en las cabeceras de los ríos del Hato y del

⁴⁴⁷ Diana Carolina Ardila Luna, *Configuración de paisajes coloniales en el territorio Guane, Santander (Colombia)* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, Instituto de Estudios Ambientales, 2010), págs. 22 y 90 del PDF.

⁴⁴⁸ Acevedo y Bonilla, “Poblamiento de la provincia Guane, 232.

⁴⁴⁹ Martínez Garnica et al., *Historia de la provincia de Guane*, 41.

⁴⁵⁰ Moreno González, “Cacicazgo, provincia y región guane,” 388–389.

Oro, salvo unos aterrazamientos descritos por Manuel Ancízar en el borde del páramo que, según la tradición oral, sirvieron como base para sus bohíos.⁴⁵¹ En contraste, sí se registran poblados en los valles de Tona y Suratá. En cuanto a los *yareguíes*, no hay evidencia de asentamientos ni en el río del Oro ni en la meseta de Lebrija.

De tal forma que los actuales territorios del Área Metropolitana habrían estado despoblados, aunque integraban una zona de influencia compartida, no solo *guane* —como han propuesto algunos autores—, sino posiblemente de las tres etnias. Se trataba de un espacio neutral que garantizaba cierta estabilidad política entre los distintos grupos, donde el tránsito, el comercio y la obtención de recursos quizá estaban permitidos, pero sin un control territorial efectivo por parte de ninguno. Patricia Vargas utiliza el término “frontera fluida” para describir áreas donde “las relaciones de vecindad se dan entre sociedades equiparables en términos militares y políticos”⁴⁵² y que “se distinguen por ser zonas de amortiguación en donde dos o más sociedades tienen referencias territoriales e históricas, siendo generalmente centros comerciales”.⁴⁵³ Ese parece haber sido el caso de la “triple frontera étnica” en la hoy Bucaramanga y sus alrededores.

Arqueológicamente, como se ha mencionado, sí se han encontrado vestigios en la zona cercana al Área Metropolitana de Bucaramanga, pero no asociados a asentamientos permanentes, sino mayoritariamente a contextos funerarios. En el caso de la etnia *guane*, destaca la ya mencionada tumba descubierta en 1981 por Arturo Vargas en el barrio Mutis de Bucaramanga.⁴⁵⁴ Respecto a la cultura *chitarera*, se han documentado al menos dos enterramientos en el oriente de

⁴⁵¹ Ancízar, *Peregrinación de Alpha*, 392-393.

⁴⁵² Patricia Vargas, “Los emberas y los cunas en frontera con el imperio español. Una propuesta para el trabajo complementario de la historia oral y de la historia documental,” *Boletín Museo del Oro*, no. 29 (1990): 75.

⁴⁵³ Patricia Vargas, citada en María Clemencia Ramírez Lamus, *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva* (Santa Fe de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996), 64.

⁴⁵⁴ Gilberto Cadavid, “La montaña santandereana,” en *Colombia prehispánica: regiones arqueológicas*, ed. Ana María Groot de Mahecha, Leonor Herrera, Santiago Mora y Álvaro Botiva Contreras (Bogotá: Colcultura, Instituto Colombiano de Antropología, 1989), 83. [https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2781/..](https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2781/)

la ciudad: uno hallado en 1993 por Leonardo Moreno en la vereda El Gualilo, que presentaba rasgos de pozo con cámara lateral,⁴⁵⁵ similares a los descritos por Henry Rochereau en el área de Pamplona;⁴⁵⁶ y otro reportado en 1935 por Martín Carvajal en el kilómetro 4 de la antigua vía “El Mortiño”, quien lo asoció con “indios matagiras, que era la que poblaba esta región oriental del río del Oro”, considerándolos una “subtribu” de los *chitareros*.⁴⁵⁷ Por su parte, los *yaregués* han sido vinculados con las tumbas encontradas en el sector de Llano de Palmas (Rionegro), estudiadas por Morales y Cadavid,⁴⁵⁸ así como con otra sepultura hallada en 1934 por Reyes, Rivera y Bautista en cercanías del corregimiento de Bocas.⁴⁵⁹ A estos se suman otros hallazgos registrados por Carvajal en las zonas de Girón y Lebrija.⁴⁶⁰

Sin duda, hace falta un estudio más amplio que analice estos hallazgos de forma conjunta y no como hechos aislados. Mientras ello ocurre, es necesario registrar la presencia de las tres etnias en los alrededores de Bucaramanga, no solo de manera esporádica, sino también como un posible espacio de uso ritual y funerario.

A partir de los anterior, con los elementos esbozados en esta investigación, puede proponerse un resumen del estado político y militar en el que se encontraba la región al momento de la llegada de los primeros conquistadores, es decir, de la hueste de Ambrosio Alfinger en 1532. En cuanto a los *guanés*, ya se ha señalado que sus asentamientos septentrionales se concentraban en torno a la actual Mesa de los Santos y *Chocoa*, con una destacada actividad comercial que los

⁴⁵⁵ Luisa Fernanda Ruge Velasco, *Condiciones de vida del grupo prehispánico Chitarero. Evidencias bioarqueológicas de violencia interpersonal* (Monografía de grado, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología, 2014), 26.

⁴⁵⁶ Pabón Villamizar, *Los chitareros*, 31 del PDF.

⁴⁵⁷ Martín Carvajal, “Hallazgo de una tumba indígena,” *Estudio: órgano del Centro de Historia de Santander* 5, núms. 47–51 (mayo de 1936): 85–86.

⁴⁵⁸ Morales y Cadavid, *Investigaciones etnohistóricas*, 149-160.

⁴⁵⁹ Velásquez y Castillo, *Los Yaregués*, 54-56.

⁴⁶⁰ *Ibid.*, 56-57.

conectaba, a través de la meseta de Lebrija, con los pueblos del valle del Magdalena, incluyendo ciertas parcialidades *yareguíes*. Respecto de su capacidad militar, resulta reveladora la feroz resistencia que opusieron a la vanguardia de Esteban Martín en los puestos de avanzada ubicados en ese corredor comercial. La descripción que hace el maestro de sus armas permite suponer la existencia de uno o varios escuadrones de defensa estratégicamente situados en la zona, ya sea como reacción a las noticias de un grupo invasor desconocido, o como parte de un sistema defensivo preexistente para proteger dicha ruta. En este último caso, cabe preguntarse: ¿de quién se protegían? La respuesta más probable es: de los grupos bélicos *yareguíes*.

Emilio Arenas, al describir el poblado *guane* de *Macaregua*, en inmediaciones del cañón del Chicamocha —actual vereda de Villanueva—, sostiene que “tenía como función cerrar el paso a extraños”, y específicamente, que “estaba allí para contener los intentos de invasión de sus vecinos *yareguíes*”, por lo que “Macaregua era entonces la atalaya *guane* sobre el Cañón del Chicamocha y concentraba en ella guerreros selectos”.⁴⁶¹ Estas afirmaciones permiten considerar que, pese a la aparente paz entre las etnias, la presión expansionista de los *yareguíes* era un hecho tangible para las comunidades vecinas, que estaban preparadas para repeler cualquier intento de incursión por parte de sus vecinos occidentales.

Para la historiografía en general, los *yareguíes* pertenecían a la familia etnolingüística *caribe*, cuyas parcialidades —según Priscilla Burcher— eran reconocidas por sus constantes invasiones, en un proceso que “estaría en pleno apogeo a la llegada de los españoles”. La autora explica que “la economía de los caribes era por esencia un sistema de carácter expansionista, en tanto que debía buscar permanentemente nuevas fuentes proteínicas a lo largo de los ríos, mares,

⁴⁶¹ Arenas, *Los Guane*, 68.

o aún en los hábitats más marginales de zonas interfluviales o interiores”.⁴⁶² Como consecuencia, Velásquez y Castillo aseguran que “los yareguíes (...) durante el periodo de la ‘conquista española’ estaban en proceso de expansión y consolidación de su territorio”, y que para ello “tenían un grupo especializado de aborígenes formado por selectos guerreros, tanto para la defensa como para la obtención de nuevas fuentes alimentarias mediante la extensión de la frontera natural”.⁴⁶³

De acuerdo con lo anterior, cobra sentido que las etnias vecinas, como los *guanés*, hubiesen desarrollado estrategias defensivas del territorio, como emplazamientos de control y unidades de guerreros fronterizos que posiblemente vigilaban que los *yareguíes* no sobrepasasen ese “territorio neutral” y comercial de la meseta de Lebrija. De hecho, Velásquez y Castillo, en su estudio sobre la etnia, no incluyen esta área dentro del territorio *yareguí*, sino que los cacicazgos más próximos —los *suamacaes* y *guamacaes*— los sitúan siempre al occidente del río Sogamoso,⁴⁶⁴ con posibilidades de expansión hacia el valle del río Lebrija, es decir, hacia el norte, tal como se propuso anteriormente en esta investigación para el caso de los *xirihuanas*.

Entonces, volviendo a la hipótesis inicial, la función de *El Mene* dentro del conjunto *chitarero* podría explicarse en términos similares: una provincia o conjunto de poblados encargados de vigilar y contener cualquier intento de entrada hacia el oriente. Es probable que los más cercanos a la frontera, como *Chingara* y *Opaga*, funcionasen como una “frontera blanda”, con roles de vigilancia hacia el occidente y de contacto comercial tanto con los *guanés* como con los propios *yareguíes*; mientras que *El Mene* conformaba la “frontera dura”, dotada de una suerte de “cuerpo élite” cuya misión era proteger el paso del antiguo camino prehispánico sobre el río Umpalá. Esto explicaría los múltiples elementos guerreros observados por Esteban Martín: la

⁴⁶² Priscilla Burcher, citada en Velásquez y Castillo, *Los Yareguíes*, 33.

⁴⁶³ Velásquez y Castillo, *Los Yareguíes*, 45.

⁴⁶⁴ *Ibid.*, 72.

belicoidad expresada en varias guazábaras, la diversidad de armas e indumentaria tanto ofensiva como defensiva, la preparación para el combate, las estrategias de emboscada, los rituales de decapitación y el uso de trofeos humanos en el interior de sus bohíos. Es posible que a ello se refiriera Oviedo cuando afirmó que era “gente que se precia de las armas”.

Ahora bien, todo indica que esta triple frontera étnica mantenía un equilibrio militar similar al que plantea Vargas bajo el concepto de “frontera fluida”, es decir, un espacio donde, al no existir una parte claramente dominante, se sostenía una relativa paz que permitió el desarrollo paralelo de las tres comunidades. Sin embargo, la llegada de Ambrosio Alfinger y su hueste alteró por completo ese equilibrio. Su irrupción no solo destruyó la presencia *guane* en la meseta de Lebrija, obligándolos a replegarse, sino que también abrió la posibilidad de que los *yareguíes* avanzasen hacia el oriente y extendiesen su control hasta las inmediaciones del río del Oro.

Alfinger, en 1532 y 1533, al derrotar parte de las defensas *guanés* en Lebrija y de las *chitareras* en *El Mene*, junto con las posteriores conquistas de Martín Galeano en 1540 y de Orsúa y Velasco en 1549, abrió paso a la consolidación de los *yareguíes* como etnia expansionista. Esta tuvo varias décadas para establecerse y conformar lo que Martínez y Guerrero denominan el “espectro yariguí”,⁴⁶⁵ es decir, la amenaza constante sobre las nuevas encomiendas y fundaciones españolas. Según estos autores, se registraron alzamientos de dichos indios desde 1559 en adelante,⁴⁶⁶ por lo que las parcialidades *yareguíes* del norte contaron con casi treinta años para conquistar nuevos territorios y prepararse para resistir la colonización. Así, hacia finales del siglo XVI, Pedro Simón narra el levantamiento general de los *yareguíes*, incluyendo las parcialidades de los “Topocoros y Yareguíes”, quienes llegaron a asaltar “hasta el río del Oro y Cachiras, distrito

⁴⁶⁵ Martínez Garnica y Guerrero, *La provincia de Soto*, 29-34.

⁴⁶⁶ *Ibid.*, 31.

de la ciudad de Pamplona”,⁴⁶⁷ destacando incluso una incursión a la hacienda de Bucarica en 1596, relatada por D’Costa.⁴⁶⁸

En conclusión, cuando se afirma que en época prehispánica habitaron parcialidades *yareguíes* como los *suamacaes*, *guamacaes* o *topocoros* en la zona de la meseta de Lebrija, no existen hasta el momento evidencias documentales ni arqueológicas que respalden dicha afirmación, al menos en forma de asentamientos. Por el contrario, la hipótesis aquí planteada sostiene que los *yareguíes* prehispánicos estuvieron contenidos por un equilibrio militar que impidió su avance hacia el oriente y permitió mantener abiertas las rutas comerciales *guanés*. Solo con la llegada de Alfinger, y la consecuente ruptura de ese equilibrio, se habría dado paso a su expansión tardía hasta las proximidades del río del Oro.

⁴⁶⁷ Simón, *Noticias Historiales*, tomo III, parte II, noticia VII, cap. XLVIII, 312.

⁴⁶⁸ Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 220.

Figura 30. Mapa de la “Triple frontera étnica” entre Yareguíes, Guanes y Chitareros.

Nota. El mapa muestra las áreas propuestas de control territorial en torno a Bucaramanga para yareguíes (rosa), guanes (verde) y chitareros (azul) al momento del contacto con la expedición de Ambrosio Alfinger (1532–1533). La línea punteada naranja indica una zona de frontera sin asentamientos, pero con tránsito comercial y ritual. Los puntos negros son ubicaciones actuales; los triángulos rojos, poblados prehispánicos aproximados.

Analizado ya el panorama político y territorial al momento del contacto, y como colofón de este capítulo centrado en los hechos ocurridos en el actual Departamento de Santander, se aborda la salida de *El Mene* y el ascenso de la hueste hacia el páramo:

Estuvo el gobernador en este dicho pueblo cinco días y a los seis se partió de él y comenzó a subir por la sierra arriba y aquella noche dormimos en medio de la sierra sin poblado, y otro día por la mañana llegamos encima del puerto que es llano y de grandes prados sin monte ninguno y caminamos todo el día por un páramo adelante con muy grandísimo frío y agua y viento y anocheción en dicho páramo.

Así pues, luego de tomar provisiones, permanecieron en el lugar —en medio de los bohíos calcinados— durante cinco días, reponiéndose del hambre y dando tiempo a los enfermos para recuperarse antes de emprender el difícil ascenso de casi dos mil metros hacia la cumbre donde, días antes, Martín y sus hombres casi mueren congelados. Al sexto día, Alfinger partió dejando atrás no solo *El Mene*, sino una provincia desolada, incendiada y sumida en el desconcierto.

Es necesario recordar que para este ascenso ya se encontraba reunida toda la hueste: caballería, infantería, cargadores e indígenas esclavizados de distintas naciones, desde *caquetíos* de Coro hasta *chitareros* de *El Mene*, pasando por las “piezas” tomadas de los valles del Cesar y del Magdalena, así como de las periferias *guanés*. Era un grupo heterogéneo, con muchos exhaustos, enfermos y sin preparación para afrontar el desafío que se avecinaba, intentando ascender por un camino prehispánico estrecho, flanqueado por abismos. Tal vez por esa dificultad, la subida que Martín y sus hombres habían logrado en un solo día debió ahora hacerse en dos, descansando a mitad de la montaña, en plena sierra, muy posiblemente en la planicie intermedia que hoy corresponde al sitio de Pozo Bravo.

A la mañana siguiente, la hueste llegó “encima del puerto”, es decir, alcanzaron la cumbre identificada actualmente como la Loma de San Pedro, pero no continuaron hacia el paso de El Término ni descendieron al valle que se extendía al oriente. El cambio de vegetación entre bosque altoandino y páramo fue notorio y quedó descrito por el maestro: “llano y de grandes prados sin monte ninguno”. Un acercamiento satelital a dicha cumbre confirma el cambio señalado.

Desde esa altura, entre los 3.300 y 3.400 m s. n. m., Alfinger pudo contemplar todo lo que Esteban Martín le había anticipado: un gran valle seguido de incontables montañas y sierras. Es probable que desde allí hubiesen divisado alguna señal de poblamiento en el valle, o al menos así

lo intuyeran. Llegados a este punto, ¿por qué no continuaron hacia el oriente? Sin duda, el desalentador panorama de tener que descender al valle y luego ascender nuevamente la sierra frente a ellos —posiblemente atravesando varios valles intermedios— debió disuadir al gobernador de emprender tal campaña, dadas las condiciones de su hueste. Además, un valle amplio, con sembradíos quizás visibles desde la cumbre, sugería la presencia de grandes poblados indígenas que requerían ser sometidos, algo ya inviable en ese momento, como también lo había considerado frente a los *guanés* en la Mesa de *Xérira*.

Figura 31. *Recreación visual hacia el oriente desde la cumbre de la sierra de El Mene.*



Nota. La imagen muestra la vista que Alfinger debió tener al llegar a la cumbre desde *El Mene*. Hacia el oriente se observa el paso de El Término, seguido por un amplio valle entonces habitado por el pueblo de *Camara*, posiblemente bajo el mando del cacique *Guaca*. Al fondo, las estribaciones del Páramo del Almorzadero y, en días despejados, los picos nevados de la Sierra Nevada del Cocuy. En primer plano, la cumbre “pelada” evidencia el paso al ecosistema de páramo.

De tal forma que, habiendo reunido una cantidad suficiente de maíz, Alfinger debió arriesgarse a cambiar de rumbo. El panorama que se abría hacia el oriente sin duda no correspondía a las llanuras del Lago de Maracaibo que esperaba encontrar, por lo que quizás consideró haber avanzado demasiado hacia el sur. Ante ello, un rumbo hacia el nororiente podría devolverlo a su gobernación. En cualquier caso, no tenía otra alternativa: la cuchilla con poca vegetación de aquel brazo de páramo que se dirigía al norte era su único camino posible. Ya luego vería hacia dónde lo llevaría la geografía.

Luego, en una ardua travesía que les tomó todo el día, caminaron por toda la cuchilla de la cordillera que actualmente marca el límite entre los municipios de Santa Bárbara y Guaca, avanzando hacia el norte desde la Loma de San Pedro y pasando por los actuales sitios denominados por el IGAC como Cuchilla Ovejera, Morro La Ovejera y Laguna Negra.⁴⁶⁹ Finalmente, alcanzaron el páramo abierto, que hoy correspondería al Páramo de Berlín–Santurbán (antiguamente llamado de las Ollas), muy cerca del actual Mogorontoque.

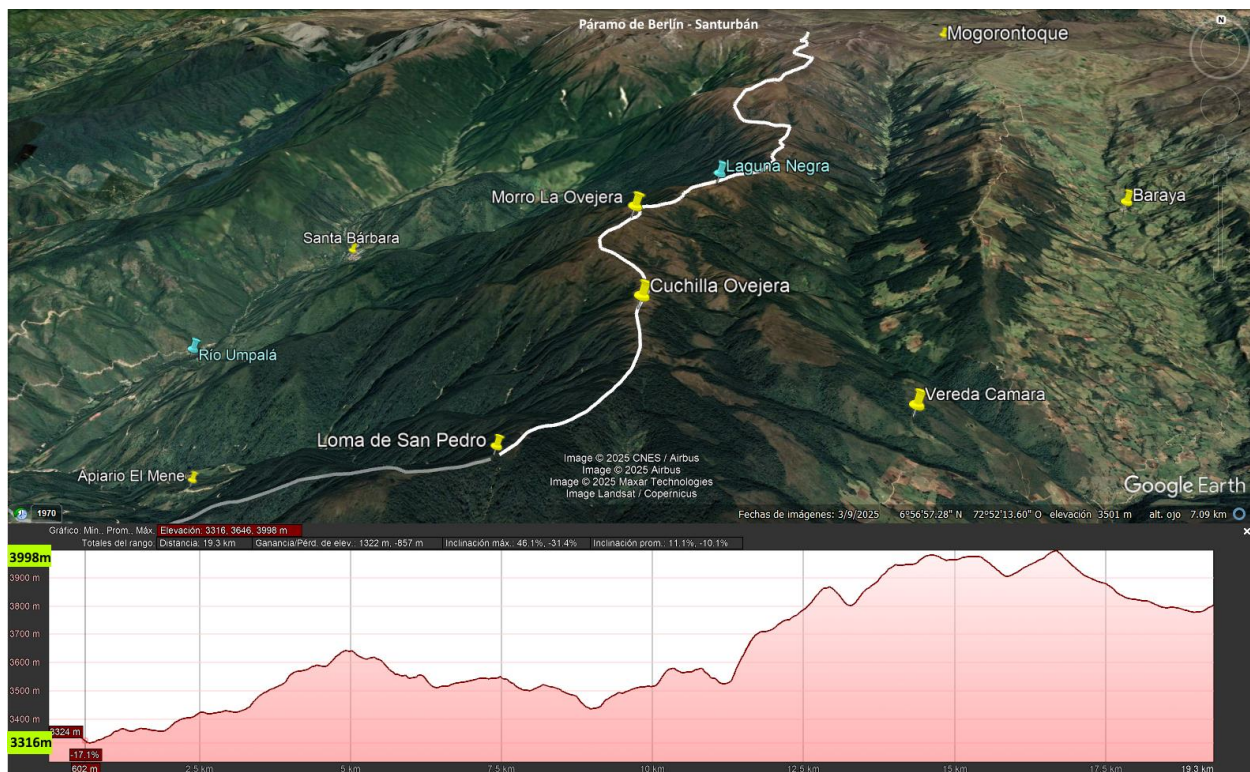
Este segmento lo relata Esteban Martín en su frase final: “y caminamos todo el día por un páramo⁴⁷⁰ adelante con muy grandísimo frío y agua y viento”, hasta que el anochecer los sorprendió en medio de este paraje inhóspito. Dado que la noche anterior la habían pasado en el sitio del actual Pozo Bravo y ascendieron ese mismo día hasta la Loma de San Pedro, el inicio de la marcha hacia el norte por la cuchilla debió ser hacia media mañana. Según el modelamiento realizado con base en el terreno y el perfil altimétrico, es probable que hubiesen avanzado entre 16 y 20 kilómetros, a un ritmo estimado de 2 a 2.5 km/h, considerando el estado físico de la hueste,

⁴⁶⁹ IGAC, *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca*, hojas 121111A y 1211C.

⁴⁷⁰ En el siglo XVI, el término “páramo” designaba zonas elevadas, frías, despobladas y difíciles de transitar, sin un significado ecológico preciso. Para los cronistas, era sinónimo de terreno inhóspito, sin cultivo ni abrigo, marcado por el frío y la niebla. Su uso era más descriptivo que técnico, asociado al sufrimiento y la dificultad del paso.

la altitud, el frío y las condiciones del terreno. Aunque el páramo en esta zona presenta una cobertura vegetal baja y no densa, la humedad, el viento constante y la pendiente habrían ralentizado significativamente el paso. Esta distancia coincide con el trayecto entre la Loma de San Pedro y el límite sur del páramo abierto, lo que refuerza la hipótesis de que alcanzaron esa zona justo al caer la noche.

Figura 32. Ruta propuesta entre la Loma de San Pedro y el Páramo de Berlín–Santurbán.

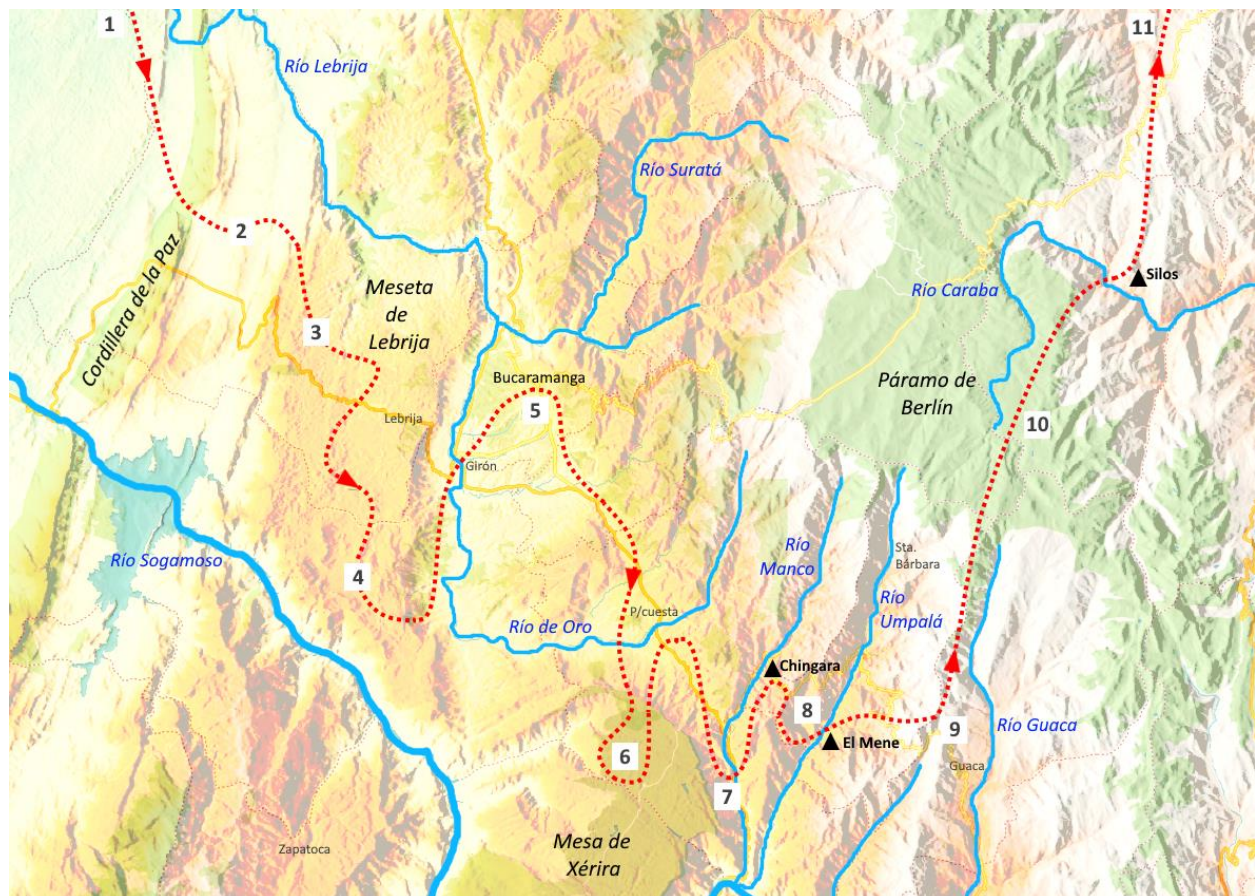


Nota. Como se aprecia, al no poder continuar hacia el oriente, la única dirección posible para la hueste fue seguir hacia el norte por la cuchilla de este gran brazo del páramo, en un ascenso gradual de aproximadamente 19 km, desde los 3.300 hasta casi 4.000 m s. n. m., lo que marca la entrada a la gran planicie con colinas y lagunas del complejo de páramo. Los pines amarillos señalan sitios y topónimos actuales, tanto geográficos como administrativos.

Sin duda, fue la primera parte de la jornada más devastadora para toda la expedición, en la que sobrevivir era en lo único que se pensaba. Con el cruce del páramo se marca el paso desde el territorio del actual Departamento de Santander al de Norte de Santander, si bien conviene recordar

que, desde la perspectiva geográfica y etnohistórica, los límites administrativos contemporáneos carecen de relevancia. Por ello, en lo posible, el territorio debe abordarse como una unidad histórica, como un espacio compartido cuya división es en gran medida posterior, ya que para Alfínger y su hueste todo cuanto hallaban era desconocido y pertenecía a la *Terra Incógnita* mencionada anteriormente.

Figura 33. Ruta de Ambrosio Alfínger en Santander.



Nota. Representación de la ruta de Ambrosio Alfínger en la zona central del actual Departamento de Santander. La línea roja punteada marca la trayectoria aproximada. Los triángulos negros marcan los pueblos chitareros encontrados. Los números marcan los diferentes eventos: 1. Ingreso desde el valle del río Magdalena. 2. Encuentro con los xirihuanas (yareguíes). 3. Primer encuentro con avanzada *guane*. 4. Segundo encuentro con guanés. 5. Laguna de los Caracoles. 6. Recorrido y hallazgo de la provincia Guane. 7. Real de Alfínger en el ingreso a las sierras. 8. Encuentro con los chitareros. 9. Ascenso a la cumbre de El Término. 10. Paso del páramo. 11. Salida hacia el valle de Rabicha.

Capítulo 4: En el actual Norte de Santander, muerte de Alfinger y fin de la expedición

En este punto se retoma el momento en que la hueste de Alfinger ingresó al páramo de Berlín-Santurbán, luego de haber decidido no continuar hacia el oriente ni hacia el sur, tanto por el estado en que se encontraba su grupo como por los obstáculos geográficos que se divisaban en esa dirección. Sobre esta decisión vale la pena confrontar las crónicas de Aguado y Simón, quienes reflexionan que, si Alfinger se hubiese aventurado hacia el sur, habría estado a apenas diez leguas de encontrar a los primeros *muiscas* en el paso o cabuya de *Chicamocha* (actual Capitanejo), y muy probablemente de convertirse en el descubridor del Nuevo Reino,⁴⁷¹ algo que hubiese cambiado el curso de la historia. Sus consideraciones no fueron del todo erradas, pues desde el puerto de El Término, donde resolvieron dirigirse al norte, si se sigue la posible ruta prehispánica que discurre por *Camara*, *Mogotocoro*, *Pangote*, *Tequia* y la cabuya de *Chicamocha*, se miden cerca de cincuenta kilómetros, es decir, las diez leguas que mencionan los cronistas. Sin embargo, dadas las condiciones de casi supervivencia en que se hallaban, hubiese sido crítico alejarse aún más de su gobernación.

Para ambos cronistas, la decisión de marchar al norte no obedecía al propósito de alcanzar el Lago de Maracaibo, sino al hecho de que se hallaban extraviados y el terreno resultaba más propicio en esa dirección. Esto puede ser debatido, ya que, si bien la geografía condicionaba su ruta en ese momento, es posible que tuviesen alguna estimación del lugar en que se encontraban y de la dirección en que quedaba el Lago.

⁴⁷¹ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 85-86; Simón, *Noticias historiales*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VII, 46.

4.1 Del cruce del páramo al refugio de Silos: la jornada trágica

El cruce del páramo de Berlín-Santurbán es otro de los eventos que relataron los testigos tanto a Castellanos como a Aguado. Aun así, conviene primero examinar lo que escribe Esteban Martín:

Hallóse el gobernador en la vanguardia con obra de veinte y cinco hombres y todos los otros durmieron derramados por el camino cada uno donde mejor podía, pero el que de todos mejor comida tuvo fué los pies en el agua fría y sentado dando tenazadas como perro y sin comer bocado porque no traíamos qué. (...) Quedaron ocho cristianos muertos de frío y algunos de hambre entre los cuales quedó Casemires, capitán de los de a caballo que hacía muchos días venía muy doliente y hinchado y quedaron en el dicho páramo entre dichos cristianos un negro y una yegua y ciento veinte y tantos indios muertos y quedaron cadenas y muchas cosas de munición por no haber fuerzas de recogerlas.

Según lo expuesto, las condiciones ambientales debieron ser sumamente adversas durante aquella noche, a casi 3600 m s. n. m., en un terreno de suelo húmedo y esponjoso que hoy forma parte del complejo lagunar de Antalá, al norte de Mogorontoque. Sin duda, fue la jornada más mortífera desde el inicio de la expedición, cuyos detalles los aporta el relato de Castellanos:

Fué pues Ambrosio por lo mas supremo / Del páramo, sin dél hacer desvío,
Mas no se vió rigor del monte Hemo / Que nevase tan frígido rocío;
Y como fuesen de calor extremo / A los extremos grandes deste frío,
Lo que no vencen bélicos calores / Vencieron frigidísimos temblores.

Pues muy en breve se quedaron yertos / No poca cantidad de los cristianos,
Muchos caballos, y ansimismo muertos / Mas de trescientos indios de los llanos,
Ladinos, sagacísimos, espertos, / Y de los españoles piés y manos;
Los cuales confiados del estío / Sus cueros solos eran atavío.

Y a todos fué muy gran inconveniente / Venir de lana mal apercebidos,
Y dar en tierra fría de repente / Con las lijeras ropas y vestidos
Que solían traer en la caliente, / Adonde con calor son afligidos;
Y así, de ver en poco tantos muertos, / De lágrimas arroyos van abiertos.

Ninguno ya por amistad espera / El riesgo de sí propio conociendo,
Ocupando la muerte donde quiera / A quien se para y al que va huyendo,
Enseñando los dientes, de manera / Que se juzgara del estar riendo,

Mas era de la muerte la divisa / Con extremo de la sardonía risa.⁴⁷²

Varios elementos pueden extraerse de ambos relatos. El primero es que, al igual que al grupo de Martín, la hueste amaneció bajo las heladas de la zona, que en esa altitud pueden alcanzar hasta los $-10\text{ }^{\circ}\text{C}$. A ello se sumaba la falta de abrigo, pues muchos venían desde el calor y la humedad del valle del río Magdalena y habían aligerado su carga, llevando apenas lo indispensable para climas cálidos. La situación era aún más grave para los indígenas del grupo —intérpretes, cargueros y esclavos en su mayoría, provenientes de zonas costeras y fluviales—, que marchaban casi desnudos, apenas cubiertos con algún taparrabos. Esta exposición se reflejó en el número de bajas: Esteban Martín estimó alrededor de ciento veinte indígenas muertos, mientras que Castellanos mencionó más de trescientos.

Aunque el número de muertos entre europeos fue significativamente menor, también ellos se vieron desbordados por el frío extremo. Algunos, como el capitán alemán Casimiro de Núremberg, ya estaban enfermos, y fue tal la severidad del clima que, en una sola jornada, murieron más “cristianos” que en todos los combates sostenidos durante la expedición. Sin duda, la imagen de la “risa sardónica”⁴⁷³ —la mueca congelada de la muerte— quedó grabada en la memoria de los sobrevivientes, quienes años después aún daban testimonio de ella a los cronistas.

Fue una jornada en que cada cual debió salvar su propia vida: el grupo se dispersó, Alfínger siguió adelante con unos veinticinco hombres —muy probablemente con los caballos—, mientras que, conforme se agotaban las fuerzas, los muertos y heridos graves quedaban diseminados por el camino. En este contexto, es probable que lograran hallar algún antiguo sendero prehispánico que

⁴⁷² Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207.

⁴⁷³ La “risa sardónica” es una mueca involuntaria que se forma en los cadáveres por la contracción muscular post mortem de los músculos faciales, especialmente en condiciones de frío extremo. El rostro parece esbozar una sonrisa burlona o irónica, lo que impactaba profundamente a los testigos.

conectase el valle de *Camara* con *Mogorontoque* y, desde allí, continuase hacia el nororiente, en dirección al paso del actual río Caraba.

Otro factor relevante, en consonancia con la ruta propuesta para el cruce del páramo, es la relación entre los objetos perdidos por la hueste de Alfinger y los hallados seis años después por los hombres de Hernán Pérez de Quesada en el pueblo de *Camara*. La cercanía entre el lugar donde ocurrió la tragedia y aquel en que se encontraron estos restos (alrededor de 20 km) sugiere que fueron los indígenas de *Camara* y sus alrededores quienes, tras el paso de la expedición, acudieron a observar lo sucedido. Allí debieron encontrar cientos de cadáveres indígenas —pues los cuerpos de los cristianos fueron recogidos por la propia hueste— junto con objetos extraños, hechos de materiales novedosos como el hierro: cadenas, ollas y otras piezas de munición.⁴⁷⁴

El episodio, ocurrido en 1539, fue referido por Aguado, quien relata que los hombres de hombres de Pérez de Quesada, procedentes del sur, “fueron a dar a unos pueblos de indios (...) llamados *Camara* y *Mogotocoro*, donde hallaron ciertos pedazos de cadenas de hierro y dos ollas de cobre y otras insignias de haber andado españoles por allí”.⁴⁷⁵ Si el cruce del páramo no hubiese tenido lugar por ese sector, sino más al norte —como proponen algunos autores, por el lado de *Cachirí* o *Cáchira*—,⁴⁷⁶ resultaría poco verosímil que los objetos abandonados hubiesen sido recogidos por los indígenas del valle de *Camara*, en lugar de aparecer en otros pueblos ubicados más al norte.

⁴⁷⁴ En el siglo XVI, *munición* incluía no solo balas y pólvora, sino también arcabuces, espadas, lanzas, cadenas, clavos, herramientas, mechas, cuerdas y otros pertrechos de campaña.

⁴⁷⁵ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro IV, cap. III, 383.

⁴⁷⁶ Varias han sido las propuestas sobre el cruce del páramo. Joaquín Acosta lo ubicó en el páramo de *Cachirí*, desde el valle de *Girón* hasta *Silos*, pero sugiere un rodeo de casi 86 km que lo hace inviable (Acosta, *Compendio histórico*, 104–105). Restrepo Tirado también propuso el cruce por *Cachirí* (Restrepo Tirado, “Algunas observaciones etnográficas,” 476). Otero D’Costa acierta parcialmente al proponer el paso por *Mogorontoque*, aunque se equivoca al llevar la ruta hasta *Servitá*, unos 35 km al sur (Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 403, 409–410). Por su parte, Friede propone con dudas el cruce por el páramo de *Cáchira*, aunque reconoce que no concuerda con la ruta posterior (Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 208).

En cuanto a la ruta y dirección seguida —casi de forma individual— por los miembros dispersos de la hueste, es probable que se guiasen por algún sendero prehispánico en dirección noroeste, pues existe consenso en la historiografía respecto a que el sitio donde finalmente llegaron corresponde al actual pueblo de Silos, como se verá más adelante. Al respecto, Esteban Martín lo relata del siguiente modo:

Los que estábamos con el gobernador en la vanguardia vimos estar cerca de nosotros un pueblo que tenía obra de veinte bohíos y comenzamos de aguijar hasta el pueblo por remediarnos del gran frío que traíamos y como los indios nos vieron pusieron fuego al pueblo y dieron a huir, por lo cual quedó el gobernador y todos nosotros muy tristes pensando en el mal remedio que teníamos para socorrer a la otra gente, y cuando llegamos al pueblo hallamos un solo bohío por quemar a donde se aposentó el gobernador, y luego envió a recoger la gente.

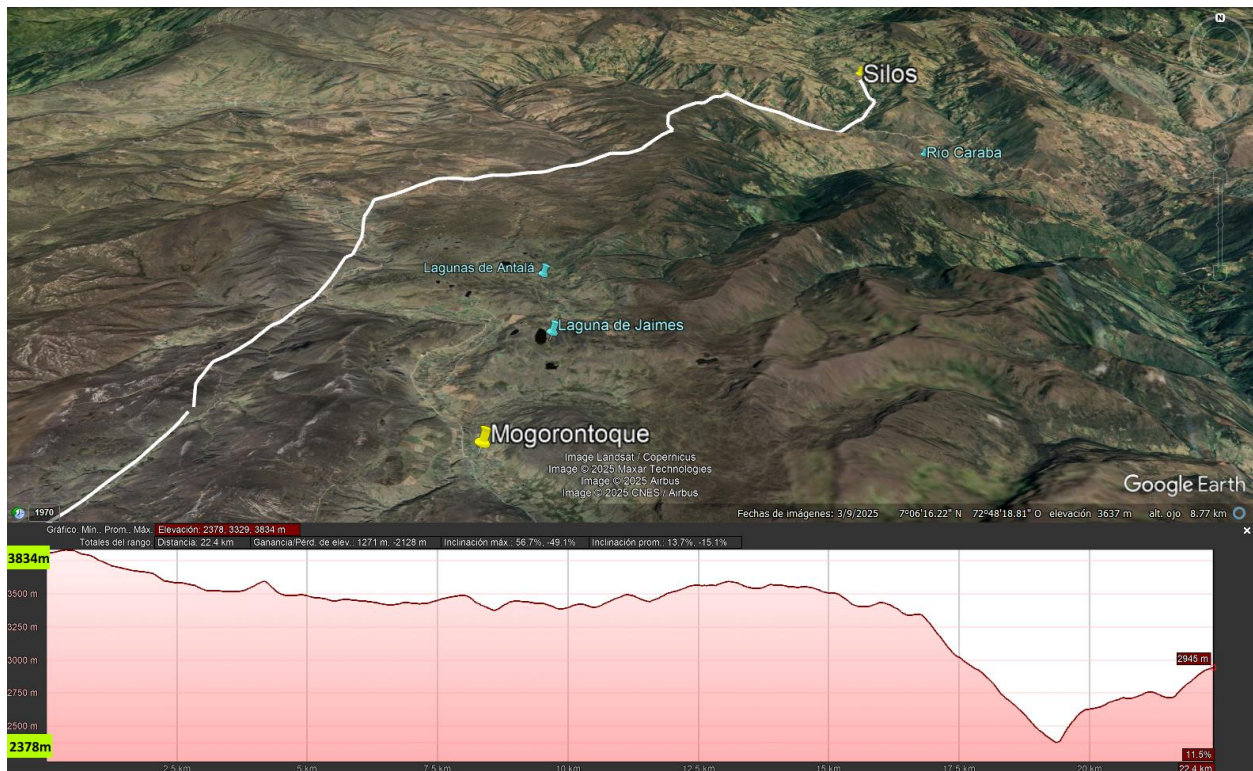
Así pues, el grupo de vanguardia a caballo, en el que iban el gobernador y Esteban Martín, divisó un poblado de unos veinte bohíos que, siguiendo la misma estrategia de tierra arrasada observada en *El Mene*, fue incendiado casi en su totalidad, salvo uno que sirvió de refugio para parte de la maltrecha hueste sobreviviente. Ahora bien, dado que para llegar al pueblo de Silos se interpone el profundo cañón del río Caraba, no parece probable que hubiesen bordeado su cauce por el norte en un solo día, lo que implicaría un rodeo de casi treinta kilómetros. En cambio, resulta más factible que lo hubiesen atravesado por algún sendero prehispánico que descendiese hasta el río para después ascender hacia el sitio donde entonces se hallaba el poblado indígena.⁴⁷⁷ Este tramo de descenso habrá de ser propuesto por historiadores locales con mayor conocimiento de los antiguos caminos. En todo caso, llama la atención la ausencia de referencias en el relato de Martín

⁴⁷⁷ Según la historiografía local, el pueblo antiguo, sobre el que se realizaron las primeras encomiendas se ubicaba en un sitio denominado “llano de la cruz”, o *Záqueta*, a dos kilómetros al norte de la población actual. El nuevo sitio, al parecer fue poblado por orden del visitador Juan de Villabona Zubiaurre, en 1623. José Alirio Fernández Díaz, *Estudios preliminares para la restauración y rehabilitación del Puente Real y Molino del Caraba en el municipio de Silos, Norte de Santander* (Pamplona: Universidad de Pamplona, 2016), 61–65.

sobre este trayecto, que, pese a ser breve, presenta un obstáculo natural de considerable magnitud.

Ahora bien, si se admite que el pueblo mencionado por Martín era el asentamiento indígena que luego se llamó Silos, el trayecto no debió ser tan corto como él lo sugiere, pues dado que la parte inicial del páramo era relativamente plana y permitió un avance rápido para la vanguardia a caballo, el cruce del cañón del río Caraba debió hacerse con mayor precaución. Esta dificultad se acentúa si se considera que, según el relato, en un mismo día algunos llegaron al pueblo y se devolvieron a recoger rezagados. Para que ello fuese posible, debió existir un antiguo camino prehispánico bien trazado, especialmente en el segmento del cañón.

Figura 34. Segmento propuesto para el cruce del páramo de Berlín, entre Mogorontoque y Silos.



Nota. Probable recorrido de la vanguardia a caballo en el transcurso de un solo día. Se presenta el perfil del trayecto desde el páramo alto hasta Silos, con una distancia total de 22,4 km, un descenso de más de 1.400 metros hasta el cañón del río Caraba y una subida final de casi 600 metros hasta el poblado indígena.

En ese contexto, cobra valor la expresión usada por Esteban Martín —“comenzamos de aguijar hasta el pueblo por remediarnos del gran frío”—, que sugiere que los primeros kilómetros de estepa fueron recorridos al trote, espoleando los caballos con urgencia. Esa fase inicial, de unos doce kilómetros, pudo cubrirse en poco más de una hora; el resto del trayecto, correspondiente al descenso y ascenso del cañón, debió hacerse a pie, guiando las bestias, lo que tomaría unas tres horas y media adicionales. Así, el viaje de ida pudo completarse en menos de cinco horas, permitiendo que algunos jinetes se devolviesen ese mismo día para auxiliar a los sobrevivientes. Todo esto aconteció, según los cálculos cronológicos, alrededor del 10 de abril de 1533, y es posible que la magnitud de la tragedia explicase la omisión de más detalles en el relato de Martín.

Es importante en este punto revisar la denominación de Los Silos e intentar establecer si efectivamente fue allí el lugar donde ocurrieron los hechos. Por lo general, se ha dicho que la referencia proviene de las reservas de maíz que encontraron los expedicionarios y que, dadas las circunstancias fueron la salvación en ese momento.⁴⁷⁸ Esteban Martín lo relata así:

Después que fue toda la gente recogida al pueblo, el gobernador estuvo allí reposando cuatro días porque allí hallamos mucho maíz y así aquello y algunos bledos sin sal comíamos, y todos los días desde allí estuvimos nos daban los indios guazábara por todas partes tañendo muchas cornetas y haciendo grandes alaridos, pero nunca mucho se llegaban a nosotros porque temían mucho a los caballos.

Si bien es cierto que las fuentes refieren el hallazgo de abundante maíz, la asociación directa con los silos europeos parece haberse formulado solo tiempo después. En el siglo XVI, los españoles empleaban el término *silo* para designar depósitos subterráneos o semienterrados destinados al almacenamiento de grano, comunes en la agricultura peninsular, por lo que es probable que las reservas indígenas de maíz halladas en el lugar presentasen un aspecto

⁴⁷⁸ Pabón Villamizar, *Los chitareros*, 16 del PDF.

funcionalmente similar. Esta analogía parece haber sido asumida por Fernández de Oviedo, quien en su versión modificada del relato de Esteban Martín ya menciona “mucho maíz en silos”.⁴⁷⁹

Asimismo, Hernando de Alcocer —fuente primaria de Castellanos— transmitió esa referencia al cronista, quien escribió: “Allegaron al pueblo de los Silos, nombrado de la gente forastera, por los que ven aquí de su manera”.⁴⁸⁰ Con ello, Castellanos no solo confirma que el nombre surgió por comparación con los silos españoles, sino que al emplearlo con mayúscula evidencia que, para la época en que escribe, el poblado ya era conocido oficialmente como *Silos*. De este modo, establece un vínculo claro entre la expedición de Alfínger y el sitio al que siglos después se seguiría llamando de ese modo. En contraste, ni Aguado ni Simón mencionan el paso por dicho poblado.

Lo más probable es que, durante el paso de la hueste de Alfínger, el lugar no recibiese nombre alguno, pues solo permanecieron allí unos días antes de continuar su retirada. Años después, con la fundación de Pamplona en 1549, algunos soldados que hubiesen acompañado a Alfínger y luego llegasen con Federmann al Nuevo Reino debieron reconocer el sitio y recordarlo por la abundancia de maíz almacenado, quizá comentando: “aquí fue donde hallamos muchos silos de maíz”, lo que habría dado origen al nombre de *Los Sylos*, con el que quedó conocido y por el que fue encomendado durante aquella primera repartición.⁴⁸¹ Según Colmenares, esa forma de nombrar pueblos y parajes era común en los primeros recorridos por la provincia de Pamplona, ya que “la localización era puramente subjetiva, pues se refería a episodios de las correrías. El sitio en donde un soldado había muerto, o donde había recibido una herida, o un campamento, servían

⁴⁷⁹ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. IV, 282.

⁴⁸⁰ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207.

⁴⁸¹ “Títulos de los indios encomendados a Luis Jurado”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 222.

como punto de referencia” para denominar un poblado.⁴⁸²

De tal manera, es bastante probable que Alfínger efectivamente haya pasado por este poblado y permaneciese allí durante cuatro días, a mediados de abril de 1533,⁴⁸³ lo cual no implica que lo hubiese fundado, ya que su establecimiento formal como pueblo de indios ocurrió en 1623.⁴⁸⁴

Una vez sustentado el paso de la hueste por el poblado de Silos, conviene aclarar una referencia que ha generado confusión en algunos académicos. Se trata de la afirmación de Fray Pedro Simón sobre el supuesto paso de Alfínger por “los páramos que llaman de Cirivita, dentro de la Provincia y términos que después se les señaló a la ciudad de Pamplona”.⁴⁸⁵ Esta asociación es original de Simón, ya que Aguado —de quien toma casi literalmente el relato sobre Alfínger— no menciona ese topónimo, limitándose a señalar que marcharon “hacia los páramos que ahora son territorios de Pamplona”.⁴⁸⁶ La añadidura de Simón, que después fue retomada por Fernández de Piedrahita y José de Oviedo y Baños, indujo al error a autores como Otero D’Costa, quien, al referirse al pueblo de Servitá, llegó a afirmar que por ello, dicha población tenía “derecho a un memorable puesto en nuestras páginas históricas”.⁴⁸⁷ En todo caso, no es posible determinar por qué Simón, quien solía complementar la crónica de Aguado con referencias geográficas propias, interpretó erróneamente que ese había sido el páramo cruzado por Alfínger.

⁴⁸² Colmenares, *Encomienda y población*, 48.

⁴⁸³ Pabón sostiene que el paso de Alfínger “no significó nada” para la historia de Silos, afirmando que la expedición “apenas si vio de lejos los bohíos indígenas”, posición que contrasta con las evidencias analizadas en este trabajo. Pabón Villamizar, *Los chitareros*, 16 del PDF.

⁴⁸⁴ Silvano Pabón Villamizar, *401 Años de Vida Institucional de Silos, Norte de Santander*, publicación en Facebook, 29 de junio de 2024, <https://www.facebook.com/SilvanoPabonV/posts/pfbid0nL8rXxRYRGiicxEDA1rhbPSqDoT9B684dmQHUXNqm6FNc28gdrdnusa9yorftL7xl>.

⁴⁸⁵ Simón, *Noticias historiales*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VII, 45.

⁴⁸⁶ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. X, 84.

⁴⁸⁷ Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 409-410.

Finalizando este tramo, una vez en el poblado —en su mayoría quemado—, la hueste pudo descansar y reponer fuerzas gracias a las reservas de maíz halladas y unos “bledos sin sal”.⁴⁸⁸ Los *chitareros*, tal como parece haberse acordado, no presentaron combate, pero lanzaban gritos y tañían cornetas, probablemente hechas de caña, calabazo, madera o caracoles marinos obtenidos por intercambio. A pesar de que evitaban el enfrentamiento directo, posiblemente debido a la superioridad militar europea, continuaban hostigando, quizá para infundir temor o impedir el reposo de los invasores.

4.2 La resistencia *haruaga*: el valle de los pueblos quemados

Luego continúa la expedición:

Al cabo de seis días se partió el gobernador de allí y anduvimos dos jornadas, llegamos a un valle muy grande y muy poblado de la dicha generación **haruagos** los cuales quemaron sus pueblos al vernos y desde que esto vió el gobernador, mandó que nos aposentásemos obra de de tres cuartos de legua de un solo pueblo que estaba por quemar la mitad de él para que de noche lo tomásemos sin que nos viesen los indios, y así se hizo que cuando amaneció ya estaban algunos cristianos (f^o 7 v.) en el pueblo y los indios dieron en huir y nos lo dejaron.

La primera indicación es que llegaron a un “valle muy grande”. Aunque Esteban Martín no menciona su nombre, Aguado sugiere que se trata del valle de *Rabicha*,⁴⁸⁹ topónimo que aún conserva una pequeña laguna de la zona. En efecto, el único valle amplio al norte de Silos es el formado por el río hoy llamado La Plata, en cuya cabecera se encuentra actualmente el casco urbano de Mutiscua, por lo que difícilmente cabría otra interpretación más plausible. Sin embargo, el río La Plata fluye hacia el norte, y más adelante Esteban Martín expresará que la hueste iba

⁴⁸⁸ Los bledos (*Amaranthus* spp.) son hojas comestibles que se consumían hervidas o cocidas como verdura, aunque eran consideradas por los españoles como alimento de escaso valor. La expresión “bledos sin sal” enfatiza la precariedad, aludiendo no solo a la pobreza del alimento sino también a la ausencia de condimento básico, como la sal, lo que refuerza el sentido de carencia extrema.

⁴⁸⁹ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 86.

“caminando siempre la vía del nordeste”, lo que hace poco probable que hubiesen seguido su curso. Es más factible que se arrimaran a la falda oriental del valle, cerca de donde hoy se traza la carretera hacia Pamplona. Desde la cabecera del valle, tomando dirección nordeste, se pasa cerca de la hacienda La Caldera, sitio registrado como encomienda desde la fundación de Pamplona. Esta hacienda formaba parte del antiguo camino colonial que conectaba Pamplona con el Real de Minas de Bucaramanga,⁴⁹⁰ por lo que es probable que el camino prehispánico también hubiese transcurrido por allí.

Así, cobra fuerza la hipótesis de que, al tomar esa ruta, Alfínger pasase por algunos poblados, entre ellos el que más tarde sería conocido como La Caldera —un nombre de claro origen español—. No es improbable que algún antiguo soldado de la hueste, al reconocer el sitio años después, lo hubiese bautizado en memoria de los pueblos incendiados durante la retirada. Si Silos quedó asociado con los depósitos de maíz, ¿no podría La Caldera remitir, simbólicamente, al fuego y la devastación que marcaron aquella jornada? En todo caso, por la referencia de Aguado, la dirección nordeste y la coincidencia con el antiguo camino real, es posible trazar por allí la derrota de la expedición.

En este punto, y a partir de la segunda referencia al etnónimo hecha por Esteban Martín, se retoma la discusión sobre el posible nombre en lengua chibcha de los llamados *chitareros*. Ya se había señalado que, al denominar a los indios de *El Mene*, la edición de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela registra el término *araugos*, la transcripción de Nectario María *aruagos* y Fernández de Oviedo *corbagos*. Ahora, en esta segunda mención, la Academia escribe *haruagos*, Nectario María también *haruagos*, y Oviedo ofrece las formas *aruagas* o *aruacanas*. Antes de

⁴⁹⁰ Amado Antonio Guerrero Rincón, *Territorio, economía y sociedad. Desarrollo regional en la provincia de Pamplona, siglo XVIII* (Universidad Internacional de Andalucía, 2016), 15–16.

abordar la discusión filológica en detalle, conviene subrayar que, según la expresión utilizada por el maestro de campo, los indios del valle de Rabicha pertenecían a la misma “generación” que los de *El Mene*. Martín es explícito al decir que eran “de la dicha generación”, es decir, la ya mencionada con anterioridad. No dice que perteneciesen a una generación distinta ni introduce una nueva descripción sobre vestimenta o características, por lo que no cabe duda de que, para un observador tan entrenado como él, se trataba del mismo grupo humano que había encontrado en *El Mene*.

A partir de esta segunda mención hecha por Esteban Martín, se presenta a continuación una comparación de las variantes del etnónimo indígena registradas en las distintas transcripciones del relato. Esta información permite observar los posibles deslizamientos fonéticos y gráficos introducidos por los copistas y editores. Con todo, es importante advertir que, para poder confirmar con mayor certeza cuál era la forma más cercana al nombre original, sería necesario realizar un análisis paleográfico directo del manuscrito conservado en el Archivo General de Indias, así como una investigación más profunda por parte de especialistas en lenguas indígenas, especialmente en el ámbito del chibcha. En el marco de esta investigación, se limita el análisis a la presentación comparativa de las variantes y a la identificación de aquella que muestra mayor estabilidad en las fuentes transcritas.

Tabla 2. Variantes del etnónimo indígena en las distintas transcripciones del relato de Esteban Martín

Lugar / Versión	Academia Nacional de la Historia	Nectario María	Gonzalo Fernández de Oviedo
Indios de El Mene	<i>araugos</i>	<i>aruagos</i>	<i>corbagos</i>
Indios de Rabicha	<i>haruagos</i>	<i>haruagos</i>	<i>aruagas / aruacanas</i>

Como puede observarse, a pesar de las diferencias, existe un núcleo fonético relativamente constante en las formas *aruagos*, *araugos*, *haruagos* y *aruagas*. La variante *haruagos* es la única que se repite de forma idéntica en dos transcripciones distintas —la de Nectario María y la de la Academia—, lo que le otorga mayor peso como forma más estable entre las disponibles. Sin embargo, hay que recordar que la edición de la Academia se realizó “modernizando” la transcripción original de Nectario María, quien sí trabajó directamente sobre el manuscrito de Sevilla. Por ello, es razonable considerar que el *araugos* de la Academia, podría deberse a un error de edición y no a una lectura paleográfica independiente.

Además, la versión de Nectario resulta internamente consistente: emplea *aruagos* para *El Mene* y *haruagos* para Rábicha, diferenciándose únicamente por la presencia de una *h* inicial, cuya inclusión u omisión era común en la escritura del siglo XVI y no necesariamente reflejaba un cambio fonético real. Sin pretender resolver una cuestión filológica, y mientras no sea posible consultar el manuscrito original, esta investigación adopta provisionalmente el término *haruagos* como la versión más consistente del posible nombre indígena con que los *guanés* identificaban a este grupo indígena, luego conocido como *chitareros*.

Una vez concluido este análisis, se retoman los hechos ocurridos en el valle de Rábicha, donde vuelve a identificarse, entre sus habitantes, la estrategia de incendiar los pueblos antes de huir, tal como había sucedido en *El Mene* y en Silos, con el objetivo de impedir que los extranjeros pudiesen aprovecharlos. En este caso, el pueblo fue parcialmente incendiado antes de ser tomado por la vanguardia de Alfinger, cuya hueste se instaló en él. Luego, según cuenta Martín:

Y luego el gobernador caminó hasta llegar al dicho pueblo y allí estuvo reposando siete u ocho días porque traía la gente muy fatigada, que no comíamos sino pan de maíz y algunas hierbas cocidas que solamente sal no teníamos para comer con ellos, y todos los días en

aquel pueblo estábamos nos venían a visitar los indios y a flecharnos muy gran número de ellos, pero nunca hirieron a nadie porque no se llegaban tanto a nosotros, según sentíamos en ellos era gente muy cobarde.

Según el cronograma, en este pueblo parcialmente incendiado permanecieron asentados entre la última semana de abril y la primera de mayo de 1533, en un periodo de recuperación durante el cual la buena alimentación escaseaba, pero al menos contaban con algo de sustento. Resulta interesante la observación que hace Esteban Martín al calificar a los indios *haruagos* (*chitareros*) de cobardes, pues solo se atrevían a hacer escaramuzas y voceos sin enfrentarlos abiertamente. Como se ha planteado, esto parece formar parte de una estrategia común entre los pueblos de la región, orientada a desgastar a los invasores ante su evidente superioridad militar.

Por su parte, fray Pedro de Aguado ofreció una versión distinta de lo sucedido en el valle de Rábicha. Según su relato, los naturales sí libraban guazábaras y los acometían, a pesar de llevar siempre la peor parte debido a que “sus armas eran tan flacas y sus ánimos tan débiles”. En todo caso, Aguado menciona una pequeña victoria indígena, quizás en uno de esos encuentros: la captura y muerte de Mateo Sánchez, cadenero de los indios esclavizados, encargado de llevarlos atados por el cuello, de quien se decía que decapitaba a quienes se agotaban para no tener que desatarlos. El cronista, al reprobar el proceder de Sánchez, interpreta su muerte como una especie de “justicia divina”, al narrar que los indios “le cortaron la cabeza a macanazos y, dejando el cuerpo a la vista de los españoles, se llevaron la cabeza consigo”.⁴⁹¹ Ya antes se había analizado la importancia simbólica que tenía para los pueblos indígenas conservar la cabeza del enemigo como trofeo de guerra.

Pasados los días de descanso, Esteban Marín menciona a continuación que:

⁴⁹¹ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 86-88.

Como el gobernador vio que estaba ya la gente algo más reposada salió de aquel pueblo caminando siempre la vía del nordeste⁴⁹² sin llevar ninguna lengua ni guía más de aquello que Dios nos daba a entender.

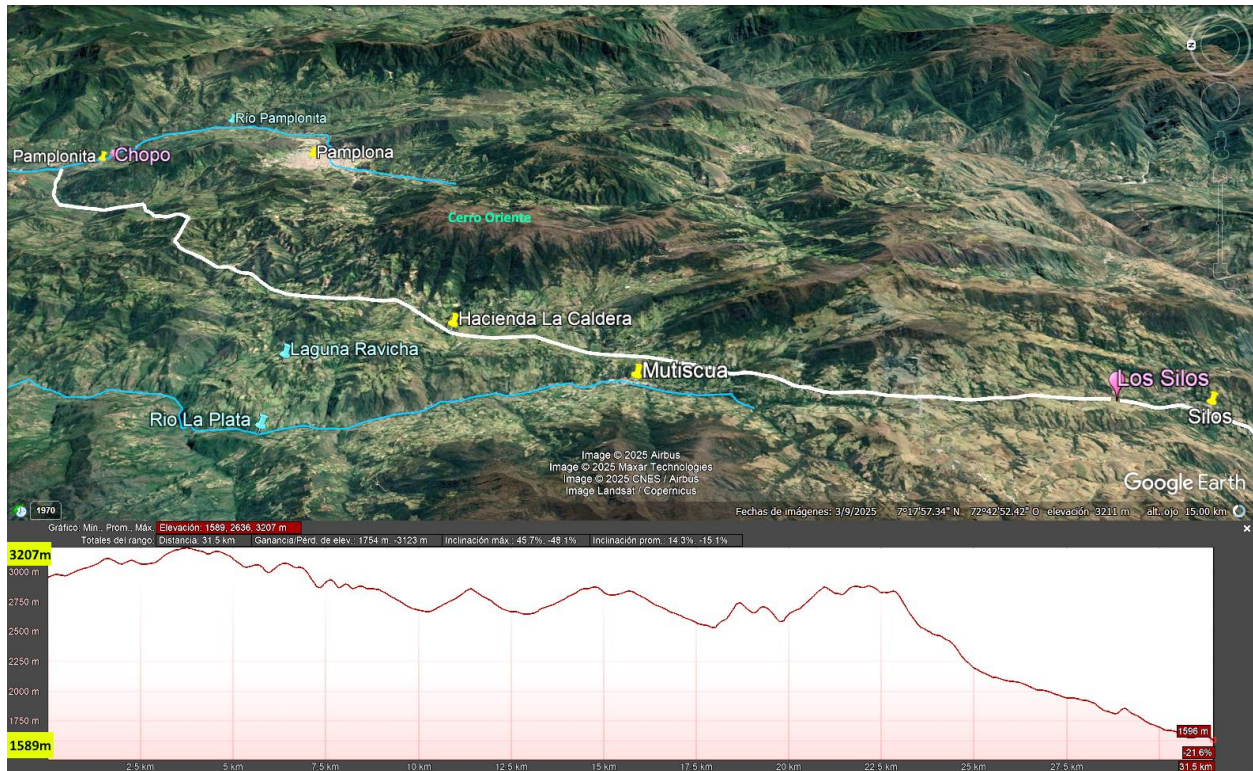
De tal forma que el maestro confirma que sí tenían una dirección establecida: el nordeste. Al utilizar la expresión “siempre”, sugiere que se trataba de un rumbo preferente que posiblemente ya venían siguiendo. Este trayecto concuerda con el probable trazado de un antiguo camino prehispánico que conectaba Silos con el interior de la provincia, y que posiblemente fue seguido más adelante por el camino real y, en tiempos modernos, por la carretera. Conviene precisar que en el llamado “valle de Todos los Santos” o “valle del Espíritu Santo”, donde se fundaría después la ciudad de Pamplona,⁴⁹³ no parece haber existido un poblado como tal, sino apenas algunos naturales dispersos, quizá periféricos a algún asentamiento mayor;⁴⁹⁴ por lo tanto, no se esperaría que un camino prehispánico principal pasara por allí. En cambio, sí se encuentra mención documental temprana del sitio de Chopo, donde más adelante se ubicaría el municipio de Pamplonita,⁴⁹⁵ el cual encaja coherentemente en el rumbo nordeste descrito por Martín. Finalmente, esa misma dirección coincide con el ingreso a la cabecera del valle de *Iscalá*, el mismo valle en cuya parte baja se encuentra hoy el municipio de Chinácota, punto clave en esta expedición, como se desarrollará en el apartado siguiente.

⁴⁹² Oviedo transcribe erróneamente “norte”. Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. V, 283.

⁴⁹³ El nombre del valle donde se fundó Pamplona ha sido motivo de debate. Pedro Simón y Lucas Fernández de Piedrahíta lo denominan “valle del Espíritu Santo”, mientras que Alonso Rodríguez de Escobar, en su informe de 1551, lo llama “valle de Todos los Santos”. Piedrahíta sugiere que el valle fue nombrado “del Espíritu Santo” por haber sido descubierto en vísperas de Pentecostés —el 2 de junio de 1549—, y que posteriormente los conquistadores exploraron otros sitios, incluyendo el valle de Santiago, al noreste, antes de regresar al mismo valle del Espíritu Santo para establecer allí la fundación, por considerarlo más central para la colonización. Como esta se realizó el 1 de noviembre, día de Todos los Santos, es posible que el nombre inicial se viese desplazado o superpuesto por el de esa festividad, lo que explicaría la coexistencia de ambas denominaciones. Simón, *Noticias históricas*, III, parte II, noticia 6, cap. XXVIII, 87; Piedrahíta, *Historia general*, I, lib. XI, cap. V, 469; “Información de Alonso Rodríguez de Escobar,” en Pabón, *Los chitareros*, 55 PDF.

⁴⁹⁴ Aguado y Piedrahíta refieren una presencia abundante de indios en el valle donde se fundó Pamplona; sin embargo, no parece haber existido allí un poblado prehispánico consolidado, dada la ausencia de menciones específicas a caciques o asentamientos en las fuentes. Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 86–88; Piedrahíta, *Historia general*, I, lib. XI, cap. V, 469.

⁴⁹⁵ Guerrero Rincón, *Territorio, economía y sociedad*, 29.

Figura 35. Ruta propuesta entre Silos y el río Pamplonita, cerca al antiguo pueblo de Chopo.

Nota. Trayecto entre Silos y el valle del río Pamplonita, con probable campamento en las cercanías de la actual Hacienda La Caldera. La vista se orienta hacia el oriente. La ruta, ligeramente hacia el nordeste, bordea las faldas del “Cerro Oriente” sin atravesar el valle donde hoy se ubica la ciudad de Pamplona. Los pines amarillos indican referencias actuales; los pines violetas, poblados prehispánicos. El perfil altimétrico muestra una primera parte con descensos suaves entre 3200 y 2500 m s. n. m., seguida de un descenso más pronunciado hasta los 1589 m s. n. m. en el fondo del valle del río Pamplonita.

4.3 Los grandes pueblos chitareros del valle de Iscalá: el encuentro evitado

Estando cerca del antiguo poblado de *Chopo* (hoy Pamplonita), la hueste de Alfinger optó por continuar hacia el nordeste, subiendo nuevamente a la sierra que separa el valle del río Pamplonita del de la quebrada Iscalá. No está claro por qué, ya estando en el valle del Pamplonita, no siguieron río abajo, una ruta aparentemente más directa hacia el norte, como lo hace hoy la carretera nacional. Tal vez fue por su inclinación a mantener el rumbo nordeste, creyendo que en esa dirección se hallaba el Lago de Maracaibo, o por la necesidad de seguir un camino prehispánico

suficientemente trabajado para facilitar el paso de la hueste, sumado a posibles referencias indígenas sobre la existencia de poblados, cuya localización era clave para asegurar el suministro de alimentos.

Caminaron durante cuatro jornadas desde que salieron del pueblo medio quemado del valle de Rábicha hasta alcanzar la cima de la sierra, en la cabecera de la quebrada Iscalá. La referencia al valle de Chinácota como lugar por donde pasó la hueste proviene de los cronistas y ha sido asumida por la historiografía posterior. Aguado, por ejemplo, ya lo identificaba con claridad: “saliendo de este valle [Rabicha] y pasando otras poblaciones de indios, fue a dar al valle que dijeron de Miçer Ambrosio, que es el propio que ahora dicen los de Pamplona, Chinácota, que es nombre propio de la tierra”.⁴⁹⁶ Se trata, por tanto, de un elemento casi axiomático dentro de las interpretaciones tradicionales sobre el recorrido de la expedición. Luego, escribe Esteban Martín:

Y a cabo de cuatro jornadas de este dicho pueblo llegamos a un pueblo que estaba encima de una sierra que tenía hasta doscientos bohíos y los indios estaban encima de un cerro alto muy cerquita de nosotros, tanto que desde el pueblo los veíamos y oíamos hablar, y a media legua de este pueblo en un valle estaba otro pueblo en el cual contamos seiscientos bohíos y quedaron por contar más de otros doscientos.

De tal forma que llegaron a un gran pueblo ubicado “encima de una sierra”, la misma que separa los valles del Pamplonita y de Iscalá. En este punto, conviene proponer una posible ruta de ascenso. Vista desde imagen satelital, frente al casco urbano de la actual Pamplonita, hacia el nordeste, es factible cruzar el río, que en ese tramo sale de su parte encajonada y se abre en un valle. Al otro lado del río, la sierra presenta filos sucesivos intercalados con quebradas, por una de cuyas estribaciones debió discurrir el camino prehispánico que comunicaba el pueblo de Chopo con los asentamientos de Iscalá. Comparando la imagen satelital con las cartas del IGAC,⁴⁹⁷ se

⁴⁹⁶ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 88.

⁴⁹⁷ IGAC, *Mapa topográfico de Pamplonita y Chinácota*, hojas 98IVC y 110IIA.

observa que los primeros filos al oriente de Pamplonita culminan en el “Cerro El Picacho”, lo que descarta una subida por ese punto. Más al norte, sin embargo, los filos se hacen más bajos, permitiendo el trazado de rutas ascendentes.

Los mapas del IGAC identifican actualmente tres caminos que ascienden desde el curso del río Pamplonita hacia la parte alta de la sierra. El primero sube por la margen izquierda de la quebrada La Teja, pasa por la vereda Buenos Aires y llega cerca de la escuela de la vereda El Picacho. El segundo, por el siguiente filo al norte, atraviesa la vereda Tulantá hasta la vereda El Picacho, sector Canales. El tercero asciende por un filo de la vereda La Palmita, pasa por el nacimiento de la quebrada La Regada y alcanza la parte alta del sitio de Sitigüí. Se estima que estos caminos actuales siguieron una lógica similar a la de los prehispánicos en su trazado debido a la geografía agreste, por lo que una de estas tres rutas debió ser la utilizada por Alfinger para alcanzar el valle de Iscalá. Las opciones más probables son las rutas por Tulantá y La Palmita, ya que discurren por filos de montaña, lo que, como se ha visto, era preferido por el gobernador para mantener control visual y táctico del terreno.

Los pueblos situados en la parte alta de la quebrada Iscalá han sido objeto de estudio en distintas ocasiones por la historiografía, y de manera destacada en el trabajo arqueológico de Víctor González.⁴⁹⁸ Este investigador identificó dos periodos de ocupación: el que denominó Chitarero Temprano, hasta el siglo X d.C., y el Chitarero Tardío, entre los siglos X y XVI,⁴⁹⁹ correspondiente a la comunidad que posiblemente tuvo contacto con los europeos, es decir, con la hueste de Ambrosio Alfinger. Más allá de las consideraciones sobre su organización política —que se

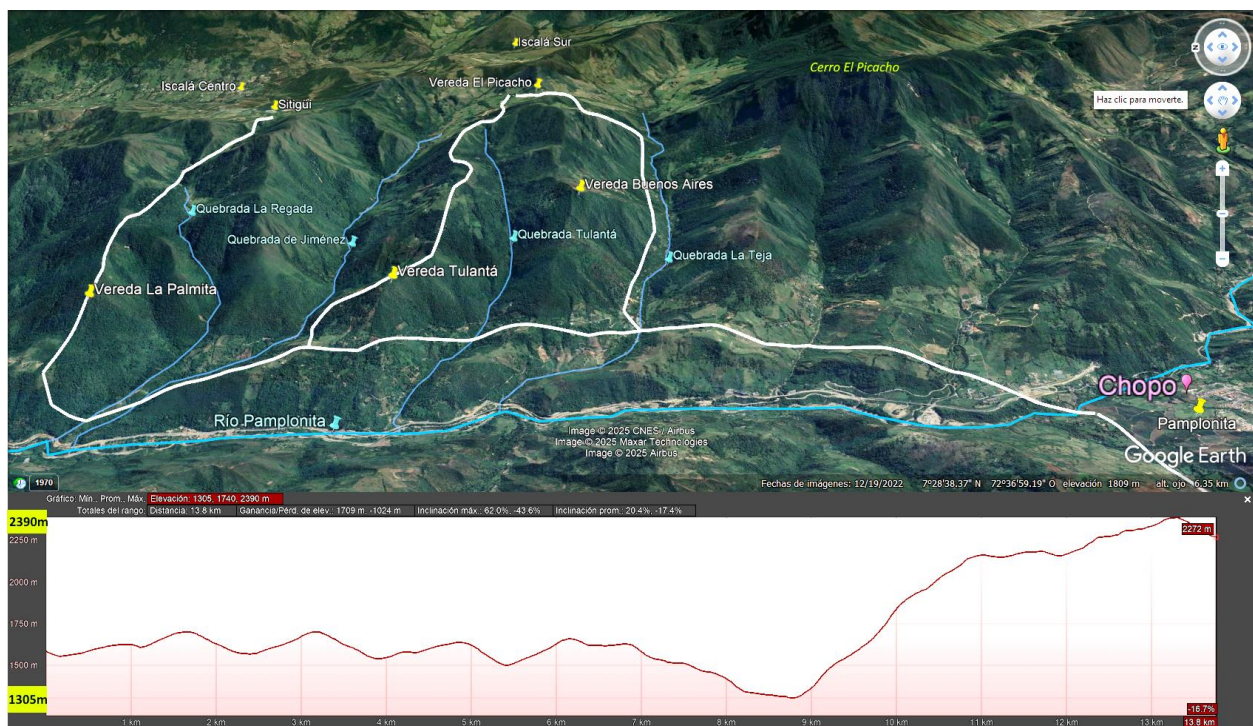
⁴⁹⁸ Víctor González Fernández, “El desarrollo de sociedades complejas en el valle de Iscalá,” *Gaceta Histórica del Norte de Santander*, no. 124 (2002): 259–283, https://www.academia.edu/7054504/El_Desarrollo_de_Sociedades_Complejas_en_el_Valle_de_Iscal%C3%A1.

⁴⁹⁹ *Ibid.*, 273-276.

tratarán más adelante—, en este punto interesa destacar el patrón de asentamiento y la distribución espacial que González identificó. En términos generales, halló dos zonas principales de concentración poblacional, que describió del siguiente modo:

El 75 % de los sitios se concentra en dos "aldeas": la primera en una zona hacia el sur de la región y la segunda en una zona ligeramente al norte del área estudiada. Separando estas dos concentraciones hay una franja de más de 2 kilómetros de ancho que presenta solamente 4 sitios en este período reflejando un área amplia prácticamente desocupada. El 50 % del área de ocupación se encuentra en la aldea Sur (en la actual vereda de Iscalá Sur) y el 30 % en la aldea norte (actual vereda de Iscalá Norte). El 20 % restante lo forman algunos sitios ubicados hacia el extremo sur del Valle de Iscalá y directamente alrededor de las dos aldeas.⁵⁰⁰

Figura 36. *Rutas propuestas entre el río Pamplonita y el valle de Iscalá.*



Nota. La imagen, orientada hacia el oriente, muestra tres posibles rutas de ascenso desde el antiguo pueblo de Chopo hasta la cima de la sierra que separa Pamplonita de Chinácota. La ruta por Buenos Aires es más progresiva, pero discurre por la ladera de un valle, con posibles tramos angostos y menor visibilidad. En cambio, las de Tulantá y La Palmita siguen un filo de montaña, lo que habría ofrecido mayor amplitud y control estratégico. La curva altitudinal corresponde a La Palmita, y en

⁵⁰⁰ *Ibid.*, 276.

las imágenes satelitales pueden apreciarse segmentos de sendero tanto en esta como en Tulantá.

De acuerdo con lo anterior, se identifican dos zonas densas de asentamiento: una más pequeña al norte y otra mayor al sur, separadas entre sí por poco más de dos kilómetros. Esto podría vincularse con los dos pueblos separados por media legua que describe Esteban Martín. Pero, según su relato, el primer pueblo al que llegaron era el más pequeño, y el segundo, más grande. Si se asume que la hueste avanzaba en sentido sur a norte —como sugiere el trazado general de la expedición—, este orden no coincide con los hallazgos de González, quien ubicó el asentamiento principal al sur y el menor al norte. Además, el maestro señala que el primer pueblo estaba “encima de una sierra”, y el segundo “en un valle”, es decir, más abajo. Aunque los núcleos identificados por González están a distintas altitudes —el sur a unos 2100 m s. n. m. y el norte a 1800 m s. n. m.—, ambos se encuentran a orillas de la quebrada Iscalá, en espacios que pueden describirse geográficamente como valles, lo que tampoco coincide del todo con la descripción de un asentamiento “encima de una sierra”.

En consecuencia, y dada la imposibilidad de afirmar con certeza si las “aldeas” descritas por González corresponden a las mismas que encontró la hueste de Alfinger, pueden plantearse dos hipótesis. La primera sostiene que efectivamente se trataba de esos mismos poblados. En tal caso, Alfinger habría llegado primero al asentamiento de Iscalá Sur, que para el momento del contacto tendría alrededor de doscientos bohíos, y desde allí habría divisado el poblado de Iscalá Norte, más abajo en el valle, con unos ochocientos bohíos. En este punto, para abordar esta hipótesis es necesario tener en cuenta el siguiente pasaje del relato de Esteban Martín:

Y el gobernador se pasó de largo y no quiso llegar a aquel pueblo grande porque estaba entre unos arroyos peligrosos y temió que nos acaeciese algún desastre.

Esto lleva a preguntarse si el paso de Iscalá Sur a Iscalá Norte representaba realmente un riesgo como el descrito. Aun cuando en aquella época debió existir mayor cobertura boscosa, el único obstáculo natural aparente sería el cruce de algunos arroyos con caudal reducido que conforman la quebrada Iscalá. En conjunto, esta hipótesis parece la menos probable.

La segunda hipótesis plantea la existencia de un tercer poblado, hoy desconocido, ubicado más cerca de la cima de la sierra que separa los valles de Pamplonita e Iscalá. Se trataría de un asentamiento alcanzado inmediatamente después del ascenso descrito anteriormente, posiblemente en la zona limítrofe entre las veredas El Picacho (Pamplonita) e Iscalá Sur (Chinácota), o algo más al norte, en la ladera donde nace la quebrada La Gonzalera, es decir, en la parte alta de la vereda Iscalá Centro, sector alto de Sitigüí.⁵⁰¹ Ambos sectores presentan laderas suaves que permitirían albergar un asentamiento de unos doscientos bohíos, especialmente si se tiene en cuenta la técnica constructiva indígena basada en “aterrazamientos artificiales, algunos de ellos escalonados y con hileras de piedra” a modo de muros de contención.⁵⁰² Esta práctica habría permitido ocupar zonas inclinadas como las propuestas.

Según esta hipótesis, el poblado propuesto sí correspondería con la descripción de estar “encima de una sierra”, y desde ese punto podría observarse ampliamente el valle de la quebrada Iscalá, donde se asentaban las dos grandes concentraciones descritas por González. Imágenes satelitales muestran que tanto desde El Picacho como desde el alto de Sitigüí se logra una vista dominante del valle, por lo que es posible que Martín, desde esa altura, hubiese percibido ambas parcialidades como un solo poblado grande. Dado que la hueste no descendió hasta dicho asentamiento, el número de ochocientos bohíos debió haber sido estimado a la distancia,

⁵⁰¹ IGAC, *Mapa topográfico de Pamplonita y Chinácota*, hoja 98IVC.

⁵⁰² Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 21.

posiblemente a partir de lo que alcanzaban a divisar desde lo alto.⁵⁰³ También, en ambos sitios hay picos cercanos que coinciden con el “cerro muy alto” donde, según el maestro, estaban reunidos todos los indios.

Además, desde Sitigüí, para descender hacia la zona de Iscalá Norte —donde González estima que se encontraba la mayor densidad poblacional en el sector septentrional del valle— es necesario cruzar tanto la quebrada Gonzalera como la quebrada Iscalá, que en ese punto ya presenta un caudal más considerable que en su tramo superior, sobre todo en época de lluvias, como lo es el mes de mayo. Esta condición pudo haber sido interpretada por Alfinger como “arroyos peligrosos”. En realidad, dadas las condiciones precarias de la hueste, es posible que esa fuese solo una excusa para evitar confrontar a un asentamiento de ochocientos bohíos, como probablemente también evitó en *Xérira* y Guaca. En tales circunstancias, lo más sensato fue optar por una ruta que rodeara dicho núcleo poblacional. Finalmente, si se mide la distancia desde ambos sitios hasta el curso de la quebrada Iscalá, se obtienen aproximadamente 2 km desde El Picacho hasta Iscalá Sur, y 2.5 km desde el alto de Sitigüí hasta Iscalá Norte, algo que concuerda de manera aproximada con la media legua que, según Martín, separaba el poblado inicial del gran pueblo del valle.

De acuerdo a lo anterior, esta segunda hipótesis resulta más plausible, si bien haría falta un análisis arqueológico más profundo en las dos zonas propuestas, que permita identificar con mayor certeza la posible ubicación de aquel asentamiento sobre la sierra de doscientos bohíos que Alfinger habría encontrado al ingresar por la parte alta del valle de Iscalá,⁵⁰⁴ hecho que ocurrió

⁵⁰³ El gráfico incluido por González en su investigación muestra un claro agrupamiento en torno a los dos sitios señalados, aunque no se trata de núcleos propiamente dichos, sino de centros de mayor densidad dentro de una ocupación ampliamente dispersa (González, “El desarrollo de sociedades complejas,” 283). En este sentido, como señaló el propio autor, las llamadas “aldeas realmente no son asentamientos de tipo nucleado (...) sino que son las zonas más densas de dispersiones amplias de ocupación del valle” (comunicación personal con Víctor González Fernández, 2025). Este patrón, sumado a la distancia desde la cual fueron observadas, pudo haber llevado a Martín a interpretarlas como un solo gran pueblo.

⁵⁰⁴ El estudio de González fue realizado entre 1992 y 1993, y aunque tanto la zona de Sitigüí Alto como la de El Picacho fueron

alrededor del 19 de mayo de 1533.

Figura 37. Áreas propuestas para el poblado de doscientos bohíos hallado por Alfinger.



Nota. La imagen, con vista orientada al oriente, muestra los dos sitios propuestos donde pudo haber estado el poblado elevado al que hace referencia Esteban Martín. Se señalan también las dos rutas de acceso plausibles: una desde la vereda El Picacho y otra desde Sitigüí. La línea punteada representa un camino actual que posiblemente comunicaba ambas zonas. En amarillo se marcan los cerros donde, según la descripción, podrían haberse reunido los indios. Al fondo se aprecia el valle de la quebrada Iscalá, con las veredas actuales (Iscalá Sur, Centro y Norte) señaladas con pines amarillos. En violeta se indican las zonas aproximadas de mayor densidad poblacional identificadas en el estudio arqueológico de Víctor González.

En cualquier caso, Alfinger decidió no descender al poblado de ochocientos bohíos, sino rodearlo, de acuerdo a lo expresado por Martín:

Y fuimos por una loma adelante a mano izquierda de aquel gran pueblo y dormimos aquella noche en un monte y otro día caminamos y pasamos un arroyo muy malo y de muy grandes barrancos en el cual cayó y se perdieron muchos caballos y murió allí una yegua la cual se comió.

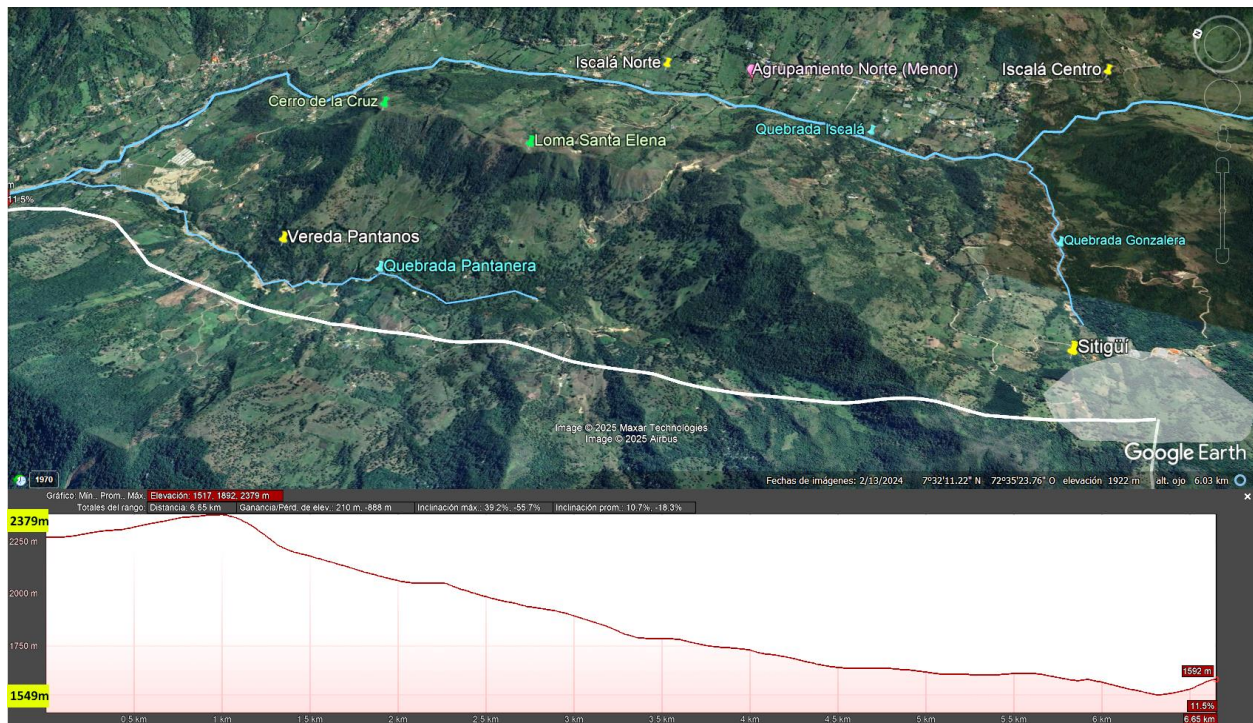
reconocidas dentro del área de investigación, según el autor, “en esa época había zonas de bosque denso que tal vez hoy están despejadas y permitan detectar asentamientos más fácilmente, por lo que los resultados hoy no serían idénticos” (comunicación personal con Víctor González Fernández, 2025).

Teniendo en cuenta que la ruta llevaba siempre dirección nordeste, y que Martín fue explícito al señalar que flanquearon el pueblo por la izquierda, lo más probable es que hayan ascendido por la loma al norte de Sitigüí para descender luego al pequeño valle conformado por la quebrada Pantanera, donde pasaron la noche.⁵⁰⁵ Este valle se abre hacia el norte, paralelo al de la quebrada Iscalá, con la Loma Santa Helena y el Cerro de la Cruz entre ambos, lo cual concuerda con el desplazamiento por el flanco izquierdo del asentamiento principal. Es probable que la hueste hubiese pasado la noche en ese valle, luego de cruzar la colina.

Actualmente, según la carta del IGAC,⁵⁰⁶ existe un camino que parte de Sitigüí y recorre la falda en la margen occidental de la quebrada Pantanera, hasta la zona cercana a donde termina la vereda Pantanos e inicia la vereda Paramito, donde dicho afluente desemboca en la quebrada Iscalá; es probable que esa haya sido la ruta seguida por la hueste.

⁵⁰⁵ En la carta del IGAC aparece como quebrada Pantanera, mientras en el Esquema de Ordenamiento Territorial de Chinácota y su respectivo mapa figura como quebrada Pantanos. Municipio de Chinácota, *Esquema de Ordenamiento Territorial: División Política Territorial*, noviembre de 2002, digitalización 1:25.000, impresión 1:35.000, elaborado por la Secretaría de Planeación Municipal. <https://es.scribd.com/document/472836157/veredal>.

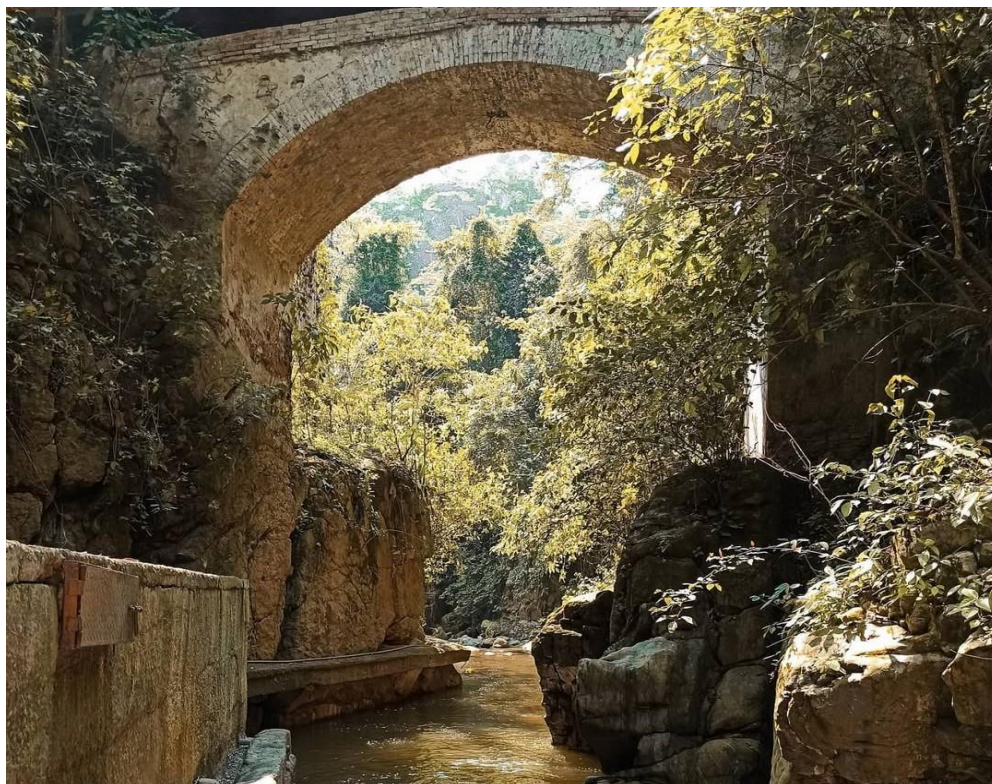
⁵⁰⁶ IGAC, *Mapa topográfico de Pamplonita y Chinácota*, hoja 98IVC.

Figura 38. Ruta de descenso por el valle de Pantanera, por la izquierda del pueblo grande.

Nota. La imagen muestra el segmento de ruta por el cual Alfinger decidió no descender al valle donde se hallaba el gran poblado, tomando en cambio rumbo norte. La hueste cruzó una pequeña colina y luego descendió progresivamente por la ladera occidental del valle de la quebrada Pantanera, hasta alcanzar una altitud cercana a los 1500 m s. n. m., en las proximidades de su desembocadura. Este valle corre paralelo al de la quebrada Iscalá, por su margen izquierda, y entre ambos se destacan las elevaciones de la Loma Santa Elena y el Cerro de la Cruz.

En este punto, donde la quebrada Iscalá ha recibido varios afluentes, como las quebradas Gonzalera y Pantanera, comienza un tramo río abajo en el que su curso se profundiza y forma un pequeño cañón con orillas empinadas. Esta condición se mantiene gran parte del recorrido por el occidente de la meseta donde hoy se ubica Chinácota. El tramo coincide con lo descrito por Esteban Martín como “un arroyo muy malo y de muy grandes barrancos”, por lo que, en algún punto después de la vereda Paramito, la hueste debió cruzar la quebrada hacia el oriente. Cualquier camino prehispánico en esa zona sería muy estrecho, de modo que se produjeron caídas de caballos y la muerte de uno de ellos.

Figura 39. *Quebrada Iscalá a su paso por el occidente de Chinácota*



Nota. Fotografía de la quebrada Iscalá en el sector occidental del casco urbano de Chinácota. Se aprecia el encajonamiento natural del cauce, así como pasos angostos entre formaciones rocosas. El puente que aparece en la imagen es el antiguo Puente de la Paz, de origen republicano, el cual, según la tradición oral, está vinculado a la firma del Tratado de Chinácota que puso fin a la Guerra de los Mil Días en 1902.⁵⁰⁷ Tomado de: Instagram.⁵⁰⁸

4.4 Chinácota: la confianza que llevó a la muerte de Alfinger

Una vez cruzada la quebrada Iscalá Alfinger y su hueste llegaron a la meseta de Chinácota, posiblemente donde se levanta el actual casco urbano. Esteban Martín lo relata así:

Luego, el gobernador pasó de este arroyo y barrancos y llegó a dormir a una sabana que estaba al cabo de ellos. Quedó alguna parte de la gente y el oro y fardaje en el dicho arroyo y barrancos.

⁵⁰⁷ María Alejandra Moreno, “Guía de viaje: un destino para los que aman la naturaleza, la aventura y la comida,” *El Espectador*, 17 de febrero de 2021, <https://www.elespectador.com/turismo/guia-de-viaje-un-destino-para-los-que-aman-la-naturaleza-la-aventura-y-la-comida-article/>.

⁵⁰⁸ Maryury Chivatá (@escarleth20). *Puente de la Paz*, Instagram, 23 de marzo de 2021.

Hay que recordar que en la época de la conquista se usaba el término “sabana” para designar un terreno plano, generalmente en forma de meseta, como ocurrió con la denominada “Sabana de los Caracoles” en Bucaramanga. En este sentido, la meseta sobre la cual se asienta Chinácota presenta ciertas similitudes con aquella, aunque con proporciones más reducidas. Así, cuando Esteban Martín relata que, tras cruzar un “arroyo muy malo y de muy grandes barrancos”, llegaron a una sabana “al cabo de ellos” —es decir, inmediatamente después de haberlos dejado atrás—, no cabe duda de que se refiere a la planicie donde se encuentra Chinácota.

Esto no implica necesariamente el punto exacto del actual casco urbano, ya que dicha meseta tiene forma alargada, con una extensión aproximada de 6 kilómetros de longitud y menos de un kilómetro de ancho. Es probable que el campamento lo hubiesen instalado hacia el sector norte de la meseta, ya que su objetivo era reconocer el camino que habrían de seguir. Este sitio correspondería al lugar conocido posteriormente como “pueblo de paja”, donde, al parecer, años más tarde se establecería el pueblo de indios.⁵⁰⁹

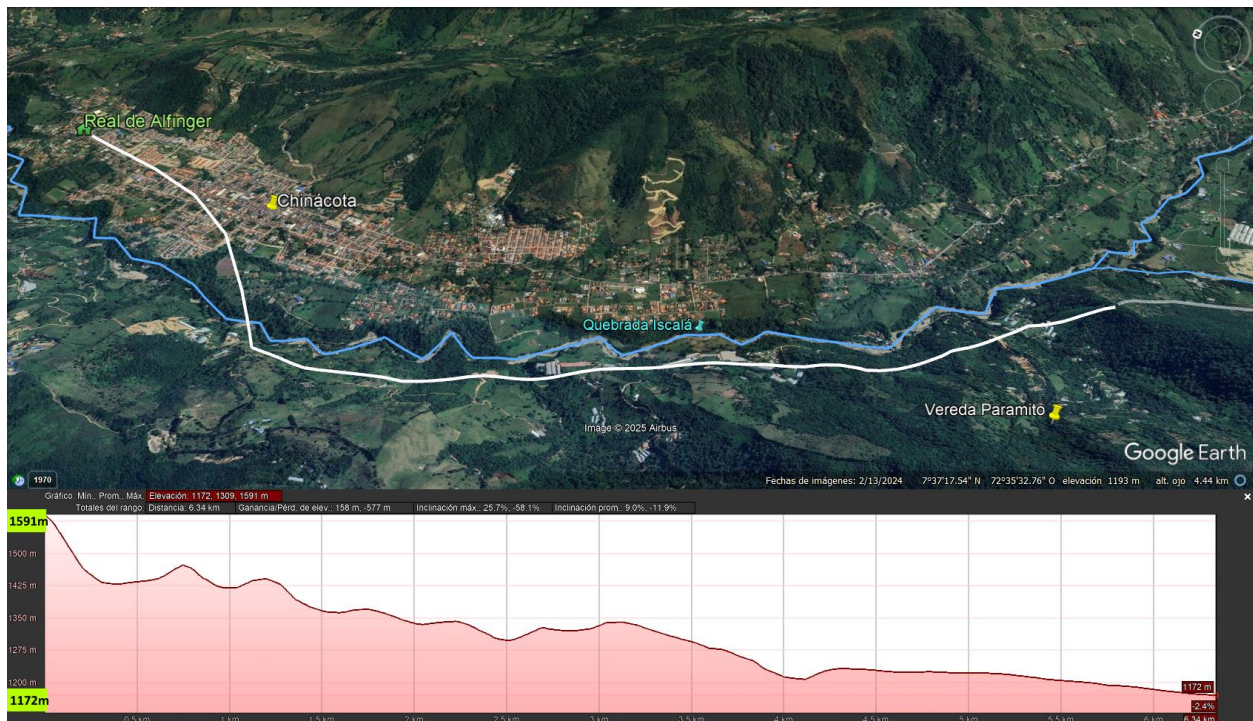
Así pues, en esta sabana establecieron su real o campamento mientras terminaban de recoger la gente y la carga que aún no habían podido hacer pasar por el pequeño cañón. Según Aguado, era un lugar cómodo donde permanecieron porque “era apacible su estalaje”, es decir, un sitio tranquilo y favorable.⁵¹⁰ De hecho, no habían vuelto a tener noticias de los indios desde que los dejaron atrás, sobre el cerro de la sierra. Extrañamente, no se escuchaban guazábaras ni gritos como en los valles anteriores; todo parecía en calma. Según Simón, el silencio era tal que “no se había oído en todo él una voz de indio ni se le había podido dar vista a ninguno”, por lo que

⁵⁰⁹ Manuel Waldo Carrero Becerra, *Orígenes de Chinácota: pasado, presente y futuro* (Chinácota, 17 de agosto de 2002), https://chinacota.com/wp-content/uploads/2018/11/origenes_chinacota_carrero.pdf.

⁵¹⁰ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 88.

Alfínger lo interpretó como temor de los indígenas hacia la hueste.⁵¹¹ Sin embargo, todo indica que los indios hicieron un juicio inverso al ver que los españoles no descendieron al gran pueblo: lo tomaron como señal de miedo. Así lo sugiere Castellanos al escribir: “Los indios, viendo nuestro campo quedo, / El no bajar juzgaron ser de miedo. (...) / Y en efecto consultan y decretan / Ser negocio mejor y más seguro / Acometelles antes que acometan”.⁵¹²

Figura 40. Segmento propuesto entre la vereda Paramito y la meseta de Chinácota.



Nota. Se trata de un trayecto de poco más de 6 km en descenso moderado, siguiendo la margen occidental de la quebrada Iscalá hasta su cruce hacia la meseta ubicada al oriente. La zona de paso atraviesa un pequeño cañón, donde la hueste enfrentó diversas dificultades. El asiento del real o campamento debió establecerse hacia el norte de la meseta, en las cercanías del actual barrio Pueblo de Paja.

De tal forma que Alfínger, al notar que los indios no se manifestaban ni los hostigaban, asumió que estaban dominados por el miedo, y bajo la aparente tranquilidad de aquella meseta tan

⁵¹¹ Simón, *Noticias históricas*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VIII, 47.

⁵¹² Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207.

apacible, se confió de su seguridad. Por su parte, los indígenas que habían permanecido en pie de guerra sobre el cerro observaron cómo la hueste evitó descender al poblado principal y prefirió escabullirse por otro valle, lo cual interpretaron como un acto de temor hacia ellos. Este juicio avivó su decisión y fortaleció su ánimo para organizar un ataque estratégico.

En este contexto, hacia el 25 de mayo de 1533, tuvieron lugar los acontecimientos que culminaron en la herida fatal del gobernador alemán Ambrosio Alfinger. Esteban Martín ofrece sobre ello un relato particularmente detallado:

Y otro día por la mañana el gobernador me mandó que fuese a subir encima de una sierra que estaba cerquita de allí y que viese el camino que habíamos de llevar porque no llevaba otro adalid, y le dije que me placía y me fui luego a almorzar y a ensillar mi caballo, y estando que estaba almorzando, llegó el dicho gobernador cabalgando y me dijo: “Esteban Martín, vámonos adelante”, y yo, maravillándome de su novedad le dije: “¿adónde va Vuestra Merced tan de mañana? váyase con la gente, que yo me iré adelante” y él me dijo: “que con vos me quiero ir, llevemos media docena de compañeros con nosotros”, y yo le dije: “Señor, mejor será una”, y luego comenzó a llamar a algunos compañeros y cabalgué en mi caballo. Y comenzamos (f^o 8) de caminar y cuando íbamos obra de dos tiros de ballesta del real le dije: “señor, espere Vuestra Merced a los compañeros que no hay camino y han de perderse”. Y él me dijo: “anda, vamos adelante, que por nuestro rastro se vendrán”. Y así caminamos y cuando íbamos metidos en un valle pequeño, sin saber ni ver cómo, ni de dónde, nos hallamos cercados de indios y ya nos flechaban por todas partes y cuando esto vi, puse las piernas al caballo y arremetí hacia el mayor golpe de los indios y el gobernador tras de mí. Y comenzamos a lancear a algunos de ellos y luego dieron a huir, y cuando nos volvíamos hallamos otro batallón de ellos que nos iban flechando por detrás y arremetimos con ellos [e hirieron nos a entrambos, al gobernador en la garganta y a mí en una mano. Y yo eché por un cabo y el por otro tras los indios],⁵¹³ y cuando volví los ojos, lo vi estar cercado y un indio que le daba con una macana al caballo y arremetí allá y estando alanceando el dicho indio me dieron cinco flechazos a mi caballo el cual murió luego que llegamos al real.

Este episodio permite diversas interpretaciones. Como primer paso, se abordará el lugar que tradicionalmente ha sido señalado como escenario del ataque, a partir del cual se propondrá una nueva ubicación. El sitio donde ocurrieron los hechos es calificado por Esteban Martín como

⁵¹³ El fragmento entre corchetes proviene de la transcripción de Nectario María, ya que en la edición publicada por la Academia Nacional de la Historia fue omitido, aparentemente por error. Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 507-508.

un “valle pequeño”, única referencia espacial concreta disponible en su relato. Posteriormente, la primera propuesta de localización fue hecha en 1912 por el académico oriundo de Chinácota, Pedro Eduardo Díaz, quien escribió que Alfinger “murió aquí mismo en el punto llamado Boca del Callejón, al norte de la población”.⁵¹⁴ En la misma línea se expresó Otero D’Costa, quien afirmó que, en 1900, durante su estadía en Chinácota durante la Guerra de los Mil Días, intentó averiguar el sitio exacto de la tumba del gobernador, pero “todo lo que alcanzó a saber fue que, según la tradición que se conserva allí desde tiempo inmemorial, había sido sepultado en un sitio llamado ‘El Callejón’ o ‘Boca del Callejón’”.^{515 516}

Con el tiempo, la tradición oral transformó la denominación original en la llamada “Boca del Callejón de Cuéllar”,⁵¹⁷ o simplemente “Callejón de Cuéllar”,⁵¹⁸ vinculándola a la vereda del mismo nombre ubicada sobre la margen occidental de la quebrada Iscalá, cerca del casco urbano. Ahora bien, esta localización presenta dos problemas. Primero, no se puede determinar en qué momento de la historia local se trasladó el topónimo al occidente ni quién añadió el apellido “de Cuéllar”, cuando en el testimonio original de Díaz se indicaba claramente que el sitio estaba al norte de la población. Segundo, de acuerdo con el relato de Martín y las dificultades que tuvo la hueste para cruzar la quebrada Iscalá, no resulta razonable pensar que habrían vuelto a atravesarla hacia el occidente, es decir, en dirección a la actual vereda Cuéllar, cuando su interés particular estaba en hallar camino hacia el norte.

⁵¹⁴ Pedro Eduardo Díaz, “Fundación de Chinácota,” *Boletín de Historia y Antigüedades* 7, no. 83 (abril de 1912): 711.

⁵¹⁵ Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 414.

⁵¹⁶ El testimonio de Pedro Eduardo Díaz parece no distinguir entre el sitio del ataque, el de la muerte y el del entierro, como si los tres hechos hubiesen ocurrido en un mismo lugar —“donde murió”—, identificación que parecería haber sido asumida también por la tradición local. Por su parte, Otero D’Costa sí establece una distinción: interpreta que el ataque, en el que Alfinger fue herido, ocurrió en un punto distinto al de su muerte y sepultura. Sin embargo, ubica el lugar del entierro cerca del casco urbano de Chinácota, en el sitio indeterminado conocido como “El Callejón”, y sitúa el ataque dos leguas antes de llegar al pueblo.

⁵¹⁷ Pedro María Fuentes, *Monografía del Municipio de Chinácota* (Cúcuta: Imprenta Departamental, 1945), recopilación de Guido Pérez Arévalo, 2 del PDF. https://chinacota.com/wp-content/uploads/2018/11/monografia_chinacota.pdf.

⁵¹⁸ Guido Pérez Arévalo, *Génesis de Chinácota* (Trabajo presentado a la Academia de Historia del Norte de Santander en la sesión solemne del 6 de mayo de 2002), 1, PDF. https://chinacota.com/wp-content/uploads/2018/11/Genesis_de_Chinacota.pdf.

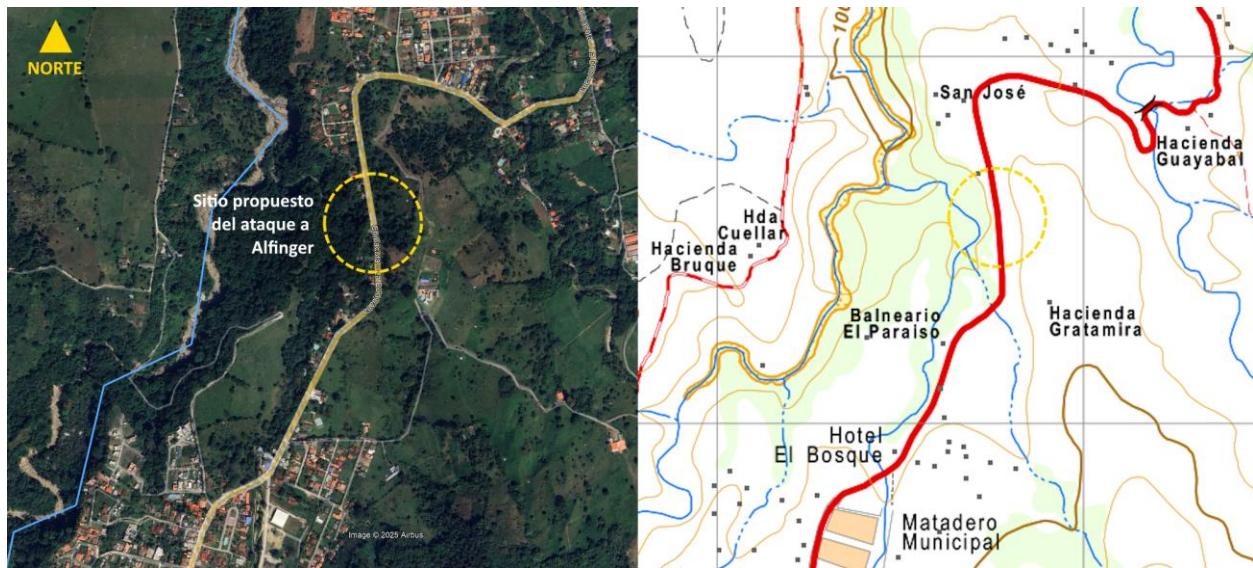
En cambio, considerando las indicaciones de Díaz y el análisis del relato de Martín, el sitio del ataque debe ubicarse al norte del actual casco urbano, en la misma dirección que llevaba la hueste. La distancia a la que se separaron del campamento era de “dos tiros de ballesta”, expresión común en el siglo XVI, pero de medición subjetiva. En todo caso, puede estimarse que, en el caso de Martín, cada tiro equivaldría a unos 400 metros,⁵¹⁹ por lo que Alfinger y su grupo se hallarían a unos 800 metros del real cuando fueron emboscados.

Dado que se ha asumido que el campamento principal estaba en la meseta de Chinácota, hacia su extremo norte, el ataque debió producirse en un paso angosto de la vereda El Guayabal, por donde hoy discurre la carretera que entra al pueblo desde el norte. Este estrechamiento, que no supera los 20 metros de ancho, se ubica entre la loma donde el IGAC señala la Hacienda Gratamira y el barranco que cae abruptamente hacia la quebrada Iscalá, cerca del punto identificado como San José.⁵²⁰ Este corredor, que Schumacher describe como “estrecho barranco”,⁵²¹ marca el fin de la meseta por el norte, lo cual coincide mejor con la idea de “boca” o “callejón” propuesta por Díaz. Además, se encuentra a menos de un kilómetro —los dos tiros de ballesta— desde el área del campamento, identificado cerca del actual barrio Pueblo de Paja. Es muy posible que Alfinger, al abrir camino hacia el norte, se hubiese internado en este pequeño callejón cubierto de espesa vegetación; por tanto, se propone que fue en este sitio donde ocurrió el ataque de los indios *chitareros* al pequeño grupo comandado por el gobernador, y que allí recibió la herida que habría de causarle la muerte.

⁵¹⁹ Fernández de Oviedo menciona en otra parte de su crónica esta equivalencia: “Dentro en la mar, tres tiros de ballesta o un cuarto de legua, está un isleo”, lo que permite estimar que un tiro de ballesta equivalía a una doceava parte de una legua. Dado que Esteban Martín y Oviedo fueron contemporáneos, y ya se ha establecido que para Martín una legua equivalía a 4.7 km, puede asumirse que en su caso un tiro de ballesta correspondería a unos 391 metros aproximadamente. Fernández de Oviedo, *Historia General*, 3, segunda parte, libro XXXII, cap. V, 244.

⁵²⁰ IGAC, *Mapa topográfico de Pamplonita y Chinácota*, hoja 98IVC.

⁵²¹ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 84.

Figura 41. Ubicación propuesta del sitio donde fue emboscado Ambrosio Alfinger (1533).

Nota. Imagen que representa la zona al norte del casco urbano de Chinácota, donde se propone que fue atacado Ambrosio Alfinger, junto con Esteban Martín y un pequeño grupo de hombres, por parte de una emboscada indígena. El ataque, que le causó una herida fatal al gobernador, habría ocurrido en este paso estrecho señalado con un círculo amarillo, por ser un punto estratégico dentro de la geografía local. A la izquierda se observa la imagen satelital de Google Earth y a la derecha, un fragmento del mapa del IGAC con la identificación de los sitios aledaños.

Ahora bien, es necesario analizar lo ocurrido durante este episodio, marcado por una combinación entre el exceso de confianza de Alfinger y el ímpetu guerrero de los *chitareros*. Por parte del alemán, Esteban Martín relató que, por la mañana, el gobernador le pidió que subiese a una sierra cercana, posiblemente los cerros que custodian la parte oriental del actual casco urbano. No se sabe si ese reconocimiento llegó a realizarse o si el maestro prefirió primero almorzar y ensillar su caballo; en todo caso, Alfinger decidió avanzar por su cuenta a explorar. Ya se ha establecido que “adelante” significaba con rumbo al nordeste.

El testimonio de Martín sugiere que no era común que el gobernador marchase al frente, por lo que estaba “maravillado de su novedad”, debido a ello, con algo de cautela, le pidió que al menos llevase una docena de hombres. No obstante, tal parece que Alfinger no quiso esperar al

resto de hombres por lo que finalmente solo se adelantaron los dos.⁵²² Luego, al internarse en un paraje boscoso, sin camino claro, tal como lo relata Martín, fueron sorprendidos por la emboscada: los indígenas salieron de entre los arbustos y los atacaron con una lluvia de flechas. Este tipo de acción, más táctica que frontal, indica un avance en la estrategia indígena. Conocedores de su territorio, probablemente sabían que aquel estrecho era un paso obligado hacia el norte. Conviene recordar que dos días antes, los guerreros *chitareros* ya habían esperado a los españoles con algarabía desde lo alto de un cerro, cuando llegaron al borde del valle. A pesar de ello, Alfinger y su hueste tomaron rumbo norte, evitando el enfrentamiento directo. Es posible que, desde la distancia los hubiesen seguido en silencio y, al verlos llegar a la zona plana de la meseta, comprendiesen que aquella “boca” o “callejón” era el punto ideal para preparar una celada.

En ese sentido, resulta importante notar que, al oriente del valle de la quebrada Iscalá y detrás de la pequeña sierra, se halla el valle de la quebrada La Cacua, tributaria de la primera, cuya desembocadura se encuentra muy próxima al estrecho propuesto. Es probable que el escuadrón indígena se desplazase de sur a norte por ese valle, sin ser visto, hasta quedar estratégicamente ubicado para emboscar a la hueste. Tal vez no esperaban que el propio Alfinger apareciese con tan escasa escolta justo donde ellos estaban apostados, oportunidad que aprovecharon sin vacilar con una victoria simbólica de alto valor.

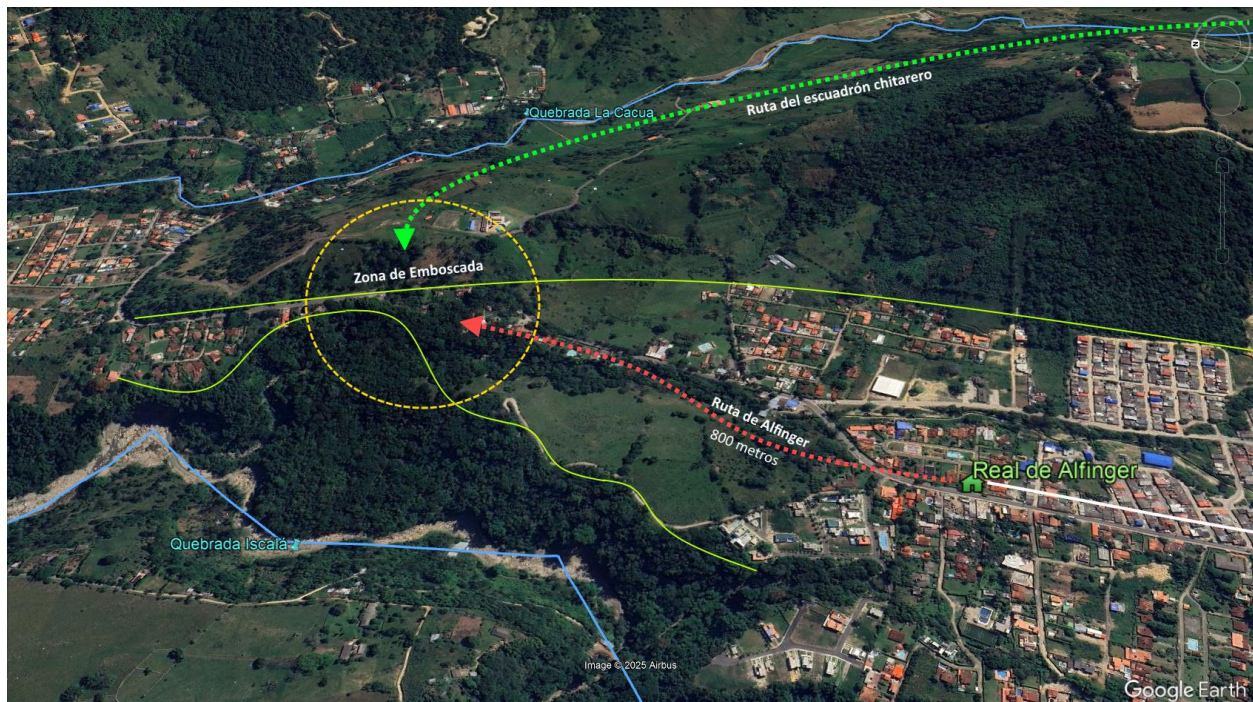
Este episodio revelaría nuevamente indicios de una organización militar elemental pero efectiva, y de estrategias de resistencia deliberadas, como ya se evidenció en la táctica de tierra arrasada. Todo ello se aleja de una visión puramente tribal o reactiva frente a la conquista.⁵²³

⁵²² Aguado y Simón dan a entender que estaban Alfinger y Martín solos, mientras que Castellanos dice que los acompañaban seis hombres más. Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 89; Simón, *Noticias históricas*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VIII, 47; Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 208.

⁵²³ De acuerdo con la versión del historiador regional Silvano Pabón, Alfinger fue perseguido desde Rábicha por los indígenas,

Según Oviedo, ante la emboscada, los compañeros que se alistaban para seguir a Alfinger y Martín, al escuchar la algarabía —pues se hallaban lo suficientemente cerca— montaron a caballo con premura y alcanzaron a cinco o seis indios, mientras el resto huía entre el monte “espeso y cerrado”. Alfinger, con la flecha clavada debajo de la garganta, intentaba arrancársela en vano, por lo que ambos heridos fueron conducidos de regreso al campamento.⁵²⁴

Figura 42. Dinámica propuesta de la emboscada contra Ambrosio Alfinger.



Nota. La imagen muestra la zona del ataque, al norte del casco urbano de Chinácota, junto con las posibles rutas seguidas por Alfinger y los guerreros *chitareros*. Las líneas verde claro marcan el borde de la meseta, cada vez más estrecho hacia el norte. La línea punteada roja indica la dirección que tomó Alfinger desde el campamento, mientras que la punteada verde señala la ruta probable del escuadrón indígena a través del valle de la quebrada La Cacua. El área resaltada en amarillo corresponde a la zona donde se habría producido la emboscada, aprovechando el paso angosto y

quienes se habrían aliado con los del pueblo de Matagira. Según esta interpretación, fue herido cerca de dicho lugar y trasladado a las inmediaciones del actual Chinácota, donde falleció. Sin embargo, no se han hallado elementos que permitan confirmar una persecución directa, pues los indígenas, al menos en ese tramo final del recorrido, tendían a evitar los enfrentamientos frontales. Más bien, vigilaban a la hueste a distancia y mantenían redes de comunicación entre los distintos poblados. El pueblo de Matagira —si se acepta la continuidad toponímica— se encontraba en el valle del río Pamplonita, más al norte del trayecto aquí propuesto para la hueste. No obstante, es verosímil que indígenas de asentamientos vecinos, como el de Matagira, hayan participado en la emboscada en que Alfinger fue herido, al norte del actual casco urbano de Chinácota. La versión de Pabón fue registrada en el video titulado *Lo que no sabías del final de Ambrosio Alfinger*. Dr: Silvano Pabón, grabado por Marcos Orlando Pérez y publicado en Facebook el 14 de enero de 2025. Disponible en: <https://www.facebook.com/watch/?v=622845500270737>.

⁵²⁴ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. V, 284.

boscoso del terreno.

Finalmente, Esteban Martín cuenta como fueron los momentos postreros de Alfínger:

Luego cuando llegamos al real, el gobernador se curó y hallamos que estábamos todos heridos con hierbas, la cual no habíamos hallado y visto en todas las sierras, estuvimos allí aquel día y otro día caminamos a un pueblo de los mismos indios que nos flecharon que estaba dos leguas de allí, y como fuimos en el pueblo y los indios huyeron al monte y nosotros nos aposentamos allí y el cuarto día murió el gobernador.

Queda claro, entonces, que el sitio del ataque no fue el mismo donde Alfínger murió, y que este último —donde al parecer también fue sepultado— correspondería a otro pueblo, ubicado dos leguas más adelante. Según la hipótesis aquí planteada, ese segundo poblado, igualmente habitado por *chitareros*, habría estado situado cerca de la desembocadura de la quebrada Iscalá, pero aún dentro del mismo valle. Esta identificación se apoya en que tanto los cronistas como la historiografía posterior coinciden en que el valle donde murió Alfínger recibió el nombre de “Valle de Micer Ambrosio”,⁵²⁵ topónimo que desde entonces ha sido asociado con el valle de Chinácota.

En consecuencia, tanto el ataque como la muerte del gobernador debieron ocurrir antes de que el valle finalizase hacia el norte. En ese sentido, si se toma literalmente la distancia de dos leguas desde el campamento donde estaba la hueste, el lugar del segundo asentamiento indígena se ubicaría muy cerca de la desembocadura, en una zona de fuertes pendientes que difícilmente habría permitido un poblado. En cambio, en un punto anterior, existe un sector más apropiado para el asentamiento: una zona de ladera suave en la margen oriental de la quebrada Iscalá, justo antes de que esta se encajone al unirse con el río Pamplonita, aproximadamente a legua y media del

⁵²⁵ En las crónicas del siglo XVI, Ambrosio Alfínger es frecuentemente mencionado con el tratamiento de “Micer Ambrosio”, una fórmula honorífica usada en el mundo hispánico para referirse a caballeros extranjeros de alto rango, particularmente de origen italiano, flamenco o alemán. El término, derivado de *monseigneur*, era aplicado a personas distinguidas que no ostentaban títulos nobiliarios castellanos, pero sí gozaban de prestigio y autoridad. En el caso de Alfínger, refleja tanto su condición de caballero alemán al servicio del emperador Carlos V como el respeto que inspiraba su figura dentro de la empresa colonial.

campamento en Chinácota. Ese punto coincide con el sector por donde hoy pasa la carretera hacia La Donjuana, en las cercanías de los sitios conocidos como Maturín y La Chaconia.⁵²⁶ Es posible que Esteban Martín, herido en una mano y afectado por el veneno de las flechas, no hubiese calculado con precisión esa última distancia.

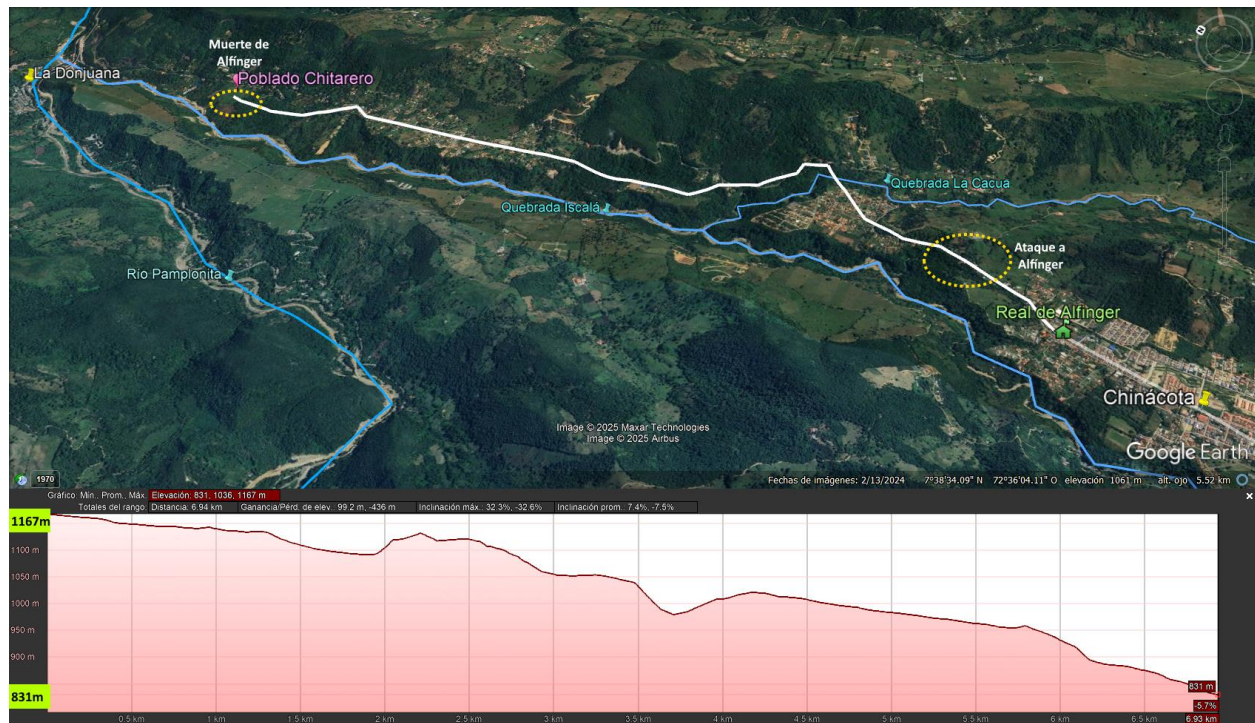
En resumen, según la hipótesis aquí presentada, alrededor del 25 de mayo de 1533, Ambrosio Alfinger y Esteban Martín fueron emboscados por un escuadrón de indios *chitareros* en un estrecho paso ubicado al extremo norte de la meseta donde hoy se asienta la cabecera municipal de Chinácota. En el ataque, Alfinger recibió una herida en el cuello causada por una flecha envenenada. Como consecuencia, falleció hacia el 31 de mayo de 1533⁵²⁷ en un poblado indígena no identificado, situado cerca de la desembocadura de la quebrada Iscalá, sobre su margen oriental, posiblemente en una ladera de suave pendiente en las cercanías de los actuales sitios conocidos como Maturín y La Chaconia.

Sobre la causa de la muerte, no puede determinarse si la herida en la garganta de Alfinger fue lo bastante grave como para provocar una pérdida significativa de sangre, aunque todo indica que no fue la causa principal. Martín afirma que “el gobernador se curó”, lo que sugiere que la herida fue contenida. Así, el verdadero causante habría sido el veneno descrito en la flecha, del cual no se conoce el origen. Según el propio maestro, era la primera vez que los indios de las sierras (*guanés* y *chitareros*) usaban “hierba” en sus proyectiles, lo que indica una medida poco habitual, no registrada nuevamente ni siquiera durante la resistencia posterior contra Pedro de Orsúa.⁵²⁸

⁵²⁶ IGAC, *Mapa topográfico de Durania y Chinácota*, hoja 98IIC; Alcaldía Municipal de Chinácota, *Esquema de Ordenamiento Territorial: Base Rural*, noviembre de 2002, mapa en escala 1:25.000, disponible en: <https://www.corponor.gov.co/pot/Chinacota/rural/base.pdf>.

⁵²⁷ Sobre la fecha de la muerte del gobernador, se analizará más adelante en el apartado sobre la cronología de los hechos.

⁵²⁸ Por lo general, no se asocia a los pueblos de la familia etnolingüística chibcha con el uso de veneno en sus flechas; ni los *chitareros* ni sus vecinos —como los *laches*, *muiscas* o *guanés*— han sido reconocidos por emplear este recurso (Morales y Cadavid,

Figura 43. Sitio propuesto de la muerte de Ambrosio Alfinger.

Nota. La imagen muestra el trayecto entre el campamento levantado en inmediaciones del actual casco urbano de Chinácota y la posible ubicación de un segundo poblado *chitarero*, situado aproximadamente a legua y media, sobre la margen oriental de la quebrada Iscalá, cerca de los sitios conocidos como Maturín y La Chaconia. Se propone que en este poblado ocurrió el fallecimiento del gobernador Ambrosio Alfinger, tras cuatro días de agonía por los efectos del veneno recibido durante la emboscada. El perfil de elevación del trayecto muestra una pendiente descendente constante, desde los 1.167 hasta los 831 metros sobre el nivel del mar.

En cualquier caso, Alfinger murió en dicho poblado del valle de Chinácota, “habiéndose confesado y con mucha contrición, encomendándose a Dios Nuestro Señor, el cual haya piedad de su ánima”, según lo escrito por el capellán Juan Rodríguez de Robledo.⁵²⁹ Es decir, a pesar de sus orígenes familiares luteranos, el alemán “murió como muy buen cristiano, ordenada su ánima”, en

Investigaciones etnohistóricas, 27). Sin embargo, es muy posible que conocieran su preparación y aplicación, reservándolo para situaciones específicas en las que fuese necesario. Para una visión general sobre los principales venenos utilizados por los nativos de América, véase: Gustavo A. Romero-González, “El Manzanillo y el Curare, dos venenos de flechas de los pueblos originarios de América,” *Desde el Herbario CICY* 7 (12 de marzo de 2015): 38–45, https://www.cicy.mx/Documentos/CICY/Desde_Herbario/2015/2015-03-12-Romero.pdf.

⁵²⁹ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 176.

palabras de Pérez de Tolosa.⁵³⁰ Según este mismo autor, el gobernador “murió muy pobre”; y Pedro de San Martín, quien ejercía como factor y llevaba las cuentas, declaró que de la jornada le correspondieron “ciento diecisiete pesos de buen oro y una hamaca con que le enterraron”.⁵³¹

Por otra parte, Pérez de Tolosa también señala que el gobernador murió “bien quisto [querido] de la gente”, a pesar de que “a su principio se dice que fue riguroso” con ellos,⁵³² lo que indica que, al final, sus hombres lo apreciaban. Castellanos, apoyado en el testimonio de Alcocer, va en la misma línea al afirmar: “Todos mostraron tierno sentimiento, y no faltaron ojos lacrimosos, ansí de los de sano pensamiento, como de los que fueron sospechosos”.⁵³³ Esta última expresión alude a las sospechas que circularon entre los soldados, según las cuales Alfinger habría sido asesinado por algunos descontentos con la falta de repartición del botín. Lo cierto es que no hay indicios firmes que respalden esa versión. En general, todo parece indicar que existía un sentimiento genuino de aprecio y admiración hacia Alfinger en esa etapa final, y que su muerte representó un golpe moral significativo para la hueste.

Con relación a su sitio de enterramiento, debió ser cerca al poblado donde falleció, que se propone en el término norte del valle. Dice Castellanos:

Hicieron, pues, humilde monumento / debajo de unos árboles umbrosos,
y en la corteza que más tierna era / una letra quedó desta manera:
Praebuit Alfinger patriam Germania nobis,
Tellus in hac silva barbara corpus habet.
Confixum telis sequiitur me haec sola voluptas,
*Cultorum Christi potius esse coetus ame.*⁵³⁴

⁵³⁰ Juan Pérez de Tolosa, citado en Bécker, nota A al capítulo XI en Aguado, *Historia de Santa Marta*, I, 92.

⁵³¹ “Testimonio de Pedro de San Martín”, en *Juicio de residencia seguido por el licenciado Juan Pérez de Tolosa a los Welser (1546)*, en *Juicios de residencia en la Provincia de Venezuela. I: Los Welser* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1977), 431. Aunque 117 pesos de buen oro no eran una suma menor para un particular en el siglo XVI, resultaban escasos para un gobernador como Alfinger. En ese contexto, puede considerarse que murió pobre, al no haber acumulado riqueza personal tras su campaña.

⁵³² Juan Pérez de Tolosa, citado en Bécker, nota A al capítulo XI en Aguado, *Historia de Santa Marta*, I, 92.

⁵³³ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 208.

⁵³⁴ La traducción literal del epitafio sería: “Alemania dio a Alfinger la patria para nosotros, la tierra en esta selva bárbara guarda su cuerpo. Herido por flechas, solo me sigue este consuelo: Amar más el estar entre la comunidad de los fieles de Cristo”

En Alfinger fue nacido / una ciudad de Alemania:
Tierra bárbara y extraña / Tiene mi cuerpo escondido /En medio desta montaña.
Muerto de crueles manos, / de los placeres humanos
No llevó mayor placer / que morir donde ha de ser / habitación de cristianos.⁵³⁵

Por lo tanto, al ser enterrado bajo un árbol y quedar la inscripción grabada en la corteza, su rastro físico debió perderse muy pronto, quedando únicamente el testimonio de los presentes y el nombre del “Valle de Micer Ambrosio” como recuerdo de su muerte. Este nombre se convirtió en uno de los axiomas de la historiografía sobre la expedición, y al parecer se mantuvo en uso al menos hasta el siglo XVIII.

Esteban Martín no menciona el nombre del valle, y por ende tampoco lo hace Fernández de Oviedo, de modo que no es posible saber si la denominación fue adoptada desde el mismo año de 1533. Todo indica que su origen se remonta a la expedición de Hernán Pérez de Quesada, seis años después, en 1539. En ella participaban algunos soldados que habían acompañado a Alfinger en su jornada y que, tras llegar con Federmann al Nuevo Reino, se enlistaron en esta nueva empresa. Al alcanzar dicho valle, “lo reconocieron claramente” y manifestaron a su capitán “la poca población que de allí para abajo había y cuán cerca estaban de la laguna de Maracaibo”,⁵³⁶ hecho que motivó el regreso hacia el sur. Es posible, entonces, que estos soldados se refirieran al lugar como el “valle de Micer Ambrosio”, en memoria del sitio donde murió el gobernador.

A partir de entonces, el nombre se mantuvo en la memoria de los primeros colonos de Pamplona⁵³⁷ y comenzó a aparecer en las crónicas. Juan de Castellanos señala que “por morir allí tan cabal hombre, al valle le quedó su mismo nombre”,⁵³⁸ mientras que Fray Pedro de Aguado afirma que “fue allí en aquel valle enterrado por los suyos, de donde le quedó la nombradía y

⁵³⁵ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 208.

⁵³⁶ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro IV, cap. III, 383.

⁵³⁷ “Información de Alonso Rodríguez de Escobar,” en Pabón, *Los chitareros*, 53 PDF.

⁵³⁸ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 208.

apellido del valle de Micer Ambrosio que hasta hoy dura”.⁵³⁹ Más tarde, Pedro Simón escribe que fue sepultado “en el valle de Ambrosio, (...) en este valle de Chinácota, (...) cerca de cuya sepultura he estado yo”,⁵⁴⁰ lo que sugiere que aún a inicios del siglo XVII se tenía una idea aproximada del lugar de su entierro. Incluso el cronista venezolano José de Oviedo y Baños, a comienzos del siglo XVIII, sostiene que el valle “mantiene todavía el título de su nombre, siendo comúnmente conocido por el valle de Miser Ambrosio”.⁵⁴¹

Respecto de la historia local, en 1945 Fuentes escribió que “el valle de Micer Ambrosio queda en el punto llamado ‘Boca del Callejón de Cuéllar’”,⁵⁴² equiparando ambos nombres como si designaran un mismo lugar, interpretación que retomaría más adelante Pérez Arévalo en 2002.⁵⁴³ Sin embargo, con el paso del tiempo —como ya se expuso en el caso de la “Boca del Callejón”— los sitios puntuales han perdido su ubicación precisa, por lo que resulta difícil asegurar que se esté hablando del mismo lugar.

Para esta investigación, se propone una distinción clara entre dos áreas diferentes: una puntual y otra de carácter general. Como ya se ha explicado, la “Boca del Callejón” correspondería al sitio donde se produjo el ataque *chitarero*, al norte y en las cercanías del actual casco urbano de Chinácota, mientras que el “valle de Micer Ambrosio” fue la denominación otorgada a todo el valle de la quebrada Iscalá, desde su nacimiento hasta su desembocadura, cerca de donde se propone que se ubicaba el poblado indígena en el que Alfinger falleció y fue enterrado. Este valle también fue conocido posteriormente como “valle de Chinácota” o, en su parte alta, como “valle

⁵³⁹ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 89.

⁵⁴⁰ Simón, *Noticias históricas*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VIII, 47

⁵⁴¹ José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, ed. Tomás Eloy Martínez (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992; reimp. digital, 2023), libro I, cap. VIII, 44.

⁵⁴² Fuentes, *Monografía de Chinácota*, 2 (PDF).

⁵⁴³ Pérez Arévalo, *Génesis de Chinácota*, 1 (PDF).

de Iscalá”.⁵⁴⁴

Sobra decir que, dadas las circunstancias de su muerte y sepultura, los restos mortales de Ambrosio Alfinger nunca han sido hallados. Pese a ello, y en contra de lo que sostiene la historiografía, el 7 de septiembre de 2021 una fundación origen alemán llevó a cabo un acto en el que, según sus promotores, se trasladaron las cenizas de Alfinger desde Chinácota hasta Maracaibo, donde le fue expedida una partida de defunción y se le dio sepultura en un cementerio local. Según el escritor Nava Urribarrí, los restos de Alfinger “desde tiempos históricos fueron conservados por frailes y padres católicos como una reliquia eclesiástica y propiedad de la Iglesia”,⁵⁴⁵ afirmación que carece de fundamento histórico y que, de haber sido cierta, habría estado plenamente identificada por los historiadores locales y las autoridades civiles o eclesiásticas de Chinácota. A raíz de esto, la Academia de Historia del Estado Zulia emitió un comunicado en el que rechazó la iniciativa por “carecer de fundamento legal e histórico”, reiterando que hasta la fecha se desconoce el paradero de los restos de Alfinger, por lo que dicha acción debe entenderse como un acto meramente simbólico.⁵⁴⁶

Otro aspecto que merece análisis respecto de los acontecimientos ocurridos en este valle es su población prehispánica. De acuerdo con la ruta planteada, todo indica que la meseta donde hoy se asienta el casco urbano de Chinácota no estaba habitada al momento del paso de la hueste. Esta inferencia se basa en que, tras cruzar la quebrada Iscalá y alcanzar la “sabana”, Esteban Martín no menciona el hallazgo de poblados ni rastros de indígenas. Esa ausencia habría reforzado en

⁵⁴⁴ No se debe confundir el “valle de Micer Ambrosio” con el “valle de San Ambrosio” o “valle de Ambrosio” ubicado en inmediaciones de la Sierra de Mérida, del cual se trató al hablar de la primera expedición de Alfinger al Lago de Maracaibo.

⁵⁴⁵ Vinicio Enrique Nava Urribarrí, *Nuestros difuntos viven – Ambrosio Alfinger*, publicado el 14 de septiembre de 2021, Calaméo, <https://www.calameo.com/books/00696325383bd75cb6f71>.

⁵⁴⁶ Academia de Historia del Estado Zulia, *Pronunciamento sobre las actuaciones de la Fundación Luxburg-Carolath*, Maracaibo, 22 de octubre de 2021, <https://www.academiahistoriazulia.com/wp-content/uploads/2021/10/PRONUNCIAMIENTO-DE-LA-ACADEMIA-DE-HISTORIA-DEL-ESTADO-ZULIA-SOBRE.pdf>.

Alfinger la idea de que los nativos permanecían en el gran asentamiento que habían avistado anteriormente, lo que a su vez contribuyó a su exceso de confianza. En ese contexto, parece que el grueso de la población *chitarera* del valle se concentraba en su parte media y sur, donde Martín describió dos pueblos: uno de ochocientos bohíos y otro de doscientos.

A pesar de ello, existe consenso historiográfico en que el valle más densamente poblado al momento de la conquista de la futura provincia de Pamplona era el de *Chinácota*, lo que sugiere una importancia regional frente a otras parcialidades.⁵⁴⁷ Germán Colmenares, por ejemplo, asocia el gran poblado encontrado por Alfinger con el “pueblo de Chinácota”.⁵⁴⁸ Por su parte, Pedro de Orsúa, durante su recorrido de 1549, halló en el “valle de Chinácota (...) un pueblo de más de setecientas casas de naturales”,⁵⁴⁹ descripción que remite claramente al mismo asentamiento. Luego, en 1551, Rodríguez de Escobar señaló que “se quedaron en un pueblo del valle de Miser Ambrosio”,⁵⁵⁰ lo que sugiere la existencia de varios núcleos dentro de ese mismo valle, idea que se ve reforzada por documentos coloniales y estudios posteriores.

A partir de esta evidencia, puede afirmarse que existía un agrupamiento principal, probablemente el mismo reportado por Alfinger y Orsúa, y que ha sido identificado arqueológicamente por González.⁵⁵¹ Este se habría ubicado en las inmediaciones de la quebrada Iscalá, donde hoy se encuentran las veredas de Iscalá Norte, Centro y Sur. Es muy posible que esta agrupación correspondiera a la que, en 1554, fue encomendada a Juan Ramírez bajo el nombre de “valle de Chinácota”.⁵⁵² Resulta significativo que el título de encomienda se refiera a un valle y no a un pueblo, lo cual sugiere una población relativamente dispersa, pero en un área específica,

⁵⁴⁷ González, “El desarrollo de sociedades complejas,” 269.

⁵⁴⁸ Colmenares, *Encomienda y población*, 31.

⁵⁴⁹ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. III, 594.

⁵⁵⁰ “Información de Alonso Rodríguez de Escobar,” en Pabón, *Los chitareros*, 53 PDF.

⁵⁵¹ González, “El desarrollo de sociedades complejas,” 276-278.

⁵⁵² “Títulos de los indios encomendados a Juan Ramírez”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 496.

en este caso un segmento del valle: una especie de punto medio entre un poblado nucleado y un patrón disperso. La misma figura se observa en la visita hecha por Cristóbal Bueno en 1559, al registrar la “descripción de los indios de Chinácota”,⁵⁵³ es decir un grupo de indios, en contraste con la gran mayoría de visitas restantes, que sí se refieren a “el pueblo de Chichira”, “el pueblo llamado Bochagá” o “el pueblo de indios llamado Sentimali”.

Esta agrupación de indios conformaba, sin duda, el asentamiento más numeroso entre todos los encomendados en la provincia de Pamplona. Según la visita de 1559, su población ascendía a 1.318 piezas o personas,⁵⁵⁴ lo que evidencia no solo su magnitud, sino también su centralidad política y económica en la estructura regional indígena del momento. Este dato refuerza la idea de un centro poblacional de gran tamaño, articulado con otros asentamientos secundarios dentro del valle, pero con una primacía clara sobre las demás parcialidades.

Entre estos núcleos menores pudo haberse encontrado el “pueblo de doscientos bohíos” al que llegó Alfinger en su entrada al valle, sin que se hubiese podido identificar con ningún nombre en las fuentes posteriores. Asimismo, figura el pueblo de *Yzcala*, encomendado a Juan de Pinilla en 1555, el cual contaba con 294 habitantes para 1559.⁵⁵⁵ Su proximidad con los indios de *Chinácota* resulta evidente, ya que ambas visitas se realizaron con apenas dos días de separación.⁵⁵⁶ Debe añadirse la encomienda de *Chicacomari* o *Chitacomar*, anexa a la de *Sentimali*, las cuales fueron otorgadas a Rodrigo Alonso en 1556. En la visita de 1559 ambas parcialidades fueron descritas como un solo grupo, lo cual sugiere que se trataba de comunidades cercanas o estrechamente vinculadas.⁵⁵⁷ Actualmente, subsiste una vereda con el nombre de

⁵⁵³ Ibid., 498.

⁵⁵⁴ Ibid., 499. A diferencia de la transcripción de Tovar, Germán Colmenares reporta 1.436 piezas. (Colmenares, *Encomienda y población*, 58).

⁵⁵⁵ “Títulos de los yndios encomendados a Juan de Penylla”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 510-520.

⁵⁵⁶ La descripción de los indios de Chinácota está fechada el 18 de abril y la de Yzcala el 16 de abril.

⁵⁵⁷ “Títulos de los indios encomendados a Rodrigo Alonso”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 393-398.

Chitacomar en el valle de Chinácota,⁵⁵⁸ lo que pudiese indicar continuidad toponímica y territorial con el sitio prehispánico. Por su parte, Herrera ha propuesto la ubicación de otro pueblo encomendado, llamado *Hucariva*, localizado dentro del valle, hecho plausible si se considera que fue visitado el mismo día que los indios de *Chinácota*.⁵⁵⁹ A estos habría que sumar el poblado donde murió Alfinger, situado cerca del extremo norte del valle, con la salvedad de que quizá correspondía a alguno de los ya descritos.

De tal forma que, para el momento del contacto con los europeos, pudieron haber existido al menos cinco o seis poblados en todo el valle, con uno principal y otros adyacentes. Todos estos pueblos y agrupaciones, además, mantenían una relación estrecha con los asentamientos de los valles vecinos, como el del río Pamplonita, donde se ubicaban los poblados de *Matajira* y *Sentimali*.⁵⁶⁰ Este vínculo, al menos en su faceta militar, se hizo evidente durante la expedición de Pedro de Orsúa en 1549. En primer lugar, estuvo en el valle del Pamplonita, cuyos pueblos ofrecieron una resistencia feroz; pero más adelante, al pasar al valle de Chinácota, encontró el gran pueblo de setecientas casas completamente vacío, porque “eran los que en Centimali habían dado la guazábara a los nuestros juntamente con los de Matachira”. En consecuencia, Orsúa recorrió sin mayor oposición el resto del valle, ya que “en tres días descubrió y vio todas las poblaciones” que se encontraban en él.⁵⁶¹

Con el paso de Alfinger, la llegada de Orsúa y el posterior establecimiento de las encomiendas, debió producirse una reconfiguración del valle, con desplazamientos de población indígena y posibles traslados. En la visita de Tomás López de 1560 ya se empieza a hablar del

⁵⁵⁸ *Esquema de Ordenamiento Territorial: División Política Territorial*, Chinácota, 2002.

⁵⁵⁹ Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 35.

⁵⁶⁰ *Ibid.*

⁵⁶¹ Aguado, *Historia de Santa Marta*, parte I, libro VI, cap. III, 594-595.

“pueblo de Chinácota”,⁵⁶² lo que sugiere que su primer encomendero habría organizado a los indígenas en un asentamiento más nucleado. Para 1563, cuando los frailes dominicos llegaron a la provincia de Pamplona y fue enviado Fray Francisco Cabeza al valle de Chinácota,⁵⁶³ se escogió como lugar de doctrina un sitio conocido como *Puebloviejo*, donde —según Pedro Eduardo Díaz— “fue fundada la población en el lugar que ocupaba una parcialidad de indios chitareros conocido con el nombre de Chinácota”,⁵⁶⁴ posiblemente el mismo “pueblo” que había organizado Juan Ramírez años antes. Este lugar de *Puebloviejo* fue posteriormente relacionado por Fuentes y Carrero con el “Pueblo de Paja”,⁵⁶⁵ ubicado muy cerca del actual casco urbano y de la *Boca del Callejón*, sitio donde se propone que ocurrió el ataque contra Alfinger. En conclusión, si se acepta esta equivalencia, para 1560 los “indios de Chinácota” adjudicados en encomienda — posiblemente provenientes del gran asentamiento prehispánico descrito anteriormente— ya habrían sido reorganizados en un nuevo poblado, situado un poco al norte de la meseta donde hoy se levanta el casco urbano.

Posteriormente, en 1583, se realizó la visita de Melchor Vásquez de Campuzano, enviado desde Santa Fe por Juan Prieto de Orellana con el objetivo de revisar las encomiendas y promover una reorganización general de los pueblos indígenas.⁵⁶⁶ Entre las medidas adoptadas figuraba

⁵⁶² “Visita a las encomiendas de Zule (Chichara) y Chinácota,” en *Visita de Tomás López (1560)*, 178.

⁵⁶³ Zamora, *Historia de la Provincia de San Antonino*, II, cap. XV, 165.

⁵⁶⁴ Díaz, “Fundación de Chinácota,” 711.

⁵⁶⁵ Fuentes, *Monografía de Chinácota*, 2 (PDF); Carrero Becerra, *Orígenes de Chinácota*, 2002, 1 (PDF).

⁵⁶⁶ Sobre la visita de Melchor Vásquez de Campuzano existe escasa información, en parte debido a los problemas judiciales que enfrentó posteriormente. Según Rodríguez Freyle, era oriundo del Perú y fue enviado a Pamplona por recomendación de un familiar del visitador Orellana; sin embargo, al regresar a Santa Fe fue acusado de estafa, apresado y sus decisiones revisadas (Rodríguez Freyle, *El carnero*, cap. XV, 292). La fecha de la visita también presenta discrepancias: Jairo Gutiérrez Ramos la sitúa en Guaca en 1565 y en Tequia en 1583 (“Poblamiento colonial de la actual provincia de García Rovira, antigua jurisdicción de la ciudad de Pamplona,” en *Poblamiento regional*, 61–62); Guerrero menciona que sus visitas ocurrieron entre 1560 y 1583, y que estuvo en Chinácota en 1575 (Guerrero Rincón, *Territorio, economía y sociedad*, 26–27); y tanto Martínez Garnica como Silvano Pabón ubican la visita en 1583 (Martínez Garnica, *El régimen del resguardo*, 125–28; Pabón Villamizar, *Historia del poblamiento y construcción del espacio hispánico en Pamplona* [Pamplona: Cámara de Comercio de Cúcuta, 1996], 68). Esta última fecha parece la más verosímil, pues Orellana —quien lo comisionó— llegó a Santa Fe el 24 de agosto de ese año, momento desde el cual pudo haber enviado a Vásquez Campuzano (M.^a del Pilar Cárdenas Benítez, “Un trujillano en América: Juan Prieto de Orellana, visitador de la Audiencia de Santa Fe,” *CHDE Trujillo*, 1 de octubre de 1998).

procurar que los indios cesaran en sus idolatrías, vivieran juntos en pueblos, se les construyeran iglesias donde no las hubiera, se les asignaran tierras para cultivo y ganado, y contaran con tierras comunales para cubrir tributos y apoyar a los más pobres.⁵⁶⁷ Campuzano recorrió parte de la región y ordenó la congregación de los pueblos de Guaca, Cácosta de Velasco y Chinácota.⁵⁶⁸ Con respecto a este último, según Páez Courvel, “la primitiva población fue hecha por Vásquez Campuzano”;⁵⁶⁹ pero no hay indicios de que el visitador haya cambiado de ubicación el primer asentamiento doctrinero, por lo que se presume que simplemente reorganizó o consolidó el núcleo ya existente.

Tres años después, en 1586, llegó un nuevo visitador, Alonso de Montalvo, con la misión de revisar las decisiones de su antecesor. En el caso específico de Chinácota, parece que la congregación realizada por Vásquez de Campuzano había sido bien recibida, ya que el cacique expresó que “ellos están en su tierra y natural bien poblados porque el pueblo donde al presente lo tienen es muy cómodo para su salud y tienen tierras muchas donde labrar y no se quieren mudar a otra parte ninguna”. A la vista de esta situación, Montalvo constató que “el dicho sitio estar muy acomodado para los dichos naturales (...) con sus casas y bohíos hechos”, y procedió a dar traza al pueblo, ordenando la organización de calles y plaza. Así, “reformó” el poblado de Chinácota, que para ese momento contaba con 139 indios, entre hombres, mujeres y niños.⁵⁷⁰

De manera posterior, en 1623, el visitador Juan de Villabona Zubiaurre ordenó la reducción de otras nueve encomiendas, disponiendo que sus habitantes “se agreguen, pueblen y junten por barrios en las tierras del pueblo de Chinácota, en el sitio que en lengua de indios se llama

⁵⁶⁷ Ibid.

⁵⁶⁸ Guerrero Rincón, *Territorio, economía y sociedad*, 27.

⁵⁶⁹ Páez Courvel, *Primer libro de actas del cabildo*, 401-402.

⁵⁷⁰ “Población de los yndios de Chinácota encomendados en Joan Ramírez de Andrada [1586],” en *Población de indios del Zulía, Partido de la ciudad de Pamplona, 1586, Visita de Alonso de Montalvo*, en *Relaciones y visitas*, VI, 645–651.

Zurieta”.⁵⁷¹ A partir de esta congregación quedó formalmente constituido el Pueblo de Indios, año que, según Pabón, debe tomarse como fecha de fundación.⁵⁷² Finalmente, Díaz señala que en 1775 el pueblo “quedó destruido y se terminaron los últimos indígenas que había”, sin que se especifique la causa de dicha destrucción. Como consecuencia, “fue reedificada la población en el año de 1775 en el lugar que hoy ocupa”.⁵⁷³

4.5 Hacia el Lago de Maracaibo: la hueste diezmada y el final del viaje

Tras la muerte de Alfinger, mientras Esteban Martín se recuperaba de los efectos del veneno, los soldados se reunieron para decidir el rumbo a seguir. Uno de los principales motivos de descontento con el mando del gobernador, según Haebler, era su política frente al reparto del botín. Alfinger había sostenido que todo el oro recolectado debía considerarse propiedad común de la expedición y destinarse prioritariamente a cubrir los gastos de los Welser, posponiendo cualquier repartición hasta su regreso a Coro. Como señala Haebler, “es comprensible que estas disposiciones no fueran del agrado de la mayoría de los que habían ayudado, durante dos años, en privaciones y peligros, a recoger y traer a casa los tesoros”, sobre todo ante el temor de que, al final, las cuentas favorecieran a los banqueros y los soldados quedaran con las manos vacías.⁵⁷⁴

En tal sentido, la elección del nuevo capitán no estuvo exenta de intrigas y discordias.⁵⁷⁵ Según lo establecido, quien debía suceder a Alfinger en caso de fallecimiento era Casimiro de Núremberg; sin embargo, este había muerto previamente durante el paso del páramo. Además, tras

⁵⁷¹ Silvano Pabón Villamizar, transcripción del *Auto de Poblamiento del Pueblo de Indios y Doctrina de Naturales de Chinácota*, por el Dr. Don Juan de Villabona y Zubiaurre, julio 14 de 1623, VISITAS-BOY: SC. 62, 9, D.1, fols. 477r–481v, publicación en Facebook, 7 de mayo de 2024.

⁵⁷² Silvano Pabón Villamizar, *Chinácota, Norte de Santander, poblado e instituido como pueblo de indios y doctrina de naturales en 1623*, publicación en Facebook, 7 de mayo de 2024.

⁵⁷³ Díaz, “Fundación de Chinácota,” 711.

⁵⁷⁴ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 210.

⁵⁷⁵ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XII, 92.

la lectura del testamento de Alfinger, se constató que no había designado a ningún sucesor.⁵⁷⁶ Por tanto, fue necesario concertar quién debía asumir el mando. Según Esteban Martín:

Luego se juntó toda la gente y acordamos tomar por nuestro capitán general y justicia mayor para que nos rigiese y mandase a Pedro de San Martín, factor y veedor de Su Majestad.

Así, San Martín, castellano, asumió el mando de la hueste, aunque no sin enfrentar cierta resistencia por parte de algunos soldados, quienes al parecer respaldaban al capitán Juan de Villegas. Este último tuvo que intervenir para aplacar los ánimos y facilitar el consenso en torno al nuevo líder.⁵⁷⁷ Según Haebler, el factor decisivo fue que San Martín “estaba dispuesto a utilizar su autoridad para cubrir otro arreglo con respecto al botín, que era considerablemente más ventajoso para los expedicionarios”. Por decisión general, los tesoros capturados fueron registrados y divididos: se apartó el quinto real, que quedó bajo custodia de San Martín, y el resto se distribuyó entre los participantes según méritos y dignidad. Pese a ello, para garantizar que los Welser no quedaran completamente excluidos, se acordó que cada hombre recibiría solo la mitad de su parte.⁵⁷⁸

Es probable que esta resolución se concretara solo de manera verbal o documental, pues resulta menos verosímil que el oro se hubiese distribuido físicamente en ese momento. Según Friede, el reparto del botín se efectuó al finalizar la expedición, ya en Coro.⁵⁷⁹ En cualquier caso, el acuerdo permitió apaciguar el descontento de la hueste y retomar la marcha con un objetivo claro: regresar cuanto antes a Coro.

⁵⁷⁶ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 209.

⁵⁷⁷ Oviedo y Baños, *Historia de Venezuela*, libro I, cap. IX, 45.

⁵⁷⁸ Haebler, *Die überseeischen Unternehmungen*, 210.

⁵⁷⁹ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 210.

Esta última etapa de regreso es algo compleja de trazar, con distintas versiones por parte de los que han estudiado la ruta, pero con puntos en común que se intentarán distinguir. Al respecto, escribe Esteban Martín:

Después de la muerte del gobernador estuvimos allí seis días, porque yo no estaba para caminar más, antes pensamos que tampoco saliera de allí y no fuera por la mucha dieta que tuve, que estuve quince días sin beber gota de agua, todavía muriera por causa de la hierba, y ya que me fui sintiendo algo mejor, comenzamos de caminar por un valle y río abajo y al cabo de tres jornadas llegamos a un pueblecito de cinco bohíos, el cual estaba despoblado mas no supimos por qué y enviamos unos compañeros a ver un camino y de ahí a un rato vinieron huyendo dando alarma que venían indios tras ellos y luego el dicho capitán general cabalgó y mandó cabalgar y salieron tras los indios y alancearon algunos de ellos los cuales indios mataron a un hombre de a caballo y el caballo del capitán general e hirieron al capitán Monserrate en la cabeza.

De tal forma que, durante todos estos procesos políticos, la hueste permaneció en el poblado *chitarero* donde murió Alfinger, que se ha ubicado cerca del actual sitio de Maturín, al final del valle de la quebrada Iscalá. En ese tiempo, Esteban Martín, cuya herida no fue grave por haber recibido la flecha en una mano, luchaba contra la “hierba” o veneno con que estaba impregnada.⁵⁸⁰

Pasados seis días, comenzaron a caminar por un valle río abajo, lo que refuerza la hipótesis de que se encontraban ya en el empalme entre el llamado “valle de Micer Ambrosio” y el del actual río Pamplonita. La expresión de Martín —“un valle”— sugiere un cambio de cuenca, pues deja de referirse al valle en el que estaban y menciona uno distinto. En este sentido, Nectario María interpreta también que dicho valle corresponde “al curso de la corriente del río Pamplonita”,⁵⁸¹ cuya dirección coincide con la ruta que llevaba la hueste, es decir, “por la propia derrota y vía que

⁵⁸⁰ Resulta llamativa la asociación entre la ingesta de agua y la mortalidad del veneno, ya que Martín atribuye su recuperación al hecho de no haber bebido agua durante quince días, lo cual merecería un análisis desde el punto de vista médico.

⁵⁸¹ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 177.

Micer Ambrosio lo llevaba encaminado”,⁵⁸² hacia el nordeste.

A este punto de la expedición se refieren varios cronistas. Aguado relata que, siguiendo esa vía, llegaron “a lo que ahora dicen los llanos de Cúcuta”;⁵⁸³ Simón añade que, tras pasar “la montaña y arcabuco que llamaron después de Arévalo”,⁵⁸⁴ llegaron al valle de Cúcuta; y Oviedo y Baños retoma esa idea afirmando que “atravesadas las montañas, que después llamaron de Arévalo, salieron a las campiñas de Cúcuta”.⁵⁸⁵ Estos pasajes han podido generar cierta confusión, al dar la impresión de que entre Chinácota y Cúcuta se cruzaron montañas, cuando la ruta lógica seguiría el curso del valle del río Pamplonita.

Conviene recordar, como ya se ha dicho, que en el siglo XVI el término “montaña” no se usaba necesariamente para designar elevaciones del terreno (sierra), sino que solía referirse a zonas de monte cerrado, selva o “arcabuco”, como bien lo equipara Simón. A ello alude también Castellanos cuando describe que Esteban Martín, “rompiendo por áspera montaña, ahorró prolijísimo camino”.⁵⁸⁶ Lo que estos pasajes indican, por tanto, no es un ascenso montañoso, sino la dificultad para avanzar por lo espeso de la vegetación. Esto explicaría también por qué, en un trayecto relativamente corto —de unos 25 kilómetros—, la hueste tardó tres jornadas en avanzar.

También, cabe recalcar que lo más probable es que la hueste hubiese seguido siempre por

⁵⁸² Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XII, 93.

⁵⁸³ *Ibid.*, 93-94.

⁵⁸⁴ Simón, *Noticias históricas*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VIII, 47. En uno de los mapas de Agustín Codazzi, fechado en 1889, aparecen las “Montañas de Arévalo” entre Chinácota y los “valles de Cúcuta” (Agustín Codazzi y Manuel María Paz, *Carta de Colombia*, París: A. Lahure, 1889, mapa, en David Rumsey Historical Map Collection, <https://www.davidrumsey.com>). Posiblemente el nombre se derive del encomendero Pedro de Arévalo, del pueblo de “Labixa” o “La Bixa”, descrito en 1559 por Cristóbal Bueno (“Títulos de los indios encomendados a Pedro de Arevalo”, en *Visita de Cristóbal Bueno en Relaciones y visitas*, 506), y ubicado, según la propuesta de Herrera, en el mismo punto que indica el mapa (Herrera Ángel, “El espacio étnico,” 35).

⁵⁸⁵ Oviedo y Baños, *Historia de Venezuela*, libro I, cap. IX, 45.

⁵⁸⁶ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 208. En la obra de Juan de Castellanos también puede observarse que el uso del término “montaña” alude a monte o vegetación espesa, más que a una elevación del terreno. Esto se evidencia en expresiones que lo asocian con lugares de refugio o paso difícil, como: “Tomaron por amparo la montaña”, “Y no hallar montaña do meterse”, “Y en partes espesísima montaña”, “Luego por la montaña sin camino”, entre otras.

la banda oriental del río Pamplonita, hasta encontrar un pequeño poblado de cinco bohíos, posiblemente ubicado en las cercanías de la actual ciudad de Cúcuta. Este debió ser algún puesto de comercio o de pesca perteneciente a una parcialidad *chitarera*, y representa el último asentamiento de esta “generación” indígena con la que los expedicionarios tuvieron contacto, ya que en los encuentros posteriores Esteban Martín comienza a describir características distintas en los pueblos encontrados. Según Aguado, esta zona “son unas tierras mal pobladas que ahora sirven de criaderos de ganados a los vecinos de Pamplona”,⁵⁸⁷ lo cual sugiere una baja densidad poblacional y la posible ausencia de asentamientos organizados en ese tramo del valle. Así, en los alrededores de ese pequeño asiento se produjo el último gesto de resistencia *chitarera* frente a los extranjeros que habían venido a alterar su equilibrio. Un español y el caballo del capitán fueron su última victoria. Después de este encuentro, sigue el relato de Martín:

Y aquella noche dormimos allí y otro día por la mañana caminamos y toma (f° 8 v.) mos aquel día unas indias vestidas con unas sayas tejidas sin costura que les cubría de la cabeza a los pies, y unos capillos como frailes, la cual generación entendíamos algún poco y se dicen taitomos y según nos dijeron comen carne humana.

Entonces, al día siguiente, continuando por su camino, encontraron un grupo de mujeres indígenas cuya vestimenta ya difería de la observada en las *chitareras*. Llevaban una prenda enteriza que el maestre comparó con una saya española, la cual consistía en “un traje entero en el que cuerpo y falda formaban un todo”,⁵⁸⁸ es decir, una especie de túnica sin costura, de una sola pieza.⁵⁸⁹ La expresión “capillos como frailes” podría aludir a una especie de gorros o capuchas

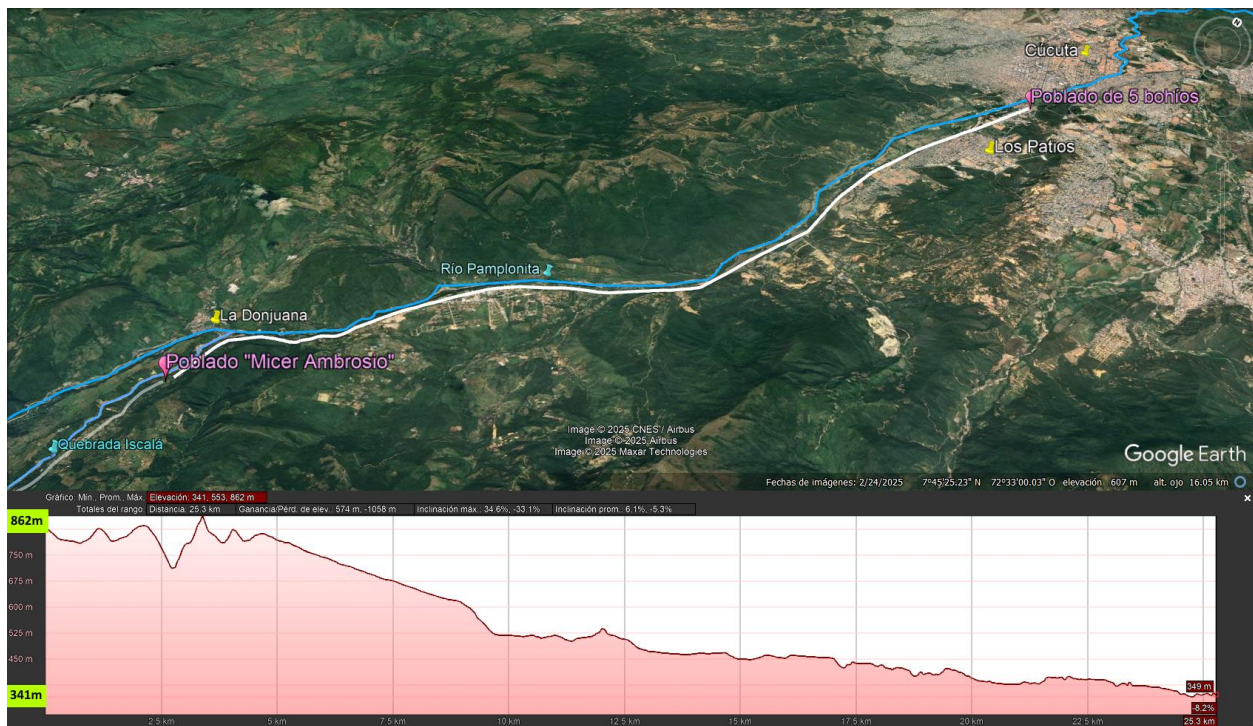
⁵⁸⁷ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XII, 94.

⁵⁸⁸ Marta Sánchez Orense, “Particularidades del léxico de la moda renacentista: dificultades en su análisis,” *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua* 1 (2008): 69.

⁵⁸⁹ Este vestido parece similar al usado hoy en día por las mujeres de la etnia Wayuu en la península de la Guajira, la cual es una manta amplia que cubre hasta los tobillos. Artesanías de Colombia, *Proyecto para la Promoción de la Manta Wayúu* (Bogotá: Artesanías de Colombia, 2012), 2, <https://repositorio.artesaniasdecolombia.com.co/bitstream/001/10392/1/INST-D%202012.%202004.pdf>.

similares a los que usaban algunas órdenes mendicantes medievales. Otra posibilidad es que hiciera referencia a la tonsura clerical —una práctica también presente en algunos pueblos indígenas— consistente en raparse la coronilla; por su parte, Martín ya había descrito este estilo de corte al hablar de los buredes de la Serranía del Perijá, y en ese caso utilizó el término “coronados”.⁵⁹⁰ Por tanto, lo más probable es que “capillos” aluda en este contexto a algún tipo de cobertura textil para la cabeza.

Figura 44. Trayecto por el valle del río Pamplonita hasta la zona de la actual Cúcuta.



Nota. La imagen muestra la ruta propuesta entre el poblado indígena identificado como “Micer Ambrosio”, donde murió el gobernador, y el “pueblecito de cinco bohíos”, escenario de la última guazábara con una parcialidad chitarera. El trayecto debió seguir la margen oriental del río Pamplonita, y el perfil altimétrico indica un descenso continuo desde los 862 hasta los 341 m s. n. m. Según el relato, se trataba de un tramo sin camino abierto, lo que habría dificultado el avance y justifica que tomase tres jornadas completarlo.

⁵⁹⁰ Oliver interpreta este fragmento de Martín en ese sentido: “Sus vecinos, que habitaban la parte más alta de este valle del río Zulia, los ‘aratomos’ o ‘tayatomos’, eran gente que exhibía la tonsura, ‘coronados’ como los Burede” (Oliver, “Reflexiones sobre el origen del Wayu,” 93).

Otro elemento importante que marca el cambio de “generación” es la lengua. Desde que la hueste ingresó a las sierras, Martín había remarcado que no entendían nada ni a los *guanés* ni a los *haruagos* (*chitareros*), cuya lengua pertenecía a la familia etnolingüística *chibcha*. Por el contrario, en este nuevo punto del recorrido, las indígenas con las que se encontraron pudieron ser entendidas “algún poco”, lo que sugiere que hablaban una lengua distinta, posiblemente de filiación *arawak* o *caribe*, familias que Martín conocía y dominaba, especialmente la *arawak*. Finalmente, el maestro las identifica como miembros de otra “generación”. En cuanto al etnónimo, la transcripción de la Academia lo presenta como *taïtomos*; la de Nectario María, como *tryatomos*; y la de Fernández de Oviedo, como *tayatomos*. Ante estas variaciones, y dado que Nectario María ha demostrado mayor consistencia en su transcripción general, podría considerarse la suya como la más cercana al original.

Este encuentro debió producirse en un área próxima al valle de Cúcuta, por donde transcurría la ruta de la hueste siguiendo la margen oriental del río Pamplonita. El hallazgo de esta nueva generación sugiere que dicha zona funcionaba como una especie de frontera étnica, posiblemente con parcialidades indígenas que posteriormente fueron agrupadas bajo la denominación genérica de *motilones*. En este sentido, Martínez Garnica ha señalado que los “comarcanos de la provincia de los Motilones han sido clasificados como un grupo lingüístico distinto [a los *chitareros*], al igual que probablemente lo sean los caciques de la cuenca del río Zulia y los llamados Valles de Cúcuta”.⁵⁹¹ Esto indica que en tales áreas pudieron haber existido otras parcialidades menores, tal como lo sugiere también Mogollón al afirmar que la “frontera de guerra contra los ‘motilones’ (...) presionó e hizo desaparecer etnias fronterizas no bari, [como]

⁵⁹¹ Martínez Garnica, “El espacio provincial percibido,” 9.

Umogrias, Chinatos, Xirajoras, en el sector venezolano”.⁵⁹²

Para el caso de los *tryatomos*, todo indica que se trataba del mismo grupo étnico mencionado en 1639, cuando la Real Audiencia de Santa Fe, ante la imposibilidad de asegurar la pacificación del río Zulia, suscribió una capitulación con Francisco de Ribas “para pacificar a los indios *tratomos*, eneales, guajiros, corcovados, carates y otros que se hallaban rebeldes”.⁵⁹³ Sea cual fuere el caso, Esteban Martín identificó a estos indígenas como pertenecientes a una generación o etnia distinta de los *haruagos* o *chitareros*. Su filiación y caracterización cultural, así como la referencia a la antropofagia, solo podrían abordarse mediante una investigación específica que excede los alcances del presente estudio.

Posterior a dicho encuentro sigue el relato de Martín:

Caminamos por este valle y río abajo hasta que llegamos a lo llano, tierra de grandes montañas y el capitán envió a Pedro de Limpias lengua con alguna gente delante para que descubriese camino y llegó a un pueblo de cinco bohíos y la gente se les defendió e hirieron cuatro cristianos y mataron uno y mientras nosotros llegamos les dieron muchas guazabaras, juntábanse ahí tres o cuatro ríos y se hace un río grande que se dice tarare que entra en la laguna de Maracaibo.

La ruta continuó “por este valle”, es decir, siguió el curso del río Pamplonita aguas abajo, atravesando la zona donde hoy se ubica Cúcuta. Aguado confirmó esa dirección: “y de aquí, teniéndose a la mano derecha del río de Pamplona”.⁵⁹⁴ En este caso, “teniéndose” equivalía a “hallándose”, por lo que la hueste se hallaba en la margen oriental del río. Más adelante, se llegó “a lo llano”, expresión que podría interpretarse como la entrada a Cúcuta, pero para Martín la planicie donde hoy se asienta la ciudad aún pertenecía al valle, al encontrarse encerrada entre

⁵⁹² María Cristina Mogollón Pérez, “Los Bari: definición y realidad etnográfica,” en *Poblamiento regional, etnohistoria y etnografía en Pamplona*, (Pamplona: Alcaldía de Pamplona, Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander, Instituto Departamental de Cultura, 1994), 262.

⁵⁹³ Ramírez Méndez, *La tierra prometida*, 121.

⁵⁹⁴ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XII, 94.

sierras. La verdadera salida del valle, por tanto, debió ubicarse más al norte, cuando cesaban las lomas que flanqueaban el cauce y se abría la llanura del lago de Maracaibo, descrita como una región de “grandes montañas” (refiriéndose a selva espesa). Esa transición pudo situarse cerca de la actual Hacienda La Palestina, en la sección norte de la vereda San Faustino, según el mapa del IGAC.⁵⁹⁵

En aquella zona hacia el norte se hallaba el poblado pequeño descubierto por el grupo de Limpias. Es probable que este pueblo también perteneciese a los dichos *tryatomos*, ya que un nuevo cambio de etnia no se apreciaría sino más adelante en el relato. Ante la llegada del grupo de vanguardia, los guerreros indígenas adoptaron una reacción de resistencia frontal y belicosidad, logrando dar muerte a un español e hiriendo a cuatro. Conviene recordar que los *haruagos* o *chitareros* habían mostrado esa misma actitud en *El Mene*, aunque luego modificaron su estrategia hacia la no confrontación. El área donde se hallaba este pueblo fue descrita por Martín como la conjunción de tres o cuatro ríos que formaban uno mayor, al que llamó *Tarare*, el cual desembocaba en la laguna de Maracaibo. Este punto ha sido objeto de discusión entre algunos investigadores. Para Friede, el río *Tarare* correspondería al actual río Tarra, y el punto de unión de los afluentes sería el sitio de “Tres Bocas”, cerca del actual municipio de Tibú, a considerable distancia hacia el noroeste.⁵⁹⁶ Frente a esa interpretación, debe recordarse que, según su propuesta, el paso por la cordillera Oriental se habría realizado por Cáchira y el río Sardinata, por lo que, bajo esa lógica, “Tres Bocas” resultaba el sitio más probable al que se hubiese referido Martín.

Por otra parte, Nectario María interpretó la ruta siguiendo el río Pamplonita, por lo que concluyó que el río *Tarare* “sin duda alguna, sería el que hoy llamamos Zulía”. Actualmente puede

⁵⁹⁵ IGAC, *Mapa topográfico de Cúcuta*, hoja 8811A.

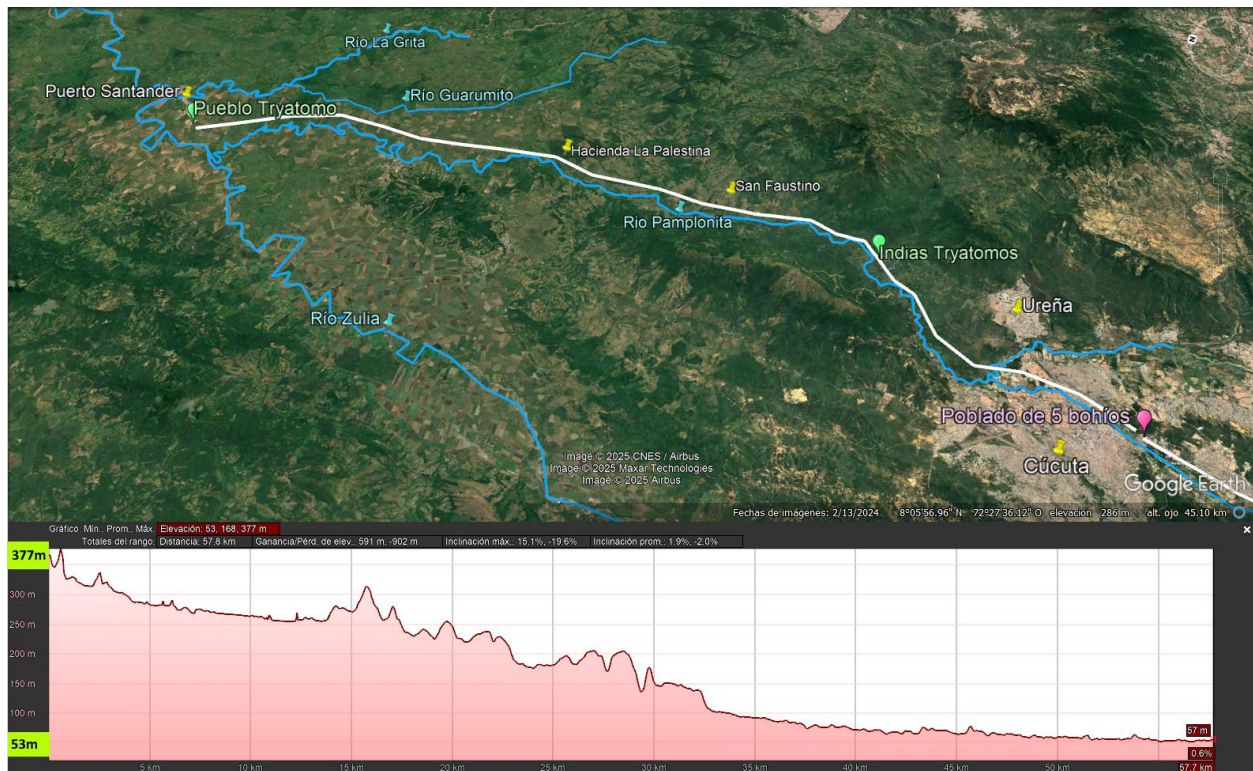
⁵⁹⁶ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 209.

identificarse la desembocadura del Pamplonita en el Zulia, y más adelante la de este en el río Catatumbo, que es el que finalmente vierte sus aguas en la laguna. Por entonces, la configuración de los ríos era poco conocida, y se asumía que el “río de Pamplona” —a veces llamado Zulia— era el mismo desde su nacimiento hasta su desembocadura en la laguna. Así lo confirmó Pedro Simón al referirse a los ríos que allí desembocaban: “los principales son el río de Pamplona, que corre de la banda del Sur; dicese comúnmente Zulia, porque nace junto a un pueblo de indios, media legua arriba de la ciudad de Pamplona, dicho Zulia;”.⁵⁹⁷ En ese mismo sentido, Aguado reafirmó el trayecto de la hueste de San Martín: “a la mano derecha del río de Pamplona, que muy caudaloso entra en la culata de la laguna de Maracaybo (...); fueron caminando a vista del propio río hacia la laguna”.⁵⁹⁸

Ahora bien, en este contexto, ¿qué zona podría interpretarse como la conjunción de tres o cuatro ríos mencionada por Martín? Lo más probable es que se hubiese referido al área del actual municipio de Puerto Santander. En sus alrededores, el río Zulia recibe las aguas del Pamplonita, y trece kilómetros más abajo, las del río Grita o La Grita, el cual, a su vez, recoge once kilómetros aguas arriba al río Guarumito. De este modo, esa habría sido la región donde se encontraba la hueste al momento del encuentro con esta nueva etnia, sin que el relato precise de qué forma lograron atravesar hacia el norte el embudo natural formado por los ríos La Grita y Zulia. Posteriormente, pasando este punto, la expedición dejó el actual territorio de Norte de Santander, en Colombia e ingresó al del Estado Táchira, en Venezuela.

⁵⁹⁷ Simón, *Noticias históricas*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. III, 37.

⁵⁹⁸ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XII, 94.

Figura 45. Segmento entre Cúcuta y Puerto Santander, territorio de los tryatomos.

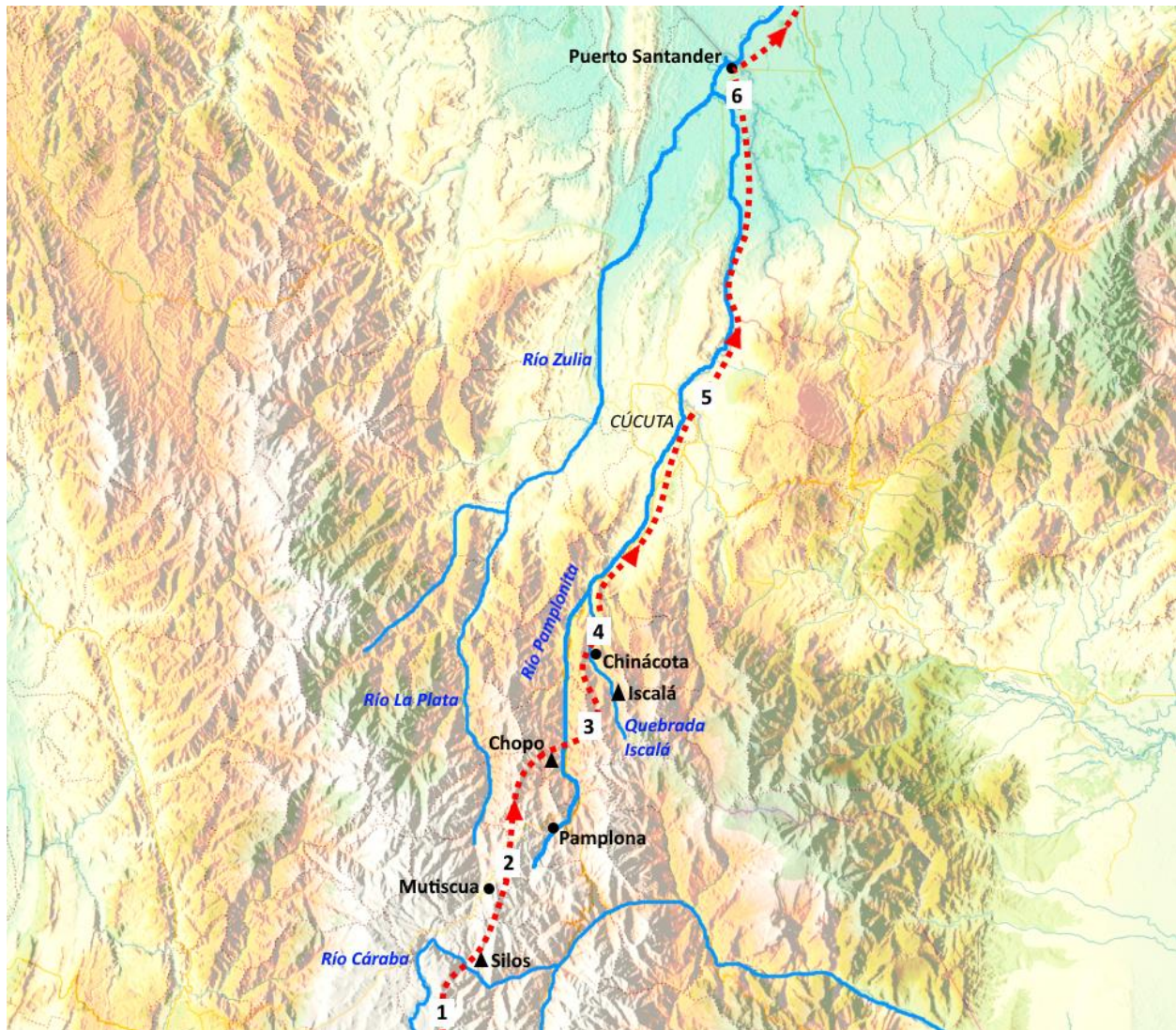
Nota. La imagen muestra la ruta seguida por la hueste hacia el norte, avanzando por la margen derecha u oriental del río Pamplonita, también llamado río de Pamplona. Se ha marcado en violeta la posible ubicación del último poblado *chitarero* y, en verde claro, la entrada al territorio de los tryatomos. Se identifica claramente el área donde confluyen cuatro ríos —Pamplonita, Guarumito, La Grita y Zulia— para formar el curso principal del río Zulia. La altimetría señala un descenso gradual a lo largo del valle, hasta alcanzar las inmediaciones de la Hacienda La Palestina, donde comienza la llanura, a una altitud aproximada de 53 m s. n. m.

Luego, Esteban Martín narra el encuentro con una nueva generación de indios hostiles:

Anduvimos por aquellos pueblos siete u ocho días que no sabíamos por dónde ir ni teníamos guía, pasamos algunos pueblos despoblados y aposentámonos en uno de ellos. El capitán general mandó que se buscasen algunos caminos para ver si se podía tomar una guía, y luego ya que era maestro de campo envié trece o catorce hombres para que siguiesen un camino, los cuales llegaron a un pueblo que estaba obra de dos tiros de ballesta de allí y comenzaron a entrar en él, y el pueblo estaba lleno de indios hechos fuertes, y comenzáronlos de flechar y ellos desde que esto vieron retrajéronse atrás dando alarma, y como nosotros los oímos del campo, cabalgó el capitán general y aguijó allá con toda la mayor gente y llegando al pueblo comenzaron de flecharnos muy reciamente de tal manera que tuvieron por bien de dejar el pueblo y retraerse. Mataron en este pueblo al capitán Monserrate y a su caballo porque fué el primero que entró en el pueblo y mataron otros dos

compañeros todos con flechas enarboladas y como el capitán se retrajo con toda la gente por temor que no le hiciese más daño, luego los indios se fueron del pueblo.

Figura 46. Ruta de Ambrosio Alfinger en el actual Norte de Santander



Nota. Representación de la trayectoria de Ambrosio Alfinger a su paso por el territorio que hoy corresponde al Departamento de Norte de Santander. La línea roja punteada indica el recorrido aproximado. Los triángulos negros marcan los principales pueblos *chitareros* existentes, mientras que los puntos señalan sitios actuales. Los números corresponden a los siguientes eventos: 1. Ingreso por el páramo de Berlín. 2. Paso por el valle de Rabicha y campamento en el pueblo “medio quemado”. 3. Entrada al valle de Iscalá, con paso por el pueblo de 200 bohíos y avistamiento del gran poblado de 800 bohíos. 4. Emboscada de los indios *chitareros* a Alfinger y su muerte. 5. Encuentro con indias de la etnia tryatomo cerca del valle de Cúcuta. 6. Paso por el pueblo tryatomo y salida del actual departamento.

Desde Puerto Santander en adelante, es complejo proponer una ruta precisa, ya que toda el área es de llanura y no hay elementos del relieve como colinas o sierras que permitan ubicarse. Lo mismo parece haberle sucedido a la hueste de San Martín, ya que el maestre narra que estuvieron casi perdidos durante siete u ocho días. Es posible que hayan encontrado algunos senderos prehispánicos entre la densa vegetación, que comunicaban unos poblados con otros; pero de poco les sirvió, ya que los indios huían en su mayoría y no pudieron obtener de ellos alguna guía. Se debe asumir, que continuaron la vía al nordeste, tal como lo tenían previsto desde los días de Alfinger.

Luego, una vanguardia de pocos hombres llegó a un primer pueblo habitado con indios “hechos fuertes”, es decir, el pueblo tenía una empalizada o cercado de madera a forma de muralla. Sobre este poblado y sobre los sucesos que en él acontecieron da detallado informe Hernando de Alcocer por intermedio de Castellanos, quien destina veinticinco estrofas u octavas reales para narrar cada acción.⁵⁹⁹

De esta extensa narración, se pueden tomar algunos elementos importantes a manera de resumen: Los españoles que llegaron primero al cercado, movidos por el hambre, creyeron que sería fácil penetrarlo; sin embargo, no esperaban la violenta reacción desde el interior, por lo que, al estar próximo el anochecer, optaron por replegarse. Al día siguiente, ya reunida la hueste, se organizó un asalto desde cuatro frentes: Pedro de San Martín por el oriente, Esteban Martín por el occidente, y en los otros dos flancos Pedro de Limpias y Luis de Monserrate.

La resistencia indígena fue feroz. Participaron también mujeres y niños, todos armados con dardos, flechas, piedras, macanas y lanzas con punta. Tras una dura refriega, un grupo de soldados,

⁵⁹⁹ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 208-209.

entre ellos “el Anaya, Pancorvo y un Castillo”, consiguió abrir una brecha en la empalizada, por la que lograron penetrar únicamente Anaya y Casamirez.⁶⁰⁰ Ambos fueron rápidamente rodeados y muertos ante la aplastante superioridad numérica de los indios. Fue entonces cuando Luis de Monserrate, montado a caballo, logró forzar un paso más amplio y abrir el espacio para que el resto de los españoles pudiese ingresar. Aun así, su ímpetu lo llevó demasiado lejos dentro del poblado, donde fue derribado y muerto junto con su caballo. Al término del combate, se contaron diez españoles muertos y varios heridos. Con esto concluye la versión que ofrece Castellanos sobre la refriega.

Luego de este duro golpe a la hueste, Martín narra el siguiente encuentro:

Y nos fueron a esperar a otro pueblo que estaba dos jornadas de allí y como fuimos llegados a aquel otro pueblo, los indios tenían muy grande albarrada de madera y comenzáronse de defender, y estuvimos peleando con ellos más de dos horas e hirieron un caballo que murió de ahí a cuatro o cinco días e hirieron cuatro cristianos; de estos no murió ninguno, pero todavía les ganamos el pueblo y tomamos diez o doce personas que se repartieron entre la gente para que les sirviesen. Eran estos indios de una generación que se dicen haroacanas y no hallamos de aquella generación más de aquellos dos pueblos.

De tal forma, se produjo un segundo encuentro con esta generación, de la cual solo se encontraron dos pueblos cercados, que sin duda fueron de los más belicosos con los que se toparon durante toda la expedición. En cuanto a su denominación, la Academia lo transcribe como *haroacanas*, Nectario María escribe *haraocanas* y Fernández de Oviedo los nombra *aruacanas*.⁶⁰¹ Sobre esta etnia poco se sabe, salvo que Rosas González, en su mapa de pueblos indígenas de Venezuela, la ubica hacia el suroccidente del lago de Maracaibo, coincidiendo con lo propuesto

⁶⁰⁰ Sobre este Casamirez, debe ser otro distinto a Casimiro de Núremberg, de quien ya se contó su fallecimiento anterior en el paso del Páramo.

⁶⁰¹ Al respecto, Oliver parece relacionar a estos “haroacanas” con los “haruagos” (chitareros) y con los “haruacanas” mencionados en la parte sur de la Sierra Nevada de Santa Marta. Para él, la similitud en el etnónimo indica un posible origen común, como el pertenecer a una misma familia lingüística macro-chibcha. Dado que el relato no proporciona información sobre la lengua de estos últimos habitantes de los pueblos cercados, no sería posible confirmar ese vínculo; sin embargo, una nueva investigación en ese sentido resultaría pertinente. Oliver, “Reflexiones sobre el origen del Wayu,” 92-93.

en esta investigación (ver Figura 5).⁶⁰²

Luego, ingresaron en territorio de los *pemonos* o *pemenos*,⁶⁰³ quienes habitaban la parte sur —o “culata”— de la laguna de Maracaibo, entrelazados con los *bobures*, y con quienes Alfinger ya había tenido contacto durante su primera expedición por los alrededores de la laguna y la región de *Xuruara* (ver Figura 8). A continuación, se presenta el relato de Esteban Martín desde el contacto con esta etnia pacífica, hasta el momento en que llegaron al poblado donde fue hallado Francisco Martín, el único sobreviviente de la fracasada expedición de Íñigo de Vasuña:

Entramos luego en otra generación que se dicen pemonos que tienen grandes pueblos de hasta treinta y cuarenta bohíos y es gente más doméstica, pero tampoco nos esperaban sino desamparaban sus pueblos y aliviara (f° 9) sus haciendas, anduvimos mucha cantidad de pueblos en obra de cinco jornadas y al cabo vinimos a dar en un pueblo que había gente y como nos vieron comenzaron de huir y nosotros corrimos tras ellos y tomamos bien más de veinte piezas y con lo poco que les entendíamos les preguntamos que por qué huían y ellos nos respondieron que estaba cerca de allí un cristiano como nosotros y que habían sabido que veníamos en busca de él, y que por aquella causa pensaban que los queríamos matar.

Y yo, cuando vi que decían de cristiano, quedé muy maravillado y no se lo pude creer, pero se lo dije al capitán general como decían los indios, que a una legua de allí estaba uno como nosotros, y los indios se afirmaban tanto en ello que yo no sabía qué decirme, y despachamos tres indios para que le fuesen a llamar, los cuales nunca volvieron; y luego enviamos otras dos indias y les dimos algún rescate, diciendo que otro día volverían porque era tarde y otro día era domingo, y reposamos allí y el lunes por la mañana viendo que no venía nadie, caminamos derecho aquel pueblo y llegamos a un río muy hondo donde hubimos de pasar a nado y se nos ahogó en él un caballo que traíamos herido.

Y estándolo despedazándolo y repartiendo a la gente, llegó el alguacil mayor Francisco de Santa Cruz, que se había adelantado con alguna gente, y díjonos cómo había hallado al cristiano, el cual cristiano luego vino allí a nosotros desnudo en carnes, descubiertas sus vergüenzas, y un arco, y unas flechas y un cubilaco de cal y un fardel de hierbas que traía para traer en la boca, y preguntámosle por Íñigo de Vasconia, que era este cristiano de los que con el dicho Vasconia habían venido, y él nos respondió que habían dado en una tierra hierma y se habían perdido todos, y luego nos fuimos a aposentar en el pueblo donde este cristiano residía.

Y luego el capitán general le mandó que llamase los indios de aquel pueblo y él fué luego

⁶⁰² Rosas González, *La población indígena*, 51.

⁶⁰³ Ambos términos se emplean indistintamente tanto en el relato de Esteban Martín como en el de Fernández de Oviedo. En consecuencia, en este escrito se utilizarán conforme aparezcan en los textos originales.

y los trajo de paz aunque no muy seguros y luego yo tomé a este cristiano y le aparté en un bohío secretamente y le hice tomar juramento y tomé por fe de escribano todo lo que decía que les había acaecido y cómo él había sido traído a aquella tierra en una canoa y lo habían vendido los indios, y en donde quedaba el oro que el dicho Vasconia traía y enterrado y cómo habían muerto algunos de los dichos cristianos y los otros le habían dejado a él cojo de un pie y que nunca más lo ha visto como más largamente en el dicho que dijo ante Juan de Villegas escribano de la dicha entrada se contiene (f° 9 v.). Este pueblo donde este dicho cristiano estaba se decía Maracaibo y era poblado aquella tierra de indios pemones que viven en la vera de culata de la laguna de Maracaibo adonde pensábamos que había estrecho de mar para la tierra adentro, el cual no hay.

De tal forma, ya dentro del territorio de los *pemones*, la hueste pudo experimentar cierta calma. Por fin habían alcanzado una generación que lograban reconocer, y que, en cierta medida, estaba al tanto de la existencia de los españoles, pues en su vecindad se hallaba la región de *Xuruara*, que, como se dijo, servía de despensa agrícola para la recién fundada ciudad de Maracaibo, en la boca de la laguna. Sin duda, la noticia de la presencia de un cristiano —o español— viviendo en esa zona causó sorpresa, pero también despertó la esperanza de contar con un guía que finalmente los condujese fuera de tan espesa selva.

Como se trata de un trayecto difícil de reconstruir dentro de la ruta que se ha venido proponiendo, resulta necesario apoyarse en las referencias de investigadores más familiarizados con la geografía local venezolana. El pueblo donde fue hallado Francisco Martín es llamado por Oviedo “Maracaibo de los pemenos”,⁶⁰⁴ con el fin de diferenciarlo del Maracaibo español. Según Ramírez Méndez, este se hallaba “situado sobre la desembocadura del río Escalante, aproximadamente donde está el emplazamiento del pueblo de Santa Bárbara”.⁶⁰⁵ Esta ubicación resulta coherente si se considera que, partiendo de Puerto Santander, la hueste continuaba en dirección nordeste. Así, el “río hondo” donde se ahogó el caballo correspondería al actual río

⁶⁰⁴ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. VII, 293.

⁶⁰⁵ Ramírez Méndez, *La tierra prometida*, 52-53.

Escalante, cuyas características coinciden con la descripción, y el poblado de “Maracaibo de los pemenos”, según indicó Esteban Martín, se encontraba a una legua del río, lo que coincide aproximadamente con los alrededores del actual Santa Bárbara del Zulia.

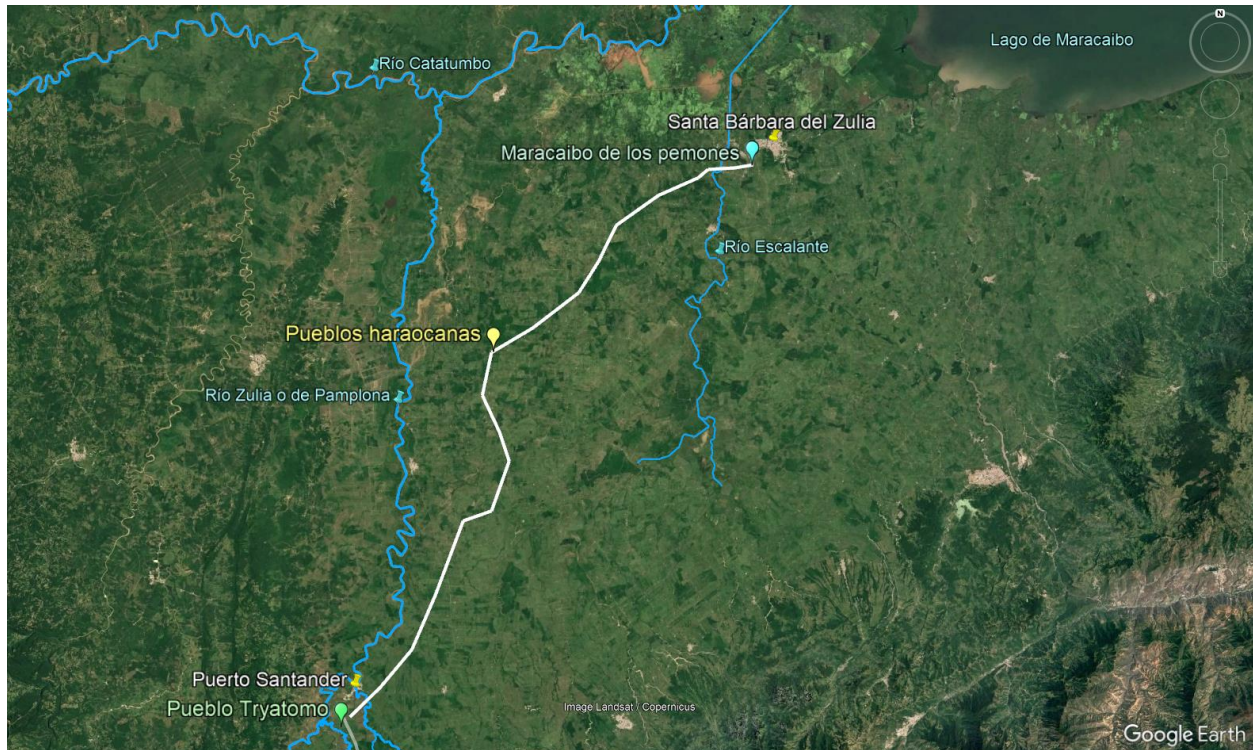
Por otra parte, el testimonio que se tomó a Francisco Martín en aquel pueblo fue levantado por el capitán Juan de Villegas, quien venía en la hueste y, según Esteban Martín, ejercía como escribano de la expedición. La travesía de los hombres de Íñigo de Vasuña, desde que partieron del pueblo de *Pauxoto*, en el valle de los *pacabueyes*, el 6 de enero de 1532, hasta el hallazgo de este único sobreviviente, fue narrada con detalle por Fernández de Oviedo,⁶⁰⁶ con base en el contenido de dicho testimonio, el cual también ha sido transcrito y publicado.⁶⁰⁷ Pese a ello, al no ser objeto de esta investigación, no se abordará aquí lo acontecido durante aquella marcha.

Finalmente, resulta importante destacar la mención de Esteban Martín sobre la ausencia del paso al Mar del Sur. Conviene recordar que los dos principales objetivos al asumir la Gobernación de Venezuela, tanto por parte de los Welser como de Ambrosio Alfinger, eran, por un lado, hallar yacimientos de oro y, por otro, encontrar el paso al Mar del Sur, cuyo principal candidato era la culata del entonces desconocido lago de Maracaibo. En ese sentido, Alfinger realizó una primera expedición al lago, donde no logró encontrar dicho paso, aunque se esperanzó con lo que afirmaban algunos indios: que hacia el sur existía otra gran laguna en la que podría hallarse el estrecho. Ahora, con la llegada de los restos de la hueste a tierra de los *pemones*, se descartaba por primera vez la existencia de aquel paso, lo que, sin duda, habría sido una decepción para la Casa Welser y para Alfinger, si hubiese estado con vida.

⁶⁰⁶ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, caps. VI y VII, 286-294.

⁶⁰⁷ Francisco Martín, testimonio, 28 de julio de 1533, en Gómez & Gómez, *Francisco Martín: el caníbal*, 473.

Figura 47. Trayecto entre el pueblo tryatomo, los pueblos haraocanas y Maracaibo de los pemones



Nota. La imagen muestra la propuesta de recorrido seguido por la hueste al atravesar la llanura situada al sur del lago de Maracaibo. Partiendo de las cercanías de Puerto Santander —donde se presume se encontraba el pueblo de la etnia *tryatomo*—, se avanzó en dirección nordeste hasta alcanzar, en algún punto intermedio, los dos pueblos cercados donde tuvieron lugar los enfrentamientos con los *haraocanas*, cuya ubicación es aproximada. Finalmente, se representó el cruce del río Escalante y la llegada al poblado indígena de Maracaibo, en territorio de los *pemones*, cerca del actual Santa Bárbara del Zulia. Se trata de un recorrido de cerca de 100 km que, a pesar de desarrollarse en terreno llano, debió tomarse cerca de un mes debido a la espesa vegetación, la escasez de senderos y la ausencia de guías.

Luego, Esteban Martín menciona lo que sucedió después de este pueblo de *Maracaibo* de los pemones:

Y es tierra muy cargada y de muy espesas montañas, son indios bien dispuestos y no cubren sus vergüenzas hombres y mujeres, y es gente que trata poco oro y no son guerreros ni tienen hierba. Junto con estos dentro de la laguna hay muchos pueblos armados sobre agua de una generación de indios que se dicen queriqueris, que tratan con estos otros pemones; andan siempre en canoas, en este pueblo de Maracaibo donde se halló este cristiano,

estuvimos tres o cuatro días y luego caminamos prolongando la laguna con guías de este dicho pueblo y pasamos muchos pueblos de a cuarenta y cinco bohíos, algunos indios nos esperaban de paz pero eran pocos y los pueblos muy barridos de hacienda y mujeres, salvo alguna comida que nos tenían y algún oro, aunque no era mucho; y tardamos de este dicho pueblo a Churuara, obra de veinte días caminando por la tierra de estos pemones y bugures que son casi una generación, este pueblo de Churuara es donde el gobernador había llegado la primera jornada que hizo cuando vino a esta gobernación, desde la ciudad de Coro. En el cual dicho pueblo y provincia hallamos cuarenta cristianos que estaban haciendo comida para la provisión del pueblo de Maracaibo, que el dicho señor gobernador había dejado poblado en el cual había dejado a Francisco Vanegas por justicia y capitán de la dicha gente del dicho pueblo de Maracaibo y su comarca.

De este fragmento, más allá de la descripción de los *pemones*, conviene resaltar la mezcla étnica previamente mencionada en los alrededores de la llanura del lago de Maracaibo. Así, Martín refiere que ambas etnias —los *pemones* y los *queriqueris*⁶⁰⁸— se encontraban juntas alrededor de la laguna, siendo estos últimos más propensos a construir sus poblados en palafitos sobre el agua, mientras que los primeros lo hacían en tierra firme. Añade también que los pueblos de los *pemones* y los *bobures* estaban casi mezclados, por pertenecer “casi a una misma generación”, lo que permitía una convivencia cotidiana entre estas tres etnias sin delimitaciones territoriales rígidas, contrariamente a lo que algunos investigadores han pretendido reconstruir al momento del contacto con los españoles.

Posteriormente, describe el trayecto desde aquel poblado indígena de *Maracaibo* hasta la región de *Xuruara*, donde fueron encontrados por los pobladores del Maracaibo español, quienes debieron haberse sorprendido ante la llegada de aquellos expedicionarios, casi en harapos, a quienes se daba por desaparecidos. En este punto, Fernández de Oviedo se aparta del relato de Esteban Martín, pues logró recoger el testimonio de otro participante específico para este tramo

⁶⁰⁸ Nectario María menciona que también se les llama “quiriquires” (*Los orígenes de Maracaibo*, 510). Fernández de Oviedo los escribe como “güerigueris” (*Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. VIII, 294), y Ramírez Méndez los denomina “kirikires” (*La tierra prometida*, 54). De igual forma, en otras investigaciones aparecen variantes adicionales en la forma de nombrarlos.

yo por capitán de ellos, y estuvimos veinte y dos días hasta llegar al paso de Maracaibo.

Y después que llegó el alcalde fué a Churuara y habló con nuestro capitán general, concertaron de dejar allá el resto de la gente (f^o 10) y algunos caballos porque quedasen más seguros y ellos se embarcaron con ocho o diez compañeros y se vinieron a Maracaibo y como vieron la ahumada que nosotros hicimos, luego me envió uno de los bergantines, y luego yo entré en él y pasé al pueblo y le dí cuenta al dicho capitán general de lo que habíamos pasado por el camino.

Figura 48. Trayecto entre Maracaibo de los pemones y Mapaure en Xuruara



Nota. La imagen muestra el trayecto recorrido por la hueste desde el poblado indígena de Maracaibo, donde fue hallado Francisco Martín, hasta la región de Xuruara, donde finalmente se reencontraron con los agricultores que llevaban alimentos a la villa de Maracaibo. Durante este recorrido, bordearon la costa suroriental del lago y atravesaron los pueblos indicados en la Tabla 3.

De tal forma, en *Xuruara* la hueste se dividió en dos. Por un lado, la mayor parte del grupo, con los caballos y las cargas de oro, continuó bordeando por tierra el lago de Maracaibo con el objetivo de alcanzar la boca frente a la villa, desde donde se realizaba el cruce en barco. Por otro

lado, Pedro de San Martín y algunos hombres permanecieron en *Xuruara* a la espera de Francisco Vanegas, alcalde de Maracaibo, con quien acordaron dejar parte de la gente en ese lugar —donde se hallaba la despensa alimenticia— para que se recuperasen. El capitán y un pequeño grupo cruzaron a Maracaibo en los bergantines, y más tarde enviaron uno de ellos para recoger a Esteban Martín y llevarlo también a la villa, donde se reunieron los principales para decidir los pasos a seguir.

Nuevamente, gracias al testimonio recogido por Fernández de Oviedo, es posible conocer las fechas en que sucedieron estos hechos, ya que Esteban Martín solo proporciona referencias imprecisas sobre el tiempo transcurrido. Así, según Oviedo, cincuenta hombres de a pie y a caballo partieron de *Xuruara* el 1.º de septiembre de 1533, y el 21 del mismo mes zarparon los bergantines en que iba San Martín rumbo a Maracaibo, justo cuando Esteban Martín y su grupo llegaban aproximadamente a la boca de la laguna. Finalmente, todos estuvieron reunidos en Maracaibo hasta el 4 de octubre, día en que partieron hacia la ciudad de Coro,⁶¹² en concordancia con lo señalado por Martín:

Y concertamos que me tornase a embarcar y me fuese delante con la gente camino de Coro y le esperase en el camino, y yo así lo hice y después que hubo negociado en Maracaibo se partió tras nosotros y el alcalde de Maracaibo con él, y él al cabo de siete días llegaron adonde nosotros estábamos y así caminamos hasta Coro aunque nos detuvimos algunos días en ir a las sierras a buscar comida, porque la costa es toda despoblada, y llegamos a Coro lunes a **dos días del mes de noviembre del año del señor de mil quinientos treinta y tres años.**

De esta forma se marca el final de la expedición de Ambrosio Alfinger al “valle de los pacabueyes”, dos años, cuatro meses y veinticuatro días después de partir.

Finalmente, y para cerrar la presentación completa del texto de la *Declaración de una*

⁶¹² Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. VIII, 296.

Lengua, se presenta el fragmento final, donde Esteban Martín hace un recuento de los territorios y pueblos que describió a través del relato:

Esta costa de esta gobernación se corre toda de este a oeste, hemos andado para la dicha costa ochenta leguas de Coro todo poblado de caquetíos hacia barlovento, digo hacia el este y la costa abajo la vía del oeste hemos llegado hasta en par con el cabo de la Vela; toda la generación de indios que viven en esta costa son caquetíos, indios muy domésticos que cubren sus vergüenzas hombres y mujeres y la tierra adentro por derecho de Coro. Hay otra generación que se dicen jidaharas que también traen el mismo traje y es generación que dura mucho pero no hay provecho ninguno de ella, alrededor de la laguna de Maracaibo hay también caquetíos y bugures y los pemones que arriba dijimos, y por el agua hay quiriquires y onotos; de todos ellos, los unos y los otros, no se sacaba provecho ninguno sino fuese descubriéndose minas en las sierras que arriba dijimos, hacerse has alrededor de esta dicha laguna muchas haciendas de cosa de comida; en Coquivacoa y en el cabo de la Vela que es en la costa, es poblado de indios coanaos y caquetíos, son indios que tratan más oro que no estos otros, estos son indios que se espera mucho provecho de ellos porque están en la boca y entrada del valle de los pacabueyes y todas las sierras adonde ellos viven tenemos grande esperanza que habrá mucho oro de minas y es camino para los pacabueyes y cindahuas.

De manera que en toda esta gobernación no siento otra tierra (f° 10 v.) de provecho que se pueda poblar para que los cristianos que vivieren en ella den provecho a Su Majestad y se aprovechen ellos porque yo he ido por esta gobernación, la tierra adentro a cabos ochenta leguas y a cabos cincuenta e sesenta, y dígolo como testigo de vista que lo he visto todo por mí mismo y porque pasa todo así en realidad de verdad como aquí va dicho y relatado, lo firmé yo, Esteban Martín, lengua e intérprete de los indios de mi nombre porque lo he andado por mis pies la dicha tierra y visto por mis ojos y pasa así y si lo contrario pareciere de lo que aquí tengo dicho y declarado, quiero ser castigado por ello como hombre que hace relación a su rey y señor de la mentira y de lo que no sabe y por eso lo firmo de mi nombre.

Esteban Martín (rúbrica)

En dueñas a diez y ocho días del mes de agosto de mil quinientos treinta y cuatro años en el Consejo de las Indias de sus Majestades lo presenté Alonso de la Llana en nombre de sus partes.

Figura 49. Trayecto final de la expedición, entre Xuruara y la ciudad de Coro



Nota. La imagen representa los últimos tramos de la expedición, saliendo desde Xuruara (círculo amarillo). La hueste se dividió: una parte avanzó por tierra hasta la boca de la laguna (línea blanca), mientras que los enfermos y heridos fueron trasladados en barco hasta Maracaibo (línea punteada roja). Finalmente, emprendieron la marcha hacia Coro, desviándose por algunas sierras en busca de bastimentos, ciudad a la que llegaron el 2 de noviembre de 1533.

Capítulo 5: Análisis de las consecuencias y siguientes expediciones de conquista

5.1 El tiempo que no cuadra: la cronología de Esteban Martín.

Una de las características más notables de la *Declaración de una lengua*, informe escrito por el maestro de campo Esteban Martín, es la mención constante al tiempo transcurrido entre los distintos acontecimientos. A veces lo expresa en días, otras en jornadas —términos que en la práctica equivalen a lo mismo—, y en algunos casos señala la distancia en leguas, lo que ha exigido aplicar un modelo de cálculo para estimar el tiempo que tomó la hueste en recorrer determinado trayecto.

Aun con ello, a medida que avanza el relato, se advierte una pérdida de precisión. En la primera parte de la expedición, tanto las distancias como las referencias temporales tienden a ser más concretas. Son pocas las fechas que brinda de forma explícita, como la salida de Coro el 9 de junio de 1531, la partida de Maracaibo el 1.º de septiembre del mismo año, la salida de Tamara el 2 de abril de 1532 y el regreso al punto de partida el 2 de noviembre de 1533. En dos ocasiones vincula eventos con fechas del calendario litúrgico, lo que permite al lector ubicarse con mayor claridad. Así sucede, por ejemplo, al referirse a la partida de Íñigo de Vasuña hacia Coro el día de los Reyes —6 de enero de 1532—, o cuando relata su propia salida hacia Coro el día de San Juan —24 de junio de 1532—.

A partir de ese punto, Esteban Martín no vuelve a mencionar fechas específicas, por lo que el lector se ve obligado a realizar un análisis cronológico con calendario en mano, intentando reconstruir la secuencia de la expedición. En este estudio, dicho ejercicio ha sido posible —en mayor o menor medida— gracias al apoyo de herramientas de inteligencia artificial. No es posible

saber si Martín llevaba algún tipo de bitácora de campo, es decir, si registraba los acontecimientos conforme sucedían, de modo que, en diciembre de 1533, cuando redactó su *Declaración*, simplemente recurriera a sus apuntes. O si, por el contrario, fue necesario reconstruir los hechos desde la memoria, tras casi dos años y medio de marcha, en cuyo caso la precisión sobre días, jornadas o leguas recorridas podría resultar cuestionable.

Esta posibilidad se evidencia, por ejemplo, en el tramo entre el pueblo indígena de *Maracaibo* y *Xuruara*: mientras Martín señala que tardaron veinte días, el informante de Oviedo asigna con detalle casi un mes completo. En ese sentido, cabe dudar de la exactitud de los tiempos ofrecidos, especialmente en lo que respecta a los primeros tramos de la expedición.

Es por ello que, además de construir la cronología con base en el relato de Esteban Martín, resultó necesario contrastar la información con otras fuentes. En este caso, el historiador Hermann Schumacher aportó con relativa certeza la fecha de entrada al valle de Upar, que fijó en el 1.º de diciembre de 1532, aunque no indicó la fuente de dicho dato.⁶¹³ Sin embargo, quien ofrece el punto de comparación más útil es Fernández de Oviedo, ya que, además de seguir el relato de Martín, incorporó el testimonio de otros soldados para ciertos tramos, siendo riguroso al registrar fechas precisas para los acontecimientos. Esto permitió verificar, por ejemplo, el cierre del paso por territorio de los *pacabueyes*, que fechó en el 5 de octubre de 1532.⁶¹⁴

Para esa primera parte del trayecto, entre la salida de Maracaibo y la partida desde los *pacabueyes*, la cronología elaborada a partir de los días, jornadas y leguas anotados por Esteban Martín coincidió casi con exactitud con la fecha ofrecida por Oviedo, lo que brindó buenos augurios respecto a la posibilidad de reconstruir las etapas posteriores con un margen aceptable de

⁶¹³ Schumacher, *Die Unternehmungen der Welser in Venezuela*, 69.

⁶¹⁴ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. III, 277.

precisión. En la Tabla 4 se presenta la cronología de la expedición correspondiente a esa primera sección del recorrido.

Tabla 4. *Cronología de la primera parte de la expedición, entre Coro y el territorio pacabuey.*

AÑO	MES	DÍA	ACONTECIMIENTO
1531	Junio	9	Salida de Coro
		23	Llegada a Maracaibo y organización de la hueste
	Septiembre	1	Salida de Maracaibo hacia la tierra de los Bobures
			Aprovisionamiento de comida, repaso de la tropa y preparación
	Octubre		Inicio del cruce de la Serranía del Perijá hacia el occidente por El Palmar
	Noviembre		Estancia en territorio de los <i>buredes</i>
	Diciembre	1	Entrada al valle de Upar en cercanías a El Molino
		19	Llegada a territorio <i>pacabuey</i> , pueblo de <i>Macoco</i> .
		22	Pueblo <i>pacabuey</i> de <i>Pauxoto</i> , inicio del ranqueo de oro.
		29	Cruce del río Cesar al occidente hacia el pueblo de <i>haruacanas</i>
30		Batalla con <i>haruacanas</i> en el pueblo de tres barrios	
31		Regreso a <i>Pauxoto</i>	
1532	Enero	6	Envío del grupo de Íñigo de Vascuña con el oro recolectado hacia Coro
		11	Regresa a <i>Pauxoto</i> la escolta de Casimiro de Núremberg
		12	Llegada al pueblo <i>pacabuey</i> de <i>Tamara</i> y estancia de dos meses y medio
			Enfrentamiento con el cacique <i>Tamalameque</i> y sus guerreros
	Abril	2	Partida del pueblo de <i>Tamara</i>
		3	Pueblo <i>pacabuey</i> de <i>Conipaza</i>
		4	Pueblo <i>cindahua</i> de <i>Cinpachay</i> a orillas del río <i>Yuma</i> .
		14	Regreso hacia el norte para tener razón sobre Vascuña
		16	Pueblo <i>cindahua</i> de <i>Cincilloa</i>
		19	Pueblo <i>pacabuey</i> de <i>Cenmoa</i>
		20	Pueblo <i>pacabuey</i> de <i>Ijara</i>
	Junio	24	Partida de Esteban Martín hacia Coro por refuerzos
	Julio	27	Llegada de Esteban Martín a Maracaibo
	Agosto	28	Llegada a Maracaibo de los refuerzos enviados desde Coro
	Septiembre	4	Partida de Esteban Martín desde Maracaibo de regreso a <i>pacabueyes</i>
		8	Cruce de la hueste de refuerzo por la Serranía del Perijá
		9	Salida de Alfinger desde <i>Ijara</i> a reconocimiento de la laguna de <i>pacabueyes</i>
17		Pueblo <i>cindahua</i> de <i>Zomico</i>	
Octubre	25	Llegada de Esteban Martín y la hueste de refuerzo a <i>Pauxoto</i>	
	5	Salida de Alfinger y Esteban Martín de <i>Zomico</i>	
	15	Reunión de toda la hueste en <i>Ijara</i> para salir de <i>pacabueyes</i>	
	15	Partida de la hueste hacia el sur por el valle del río Magdalena	

Nota. La tabla presenta las fechas aproximadas de los principales acontecimientos hasta la salida de la hueste hacia el valle del Magdalena, reconstruidas a partir del relato de Esteban Martín. La celda sombreada en azul corresponde a un dato propuesto por Hermann Schumacher, mientras que

las celdas en rosa indican fechas exactas proporcionadas por Fernández de Oviedo.

A partir de ese punto, ya no es posible contrastar las fechas con otras fuentes, por lo que la única forma de aproximarse a una cronología es confiar en lo consignado por Esteban Martín. En este sentido, puede considerarse una segunda etapa de la expedición, que abarca desde la salida del territorio *pacabuey* hasta la llegada a la meseta de Bucaramanga, siendo este último evento tomado de los relatos de Pedro de Aguado y Juan de Castellanos debido a la omisión deliberada por parte de Esteban Martín del trayecto comprendido entre la meseta de Lebrija y la sierra de *El Mene*. De acuerdo con lo anterior, se presenta en la Tabla 5 una cronología aproximada de esta segunda parte de la expedición, construida en su totalidad a partir de los testimonios de Martín.

Tabla 5. *Cronología de la segunda parte de la expedición, entre el territorio de los pemeos y la Sabana de los Caracoles.*

AÑO	MES	DÍA	ACONTECIMIENTO
1532	Noviembre	8	Llegada a territorio de los <i>pemeos</i> , al sur del valle del Magdalena
		10	Giro al oriente, inicio del tramo aguas arriba por el Río Lebrija
		20	Llegada a territorio de los <i>xirihuanas</i>
		25	Exploración de Esteban Martín a la sierra de la meseta de Lebrija
		26	Primer contacto y batalla en ranchería de los <i>guanés</i>
		27	Segunda batalla con los refuerzos <i>guanés</i>
	30	Llega el gobernador con la hueste a la ranchería <i>guane</i>	
	Diciembre	1	Inicia cruce de la meseta de Lebrija
		5	Segunda ranchería de los <i>guanés</i>
		7	Descenso al río del Oro
9		Llegada a la Sabana de los Caracoles en la meseta de Bucaramanga	

Nota. Datos calculados de acuerdo a las indicaciones de Esteban Martín. Las dos últimas celdas en verde son acontecimientos narrados por Aguado y Castellanos.

Luego de la llegada a la meseta de Bucaramanga comienzan las mayores dificultades para establecer la cronología, ocasionadas principalmente por el corte deliberado que hace Esteban Martín, omitiendo los días que la hueste permaneció en el área del río del Oro y la mesa de *Xérira*.

En consecuencia, la única opción es apoyarse en los relatos de Aguado, Simón y Castellanos, aunque todos ellos ofrecen escasas referencias temporales sobre esta etapa.

Respecto al tiempo que permaneció la hueste en la Sabana de los Caracoles, Castellanos afirma que fueron veinte días;⁶¹⁵ Aguado menciona “muchos días” y luego añade que Martín tardó veinte días en regresar de su exploración a la mesa de *Xérira*.⁶¹⁶ No queda claro si esos veinte días corresponden a los mismos “muchos días”, o si deben sumarse. Simón, por su parte, coincide con Aguado.⁶¹⁷ En este estudio se asumió que la estancia total fue de veinte días, tal como lo señalaron los cronistas.

La parte más compleja es determinar cuánto tiempo permaneció la hueste en la mesa de *Xérira*. Castellanos no lo menciona, Aguado se limita a señalar “algunos días” y Simón afirma que no se detuvieron en esa provincia “más tiempo del que fue menester para reformarse de comidas y tomar indios que las llevaran”. En cualquier caso, ninguno ofrece una estimación concreta. Para poder continuar con la reconstrucción cronológica, se asumió una permanencia de una semana en la periferia oriental de la mesa de *Xérira*. A partir de ese punto, cuando la hueste descendió y se posicionó frente a la sierra de *El Mene*, fue posible retomar el relato de Esteban Martín, con sus correspondientes días, jornadas y leguas.

De acuerdo con estas dos suposiciones —que se adoptan aquí de manera provisional—, la hueste habría permanecido en la meseta de Bucaramanga entre el 9 y el 29 de diciembre de 1532, mientras que su estancia de una semana en la mesa de *Xérira* se habría extendido del 1.º al 7 de enero de 1533. No obstante, si se toman por ciertos esos lapsos y se continúa el derrotero propuesto

⁶¹⁵ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, elegía I, canto IV, 207.

⁶¹⁶ Aguado, *Historia de Venezuela*, I, parte II, cap. XI, 83-84

⁶¹⁷ Simón, *Noticias históricas*, tomo I, parte I, noticia 2, cap. VII, 45.

por Esteban Martín, se tendría que la muerte de Ambrosio Alfinger en Chinácota habría ocurrido el 1.º de marzo de 1533, una fecha que plantea ciertos problemas.

Según Juan Friede y Nectario María, el fallecimiento del gobernador tuvo lugar entre el 31 de mayo y el 1.º de junio de ese mismo año, lo que implicaría una diferencia de casi tres meses respecto a la cronología reconstruida a partir del relato de Esteban Martín. Ambos investigadores fundamentan esa fecha en la consulta de documentos distintos: Friede propone el 31 de mayo con base en el “Acta del nombramiento de Pedro de San Martín” como capitán general, fechada el 1.º de junio,⁶¹⁸ y que, según su interpretación, se habría firmado al día siguiente de la muerte de Alfinger. Por su parte, Nectario María afirma que el deceso ocurrió el 1.º de junio, citando una “Relación por parte de Bartolomé y Antonio Belzar”,⁶¹⁹ posiblemente proveniente del pleito sostenido por la Corona con los Welser.

Ambos documentos se conservan en el Archivo General de Indias y no pudieron ser consultados directamente para esta investigación. No por ello hay motivo para suponer que los dos académicos, que sí accedieron a dichos fondos, hubiesen incurrido en un error al establecer la fecha. Además, el hecho de que se trate de documentos distintos que coinciden en situar la muerte del gobernador entre el 31 de mayo y el 1.º de junio de 1533, otorga mayor solidez a esa afirmación.⁶²⁰

Visto lo anterior, es necesario indagar las causas de la discrepancia entre las fechas que se

⁶¹⁸ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 209, nota 158 al Capítulo XVI en 593 y documento 178 en 624.

⁶¹⁹ Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 176, nota al pie, donde remite al documento “Relación por parte de Bartolomé y Antonio Belzar”, *Archivo General de Indias*, Justicia, 990, fols. 1v.º y 5v.º.

⁶²⁰ Tanto el historiador Jules Humbert como Otero D’Costa también propusieron la muerte de Alfinger en los primeros meses de 1533. Es posible que hubiesen realizado cálculos similares a los de esta investigación; sin embargo, al momento de escribir sus obras —1905 y 1922 respectivamente—, aún no se habían publicado los trabajos de Nectario María ni de Friede, por lo que no les era posible contar con ese análisis documental. Jules Humbert, *La ocupación alemana de Venezuela en el siglo XVI: período llamado de los Welser (1528–1556)*, trad. Roberto Gabaldón (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983), 55; Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 415.

consideran documentadas y aquellas que surgen de la cronología propuesta por Esteban Martín. Para este segmento, se toma como fecha cierta el 5 de octubre de 1532, señalada por Fernández de Oviedo como el día de la salida del pueblo de *Zomico*, en territorio *pacabuey*, y el 31 de mayo de 1533 como la fecha de la muerte de Ambrosio Alfinger, sustentada en los documentos ya mencionados. Bajo ese marco, corresponde examinar los acontecimientos ocurridos durante esos siete meses. Como primer paso, conviene revisar los días en que la hueste estuvo en movimiento, pues si bien es posible que la memoria de Esteban Martín haya incurrido en errores puntuales — por ejemplo, al decir que un trayecto duró cinco días cuando en realidad pudo haber tomado ocho—, tales imprecisiones no explicarían por sí solas una diferencia de hasta tres meses.

En segundo lugar —y donde resulta más probable encontrar la causa del desfase—, está la revisión de los días en que la hueste permaneció asentada en un lugar determinado, especialmente si dicho lugar ofrecía reposo, alimentos y ausencia de enfrentamientos bélicos. Al examinar las etapas posteriores a la salida del territorio *pacabuey*, el trayecto hasta el área de los *pemeos* no parece haber ofrecido razones para prolongar la estancia. Más allá del intento de encontrar un paso hacia el occidente del río Magdalena, la escasez de poblados en la zona habría dificultado el abastecimiento, y la propia descripción de Esteban Martín sobre esta etnia —a la que presenta como pobre y sin mayor interés— sugiere una permanencia breve.

Luego, en el contacto con los *xirihuanas* —pueblo descrito como hostil— tampoco parece probable una detención prolongada, por lo que el ingreso a las sierras debió producirse sin demora. Ya en la meseta de Lebrija, tanto los enfrentamientos con las avanzadas *guane* como lo agreste del terreno habrían impulsado a la hueste a salir de allí tan pronto como les fuese posible. Posteriormente, se suceden las estancias en la Sabana de los Caracoles y en la mesa de *Xérira*, zonas sin hostilidades y con suministro regular de alimentos, ya tratadas en apartados anteriores.

A continuación, tuvo lugar el ascenso a las sierras de *El Mene* y el contacto con los primeros grupos *haruagos - chitareros*, descritos como permanentemente hostiles. En *El Mene*, la permanencia fue breve y se aprovechó la existencia de maizales en los alrededores. Luego vino el paso por el páramo, que debió realizarse con la mayor rapidez posible para reducir el impacto de las bajas temperaturas. Tras ello, la hueste llegó a *Silos*, donde la hostilidad indígena disminuyó, lo que permitió una estancia algo más prolongada, al igual que en el valle de *Rábicha* y posiblemente en las cercanías del pueblo de *Chopo*. Finalmente, todo lo ocurrido en el valle de Chinácota, según el relato de Esteban Martín, habría transcurrido en un lapso muy breve.

Si se asume que las estancias cortas —como en *El Mene*, *Silos*, *Rábicha* y *Chopo*— tomaron algunos días más de los que refiere Esteban Martín, y que en los trayectos más exigentes para la hueste se añadieron jornadas adicionales, podría estimarse que uno de los tres meses de discrepancia se distribuye en esos tramos. Aun así, seguirían faltando dos meses cuya ocupación permanece incierta. Es en este punto donde se plantea una hipótesis: ese lapso correspondería al tiempo que la hueste habría permanecido en la mesa de *Xérira*, explorando los límites de la provincia de *Guane*, aprovechando los cultivos periféricos, pero sin avanzar hacia el occidente, donde probablemente se encontraba el territorio del cacique *Guanentá*.

Este es, de hecho, el único espacio en el recorrido cuyo tiempo de permanencia es completamente indeterminado. Ni Esteban Martín —que omite deliberadamente lo ocurrido allí— ni los cronistas ofrecen una estimación temporal, como sí lo hacen en el caso de la Sabana de los Caracoles. Así, un período de dos meses no resulta improbable, considerando el beneficio estratégico que pudo representar para los hombres de Alfinger acampar en una región fértil, tras haber atravesado etapas de escasez. Vale recordar que, en el cruce de la Serranía del Perijá, en territorio de los indios *buredes*, la hueste permaneció cerca de dos meses, aparentemente interesada

en la posible existencia de minas de oro; y que, en *Tamara*, en tierra de *pacabueyes*, se detuvieron durante dos meses y medio recolectando oro y explorando la zona. A la luz de ello, ¿por qué no habrían de haber hecho lo mismo en una tierra abundante en bastimentos, después de una travesía marcada por el desgaste?

Establecido lo anterior, es posible plantear una cronología más precisa —aunque aún aproximada— para la tercera parte de la expedición, entre la Sabana de los Caracoles y la muerte de Ambrosio Alfinger en Chinácota, la cual se resume en la Tabla 6.

Ahora bien, para la cuarta parte de la expedición —la fase final— también se cuenta con una fecha confirmada: la del testimonio rendido por Francisco Martín ante el escribano Juan de Villegas, fechado en el pueblo de Maracaibo de los pemones el 28 de julio de 1533. Por tanto, el trayecto entre la muerte de Alfinger, ocurrida el 31 de mayo, y la llegada a dicho poblado debió tomar casi dos meses. En este contexto, resulta necesario analizar nuevamente la cronología ofrecida por Esteban Martín para reconstruir el recorrido de este tramo, al que pueden sumarse las fechas proporcionadas por Fernández de Oviedo, con el fin de completar la cronología de la expedición hasta su retorno definitivo a Coro. Véase la Tabla 7.

Tabla 6. Cronología propuesta y aproximada de la tercera parte de la expedición, entre Bucaramanga y Chinácota

AÑO	MES	DÍA	ACONTECIMIENTO
1532	Diciembre	9	Llegada a la Sabana de los Caracoles en la meseta de Bucaramanga
		10	Salida de Esteban Martín a explorar los alrededores
		19	Descubrimiento de la provincia de Guane en la mesa de Xérira
		29	Regreso de Esteban Martín a la Sabana de los Caracoles
		31	Llegada de Alfinger y la hueste a la mesa de Xérira
1533	Enero	1	Establecimiento del campamento e inicio de exploración en Xérira
	Marzo	3	Partida de la mesa de Xérira hacia el oriente
		12	Campamento y real de Alfinger en el río Manco, sector El Laguito
		14	Salida de la vanguardia de Esteban Martín a la sierra oriental
		15	Llegada al pueblo de El Mene
		23	Regreso de Esteban Martín al campamento de Alfinger en el río Manco
		27	Salida de la hueste hacia la sierra y pueblo de El Mene
		30	Llegada de Alfinger y la hueste a El Mene
	Abril	7	Salida de El Mene y ascenso a la cumbre de la sierra
		10	Paso por el Páramo de Berlín
		11	Llegada al pueblo de Los Silos y recuperación de la hueste
		21	Salida de Los Silos hacia el valle de Rabicha
		26	Campamento en el pueblo “medio quemado” y reabastecimiento
	Mayo	8	Salida y continuación de la ruta hacia el nordeste
		12	Llegada y descanso cerca al poblado de Chopo
		19	Llegada al pueblo de 200 bohíos en la sierra
		21	Cruce de la quebrada Iscalá y campamento en la meseta de Chinácota
25		Emboscada de los indígenas a Alfinger y Esteban Martín	
27		Salida hacia el norte, campamento en el poblado del valle abajo	
		31	Muerte del gobernador Ambrosio Alfinger

Nota. La tabla se basa en los datos aproximados del relato de Esteban Martín. Algunos intervalos no coinciden de forma exacta con el texto original, pero han sido ajustados con el fin de que la secuencia resulte coherente con la fecha de muerte de Alfinger, la cual sí ha sido documentada.

Tabla 7. Cronología de la parte final de la expedición, entre la muerte de Alfinger y el regreso a Coro

AÑO	MES	DÍA	ACONTECIMIENTO
1533	Junio	1	Reunión y acta de Pedro de San Martín como sucesor de Alfinger
		8	Salida del pueblo de "Micer Ambrosio" hacia el nordeste
		12	Ultimo pueblo <i>haruago - chitarero</i> de cinco bohíos
		13	Encuentro con indias de la etnia <i>tryatomos</i>
		16	Llegada a la llanura selvática del lago de Maracaibo
		18	Pueblo <i>tryatomo</i> de cinco bohíos
	Julio	2	Primer pueblo cercado de los <i>haraocanas</i>
		3	Toma del pueblo cercado, muerte de Luis de Monserrate
		4	Segundo pueblo cercado de los <i>haraocanas</i>
		15	Ingreso a territorio de los <i>pemenos</i>
		22	Llegada a pueblo <i>pemeno</i> junto al río Escalante
		24	Cruce del río y hallazgo de Francisco Martín en <i>Maracaibo</i> de los <i>pemones</i>
		28	Toma de testimonio de Francisco Martín
	31	Salida del pueblo de <i>Maracaibo</i> de los <i>pemones</i>	
	Agosto	29	Llegada al pueblo de <i>Mapaure</i> , en la región de <i>Xuruara</i>
	Septiembre	1	Salida de <i>Mapaure</i> del grupo de Esteban Martín hacia la boca del Lago
		20	Salida de <i>Mapaure</i> de San Martín y los heridos en barco hacia Maracaibo
		21	Llegada del grupo de Esteban Martín a la boca del Lago
		24	Paso de Esteban Martín a Maracaibo
	Octubre	4	Salida de la hueste desde Maracaibo hacia Coro
Noviembre	2	Llegada a Coro y fin de la expedición	

Nota. Los datos aproximados han sido tomados en su mayoría del relato de Esteban Martín. La celda amarilla corresponde a un dato aportado por Juan Friede, mientras que las celdas en azul contienen información proveniente de Fernández de Oviedo.

5.2 El 'pacto de silencio' de Xérira: la conquista pendiente de los hombres de Alfinger

Es casi seguro que al establecer su campamento en la zona nororiental de la mesa de *Xérira*, la hueste no tuviese un interés real en penetrar hacia el corazón de la provincia *Guane*, es decir, hacia su sector suroccidental. Esta decisión pudo obedecer, principalmente, a la debilidad del grupo expedicionario y a la evidente carencia de hombres y pertrechos suficientes para afrontar combates contra guerreros numerosos. Por otra parte, los *guanés* ya habían experimentado el poderío militar español durante los enfrentamientos previos en la meseta de Lebrija, por lo que

podieron haberse mostrado más cautelosos o prudentes frente a una nueva confrontación.

Además, según lo planteado anteriormente, los principales elementos de guerra *guane* se concentraban probablemente en la zona fronteriza con los *yaregués*; si, como se ha sugerido, fueron “desbaratados” en aquellos combates, ello pudo haber generado una sensación de inferioridad militar que contribuyó a evitar nuevas hostilidades. También conviene recordar que el pueblo *guane*, en términos generales, no tenía un carácter marcadamente belicoso. Si bien contaban con estamentos militares, la etnia no mostraba una disposición generalizada hacia la guerra.

Cuando Martín Galeano penetró en su territorio en enero de 1540, los enfrentamientos fueron escasos; el más destacado, según los cronistas, fue el de *Macaregua*,⁶²¹ donde se menciona la existencia de un “escuadrón de piqueros”,⁶²² lo que sugiere que dicho poblado constituía un núcleo con cierta especialización militar. Fuera de este caso, los *guanés* tendían a evitar el combate, huyendo, ocultándose en cuevas o vigilando desde la distancia. Casi la totalidad de las confrontaciones se produjeron como respuesta a incursiones españolas, como ocurrió en los casos de *Chalalá* o *Guanentá*,⁶²³ lo que refuerza la idea de una postura defensiva más que ofensiva por parte de esta etnia.

En tal sentido, es posible que, una vez asentada la hueste de Alfinger en una zona relativamente alejada de los poblados *guanés* en la mesa de *Xérira*, se hubiese establecido una especie de pacto tácito de no agresión entre los expedicionarios y los habitantes locales. En realidad, según los cronistas, los soldados aprovecharon la oportunidad para tomar, además de

⁶²¹ Castellanos, *Elegías de varones* (Libro Total), parte IV, canto XI, 5509; Simón, *Noticias Historiales*, tomo II, parte II, noticia V, cap. IV, 346.

⁶²² *Ibid.*

⁶²³ *Ibid.*, cap. IV, 345 y cap. V, 348.

alimentos, algunos indígenas como esclavos.⁶²⁴

Durante cerca de dos meses, Alfinger y sus hombres exploraron cuanto pudieron de la región, manteniendo solo la distancia necesaria para evitar un conflicto abierto con los *guanés*. En otras circunstancias —con más hombres, mejores pertrechos y mayor fortaleza física—, no habrían dudado en intentar la conquista del territorio. En lugar de ello, optaron por observar: examinaron la densidad de población indígena, la distribución de los asentamientos y, muy probablemente, desde las alturas, contemplaron la profundidad del cañón del Chicamocha y la amplitud de las tierras que se extendían hacia el sur.

Todo ello quedó grabado en la memoria de los soldados y del propio gobernador, y condujo a la decisión ya mencionada de reorganizarse y regresar más adelante, mejor preparados y con refuerzos. De esa reflexión surgió lo que podría interpretarse como un “pacto de silencio”, al cual se habría adherido Esteban Martín, y que explicaría la omisión deliberada de ese período en su *Declaración de una lengua*.

Sin embargo, todo indica que la información sobre la provincia de *Xérira* sí fue transmitida de forma reservada a la Casa Welser, ya fuera por el propio maestro de campo o por alguno de los alemanes que integraban la hueste. Juan Friede señala que, en los pleitos posteriores por la jurisdicción del Nuevo Reino, los alemanes aportaron dicha información durante el proceso, lo que demuestra que había circulado de manera confidencial. Esto se confirma en el documento redactado en Madrid, el 12 de enero de 1540, donde el apoderado de “Bartolomé y Antonio Belzar” afirma:

Es notorio cómo doce años ha que la gobernación de Venezuela es a nuestro cargo y la hemos conquistado, poblado y sustentado con muy grandes y excesivos gastos que

⁶²⁴ Ibid., tomo I, parte I, noticia 2, cap. VII, 45.

pasan de ciento y diez mil ducados, sin se nos haber seguido ningún provecho, y de cómo en el año de treinta y cuatro [fue en el treinta y tres] Ambrosio Dalfinger, gobernador que fue de la dicha provincia, conquistando la provincia del Río Grande, tuvo noticia de la provincia de Xérira, que es la tierra del Valle de los Alcáceres, que los de Santa Marta llaman el Nuevo Reino de Granada. Por ser la nueva grande, así de riqueza como de mucha gente, teniendo él en su campo poca, determinó de se ir a la ciudad de Coro a se rehacer y dar la vuelta sobre la dicha tierra, que tan vecina tenía. Y como Dios fuese servido que en dicha sierra de indios fuese herido y muerto.⁶²⁵

Así, queda expuesto el plan de Alfinger tal como ha sido interpretado: reorganizarse en Coro para retornar y conquistar la provincia de *Xérira*. Lamentablemente, su muerte truncó dicha intención. Este fragmento documental permite realizar otra inferencia:

El nombre de *Xérira* fue referido por los propios pobladores de la meseta al paso de la hueste de Alfinger y constituye, con gran probabilidad, el primer nombre genérico en lengua chibcha con que se designó a los indígenas posteriormente conocidos como guanes. Lamentablemente, ante la omisión del trayecto por parte de Esteban Martín, no quedó registrado en la *Declaración*, pero esto explicaría por qué dicho topónimo aparece ya en un documento fechado en Madrid a comienzos de enero de 1540, cuando Martín Galeano aún no había iniciado su expedición hacia el norte de Vélez —campana que comenzó apenas ocho días después de la firma del documento citado—, en la que tuvo contacto con los indios de la mesa de *Xérira*.

De ello se desprende que, en el momento del paso de la hueste de Alfinger, la denominación *Xérira* no aludía únicamente al lugar geográfico ocupado por una parcialidad específica, sino que comprendía al conjunto del grupo étnico. Esta ampliación semántica permite entender mejor la disputa jurisdiccional que surgió en 1539 entre la Casa Welser —es decir, la Provincia de Venezuela— y la de Santa Marta por la posesión del recién descubierto Nuevo Reino de Granada.

⁶²⁵ "Fragmentos del pleito sobre la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada," en *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, vol. V (1538–1540), ed. Juan Friede (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1957), doc. 1343, 274.

Según el fragmento citado, y de acuerdo con la información que llegó a manos de los alemanes —transmitida, sin duda, por los altos mandos de la expedición de Alfinger a su regreso—, la “provincia de Xérira que es la tierra del Valle de los Alcázares” (nombre que Quesada asignó al altiplano muisca) eran una misma entidad. En el documento se menciona luego “la provincia de Xérira y Valle de los Alcáceres”,⁶²⁶ equiparando ambos territorios. De allí que los alemanes, ignorando la geografía real, consideraran que formaban parte de una misma región, más aún cuando las características etnográficas de los muisca apenas diferían de las observadas por los hombres de Alfinger en *Xérira*.

Esta convicción, que se consolidó en la Casa Welser y entre las autoridades de Venezuela, tuvo su origen muy probablemente en las referencias dadas al propio Alfinger durante su estancia entre los naturales del área de *Xérira*. Si, como parece, los —luego llamados— guanes se identificaban a sí mismos como *Xérira* y le manifestaron que hacia el sur, más allá del río Chicamocha, se extendían numerosas poblaciones de su misma “generación”, el gobernador pudo haber comprendido que *Xérira* designaba no solo la meseta visitada, sino todo el conjunto de pueblos similares que quedaban por explorar. En ese sentido, para la mentalidad alemana, el nombre *Xérira* llegó a abarcar todo el territorio habitado por indígenas de las sierras del sur —pueblos de mantas pintadas y lengua extraña—, del mismo tipo que más tarde encontraría Quesada en el altiplano muisca.

En tal sentido, una vez terminada la expedición en Coro, en noviembre de 1533, la urgencia por regresar a la conquista de esta nueva tierra se hizo palpable. Para entonces, empero, la muerte del gobernador cambió las circunstancias y el “pacto de silencio” comenzó a resquebrajarse, revelando la existencia de *Xérira* como un rumor de carácter casi legendario. Según Friede, esta

⁶²⁶ *Ibid.*, 275.

idea fue adoptada por los colonos de Venezuela como una suerte de versión chibcha del mito de El Dorado,⁶²⁷ que perduró hasta que finalmente la región de los guanes fue sometida por las huestes del Nuevo Reino en 1540.

El reconocimiento parcial de la provincia de Guane, al menos desde su periferia, dejó una huella duradera en la memoria de los soldados de la hueste. Al no poder concretar un retorno bajo el mando de Alfinger, muchos de ellos se sumaron a la expedición que condujo Nicolás de Federmann, llevando consigo la idea de la provincia de Xérira como una tierra de grandes poblaciones, rica y susceptible de ser conquistada. Así, varios de los antiguos hombres de Alfinger pasaron a integrar las huestes del Nuevo Reino y, según relata Pedro Simón, fueron ellos quienes animaron a Martín Galeano a emprender la conquista de Guane, tierra que “vieron llena de gente cuando pasaron por ella con Ambrosio Alfinger”.⁶²⁸

Este hecho puede verificarse a partir de la investigación de José Ignacio Avellaneda, quien, al enlistar los primeros vecinos de Vélez, identificó a quienes ingresaron al Nuevo Reino con la hueste de Nicolás de Federmann en 1539.⁶²⁹ Entre ellos se pueden rastrear ocho hombres que declararon haber participado en la expedición de Alfinger siete años antes: Hernando de Alcocer (informante de Juan de Castellanos), Pedro de Aranda, Hernán Gallegos,⁶³⁰ Bartolomé Hernández Herreño, Juan Mateos, Francisco de Murcia, Juan Peronegro y Pedro Gutiérrez. Este último es mencionado por Simón como quien, “acordándose, pues, de estos rumbos”,⁶³¹ promovió principalmente la expedición de Martín Galeano hacia el área de Xérira.

⁶²⁷ Friede, “Geographical Ideas and the Conquest of Venezuela,” 152.

⁶²⁸ Simón, *Noticias Historiales*, tomo II, parte II, noticia V, cap. IV, 344.

⁶²⁹ José Ignacio Avellaneda Navas, “La hueste de Federmann y la población de Vélez,” *Revista Estudio* (Academia de Historia de Santander), núm. 305 (1987): 23–37.

⁶³⁰ Castellanos menciona a Fernán Gallego en la primera expedición de Alfinger al lago de Maracaibo, pero no hay evidencia de su participación en la segunda, hacia los Pacabueyes.

⁶³¹ Simón, *Noticias Historiales*, tomo II, parte II, noticia V, cap. IV, 344.

Habiendo convivido y recorrido la zona durante cerca de dos meses en la expedición de Alfinger, es muy probable que reconocieran el imponente cañón del Chicamocha y, al otro lado, hacia el norte, las formaciones que ya les eran familiares. Por ello refirieron la existencia de las poblaciones allí establecidas, lo que supuso el paso del río y el ascenso hasta la meseta. La explicación ofrecida por los cronistas sobre el cruce del cañón hacia el norte y la llegada a *Guanentá* sostiene que, ante la gran cantidad de indígenas y las amenazas que estos proferían, “sería más acertado ir a buscar los indios, que aguardar que ellos viniesen”.⁶³² Se trata, sin duda, de una justificación poco convincente para quienes conocen la dificultad que implicaba descender desde *Macaregua*, cruzar el río y ascender por el empinado camino hasta coronar la mesa.

Este paso debió ser sumamente complejo, toda vez que el cruce prehispánico sobre el Chicamocha consistía en una cabuya o cuerda suspendida, sistema que, con toda lógica, los nativos habrían cortado para impedir el avance de los extranjeros hacia el norte. Aunque los cronistas no ofrecen detalles sobre el cruce, debió realizarse vadeando el río en algún punto, aprovechando los días finales del verano.

Ahora bien, ¿valía la pena asumir semejante riesgo solo como medida preventiva? Resulta más lógico pensar que, tras identificar la meseta, fueron precisamente los soldados que habían acompañado a Alfinger quienes persuadieron al resto de la hueste —o a parte de ella— de cruzar el abrupto cañón para alcanzar la mesa, sabiendo que allí se hallaban numerosos poblados e indígenas. En última instancia, si ellos fueron quienes impulsaron la expedición, lo más razonable es suponer que condujeron al grupo hacia su objetivo inicial: la mesa de *Xérira*.

⁶³² *Ibid.*, cap. V, 348.

5.3 De vuelta en Coro: balance amargo de una empresa malograda

Al llegar el remanente de la expedición a Coro, el 2 de noviembre de 1533, debió experimentarse una mezcla de sentimientos tanto entre quienes regresaban como entre quienes los recibían. Para los expedicionarios, el simple hecho de volver con vida a Coro, tras tantas batallas no solo contra los indígenas sino también contra la naturaleza, ya representaba una victoria. Hasta el momento, no se ha realizado un cálculo preciso del número de hombres que fallecieron durante los dos años y cuatro meses que permanecieron fuera. La hueste inicial estaba compuesta por cuarenta soldados de a caballo y ciento treinta peones, para un total de 170 hombres “cristianos”, a los cuales se sumaron los 82 soldados de refuerzo llevados por Martín a mitad de expedición, y sin contar los indios cargueros ni algunos negros. Si se realiza un seguimiento de las bajas mencionadas por Esteban Martín, complementadas por una que otra referencia en Aguado y Castellanos, es posible elaborar la siguiente tabla:

Tabla 8. *Número de cristianos (europeos) fallecidos reportados durante la expedición*

SITIO	FALLECIDOS
Incurción al poblado de <i>haruacanas</i>	1
Expedición de Íñigo de Vascuña	23
Paso por los indios <i>xirihuanas</i>	4
Cruce de la meseta de Lebrija	1
Emboscada en El Mene	4
Cruce del Páramo de Berlín	15 aprox.
En el valle de Rabicha	1
En Chinácota, el gobernador	1
Bajando a Cúcuta en el pueblo <i>chitarero</i>	1
En el poblado de los <i>tryatomos</i>	1
En el pueblo cercado de los <i>haraocanas</i>	10
TOTAL	62 hombres

Nota. Datos tomados del relato de Esteban Martín y de las crónicas de Fray Pedro de Aguado y Juan de Castellanos. No se incluyen los fallecidos por enfermedad, ya que es posible que no hayan sido mencionados en las fuentes.

No es posible saber si, además de ellos hubo algunos otros que sucumbieran ante enfermedades en un ambiente tan hostil. En el relato de Francisco Martín sobre la fracasada misión de Vasuña, es posible leer cómo muchas de las bajas fueron por dolencias y enfermedades. También, cuando se mandaron a pedir los refuerzos desde Coro, se pidieron “cosas de medicinas para hacer ungüentos para curar los enfermos”, lo que indica que las enfermedades parecen haber tenido un impacto considerable.⁶³³ Con el agravante de que la mayoría eran españoles y alemanes, sensibles a estos ambientes tropicales, como Casimiro de Nüremberg quien al morir en el páramo “hacía muchos días venía muy doliente y hinchado”.

Si se hace un estimado de los hombres, salieron de Maracaibo 170, solo uno se reportó fallecido en *haruacanas*, luego se enviaron 25 con Vasuña y 20 con Martín, quedando 125 con Alfinger. Si Martín llegó con 82 de Coro, se obtendría que al salir de los *pacabueyes* hacia el valle del Magdalena, habría 207 hombres.⁶³⁴ Luego se reportaron 38 muertes hasta llegar a *Xuruara*, así que, en teoría debiesen de haber llegado 168, casi los mismos que partieron.

Sin embargo, parece que el número pudo haber sido mucho menor, quizá las bajas por enfermedad, ya que cuando se dividió la hueste hacia la villa de Maracaibo, dice Martín que se “envió la mayor parte de la gente” por tierra hacia el paso oriental. Ese dato es complementado por Oviedo quien aporta que fueron 50 los enviados por dicha vía.⁶³⁵ Si 50 hombres eran “la mayor parte”, en total los que llegaron no debían haber pasado de 100, tal como también sugiere Schumacher al decir que se trajeron “alrededor de cien hombres de regreso a Santa Ana de

⁶³³ En condiciones tropicales de humedad, calor y lluvias intensas, como las que enfrentó la hueste de Alfinger en las tierras bajas del Cesar, era común la presencia de enfermedades como malaria, disentería o leptospirosis, agravadas por la falta de higiene, alimentos adecuados y exposición constante a insectos y aguas contaminadas. La “modorra” que mencionan las fuentes podría aludir a alguno de estos cuadros febriles.

⁶³⁴ Coincide con los cálculos de Schumacher quien estimó 200 para ese momento. Schumacher, *Die Unternehmungen der Welsler in Venezuela*, 77.

⁶³⁵ Fernández de Oviedo, *Historia General*, 2, segunda parte, libro XXV, cap. VIII, 296.

Coro”.⁶³⁶ De los restantes, Esteban Martín menciona que se acordó dejar en *Xuruara* “el resto de la gente y algunos caballos”, mientras que el capitán San Martín se embarcó en un bergantín junto con “ocho o diez compañeros”.

En lo que respecta al reparto del botín —que, como se señaló anteriormente, fue uno de los incentivos ofrecidos por Pedro de San Martín al asumir la capitanía general—, Friede proporciona una estimación detallada de los resultados de la expedición. El total recogido por la hueste ascendió a 30.996 pesos, a los que se sumaron 7.031 pesos y siete tomines⁶³⁷ procedentes de la caja del común en Maracaibo, y 2.519 pesos de la caja de Coro. Tras la fundición, el monto total alcanzó los 38.496 pesos y cinco tomines. De esa suma se descontó el quinto real correspondiente a la Corona —7.679 pesos y dos tomines—, seguido de los gastos generales de la expedición, como la reposición de caballos muertos, el salario del médico y algunas deudas pendientes con la Casa Welser.⁶³⁸ El monto final disponible para repartir entre los beneficiarios fue de 16.000 pesos.⁶³⁹

El valor reunido se dividió entre todos los habitantes, por lo que resultó ser, en palabras de Friede, “sólo una gota de agua, incapaz de remediar la extrema pobreza de los colonos”. El sentimiento general fue de profunda decepción; muchos esperaban con ansias la llegada del botín, especialmente para saldar deudas, las cuales eran tan abultadas que incluso los Welser dejaron de conceder créditos. El 24 de abril de 1534, Francisco Venegas y el sobreviviente Francisco Martín emprendieron una nueva marcha en busca del oro supuestamente enterrado, pero sus esfuerzos

⁶³⁶ Ibid.

⁶³⁷ Menciona Oviedo: “Y pues que los extranjeros no sabrán, leyendo aquesto, qué peso es el del castellano que acá en Indias decimos un peso, digo que un peso ó un castellano es una misma cantidad, que pesa ocho tomines”. De tal forma que un tomín es la octava parte de un peso. Fernández de Oviedo, *Historia General*, 1, primera parte, libro VI, cap. VIII, 188-189.

⁶³⁸

⁶³⁹ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 210-211. Sin embargo, Nectario María dice que al repartir esos 16.000, “a cada cual se le rebajó la mitad para abonarlo a la Caja de los Belzares, en descuento de la deuda particular que cada uno tenía con la dicha compañía”. Nectario María, *Los orígenes de Maracaibo*, 188.

fueron en vano.⁶⁴⁰

En medio del desorden económico y político, las quejas contra los Welser se multiplicaban, y Bartolomé de Santillana, pese a ser español, era visto como su aliado, lo que aumentó el rechazo hacia él. La provincia quedó en un limbo; Santillana fue apresado y su autoridad ignorada por haber sido designado por Alfinger. La Real Audiencia de Santo Domingo no tenía noticias, y el obispo Rodrigo de Bastidas, enfrascado en disputas personales, apenas si pudo pasar por Coro y comprobar su miseria.⁶⁴¹

5.4 Nicolás de Federmann: la búsqueda de Xérira y el conflicto por el Nuevo Reino

Quien sí mostraba optimismo sobre el futuro de Venezuela era Nicolás de Federmann, a pesar de encontrarse exiliado por orden de Alfinger. En 1534, al conocerse en España la noticia de la muerte del gobernador, Federmann emprendió gestiones para quedarse con el cargo, lo cual logró el 19 de julio de ese año. Sin embargo, no alcanzó a posesionarse antes de que su título fuese revocado en favor de Georg Hohermuth, más conocido como Jorge de Espira. Aun así, regresó a Coro junto con él y fue nombrado por este como teniente de gobernador, segundo en mando, aunque en la práctica ejerció el poder, ya que Espira partió hacia los llanos tres meses después, dejándolo encargado del gobierno.⁶⁴² La misión inicial de Federmann era organizar una expedición al cabo de la Vela y, si era posible, fundar un pueblo. Con todo, tanto él como Espira tenían órdenes superiores de avanzar hacia la región de *Xérira*, de la cual los Welser ya tenían pleno conocimiento, como se ha señalado.⁶⁴³

El siguiente fragmento, redactado por el representante de los Welser ante la Corona el 12

⁶⁴⁰ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 211-216.

⁶⁴¹ *Ibid.*, 216-217.

⁶⁴² *Ibid.*, 265-269

⁶⁴³ *Ibid.*, 270.

de enero de 1540, expone la versión que se tenía en la Provincia de Venezuela sobre la intención de regresar a *Xérira*:

Cuando el dicho Jorge Espira partió para la dicha jornada se partió Nicolás Federman al Cabo de la Vela, límites con Santa Marta, para poblar aquel puerto y desde allí ir en descubrimiento de la provincia de Xerira y Valle de los Alcáceres, y para ello le fueron enviados de Santo Domingo tres navíos con gente y caballos de socorro, el uno de los cuales no pudiendo tomar el puerto, entró en Santa Marta, del cual el adelantado don Pedro de Lugo, que a la sazón había llegado con su armada, supo que Federman estaba de camino en descubrimiento de una rica tierra, el Río Grande arriba, que muchos días había en Venezuela se tenía noticia. Y como quiera que el dicho adelantado y el licenciado Jimenez y la gente que con él iban sabían y les era notorio que la tierra y provincia que ellos buscaban, que es aquella en que ahora todos concurrimos y estamos [sic], era y es de la dicha provincia de Venezuela y fuera de los límites de Santa Marta, de hecho y movido con gran codicia despachó el licenciado Jimenez con cierta gente a tomar los de Venezuela la delantera, y con comisión de tomar la gente y venir al capitán a Santa Marta. Lo mismo escribió y envió a decir don Alonso de Lugo al dicho Federman, y [éste], recelándose de esto, mudó viaje, volvió a la ciudad de Coro y entró en busca de la dicha tierra por mitad del cuerpo de Venezuela. El licenciado Jimenez no hallando en aquel poco espacio de tierra que hay desde Santa Marta a los lim[it]es [...] [roto] Venezuela, de poblar o hacer asiento, atravesaron [...] por Venezuela, y en medio del cuerpo de ella hallaron aquel rincón bueno de ella. Y caminando Nicolás Federman, capitán de la gente de Venezuela, por la mitad del cuerpo de su provincia, halló al licenciado Jimenez con cierta gente en el valle de los Alcáceres, que es casi en medio de la provincia de Venezuela y muy lejos de los límites de la dicha provincia de Santa Marta.⁶⁴⁴

Según Friede, la única esperanza que le quedaba a la Provincia de Venezuela en ese momento era avanzar tierra adentro, ya que “el litoral ya estaba explorado y los alemanes desengañados de las posibilidades que aquel ofrecía para la expansión económica”. En ese contexto se emprendieron dos nuevas exploraciones: la de Federmann, por el cabo de la Vela hacia el sur siguiendo la ruta de Alfinger, y la de Espira, por los llanos orientales, una vía que a primera vista parecía poco lógica, pero que Friede explica señalando que ambos perseguían “dorados” distintos: la *Xérira-Dorado* de los *guanés*, en el caso de Federmann, y la *Meta-Dorado* de los *guahibos*, en el caso de Espira.⁶⁴⁵

⁶⁴⁴ “Fragmentos del pleito sobre la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada,” en *Documentos inéditos*, vol. V, 274–75.

⁶⁴⁵ *Ibid.*, 270-271.

Por otra parte, los colonos de Coro estaban convencidos de que el valle de los *pacabueyes* o de Upar pertenecía a su provincia, ya que algunos documentos fijaban el límite con Santa Marta en el río Yaro —también llamado Hermo o de la Hacha—, lo que probablemente dejaba ese valle del lado venezolano.⁶⁴⁶ En realidad, el territorio ya había sido apropiado *de facto* por los santamartecos y encomendado al capitán Cardoso. Basta recordar que apenas un mes después del paso de Alfinger por los *pacabueyes*, el capitán de Santa Marta, Villalobos ya seguía su rastro.⁶⁴⁷

En esta disputa llama la atención el cruce de acusaciones sobre la destrucción del valle. Por un lado, los de Coro afirmaban que, al paso de Alfinger, “los indios huían a los montes y se escondían, y los que tomaban (...) pensaban que eran los cristianos de Santa Marta; los cuales, decían, que les habían muerto muchos indios y les habían robado mucho oro y joyas y haciendas, y que por temor de ellos (...) los desamparaban”.⁶⁴⁸ Pero desde Santa Marta se escribía a la par: “caminaron hacia el dicho valle de Enpari (Upar), donde (...) no hallaron en él pueblo ninguno que no fuese quemado (...) y los indios andaban muy alborotados durmiendo por los campos, siendo valle muy hermoso”; atribuyendo el daño a que Ambrosio Alfinger “entró en la tierra y gobernación de Santa Marta, donde no dejó cosa ninguna que no destruyese”.⁶⁴⁹

Así, ambas gobernaciones intercambiaban reclamos justo en el momento en que Federmann, al ver que en el cabo de la Vela no podía hacer gran cosa ni fundar asentamiento alguno duradero por la aridez del territorio, resolvió, tal como se le había indicado, tomar rumbo al sur hacia *Xérira* por la vía que había tomado Alfinger. Para entonces —agosto de 1536— el gobernador de Santa Marta, Pedro Fernández de Lugo, ya había sido alertado sobre las intenciones

⁶⁴⁶ “Fragmentos de información sobre el valle de los Pacabueyes,” en *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, vol. III (1533–1535), ed. Juan Friede (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1955), doc. 552, 87.

⁶⁴⁷ “Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta,” 102.

⁶⁴⁸ “Fragmentos sobre el valle de los Pacabueyes,” en *Documentos inéditos*, III, 91–92.

⁶⁴⁹ “Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta,” 99-100

del alemán, y desde el 5 de abril había despachado la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada con la orden expresa de “arrojar de la provincia a los venezolanos, aún por la fuerza de las armas si fuese necesario”. Al parecer, ello no fue necesario, pues Federmann terminó por cambiar sus planes de pasar por el valle de los Pacabueyes y regresar a Coro.⁶⁵⁰

El siguiente episodio de esta disputa tuvo lugar con la salida de Federmann hacia el sur, en diciembre de 1537, aunque esta vez no por el valle de los *pacabueyes*, sino por los llanos para rodear la cordillera por el oriente e intentar llegar a *Xérira* desde allí. Al respecto, varios investigadores han cuestionado el por qué la expedición de Federmann no tomó la vía contraria de la hueste de Alfinger, esto es, subir por el Zulia y pasar por tierras chitareras hasta *Xérira*. Al respecto, Friede plantea una explicación plausible relacionada con el desconocimiento geográfico:

A primera vista parece increíble que Féderman y antes de él, Espira hubieran errado en tal extremo el camino que para llegar a “Jerida”, cuya entrada natural es por el valle del río Zulia en las puertas mismas de Venezuela; y precisamente por Chinácota, por donde se habían vuelto las gentes de Alfinger después de su malograda expedición, se desviaron tan lejos al sur, que llegaron hasta las cabeceras del Meta y Guaviare. Y sin embargo analizando de cerca el hecho, no es del todo improbable. La muerte de Alfinger en manos de los indios belicosos en Chinácota, no aconsejaba naturalmente utilizar este camino directo. Por esto los conquistadores, suponiendo que la Cordillera Oriental, al igual que la Sierra Nevada de Santa Marta, es una montaña de poca extensión que muere en el sur, trataron de “descabezar” la Cordillera, vocablo que aún hoy se utiliza en los Llanos Orientales, aunque sólo para la acción de remontar las orillas de caudalosos ríos hacia sus cabeceras con el fin de encontrar un vado a la orilla opuesta. Fernández de Oviedo confirma expresamente esta intención en el caso de Espira cuando dice que sólo al llegar al río Guaviare recibió el conquistador la desconcertante noticia que la Cordillera “a su mano derecha no se descabezaba”, es decir, que no moría, sino que seguía más adelante hacia el sur. Espira y Féderman habían creído que la Cordillera era una montaña aislada y que rodeándola por el lado meridional se podría también entrar a la “provincia de *Xérira*”. No sabían, ni concebían el hecho de encontrarse frente a una tan larga cadena montañosa que se extiende hasta el estrecho de Magallanes.⁶⁵¹

⁶⁵⁰ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 283.

⁶⁵¹ Juan Friede, “Nicolás Féderman en el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada,” *Revista de Historia de América* (Instituto Panamericano de Geografía e Historia) 42 (diciembre de 1956): 266-267.

En consecuencia, la marcha se prolongó considerablemente sin que Federmann lograra encontrar un paso claro para remontar la sierra. Finalmente, al decidir “escalar la vertiente y atravesarla”, se topó con dos enviados de Jiménez de Quesada que le informaron que “todo aquel territorio estaba ya ocupado, hacía más de dos años, por las gentes de Santa Marta”.⁶⁵² De este modo llegó al altiplano muisca hacia marzo de 1539⁶⁵³ y acordó con Quesada dejar a sus hombres en el Nuevo Reino, viajando ambos a España para que fuese el Consejo de Indias quien determinara a qué gobernación pertenecía aquel territorio.

Friede señala que no solo Federmann y Quesada pretendían ser los legítimos gobernadores del “valle de los Alcázares”, sino que también lo reclamaban otros tres: Pascual de Andagoya por el Río San Juan, fray Tomás de Berlanga por Castilla del Oro, y Pedro de Heredia por Cartagena.⁶⁵⁴ El abogado de los Welser, convencido de que el Nuevo Reino caía dentro del meridiano de Venezuela, sostenía que Federmann “halló al licenciado Jiménez con cierta gente en el valle de los Alcázares, que es casi en medio de la provincia de Venezuela y muy lejos de los límites de la dicha provincia de Santa Marta”.⁶⁵⁵ Finalmente, el Consejo de Indias decidió unir Santa Marta y el Nuevo Reino bajo el gobierno personal de Alonso Luis de Lugo, heredero del título de gobernador de Santa Marta, cerrando así la disputa. Al respecto, comenta Friede: “Por casualidad, tal decisión resultó justa, ya que geográficamente los términos del Nuevo Reino caían dentro de lo capitulado” a Santa Marta.⁶⁵⁶

⁶⁵² Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 301-304.

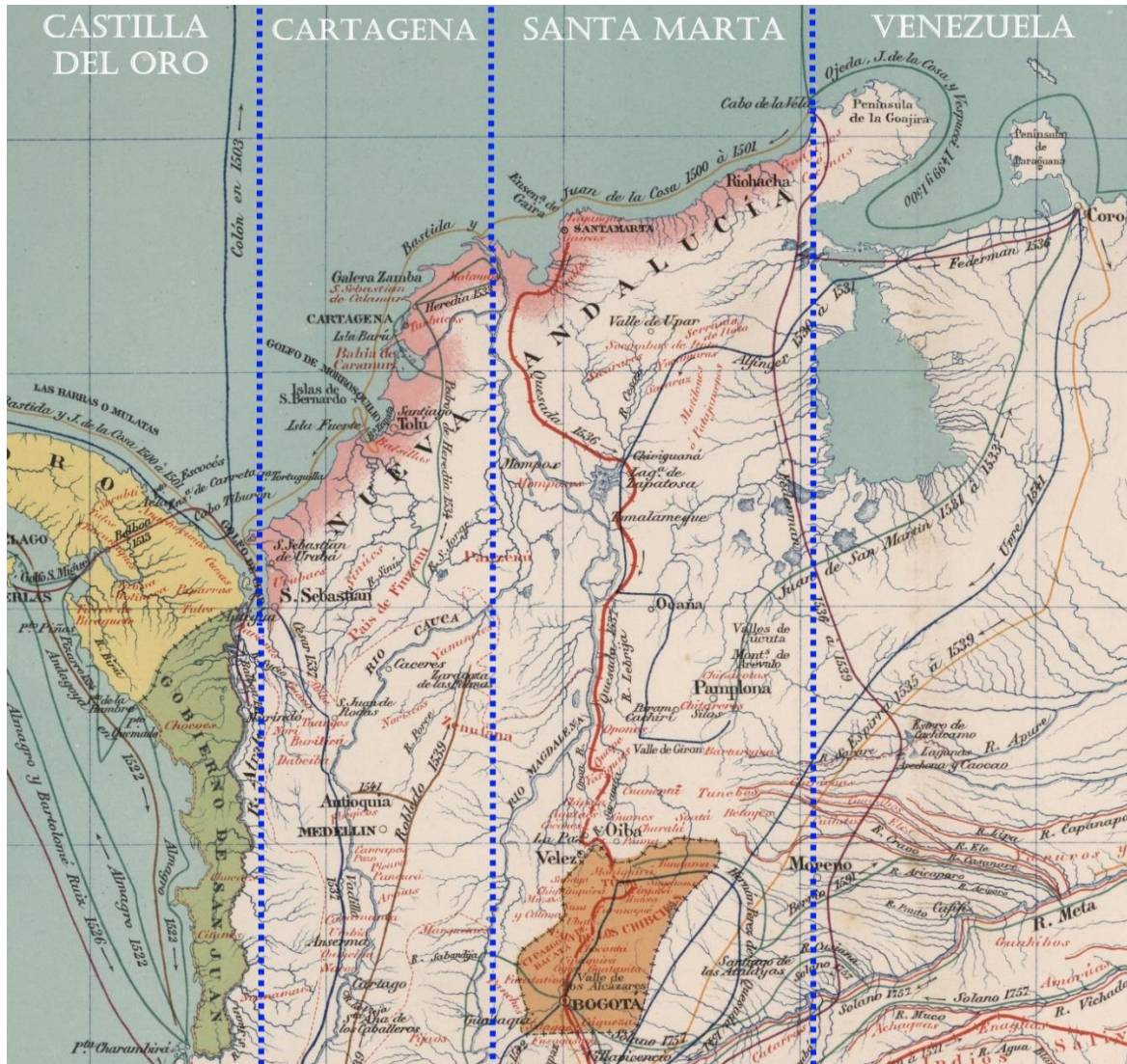
⁶⁵³ Friede, “Nicolás Féderman,” 268.

⁶⁵⁴ *Ibid.*, 431-436.

⁶⁵⁵ “Fragmentos del pleito sobre la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada,” en *Documentos inéditos*, V, 275.

⁶⁵⁶ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 438.

Figura 50. Mapa de las jurisdicciones de cada gobernación en relación con el Nuevo Reino.



Nota. El mapa representa los meridianos que dividían el territorio de las gobernaciones en el siglo XVI. Los puntos de referencia son, de occidente a oriente: la desembocadura del río Darién, la desembocadura del río Magdalena y el cabo de la Vela. Como se observa, en naranja se marca el altiplano donde se ubicaba el Nuevo Reino, el cual, geográficamente, queda dentro de la franja correspondiente a la gobernación de Santa Marta. Edición propia sobre un mapa de Agustín Codazzi de 1889.

Por otra parte, como ya se mencionó en un apartado anterior, muchos de los soldados que ingresaron al Nuevo Reino junto con Federmann terminaron por establecerse allí e integrarse a las nuevas huestes locales. Se presume que los soldados procedentes de Venezuela —cuya

gobernación desértica carecía de recursos— se sintieron deslumbrados por las posibilidades que ofrecía el Nuevo Reino: una tierra rica, con gran densidad de población indígena y altas expectativas de obtener encomiendas. Según Friede, no cabe duda de que esto “contribuyó de modo notable al afianzamiento y colonización del Nuevo Reino de Granada, porque con su ayuda se pobló Santa Fe, Vélez y Tunja”. En consecuencia, Jiménez de Quesada manifestó su agradecimiento, al considerar que con la escasa gente traída desde Santa Marta no hubiese sido posible pacificar y organizar una comarca tan poblada.⁶⁵⁷

5.5 Un reconocimiento para Esteban Martín y un nuevo rostro para Alfinger

Por último, es necesario destacar el valioso aporte del maestro de campo Esteban Martín, no solo para los investigadores actuales, sino también para los propios expedicionarios del siglo XVI. De acuerdo con el testimonio de Fernán (Hernando) Gallegos transmitido al cronista Castellanos, Esteban Martín arribó en la hueste de Juan de Ampíes en 1525,⁶⁵⁸ participó en la fundación de Coro y más tarde se puso a las órdenes de Ambrosio Alfinger, quien pronto lo eligió como uno de sus hombres principales por su valentía, sus conocimientos y sus dotes como intérprete. También destacó por su sagacidad para hallar buenas rutas y por sus cualidades como soldado, “de cuya lanza se podía tener gran confianza”.⁶⁵⁹ Posteriormente acompañó a Federmann en la expedición a las tierras de Acarigua y Barquisimeto, y más tarde volvió a servir como maestro de campo de Alfinger en la entrada al “valle de los Pacabueyes”.

Parecía invencible, aunque fue herido en múltiples ocasiones: por los *onotos*, con cinco flechazos; por los *haruacanas*; por los *guanés* en Lebrija; y por los *chitareros*, con una de aquellas

⁶⁵⁷ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 303-306.

⁶⁵⁸ Castellanos, *Elegías de varones*, parte II, introd., 185.

⁶⁵⁹ *Ibid.*, parte II, elegía I, canto IV, 208.

flechas envenenadas que también dieron muerte a Alfinger. Y, aun así, siempre lograba sobreponerse. Sus compañeros valoraban su amistad y sus capitanes su lealtad: no solo Alfinger, sino también Federmann, y finalmente Jorge de Espira, a quien acompañó en su travesía por los llanos, la última aventura de este notable soldado.

Sobre esta expedición, escribe Oviedo y Baños, sumándose a los elogios:

Era Esteban Martín hombre de gallardos bríos, baquiano, y bien entendido en las guerras de las Indias, como que se había hallado en diferentes conquistas y sido uno de los que acompañaron a Ambrosio de Alfinger en sus jornadas; pero tanteando, con su mucha experiencia, la mala disposición de aquel terreno, y la indómita ferocidad de aquella nación tan bárbara, reconoció el peligro a que lo exponía la inconsiderada determinación de Spira; y aunque no se atrevió a excusar de obedecerla, porque no pareciese desaliento del valor, lo que era consideración de su prudencia; sin embargo, le dijo al Gobernador: “Vuestra señoría gusta de que yo entre a reconocer esta provincia con tan poca gente como me señala; los indios (según tengo tanteado) son muchos y diestros en las armas, la tierra trabajosa y desacomodada; quiera Dios, que alguno de nosotros quede con vida, para que traiga la noticia del desastrado fin de los demás”.⁶⁶⁰

Luego, cerca del río *Papamene*, llegaron a un poblado donde se habían reunido varios grupos de indios para esperarlos, y “no fue bastante el esfuerzo de Esteban Martín para oponerse al acometimiento de aquella muchedumbre embravecida, pues a los primeros lances se halló desbaratado y reconoció perdido, con siete heridas mortales, que las disimuló la fortaleza de su valiente espíritu, prosiguiendo en la pelea como si estuviera sano, porque no desmayaran los soldados al conocer su peligro”. Así herido, fue transportado en hamacas en busca de la hueste del gobernador Espira, pero cuando se encontraron, “por mucha prisa que se dieron para transportarlo al real, no hubo medicamento que bastase para preservarle, de que al tercer día de llegado se le acabase la vida, con notable sentimiento del Gobernador y de todos los del campo, porque su condición liberal y mucho agrado fueron prendas, que le habían adquirido la dicha de bien

⁶⁶⁰ Oviedo y Baños, *Historia de Venezuela*, libro II, cap. III, 84.

quisto”.⁶⁶¹ Esta vez no pudo salir avante, como tantas otras veces, de sus heridas.⁶⁶²

Por otra parte, no es propósito de esta investigación elaborar un perfil moral de Ambrosio Alfinger ni juzgar su actuación. A lo largo del estudio se han presentado múltiples episodios que evidencian su proceder, y ya otros autores se han propuesto analizar su figura con mayor profundidad. Entre ellos destacan los trabajos de Juan Friede⁶⁶³ y Otero D’Costa,⁶⁶⁴ así como varios más que no conservan una opinión favorable sobre él.⁶⁶⁵

En lo que respecta a esta investigación, parte del interés ha sido reconstruir el retrato del conquistador, para lo cual se han identificado dos intentos de representación iconográfica. El primero y más elaborado fue propuesto por Nectario María,⁶⁶⁶ quien incluyó una ilustración en estilo de grabado que muestra al conquistador con porte serio, armadura sencilla y facciones aguileñas. Sin embargo, aparece como un hombre maduro, de entre 40 y 45 años, cuando en realidad Alfinger tenía apenas 33 al momento de su fallecimiento. Asimismo, el bigote de manillar que exhibe —con las puntas alzadas— no se corresponde con los estilos habituales entre los conquistadores del siglo XVI. Se trata más bien de una licencia estilística del ilustrador, posiblemente influida por modelos militares decimonónicos o por el deseo de enfatizar la individualidad del personaje.

Un segundo retrato, anónimo y de origen desconocido, ha circulado desde hace tiempo en internet. Aunque se trata de un dibujo en baja resolución y sin garantías de autenticidad, ha sido utilizado en contextos formales ante la ausencia de mejores imágenes. Tal es el caso del Consejo

⁶⁶¹ Oviedo y Baños, *Historia de Venezuela*, libro I, cap. V, 89.

⁶⁶² Nectario María elabora una breve pero sentida reseña sobre Esteban Martín en *Los orígenes de Maracaibo*, 513.

⁶⁶³ Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 219-234.

⁶⁶⁴ Otero D’Costa, *Cronicón solariego*, 416-435.

⁶⁶⁵ Acosta de Samper, *Biografías de hombres ilustres o notables*, 79-86.

⁶⁶⁶ Nectario María,

Municipal de Chinácota, donde se encuentra enmarcado y exhibido como homenaje al conquistador.

Figura 51. *Ilustraciones actuales de Ambrosio Alfinger*



Nota. Dos ilustraciones que representan la figura de Ambrosio Alfinger. A la izquierda la publicada por Nectario María en *Los Orígenes de Maracaibo*, en 1959. A la derecha una imagen anónima que circula en internet.

En esta investigación, a manera de propuesta, se ha recurrido a herramientas de inteligencia artificial para recrear el retrato de Ambrosio Alfinger con base en los datos históricos disponibles sobre su edad, origen y contexto cultural. El propósito no es solo renovar su iconografía para fines de divulgación y enseñanza, sino también enfatizar un aspecto poco considerado en la tradición historiográfica: su juventud. Alfinger tenía apenas veintinueve años al llegar a Venezuela, y su muerte prematura en plena expedición contrasta con la imagen solemne y envejecida con la que suele representársele. Por ello, la reconstrucción busca ofrecer una visión más verosímil y humana del personaje, coherente con su época y con el espíritu de la empresa que encabezó.

Figura 52. *Retrato cortesano de Ambrosio Alfínger.*



Nota. Imagen generada por medio de Inteligencia Artificial, reuniendo todos los parámetros conocidos Retrato idealizado de Ambrosio Alfínger con indumentaria cortesana de influencia germano-renacentista: jubón oscuro abotonado, mangas abullonadas con franjas rojas, amarillas y negras, y sombrero de ala ancha con pluma. El atuendo, más propio de un retrato de corte o anterior a su venida a América, remite a la moda de los lansquenets alemanes del siglo XVI, y no representa su probable vestimenta militar de campaña.

Conclusiones y aportes

Cuando se decidió emprender esta investigación sobre el paso de Ambrosio Alfinger por el actual territorio de Santander, el objetivo inicial fue identificar a cuál de las “generaciones” o etnias mencionadas en las fuentes correspondían los chitareros. Se buscaba conocer qué decía Esteban Martín sobre ellos, descubrir rasgos poco conocidos y establecer los límites hasta donde se extendía su territorio hacia el noroccidente. Aun con esto, pronto se comprendió que no bastaba con situar de inmediato a la hueste en el río Lebrija: era necesario seguirla legua por legua desde Coro, observando cada avance, cada cambio de paisaje y cada encuentro descrito en las fuentes. Ese ejercicio de reconstrucción trajo consigo hallazgos inesperados y abrió nuevas líneas de interpretación.

El proceso permitió no solo caracterizar a los chitareros, sino también examinar las huellas de los distintos pueblos que Alfinger encontró en su marcha, lo que amplió el conocimiento sobre los pueblos prehispánicos y sentó bases para futuras investigaciones históricas, arqueológicas y territoriales. Asimismo, posibilitó formular hipótesis sobre las etnias del valle del Cesar y del Magdalena, así como sobre las de los alrededores del lago de Maracaibo, cuyo análisis detallado, por razones de enfoque regional, se ha reservado para futuras publicaciones, probablemente vinculadas a la costa atlántica y a Venezuela. Aun restringiendo el estudio al espacio comprendido dentro de los Santanderes, los resultados fueron significativos: cada tramo del recorrido ofreció información nueva, no solo sobre la ruta o sobre la manera en que los europeos se relacionaron con el territorio y sus habitantes, sino también sobre las particularidades culturales de cada etnia.

Conviene precisar, sin embargo, que muchas de esas observaciones surgieron como

inferencias derivadas de la comparación entre fuentes y del análisis espacial, por lo que no deben leerse como certezas concluyentes, sino como hipótesis abiertas a verificación o refutación, especialmente por parte de investigadores locales. En ese sentido, las conclusiones de este trabajo no se presentan como un cierre definitivo, sino como una cadena de interpretaciones que buscan aportar a la discusión historiográfica y estimular nuevas investigaciones. Más que fijar una verdad, se pretende ofrecer un punto de partida para futuras lecturas del proceso de contacto que permitan una constante actualización del tema, integrando la mirada territorial y el diálogo entre la documentación colonial y el paisaje actual.

Para comenzar, una de las primeras conclusiones derivadas del trabajo del investigador fue constatar el relativo desconocimiento que se tiene de Ambrosio Alfinger en Colombia, a pesar de haber sido el pionero de la conquista en nuestro territorio. Es posible que este desdén se relacione con el auge del pensamiento indigenista y con la persistencia de la llamada “leyenda negra”. Pocos conquistadores han cargado con una fama tan negativa como Alfinger. De hecho, durante el trabajo de campo algunos guías turísticos lo describían abiertamente como un invasor, de modo que uno de los primeros retos consistió en superar esa reticencia y procurar un acercamiento a los hechos más que a las valoraciones morales. En ese sentido, el gobernador alemán arrastra el juicio severo heredado de la historiografía del siglo XIX, cuando se empezó a presentarlo como un monstruo sediento de oro.

Llama la atención que, entre los cronistas originales —anteriores al siglo XIX—, apenas se encuentren menciones negativas hacia él, y eso pese a que muchos de quienes escribían eran religiosos. Si bien relatan episodios violentos, como secuestros selectivos o torturas a caciques, no parece que en su época tales acciones se consideraran fuera de lo común. Fue solo a partir de ese siglo, sobre todo con Joaquín y Soledad Acosta, cuando se consolidó la imagen de Alfinger como

símbolo de la ambición desmedida. Ya en el siglo XX, autores como Otero D'Costa y Juan Friede buscaron comprender al personaje dentro de su contexto histórico, a veces incluso rozando una defensa del conquistador.

Entre las conclusiones que pueden extraerse del contexto previo a la expedición destaca la dificultad inicial para poblar y colonizar Tierra Firme, no tanto por la resistencia indígena como por las diversas intencionalidades que se proyectaron sobre el litoral. El éxito de cada empresa dependió, en gran medida, del propósito del conquistador o navegante. Por ejemplo, en Cubagua y en el oriente venezolano, la pesca de perlas atrajo intereses privados que se relacionaron con los indígenas únicamente como mano de obra. En cambio, en el occidente, cerca de Coro, aunque hubo contacto frecuente, predominó una convivencia relativamente pacífica, en parte porque Juan de Ampíes no mostró intenciones de esclavizar ni de obtener oro por la fuerza.

En la región de Santa Marta, Rodrigo de Bastidas cultivó desde un comienzo una buena relación con los pueblos nativos; pero las incursiones bélicas procedentes de Santo Domingo — especialmente en la costa de Cartagena— desataron respuestas violentas que derivaron en grandes masacres. La fundación temprana de Santa María la Antigua del Darién respondió más a la necesidad de supervivencia que a una planificación deliberada, aunque logró prosperar y se convirtió en plataforma de futuras conquistas hacia Centroamérica y el Perú.

La capitulación del Golfo de Coquibacoa otorgada a la casa Welser respondió al desencanto de la Corona frente a conquistadores que no fundaban ni gobernaban, sino que se limitaban al saqueo. Además, España no contaba con recursos suficientes para emprender nuevas empresas en Tierra Firme, pues sus esfuerzos materiales estaban dirigidos al estrecho de Magallanes y a las islas de las Especias. Así, al “arrendar” esa costa árida a los Welser, no solo se reducía el gasto, sino que se garantizaba el poblamiento nominal del territorio antes de que lo hicieran otras

potencias europeas. Los Welser, además, eran acreedores confiables del emperador Carlos V. En su caso, los intereses eran eminentemente comerciales y económicos: con un posible paso hacia el mar del Sur podrían expandir sus redes hasta las Indias Orientales, y con el hallazgo de yacimientos auríferos, incrementar aún más sus riquezas.

Con estos dos objetivos centrales llegó Alfinger a Coro en 1529. No obstante, la costa se hallaba ya explorada y en buena parte explotada, por lo que la única vía de éxito parecía ser tierra adentro. Pese a todo, ni uno ni otro propósito se concretaba en Venezuela: no se descubrieron minas y solo existían vagas promesas indígenas sobre un posible paso más allá del lago. Fue en ese contexto que Alfinger decidió emprender su expedición hacia el valle vecino, de donde provenían comerciantes con oro de buena calidad. Si ese oro no procedía de Maracaibo, debía venir, necesariamente, de más allá.

De esta manera se abordó el inicio de la expedición y, legua tras legua, el proceso de investigación permitió reunir un conjunto de inferencias y propuestas derivadas de la reconstrucción del itinerario de Ambrosio Alfinger (1531–1533) y del análisis comparado de las fuentes históricas, geográficas y arqueológicas. En este punto conviene aclarar que los aportes de la investigación no se limitaron a responder las preguntas iniciales ni los objetivos propuestos; al tratarse de un estudio de carácter general, se dio cabida a hipótesis y conclusiones que fueron surgiendo a medida que el trabajo avanzaba. Así, el resultado fue un conjunto amplio de inferencias de contenido multidisciplinar, que hizo necesario sistematizarlas para presentarlas de manera más accesible.

Dichas conclusiones constituyen los principales aportes interpretativos del trabajo de grado y se presentan a continuación de forma numerada, con el propósito de facilitar su lectura y mostrar su articulación lógica en tres grandes bloques temáticos.

El primer bloque, de carácter territorial, reúne los resultados relacionados con la identificación de rutas, corredores naturales, ríos y zonas de contacto, así como con la reconstrucción de la marcha de la hueste y las decisiones geográficas que condicionaron su tránsito. El segundo bloque, de orden étnico, agrupa los hallazgos sobre las comunidades indígenas encontradas a lo largo del recorrido, sus rasgos culturales, su organización social y sus relaciones interétnicas. Finalmente, el tercer bloque, de tipo histórico-consecuencial, recoge las conclusiones que explican los efectos políticos, económicos y territoriales que la expedición de Alfinger generó tanto en las gobernaciones coloniales como en la dinámica interna de los pueblos indígenas.

Estas conclusiones, organizadas de manera progresiva conforme al desarrollo de la marcha, buscan ofrecer una visión integral del proceso, mostrando cómo la expedición no solo representó el primer contacto europeo con los Andes nororientales, sino también un punto de inflexión que transformó de manera definitiva tanto el equilibrio territorial de los pueblos prehispánicos como la forma en que se desarrolló el proceso de conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada.

Para facilitar la comprensión espacial de los hechos, en las conclusiones se emplean nombres geográficos y toponimias actuales que permiten ubicar los lugares mencionados en las fuentes del siglo XVI. Esta elección no implica un anacronismo, sino un recurso explicativo destinado a vincular los escenarios históricos con su correspondencia territorial contemporánea.

A. Aportes de orden geográfico y territorial

1. Existieron dos visiones coloniales: una extractiva por parte de los Welser y otra de tipo fundacional entre los castellanos.

Del análisis del contexto previo a la expedición puede inferirse que la administración de la Gobernación de Venezuela por parte de la casa Welser respondió a un modelo económico de

carácter extractivo, centrado en la búsqueda inmediata de oro y en el beneficio comercial, mientras que la política castellana se orientaba hacia el control territorial mediante la fundación de ciudades y la consolidación de la soberanía. Esta diferencia estructural condicionó el desarrollo del territorio y explica que Ambrosio Alfinger decidiese internarse hacia el interior, movido tanto por las noticias de yacimientos como por la necesidad de demostrar la viabilidad económica del proyecto alemán en Tierra Firme.

2. La hueste utilizó un corredor comercial prehispánico entre el valle del Cesar y el Lago de Maracaibo.

La reconstrucción de la marcha de Alfinger permitió identificar un corredor prehispánico transandino que comunicaba los valles del río Cesar con el Lago de Maracaibo a través de pasos naturales en la Serranía del Perijá. Este eje conectaba puntos como El Molino, en la actual Guajira, con Villa del Rosario, en el Zulia, articulando rutas de intercambio entre la sal marina y los objetos de orfebrería. El hallazgo confirma que la hueste siguió caminos indígenas preexistentes, demostrando además una relación territorial y cultural prehispánica entre ambos lados de la Serranía.

3. Los pueblos del valle del Cesar actuaron como intermediarios comerciales entre los pueblos costeros y los andinos.

Al cruzar la Serranía del Perijá hacia el occidente, la hueste de Alfinger encontró comunidades que transportaban sal marina desde la costa de Maracaibo hacia el interior y regresaban con textiles y esmeraldas procedentes de los pueblos andinos. Este sistema de trueques, en el que la sal se cambiaba por oro, confirma la existencia de una red comercial prehispánica que articulaba el litoral con los Andes. El contacto con estas comunidades permitió a Alfinger conocer

por primera vez noticias sobre los pueblos del interior, en especial sobre aquellos dedicados a la orfebrería y al tejido, anticipando su decisión posterior de internarse en las montañas.

4. Los vestigios españoles en el valle del Cesar evidencian contactos previos de los nativos con la gente de Santa Marta y su prevención ante Alfinger.

En el valle del río Cesar, la hueste de Alfinger halló objetos y restos metálicos de procedencia española que evidenciaban el paso previo de expediciones provenientes de Santa Marta. Estos vestigios, luego confirmados por la documentación, demostraron que la región ya había sido explorada desde el norte y dieron origen a la disputa jurisdiccional entre las gobernaciones de Venezuela y Santa Marta. Los testimonios recogidos por Alfinger se convertirían en una de las primeras pruebas del conflicto político y territorial que marcaría la historia de Tierra Firme.

5. Los *pacabueyes* habitaron la margen oriental de la Laguna de Zapatosa.

La reconstrucción del itinerario permitió situar el territorio de los *pacabueyes* en el área oriental de la actual Laguna de Zapatosa, donde la hueste de Alfinger tuvo su primer contacto con comunidades poseedoras de abundante oro. Allí se practicó por primera vez el ranqueo o saqueo sistemático de piezas metálicas, y se envió un cargamento hacia Coro que se perdió en las selvas del actual Catatumbo, hecho que marcó la suerte económica de la expedición. La prolongada estancia en el territorio, con continuo abastecimiento, sugiere una organización estable y una red de producción aurífera consolidada. Por otra parte, su capital *Tamara* posiblemente estaba ubicada en el actual corregimiento de Saloa.

6. El hallazgo del río *Yuma* (Magdalena) permitió reconocer el territorio *cindahua* y marcó el límite de avance de la expedición hacia occidente.

La expedición alcanzó el gran río que los indígenas llamaban *Yuma*, identificado luego como el Magdalena, donde habitaba la etnia *cindahua*, pueblo fluvial cuyos asentamientos se extendían por las riberas y comerciaban con comunidades auríferas del interior. En este punto los mineros alemanes hallaron el oro más fino del viaje, posiblemente vinculado a los yacimientos *zenúes* cercanos, y Alfinger describió un santuario semejante a los templos de aquel pueblo, por lo que podría existir una relación étnica. El hallazgo del río frustró sus esperanzas de hallar un paso al mar del Sur, al comprobar que el caudal fluía hacia el norte, y las crecientes impidieron el cruce, obligándolo a detener la marcha y afianzar el control sobre los territorios de *pacabueyes* y *cindahuas*.

7. La decisión de avanzar hacia el sur marcó el ingreso de la expedición al actual territorio santandereano.

Durante su estancia en territorio *cindahua*, Alfinger recibió tres noticias que alteraron el rumbo de su empresa: la pérdida del oro de los *pacabueyes*, el desorden en Coro y Maracaibo, y el avance de hombres de Santa Marta hacia el valle del río Cesar. A ello se sumó el fracaso del cruce del Magdalena y la promesa de nuevas riquezas en las montañas del sur. Ante estas circunstancias, decidió no regresar por la ruta norte, sino avanzar hacia el interior con la esperanza de hallar un paso alternativo hacia el Lago de Maracaibo. Esta decisión marcó el inicio de su tránsito por los valles y cordilleras del actual oriente colombiano, abriendo el capítulo santandereano de la expedición.

8. La imposibilidad de cruzar el río Lebrija obligó a un cambio de rumbo hacia el oriente.

La hueste de Alfinger se topó con un gran río que le impidió avanzar hacia el sur, identificado con el actual río Lebrija, cerca de su desembocadura. En sus márgenes habitaban los

pemeos, pueblo vinculado al sistema fluvial del Magdalena. El obstáculo obligó a la expedición a remontar el cauce por su margen norte hasta alcanzar el pie de la Cordillera Oriental, cerca de la actual Serranía de La Paz. Este punto marcó la transición entre las tierras bajas tropicales y las primeras estribaciones de los Andes orientales.

9. Los *xirihuanas* representaron la expansión septentrional del territorio yareguí en el valle del Lebrija.

En su tránsito hacia la Cordillera Oriental, la hueste de Alfinger encontró en el valle del río Lebrija una comunidad que Esteban Martín denominó *xirihuanas*. El análisis territorial y las correspondencias etnohistóricas permiten interpretarla como una parcialidad de expansión de los *yaregués*, posiblemente asentada en el límite norte de su territorio tradicional, en la zona de transición entre las tierras bajas del valle y las primeras estribaciones montañosas. Su localización aproximada corresponde al área que hoy ocupan Chuspas, Vanegas y El Conchal, en el municipio de Lebrija (Santander). Este hallazgo amplía la frontera septentrional conocida para los *yaregués* —tradicionalmente limitada al valle del Sogamoso— y ofrece la primera evidencia documental de su presencia en la cuenca media del río Lebrija, lo que redefine los límites históricos de su poblamiento prehispánico.

10. La meseta de Lebrija funcionó como una zona de frontera entre *yaregués* y *guanés*.

Al internarse en la sierra, la hueste experimentó un cambio de generación étnica, pasando de los pueblos de filiación *yareguí* a los primeros grupos asociados al ámbito *guane*. El recorrido se inició en el noroccidente de la actual meseta de Lebrija —posiblemente en la vereda Los Angelinos— y continuó hacia el suroriente hasta las cercanías de El Pantano (Girón), atravesando un terreno difícil y fragmentado, escenario de los enfrentamientos más intensos del viaje. Las

descripciones de Esteban Martín permiten vincular a estos nativos con la etnia *guane*.

De este análisis se desprende que la meseta de Lebrija no era, en el momento del contacto, territorio propiamente *yareguí* ni núcleo estable del poblamiento *guane*, sino una franja de frontera comercial entre ambos grupos. En ella los *guanés* mantenían puestos de intercambio temporal, donde comerciaban productos del interior —como panes de sal muiscas— por conchas y pescado provenientes de los valles del Lebrija y el Magdalena. Estas ocupaciones estacionales, sin cultivos permanentes, explican las dificultades de la hueste para abastecerse. Por otra parte, la presencia de guerreros *guanés* indica que estos asentamientos tenían además una función defensiva frente a la expansión *yareguí*.

11. El valle del Río del Oro y la meseta de Bucaramanga conformaron un corredor interétnico, despoblado y sin dominio definido.

El análisis del itinerario permitió reconocer un tramo despoblado que corresponde al área actual del valle del Río del Oro y la meseta de Bucaramanga. La hueste descendió por ese valle y ascendió luego a la planicie donde existió la antigua “laguna o sabana de los Caracoles”, lugar donde se repuso tras las penurias sufridas en la meseta de Lebrija. Con todo, no hallaron asentamientos permanentes, solo rastros de tránsito humano.

Esteban Martín fue enviado a explorar y descubrió un sendero prehispánico que conducía a la mesa de *Xérira*, donde se encontraba una población numerosa identificada históricamente como *guane*. Todo el espacio intermedio —correspondiente a los actuales valles de los ríos del Oro, Frío y del Hato— parece haber funcionado como una zona de amortiguamiento entre los territorios *yareguí*, *guane* y *chitarero*. Más que un vacío absoluto, esta investigación propone entenderlo como una “triple frontera étnica”, un corredor neutral utilizado para el intercambio, el

abastecimiento o prácticas de tránsito estacional, sin dominio pleno de ninguno de los tres grupos.

12. La fertilidad de la mesa de *Xérira* y la riqueza aurífera del río del Oro consolidaron el interés de Alfinger por el territorio guane.

Una vez descubierto el camino hacia la mesa de *Xérira*, la hueste llegó a un territorio densamente poblado por los *guanés* y cubierto de cultivos, donde halló alimento y reposo tras el duro tránsito por la montaña. La investigación permite inferir que Alfinger permaneció allí cerca de dos meses, acampado en la zona nororiental de la meseta, mientras la mayor concentración *guane* se encontraba hacia el suroccidente.

No parece haberse producido una confrontación abierta: las defensas *guanés* habían sido debilitadas en la meseta de Lebrija, y Alfinger comprendía su desventaja numérica y logística. Es probable que existiera una tregua tácita o período de observación mutua, durante el cual la hueste aprovechó para explorar el relieve y reconocer el entorno. Desde ese punto Alfinger debió advertir el cañón profundo que cerraba el paso hacia el sur y las sierras del oriente correspondientes al actual páramo de Berlín.

Por medio de intérpretes y cautivos, obtuvo noticias sobre las poblaciones que habitaban más allá del cañón —probablemente del ámbito *muisca*—, mientras los mineros alemanes identificaban la riqueza aurífera del río del Oro, dato que se mantuvo en reserva. Así, la fertilidad del territorio *guane*, la abundancia del río y las noticias del sur reforzaron la idea de reorganizar fuerzas y emprender una nueva entrada desde Coro con el propósito de conquistar aquellas tierras donde la riqueza natural se unía a una población numerosa y organizada.

13. Ante la imposibilidad de cruzar el cañón del Chicamocha hacia el sur, Alfinger optó por ascender las altas sierras orientales, donde encontró los primeros pueblos *chitareros*.

Al encontrar cerrado el paso hacia el sur por el profundo cañón que hoy corresponde al río Chicamocha, Alfinger resolvió buscar una ruta alternativa para regresar al Lago de Maracaibo. Desde el borde oriental de la mesa de *Xérira* observó la compleja estructura del relieve: dos grandes valles encañonados y varias cuchillas que ofrecían ascensos más graduales hacia las sierras, donde se divisaban columnas de humo que delataban la presencia de poblados.

Descendió luego hacia el área correspondiente a la actual Piedecuesta, donde intentó ascender por antiguos caminos prehispánicos, aunque el fuerte desnivel los hacía intransitables para los caballos. Optó entonces por rodear hacia el sur y abrir un nuevo paso, bordeando el cañón del actual río Manco y siguiendo el valle natural de Los Curos, hasta alcanzar la zona del antiguo Club El Laguito. Desde allí pudo emplear una de las cuchillas hoy conocidas como El Fical, Betania o Alto de Vacas para ascender hacia las alturas, correspondientes a las actuales veredas La Ceba (Piedecuesta) y Chingara (Santa Bárbara).

En ese punto, Alfinger envió una avanzada comandada por Esteban Martín, que logró contactar a los primeros pueblos de la sierra, pertenecientes a la etnia que más tarde sería conocida como *chitarera*. Con ello, el relato del propio Martín vuelve a reanudarse tras la omisión del episodio *guane*, ofreciendo los primeros detalles de la travesía serrana y restableciendo la continuidad documental de la expedición.

14. *El Mene* se localizó en el valle del río Umpalá como enclave fronterizo del territorio *chitarero*.

Desde la serranía de La Ceba y Chingara, hacia el oriente se abría el profundo cañón del actual río Umpalá, en cuyo fondo se ubicaba uno de los pueblos principales del grupo *chitarero*: *El Mene*. Su emplazamiento, en una pequeña colina que dominaba el vado del río, sugiere un punto

fronterizo y estratégico de acceso al territorio *chitarero*. Allí la hueste sufrió su primera emboscada en el actual Santander: tres soldados fueron decapitados. Por otra parte, el hallazgo de restos momificados en los bohíos es indicio de una práctica ritual desconocida hasta entonces en la región.

La resistencia indígena derivó en una estrategia de tierra arrasada, con pueblos incendiados para frenar el avance español. Con la ubicación de *El Mene* y sus pueblos anexos, *Chingara* y *Opaga*, se redefine el límite noroccidental del territorio *chitarero*, extendido hasta las cuencas de los ríos Manco y Umpalá, en contacto directo con los *guanés* de la mesa de *Xérira*. Autores anteriores lo habían localizado más cercano a Piedecuesta, por el río del Hato o río Frio, pero el análisis comparado de fuentes documentales, orales y ecológicas permite sostener que el sitio identificado en el valle de Umpalá constituye la hipótesis más verosímil para situar este enclave decisivo de la expedición.

15. La nueva localización de *El Mene* permitió precisar la ruta de paso por el páramo en dirección a Silos y al valle de Iscalá.

La ubicación propuesta para El Mene modifica el recorrido tradicionalmente aceptado por los investigadores anteriores, quienes situaron el paso del páramo por Tona, Chitagá o Cachirí, más al norte. Alcanzada la cumbre de la cordillera, cerca del actual sitio de El Término (carretera Curos–Málaga), Alfinger comprendió que hacia el oriente no se extendían las llanuras que esperaba conducirían al Lago de Maracaibo, sino una cadena interminable de sierras que alcanzaban las nieves del Cocuy. Ante esta constatación, orientó la marcha hacia el nororiente, siguiendo las cuchillas del páramo.

El tránsito entre Mogorontoque, el cañón del río Caraba y el poblado donde hoy se levanta

Silos fue una de las etapas más difíciles por el frío y la mortandad de hombres y caballos. Repuestos con el maíz hallado en Silos, prosiguieron hacia el valle de Iscalá, pasando por los actuales Mutiscua, La Caldera y Pamplonita. La estrategia indígena de tierra arrasada —pueblos incendiados y cosechas destruidas— agotó sus recursos, hasta que, siguiendo un camino prehispánico principal, Alfinger ingresó al valle de la quebrada Iscalá, donde encontró el mayor núcleo poblacional *chitarero* hasta ese momento, a quienes evitó para continuar al norte, hacia la meseta de la actual Chinácota.

16. En Chinácota, el sitio del ataque a Alfinger y el de su muerte no coinciden: el “callejón” estuvo al norte de la meseta y el fallecimiento ocurrió cerca de La Donjuana.

En la meseta de Chinácota, Alfinger juzgó que los numerosos pueblos del valle de Iscalá no atacarían, al no registrarse nuevas guazábaras. Sin embargo, los jefes *chitareros* interpretaron su repliegue como signo de debilidad y prepararon una emboscada desde el valle paralelo de la actual quebrada La Cacua. La falta de un camino prehispánico y la configuración del terreno —un paso angosto entre colina y barranco— facilitaron el ataque.

Alfinger fue herido en la garganta y Esteban Martín en una mano. El gobernador murió cuatro días después, el 31 de mayo de 1533, a causa del veneno de la flecha, en un punto más al norte de Chinácota. El “Callejón de Cuéllar”, tradicionalmente señalado como lugar del suceso, correspondería más bien al paso estrecho donde fue el ataque, situado al norte del casco urbano, mientras que la muerte y sepultura habrían ocurrido cerca de la desembocadura de la quebrada Iscalá en el río Pamplonita, en las cercanías de los actuales Maturín y La Chaconia. Estos elementos permiten redefinir el escenario final de la expedición y ofrecen nuevas coordenadas para la memoria histórica y patrimonial de la región.

17. El valle de Cúcuta fue una zona de confluencia étnica que marcó el límite nororiental del territorio *chitarero*.

Tras la muerte de Alfinger, la hueste continuó siguiendo el curso del río Pamplonita hacia el nororiente. Al llegar a las planicies donde hoy se asienta Cúcuta, encontraron pueblos con rasgos diferentes a los *chitareros*, y más adelante, hacia el actual Puerto Santander y la culata del Lago de Maracaibo, otros grupos distintos. Estos testimonios evidencian una zona de confluencia étnica entre el valle de Cúcuta y las riberas bajas del Pamplonita, probablemente un espacio de frontera interétnica donde coincidían pueblos de diversa filiación cultural.

Este fenómeno adquiere especial relevancia si se considera que algunos autores han propuesto la extensión del territorio *chitarero* hasta la Sierra de Mérida, mientras que otros señalan la presencia de comunidades relacionadas con el grupo *motilón–barí* en las cercanías del valle de Cúcuta. En ese panorama, los datos aportados por Esteban Martín al referir la salida del territorio *chitarero* al ingresar en las tierras llanas permiten precisar el límite oriental de dicho dominio. A partir de este punto, el territorio descrito corresponde ya al ámbito venezolano y excede el marco de la presente investigación, aunque ofrece un campo de especial interés para futuras lecturas históricas y territoriales integradas del área del Lago de Maracaibo y la Sierra de Mérida.

B. Aportes de orden étnico

18. Las primeras etnias encontradas por Alfinger entre Coro y Santander evidencian la diversidad indígena previa a la simplificación colonial.

Entre Coro y el límite actual de Santander, la hueste de Ambrosio Alfinger entró en contacto con una notable diversidad de pueblos indígenas: *onotos*, *bobures*, *buredes*, *coanabos*, *iriguanas*, *camiruas*, *pacabueyes* y *cindahuas*, además de otros mencionados por los mismos

naturales del valle —como los *haruacanas* y los *dubeys*—. La mayoría de estos nombres fueron recogidos por Esteban Martín en su papel de intérprete, quien poseía conocimiento de las lenguas *caribe* y *arawak*.

Entre estas etnias, los *pacabueyes* destacaban por su extensión territorial y una organización política centralizada bajo el cacique *Tamalameque*, mientras que los *cindahuas* dominaban las riberas del río Magdalena y mantenían un sistema de intercambio con pueblos del interior. En etapas posteriores, los conquistadores de Santa Marta unificaron a estos grupos bajo las denominaciones genéricas de *malibúes del río* y *malibúes de la laguna*, proceso que refleja la simplificación étnica y nominal impuesta por las primeras estructuras coloniales tras el paso de la hueste de Alfinger.

19. Las evidencias culturales y lingüísticas permiten inferir que los *xirihuanas* pertenecían al ámbito *yareguí*.

Los rasgos culturales y lingüísticos atribuidos a los *xirihuanas* sugieren su pertenencia a una parcialidad del ámbito *yareguí* asentada en el valle del Lebrija. Las fuentes los describen como un grupo belicoso y constante en el hostigamiento a la hueste, rasgo coincidente con los patrones de resistencia propios de los *yareguíes* en las vertientes occidentales del Magdalena.

El hecho de que Esteban Martín —quien actuaba como intérprete— pudiera comunicarse con ellos y leerles el Requerimiento indica que hablaban alguna de las lenguas que él dominaba, probablemente la *caribe*, lo que refuerza su parentesco con los *yareguíes*. Todo sugiere que se trataba de una comunidad organizada en torno a un cacicazgo o subcacicazgo local, que operaba como avanzada de expansión hacia el norte, dado que el oriente estaba bajo control *guane*, cuyos puestos y alianzas frenaban el avance en esa dirección.

20. Los *guanés* controlaban la meseta de Lebrija no con asentamientos permanentes, sino mediante pequeños puestos de comercio que facilitaban el intercambio entre el altiplano muisca y el valle del Magdalena.

Los indígenas encontrados en la meseta de Lebrija pueden identificarse con la etnia *guane*, según la descripción que Esteban Martín hace de los nuevos pueblos hallados tras el ascenso desde las tierras bajas. El cambio lingüístico —la interrupción de la comunicación con Martín— revela el paso del ámbito *caribe* al *chibcha*, propio de los *guanés*. También se distingue su vestimenta: mantas de algodón finamente pintadas, iguales a las que Alfinger había visto circular en los valles del Cesar, y asociadas a la producción textil *guane*.

Asimismo, el hallazgo de cargas de sal listas para el intercambio confirma la existencia de una red comercial entre los pueblos andinos y los de tierras bajas, en la que los *guanés* actuaban como intermediarios. Estos puestos de comercio, situados relativamente cerca de la mesa de *Xérira* y del área actual de Chocóa, cumplían una función de enlace regional y de control fronterizo. En ambas batallas libradas en la meseta, los guerreros *guanés* fueron derrotados, lo que desarticuló sus defensas y provocó la pérdida del control territorial. Ello facilitó, en las décadas siguientes, la expansión de los *yaregués* sobre el área. A partir de este punto, los cautivos *guanés* comenzaron a servir como intérpretes, posibilitando la comunicación con los pueblos del nuevo ámbito lingüístico andino.

21. Los *chitareros* conformaban una confederación de núcleos locales organizados en torno a los grandes valles, entre los cuales *El Mene* cumplía una función militar defensiva.

Los pueblos encontrados en el área de *El Mene* —ubicada en la cabecera del río Manco y el valle del río Umpalá— pertenecían al grupo étnico que más tarde sería conocido como *chitarero*.

Existía allí un poblado principal, *El Mene*, rodeado de otros asentamientos secundarios, al menos dos identificables (*Chingara* y *Opaga*) y posiblemente varios más. En conjunto conformaban una región indígena articulada, que los fundadores de Pamplona denominaron posteriormente Provincia de Mechica, tras el cambio toponímico del poblado principal.

Todo indica que los *chitareros* mantenían una subdivisión territorial organizada en torno a los grandes valles, patrón visible también en otras zonas de su dominio: el valle del río Guaca con su poblado principal *Cámara*, el valle de la quebrada Iscalá con un extenso asentamiento de unos ochocientos bohíos, y el del río *Servitá* con el cercado de *Tequia*. Estas evidencias refuerzan la hipótesis, sostenida por varios estudios, de que el sistema sociopolítico chitarero operaba como una confederación de núcleos locales.

En el caso de *El Mene*, todo apunta a que el valle y sus pueblos anexos cumplían una función defensiva, lo que explicaría los indicios de actividad bélica registrados en las fuentes: escuadrones de guerreros, especialización en armas, alto grado de belicosidad y la presencia de restos humanos asociados a prácticas de conflicto.

22. Los habitantes de *El Mene* utilizaban cabezas-trofeo y miembros momificados como elementos rituales dentro de su cosmovisión y, posiblemente, como forma de resistencia.

La presencia de fragmentos humanos expuestos en los bohíos —incluidas cabezas conservadas y partes corporales momificadas— revela un sistema ritual distinto de la simple momificación andina, vinculado tanto al culto a los ancestros como a antiguas guerras. Estos restos funcionaron además como símbolos de poder e intimidación frente a la hueste, y refuerzan la interpretación de *El Mene* como un enclave de carácter guerrero y defensivo dentro del territorio chitarero. Este registro, inédito para el nororiente andino, constituye la primera evidencia

documental de prácticas de exposición ritual de restos humanos en la región.

23. El nombre *haruago*, registrado por Esteban Martín, corresponde a la denominación *chibcha* de los pueblos *chitareros* transmitida por los *guanés*.

La identificación de los indios de *El Mene* con el grupo *chitarero* puede establecerse a partir de los cambios descritos en la *Declaración* de Esteban Martín y confirmados por la crónica de Juan de Castellanos. El propio Martín indica que los naturales de aquellas sierras pertenecían a “otra generación”, cuyo nombre le fue dado como *haruagos*. Esta denominación, transmitida probablemente por un indígena *guane* que servía de guía o intérprete, correspondería a la forma original en lengua *chibcha*. En contraste, el término *chitarero* fue un nombre impuesto posteriormente por los conquistadores de Pamplona, sin vínculo con el etnónimo autóctono.

En cuanto a sus características etnográficas, no difieren sustancialmente de las observadas entre los *guanés*: vestían mantas de algodón pintadas con esmero, y sus asentamientos consistían en grandes pueblos dispersos sobre las sierras y valles, sustentados en una economía principalmente agrícola.

24. Los valles de *Rábicha* y *El Mene* compartían una misma identidad *haruaga*, evidencia de continuidad étnica en el territorio *chitarero*, que podría extrapolarse a otros valles contiguos como *Guaca* y *Tequia*.

Cuando la hueste de Alfinger llegó al valle de *Rábicha* —actual río La Plata, en las cercanías del municipio de Mutiscua (Norte de Santander)—, Esteban Martín señala expresamente que aquel valle era “de la dicha generación *haruagos*”, es decir, perteneciente al mismo grupo indígena observado en el área de *El Mene*. Esta afirmación evidencia una continuidad étnica entre dos zonas relativamente apartadas pero unidas por vínculos sociales y culturales reconocibles. A

ojos del explorador extranjero, se trataba del mismo pueblo, percepción que muy probablemente le fue confirmada por el guía *guane* que lo acompañaba.

Este elemento reviste especial importancia frente a ciertos estudios que han planteado una diferenciación étnica entre los diversos valles posteriormente integrados en la fundación de Pamplona. Por el contrario, los datos analizados permiten inferir que, pese a la separación geográfica, las subregiones correspondientes a los distintos valles mantenían una identidad étnica común y un sentido de pertenencia compartido, mediante el cual se autorreconocían como parte del mismo grupo.

25. Las estrategias de resistencia de los *haruagos-chitareros* evidencian una estructura política cohesionada y una capacidad de organización militar planificada.

La evidencia reunida permite inferir un notable grado de organización sociopolítica entre los *haruagos* o *chitareros*. El poblado de *El Mene*, de carácter fronterizo y militar, funcionaba como primera línea defensiva. Tras su caída, la etnia adoptó una estrategia coordinada de tierra arrasada: quema de pueblos y cultivos, acompañada de hostigamientos continuos mediante alaridos y cornetas. Este patrón se repitió en Silos y en los asentamientos del valle de Rábicha.

En vez de enfrentar directamente a la hueste, los *chitareros* optaron por una táctica de observación y desgaste, aprovechando circunstancias favorables, como la muerte del cadenero Mateo Sánchez cerca del actual Mutiscua, registrada por Aguado. Todo indica que distintos pueblos fueron convocados hacia el valle de Iscalá, donde posiblemente se encontraba el centro político de la etnia. Ante tal concentración indígena, la hueste prefirió desviarse hacia Chinácota.

Posteriormente, los *chitareros* suspendieron los ataques para preparar la emboscada final que culminó con la muerte de Alfinger, utilizando incluso flechas envenenadas, práctica inusual

entre los pueblos andinos. Este conjunto de acciones evidencia una estructura de liderazgo y coordinación militar, más propia de una organización política cohesionada que de respuestas aisladas o espontáneas.

C. Aportes de orden histórico-consecuencial

26. La red de caminos prehispánicos fue determinante para el avance y la supervivencia de la expedición de Alfinger.

De los casi dos mil kilómetros recorridos por la hueste de Alfinger durante toda la expedición, solo en unos ochenta avanzaron sin seguir un camino prehispánico existente. La investigación permite constatar no solo la existencia de una amplia red de caminos indígenas en el momento del contacto con los europeos, sino también la importancia que estos tuvieron para las huestes de conquista, al facilitar su movilidad y asegurar el acceso a una sucesión de poblados donde encontraban abastecimiento y guianza. La ausencia de una vía reconocida, o la presencia de senderos estrechos e insuficientes para el paso de caballos, generaba crisis en las empresas de exploración. Tal como se observó en el caso de Ambrosio Alfinger, ello debilitó a los integrantes de la expedición y los desorientó, volviéndolos más vulnerables tanto ante los rigores del terreno como frente a la resistencia indígena.

27. Los indicios apuntan a un pacto de silencio entre la hueste sobre el hallazgo de Xérira, responsable de la omisión del episodio en el relato oficial de Esteban Martín.

Diversos indicios permiten retomar una hipótesis ya planteada por Juan Friede: la posible existencia de un pacto de silencio entre los hombres de la hueste acerca de las grandes poblaciones encontradas en Xérira y de aquellas que les habían sido referidas más hacia el sur. El acuerdo habría buscado reservar para ellos mismos la explotación futura de aquellos territorios, una vez

reorganizada la empresa en Coro, lo cual no llegó a ocurrir porque la muerte de Alfinger truncó ese plan.

Así se puede explicar la omisión deliberada de *Xérira* y del río del Oro en la *Declaración de una lengua* de Esteban Martín, texto que —por su carácter oficial— pudo haber evitado revelar información estratégica a otros conquistadores. Sin embargo, los Welser conocieron los hallazgos, como lo demuestra el envío de Nicolás de Federmann para continuar la empresa. Tras el fracaso de su expedición, el silencio se quebró: algunos antiguos miembros de la hueste transmitieron los hechos a cronistas como Castellanos y Aguado, quienes incorporaron en sus obras los episodios omitidos por Martín. Gracias a ello, la historiografía pudo recuperar la memoria del encuentro con el pueblo *guane* y el papel de *Xérira* como punto culminante del itinerario de Alfinger.

28. El antiguo pueblo de *El Mene* persistió tras el contacto bajo el nombre de *Mechica* y sus descendientes participaron en la formación de Bucarica y el pueblo de indios de Bucaramanga.

Tras el paso de la hueste de Alfinger, el poblado de *El Mene* fue reconstruido y adoptó el nombre de su cacique *Mechica*, con el cual fue identificado por las huestes de Ortún Velasco y Pedro de Ursúa en 1549, durante la fundación de Pamplona. Este cambio toponímico explica la pérdida del nombre original, que solo sobrevivió entre un grupo trasladado a las minas de Suratá, donde conservaron *El Mene* como referencia de origen, pero terminaron fusionándose con el pueblo de *Cachagua*.

Con la creación de la hacienda Bucarica, en las cercanías de la actual Floridablanca, los pueblos de *Mechica*, *Chingara* y *Opaga* desaparecieron al ser sus habitantes los primeros que fueron empleados como lavadores del río del Oro. Paralelamente, los indígenas de *El Mene*

fusionados con los de *Cachagua* dieron origen al pueblo de indios de Bucaramanga. De esta manera, los descendientes de *El Mene* participaron desde ambos extremos en la conformación temprana de la actual capital de Santander.

29. Como consecuencia de la información recabada por la hueste de Alfinger, las expediciones de Nicolás de Federmann y Jorge de Espira tuvieron como objetivo principal alcanzar Xérira.

Al llegar la hueste desbaratada a Coro, el 2 de noviembre de 1533, dos informaciones resultaron determinantes. La primera, a nivel de la Casa Welser y de los alemanes, fue el hallazgo de las riquezas del río del Oro. La segunda, compartida también por los sobrevivientes de la expedición, fue el descubrimiento de la provincia de *Xérira* —no es posible establecer si para ese momento ya existía el nombre *Guane*— y las referencias a grandes pueblos y riquezas hacia el sur.

Lo anterior tuvo como consecuencia inmediata la organización de dos nuevas expediciones: la de Jorge de Espira y la de Nicolás de Federmann, ambas con la intención de regresar y conquistar *Xérira*. Ninguna de las dos alcanzó su objetivo. Espira se extravió en los llanos, mientras que Federmann encontró resistencia por parte de las autoridades de Santa Marta para atravesar el valle de Upar, lo que lo obligó a internarse nuevamente en los llanos e intentar remontar la cordillera hacia *Xérira*, empresa que finalmente lo condujo mucho más al sur, hasta el altiplano muisca.

30. Los soldados de Alfinger que llegaron al Nuevo Reino estimularon, y luego aportaron su conocimiento del territorio, en la expedición de Martín Galeano hacia los pueblos *guanés*.

Una vez en el Nuevo Reino, varios de los soldados que habían llegado con Nicolás de Federmann decidieron quedarse y participar en la fundación de las nuevas ciudades de Vélez y

Tunja. De los primeros pobladores de Vélez, treinta y tres hombres habían integrado la hueste de Federmann, y entre ellos se han podido identificar ocho que también estuvieron en la expedición de Alfinger.

La información que conservaban sobre su paso por *Xérira* fue uno de los principales motores para la campaña que organizó Martín Galeano en enero de 1540, con el propósito de conquistar las poblaciones situadas entre la ciudad de Vélez y la mesa de *Xérira*, territorio que posteriormente se conoció como la provincia de *Guane*. Gracias a la estancia de dos meses en la mesa durante la expedición de Alfinger, estos soldados conocían el terreno y sirvieron de guías a la nueva hueste hasta alcanzar *Xérira*.

31. Los *yareguíes* expandieron su dominio hacia el oriente, sobre la meseta de Lebrija, tras la desarticulación *guane* provocada por el paso de Alfinger.

La irrupción de una fuerza extranjera con tanto poderío bélico tuvo un efecto decisivo en la organización territorial de las etnias del nororiente andino. En el caso de Santander, existía un equilibrio entre las tres principales: *yareguíes*, *guanés* y *chitareros*, con fronteras claramente definidas y custodiadas. Para el momento del contacto, los *yareguíes* se encontraban en una etapa de expansión, motivada por la búsqueda de nuevos recursos, pero este avance estaba limitado por el control *guane* hacia el oriente, tanto en las márgenes del río Suárez como en la meseta de Lebrija.

Ante este panorama, los *yareguíes* debieron orientar su expansión hacia el norte, hacia el valle del río Lebrija, donde Alfinger encontró a los *xirihuanas*, una parcialidad en proceso de asentamiento. El paso de la hueste y la destrucción de la capacidad militar *guane* en la meseta de Lebrija abrieron el camino a la expansión de elementos *yareguíes* sobre este territorio durante los años siguientes, logrando avanzar hacia el oriente casi hasta el río del Oro, donde empiezan a ser

mencionados en documentos coloniales tras el establecimiento del distrito minero.

32. La pérdida del control sobre la meseta de Lebrija ocasionó el cierre de la ruta comercial *guane* hacia el Magdalena y su repliegue al área de *Xérira*.

En consonancia con lo expuesto en el apartado anterior, los *guanés* vieron derrotados sus escuadrones de guerreros en la meseta de Lebrija, perdiendo con ello el control territorial sobre la zona y, por ende, la ruta comercial que mantenían con el valle del Magdalena. La convivencia de cerca de dos meses con la hueste de Alfinger en la mesa de *Xérira*, donde se establecieron en posiciones separadas, pero sin enfrentamientos directos, les permitió observar y comprender parcialmente el comportamiento y las intenciones de los recién llegados.

De esta manera, contaron con un periodo de alrededor de siete años antes de la nueva irrupción española, esta vez desde el sur, con la hueste de Martín Galeano, más no es posible determinar en qué medida las estrategias de resistencia adoptadas ante esta segunda incursión fueron consecuencia directa de la experiencia obtenida durante la primera.

33. Los *haruagos-chitareros* mantuvieron su territorio tras el paso de Alfinger, pero adoptaron nuevas estrategias ante las incursiones posteriores.

En el caso de los *haruagos* —posteriormente conocidos como *chitareros*—, su territorio volvió a ser escenario de incursiones españolas en dos ocasiones posteriores. En 1539, Hernán Pérez de Quesada ingresó por el valle del actual río Servitá, avanzó hacia el valle de Guaca y alcanzó el de Chinácota, para luego regresar por el mismo camino. Según la crónica de Aguado, la estrategia indígena pareció similar a la observada en tiempos de Alfinger: un enfrentamiento frontal en *Tequia*, seguido del incendio de los pueblos a su paso y una posterior reorganización en el valle de Iscalá. Sin embargo, en esta ocasión, ante el retorno de los invasores, no parece haber

existido una batalla final.

Diez años después, hacia 1549 —dieciséis años después de la expedición de Alfinger—, las huestes de Ortún Velasco y Pedro de Orsúa encontraron menor resistencia por parte de los habitantes locales. Es posible que, tras los dos contactos previos y conociendo lo sucedido en la provincia de Guane, los pueblos *chitareros* optaran inicialmente por una actitud de colaboración, aunque más tarde retomaron las acciones bélicas.

Por otra parte, al momento de la llegada de Velasco y Orsúa, el territorio de *El Mene* — que luego pasó a llamarse *Mechica*— no había sido alterado y presentaba una población considerable. Por ello, no puede establecerse una pérdida territorial significativa, probablemente debido a que no eran vecinos inmediatos de una etnia expansionista como los *yareguíes*.

Como puede observarse, los treinta y dos aportes aquí presentados son de naturaleza diversa —algunos descriptivos, otros explicativos y otros propositivos—, y ponen sobre la mesa académica nuevas interpretaciones sujetas a posteriores análisis. Con ello se busca contribuir, poco a poco, a la construcción del conocimiento sobre nuestra historia regional, tanto prehispánica como del periodo hispánico. Por ahora, son escasas las propuestas que contradicen abiertamente lo establecido por investigaciones anteriores; más bien, pueden entenderse como complementos o aclaraciones plausibles de hechos ya conocidos. Los estudios basados en documentación de archivo a nivel regional podrán, a partir de ahora, tener en cuenta estas nuevas perspectivas para ampliar sus enfoques e incorporar otros puntos de vista.

Ahora bien, pese a los avances logrados, esta investigación deja abiertas diversas líneas de trabajo que exceden su alcance inmediato. Por ejemplo, la ruta general propuesta requiere un

estudio más detallado a menor escala en cada uno de sus segmentos, tarea que podría ser asumida por historiadores e investigadores locales, conocedores de su territorio, de los antiguos caminos susceptibles de considerarse prehispánicos y de ciertos topónimos específicos que permitan cotejar lo aquí planteado.

A lo largo del proceso, las principales dificultades provinieron de la fragmentariedad de las fuentes y de la falta de continuidad toponímica entre los nombres registrados por Esteban Martín y los asignados posteriormente por las huestes sucesivas. Esta discontinuidad dificulta una localización más precisa de los lugares y obliga a recurrir a inferencias espaciales y comparaciones interdisciplinarias.

Persisten, por tanto, interrogantes sobre los tramos intermedios del itinerario, sobre la ubicación exacta de algunos pueblos mencionados por Esteban Martín, sobre la convivencia entre la hueste y los guanes, o sobre si los vínculos étnicos observados entre los haruagos-chitareros se extendían también a otros valles. Asimismo, permanece abierta la pregunta acerca de la naturaleza de los sitios funerarios hallados en el área metropolitana de Bucaramanga: si corresponden a contextos prehispánicos o al periodo de contacto, cuando el equilibrio fronterizo ya se había alterado.

Por otra parte, este estudio etnohistórico no profundiza en el ámbito arqueológico, de modo que las propuestas de localización de rutas y asentamientos deberán ser verificadas mediante futuras investigaciones de esa disciplina. Tal es el caso de la hipótesis sobre la ubicación de El Mene, un punto que conserva aún condiciones propicias para una prospección arqueológica que confirme o descarte la interpretación aquí presentada, en cuyo caso habría que reformularla hasta alcanzar una coincidencia entre ambas líneas de evidencia.

Del mismo modo, dado que el propósito de este trabajo no fue elaborar un compendio descriptivo exhaustivo de cada grupo étnico, se hace necesaria la actualización de los estudios generales sobre los pueblos prehispánicos tratados, incorporando las observaciones aquí expuestas. Resulta pertinente, por ejemplo, renovar el análisis sociopolítico de los chitareros, el territorial de los guanes o las características etnográficas de los yaregués en conjunto.

En un plano más aplicado, la ruta propuesta podría concebirse como un proyecto patrimonial y, eventualmente, turístico, similar al que se adelanta en torno a los caminos de Lenguerke. Muchos de los tramos identificados conservan aún vestigios de antiguos senderos que, debidamente señalizados y estructurados, podrían convertirse en rutas históricas, como los trayectos entre Piedecuesta y Silos o entre Silos y Chinácota.

Además, el carácter aventurero, geográfico y narrativo de la expedición ofrece un enorme potencial de divulgación a través de la literatura y la cinematografía. Un libro ilustrado o una historieta basada en los hechos contribuirían a la comprensión del periodo de contacto en la región; del mismo modo, un documental sobre la expedición y su influencia en el proceso colonizador permitiría acercar este episodio al público general.

De cara al futuro, y considerando la cercanía de la conmemoración de los quinientos años de la expedición, sería deseable promover investigaciones académicas y proyectos de difusión histórica, como materiales pedagógicos que integren la historia local con la investigación científica, o trabajos de campo que reconstituyan la ruta de Alfinger, al modo de lo hecho con la Campaña Libertadora. También los municipios vinculados a esta historia podrían impulsar actividades conmemorativas —exposiciones itinerantes, esculturas o intervenciones urbanas— que no necesariamente exalten la figura del conquistador, sino que representen el encuentro de culturas o la resistencia indígena ante la hueste. En todo caso, lo esencial es reconocer que los

acontecimientos del pasado tuvieron un espacio concreto donde se desarrollaron, un espacio que aún hoy puede ser identificado y preservado.

Finalmente, tal como se señaló en la introducción, este análisis general de la expedición de Ambrosio Alfinger busca incentivar a los nuevos investigadores a proponer lecturas propias sobre el periodo de contacto, pues siempre habrá algo más que decir. Más que un punto final, este estudio aspira a servir como punto de partida para nuevas investigaciones, diálogos interdisciplinarios y proyectos culturales que devuelvan al paisaje su dimensión histórica y a las comunidades su vínculo con la memoria del territorio.

Referencias Bibliográficas

- “Ambrosio Alfínguer. *Governación.*” En *Cedulario de las provincias de Venezuela*, 41. (Caracas: Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales), 1982.
- “Capitulación de los Belzares con la Corona de Castilla, Madrid, 27 de marzo de 1528.” Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Accedido el 26 de marzo de 2025. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/capitulacion-de-los-belzares-con-la-corona-de-castilla-madrid-27-de-marzo-de-1528--0/html/ff6bf908-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- “Fragmentos sobre el valle de los Pacabueyes.” En *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, vol. III (1533–1535), 87–92. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1955.
- “Fragmentos del pleito sobre la jurisdicción del Nuevo Reino de Granada.” En *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, vol. V (1538–1540), 274–275. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1957.
- Academia de Historia del Estado Zulia. Pronunciamiento sobre las actuaciones de la Fundación Luxburg-Carolath. Maracaibo, 22 de octubre de 2021. <https://www.academiahistoriazulia.com/wp-content/uploads/2021/10/PRONUNCIAMIENTO-DE-LA-ACADEMIA-DE-HISTORIA-DEL-ESTADO-ZULIA-SOBRE.pdf>.
- Academia Nacional de la Historia. *Juicios de residencia en la Provincia de Venezuela. I: Los Welser*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1977.
- Acevedo Gutiérrez, Álvaro. “El proceso de hispanización del nororiente colombiano durante el siglo XVI.” *Reflexiones Teológicas* 6 (septiembre–diciembre de 2010): 233–267.
- Acevedo Tarazona, Álvaro, y Juan Sebastián Bonilla Ayala. “Una aproximación al poblamiento de la provincia Guane en las visitas de 1560 y 1572.” *Historia y Espacio* 59 (2022). https://historiayespacio.univalle.edu.co/index.php/historia_y_espacio/article/view/5854/8270.
- Acosta de Samper, Soledad. *Biografías de hombres ilustres o notables, relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente Estados Unidos de Colombia*. Bogotá: Imprenta de Silvestre & Compañía, 1883.
- Acosta, Joaquín. *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*. París: Imprenta de Beau, en San Germán en Laye, 1848.
- . *Mapa del territorio de la Nueva Granada en el siglo XVI*. Bogotá: Litografía de S. A. Velasco, 1848. Disponible en Biblioteca Digital del Banco de la República. <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll13/id/243/>.

- Aguado, Fray Pedro de. *Historia de Venezuela*, tomo I. Ed. Jerónimo Bécker. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1918.
- . *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada. Primera parte. Libro I*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1916.
- Alcaldía Municipal de Santa Bárbara. *Esquema de ordenamiento territorial: Santa Bárbara, Santander, 2001. Documento técnico: Etapa de diagnóstico, componente físico-biótico*. Santa Bárbara: Alcaldía Municipal, 2001.
<https://repositorio.cidm.esap.edu.co/handle/20.500.14471/10983>.
- Anaya Hernández, Armando, y Claudia Espejel Carbajal. “Legua a legua. Análisis de la visita de Antonio de Caravajal a Michoacán (1523–1524) desde los Sistemas de Información Geográfica.” *Americae* 3 (2018): 67–94.
<https://americae.fr/articles/legua-legua-analisis-visita-antonio-caravajal-michoacan/>.
- Ancízar, Manuel. *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 y 51*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1853.
- Anónimo. “Edelsinn und Vorurtheil. Eine Erzählung aus der ersten Hälfte des 16ten Jahrhunderts [Nobleza de ánimo y prejuicio. Un relato de la primera mitad del siglo XVI].” *Didaskalia oder Blätter für Geist, Gemüth und Publizität*, no. 1 (1 de enero de 1826).
https://www.digitale-sammlungen.de/view/bsb10531029_00011_u001?page=%2C1.
- Anónimo. “Relación del descubrimiento y población de la provincia de Santa Marta.” En *Relaciones históricas de América. Primera mitad del siglo XVI*, 88–91. Madrid: La Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1916.
- Arcaya, Pedro Manuel. *Historia del Estado Falcón. Tomo primero*. Caracas: Tipografía “Cosmos”, 1920.
- Archivo General de la Nación de Colombia. *Besca, Chingaras, Guaca, Cáçota, Mechica, Opaga, otros: diligencias de visita (1570–1572)*. Sección Colonia, fondo Visitas: SC.62; subfondo Visitas–Santander: SC.62; signatura VISITAS–SANT:SC.62,8,D.2.
- . “Diligencias de visita a Tescua, Queneroma, Ucata, otros” (1623). Sección Colonia, fondo Visitas: SC.62; subfondo Visitas–Santander: SC.62; legajo “Diligencias de visita a Tescua, Queneroma, Ucata, otros”, fols. 866r–867r.
- Arciniegas, Germán. *Los alemanes en la conquista de América*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1941.
- Ardila Díaz, Isaías. *El pueblo de los guanes: raíz gloriosa de Santander*. Bogotá: SENA, 1978.
- Arenas, Emilio. *Los Guane: El pueblo de la Cingla*. Bucaramanga: Universidad Santo Tomás, 2004.
- Arriaza, Bernardo T., y Vivien G. Standen. *Muerte, momias y ritos ancestrales: La cultura Chinchorro*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2002.
- Artesanías de Colombia. *Proyecto para la promoción de la manta Wayúu*. Bogotá: Artesanías de Colombia, 2012.

- <https://repositorio.artesaniadescolombia.com.co/bitstream/001/10392/1/INST-D%202012.%20204.pdf>.
- Avellaneda Navas, José Ignacio. “La hueste de Federmann y la población de Vélez.” *Revista Estudio* (Academia de Historia de Santander), núm. 305 (1987): 23–37.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel. *La hueste indiana. Cuadernos Historia 16*, n.º 172. Madrid: Información y Revistas, Grupo 16, 1985.
<https://archive.org/details/CuadernosDeHistoria16172LaHuesteIndiana1985/page/n17/mode/2up>.
- Bécker, Jerónimo. “Nota A al capítulo XI.” En *Historia de Venezuela*, de Fray Pedro de Aguado, tomo I, editado por Jerónimo Bécker, 90. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés, 1918.
- Bermúdez Plata, Cristóbal, dir. *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Vol. I (1509–1534). Sevilla: Imprenta Editorial de la Gavidia, 1940.
- Briones de Pedraza, Bartolomé. *Relación de Tenerife II* (1580). En *Relaciones geográficas de la Nueva Granada (siglos XVI a XIX)*, editado por Víctor M. Patiño, *Cespedesia*, suplemento n.º 4, nos. 45–46, 151–175. Cali: Imprenta Departamental, 1983.
<https://biblioteca.inciva.gov.co/registros-bibliotecarios/cespedesia-sup--no-4-nos--45-46-ene-jun-1983->.
- British Library. *Add. MS 15217, fol. 35, Memoirs, Biographical Notes and Poems, etc., of the Coeler Family* (título archivístico asignado por la British Library). Shelfmark: Add. MS 15217, item c07280–04. <https://imagesonline.bl.uk/asset/5085>.
- . *Add. MS 15217, fol. 39v, Memoirs, Biographical Notes and Poems, etc., of the Coeler Family* (título archivístico asignado por la British Library). Shelfmark: Add. MS 15217, item 060726. <https://imagesonline.bl.uk/asset/12433>.
- Cáceres, Alejandro E. *La Capitulación de los Welser: génesis de la historia de la empresa y los negocios en Venezuela*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri, 2007.
- Cadavid, Gilberto. “La montaña santandereana.” En *Colombia prehispánica: regiones arqueológicas*, editado por Ana María Groot de Mahecha, Leonor Herrera, Santiago Mora y Álvaro Botiva Contreras, 83. Bogotá: Colcultura, Instituto Colombiano de Antropología, 1989.
<https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/2781/>.
- Caillavet, Chantal. “Antropofagia y frontera: El caso de los Andes septentrionales.” En *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*, editado por Chantal Caillavet y Ximena Pachón. Lima: Institut français d’études andines, 1996.
<https://doi.org/10.4000/books.ifea.2500>.
- Calderón Patiño, Sol Alejandra. *El relato de la conquista en la Academia Colombiana de Historia, 1902–1938*. Trabajo de grado de maestría en Historia, Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2016.
- Cardale de Schrimppff, Marianne. “Camino al paisaje del pasado.” En *Camino precolombino*:

- las vías, los ingenieros y los viajeros*, editado por Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppf, 57–87. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ministerio de Cultura, 2000.
- Cárdenas Benítez, María del Pilar. “Un trujillano en América: Juan Prieto de Orellana, visitador de la Audiencia de Santa Fe.” *CHDE Trujillo*, 1 de octubre de 1998.
- Carod-Artal, Francisco J. “El culto a los cráneos. Cabezas trofeo y tzantzas en la América precolombina.” *Revista de Neurología* 55 (2012): 111–120.
- Carrero Becerra, Manuel Waldo. *Orígenes de Chinácota: pasado, presente y futuro*. Chinácota, 17 de agosto de 2002.
https://chinacota.com/wp-content/uploads/2018/11/origenes_chinacota_carrero.pdf.
- Carvajal, Martín. “Hallazgo de una tumba indígena.” *Estudio: órgano del Centro de Historia de Santander* 5, núms. 47–51 (mayo de 1936): 85–86.
- Castellanos, Juan de. *Elegías de varones ilustres de Indias*. En *Biblioteca de Autores Españoles*, t. IV. Madrid: Imprenta de La Publicidad, a cargo de M. Rivadeneyra, 1847.
- . *Elegías de varones ilustres de Indias*. Bogotá: El Libro Total, Prisma.
<https://www.llibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3458>.
- Castillo Lara, Lucas G. “Santa Ana de Coro – símbolo de fe.” *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas) 65, núm. 260 (1982).
- Chamoussy, Vincent. “Empleo de las armas arrojadas del área centro-andina: ¿armas de caza o de guerra?” *Arqueología y Sociedad* 24 (2012): 43–86.
- Chardon, Roland. “The Elusive Spanish League: A Problem of Measurement in Sixteenth-Century New Spain.” *The Hispanic American Historical Review* 60, no. 2 (mayo de 1980), 294–302.
<https://www.jstor.org/stable/2513219>.
- Chávez Balderas, Ximena. “Decapitación ritual en el Templo Mayor de Tenochtitlan: Estudio tafonómico.” En *El sacrificio humano en la tradición religiosa mesoamericana*, 317–344. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010.
- Codazzi, Agustín. *Mapa corográfico de la provincia de Soto levantado por Agustín Codazzi 1851*. Bogotá: Archivo General de la Nación, 1851. Biblioteca Nacional de Colombia, registro fmapoteca_11_fagn_11,
<https://www.bibliotecanacional.gov.co>.
- , y Manuel María Paz. *Carta de Colombia*. París: A. Lahure, 1889. David Rumsey Historical Map Collection.
<https://www.davidrumsey.com>.
- Colmenares, Germán. *Encomienda y población en la provincia de Pamplona, 1549–1650*. Pamplona: Universidad de Pamplona, 1999.
- Colón, Cristóbal. *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Biblioteca Clásica, tomo CLXIV. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y Cía, 1892.

- <https://www.cervantesvirtual.com/obra/relaciones-y-cartas-de-cristobal-colon--0/>.
- Comisión Corográfica (Colombia). *Geografía física y política de las provincias de la Nueva Granada*. Bogotá: Imprenta del Estado; Imprenta del Banco de la República, 1858.
- Conlee, Christina, y Aldo Noriega. “Cabeza trofeo Nasca y sacrificio humano en La Tiza.” *Arqueología y Sociedad* 27 (2014): 49–58.
- Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536–1731). Editado por Antonio García Ángel. Bogotá: Instituto Distrital de las Artes – Idartes, 2013. PDF. <https://coleccionedigitales.biblored.gov.co/items/show/157>.
- Cunill Grau, Pedro. “El hallazgo de Venezuela y su incorporación al ámbito euroamericano.” En *GeoVenezuela*, vol. 1, *La geografía histórica del poblamiento territorial venezolano. La tropicalidad venezolana*, 185–202. Caracas: Fundación Empresas Polar, 2007.
- De Booy, Theodor. “An Exploration of the Sierra de Perijá, Venezuela.” *Geographical Review* 6, n.º 5 (noviembre de 1918): 385–396. <https://www.jstor.org/stable/207698>.
- De Lerma, García. “Carta e relación al Obispo de Santo Domingo sobre las cosas de aquella tierra, Santa Marta, 16 de enero de 1530.” En *Colección de Documentos Inéditos relativos al Descubrimiento, Conquista y Colonización de las Posesiones Españolas en América y Oceanía*, tomo XLI, cuaderno I. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1884. <https://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000242382&page=1>.
- De Lima Urdaneta, Blanca. “Alemanes en la Provincia de Venezuela durante el siglo XVI.” Ponencia presentada en el 53 Congreso Internacional de Americanistas, julio de 2009. Publicada en *Clio Blanca* (blog). <http://clio-blanca.blogspot.com/2009/09/alemanes-en-la-provincia-de-venezuela.html>.
- Delgado, Carlos. “Camino nacional Honda - Santafé de Bogotá: Transporte, economía y desarrollo.” *Apuntes del Cenes* 24, n.º 38 (2004): 199–227. <https://revistas.uptc.edu.co/index.php/cenes/article/view/167>.
- Díaz, Pedro Eduardo. “Fundación de Chinácota.” *Boletín de Historia y Antigüedades* 7, n.º 83 (abril de 1912): 707–716.
- Donís Ríos, Manuel Alberto. “La formación territorial del occidente venezolano. Discurso de incorporación como individuo de número a la Academia Nacional de la Historia.” *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 376, t. XCIV (octubre–diciembre de 2011): 13–53. Caracas: Gráficas Franco C.A. <https://www.anhvenezuela.org.ve/wp-content/uploads/2020/04/BANH-376.pdf>.
- Elías-Caro, Jorge Enrique. “García de Lerma: segundo gobernador oficial de Santa Marta.” En *Gobernadores coloniales de la provincia de Santa Marta: once historias sobre sus acciones políticas y militares, 1525–1820*. Santa Marta–Bogotá: Editorial Unimagdalena; Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2023.
- Estrada Martínez, Zahandra Patricia. *Transformación de los medios de vida de los pescadores artesanales, por la puesta en marcha de la central hidroeléctrica Sogamoso. El caso de*

- los pescadores ubicados aguas abajo del río Sogamoso en el departamento de Santander.* Tesis de maestría, Pontificia Universidad Javeriana, 2016.
- Falchetti, Ana María. “El ocaso del Gran Zenú.” En *Cartagena de Indias y su ámbito caribe. Siglos XVI y XVII*, editado por Margarita González, 201–229. Madrid: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1984.
- . “La tierra del oro y el cobre: parentesco e intercambio entre comunidades orfebres del norte de Colombia y áreas relacionadas.” *Boletín Museo del Oro* núms. 34–35 (1993–1994): 9–52.
- . *El oro del Gran Zenú: metalurgia prehispánica en las llanuras del Caribe colombiano*. Bogotá: Banco de la República – Museo del Oro, 1995.
- Fals Borda, Orlando. *Mompox y Loba: Historia doble de la Costa*. 2ª ed. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; El Áncora Editores, 2002.
- . *Resistencia en el San Jorge*. 2ª ed. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; Banco de la República; El Áncora Editores, 2002.
<https://sentipensante.red/letras/historia-doble-de-la-costa-tomo-3/>.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*. Editado por José Amador de los Ríos. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851.
- Fernández de Piedrahita, Lucas. *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Amberes: Enrique y Juan Bautista Verdussen, 1688.
- Fernández Díaz, José Alirio. *Estudios preliminares para la restauración y rehabilitación del Puente Real y Molino del Caraba en el municipio de Silos, Norte de Santander*. Pamplona: Universidad de Pamplona, 2016.
- Figuroa Chilito, Miguel Andrés. *Oro del Sur de Bolívar: Consideraciones metalogenéticas y optimización del beneficio mineral*. Tesis de pregrado, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias, Departamento de Geociencias, 2019.
- Franco, Francisco. “El ‘otro’ como caníbal. Un acercamiento a los indios Caribes. Estudio sobre el origen del mito de la antropofagia de Julio César Salas.” *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología* 18, n.º 51 (enero–abril de 2008): 36–59.
<https://www.redalyc.org/pdf/705/70517459004.pdf>.
- Friede, Juan. “Geographical Ideas and the Conquest of Venezuela.” *The Americas* 16, n.º 2 (octubre de 1959): 145–157.
- . *Los Welser en la conquista de Venezuela*. Caracas–Madrid: Ediciones Edime, 1961.
- Fuentes, Pedro María. *Monografía del Municipio de Chinácota*. Cúcuta: Imprenta Departamental, 1945.
PDF disponible en https://chinacota.com/wp-content/uploads/2018/11/monografia_chinacota.pdf.
- Gamboa, Jorge, ed. *Encomienda, identidad y poder: La construcción de la identidad de los*

- conquistadores y encomenderos del Nuevo Reino de Granada, vista a través de las Probanzas de mérito y servicios (1550–1650)*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2002.
- García de Cuevas, Ginés. “Fuentes documentales del Archivo de la Academia Nacional de la Historia para el estudio de los alemanes en Venezuela. Siglo XVI.” *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 79, n.º 314 (1996).
<https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldeHistoriaCaracas/1996/vo179/no314/10.pdf>.
- García, José Joaquín. *Crónicas de Bucaramanga*. 1894. Edición digital. El Libro Total.
https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=21_32_38&txt_coord=38,6,0_38,8,1.
- Gómez y Gómez, Ce. *Francisco Martín: el caníbal castellano en la conquista de Guata*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021.
<https://monteavilaeditores.com/libros/francisco-martin-el-canibal-castellano-en-la-conquista-de-guata/>.
- Gómez, Carlos Alarico. “El nombre de Venezuela tiene nombre indígena.” En *Crónicas de Maracaibo*. Maracaibo: Academia de Historia del Estado Zulia, 2020.
<https://pdfcoffee.com/libro-chronicas-de-maracaibo-3-pdf-free.html>.
- González Cruz, David. “Los viajes andaluces (1498–1503): Empresas náuticas en tiempos de exploraciones descubridoras.” *Revista Andalucía en la Historia* n.º 75 (abril de 2022).
<https://www.centrodeestudiosandaluces.es/publicaciones/los-viajes-andaluces-ah-75>.
- González Fernández, Víctor. “El desarrollo de sociedades complejas en el valle de Iscalá.” *Gaceta Histórica del Norte de Santander* n.º 124 (2002): 259–283.
https://www.academia.edu/7054504/El_Desarrollo_de_Sociedades_Complejas_en_el_Valle_de_Iscal%C3%A1.
- Grazioli, Edwin. *Schiffahrt der Welser nach Venezuela*. Ca. 1942. Stuttgart: Der praktische Schulmann, lámina n.º 302. Publicado en museum-digital: niedersachsen.
<https://nds.museum-digital.de/object/88561>.
- Groot de Machecha, Ana María. “Sal, caminos y mercaderes: El caso de los muiscas en el siglo XVI.” En *Caminos precolombinos: las vías, los ingenieros y los viajeros*, editado por Leonor Herrera y Marianne Cardale de Schrimppff, 257–274. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, Ministerio de Cultura, 2000.
- Guerrero Rincón, Amado Antonio. *Territorio, economía y sociedad. Desarrollo regional en la provincia de Pamplona, siglo XVIII*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2016.
- Gutiérrez Ramos, Jairo. “Poblamiento colonial de la actual provincia de García Rovira, antigua jurisdicción de la ciudad de Pamplona.” En *Poblamiento regional, etnohistoria y etnografía en Pamplona*, compilado por María Cristina Mogollón Pérez y Silvano Pabón Villamizar, 59–79. Pamplona: Alcaldía de Pamplona; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander; Instituto Departamental de Cultura, 1994.
- Haebler, Konrad. “Ambrosius Dalfinger, der Generalkapitän von Venezuela” [Ambrosio

- Alfinger, el Capitán General de Venezuela]. *Beilage zur Allgemeinen Zeitung*, n.º 60 (1 de marzo de 1895): 5–6. Múnich: J. G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger.
https://www.digitale-sammlungen.de/view/bsb00085580_00399_u001?page=4%2C5.
- . *Die überseeischen Unternehmungen der Welser und ihrer Gesellschafter* [Las empresas de ultramar de los Welser y sus socios]. Leipzig: C. L. Hirschfeld, 1903.
<https://ia600208.us.archive.org/34/items/dieüberseeische00haeb/dieüberseeische00haeb.pdf>.
- Hernández Carvajal, María Eugenia. *Ni con pequeño trabajo, ni con pequeño favor de Dios: Fray Pedro Aguado y fray Antonio de Medrano frente a la conquista del Nuevo Reino de Granada*. Colombia: Editorial Universidad del Rosario, 2012.
- Hernández, Luis Guillermo. *Breve diccionario biográfico e histórico de la conquista y resistencia indígena del Zulia*. Maracaibo: Sultana del Lago Editores, 2018.
- Hernández-Montilla, Mariana C., y Carlos Portillo-Quintero. “Conversión de los bosques del norte de la Sierra de Perijá, estado Zulia.” En *Libro Rojo de los Ecosistemas Terrestres de Venezuela*, 257–262. Caracas: Provita; Shell Venezuela; Lenovo Venezuela, 2010.
<https://ecosistemasamenazados.org/casos/c4/>.
- Herrera Ángel, Marta. “El espacio étnico y el espacio provincial.” En *Territorio, población y trabajo indígena: provincia de Pamplona, siglo XVI*, por Hermes Tovar Pinzón, Luis Enrique Rodríguez Baquero y Marta Herrera Ángel, 17–66. Santafé de Bogotá: Centro de Investigaciones de Historia Colonial; Instituto Colombiano de Cultura Hispánica; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander, 1998.
- Humbert, Jules. *La ocupación alemana de Venezuela en el siglo XVI: período llamado de los Welser (1528–1556)*. Traducido por Roberto Gabaldón. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983. Publicado originalmente en francés en 1905.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC). *Mapa topográfico de Cúcuta*, hoja 88IIA. Bogotá: IGAC, 2009. PDF. <https://www.igac.gov.co>.
- . *Mapa topográfico de Durania y Chinácota*, hoja 98IIC. Bogotá: IGAC, 2009. PDF.
- . *Mapa topográfico de Pamplonita y Chinácota*, hojas 98IVC y 110IIA. Bogotá: IGAC, 2009. PDF.
- . *Mapa topográfico de Santa Bárbara y Guaca*, hojas 121IIIA y 121IIC. Bogotá: IGAC, 2009. PDF.
- Jaramillo E., Luis Gonzalo. “Guerra y canibalismo en el valle del río Cauca en la época de la conquista española.” *Revista Colombiana de Antropología* 32 (1995): 42–84.
<https://doi.org/10.22380/2539472X.1392>.
- Kupchik, Christian. *La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América*. Madrid: Ediciones Nowtilus, 2008.
- Langebaek Rueda, Carl Henrik. “Águilas y caricuríes: Venezuela y su coparticipación en el área orfebre de Colombia y el Istmo en el siglo XVI.” *Revista Colombiana de Antropología* 27 (1989–1990): 191–212.
<https://doi.org/10.22380/2539472X.1663>.

- . “Competencia por prestigio político y momificación en el norte de Suramérica y el Istmo de Panamá.” *Revista Colombiana de Antropología* 29 (1992).
- . *Mercados, poblamiento e integración étnica entre los Muisca: siglo XVI*. Bogotá: Banco de la República, 1987.
- . *Noticias de caciques muy mayores: origen y desarrollo de sociedades complejas en el Nororiente de Colombia y Norte de Venezuela*. Santa Fe de Bogotá: Uniandes, 1992.
- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*, vol. 4. Madrid: Imprenta de Miguel Ginesta, 1876. <https://archive.org/details/las-casas-bartolome-de.-historia-de-las-indias-vol.-4-de-5-1876>.
- Lorén, José María. “Sobre la primicia hispana en cuanto a los envíos de abejas europeas a América.” *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas* 26, no. 56 (2003): 595–612.
- Martín, Esteban. *Declaración de una lengua* [ca. 1533–1534]. AGI, Audiencia de Santo Domingo, leg. 206. Transcrito por Hermano Nectario María. En *Los orígenes de Maracaibo*, Sección Documental, II, B, 493–515. Madrid: Universidad Nacional del Zulia, Junta Cultural, 1959.
- . “Relación de la expedición de Ambrosio Alfinger. 9 de junio de 1531 hasta el 2 de noviembre de 1533. Escrita por Esteban Martín, maestre de campo de Ambrosio Alfinger.” En *Descubrimiento y conquista de Venezuela: textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales*, vol. 2: *Cubagua y la empresa de los Belzares*, 253–274. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962.
- Martín, Francisco. Testimonio ante el escribano Juan de Carvajal, 28 de julio de 1533. AGI, Justicia, leg. 1003. Transcrito por Juan Friede. En Ce Gómez y Gómez, *Francisco Martín: el canibal castellano en la conquista de Guata*, 1ª ed., anexo, 473. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021.
- Martínez Garnica, Armando. “El espacio provincial percibido en el siglo XVI por los colonos hispanos de la ciudad de Pamplona.” En *Poblamiento regional, etnohistoria y etnografía en Pamplona*, compilado por María Cristina Mogollón Pérez y Silvano Pabón Villamizar, 8–9. Pamplona: Alcaldía de Pamplona; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander; Instituto Departamental de Cultura, 1994.
- . *El régimen del resguardo en Santander*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Facultad de Ciencias Humanas, 1992.
- , y Nicolás Lozano. “Un caso de alteración aurífera colonial en el Bajo Magdalena.” *Boletín Museo del Oro*, no. 23 (1989): 37–52.
- , María Consuelo Moreno González, Álvaro Acevedo Tarazona y Gimena Gutiérrez Martínez. *Historia de la provincia de Guane (1540–1939)*. Bucaramanga: Academia de Historia de Santander, 2024.
- , y Amado Antonio Guerrero Rincón. *La provincia de Soto. Orígenes de sus poblamientos urbanos*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1995.

- Martínez, Tomás Eloy, y Susana Rotker. “Oviedo y Baños: La fundación literaria de la nacionalidad venezolana.” En *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, por José de Oviedo y Baños, ed. Tomás Eloy Martínez, XXVII–XLVI. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2023.
- Meléndez Sánchez, Jorge. *La tierra de don Antón*. Bogotá: Ediciones Universidad Pedagógica Nacional, ca. 1989.
- Mogollón Pérez, María Cristina. “Los Bari: definición y realidad etnográfica.” En *Poblamiento regional, etnohistoria y etnografía en Pamplona*, compilado por María Cristina Mogollón Pérez y Silvano Pabón Villamizar, 262–272. Pamplona: Alcaldía de Pamplona; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander; Instituto Departamental de Cultura, 1994.
- Monterde García, Juan Carlos. “Santa María de la Antigua del Darién: problemática jurídica sobre su fundación.” En *España, el Atlántico y el Pacífico y otros estudios sobre Extremadura*. Llerena: Sociedad Extremeña de Historia, 2013.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=560517>.
- Morales, Jorge G., y Gilberto Cadavid. *Investigaciones etnohistóricas y arqueológicas en el área Guane*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, 1984.
- Moreno González, Leonardo. “Los Teres: un asentamiento ordenador del territorio Preguane-Guane. Una aproximación al tema urbano.” *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 18, no. 2 (2024): 358–359. Universidad Industrial de Santander.
https://scielo.org.co/scielo.php?script=sci_serial&pid=0122-2066.
- . “Una aproximación a la sociología religiosa de la cultura prehispánica Guane: muerte y prácticas funerarias.” *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 17, no. 1 (2012): 11–31.
<https://revistas.uis.edu.co/index.php/anuariohistoria/article/view/2694>.
- Moreno González, María Consuelo. “Cacicazgo, provincia y región guane, precisiones históricas.” *Estudio: órgano de la Academia de Historia de Santander*, no. 351 (diciembre de 2023): 389–390.
- Moreno, María Alejandra. “Guía de viaje: un destino para los que aman la naturaleza, la aventura y la comida.” *El Espectador*, 17 de febrero de 2021.
<https://www.elespectador.com/turismo/guia-de-viaje-un-destino-para-los-que-aman-la-naturaleza-la-aventura-y-la-comida-article/>.
- Morison, Samuel Eliot. *El Almirante de la Mar Océano. Vida de Cristóbal Colón*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Müller, Johannes. “Der Anteil der Familien Ehinger-Güttingen von Konstanz und der Österreicher Ehinger von Ulm an den überseeischen Unternehmungen der Welser [La participación de las familias Ehinger-Güttingen de Constanza y de los austriacos Ehinger de Ulm en las empresas ultramarinas de los Welser].” *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 22, no. 3/4 (1929): 373–387.

- <https://www.jstor.org/stable/20725665>.
- Municipio de Chinácota. *Esquema de Ordenamiento Territorial: Base Rural*. Chinácota: Secretaría de Planeación Municipal, noviembre de 2002. Mapa en escala 1:25 000. <https://www.corponor.gov.co/pot/Chinacota/rural/base.pdf>.
- . *Esquema de Ordenamiento Territorial: División Política Territorial*. Chinácota: Secretaría de Planeación Municipal, noviembre de 2002. <https://es.scribd.com/document/472836157/veredal>.
- Nates Parra, Guiomar. “Las Abejas sin Aguijón (Hymenoptera: Apidae: Meliponini) de Colombia.” *Biota Colombiana* 2, no. 3 (diciembre de 2001): 233–248. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=49120302>.
- Nava Urribarrí, Vinicio Enrique. *Nuestros difuntos viven – Ambrosio Alfinger*. Calaméo, 14 de septiembre de 2021. <https://www.calameo.com/books/00696325383bd75cb6f71>.
- Nectario María, Hermano. *Los orígenes de Maracaibo*. Madrid: Universidad Nacional del Zulia, Junta Cultural, 1959.
- Oliver, José R. “Reflexiones sobre el posible origen del Wayu (Guajiro).” En *La Guajira: de la memoria al porvenir. Una visión antropológica*, editado por Gerardo J. Ardila, 89–103. Bogotá: Fondo FEN Colombia, Universidad Nacional de Colombia, 1990.
- . *The Archaeological, Linguistic and Ethnohistorical Evidence for the Expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia*. PhD diss., University of Illinois at Urbana-Champaign, 1989.
- Ospino Valiente, Álvaro. “10 datos históricos de Santa Marta que quizás no sabías.” *El Informador* (Santa Marta), 29 de julio de 2018. <https://www.elinformador.com.co/index.php/general/164-informe-especial/181856-10-datos-historicos-de-santa-marta-que-quizas-no-sabias>.
- Otero D’Costa, Enrique. *Cronicón solariego*. Manizales: Imprenta Departamental, 1922.
- . *Cronicón solariego*. Bucaramanga: Editorial Vanguardia, 1972.
- Otte, Enrique. *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*. Caracas: Fundación John Boulton, 1977.
- . “Estudio preliminar.” En *Cedulario de las provincias de Venezuela*. Caracas: Biblioteca de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, 1982.
- Pabón Villamizar, Silvano. “401 Años de Vida Institucional de Silos, Norte de Santander.” Facebook, 29 de junio de 2024. <https://www.facebook.com/SilvanoPabonV/posts/pfbid0nL8rXxRYRGiicxEDA1rhbPSqDoT9B684dmQHUXNqm6FNc28gdrdnusa9yorftL7xl>.
- . *Chinácota, Norte de Santander, poblado e instituido como pueblo de indios y doctrina de naturales en 1623*. Facebook, 7 de mayo de 2024.
- . *Los chitareros: prehispánicos habitantes de la antigua provincia de Pamplona en Sierras Nevadas*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, Escuela de Historia,

- 1992.
- . *Transcripción del Auto de Poblamiento del Pueblo de Indios y Doctrina de Naturales de Chinácota, por el Dr. Don Juan de Villabona y Zubiaurre, 14 de julio de 1623, VISITAS-BOY: SC.62,9,D.1, fols. 477r–481v*. Facebook, 7 de mayo de 2024.
- Páez Courvel, Luis Eduardo. *Primer libro de actas del cabildo de la ciudad de Pamplona en la Nueva Granada, 1552–1561; con un apéndice sobre la historia primitiva de la provincia*. Bogotá: PAX, 1950.
- Panhorst, Karl Heinrich. *Los alemanes en Venezuela durante el siglo XVI: Carlos V y la Casa Welser*. Madrid: Editorial Voluntad, S.A., 1927.
- . “Der erste deutsche Kolonisator in Amerika” [El primer colonizador alemán en América]. *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* 20, n.os 3/4 (1928): 408–432. <https://www.jstor.org/stable/20725504>.
- Pardo, Isaac J. *Juan de Castellanos (1522–1607)*. Caracas: Eds. de la Fundación Eugenio Mendoza, 1959.
- . *Esta tierra de gracia: imagen de Venezuela en el siglo XVI*. Caracas: Centro Nacional del Libro, 2022. <https://cenal.gob.ve/?p=12568>.
- Patiño, Víctor Manuel. *Historia de la cultura material en la América Equinoccial: Alimentación y alimentos* 1. 2ª ed. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2012.
- . *Plantas cultivadas y animales domésticos en América equinoccial II: Plantas alimenticias*. Cali: Imprenta Departamental, 1964.
- Pérez Arévalo, Guido. *Génesis de Chinácota*. Trabajo presentado a la Academia de Historia del Norte de Santander en la sesión solemne del 6 de mayo de 2002. PDF disponible en https://chinacota.com/wp-content/uploads/2018/11/Genesis_de_Chinacota.pdf.
- Pérez Pinzón, Luis Rubén. “Bucaramanga 400 años. Indios pobladores antes (1622) y después (1657) de su ‘fundación’.” *Historia y Sociedad*, no. 43 (2022): 278–297. <https://doi.org/10.15446/hys.n43.102127>.
- Pérez, Marcos Orlando. “Lo que no sabías del final de Ambrosio Alfinger.” Facebook video, 14 de enero de 2025. <https://www.facebook.com/watch/?v=622845500270737>.
- Pineda Camacho, Roberto. *Malocas de terror y jaguares españoles: aspectos de la resistencia indígena del Cauca ante la invasión española en el siglo XVI*. Ponencia presentada en el IV Congreso Nacional de Antropología, Popayán, Cauca, 1987.
- Piqueras Céspedes, Ricardo. “Alfinger y Portolá: dos modelos de frontera.” *Boletín Americanista*, núm. 42–43 (1992): 109–121. <https://revistes.ub.edu/index.php/BoletinAmericanista/article/view/12925>.
- . “Un indio vale casi como un caballo: utilización indígena en las huestes del XVI.” *Boletín Americanista*, núm. 46 (1996): 267–280. <https://revistes.ub.edu/index.php/BoletinAmericanista/article/view/12799>.
- Pita Pico, Roger. “Vestigios de la lengua guane: una aproximación al fenómeno del mestizaje

- idiomático en Santander.” *Lingüística y Literatura*, no. 63 (2013): 295–316.
- Plazas de Nieto, Clemencia, y Ana María Falchetti. “La orfebrería prehispánica de Colombia.” *Boletín Museo del Oro*, no. 3 (1978): 1–48.
- Ramírez Lamus, María Clemencia. *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva*. Santa Fe de Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.
- Ramírez Méndez, Luis Alberto. *La tierra prometida del sur del lago de Maracaibo: de su misma sangre. La frontera indígena (siglos XVI–XIX)*, tomo III. Cabimas: Fondo Editorial UNERMB, 2015. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/Venezuela/ceshc-unermb/20160829065640/LTPSLM.pdf>.
- Ramírez, Juan Manuel. “La fundación de Pamplona en el siglo XVI.” *La Opinión*, 5 de enero de 2019. <https://www.laopinion.co/columnistas/la-fundacion-de-pamplona-en-el-siglo-xvi>.
- Ramos, Demetrio. “Alonso de Ojeda en el gran proyecto de 1501 y en el tránsito del sistema de descubrimiento y rescate al de poblamiento.” *Boletín Americanista*, núm. 7 (1961): 53–84.
- Rauscher, Peter. “La casa de Austria y sus banqueros alemanes.” En *Carlos V. Europeísmo y universalidad: Los escenarios del Imperio*, vol. III. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 2001. <https://homepage.univie.ac.at/peter.rauscher/wp-content/uploads/2024/06/La-casa-de-Austria-y-sus-banqueros-alemanes.pdf>.
- Real Academia de la Historia. “Advertencia.” En *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, por Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, ed. José Amador de los Ríos, primera parte, V–VIII. Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851.
- . “Carlos I de España y V de Alemania.” *Diccionario Biográfico Electrónico*. Última modificación en 2025. <https://historia-hispanica.rah.es/biografias/9664-carlos-i-de-espana-y-v-de-alemania>.
- “Reales cédulas en que se contiene el Asiento hecho con Alonso de Hojeda (...) dándosele entre otras mercedes, el Gobierno de la Isla de Coquibacoa.” Granada, 8 de junio de 1501. En *Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas en América y Oceanía*, vol. 38, 468. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1882. <https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000242382>
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo. “Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta.” *Revista Colombiana de Antropología* 1, no. 1 (1953): 7–46. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1894>.
- Restrepo Tirado, Ernesto. “Algunas observaciones etnográficas sobre el último viaje de Alfinger.” *Boletín de Historia y Antigüedades* 9, no. 104 (noviembre de 1914): 475–478.
- Rivera Ricaurte, Oscar David. *Análisis y caracterización del ambiente atmosférico durante heladas radiativas en Colombia*. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas, Medellín, 2023.

- Rodríguez Baquero, Luis Enrique. “Capítulo III: La encomienda y el trabajo indígena.” En *Territorio, población y trabajo indígena: provincia de Pamplona, siglo XVI*, por Hermes Tovar Pinzón, Luis Enrique Rodríguez Baquero y Marta Herrera Ángel, 81–96. Santafé de Bogotá: Centro de Investigaciones de Historia Colonial; Instituto Colombiano de Cultura Hispánica; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander, 1998.
- . “Capítulo IV: Agricultura, tejidos, cargas y otros servicios personales.” En *Territorio, población y trabajo indígena: provincia de Pamplona, siglo XVI*, por Hermes Tovar Pinzón, Luis Enrique Rodríguez Baquero y Marta Herrera Ángel, 97–135. Santafé de Bogotá: Centro de Investigaciones de Historia Colonial; Instituto Colombiano de Cultura Hispánica; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander, 1998.
- . “El mundo prehispánico del Norte de Santander.” En *Norte de Santander: aspectos de su historia colonial*, editado por Arístides Ramos Peñuela, Luis E. Rodríguez Baquero y Guillermo Sosa Abella, 39–69. Pamplona: Universidad de Pamplona, 1999.
- Rodríguez de Medina, Antonio, et al. *Relación geográfica de San Miguel de las Palmas de Tamalameque. Gobernación de Santa Marta, Audiencia de Nueva Granada, Virreinato del Perú (hoy República de Colombia), 1579*. En *Relaciones Geográficas de Indias: La Hispano-América del siglo XVI*, editado por Germán Latorre, 15–25. Sevilla: Tip. Zarzuela, Álvarez Quintero, 1919.
- Rodríguez Velásquez, Fidel. “Navegantes indígenas, perlas y canoas en el Caribe del siglo XVI: experiencias transculturales conectadas por el mar.” *Trabajos y Comunicaciones*, 2.^a época, no. 55 (enero–junio de 2022).
https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13859/pr.13859.pdf.
- Rohm, Robert, und W. Münchgesang. *Ambros Dalfinger, der Held von Venezuela. Erzählung aus der Zeit Kaiser Karl V.* Leipzig: Julius Klinkhardt, 1914.
- Romero-González, Gustavo A. “El Manzanillo y el Curare, dos venenos de flechas de los pueblos originarios de América.” *Desde el Herbario CICY 7* (12 de marzo de 2015): 38–45. https://www.cicy.mx/sitios/desde_herbario/.
- Romoli, Kathleen. “Informe sobre la fundación de Santa Marta.” *Boletín de Historia y Antigüedades* 61, n.º 705 (julio–agosto de 1974): 395–400.
- Rosales, Reina Consuelo. “La alfarería en los indígenas de la cuenca del Lago de Maracaibo: vínculo entre pasado y presente.” *Revista de Artes y Humanidades UNICA* 6, no. 13 (mayo–agosto de 2005): 135–148.
- Rosas González, Otilia Margarita. *La población indígena en la Provincia de Venezuela*. Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Instituto Universitario de Iberoamérica, mayo de 2015.
- Roth, Julia. “Sugar and Slaves: The Augsburg Welser as Conquerors of America and Colonial Foundational Myths.” *Atlantic Studies: Global Currents* 14, no. 4 (2017): 437–457.
<https://doi.org/10.1080/14788810.2017.1365279>.

- Ruge Velasco, Luisa Fernanda. *Condiciones de vida del grupo prehispánico Chitarero. Evidencias bioarqueológicas de violencia interpersonal*. Monografía de grado. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología, 2014.
- San Martín, Juan de, y Antonio de Lebrija. “Relación del descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada, años 1536 a 1539.” En *Relaciones Históricas de América. Primera mitad del siglo XVI*, 74–103. Madrid: La Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1916.
- Sánchez Orense, Marta. “Particularidades del léxico de la moda renacentista: dificultades en su análisis.” *Cuadernos del Instituto de Historia de la Lengua* 1 (2008): 65–74.
- Sarcina, Alberto. “Santa María de la Antigua del Darién, la primera ciudad española en Tierra Firme: una prospección arqueológica sistemática.” *Revista Colombiana de Antropología* 53, núm. 1 (enero–junio de 2017): [269–300].
<https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/11>.
- Schuller, Rudolph. “The Date of Oviedo’s Map of the Maracaibo Region.” *Geographical Review* 3, no. 4 (abril 1917): 294–302. <https://www.jstor.org/stable/207430>.
- Schumacher, Hermann A. “Die Unternehmungen der Augsburgers Welsers in Venezuela und Juan de Castellanos.” En *Festschrift zur Erinnerung an die Entdeckung Amerikas*, vol. II, hrsg. vom Wissenschaftlichen Comité zur Feier Amerikas. Hamburgo: L. Friederichsen & Co., 1892. <https://www.digitale-sammlungen.de/view/bsb11625942?page=,1>.
- Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) Santander. “Caso exitoso de la Asociación de Apicultores de Santa Bárbara ASOAPISANBA.” Facebook video, 1 de mayo de 2019. <https://www.facebook.com/watch/?v=2292187580993898>.
- Simón, Fray Pedro. *Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, tomo I, parte I. Bogotá: Casa Editorial de Medardo Rivas, 1891.
- Thiel, Bernardo. “La cabeza humana como trofeo de guerra, prestigio y magia. El caso de Costa Rica.” *Memorial de Arqueología* (blog), 12 de mayo de 2018. <https://memorialdearqueologia.blogspot.com/2018/05/la-cabeza-humana-como-trofeo-de-guerra.html>.
- Tovar Pinzón, Hermes. “Capítulo II: La crisis de la población indígena.” En *Territorio, población y trabajo indígena: provincia de Pamplona, siglo XVI*, por Hermes Tovar Pinzón, Luis Enrique Rodríguez Baquero y Marta Herrera Ángel, 53–77. Santafé de Bogotá: Centro de Investigaciones de Historia Colonial; Instituto Colombiano de Cultura Hispánica; Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes del Norte de Santander, 1998.
- . *La estación del miedo o la desolación dispersa: el Caribe colombiano en el siglo XVI*. 2.^a ed. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, CEDE, Ediciones Uniandes, 2013.
- , ed. *Relaciones y visitas a los Andes: siglo XVI*. Tomo VI, provincia de Pamplona. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2018.
- Treitschke, Heinrich von. “Ambrosius Dalfinger” [“Ambrosio Alfinger”]. En *Vaterländische*

- Gedichte* [Poemas patrióticos], 8. Göttingen: Georg H. Wigand, 1856. <https://mdz-nbn-resolving.de/details:bsb10121621>.
- Valero, María Clara. Citada en Juan Manuel Ramírez, “La fundación de Pamplona en el siglo XVI,” *La Opinión*, 5 de enero de 2019. <https://www.laopinion.co/columnistas/la-fundacion-de-pamplona-en-el-siglo-xvi>.
- Vargas, Patricia. “Los emberas y los cunas en frontera con el imperio español. Una propuesta para el trabajo complementario de la historia oral y de la historia documental.” *Boletín Museo del Oro*, no. 29 (1990): 67–83.
- Velásquez Rodríguez, Rafael A., y Víctor J. Castillo León. *Los Yaregués: Resistencia y exterminio*. Barrancabermeja: Corporación Memoria & Patrimonio, 2011.
- Viloria de la Hoz, Joaquín. “El adelantado Rodrigo de Bastidas: relectura de sus oficios como marino, mercader y conquistador.” En *Gobernadores coloniales de la provincia de Santa Marta: Once historias sobre sus acciones políticas y militares, 1525–1820*, editado por Joaquín Viloria de la Hoz y Jorge Elías Caro, 28–36. Santa Marta: Ediciones Unimagdalena, 2023.
- von Hagen, Victor Wolfgang. *The Gold of El Dorado: The Quest for the Golden Man*. New York: New American Library, 1974. <https://archive.org/details/goldofeldoradoqu0000vonh/page/20/mode/2up>.
- Waldseemüller, Martin. *Tabula Terre Nove [The Admiral’s Map]*. Mapa impreso a color, 15 × 18 pulg. En *Geographia* de Ptolomeo. Estrasburgo: Johann Schott, 1513. Ruderman Family Collection, Stanford Libraries. <https://exhibits.stanford.edu/ruderman/catalog/xs013vp4386>.
- Zamora, Fray Alonso de. *Historia de la Provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada*, tomo I. Bogotá: Editorial ABC, Ministerio de Educación de Colombia, 1945.